FÉLIX DE AZARA

Su vida y su época

TOMO PRIMERO

La forja de un ilustrado altoaragonés (1742-1781)

Julio Rafael
CONTRERAS ROQUÉ



Ilustración de Portada: Sandra Cuello.
Textos: Julio Rafael Contreras Roqué.
Ilustraciones: Diversos autores.

Diseño y Maquetación: 134 Comunicación. Barbastro.
Edita: Diputación Provincial de Huesca
Imprime: Calidad Gráfica. Zaragoza

ISBN: 978-84-92749-14-0
Depósito Legal: HU-464-2010



TOMO PRIMERO



La forja de un ilustrado altoaragonés
(1742-1781)









Un referente de proyección universal

Antonio Cosculluela Bergua
Presidente de la Diputación Provincial de Huesca

La Diputación de Huesca, en su firme compromiso de divulgar las aportaciones de ilustres altoaragoneses, da a conocer a través del minucioso análisis y estudio que recoge esta obra, los hallazgos y legado de quien es referente universal en el respeto y conservación del medio natural: Félix de Azara.

Escribo estas líneas desde una provincia que recuerda y evoca a Félix de Azara. Barbuñales, Barbastro y Huesca corresponden a las sedes de la más entrañable raíz azariana. En la primera se desarrolló su estirpe durante siglos y allí nació un día de la primavera de 1742. La segunda –Barbastro- estuvo siempre ligada a su vida, a sus relaciones y a los parentescos. Y en Huesca realizó su primera apertura cultural y social. Aquí se imprimió la base y, tal vez la clave, de sus saberes, preferencias e inquietudes. Sus ojos juveniles vieron mucho de lo que aún permanece en la histórica Huesca, fueron sus años de apertura al mundo ancho y denso que se desplegaba ante él desde la perspectiva de la ciudad milenaria.

En la capital oscense, donde yacen sus restos mortales desde que falleció hace casi 200 años, disponemos de un centro documental que preserva el mayor acopio documental y bibliográfico azariano. La publicación de esta obra en tres volúmenes contribuirá al enriquecimiento cultural y patrimonial de este fondo, permitiendo así al público interesado profundizar de forma meticulosa y científica en la vida, estudios y legado de Félix de Azara.

El Altoaragón cuenta con relevantes personajes que destacan en la historia cultural española. Hoy en día, que tanto se recurre al término globalidad, podemos confirmar que la figura de Félix de Azara brilla como fuente de ejemplaridad y de proyección internacional del producto humano del Somontano.
Este mismo espíritu universal que caracteriza a Félix del Azara rezuma también en las páginas de este libro: la publicación se gestó en Aragón, en Zaragoza, Huesca y Barbastro, donde el autor, de origen americano, se nutrió de estímulos y de vivencias; la obra se escribió en el Paraguay, esa nación sudamericana que debe a Félix de Azara el trazado de sus fronteras primigenias. Cuando éstas peligraban y el aparato colonial vacilaba fue él quien dedicó casi dos décadas de su vida a señalarlas cabalmente y a defenderlas con sus escritos, sus reclamos y su influencia humana.

También a este oscense deben los tres países rioplatenses Paraguay, Argentina y Uruguay el inicio de su Ciencia Natural dentro de cánones que preanunciaban modernidad. Hasta en el actual Rio Grande do Sul brasileño queda una ciudad surgida de su acción fundacional.

Presentamos esta obras cuyo título es ‘Azara y su época’. El concepto de ‘época’ es de amplia cobertura: implica su entorno total, desde el geográfico y humano hasta espiritual y cultural. Se trata, en definitiva de una reconstrucción que nos permite comprender nuestro pasado, lo que fuimos, para entender mejor al personaje que es el sujeto de esta historia, y también para contribuir a dilatar lo que entendemos y sabemos de nuestro vivir ancestral.

Estos elementos, así como la propia dimensión universal, son los que el lector podrá encontrar en los tres volúmenes de la biografía de Félix de Azara. Gracias a su autor, por su profesionalidad, conocimientos e interés constatado no sólo en este trabajo sino en los años de estudio y análisis de la vida y obra azariana. No en vano, su investigación y trabajo le hicieron en 2007 valedor del Galardón Félix de Azara. El agradecimiento de la Diputación de Huesca se extiende también a todos aquellos aragoneses y paraguayos que nos brindan ahora una oportunidad única para conocer mejor a este ilustre altoaragonés, una obra que es fruto de un largo y tenaz esfuerzo impulsado y respaldado por esta institución.

Presentación

Manuel Español González

Experto en Programas Internacionales de Gestión de Recursos Naturales Renovables en Sudamérica, en nombre del grupo impulsor de la Fundación Félix de Azara en Madrid

Llegué a Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, en 1993, en el Oriente boliviano. La ciudad de Santa Cruz, como suele decirse simplificadamente, fue fundada por el extremeño Ñuflo de Chávez (visité en Extremadura su pueblo de origen). Está situada en el departamento de Santa Cruz, con una superficie aproximada de 350.000 km2, comparte una gran extensión fronteriza con Brasil y Paraguay y otra menor con la Argentina.

El primer comentario que me cabe hacer y un poco al margen, tiene que ver con el comportamiento tan español de olvidarnos de muchos de nuestros grandes hombres. Esto es aplicable tanto a Ñuflo como a Félix. Ñuflo fundó una ciudad que actualmente tiene cerca de un millón de habitantes, y el departamento de Santa Cruz, de la que es capital, una superficie de dos tercios de la de España. Me extrañaba que se llamase de la Sierra, cuando no hay sierras cercanas, pero al visitar su pueblo de origen, lo entendí, pues está en la ladera de un monte. Lo que me sorprendió es que la casa de piedra donde supuestamente nació –me lo dijeron en la alcaldía– está en ruinas, y eso debió ser por no existir allí ni siquiera una placa recordatoria, eso era así cuando estuve, hace unos años; por cierto ese pueblito español tendrá, creo yo, unos 300 habitantes.

¿Es posible que a nadie se le haya ocurrido –boliviano o español– restaurar la casa, poner un Museo o al menos hacerla una sede recordatoria de quien allí naciera? Más todavía, se debería hermanar el pueblo con el Santa Cruz boliviano, hacer intercambio de estudiantes, en definitiva, destacar lo destacable…

Con Félix la situación es parecida, aunque no debemos olvidar el esfuerzo estupendo que ha hecho la Diputación de Huesca por recuperar y honrar su figura. En el Paraguay, en Asunción[1], tiene una calle céntrica que lleva su nombre. Él fue quien hizo el primer plano de válido de Asunción , y uno de los más bellos y exactos mapas coloniales del Paraguay. Por el primero, fue por lo que lo distinguió el Cabildo asunceno. La ciencia natural paraguaya existe en parte gracias a Félix… ¿Qué tiene en España? Una estatua en Barcelona y poco más, insisto, salvo la tarea de la Diputación de Huesca. En definitiva, creo que se le conoce más en América que aquí. No digamos su enterramiento indigno, acerca del que sin duda escribirá el autor en el tercer tomo de esta obra.

El motivo de mi estancia en el país sudamericano se concentraba en un proyecto, que debía desarrollar y dirigir. Estaba financiado por la entonces AECI (Agencia Española de Cooperación Internacional). Las sedes de ese proyecto que me demandó doce años de dedicación intensiva, estaban en San Matías y en Puerto Suárez, en el Pantanal boliviano; posteriormente desarrollé otros. A propósito del Pantanal, quiero introducir un pequeño comentario: es un reservorio de agua dulce que ocupa unos 200.000 km^2; tiene un enorme control del balance del agua en una enorme región. Lo hace actuando como una esponja, de tal modo que las lluvias que caen en las cabeceras del Río Paraguay, derivan hacia el sur no siempre coincidentes con las que caen en el río Paraná: la consecuencia de ese fenómeno de sabiduría de la Naturaleza, es que aguas abajo de la confluencia del Paraguay con el Paraná, muy cerca de la ciudad de Pilar, no se acumulan los dos caudales al mismo tiempo, que de hacerlo, provocarían inundaciones desastrosas como la de 1983.

Hay que tener en cuenta que en el Paraguay, en Bahía Negra, he visto ascensos de las aguas en creciente que alcanzaron los seis metros, y de eso nos hablan las primeras crónicas del siglo XVI.

En la zona de Concepción, en el mismo departamento de Santa Cruz, había otra sede en la que las antiguas misiones jesuíticas, transformadas en Patrimonio de la Humanidad, brindan una imagen extraordinaria de lo que fueron esos establecimientos en su época de esplendor, en el siglo XVIII y que Félix de Azara vio en los cuarenta pueblos jesuíticos del antiguo territorio del Paraguay, apenas dos décadas después de su abandono por los misioneros.

Muy pronto me desplacé al Paraguay, para intervenir en otro proyecto también financiado por la AECI; con dos sedes, en este caso una en Pilar, Ñeembucú, y la otra en Bahía Negra, en el Alto Paraguay, ambas sobre el río homónimo. Particularmente la de Pilar cuenta con un bellísimo entorno, caracterizado por su mosaico de humedales entre manchones de selva, de sabana subtropical, lomadas arenosas y retazos de paisaje chaqueño entre los cuales no faltan las huellas del avance biológico amazónico producido en tiempos más cálidos, miles de años atrás.

El río Paraguay y el Paraná recogen las aguas de ambas cuencas mayores del Plata y sus márgenes, así como las subcuencas interiores y configuran un paisaje que por su singularidad –puesto que no se

1 Hay uno previo, apenas un poco más antiguo, pero muy elemental de otro español, Julio de César.

reitera regionalmente ni fuera del continente– merece que un área del Ñeembucú, el pequeño pantanal de 1.200.000 hectáreas dependiente de ambos ríos mayores, sea declarada total o parcialmente como una Reserva de biosfera. Una tarea que debe derivar del conocimiento múltiple por parte de quienes lo habitan, de la naturaleza y la historia regional para que surja con más fuerza el apoyo a esa idea.

A propósito quiero destacar que en su primer contacto con el Paraguay, Félix de Azara, en febrero de 1784 cruzó a caballo con un reducido grupo humano desde Paso de Patria, en el sur del Ñeembucú, cruzando después por Pilar hasta llegar a Asunción en un audaz y arriesgado viaje en la plena torridez del verano lluvioso subtropical y con el río en creciente. Por tanto, esta obra se ha escrito casi a la vera de una de las sendas azarianas del Paraguay, pues la misma cruza la por entonces recién fundada Villa del Pilar, hoy simplemente Pilar en una rememoración aragonesa de sus primeros pobladores.

Dio motivo ese viaje hecho en febrero de 1784 a los primeros aportes descriptivos, geográficos y con respecto al ámbito geográfico, a la vida, las costumbres y la condición de sus habitantes. Respecto a Félix y a su viaje a caballo, desde Buenos Aires a Asunción, cabe destacar una de las características de su personalidad: como funcionario de nivel, podría perfectamente haber decido hacer el viaje en barco, al menos en una estrecha caseta de popa de las humildes barcazas o bajo la toldilla de alguna garandumba, de un patacho o de los irónicamente llamados jabeques, que –por cierto– no eran los del capitán Barceló en las aguas del Levante español.

Así se hubiera ahorrado cansancio, riesgos y –lo que es más– esa lidia cotidiana con millones de mosquitos, de tábanos, y de los pululantes hematófagos de las riberas fluviales, además de las pulgas que encontró en cada mísera yacija que le brindaron los pobres y aislados vecinos de las tierras que atravesara. En cambio, montó a caballo, posiblemente pensando que así se empaparía –ya de entrada– mucho más de la realidad de las tierras a las que dedicaría tantos años de su vida futura. Aún hoy, no es lo mismo sobrevolar en avión un territorio, que hacerlo sobre el terreno. Ahí definió mucho su valía –tal vez quiso ponerse a prueba a sí mismo, a su voluntad y a sus fuerzas– del mismo modo que cuando decidió, en vez de vivir agradablemente en Asunción, emprender viajes que no entraban en el cometido de su tarea como demarcador.

En Pilar entré en contacto con Andrés Oscar Contreras Chialchia, su madre Amalia y su padre Julio Rafael Contreras Roqué. Ahí se inició nuestra amistad. Julio es un caballero, un ilustrado, un magnífico profesor, ornitólogo, historiador,... Inicialmente tuvimos una relación más profesional que cercanamente humana. Estábamos todos actuando en consonancia con el proyecto de la AECI en Pilar, cuyo representante local era Andrés.

Con el trascurso de los años, esa relación se fue transformando en cada vez más amistosa y cercana hasta llegar a un punto en que actualmente la consideramos fraterna, y creció en la medida en que descubrimos mutuamente que compartíamos intereses humanos, culturales, científicos. Siempre con una clara orientación hacia la conservación de la naturaleza y el paisaje, en contraste con las tendencias a la explotación desmedida e irracional de los recursos naturales que está arrastrando –tal como lo presenciábamos ambos en la década de los años 90– a situaciones de arrasamiento, de desertización y con acciones colaterales como las casi continuas masas de humo que impregnaban el ambiente debido a las quemazones voluntarias de campos, bosques y selvas, especialmente cuando se estaba cumpliendo tanto en Bolivia como en el Paraguay una etapa climática seca iniciada hacia 1992 y que aún continúa con la misma tendencia. Ya ausente desde 2005 de esas tierras (salvo varias visitas cortas), recibo constante información de que la incuria y la actitud indiferente hacia el paisaje y las formas de vida se intensifican cada vez más, arrastrando a una de las regiones más privilegiadas del planeta hacia una decadencia que puede sobrepasar el umbral y tornarse irreversible.

En este sentido, es especialmente dramático lo que está ocurriendo en El Chaco, y ya en pleno camino hacia la degradación de su paisaje; tuve la fortuna de trabajar en Argelia un año y visité –más al sur– el Sahel africano; cuando llegué al Chaco, pensé: no lo veré, pero este territorio acabará siendo un erial reseco y sus bosques reemplazados por matorrales ariscos y rastreros, de modo similar a lo que ocurre en aquella triste región. El proceso ya se inició y si no se actúa pronta y decididamente, va en esa dirección en forma inexorable.

Desde hace casi dos décadas nos encontramos en Paraguay y en Bolivia, muchas veces en cada año compartiendo reuniones especializadas, cursos, tareas de campaña y de colecta museológica. Pasamos jornadas de campo, compartiendo estrechamente la vida cotidiana, las tareas de investigación y el asombro y entusiasmo por el paisaje subtropical, que en algunos de los parajes estudiados conservaba todavía mucho de su magnificencia original, incluso pudimos conocer toda una variedad humana única y notable, que abarcaba desde nucleamientos indígenas, muy poco prístinos, la mayoría marchando hacia la disgregación social y la marginalidad en la sociedad urbana de ambos países. Conocimos culturas interesantes, los guarayos en Bolivia, los guaraníes en Bolivia y Paraguay, los ayoreo en ambos países, …., que

puede ser que algunos de sus núcleos subsistan, pero otros van directamente a la desaparición.

También encontramos colonias prósperas, gentes extrañas, religiosos mennonitas viviendo fuera del tiempo, fieles a costumbres fijadas en el siglo XIX, eso en cuanto a su vida cotidiana y su valoración moral, pues eran eficientes y modernos productores agrícolas, aunque muy poco conservacionistas de lo natural. En un ocasión presencié la destrucción de un bosque que aún ahora me pone los pelos de punta: lo normal hasta hace poco, era cortar los árboles con hacha, apareció luego la motosierra, pero lo que voy a describir es terrible: dos grandes y poderosos tractores, arrastrando una gran cadena que barre el bosque, como un afeitado; peor aún, esa madera abatida, no se aprovecha para nada, se le prende fuego. ¡Qué desperdicio! Dimos con aldeas apartadas, gente postergada, enfermedades insólitas, analfabetos. En algún caso hallamos personajes trasterrados, algunos de la Europa de postguerra, viviendo casi como robinsones a orillas de ríos de la cuenca amazónica.

Fueron años no sólo de consolidación de una amistad perdurable sino también de enriquecimiento de una visión humana y terrenal con experiencias que ya son difíciles de encontrar en la medida que el mundo se globaliza, se tecnifica y desaparecen las distancias. Puedo decir que fue una etapa muy importante de mi vida, un punto nodal en ella, como dice Julio; sin duda, igualmente le ocurrió a Félix, cuya experiencia sudamericana le debió dejar marcas mucho más profundas aún que las mías.

A medida que iba cuajando la afinidad, empezó a aparecer Félix de Azara en mi vida, en conversaciones en la inmensa biblioteca de Julio. Ambos compartíamos un especial interés por la historia de las tierras que recorríamos, en especial por los viajeros y exploradores que dieron la primera versión sobre ecosistemas, floras y faunas riquísimas y diversas, en las que los procesos biológicos y evolutivos se presentaban ante nosotros como en un enorme escenario con apariencia multisecular porque en la visión final se integraba todo: vestigios indígenas, ruinas jesuíticas, guerras de la independencia, civiles o entre los propios países que habitábamos uno y otro. Me impresionó mucho la guerra de la Triple Alianza, en la que el Paraguay se enfrentó a la Argentina, Brasil y Uruguay ¡Hacia qué triste osadía lo empujó el destino! Si no desapareció el país, fue por puro milagro.

Así surgieron ante nuestra atención los pioneros y sus continuadores, más notablemente Alcides d'Orbigny, Tadeo Haenke y Félix de Azara. Leímos y conversamos mucho sobre ellos. Cuando Alcides escribía sobre los guarayos, con los que yo trabajaba, lo que decía distaba muy poco de lo que yo veía. Recuerdo cuando hablaba de los "pelados", que yo inicialmente interpretaba referido a los jóvenes aún sin barba, cuando en realidad parece era una decisión de los jesuitas, que no les dejaban tener melena, hasta que ya les consideraban adultos, aptos para contraer matrimonio. Conseguí un violín hecho de caña, de los chiquitanos, que regalé en Concepción a nuestra Reina Sofía, cuando visitó ese pueblo. Los violines se hacían normalmente de maderas nobles, pero los jesuitas y franciscanos descubrieron que los locales tenían una tradición ancestral de uso ceremonial y religioso, también en sus propias fiestas no sacras. En consecuencia los sintieron más suyos, los guardaban y controlaban para que no se dañaran. Por eso –en perfecta simbiosis cultural– jesuitas y guaraníes los adoptaron fabricados con caña, con esas gruesas tacuaras que recuerdan el bambú asiático. Eso fue lo que, al menos me contaron al respecto los chiquitanos contemporáneos.

Nos llamó la atención, al ahondar en el tema, cuánto faltaba aún para conocer sus vidas y obras de los pioneros del conocimiento de pueblos, regiones y culturas de los países en los que nos desplazábamos, abarcando también alguna vez el margen occidental del Brasil, en Mato Grosso. Primero lo hicimos vagamente y después ya en forma sistemática y fuimos recogiendo información y tentando círculos de interés, particularmente europeos o de las grandes universidades americanas, interesados en quienes protagonizaron la historia del descubrimiento natural de América.

Así se gestó una idea que nos cruzó fugazmente en un día lluvioso de marzo de 2005, caminando ambos por Asunción: ¿por qué no hacer una reunión azariana en la cual nos congregáramos todos los interesados para debatir dos o tres días sobre el personaje de nuestro interés? Ambos quedamos impregnados con la idea y en los días siguientes ya estábamos tomando contacto con los interesados que conocíamos y rastreando otros que poco a poco fuimos integrando.

En abril ya estaba todo en marcha y nos asombra pensar en cómo muchos sucesos colaterales se presentaron en una forma que casi no nos cabe explicar sino apelando al concepto de "serialidad", Julio me dijo que así llamaban Arthur Koestler y Carl Gustav Jung a la aparición en serie de elementos relacionados con un interés principal de las personas que persiguen intensamente. Eso es algo que no puede calificarse como simple casualidad: en abril, inesperadamente llegó a Pilar, en el Paraguay doña Blanca Jordán de Urriés y Azara: traía tierra del solar de Barbuñales, de la casa de los Azara, lo dejó en la universidad y llevó como contrapartida un cofrecillo con tierra pilarense, que hoy descansa enterrado en un bello rincón, junto a la casa natal de don Félix. Estuve en ese acto, que me impresionó sobremanera; recuerdo, en Finisterre, La Coruña, lo que me contó

un erudito local, cuando estábamos en el faro, contemplando la puesta del sol, sobre el Atlántico: aquí hay escrituras de propiedades que dicen: al norte colinda con zutano, al este con mengano, al sur con perengano y al oeste, con América, mar por medio (¡!!). Resulta impresionante; es el sentimiento de los españoles de los dos lados del mar, que recogió la "Pepa", esa nuestra primera constitución en 1812.

Ahora ya no somos conscientes de la importancia que tenemos para los de la otra orilla, ni tampoco de lo que ellos deberían significar para nosotros. Regresando al recuerdo de doña Blanca, ella se interesó por lo que organizábamos, nos vinculó con gente amiga y nos dio todo su apoyo. En mayo el destino nos trajo a Asunción a don Antonio Segalés Alegre, catalán y gran español, pero vecino en su juventud de la legendaria Siétamo, la tierra del conde de Aranda también con reminiscencias azarianas. Don Antonio, pintor diestro, dedicó su arte para representar el paisaje de Barbuñales en un cuadro que adorna las páginas del libro, que resume los resultados de la reunión azariana que por fin se realizó en octubre de 2005, iniciada en Madrid y culminada en Huesca, con una visita a los sitios históricos que conducen a la aldea de Barbuñales. ¿Qué impulso nos trajo a doña Blanca y a don Antonio, atraídos por una misma finalidad y sin saber nada de lo que organizábamos? No podemos responder nada satisfactorio: nunca antes y después llegaron así, en secuencia, otros azarianos inesperados...

Con el estímulo de la actividad que describí, empecé a trasladar, en mis variados viajes a pie, caballo, canoa, avioneta, autobús, tren, camioneta, la vida americana de Félix, acontecida dos siglos antes, a la mía, grandes espacios, continuas aventuras, mosquitos, mojaduras, peligros invisibles como el cólera, el dengue, el paludismo, el mal de Chagas... Amenazas de muerte por otros humanos. Extrañas las relaciones con indígenas, un mundo inimaginable en la Europa moderna, pero un mundo que se desvanece rápidamente y del que gran parte sólo queda en mis recuerdos. Me imaginaba a Félix a caballo desde Buenos Aires a Asunción, parangonable, tal vez a mi caso aunque yo lo hacía con medios más modernos, yendo desde Santa Cruz a Brasilia: si en esta época tenemos automotores, radio, avionetas; aún así es duro, cuanto más entonces. En definitiva, la admiración de Julio por Félix, me fue impregnando. Reflexionando sobre esto, en largas navegaciones por el río Paraguay, como aquél que me llevó varios días desde Concepción (Paraguay) a Bahía Negra, en la frontera entre Paraguay, Bolivia y Brasil. Yo lo hacía en un barco muy peculiar, pero motorizado; en tiempos de Félix era a vela, remo, o a la sirga, es decir, arrastrados desde tierra por animales...Lo que yo hacía en días, Félix lo hacía en semanas y meses.

Julio creó la Fundación de Historia Natural Félix de Azara en Buenos Aires, de la que soy miembro encargado de las relaciones europeas, y en el Paraguay estamos desarrollando un proyecto paralelo que también me incluye entre sus activos gestores.

En 2004, decidí regresar a España, con gran zozobra de Julio, que intentó convencerme para que prosiguiese mi tarea americana; mi decisión era irrevocable, pues mi relacionamiento con un antiguo amigo con el que habíamos trabajado mucho en Bolivia se había deteriorado y no quise prolongar una situación ingrata. La vida…

Conversando en Pilar, antes de mi retorno a España, debatimos mucho con Julio, la idea de conseguir que en España se pudieran editar las obras de Félix, confeccionar una amplia biografía suya, y difundir lo más posible acerca de su vida y significado histórico para la ciencia y el progreso hispanoamericano. Siempre he pensado que, del mismo modo que un joven actual necesita, para desarrollarse, al menos tener su bachillerato, manejar un ordenador, saber conducir, etc., debiera visitar Hispanoamérica o Iberoamérica, como mínimo seis meses o un año e igualmente en el otro sentido. El "retorno de los Galeones", como le llamó un gran escritor americano. Formamos parte de una misma realidad, pese a todas las distancias; sin entenderlo, creo estaremos en alguna medida mutilados en tanto no lo logremos.

Regresé a Madrid cuando ya estaban muy cerca las Jornadas Azarianas que arriba mencioné, nos asociamos a un tercer amigo y logramos el apoyo de la Diputación Provincial de Huesca y la Fundación Biodiversidad de Madrid. Por todo eso hay mucho que agradecer a buenos amigos como don José María Morera, Francisco Orduna, María Artola González, Ignacio Ballarín Iribarren, Antonio Cosculluela Bergua, José Antonio Almunia y otros muchos que al leer estas líneas sentirán nuestro agradecimiento. Participaron en las Jornadas destacados historiadores, biólogos, geógrafos, historiadores de la ciencia y yo mismo. Julio coordinó las sesiones y todo transcurrió en un ambiente de cordialidad amistosa, con intensa y sobria dedicación, en Madrid en el Ministerio del Medio Ambiente y se cerró en Huesca en la Diputación con dos conferencias, una de Julio y la otra de Horacio Capel Sánz. Todo lo tratado se publicó en la obra Tras las huellas de Félix de Azara [1742-1821] Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana, aparecido en 2006.

Estimulados por el éxito logrado, formando un núcleo ya más numeroso y profundizada nuestra amistad con los colaboradores de Huesca y de Barbastro, proseguimos con la actividad que sencillamente denominamos azariana.

Nunca abandonamos la idea de una biografía que Julio desarrollaba desde hacía muchos años, me

contó que trataron de hacer algo con don Enrique Beltrán Carrillo, que apoyó la tarea preparatoria de Álvaro Mones y que alentó un propósito colaborativo con su gran amigo Jorge Rivero, tanto don Enrique como Jorge, fallecieron antes de concretar el propósito. En tanto Julio siguió documentándose y, finalmente este año se concretó un acuerdo con la Diputación Provincial de Huesca, debido a la especial participación de Antonio Cosculluela, Javier Betorz y Paco Orduna, para escribir la vida de Félix en tres tomos (antes de ir a América, durante su estancia allá y finalmente el tercero desde su regreso a España, hasta su fallecimiento).

Como preparación de esa tarea hemos seguido recogiendo información en archivos históricos de España, del Paraguay y de la Argentina, con el apoyo amistoso de Juan José Nieto Callén, de Barbastro.

Por todo lo reseñado, que he tratado de expresar en las líneas que preceden, me es gratísimo el ser depositario de la misión de presentar el primer tomo de la obra, que encara la vida y formación de Félix de Azara, **La forja de un ilustrado altoaragonés (1742-1781)**, como lo intitulará el autor. La amistad me veda todo lo que esté fuera del reconocimiento formal de una obra que era necesaria y que yo creo que cumple con los requisitos que debe tener una tarea así: sobriedad, un criterio riguroso de verdad histórica que no llega a impedir el vuelo de la imaginación –una imaginación controlada, más basada en las inferencias, en los documentos colaterales que en la fantasía descontrolada que tanto mal hace al arte biográfico– y que ofrece un Félix de Azara creíble, humano, superior a sus pequeñas falencias y a las debilidades humanas más comunes. Por eso, su recuerdo sobrevive y requiere se lo honre como se lo hace en esta obra. Es increíble como un pequeño detalle puede cambiar la historia: Félix fue herido en el pecho en Argel, lo salvó un compañero que se dio cuenta que aún vivía. Sin ese acto de compañerismo, otros quizá lo hubiesen abandonado, probablemente Paraguay sería más pequeño,….

El próximo año vendrán los otros dos tomos: los lectores tendrán ya formulado su veredicto sobre el primero; creo no equivocarme al augurarle un éxito que superará las expectativas, aún las más exigentes.

Nos quedan aún otros propósitos, publicar su bibliografía, sus obras completas y su epistolario; quizá publicar una biografía novelada,…

También nos gustaría que se resolviese su enterramiento definitivo; en otro orden de cosas, que la Universidad oscense fomentase la creación de una cátedra Félix de Azara –tal vez en asociación cooperativa con una universidad paraguaya–, sería un emprendimiento del mismo carácter que el de la Diputación creando el Premio Félix de Azara, que Julio ha ganado merecidamente en el año 2008.

Agradecimientos

Una obra como la que presentamos, la historia de un hombre y de una época, que también es historia del pensamiento y de la ciencia, ha tenido dos etapas: una larga de años de documentación y estudio, de lecturas y reflexión, y una casi inmediata de redacción final y preparación para la edición. Como es obvio, muchos son los que de un modo u otro, han contribuido con informaciones, libros, comentarios y estímulo para la tarea emprendida. Por esa razón, una lista de agradecimientos siempre será incompleta y de alguna manera injusta, por omisión involuntaria. Con este recaudo previo, deben recibir nuestro reconocimiento Manuel Español González, buen amigo, colaborador de la obra y permanente interlocutor a través de la marcha de la misma, eficaz investigador en el plano bibliográfico y en la búsqueda documental, al par que Juan José Nieto Callén, con quienes recorrimos en más de una ocasión la comarca azariana y su invaluable acervo documental. Además, el primero de ellos merece nuestro reconocimiento por la generosa **Presentación** que precede a esta obra. Igualmente, a las autoridades de la Provincia aragonesa de Huesca, particularmente a su Diputación, como lo son o lo fueran Antonio Cosculluela Bergua, José María Morera Argerich, Javier.Bertoz Miranda, y al funcionario de ese cuerpo, Francisco Orduna Luna, Jefe de la Sección de Desarrollo y Medio Ambiente. A los parientes directos y colaterales de don Félix de Azara y Perera: Blanca Jordán de Urriés y Azara, Francisco Jordán de Urriés y Azara, a su esposa Elena Mur González Estrada y a Pedro Carulla. Y también al director del IEA de Huesca, Fernando Alvira Banzo. A mis doctos amigos científicos e historiadores Roberto Ferrari, Álvaro Mones, Roberto Quevedo Pfandl, Juan Carlos Arias Divito, Hérib Caballero Campos, Julio César Frutos Coronel, Luz Fernanda Azuela, Alfonso Sánchez Hormigo, Horacio Capel Sánz, Gustavo Sorg, Antonio Astorgano Abajo. También a Ángel Gari Lacruz, Severino Pallaruelo Campo, Carlos Domper Lasuz, Javier Fran Sin, Héctor Dami Cañisá, Ignacio Almudévar Zamora, Antonio Segalés Alegre, Washington Luis Pereyra, Ignacio Ballarín Iribarren, Adrián Giacchino. Muy especialmente también, a las Bibliotecarias del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, Marta del Priore; de la Academia Argentina de la Historia, Violeta Antinori; de la Academia Paraguaya de la Historia, Elsa F. Ramírez Cousiño y a las del IEA de Huesca: Ana María Oliva Mora, Ester Puyol Ibort y Berta Usieto García por el permanente intercambio de correspondencia y provisión de información especializada. También al Rector de la Universidad Nacional de Pilar, Paraguay, Víctor Ríos Ojeda, con cuya visión amplia y humanista acepto complacido la presencia azariana en la casa de altos estudios a su cargo, en cuyo seno se llevó a cabo la tarea central de preparación del manuscrito, al Vicerrector de la misma universidad, Adolfo Villasboa Romañach y a la directora del PRIEXU de esa Universidad, Lourdes Coronel Caballero, que siguieron de cerca y estimularon la concreción de esta obra, en particular la segunda nombrada, por su cercanía afectuosa. A mis colegas y amigos de la Academia Paraguaya de la Historia, de Asunción. A mi esposa Amalia Nélida Chialchia por su permanente y especial ayuda y apoyo, y a los demás miembros de mi familia, a quienes suele suceder muy bien lo que dice Eric R. Kandel[1]: deben soportar en el escritor las *"ausencias y abstracciones del mismo, con sus correspondientes correlatos de alegría un poco indiferente, cuando la obra marcha bien y la reserva malhumorada cuando se acumulan las dificultades propias de la empresa de escribir..."*. Además, a Erica Elisa Ríos Quintana, decidida colaboradora en la tarea múltiple auxiliar de preparación del texto y sus índices en todas sus etapas, a Fabiola Salinas Blanco. A Yolanda Ester Davies. A Honorio Romero Herrero y demás directivos de la Real y Excelentísima Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País de Zaragoza, y a María Luisa Morente, de esa noble Institución. A Alvaro Capalbo, Secretario Académico de la Institución Fernando el Católico de Zaragoza. A Pilar Huertas, Laura Félix y José Antonio Almunia por su participación en la tarea editorial. Entre los que ya no están con nosotros, a la querida memoria de Jorge Rivero, amigo entrañable y copartícipe de las investigaciones iniciales que culminan en esta obra, y también a la del sabio erudito y cordial amigo, don Enrique Beltrán Carrillo, de México, que fue el primero en entusiasmarnos con esta empresa de incursión por el siglo XVIII y de recordación azariana.

---

1 Eric R. Kandel. [1929-], premio Nobel de Medicina, 2000: **En busca de la Memoria. El Nacimiento de una nueva Ciencia de la Mente**, Katz Editores, Buenos Aires, 2007.

Prólogo

“‘Escribir la vida de un hombre no es contar su vida y hechos, sino inventar su alma”

[Joseph Delteil, citado por Guy Mercader, 1980: 21]

“‘Chaque homme porte la forme entière de l’ humaine condition”

[Michel de Montaigne, citado por Klaus Mann, 1944]

“Es difícil resumir este libro, porque en él los árboles importan tanto como el bosque”

[José Ferrater Mora: **Las crisis humanas**, Madrid, 1983, p.7]

Esta obra que realmente es un extenso ensayo biográfico, se inspira en cierta medida, en la cuidadosa revisión previa de una amplia serie de trabajos biográficos, referidos a un aragonés coetáneo de Félix de Azara: Francisco de Goya y Lucientes con un cúmulo tal de aportes en el que resaltan los méritos y falencias del arte biográfico, pero que, especialmente, entraña la consideración de la riqueza del mismo como concentración cultural, empática, intuitiva, documental y bibliográfica, que llega finalmente a crear una multiplicidad de “Goyas” cada uno con vida propia, por las sugerencias y materializaciones que se desprenden de las obras concurrentes, acerca del genial pintor de Fuendetodos.

Podríamos citar algunos de los principales autores consultados: Guillermo Díaz Plaja (1928), Fernando Castán Palomar (1944), José Ortega y Gasset (1963), José Selva (1963), Edith Helman (1963), Gwyn A. Williams (1978), Eugenio D’Ors (1980), Flora Guzmán (1981), José Antonio Vallejo-Nágera (1992), Antonina Vallentin (1994), Pedro Jesús Fernández (1996), Francisco Alonso-Fernández (1999), León Feuchtwanger (2002), José Antonio Vaca de Osma (2003), Jeannine Baticle (2004), Carlos Rojas (2006)[1], pero la lista se puede hacer interminable si consideramos, además, otro centenar de libros y los tres a cuatro millares de álbumes, artículos cortos o capítulos al respecto, dispersos en revistas y en obras colectivas.

Es necesario considerar que Manuel Moreno Alonso (1989), en su obra sobre la generación de 1808, considera al pensador y ex-sacerdote sevillano José María Blanco White como figura central y emblemática en muchos aspectos de la generación española siguiente, a la conjunción de las tres generaciones que consideramos Centrales de las Luces, que son las que protagonizaron su rol más específico a partir del inicio del reinado de Carlos III. Este texto resulta de particular interés porque marca la profunda brecha existente entre aquella generación y la de los nacidos como Blanco White en 1775, cuyas formas de reacción religiosa, sensibilidad y aspiraciones políticas son esencialmente distintas de la de sus predecesores

Eso que acontece con Goya, nos dice que, cuando sobre una figura histórica se acumula un monto muy grande de trabajos, ensayos, u opiniones, ya sean críticas o panegíricas, se hace cada vez más difícil dar con la verdadera figura, con la persona real que subyace al complejo constructo que representa al personaje, tantas veces creado y recreado. El exceso de información generalmente tiende a difuminar más que a precisar su imagen.

La biografía es a la vez, un arte y un instrumento historiográfico, pero concurre en forma dispar y caprichosa sobre cada protagonista, como se aprecia recorriendo las acumulaciones biográficas que se concentran en algunas figuras del pasado, entre las que no podemos descartar la de Gaspar Melchor de Jovellanos, la de Pablo Forner, de Antonio Mayans y Síscar y la de José de Cadalso que, a nuestro entender son después de Goya, los receptores de las mayores corrientes biográfico-inquisitivas referidas a los protagonistas de la Ilustración española.

1 Con respecto a Goya, esto fue posible debido a la vivacidad y soltura del carácter de Goya y al hecho de que su papel de pintor lo haya puesto en contacto con los más variados ambientes y personajes. En general fue muy apreciado y cultivó el trato con muchos de ellos. Además –y en esto coinciden casi todos los autores– expresó a través de sus retratos una forma un tanto velada pero manifiesta de valoración de los que fueron modelo para esas pinturas.

Podemos referir estas consideraciones tanto para el caso particular de Félix de Azara, como para los de Santiago Ramón y Cajal, de Ignacio de Luzán, de Baltasar Gracián, de Ignacio Jordán de Asso y del Río, de los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, de Lucas Mallada, también de Joaquín Costa o de Ramón Sender, algunos entre tantos otros protagonistas de la cultura histórica aragonesa. Todos ellos encarnan la riqueza intelectual del antiguo reino, compenetrados cada uno con el desarrollo de su campo específico de trabajo y de pensamiento. Además, sirven de testimonio de lo que una cultura sólida y vertebrada, como la de las diversas comarcas que constituyeran el antiguo territorio aragonés, uno de los pilares de la construcción de la España total, ha podido dar al mundo (a través de la participación de su hijos más egregios como individuos particulares en todos los dominios del saber y el crear humanos) especialmente si se indaga acerca de cómo y del por qué aportaron lo que conocemos de ellos. Esto significa una intromisión en sus vidas, en sus mentes y, en sus facultades creativas, es decir, en cada caso individual en el todo sistémico que representa una personalidad pero, también en la reconstrucción de su tiempo y en la compenetración con los paradigmas mentales dominantes en el mismo.

La historia de la ciencia particularmente desde su florecimiento en el siglo XX, a partir de la obra desarrollada por George Sarton [1884-1956] y por sus colaboradores y sucesores en revistas de valor documental e histórico, como lo ha sido la célebre ***Isis***, se ha ocupado del doble aspecto de las personalidades individuales que dedicaron sus vidas a la ciencia, tanto como del ensamble necesario y básico que hubo entre esos aportes y el complejo desarrollo de las ideas y de las cosmovisiones sucesivas como paradigmáticas de nuestra cultura.

Este doble aspecto ha sido decisivo para plantear una dicotomía que tornó controvertido, y en ocasiones hasta fuertemente conflictivo, el aspecto metodológico-epistemológico de lo biográfico e individualizable, en su relación con el acúmulo sistémico de sus creaciones y aportes, formando la masa cultural de un tiempo histórico dado. Desde los orígenes de la civilización Occidental la biografía fue parte de la historia del pensamiento y de las mentalidades, así como de sus productos, cuya abstracción máxima es la imagen del mundo que tiene vigencia en cada época del devenir histórico y que llega al presente, tras sucesivas elaboraciones y reemplazos, formando parte configurativa con la cosmovisión central del segmento temporal que vivimos.

La divergencia mayor se centró en la relación entre el creador de cultura y ciencia y su producto abstracto y abarcativo, que es la cultura generalizada de una época. Al respecto, las opiniones se dividían acerca de cuál era la relación entre el creador y su aporte: ¿era su producto tanto intelectual como cognitivo un acontecimiento libre e independiente? ¿Acaso el científico y el pensador aportaban lo que simplemente fluía de su labor mental, centrada en su yo perceptivo e interpretativo? O, por el contrario, ¿el sujeto pensante era producto y resultado de su tiempo, de sus circunstancias y de la cultura entornante? La interpretación biográfica del otro ha sido en su origen esencialmente individualista e internalista: el productor de pensamientos, ideas, construcciones, descubrimientos, hazañas y visiones particulares de la realidad, era un creador libre y autónomo, como podríamos ejemplificar desde Jenofonte hasta Plutarco en la antigüedad o con Giorgio Vasari en el Renacimiento, hasta producirse el gran auge de las biografías, muy selecto en el siglo XVII, parco en el XVIII y explosivamente desarrollado en el XIX y el XX, especialmente dedicados a la práctica histórica del arte biográfico.

Esta alternativa contrasta con la que se insinuó desde mucho antes, pero tomó cuerpo en la historiografía de la ciencia a partir de Max Scheler [1874-1928], cuando introdujo el concepto sociológico de toda forma de saber y expresó la dependencia del individuo pensante, con respecto al colectivo epocal, lo que resultaría del hecho de utilizar en común y compenetradamente un lenguaje y una memoria que no son individuales, sino compartidas, heredadas y heredables en el futuro. De modo que, llevado este razonamiento a un grado extremoso, el creador no sería sino el producto de su tiempo y sus circunstancias, perdiendo incluso, para la versión radicalizada de esta posición, a la que se ha denominado externalista radical, su entidad, tornándose de esta suerte un elemento reemplazable en función de las necesidades intrínsecas de su cultura y no por decisión libre e individual del que, como antes se supuso sería un auténtico y voluntario creador.

En el caso de Robert K. Merton [1910-2003], hacia mediados del siglo XX, e influenciado por posiciones filosófico-ideológicas que hipervaloraban lo social y lo económico como factores decisivos de configuración de las mentalidades particulares, la existencia de mentes creadoras no sería sino una superestructura de vigencias de ese orden, una posición epistemológica que encuentra seguidores extremos como Jean Paul Sartre, quien en su introducción a Flaubert, lo hace casi innecesario para la consumación de su obra. Con respecto al personaje encarado por el filósofo francés, en su tratamiento del Flaubert histórico, arríbase a la conclusión de que no habría sido esencialmente un hombre de la segunda mitad del siglo XIX, con cuerpo y espíritu, libre y autónomo, que existió como una realidad humana y dotado con una notable capacidad creadora. Según este planteamiento, se concluye que para la concreción de su obra, no

era necesario ese Flaubert para que la misma se escribiera. Si no fuera este último, habría sido otro, quien impulsado por las estructuras subyacentes y por el imperio de lo colectivo, hubiera escrito lo mismo, con variantes tal vez, pero en el fondo, similar en sentido y esencia.

Algunos casos, analizados a la ligera parecen avalar las hipótesis de este tipo. Coincide con ese planteamiento el concepto (muy variable a través de sus obras), de **epistème** de Michel Foucault [1926-1984] quien considera que ésta es una situación mental y estructural vigente en una parcialidad humana (académica por ejemplo), que ya prefigura por acúmulo de intuiciones, inferencias y pautas semánticas compartidas, el surgimiento paradigmático de una interpretación particular y novedosa de la realidad que no es individual sino social. El ejemplo que suele reiterarse es el de la concurrencia de hipótesis evolutivas, algunas informalmente expresadas, otras apenas esbozadas, que en 1859 eclosionaron en **El Origen de las Especies** de Charles Darwin.

El problema pasa al orden filosófico e invade también el campo de las ciencias cognitivas, pero es innegable que la negación total del yo actuante, de su subjetividad, y de un factor individual de libertad creadora representa un absurdo ideológico. Es cierto que las personalidades creadoras particulares y personalizadas subyacen, a nuestro ver, necesariamente, bajo la obra creadora, por más que el espíritu humano en cada época y momento está fuertemente condicionado –en realidad está sistémicamente entramado– con las realidades históricas que muy bien definió José Ortega y Gasset como la circunstancia personal particular que vive el intelectual. El concepto de signo de los tiempos, **Zeitgeist**, implica la dependencia del individuo para con sus circunstancias. Pero: el mismo no deja de ser él, de ser el "dueño" de su aporte, el que tendrá tonalidades particulares, propias del creador pero estará inmerso en un sistema globalizado, fuertemente social y lingüístico propio de su época. Las grandes visiones generales, las cosmovisiones, surgen, se imponen y se transforman en sobreentendidos necesarios para los tiempos sucesivos.

Todas estas consideraciones apenas si tratan en grandes trazos un problema esencial de la filosofía del conocimiento. Es imposible desarrollar el tema, que requeriría volúmenes y arduas disquisiciones al respecto. Estamos ante un caso personalizado, como lo es el de Félix de Azara, y nuestra consideración va hacia él como un ser individual, con un espíritu y una voluntad que fueron objetivamente reales en su tiempo, a las que vivió con intensidad y superó ante ellas la simple condición humana de pasividad biológica dominante entre sus semejantes, para contribuir a la cosmovisión general cuando las elaboró como un constructo suprapersonal pero fruto de su ser único e individualizado.

No participamos de posiciones externalistas radicalizadas, pero sí consideramos que sólo podemos llegar a la realidad de la entidad Félix de Azara, a través de la comprensión de su tiempo, de sus rasgos epocales, de sus circunstancias históricas, sociales y cognitivas. Un título apropiado sería **Félix de Azara y su tiempo**, mucho más que una simple denominación de **Félix de Azara y su obra**. La primera alternativa implica a la segunda pero no es lícita la viceversa, si se abstrae a esa obra como intemporal. Su tiempo explica la estructura, el contexto y la generación de determinadas formas de pensamiento: Félix de Azara no escapó a esos condicionantes. La psicología, la antropología filosófica y la reconstrucción particular –historiográfica y documental– de las huellas de su existencia, nos permitirán llegar a perfilar en alguna medida su entidad o, al menos aproximarnos a ella. Pero sólo la consideración de su tiempo concreto, entre los años calendarios de 1742 y 1821 nos facilitará las claves necesarias para que la visión final acerca de quién fue y qué hizo nuestro protagonista, cobre la máxima coherencia y plausibilidad.

Tal vez, la expresión más correcta fuera que, particularmente frente a Francia, a Inglaterra y Alemania –inmersas todas en la Ilustración del siglo XVIII– se abrió una brecha considerable, una especie de destiempo histórico, en el que España siguió viviendo lo suyo, con sus características y tendencias. Un fenómeno similar se vivió en Alemania como bien lo distinguen, entre muchos otros, tanto García Venturini (1972) como Volker Rühle (1997) al analizar la llamada **Aufklärung**[2]. Son las tres vertientes mayores para el fenómeno ilustrado y denotan el polimorfismo del mismo, que no es una filosofía particular, menos aún un sistema filosófico, sino una exaltación de las conciencias y un salto cualitativo inmenso en el desarrollo de una modernidad que ya apuntaba desde los primeros renacimientos, incentivada por la precisión de los contornos del yo individualizado, a partir del siglo XVI, algo inusitado en las formas culturales previas del Medioevo y del renacimiento temprano.

El hecho del enriquecimiento cada vez más denso en aportes historiográficos sobre el tema, va demostrando que el concepto mal formulado y peor definido acerca de una simple "decadencia española", exige una hermenéutica particular, cuyos frutos acumulativos van deslindando una imagen tan individualizada y positiva de la España dieciochesca, que la misma equivale dentro de un relativismo espacial y cultural, a la que conocemos de los demás países centrales europeos. Lo que sale a luz es un complejo de modalidades propias, una forma particular de desarrollo humano, social, político y

2 Denominación generalizada para la Ilustración en la cultura alemana.

cultural cuya tendencia, implícita pero dominante durante aquel siglo, es la europeización progresiva e interactuante de España, pero conservando sus señas subyacentes particulares y con una raíz esencialmente distinta.

A pesar de la continentalidad del movimiento ilustrado, pues abarcó, al menos el Occidente europeo, España siguió viviendo lo suyo –y lo hizo inmersa en una grave problemática social, económica, política, religiosa y espiritual– y experimentando, fundamentalmente una pobreza económica en cuyo origen estuvieron implicados desde un ciclo climático negativo –frío y seco, con muchos años de duración– culminado hacia después de mediados del siglo XVIII (Le Roy-Ladurie, 1991), que fue infausto para las siembras y las cosechas y trajo hambrunas y extendió la pobreza, hasta poner de manifiesto una honda crisis derivada de la obsolescencia del estado horizontal (el país foral, de los reinos y autonomías casi segregadas y segregantes) en momentos en que, en la Europa de los países dominantes, se afirmaba con solidez la necesidad de transformarse en cuerpos nacionales, verticales, unificados, y a veces férrea y compulsivamente consolidados.

Para ello se había formulado una política de gobierno fundada en la estructura de los países-estado, centralizados y con una administración unificada, que tendió a eliminar drásticamente todos los elementos dispersores, incluyendo -en más de un caso- hasta los de carácter lingüístico y aquéllos propios de la disidencia religiosa. Francia abrigaba esa noción desde la trágica cruzada del siglo XIII, cuando abatió a sangre y hoguera a los albigenses (y como efecto colateral a las extensas comarcas sudorientales francesas hasta el Pirineo y aún más allá, prolongándose las acciones hasta Cataluña y Aragón), y superó así la brecha occitana y provenzal, que tendía a la dispersión centrífuga de una serie de regiones que aún no hallaban una vía unificada y una hegemonía central fuerte para reunirse en una nación moderna. El regalismo, en un comienzo apoyado por el pontificado romano, proveyó los elementos doctrinarios para justificar y sostener el unitarismo político que a partir del inicio de la Edad Moderna avanzó hasta llegar a predominar en Europa.

En España recién el regalismo borbónico, instalado con el cambio dinástico en 1700, por más que efectivamente recién lo estuvo en 1715, debido a la llamada Guerra de Sucesión, y que llegara a culminar medio siglo más tarde, afirmado y manejado por la mano firme y la visión clara de la cosa pública de ese monarca tan particular que fuera Carlos III, quien instauró en España un preanuncio del estado moderno y europeo, unificado y con una administración eficiente.

A esos problemas estructurales puede agregarse el de la subsistencia sin contenciones hasta el reinado de Carlos III de instituciones tradicionales como los mayorazgos, con enormes superficies de tierra improductiva y amortiguada, que se sumaba a las enormes posesiones eclesiásticas, y eso acompañando un hábito cultural de desdén y casi de admonición, por las actividades prácticas, manuales e incluso, comerciales en buena parte de la nobleza y en la alta burguesía vinculada a ella. Recordemos que en Inglaterra ya hacia 1540 la nobleza comenzó a entender que la única forma de integración estamentaria era la participación en las actividades manufactureras, productoras, mercantiles y financieras que traía consigo el ascenso de la burguesía (Perry Anderson, 1974). Debe destacarse que más de un siglo antes, Felipe IV había hecho un tímido intento de revaluar en el estamento nobiliario, al menos la actividad comercial, que antes se mantenía entre los campos vedados para la alta alcurnia de la nobleza.

Esto acontecía en España, asociado a un enorme predominio de la Iglesia, aferrada al cetro paneuropeo (o, al menos del área no reformada de Europa) en manos del pontífice romano, quien estaba involucrado por entero en la política secular de los estados, y que contaba con una enorme masa a su servicio de monjes, clérigos, obispos y otros dignatarios, a los que servía de brazo intimidante la Inquisición. Sin embargo, entre los países que encabezaban el movimiento ilustrado, Inglaterra cortó, en el siglo XVI, sus vínculos con el papado, al par que los múltiples estados menores que constituían lo que modernamente es Alemania, escapaban a ese dominio por la alternativa protestante.

A su vez Francia, desde mediados del siglo XVII, había logrado imponer el galicanismo a la estructura eclesiástica francesa, reduciendo la jurisdicción papal a un mínimo de operatividad en las cuestiones seculares. En España esa agitación llegó tardíamente, aconteciendo en especial, bajo Carlos III, y adoptando un modelo similar al de Francia ya que, según muchos puntos de vista historiográficos no fue sino un aspecto de la praxis jansenista en su nivel político. Pero en esa orientación novedosa de la política hacia el poderoso sector episcopal, predominó el regalismo absolutista por encima, y por fuera incluso, del ámbito espiritual.

Esa situación es paradigmática del estado de cosas reinante antes de la reforma de las relaciones de los estados nacionales con el pontificado romano. La misma se inició con el caso de Francia, cuyo anacrónico sistema de poder comenzó a hacerse crítico en el siglo XVII. Lo hizo con la que se podría denominar la crisis jansenista, suscitada primariamente por un problema teológico y de

moral eclesiástica, y que fue derivando por parte del poder real y del parlamento hacia el surgimiento de una iglesia galicana, que con retraso de casi un siglo tendría su símil en España, con el mal llamado jansenismo español o parajansenismo (Lluch, 1999), que promovió el surgimiento de una iglesia o, al menos de un sector dominante de su jerarquía, dotada de una fidelidad más regalista que romanizante. Sabemos que, al tratar así el problema lo hacemos unilateralmente, pues sólo nos referimos al aspecto político secular, que mucho más atañe al Vaticano-Estado, que al fondo espiritual en el que reinan las concepciones religiosas íntimas, pero también las vigencias básicas para la construcción y la expresión de una moral cristiana que se socializara, y diera su nueva tónica al cristianismo de su tiempo.

Pero, éste segundo plano del problema está aún pobremente reconocido en sus verdaderas dimensiones; están mal identificados sus protagonistas, apenas si se conocen las formas de comunicación e intercambio, las que pudieran haber llegado más allá de los encuentros personales y la correspondencia privada. Pero, esto era algo que implicaba riesgo y difícilmente se asumiría. Sin embargo nos sentimos forzados a encarar el tema y a regresar reiterativamente al mismo, pues entrevemos que, de ser acertado este enfoque, el mismo está profundamente ligado a la vida íntima de, por lo menos, los tres más notorios de los hermanos Azara y Perera: Eustaquio, José Nicolás y Félix. En ese contexto surgieron sus actividades vitales, se orientaron sus personas, se dibujó su talante ante el mundo, también la cotidianeidad de sus existencias y se configuraron sus cosmovisiones personales.

Éste es un contexto neta y esencialmente español y se acerca a la raíz primordial de por qué vivieron y actuaron como lo hicieran muchos de los ilustrados españoles. En la España del siglo XVIII, las Luces no se desdibujaron pronto en el idealismo filosófico y en el prematuro asomarse al romanticismo, como sucedió con las generaciones coetáneas de la ilustración alemana embarcadas en el **Sturm und Drang**. Tampoco se orientaron masivamente los espíritus hacia un descreimiento extremoso, con abandono del cristianismo y ni asumieron ribetes masivos ateístas, como los que abrieran camino hacia una convulsión tan violenta y sanguinaria como la que afrontó Francia, desde 1789 hasta prácticamente 1815, al cerrarse el ciclo napoleónico. Y las diferencias con el mismo movimiento en Inglaterra, son también tajantes, tanto o más que con la Ilustración francesa, pues partieron de una concepción a la vez política –la monarquía constitucional– y filosófica, esta última expresada por mentes tan lúcidas como las de Locke, Hume, Hobbes, Johnson, Berkeley, Pope y tantos otros que dieron la tonalidad especial que destaca al Iluminismo británico.

Como lo trataremos en su capítulo correspondiente, el tema del jansenismo español comienza a experimentar un lento proceso de elucidación, pues tras el casi explosivo reconocimiento como realidad histórica singular y relevante en el siglo XVIII, efectuado pocas décadas atrás y que hizo posible la detección de las particularidades menores del movimiento y, sobre todo, del comportamiento de sus protagonistas están inmersas en una serie de interrogantes historiográficos que recién se abren: ¿quiénes fueron realmente los jansenistas espirituales, íntimos y convencidos en España, y hasta dónde llegó su compromiso vital y anímico con esa posición, cómo y dónde actuaron, cuáles eran sus diálogos y la audacia de sus postulaciones?

Todo esto va surgiendo lentamente del análisis de correspondencias privadas, de documentos antes recorridos con indiferencia, del inventario de bibliotecas públicas y particulares, de archivos, de fragmentos de algún **Diario**, como el de Jovellanos o de una **Autobiografía** como la de Blanco White… Muchos historiadores ya albergan certezas, pero recién esbozan tímidas y recatadas opiniones, reclaman prudencia y parsimonia y, seguramente, pasarán años antes de poder precisar con claridad las características mayores y más profundas del fenómeno jansenista español y el alcance del mismo sobre las conciencias individuales y grupales de ese núcleo minoritario que tuvo, gracias a una conjunción especial de circunstancias, oportunidad de compartir generacionalmente los nunca bien valorados alcances de la acción de ese todavía intrigante reinado de Carlos III.

Este tratamiento preliminar tiene como función, brindar un escenario de fondo para el que es el tema central de nuestra obra, encarnada en el estudio de la figura histórica de un naturalista español ilustrado que desarrolló su labor principal –o, al menos la que fue trascendente e hizo de su persona una notabilidad histórica– en la América Austral, en el Virreinato del Río de la Plata, centralmente en el Paraguay, las Pampas argentinas y la Banda Oriental, donde pasó la mayor parte de su estadía americana, entre 1781 y 1801. Si bien la trayectoria vital y su obra mayor exceden temporalmente, en gran medida el período del reinado de Carlos III, están fundamentalmente relacionadas con el proyecto americano de ese notable y, en cierta forma, enigmático monarca que reinó en España y sus posesiones de ultramar entre 1758 y 1788.

Repasado ya el contexto general de nuestro campo biográfico específico cabe, ante todo, preguntarnos acerca de la pertinencia y de la posibilidad de componer una biografía en el caso de Félix de Azara. La obnubilación dogmática del siglo XX,

pretendió con respecto a la biografía, minimizarla y casi expulsarla del campo histórico, cada vez más cerrado como coto particular de las ciencias sociales, o más propiamente, como reducto de una particular sociología, transformada, como dice Mario Bunge (1999), en una "disciplina desbarrancada". Eso aconteció en aras del ya referido externalismo que alcanza su paroxismo radical en autores como L. Fleck[3], sobre cuya tesis general conviene transcribir lo que dice al respecto, con ruda franqueza, el citado filósofo en la obra precedentemente referida:

"...[para Fleck] *cualquier hecho científico es un hecho social por ser el producto de un "colectivo de pensamiento" o comunidad de individuos unidos por un "estilo de pensamiento". Este autor rechaza la idea de que un individuo pueda pensar, y por lo tanto que la persona sea importante. Además, en su opinión el mundo externo no existe: "la realidad objetiva puede resolverse en secuencias históricas de ideas pertenecientes al colectivo"* (Fleck, 1979: 41).

"Este tipo colectivista de subjetivismo, llamado constructivismo social, había sido bosquejado por el último Husserl (1931)[4]. Más tarde lo adoptaron algunos sociólogos profesionales, así como la nueva camada de sociólogos de la ciencia. De manera característica, jamás se ha propuesto prueba alguna a favor de esa concepción: se trata de un ejercicio de especulación alocada. Por otra parte, es ridícula, porque según su lógica, la evolución biológica empezó con Darwin, la lucha de clases con Marx y el universo con la astronomía".

Desde una óptica esencialmente diferente a la citada, dice Ortega y Gasset (1962: 66):

"En esa progresiva concretización, la abstracta noción "hombre" va dejando de ser ecuación formal y convirtiéndose en definición realista. Esa definición última que traduce en conceptos –los cuales son siempre generales– el ser de una persona se llama "biografía"; a mi juicio el género literario supremo, pero del cual no existe todavía un ejemplo. Esto manifiesta que no concuerdo con Aristóteles, con los escolásticos ni, en general, con la tradición filosófica que han gritado siempre ***individuum ineffabile****. Creo poco, no creo casi nada en inefabilidades".*

Como señala Bunge (1999: 248-249) existe una transición epistemológica que va desde un externalismo moderado o débil, para el cual "todo conocimiento está socialmente condicionado", concepción que no cuesta aceptar tal cual se la enuncia, o tal vez, agregándole "y también históricamente"; pasando por *"un externalismo global para el cual la sociedad en general da forma al trabajo de los científicos"*, hasta llegar a un externalismo enteramente radical, para el cual "todo conocimiento es social" y que alcanza su máxima expresión cuando se globaliza y postula que "la sociedad en general construye las ideas científicas por las que las distinciones adentro-afuera, micro-macro (en particular persona-grupo), contenido-contexto y discurso-praxis, deben eliminarse".

Contrapuesto a esa forma socializada de solipsismo a la que critica Bunge y que lamentablemente, coincide también con la concepción epistemológica dominante en muchos medios universitarios iberoamericanos de la actualidad, tenemos como advertencia la posibilidad de recurrir al concepto enunciado por Louis Pasteur y que aparece grabado en letras de oro en el vestíbulo de la Fundación Vanderbilt, en la Universidad de Harvard: "***En el campo de la observación el azar no favorece más que a los espíritus preparados"***[5]

Esa **preparación** mencionada por Pasteur, es la que llevara consigo Félix de Azara en su estadía sudamericana. Su obra no ha sido sino el fruto de la coincidencia del influjo del contexto ilustrado de la elite española del reinado de Carlos III, con las condiciones particulares, personales e intrínsecas correspondientes al ser humano singular, que fuera el propio Félix de Azara y Perera. Gracias a esa concurrencia de factores motivadores propios y del contexto mental, histórico y social de su tiempo, resultó la obra que hoy –a más de dos siglos de su concreción– motiva esta recordación azariana, y es a ese hombre, Félix de Azara, al que queremos en alguna medida recuperar entre las sombras de un pasado ya bisecular.

Eso de las sombras nos trae a la memoria una de las más bellas obras del humanista mexicano Alfonso Reyes, quien en su **Junta de sombras**[6] trata un tema totalmente distinto pero, a pesar de ello, le pedimos en préstamo su título para convocar aquí a otra junta de sombras, que en este caso serán una serie de figuras históricas, asociadas por la vecindad intelectual, cultural y temporal con Félix de Azara.

El **Diccionario de la Lengua Española** define,

3 Citado por Bunge (1999): **Genesis and development of a scientific fact.** Con prefacio de Thomas S. Kühn, University of Chicago Press, Chicago & London, 1979.

4 Publicado en español en 1979 como **Meditaciones cartesianas**, Madrid-San Pablo (cita de M. Bunge, *op. cit.).*

5 Citada por Mario Bunge (1999): **Genesis and development of a scientific fact**, con prefacio de Thomas S. Kühn, University of Chicago Press, Chicago & London, 1979.

6 Alfonso Reyes: **Obras Completas, volumen XVII. Los Héroes. Junta de sombras**. Fondo de Cultura Económica, México, 1965, pp. 1-571.

entre las acepciones de sombra, la proyección de un cuerpo lanzada al espacio por la luz que lo ilumina. ¿Y qué nos queda de los seres que han vivido sino proyecciones de las que fueran sus entidades reales, que nos llegan a distancia revelándonos la vida que los animara, que, a modo de haz de luz, los transforma en sombras de lo que fueron, proyectadas en la pantalla de nuestra percepción afectiva, histórica y cultural…?

Podemos así convocar nuestra propia junta fantasmal para esclarecer quién fue, cómo fue en el caso de Félix de Azara, y a través de la convocatoria de su sombra y de otras afines o cercanas, qué es lo que ha quedado fijado definitivamente en la historia cultural y en la configuración de nuestra cosmovisión actual, del caudal total de aportes y cualidades de la que fuera su realidad carnal, personal, intelectual y moral.

En cuanto a la posibilidad de realizar una biografía azariana "mayor"[7], es muy probable que para una primera instancia formal, y como elaboración objetiva y sintética, ya se hayan agotado, en gran medida, los desarrollos posibles que vayan más allá de lo que significaría asociar en un cuerpo unificado, los esbozos que constituyen –según nuestro juicio– los mayores y más valiosos aportes biblio-biográficos previos disponibles, entre los que se destacan particularmente los de Rodolfo Schuller (1904), de Enrique Álvarez López (1935), de Julio César González (1943), de Olivier Baulny (1968), de Andrés Galera Gómez (1990), de Joaquín Fernández Pérez (1992), de Fernando Mañé-Garzón (1996), de Álvaro Mones y Miguel A. Klappenbach (1997), de Manuel Lucena Giraldo y Alberto Barrueco Rodríguez (1995) y de María Dolores Albiac Blanco (2000).

Se suman a ese destacado conjunto de contribuciones, más de cinco centenares de aportes bibliográficos, algunos mayores, tales como tesis universitarias o postulaciones parciales acerca de algún rasgo de su vida y obra (Marta Penhos, 2005; Horacio Capel, 2006; Contreras Roqué, 2006b; María Celeste Mazzola, 2009; Juan Pablo Martínez Rica, 2009), amén de otros menores, algunos puntuales, otros de referencia ocasional o con interés sólo marginal para el tema que nos ocupa. Además, muchos de esos aportes sólo contienen consideraciones de carácter reiterativo de otros textos o aportes previos, según puede apreciarse en una reciente compilación[8]. Existe además, un puñado de biografías en general de tono menor y de subido carácter apologético, las que por su liviandad y su modo ditirámbico no son pasibles de consideración historiográfica seria.

La anterior prevención cabe para con las que cronológicamente resultan las primeras contribuciones biográficas (pasando por alto el conocido prólogo de Walckenaer de la edición francesa del **Viaje...** (1923), con sus curiosos y discutibles aportes colaterales de tipo anecdótico). Nos referimos a las publicaciones de Basilio Sebastián Castellanos de Lozada (1847a, 1847b, 1848, 1856), un amanuense mercenario al servicio de los intereses del sobrino de don Félix: Agustín de Azara y Mata, hijo de su hermano Francisco Antonio. En ellas, entre ditirambos y fantasías, ocultamiento de documentos (y aún destrucción de los mismos) y alteraciones evidentes de la verdad histórica, se han creado mitos repetitivos que impregnan desde entonces prácticamente toda la literatura biográfica azariana[9].

Sin embargo, y a pesar de ese aparente agotamiento del tema en cuanto a novedades fácticas significativas, hacia el final del siglo XX, y siempre dentro del tema biográfico que nos ocupa, ya sea por exhaución de las fuentes documentales existentes o –al menos– conocidas y disponibles con cierta facilidad, ya que algunos consideraron satisfactorio el nivel de precisión hasta ahora logrado, al menos hasta la realización de las **Primeras Jornadas Azarianas** en Madrid-Huesca, en octubre de 2005 (casi coincidente con la obra de Marta Penhos, 2005), no se ha vuelto a insistir en el tema, excepto por trabajos cortos de escaso o nulo aporte, y en una Tesis doctoral de María Celeste Mazzola publicada en Montreal, Canadá (2008).

Debemos recordar que el arte de la biografía, que fuera delimitado como un verdadero tipo

7 Es decir, comprehensiva, documentada y despojada al máximo tanto de vacíos temporales –muchos de ellos cruciales para la reconstrucción histórica del personaje objeto de la biografía– como de la reiteración de **circularidades** (o sea de repetición acrítica de otras repeticiones, a partir de una fuente dudosa o espuria a la cual no se vuelve a analizar) y de agregados caprichosos a los que el tiempo contribuyó a asentar como realidades axiomáticas, en general seguidas en forma simplista en biografías adocenadas, circunstanciales o de pobre factura.

8 Contreras Roqué, J. R. (M. S.): **Ensayo de bibliografía azariana.** (Fundación de Historia Natural Félix de Azara, Paraguay).

9 Entre las invenciones de Castellanos de Losada se cuentan –como veremos a través del presente estudio– la supuesta condecoración de la Orden de Isabel la Católica que habría sido otorgada en 1814 por el rey Fernando VII y rechazada por Félix de Azara. También su presunta participación en la resistencia contra la ocupación francesa a partir de 1808, y –es probable– que también caiga bajo el mismo calificativo el supuesto ofrecimiento del cargo de virrey Nueva España, que habría sido formulado a Félix de Azara, probablemente por parte del ministro Godoy, al poco de su regreso a la metrópoli en los años de 1801 o 1802.

historiográfico por José Luis Romero (1944) y reivindicado como género literario por José Ortega y Gasset (1962: 66), a su juicio, el máximo de ellos es suficientemente amplio como para que todavía puedan caber en él (en este caso con respecto a don Félix de Azara) múltiples biografías posibles, excediendo todas ellas el marco formal de las hasta ahora elaboradas. Entre las mismas, podrían darse algunas como la de Francisco de Goya y Lucientes, acometida por José Ortega y Gasset (1963a)[10], o como la del conde de Buffon, de Martí Domínguez Romero (1999), o tal vez, como la de Santiago Ramón y Cajal, escrita por José María López Piñero (2000), para no nombrar sino algunas de las más representativas, entre las variadas formas de percepción biográfica, a las que consideramos como las que más ajustadamente responderían al caso en discusión.

Cada una de las biografías mencionadas, a su modo y en su estilo, revive, recrea y establece un diálogo con el personaje tratado, siguiendo cada una un enfoque válido, también para el caso de Félix de Azara. La biografía de Goya, escrita por José Ortega y Gasset es originalísima; en ella el título de la primera parte de las dos que la componen es Preludio a un Goya. Así, *"a un Goya"* para el que hace falta precisar su yo particular, saber quién fue, qué fue; y eso nos lleva a lo que expone Miguel de Unamuno (1954: 176) cuando, bajo el título de **Nuestro yo y el de los demás**, plantea el caso de los yo con los que arriba a su hora final, un ser humano particular, y más aún aquél que se ha destacado. Los mismos serían: el que él quiso ser; el que los demás creyeron que era, o sea, el yo público o social forjado por sus coetáneos y el que realmente fue en las profundidades de su realidad personalizada.

A esa multiplicidad perceptible del yo podemos agregar el yo de *uso por el propio biografiado* –a veces más que de uso, de autoengaño– que resultaría de una síntesis del que quiso ser y del que los otros creyeron ver en él, que a veces se enfrenta con el yo real y que suele contemplar el protagonista, en acto de introspección, al modo de una visión desprendida de su prematuro y propio cadáver, como declara el maestro salmantino. Además, y siguiendo a López Piñero en su mencionada biografía de Santiago Ramón y Cajal (2000), debe también atenderse, en cuanto fuera posible, según el atinado consejo de Pedro Laín Entralgo (1961), que son *"...los que Machado llamó los* ***"yos complementarios"***[11], concepto que no es sino un complemento parcial de la noción de Klaus Mann (1944: 29), cuando indica al biógrafo:

> *"...se debe sentir afecto por un ser humano para comprender sus actos. Se debe tomar en consideración toda la complejidad de una personalidad individual antes de valuar los gestos a través de los cuales se manifiesta esa personalidad".*

Ortega reivindica para la confección de una biografía el planteamiento sucesivo de hipótesis explicativas, las que debieran ser capaces de cubrir los segmentos desconocidos de una trayectoria vital que dejara sólo rastros parciales o segmentarios de su existencia. Esas hipótesis deben encontrar su apoyo básico en los fragmentos documentales disponibles, en este campo, por lo común el más rico venero suele hallarse disperso en la obra escrita o en la expresión artística del biografiado y en la consideración profunda y erudita volcada hacia la adecuada consideración de los marcos vital e histórico que encuadraron su vivir.

Por otra parte, el arte de la biografía suele experimentar fuertes deformaciones en función de los intereses político-ideológicos, que van desde nacionalismo (búsqueda de cualidades arquetípicas, que culmina en la erección de figuras monumentales destinadas al fortalecimiento de ideales nacionales). También añadió su parte el psicologismo, con todas sus deformaciones en el laberinto de escuelas y postulaciones particulares; el sociologismo con deslices frecuentes en la ideología. También al servicio de tesis historiográficas que suelen plantearse a priori y con escasa razón histórica. A veces la tonalidad biológico-médica llega a verse comprometida con la elaboración de biografías llamadas hasta por sus autores, patográficas, como ocurre con algunos aportes de esta naturaleza de Gregorio Marañón, acerca de personajes históricos, y culminan en el caso de la particularmente interesante obra El enigma Goya de Francisco Alonso-Fernández (1999), que atiende consideraciones con fuerte sesgo biomédico y psicopatológico[12].

10 No por la particular riqueza o la profundidad exhaustiva del tratamiento, dado que la literatura biográfica goyana es muy abundante y de una riqueza acumulativa de aportes que sólo sería equiparable, en lo referido a su generación, a la de su coetáneo y también ilustrado Melchor Gaspar de Jovellanos, sino porque en la obra de Ortega y Gasset se ofrece una conjunción única de reflexiones y disquisiciones generales, cuyo análisis es particularmente pertinente para la reconstrucción biográfica en el caso que nos ocupa.

11 **Los yos complementarios:** Antonio Machado (1997: 837, *passim*) desarrolla esta idea de los **yo complementarios de nuestra vigilia.** Trata de rastrearlos, por ejemplo, en el pintor Solana. Para Machado, su idea de la biografía es como parte de la crítica: *"...hay dos modos de crítica: la involutiva y creadora, que ve lo que hay, y la negativa, que ve bien lo que falta..."*

12 No significa este juicio crítico una descalificación es de estas obras, simplemente da cuenta de la unilateralidad que siempre acecha a los enfoques parciales. La visión psicopatológica, ampliamente popularizada en España por Juan Antonio Vallejo-Nágera, el autor de **Locos Egregios** publicada en 1946 y profusamente reeditada hasta nuestros días. También de un tono tan particular como el de éste, aunque con diversa motivación, es la

En relación con los grandes y generalizadores calificativos de Azara, reiterados a modo de verdaderos clichés, como lo son la imagen del sabio surgido en el desierto, el del abandonado por el poder español en la remota frontera americana, el del científico que se construyó a sí mismo espontáneamente y en la más total soledad, y –posiblemente– merece igual calificación la tesis que presenta a Azara como el maestro y mentor del caudillo uruguayo Gervasio José de Artigas[13], etc. Todos esos estereotipos contribuyen a prefigurar un personaje que no siempre resulta convalidado por la verdad documental, que –por el contrario– suele desmentirlos en la medida en que se profundiza el análisis.

También se puede seguir en la elaboración de una biografía el reclamo de cualquiera de

"las modas que periódicamente lanza el mercadeo como supuestas innovaciones revolucionarias, destinadas a los que pretenden estar a la última sin esfuerzo alguno, como la falsa renovación epistemológica de los constructivistas" (López Piñero, 2000), de las que brotan resurrecciones a cual más estrambóticas del sujeto biografiado, aunque a veces la genialidad se combina con la intuición y surgen biografías-constructo, eminentemente literarias, que como la de José Gaspar Rodríguez de Francia de Augusto Roa Bastos[14], que revela una sorprendente lucidez, como resultado del variopinto y cambiante trasfondo de la percepción del pasado y de la historia en el siglo XX y por un autor que es literato ilustre pero no historiador, sin que eso les quite el carácter de ficciones. Siguiendo con talento y riqueza expresiva la obra de Roa Bastos, apareció hace muy poco tiempo una del hispanista francés Eric Courthès, **Memorias de un muerto,** que revive a un Aimé Bonpland de ultratumba, en otra obra llamada, seguramente, a perdurar en el campo de la literatura biográfica.

Por último, no puede dejar de tenerse en cuenta que en la interpretación de la vida de un hombre de ciencia, es constante la vigencia del debate actual entre las tendencias extremas de la filosofía contemporánea de la ciencia, como en el caso de los que Fernández-Rañada (2002) llama el caso de los *hipermodernos*, así como el casi comparable de los cientistas radicales, algunos de ellos con fuerte intencionalidad ideológica como el uruguayo González Demuro (2003) quien justifica desde un punto de vista relacionado con la praxis política más contingente, la distorsión biográfica de personajes históricos para transformarlos en figuras paradigmáticas en pro *"de necesidades históricas del presente"*.

Si bien algunos de esos teorizadores son negadores del carácter progresivo y objetivo de la ciencia y los segundos actúan como defensores empecinados y excluyentes del conocimiento científico como el único válido:

"...por desgracia hay en los dos grupos algo de inquisitorial, mucho a veces; por eso me parece que sería muy malo para el futuro de la ética, o sea del mundo, que cualquiera de esos dos grupos ganara la partida. Lo que necesitamos, por el contrario, es una tercera vía que permita a la ciencia conservar su magnífica objetividad[15] y al arte y a la literatura mantener su maravillosa subjetividad" (Antonio Fernández Rañada, 2002: 28).

Dejando de lado ya, puesto que el tema se tornaría interminable, los aspectos que podríamos denominar teórico-epistemológicos de la biografía, corresponde que tratemos de aspectos más cercanos y prácticos, que conviene también compartir preliminarmente con el lector, antes de brindar la parte específica de la obra.

La pregunta fundamental a la que debemos responder al planificar una biografía, es si la misma responde a una demanda preexistente o si va a descender, casi sorpresivamente, a un campo para el cual la misma es inesperada. La cuestión es decisiva y, en el caso de Félix de Azara se cumple la primera de las condiciones y esto es sensible en alto grado en, al menos, tres campos geográficamente diferenciables en los que, durante los últimos decenios, la figura y la obra del ilustrado aragonés se ha difundido ampliamente, aunque sin lograr en muchos casos superar la barrera que señalara Serafín Fanjul (2005a, b), al denotar irónicamente que en algunas localidades, que fueron escenarios centrales de la obra azariana y a las que él quiso con particular devoción, haciendo una encuesta pública acerca de quién fue o es Azara, la máxima respuesta hallada ha sido *"es el nombre de una calle que corre paralela a..."*.

A pesar de esa aparente objeción, que si se generalizara la pregunta para muchas otras

---

obra biográfica múltiple escrita por Paul Johnson en los ensayos que integran **Los Intelectuales** (1991).

13 Como lo analizaremos en el capítulo correspondiente, tal presunción podría resultar de una serie de coincidencias fortuitas, sobre las que proliferó la especulación a partir de Esteban Campal (1969) y perduró como un mito, muy reiterado aunque nunca cabalmente documentado, pues era apto por su funcionalidad para interpretaciones nacionalistas, e incluso, al servicio de militancias ideológicas interesadas (Wilson González Demuro, 2003).

14 Augusto Roa Bastos: **Yo, el Supremo** (1974), Editorial Siglo Veintiuno, México, pp. 1-467.

15 A pesar de la validez general de esta observación de Antonio Fernández Rañada, no puede sino asumirse con curiosidad crítica esa pretendida *"magnífica objetividad de la ciencia"*, concepto que resulta epistemológicamente si no equívoco, al menos fuertemente ingenuo.

personalidades de relieve, no darían lugar a respuestas más lúcidas en el campo del saber público acerca de la historia y de sus protagonistas, casi universalmente desvirtuados o difuminados por las perversas corrientes pedagógicas del último cuarto de siglo, las que despojaron prácticamente de sus componentes fundamentales a las disciplinas que antes se conocieron como historia y geografía. Esta cruel realidad se consumó en aras de un sociologismo actualista, esgrimiendo el pretexto de preservar la capacidad memorizadora de jóvenes y niños al servicio de otros contenidos, con una fundamentación neuro-cognitiva extraña, a la que el reconocido historiador Antonio Domínguez Ortiz [1909-2003], respondió irónicamente, poco antes de su fallecimiento, que preservamos el espacio vacío en la mente de nuestros niños, para que no se llene con el nombre de reyes visigodos y próceres de la historia medieval o moderna, puesto que así puede retener mejor el de los jugadores de futbol y de algunos músicos evanescentes.

Ésta ha sido la mala consecuencia pedagógica de la interpretación cada vez más sesgada de la prédica de la revista francesa ***Les Annales*** que, desde 1928 rechazó la historiografía clásica bajo el calificativo generalizado e injusto de *"évennementielle"*, es decir, dedicada sólo a los "acontecimientos", los hechos notables y sus protagonistas individuales.

Sin embargo y, afortunadamente, eso es muy probable que no pasará de ser una moda transitoria y, aunque la respuesta a la encuesta de Serafín Fanjul fuera, en cierto porcentaje de la población, similar en sus resultados a la que señalamos arriba, es válido el reparo de Mario Vargas Llosa, en el sentido de que no debe preocupar tanto que en el seno de una sociedad u de una cultura, crezca un estamento, desposicionado en el tiempo y en el espacio total de las mismas, mientras se desarrolle también, en paralelo, otro sector humano cultivado y con intereses vivos por la historia cultural, que es historia de los hechos significativos y de sus protagonistas, de las mentes y de sus portadores, de las ideas y de los sentimientos, de las expresiones y de los silencios, además de encarar la componente social y económica, como la entienden los sectores ideológicos.

Que Félix de Azara tiene "presencia" y vigencia, al menos en su tierra: Aragón y en el Paraguay, donde fue prácticamente su gran difusor y primer naturalista y descriptor. En la Argentina; a la que dedicó poco más de un lustro en los años finales del siglo XVIII y hasta 1801, compartiendo su tiempo con la antigua Banda Oriental –el Uruguay– y también el que hoy es parte de Rio Grande do Sul, en Brasil, donde se halla la población fundada por él, la vieja San Gabriel de Batoví (São Gabriel en la actualidad). Esa historia bien o mal reconstruida despierta cada vez más el interés por conocer mejor a quien hizo realidad la incorporación efectiva del área rioplatense al conocimiento universal.

Sin las exageraciones de querer "construir" una figura para reivindicaciones nacionalistas, ni de ningún otro tipo interesado, es especialmente necesario que se conozca lo más posible a Félix de Azara como un prócer civil, una figura de la ciencia, representante de la honestidad y el cumplimiento del deber como funcionario de la corona española, cuando la misma tenía plena vigencia en la región sudamericana mencionada, poniendo al mismo tiempo de relieve lo que hasta ahora permanece tan mal conocido como lo es la Ilustración del siglo XVIII, que no sólo significó un salto gigantesco en la cosmovisión occidental, sino también el inicio de vigencias como los derechos humanos, la libertad de consciencia, el régimen republicano de gobierno o la monarquía constitucional y con tres poderes en su base estructural. Esto forma parte de la idea central de la obra que no es una mera vida anecdótica de protagonista puesto que no hay información cierta para brindarla y, además no bastaría si no se presentara bajo la cobertura más amplia de Félix de Azara y su tiempo, entendiendo el mensaje de los ***Annales*** en su mejor sentido: no los hechos sin personajes, sino los personajes en interacción permanente con su época, única forma de presentar el pasado de manera justa para quienes fueron parte del mismo y válida para quienes deben continuar consciente o inconscientemente una historia que tuvo protagonistas, algunos de los cuales todavía retienen un mensaje al que propagar.

Lo anterior implica una intención pedagógica. Creemos que la misma es esencial, no sólo como idea rectora del trabajo biográfico sino como base metodológica para la construcción total de la obra. La misma no puede ser preparada en un gabinete aséptico y largada a deambular en medio de una realidad extraña, sino que debe ser construida con fuertes anclas en esa realidad, que es multidisciplinaria y casi tan amplia como la cosmovisión media de las comunidades humanas que potencialmente van a tener acceso al escrito.

Estas consideraciones valen no sólo por la suma global de la obra, sino por detalles constructivos menores que pueden ser objeto de disputa o crítica. Uno de ellos es el caso de las notas. Las mismas tienen una larga historia en el desarrollo del conocimiento general y de la erudición en los últimos siglos: aparecidas en el Renacimiento, han pasado por vicisitudes que detalla Anthony Grafton (1998) y siempre, al menos desde que las usó Pierre Bayle en su célebre Diccionario Histórico Crítico de 1695, han sido vehículo de traspaso, consolidación y hasta de contrabando de conocimientos. Al argumento de que cansan o distraen al lector, sólo se podría responder

que las páginas en blanco no crearían ese efecto, pero no saldría nada de ellas. Se colocan al pie de página para que estén en disponibilidad para su inmediato acceso, pues al final del texto, al menos para el autor, sí pueden llegar a ser de un manejo tedioso y casi disuasivo. Además, se debe dejar constancia que, en la mayoría de los casos, para el erudito son innecesarias, para el medianamente conocedor del tema, son prescindibles y para el que entra al texto con interés creciente resultan una especie de herramienta esencial para seguir con seguridad y comprensión el mensaje de la obra.

Ante la posible objeción de que muchas notas serían prescindibles, retornamos al concepto de lo pedagógico y a la visión del campo cultural moderno con sus distorsiones: un lector maduro cursó disciplinas que lo habilitan para leer acudiendo al mínimo de apoyo, un joven necesita forzosamente ubicarse en el espacio, el tiempo y la historia de las mentalidades. Para éste último, como un prototipo imaginario de lector, estructuramos principalmente el aspecto formal de la edición anotada.

Esta obra no es ocurrencia espontánea de un día ni de un momento cercano. Ya hemos tratado acerca de cuán olvidado y aún extraviado, está el Félix de Azara real por parte del mayor cúmulo de la literatura corriente referida a él. Por lo tanto, para brindar una imagen válida hemos necesitado plantear aspectos a los que denominamos **"nodales"** porque, en ellos, se entrecruzan los hilos esenciales de las tendencias, pulsiones, vigencias, interacciones personales y sociales que caracterizan las mayores marcas que ha dejado esa vida en la historia. Por eso se han elaborado, además de ciertos capítulos que aparecen como modales en toda biografía suya, otros que asumen el rango de pequeños ensayos, que casi se cierran en sí mismos. Son intentos de exégesis de rasgos, de hechos y de comportamientos, para los que hay una base fáctica nula o muy endeble. Eso da lugar a que tengan que aparecer a lo largo de las páginas algunas reiteraciones, que son intencionales –y nuevamente insistimos, pedagógicas– y que actúan a modo de anclas en el contexto más fluido para permitir insinuar nuestras propias interpretaciones.

Todos los temas que correspondan al ámbito de nuestra civilización pueden llegar a ser controvertidos. Más aún, creemos que es lícito e incluso imperativo que lo sean en homenaje a la diversidad de nuestras mentes, creencias y sentimientos. Ningún autor puede ser neutro, a lo sumo está en él la posibilidad de tratar de guardar una distancia ecuánime con respecto a los acontecimientos o consideraciones sobre las que asienta mayor divergencia o sobre las que arraigan las pasiones más exaltadas y con persistencia actual.

Si en algún momento se formulan juicios de valor, se alaba o se desacredita a instituciones o personajes, es sin ánimo de emprender guerras irracionales, es así nada más que en cumplimiento de un deber de sinceridad intelectual. La amplia mención de fuentes, muchas de ellas diversas y contradictorias, ofrecen al lector curioso o incitado a la réplica, alternativas de refuerzo para sus postulaciones. Pero, no temamos, esos son detalles mínimos y sólo los traemos a cuento para no sorprender a nadie desprevenido: la historia personal que tratamos está seguida con cuidado, con respeto, con tolerancia en la divergencia y moderación en la coincidencia. El deseo final es que despierte inquietud, emulación y que tanto en España como en América, Félix de Azara llegue a ser un referente valioso en la historia del desarrollo y autodescubrimiento. Además, la intención se prolonga –y se verá a través de los tres tomos en que está planificada la obra– en el objetivo de que América conozca a Aragón, tierra privilegiada de España; y que a su vez, Aragón refuerce un nexo que ya es fuerte con tierras de ultramar, a cuyo poblamiento contribuyó tan notablemente.

Capítulo I.

Introducción

"El historiador no aísla causas, algo que, incluso en el mundo natural, desafía la separación; describe condiciones que considera relevantes, añadiendo ocasionalmente una evaluación de su fuerza relativa"
[Jacques Barzun: **Del amanecer a la decadencia**, Madrid, 2002: 967]

Toda vida humana, particularmente aquéllas que llegan a hacerse históricas, es decir, que alcanzan la posibilidad biográfica según el decir de Pedro Laín Entralgo, no han sido independientes de su tiempo y de sus circunstancias. Más de una vez retornaremos al concepto de **Zeitgeist** (espíritu o signo de un tiempo dado) para definir esos factores entornantes de una vida que, en gran medida la construyen, la direccionan e incluso guían sus formas decisivas de expresión.

Dice Ernst Jünger en **Pasados los setenta** (I, 2006; 92) que siempre, "…tras el hombre de acción se halla el **Zeitgeist,** y tras éste, si se quiere, el **Weltgeist,** el Espíritu del Mundo, o la pura evolución. El hombre de acción recibe su encargo de segunda mano. De ahí que el resultado de la evolución no se haga visible en un único partido o en este o aquel sujeto sino en la constelación del conjunto" ¿Y quién es ese hombre de acción sino el que realizara su vida de modo tal que la misma trascendiera significativa y expresamente, mucho más que para sí mismo, para sus prójimos, su patria o la humanidad? La historia en su decurso va decantando aquellas figuras que lo han hecho y, por lo común, nos las brinda con perfiles engañosos, pues aparecen como actuales y sin embargo corresponden a entornos o medios propios de universos distantes y diversos del nuestro.

Ese sentido de "medio" o de circunstancia –en tanto no se ahonde en el mismo con una extensión y hasta una profundidad adecuada– no deja de ser la proposición de una entelequia o, si se quiere, de una especie de conceptualidad indefinida a la que se asigna un papel tan trascendental. Por eso es conveniente realizar un análisis que comprenda primero la aprehensión del que consideramos "su tiempo" para salvar, en alguna medida las inconmensurabilidades que separan entre sí estadios paradigmáticos generalizados y, de ese modo poder desde un tiempo lejano, acceder con el mínimo de distorsión a alguna vida cuya realidad perteneció a una configuración temporal y de acontecimientos exclusivamente suya y de sus contemporáneos, en la que muchos factores permanecerán para siempre encubiertos para el historiador.

Un primer análisis de la circunstancia que rodeó a la vida que nos interesa reconstruir, requiere que, una vez asimilado por parte del biógrafo lo más posible de datos, inferencias e intuiciones[1], y eso nos lleva a la necesidad de jerarquizar los componentes mayores de ese entorno y tratar especialmente a alguno, o algunos de ellos, con especial dedicación porque de este proceso analítico es, justamente de donde saldrá la mayor claridad que permita visualizar al personaje histórico.

Si partimos de esta metodología, el tercio medio y el final del siglo XVIII, que constituyen el lapso temporal que enmarcó la realidad de Félix de Azara, ha sido tan denso, tan peculiar y, al mismo tiempo, tan atípico con respecto al de otras etapas históricas cercanas, que se presenta a modo de una compleja configuración de diversos "escenarios",

1 Si consideramos que el acontecer histórico es el resultante de una compleja configuración de elementos de todo orden de la realidad, estamos introduciendo una idea de sistema. Por lo tanto el abordaje central debe ser sistémico y uno de los parámetros implícitos en el mismo, es deci en la funcionalidad de los sistemas, es la generación de nuevos elementos, ontológicamente reales, los llamados emergentes, que son niveles novedosos de compresión, imposibles de asimilar fuera del ámbito sistémico en el que se producen. La comúnmente denominada **intuición** en la mente del científico, del artista o del historiador, no sería sino una especie de emergencia gestáltica emanada de la propia concepción interna (con una fuerte componente social) de la estructura dinámica de la porción de lo real que analizamos. Son formas de vectorización, es decir, de direccionamiento del pensamiento interpretativo, las que nos conducen a niveles novedosos para la comprensión del objeto de estudio.

en los cuales la atención debe volcarse sobre un telón de fondo especialmente relevante. El mismo puede buscarse en la historia fáctica, en la económica, en la social; en el campo de las ideas y de las mentalidades; en el de la sensibilidad y en el de la cosmovisión imperante, pero también y muy legítimamente, concentrarse alrededor de otro ser humano del mismo período que hubiera resumido en sí mismo, a través de sus acciones y de su facultad de decidir, la tonalidad final de su momento histórico.

Podemos así optar por un personaje esencial para la comprensión de su tiempo: el monarca Borbón Carlos III. Estamos lejos de la interpretación meramente personalista de la historia, pero también de la despersonalización de la misma en aras de un sociologismo o economicismo ajeno despectivamente a lo que éstos califican de **evennementielle**, remplazando valores de alta vigencia previa por secuencias casi mecánicamente conducidas, que no llevan sino al callejón sin salida en el que entró la escuela histórica de los Annales una vez que la muerte se llevara a todos los que representaran la historiografía previa a esa visión supuestamente renovadora y, en consecuencia, se descubriera que ya no había un trasfondo sólido sobre el cual asentar las síntesis finales que busca el saber histórico. Por esa razón consideramos posible y racional centrar también en el monarca que fuera el protagonista mayor de una nueva era, la síntesis de circunstancias que operaran sobre el vivir, el pensar, el expresarse y, en suma, el existir de Félix de Azara.

Al hacerlo debemos huir del presentismo epistemológico, como nos advierten los mejores historiadores de la cultura, también debemos hacerlo del **etnocentrismo actualista,** que como dice López Piñero (1996: 695):

“Para mí la perspectiva etnocéntrica es nefasta por limitar gravemente el desarrollo de la historiografía científica, impidiendo una verdadera comparación de las cuestiones, esto es, una disposición transhistórica, transcultural”.

Naturalmente que en caso de una biografía nos referimos al etnocéntrismo epocal, desarrollado en el tiempo mediante la superposición en capas de estadios culturales, diferenciados unos de otros, al modo de lo etnográfico en el espacio, con su despliegue geográfico.

Desde esa perspectiva quedan descartadas las reconstrucciones actualistas que corresponden a intereses o perspectivas circunstanciales carentes de la dimensión temporal del pensamiento histórico, ajustadas “…a tópicos tan injustos y estúpidos que no merecen ser tomados en serio ni siquiera un segundo” (Brinkbäumer y Höges, 2006: 277), como los que desarrollaran desde principios de los noventa del siglo pasado la absurda noción de lo políticamente correcto, aplicada en 1992 en especial y con llamativa saña a la figura de Cristóbal Colón y a la de los conquistadores (*op. cit.*: 308). Se trata de una metodología perversa de la cual tampoco llegó a salvarse la memoria de Félix de Azara, especialmente en artículos periodísticos y en algunas contribuciones mayores sobre las que se proyectó el juego foucaultiano de mirada-poder-apropiamiento, con una distorsión evidente de la realidad de su época y de su modo de contemplación y asimilación cognitiva de los elementos de la historia natural y de la antropología.

Es posible hacer un recorrido por los mayores enfoques distorsionados por el cambio temporal de las cosmovisiones, y que son los que demandan mayor prudencia al investigador biográfico. Tenemos así el de la sensibilidad general y de su expresión; el del deísmo en el plano religioso, en el que también cabe analizar el problema de la incredulidad (Lucien Febvre, 1959); el de la concepción social estamentaria, al igual que la presencia o el surgimiento de la burguesía; el de las expresiones epocales del yo y de la alteridad; el del sentido geográfico de la Tierra o de la razón cartográfica como lo denomina Franco Farinelli (2007), que incluye las nociones de espacio y de tiempo, pues recién estaba liberándose el sentido mismo de la representación de su realidad a través de la cartografía. Hasta la noción misma de hispanidad y de percepción de la España de Ultramar y la renovación semántica y léxica (y, por tanto, de la expresiva) (Corominas, 198; Marichal, 1995; Peiró Barco, 2006 y M.S.) no están sujetas la condición de “caracteres permanentes” (los que no var} ian generacionalmente en forma sensible) con respecto a los que Maravall (1998: 105) advierte que: *“…para quien no distingue de tiempos, es decir de generaciones, y no sospecha la diferencia increíble que hay entre un pueblo que ha perdido la forma y ese mismo pueblo cuando vive una generación en plena forma”*, tomando este concepto de Ortega (1965).

También merece destacarse el gusto por la novedad (neofilia) como una de las variables correspondientes a cada tiempo histórico y que funcionan independientemente en cada etapa. Maravall (1998: 109) dice al respecto

“Los consejos de Guevara, el testimonio de Maquiavelo, la doctrina de Montaigne, la repulsa de Nash y, en sentido inverso la protesta de Galileo, no se pueden tomar como datos que caractericen la actitud permanente de unos u otros grupos sociales, ni en todo momento de su existencia, ni, de una manera exclusiva y peculiar, la actitud de un grupo o nación frente a otros. Creemos más bien que se trata de manifestaciones de una situación histórica, no de caracteres nacionales que definan la postura de toda una sociedad y de modo constante y cómo un atributo que de suyo les pertenece. Si Feijóo protes-

taba de lo nuevo[2] *, tenía razón Ortega viendo en casos como éste la forma circunstancial de encontrarse una sociedad. Por eso, en la España misma del siglo XVIII, cuando la influencia de Feijóo y de tantos otros ilustrados produzca su efecto, la constatación de Jovellanos será de muy diferente carácter".*

Asociado a ese rasgo que es la recepción de la novedad la que como hemos visto, es variable a través del tiempo histórico, podemos también considerar al asombro que la misma provoca y cómo se expreas como otra de las cualidades epocales que definen el paradigma mental dominante de un lapso dado del transcurrir histórico. Por último no podemos dejar de lado un trasfondo, mitad real, mitad mítico, tan manido que suelen dar lugar al rechazo directo antes que a una consideración ecuánime: se trata de la llamada decadencia española, que no es propia del tiempo que estudiamos, sino que lo precede, y que actúa como factor concurrente sobre la época y la trasciende temporalmente hasta una fecha para la que no hay acuerdo, y que posiblemente no se logre establecer nunca pues se trata de un fenómeno tan complejo que la única forma de esclarecerlo residiría en el tratamiento individual de sus componentes[3] .

De la enumeración precedente de rasgos del tiempo histórico azariano, que no son caracteres permanentes sino contingentes al paradigma reinante según el concepto que ya presentamos, desarrollaremos en esto una breve síntesis meramente introductoria, para dejar de esta forma postulada la óptica bajo la cual encaramos a Félix de Azara y su tiempo en los capítulos siguientes. Lo hacemos bajo el orden enumerativo con que los presentamos, en algunos casos ateniéndonos a poco más que la presentación del tema cuando éste va a ser desarrollado con más amplitud en los sucesivos capítulos.

Tal es el caso de la presencia de Carlos III, un hecho casi permanente en el trasfondo de la vida de las tres generaciones que eclosionaron bajo su reinado. Su figura, a veces contradictoria desde la óptica de nuestro tiempo, denostada y dejada de lado por una historiografía primeriza del siglo XIX, de inspiración dogmáticamente ultramontana o liberal y carente de la noción de relativismo histórico, hoy ha sido revisada, a veces magníficamente, y ha surgido una nueva visión. A nuestro ver se trata del mejor soberano, prácticamente el único que reinó sobre su nación pero también sobre sí mismo: totalmente impregnado noble y sinceramente de su función desempeñó el mejor papel que dentro del esquema de su tiempo pudo haber desarrollado un soberano. Fue recto y sobrio, respetuoso del conocimiento y de la virtud de quienes estuvieron cerca de él.

Le tocó vivir una época de confusión, de fuerzas heterogéneas desatadas y con trayectorias imprevisibles, pero supo prever conflictos y superarlos con habilidad y prudencia. Su vida personal fue impecable. Él mismo puso coto al mal que supuso era propio de su familia y no se dejó arrastrar por la locura como varios de sus predecesores. La entrega a sus funciones era total. Era profundamente creyente pero, sin embargo, no fue dominado por sus confesores. Era cauto y parsimonioso, trataba de no desatar fuerzas contenidas en sectores de la sociedad, pero fue capaz de firmeza y resolución drástica cuando se presentaron problemas como el de los jesuitas. No le inquietó adoptar elementos del ideario práctico jansenista, cuando fue necesario para refirmar la fortaleza del regalismo que él encarnaba en su máxima expresión. Por más que una crítica intencionadamente actualista se ha ensañado con él como símbolo del despotismo ilustrado, nunca persiguió a nadie con saña ni arbitrariamente. Hasta su muerte en 1788 tuvo lugar el período en el que más voces críticas se elevaron contra el despotismo ilustrado y el regalismo no constitucional, sin embargo, órganos como ***El Censor***, sostuvieron posiciones que llegaron en ocasiones a ser exaltadas, sin recibir represalias. Se le asignan rasgos de déspota frío por su actitud ante el caso de Pablo de Olavide, pero las circunstancias de la política mayor del reino requerían un equilibrio de fuerzas contrapuestas y agitadas, para así evitar crisis mayores: la salida no fue la mejor ni la más grata, pero fue como pudo ser en su tiempo y con las modalidades del mismo.

En suma, Félix de Azara desplazó su vida bajo el poder de siete soberanos, pero lo central, lo decisivo, aquello de lo cual dependió incluso la consumación y la publicación final de su obra, ya fallecido hacía años Carlos III, dependió del impulso que éste había dado a la reforma ilustrada, transformando España notablemente, aunque todo se removiera y entrara en convulsión tras la desdichada política del Príncipe de la Paz y la intervención napoleónica. A partir de entonces pasarían largos años hasta que España recuperara, o intentara al menos hacerlo un soberano o un poder ejecutivo eficiente, honesto y puesto exclusivamente al servicio de la nación unificada, como lo quiso esencialmente Carlos III a través de su obra de gobierno.

---

2 Nota de José Antonio Maravall: *"Feijóo reducía la vigencia del gusto por la novedad en el campo de las modas, B. A. E., LVI, págs. 66 y ss.: "piensan algunos que la variación de las modas depende de que sucesivamente se va refinando más el gusto o la inventiva de los hombres cada día es más delicada. Notable engaño. No agrada la moda nueva por mejor sino por nueva. Aún dije demasiado. No agrada porque es nueva sino porque se juzga que lo es"*

3 Tal como sucediera con la medicina española entre 1650 y 1750, que analizada particularmente da cuenta de una notable y densa renovación y calidad científica.

El problema de la incredulidad y el deísmo. El tema ha sido tratado desde múltiples enfoques pues la incredulidad, prácticamente imposible e concebir en tiempos previos, se ha instalado en la consciencia europea, particularmente en la francesa, a partir del siglo XVII. Según Lucien Febvre (1959); François Rabelais, el médico y escritor humanista, ha sido el primero en dar señales directas de ese estado de espíritu. Para él el rechazo de la creencia oficial imperante se impone con prioridad a la desviación herética de la misma. En el siglo XVIII el proceso se ahonda, difundiéndose vastamente en Francia. En España esas formas de respuesta numinosa, no son corrientes, por el contrario, el proceso de la ilustración española se diferencia netamente de la francesa porque asume, rozándose o no con la herejía un perfil de acentuado deísmo. Esta es la variante local que más destaca al siglo de las Luces en España. Volveremos sobre el tema en capítulos ulteriores.

La concepción social (y lo es también dominantemente vital y cosmovisional) estamentaria, acerca de la cual tratamos extensamente en el capítulo III, tuvo una enorme influencia en la constitución total de la sociedad, en la configuración de las mentalidades dentro de cada estamento y en la resultante final del operar histórico sobre esa constitución anímico-social.

El problema de la burguesía, ya fuera surgente, ya asentada según unos y otros autores, es de particular significación en el siglo XVIII español. La nueva clase, surgida seguramente poco después del Renacimiento y mantenida larvada hasta el siglo XVII, asume en el XVIII un papel que, aunque no tan determinante político como en Francia, resulta notable porque se inserta como una especie de cuña novedosa entre los estratos estamentarios y, a lo largo del siglo se efectúa un traspaso bidireccional y progresivamente creciente de sus virtudes y defectos, adoptando la vida burguesa formas de otros estamentos, o inspirando las modalidades de acción –e incluso de vida– de amplios sectores de la nobleza y de los sectores artesanales, comerciantes, funcionarios exportadores, importadores y militares, llegando a configurar una nueva modalidad social que encuentra su expresión primaria y más llamativa en el liberalismo, en especial en el doceañista.

La cuestión del “yo” en relación con su operatividad como significado social y personal, así como la de la **alteridad**, es compleja y no basta para comprenderla una simple enunciación. Pedro Laín Entralgo se ha ocupado ampliamente de este tema en una invaluable obra publicada en 1961. La cuestión, que cuenta con antecedentes y tratamientos paralelos en las diferentes escuelas psicológicas, particularmente la dirigida por Carl Gustav Jung y la freudiana, posee también antecedentes en el pensamiento filosófico-psicológico europeo, con casos tan notables y casi desconocidos como las proposiciones de Sabina Spilrein a comienzos del siglo XX. Nos atendremos a la escuela filosófica española –fundamentalmente centrada en Ortega– porque lo hizo con una notable claridad y precisión y se ocupó especialmente de seguir a través de la historia el surgimiento y la evolución de lo que se denomina el **yo** y, como consecuencia, también de la concepción de alteridad. Esta es una componente de la cosmovisión y hasta de los sistemas mental y social humano en su totalidad, que no ha caracterizado sino a un periodo histórico muy reciente y corto de la vida occidental. Por eso dice Laín Entralgo (1961, I: 27)

“Recluido en mi propia realidad y con un método idóneo, lograré descubrir y utilizar en beneficio mío ***les trésors de mon esprit****. Pero en esa viviente soledad mía, ¿cuál es para mí mi realidad más propia? Parece que esta interrogación sólo puede tener una respuesta, la respuesta que dice “***Yo***”. Para mí esto que llamo yo –la palabra que empleo para nombrar el sujeto de todas mis actividades personales: yo pienso, yo hablo, yo ando, yo como–, parece ser la realidad más primaria e inmediata; por lo menos, tal ha sido el sentir de los hombres de Occidente durante tres siglos.”* (téngase en cuenta que esto se escribió medio siglo atrás y que hoy llevamos ya cuatro siglos de esta noción consciente del yo).

Para los hombres de la Ilustración, para Félix de Azara en nuestro caso, la situación desde la cual encararon este problema que aún estaba prácticamente en la base de su instalación en las mentalidades occidentales. Por lo tanto experimentaron en su vivir “las principales vicisitudes que la intelección del **yo** ha ido sufriendo desde los decenios centrales del siglo XVIII…” Laín Entralgo (*op. cit*: 27).

El mismo autor prosigue diciendo:

“Ese yo fundamental y primario ha sido, en efecto, realidades muy diferentes entre sí: cosa pensante, instinto vital, sentimiento, voluntad moral, espíritu subjetivo, centro creador y proyectivo, conciencia pura[4] *. Sucesivamente instalado en cada una de esas interpretaciones el hombre moderno ha ido inventando otros tantos recursos intelectuales para concebir e inventar su personal convivencia con el otro. A la peculiar realidad del otro –esa por la cual todo hombre puede prestar amistosa, tediosa o adversa compañía a quien directamente le trata– se la ha pretendido descubrir y afirmar mediante la razón*

4 Nota de Pedro Laín Entralgo: *“Con el correr de la Edad Moderna, “el yo“ –escribe Ortega– ha sido favorecido por el más sorprendente cambio de fortuna. Como en las consejas de Oriente, el que era mendigo se despierta príncipe. Leibniz se atreve a llamar al hombre* **un petit Dieu.** *Kant hace del yo el sumo legislador de la naturaleza. Y Fichte, desmesurado como siempre, no se contentará con menos que con decir: “el yo es todo” (***Obras Completas,** *II: 392)”.*

discursiva, el instinto de vinculación social, la operación del sentimiento, la actividad moral, la dialéctica del espíritu, la dialéctica de la naturaleza, la invención proyectiva y la reflexión fenomenológica…"

En cuanto al sentido geográfico, que no es otra cosa que la conciencia del estar en la Tierra y de cómo se está en ella, el mismo se liga profundamente a las nociones de espacio y de tiempo. También y fundamentalmente a las de movimiento, desplazamiento, jerarquización del posicionamiento, direcciones del espacio. Como desde el interior de un paradigma hay aspectos que son prácticamente intransferibles hasta en su aspecto formal para quienes residen en otro diverso (inconmensurabilidad), resulta difícil de entender este planteamiento acerca de cómo evolucionó a través de Occidente la concepción de la componente del medio más esencial y perceptible: el lugar sobre el que el sujeto pisa.

En la antigüedad la configuración mental de la representación de la Tierra era totalmente diferente de la moderna. Ni los antiguos griegos, ni Gilgamesh (el primer peregrino), ni Herodoto y Estrabón, que deambularon en tiempos clásicos por la geografía mediterránea, ni Marco Polo que extendió su marcha hacia el límite oriental de lo conocido, apenas un poco más allá de dónde había llegado Alejandro Magno siglos antes, portaron una idea aproximada a la nuestra del espacio y del tiempo. En cuanto al espacio partían de una Tierra en la que había **lugares,** no direcciones, no puntos en los mapas. Estos últimos eran simples representaciones simbólicas de un espacio finito y homogéneo en su variabilidad. Como lo relata Franco Farinelli (2007: 7)

"Marco [Polo] *cabalgaba pues sin prisas, descansando cada noche en los caravasares y durante meses enteros por necesidad o por gusto en las ciudades, aprendiendo lenguas y costumbres, haciendo acopio de historias y recuerdos. Y cada día las cosas del mundo le revelaban la propia duración, y al mismo tiempo medían la duración de su vida. Efectivamente, en el* **Millón***, la extraordinaria relación de los viajes de Marco Polo, los desiertos, las selvas, las montañas, carecen todavía de extensión, como si los sentidos del caminante no estuviesen aún determinados por la rigidez abstracta de los puntos cardinales. Para avanzar se toma primero la dirección de la* **tramontana** *o del* **griego***, la dirección de los vientos, pues. Y así leemos frases del tipo "Carcam es una provincia que dura cinco jornadas", o bien "Cuando el hombre parte y ha cabalgado estas veinte jornadas de montaña de Cuncum", etcétera. Así como en el* **Millón** *no existe el espacio, tampoco existe el tiempo, si no es bajo la forma de la alternancia de las noches y los días y de las estaciones. Al contrario, lugares y jornadas son la misma cosa, coinciden en la experiencia del camino, los unos sirven de medida a las otras y viceversa, se trata de una medida relativa que varía de una ocasión a otra, que no tiene nada de métrico, de lineal, de normalizado. Como los lugares, tampoco las jornadas son realmente uniformes…".*

Para Farinelli *(op.cit.: 10)* también

"…la empresa de Colón, el primer viajero que viajaba con un mapa no tuvo el efecto de convertir en esférica la imagen de la tierra que anteriormente se creía plana, sino que por el contrario transformó toda la Tierra, que era y se pensaba esférica en un gigantesco tablero, en un gigantesco espacio, en un único y gigantesco mapa…". Una vez constituida como tal, y siguiendo a Wittgenstein en su ***Tractatus****, arriba con él a la noción de que "toda proposición es una imagen, un mapa en definitiva".* Si la proposición y el mapa están unidos por una relación tan particular, aparece una razón ***cartográfica***, que reemplaza en la mirada dirigida al espacio, a elementos orientadores como los vientos y, en el ámbito natural ahora cuenta con "la invariable geometría de los puntos cardinales", sostenida por una especie de concepción geométrica innata que contaría con la incorporación adosada y sutil de una especie de "gramática" innata de los desplazamientos espaciales y del posicionamiento geográfico, que cuenta con la internalización implícita del teorema de Thales, hoy obvia hasta en los iletrados. Así trasmitimos en el presente la imagen del mundo a los más jóvenes.

Una vez mutado, tras el furor cartográfico del siglo XVI, el concepto del espacio, los mapas buscaron, en el seno de la cultura occidental y casi por sí mismos, llenar los claros que persistían en ellos, eliminando toda la zoología fantástica que lo habitaba, nominando, marcando rumbos, estableciendo proporcionalidades. El paso del siglo XVII al XVIII es decisivo en este sentido. El salto generacional de la concepción del espacio es cualitativo. No olvidemos el monstruo que "observara" el sacerdote, astrónomo y físico francés Louis Feuillée [1660-1732] en las pampas cercanas a Buenos Aires, en 1709 (Rípodaz Ardanaz, 2002: lám. III; Español González, 2006: 194, fig. 2) y la marcada duda que ya se atreve a manifestar medio siglo después (1767) el aragonés Cosme Bueno[5] (Serrera Contreras *et al.*, 1996) ante la información que le allegan acerca de los indios que constituirían la "nación" de los denominados Cullús por los Matahuayos,

"…que crían cuernos en la cabeza que so-

5 Cosme Bueno [1711-1798]. Médico y naturalista aragonés nativo de Belver del Cinca, migrado al Perú en 1730, donde llevó a cabo una valiosa actividad científica, en especial naturalista. Publicó una **Descripción del Paraguay y del Gran Chaco** entre 1764 y 1778. Miembro de una generación previa a las que constituyen el núcleo humano central de las Luces, la que ya marca una transición en su cosmovisión en la que lo sobrenatural o fantástico es desechado o puesto en seria duda.

bresalen del cabello: que tienen las piernas sin pantorrillas rematando aquéllas en un pie de la forma de Avestrúz que son tan veloces que pasan á los mas ligeros Caballos. Dicese que sus armas son tres lanzas y que ellos han destruido la nación de Palomos: que son de agigantada estructura. Coloca la noticia a estos de Yndios hacia el río Pilcomayo; pero este rio se ha navegado dos vezes como dijimos arriba; y habiendo encontrado por una y otra rivera muchas naciones Yndios, no se vió, no digo nación, pero ni un Indio de aquella fabrica. Además de esto nuestra tropa en algunas entradas de este siglo, ha corrido las riveras de aquel rio y sus vecindades, y no han dado noticia de tales monstruos."

Justamente, correspondió a la generación central ilustrada el enfoque naturalista, positivo y despojado de superstición casi en absoluto, que ahora demarca, mide, posiciona y describe un mundo en el que no sólo se conciben los lugares como intersecciones ortogonales de líneas imaginarias de la retícula de latitudes y longitudes, método cuyo principio operativo fuera diseñado por Ptolomeo [ca. 100 –ca. 170] y ya anticipado por Cristóbal Colón, de acuerdo con Farinelli (*op.cit.*: 10), pero recién incorporado como una necesidad de la visión objetiva del mundo por los científicos del siglo XVIII, cuando los llamados "Caballeros del Punto Fijo" sentaron las bases, junto con los avances de la cronometría, para resolver definitivamente el problema de las longitudes y de la forma de la Tierra. Una vez cubierta la razón cartográfica, sólo quedaba a los naturalistas y exploradores el desbrozar de mitos e irracionalidades los espacios intermedios y los cursos de los ríos. Recuérdese el mito del alto curso del río Paraguay sostenido hasta por los jesuitas José Guevara [1719-1806] y Pedro Lozano [1697-1752] antes de mediado el siglo XVIII. El escenario imaginario americano acerca de las fuentes originarias del río Paraguay es equivalente al que rodeara el descubrimiento de las fuentes del Nilo en África.

Tal como Marco Polo estaba lejos de imaginar el sistema ptolomáico, así cualquier habitante de las extensiones interiores del Impero Hispano, siempre que no fuera marino o ingeniero, naturalista, artillero o cosmógrafo, vivía inmerso en un mundo medieval en cuanto a percepción geográfica, sin que fuera para el mismo posible el acceso a la racionalidad ilustrada. Un signo que revela la convivencia de de cosmovisiones dispares e inconmensurables en amplios estratos de la población dieciochesca. Veamos un caso que nos brinda el propio Félix de Azara (1907: 513), en el relato de su viaje a caballo desde Buenos Aires a Asunción realizado por la margen oriental del sistema fluvial Paraguay-Paraná. Se trata de una entrada correspondiente al 28 de enero de 1784, hallándose Azara próximo a la ciudad de Corrientes, que relata, con su escritura y ortografía de época:

"He señalado en este diario las distancias según me ha parecido, arreglándome á 2 leg.s p.r hora de pequeño galope y a 3 leg.s por cada 7 quartos de hora de medio trote q.e ó p.r falta de fuerza en los Cavallos ó p.r los Caminos malos, u p.r detenciones precisas no galopeaba ni troteaba, la prudencia me governaba en medir las distancias. Pero como ni los Galopes y trotes de todos los Cavallos son ig.s ni es posible computar las infinitas alteraciones a que ovligan las circunstancias de un Camino largo, no será extraño que mi regulación sea difer.te de las hechas por otros hasta aquí. La mayor parte de estas gentes no saben lo que es una legua, jamas han ohido un Relox ni visto una vara de medir: así no tienen idea del tiempo ni de lo q.e es medida. Muchos de ellos cuando les preguntan la dist.a de uno á otro parage, miran el Cavallo q.e monta el que pregunta, y según les parece más vigoroso señalan las leguas. Si lo ven fuerte diran por exemplo hay 4 leg.s y si [es] *floxo diran 10. Con esto el num.o de leguas es respectivo al Cavallo y depende de él y no de la verdadera dist.a ni del tiempo."*

En cuanto a la noción de hispanidad, la generación ilustrada recibió ante sí un panorama más claro que las precursoras de la ilustración, no en vano habían corrido tres reinados previos de carácter borbónico a partir de 1700, que preconizaban claramente el concepto regalista y unitario del poder centralizado. Esto era opuesto a la política seguida por los Austrias, que permitía la subsistencia de remanentes de los antiguos reinos que formaban la España de antes de los Reyes Católicos. La autonomía y los fueros regionales eran amplios, y la referencia a "las Españas" aludía a esa fragmentación en el imaginario público de las distintas "sub-nacionalidades". Eso resentía muchos órdenes de la vida política del país, entre otros el de la defensa (fuerzas armadas múltiples), el de la economía (normas diferenciales y localistas para las rentas e impuestos) y hasta el de la coherencia de la política nacional ante el panorama geopolítico europeo, como se demostró en el casi-desmembramiento de Cataluña en asociación con el Rosellón francés, en el siglo XVII, bajo los últimos Austrias.

La dinastía borbónica era una rama colateral de la imperante en Francia, nación en la que la unificación y el centralismo unitario del poder real se había consolidado a sangre y fuego desde la Cruzada contra los cátaros o albigenses en los siglos XII y XIII, y se había perfeccionado tanto con la sangrienta represión de los hugonotes (rama del protestantismo religioso) y con la galicanización de la iglesia francesa gestada por Luis XIII aprovechando una parte de la proposición semi herética jansenista de Port-Royal en la primera mitad del siglo XVII. Todos estos procesos dieron a los Borbones una noción clara del concepto de nación que pusieron en ejecución primero en Francia y que desde la Guerra de Su-

cesión (1700-1714) impusieron en España cortando abruptamente los restos subsistentes de las antiguas autonomías y los privilegios forales del antiguo reino de Aragón, ya por entonces separado de Cataluña, un condado antes integrante de aquel reino.

La generación central de las Luces –sobre la que retornaremos abundantemente en esta obra– recibió un concepto unificado de España. En el caso de Félix de Azara puede considerarse que, al igual que su hermano José Nicolás, a pesar de que en lo político alentaron simpatías y el segundo, hasta adhesión activa al Partido Aragonés encabezado por el conde de Aranda, esto fue dentro del contexto de una idea de España única y sin fragmentaciones. Ambos hermanos vivieron entregados al servicio leal e incondicionado –a pesar de las protestas epistolares de José Nicolás ante sus íntimos– a la monarquía unificada e indiscutiblemente española por sobre toda otra vigencia localizada o colateral. Este es un rasgo generalizado de los miembros de la mencionada generación: Jovellanos, Forner, Goya, Cadalso, Meléndez Valdés, los Iriarte, los Fernández de Moratín; en todos ellos no quedan asomos de separatismo o de diferenciación que no sea fruto de simpatías íntimas como lo son las que se guardan por su parcela de tierra natal. Posiblemente en Aragón es donde se diera más equilibradamente esta conciliación entre remanentes de autarquías perdidas y el trono de la gran nación que encabezaba el imperio y al que sirvieron con entrega total. Un ejemplo es el conde de Aranda, con base aragonesa y con perspectiva netamente española en su política reformista, defensiva y de reorganización del país.

Todo cambio paradigmático, generacionalmente emprendido, tiene una serie de componente interna, netamente sistémica que conforman la renovada capacidad cognitiva y expresiva. La mayor de ellas se relaciona con el lenguaje, elemento clave de la cohesión familiar, social y nacional, que se enriquece léxicamente, y cambia semánticamente acoplándose a las necesidades del nuevo estado general de las mentes. Se han ocupado intensamente de este aspecto de la ilustración o de su precedencia tanto en la Francia del siglo XVII como entre los precursores españoles, desde los Novatores valencianos, los padres Feijóo y Sarmiento, Mayans, hasta los miembros de la plena instauración de las Luces. Es un proceso universal que suele concentrarse en nociones fundamentales de la concepción histórica y cultural de la civilización, como lo centró Bury (1971) en la idea del progreso portada por esa palabra que recién en los preámbulos de las Luces se hace semánticamente portadora del concepto actual. Lucien Febvre (1959: 314, *passim*) dedica un valioso capítulo considerando que el léxico característico de una época se trata de las "herramientas mentales" que la misma utiliza y que se ve potenciado por las necesidades y requerimientos de una cosmovisión novedosa.

Esta situación del léxico marca una de las profundas diferenciaciones de un periodo histórico característico con los anteriores y con el presente. Dice Febvre (*op. cit.*: 315) con respecto al análisis léxico de una época, en su caso el siglo XVI con el advenimiento en Francia del rasgo preilustrado del descreimiento:

"El problema de saber qué claridad, qué penetración y qué eficacia (naturalmente según nuestra valoración actual) podía tener el pensamiento de aquellos hombres, de aquellos franceses, que para especular no disponían entonces en su lengua de ninguna de esas palabras usuales que espontáneamente se nos vienen a hora a los puntos de la pluma en cuanto nos entregamos a filosofar y cuya ausencia no sólo implica un inconveniente molesto sino una auténtica deficiencia o un verdadero vano de pensamiento."

Tras esta presentación Febvre enumera algunas de "las palabras que faltaban" :

*"Ni **absoluto**, ni **relativo**, ni **abstracto**, ni **concreto**, ni **confuso**, ni **complejo**, ni* **adecuado***, que tanto agradará a Spinoza, aunque en latín; ni **virtual** que empleará Chapelain, pero sólo hacia el 1660; ni **insoluble, intencional, intrínseco, inherente, oculto, primitivo, sensitivo**, palabras todas del siglo XVIII, ni trascendental, que hacia el 1698 adornará los períodos de Bossuet; ni ninguna de estas palabras que cito al azar, siguiendo los diccionarios y a Brunot, pertenecían al vocabulario empleado por los hombres del siglo XVII…"*

Destaca el autor citado que sólo se refiere a los adjetivos y tras ello brinda una lista impresionante de sustantivos. Además, sólo se refiere a neologismos, cuando paralelamente hubo muchísimas palabras que tornaron su sentido por cambios semánticos, a veces por polisemia. Lo mismo sucedió en España y hay múltiples autores que han dedicado su atención a este problema como Carmen Iglesias (1991), Antonio Maravall (1991), Juan Marichal (1995), Julián Marías en varias de sus obras y muchos otros. El aporte más técnico e historiográfico-lingüístico de Juan Corominas (1983) nos permite también seguir la aparición histórica de palabras como **civilización** y **civilizar**, en especial esta última surgida hacia 1765-1783, y así podríamos seguir largamente en un aspecto que es complementario de las valiosas contribuciones filológico-literarias de José Vicente Peiró Barco (2006, M.S.). Esto nos brinda un instrumento especialmente idóneo para realizar una exégesis y hasta una hermenéutica de la obra escrita de Félix de Azara, que aún aguarda este aporte. Al analizar el producto americano retornaremos al tema. Una generación portadora intrínseca y protagonista de cambios culturales y cognitivos suele ostentar

una cualidad sobre la que poco se ha reparado: la **neofilia**, es decir, la búsqueda, adhesión fervorosa e incorporación léxica o conceptual de lo nuevo, entendiendo por tal a los componentes de la configuración de esa calidad de fenómeno social y compartido que es una nueva visión del mundo. Este es otro tema, ya rastreado en algunos ilustrados, y que cabe utilizar en el análisis de la obra y del pensamiento azariano.

También podríamos explorar los cambios en la sensibilidad, en los componentes de la expresión y, hasta en la represión de la misma. Esto corresponde en cierta medida al análisis literario de los textos, y requiere módulos de comparación extemporáneos, tal como sería en el caso de Azara comparar su proceso sensible ante el paisaje y la visión general de lo americano, tanto en lo profundo subyacente como en la expresión verbal, por ejemplo, con textos de Alejandro von Humboldt, Charles Darwin, ambos simultáneos o posteriores a la explosión romántica representada inicialmente por la publicación de la **Atala** (1801) de François René de Chateaubriand [1768-1848], con lejanos atisbos previos en la obra de Jean-Jacques Rousseau [1712-1778].

La decadencia Española

Se trata de un aspecto tan trillado en la consideración del período histórico de los últimos monarcas de la Casa de los Austrias, que ya casi resulta un lugar común su reiteración, a pesar de la gran relativización que hace la crítica histórica más moderna de ese concepto. Han corrido al respecto ríos de tinta pero, hasta los tratadistas más ortodoxos reconocen que, al menos en alguna medida hubo un decaimiento en muchos aspectos de la vida española. Es preciso admitir un estado de decadencia global, económica, política, moral y cultural que afectó a España en todos los órdenes iniciado inmediatamente después de la activación renacentista y fuertemente potenciado en la segunda mitad del siglo XVI y durante el XVII.

La noción de decadencia viene de lejos y ya se experimentaba a fines del siglo XVI y en el temprano XVII. Por ejemplo, Francisco de Quevedo y Villegas [1580-1645] abunda en referencias a la situación de atraso de España, quien en una de sus cartas al filólogo humanista de los Países Bajos, Justo Lipsio o Lipsius [1547-1606], le dice que, en tanto

"…vosotros sois presa de la guerra; nosotros [lo somos] *del ocio y de la ignorancia. Allá se consumen nuestros soldados y nuestros recursos, aquí somos nosotros los que nos consumimos" (Raimundo Lida, 1981: 23), sin embargo, el mismo Quevedo flota en la ambivalencia y tiene justificaciones españolistas a ultranza, así es que en su España Defendida, asevera que las disciplinas que verdaderamente importan se estudian en España "…con eminencia notable y envidia de todas las naciones… en las ciencias sólidas, como filosofía, leyes, cánones y medicina*[6] *y Escritura, todas las naciones nos son inferiores, si bien nos tratan de bárbaros porque no gastamos el cuidado en gramática y humanidad* [=humanidades]*; las cuales cosas, por inferiores, no las ignoran sino que las desprecian los españoles"* (Lida, op. cit.: 25)

El notable desconocimiento histórico del siglo XVIII, que reinara en gran medida hasta los avances del hispanismo dieciochista moderno, surgido a partir de la segunda mitad del siglo XX, ha motivado la permanencia de un velo interpretativo que afectara la visión contextual del siglo de las Luces con el resto de la historia española. Es posible que eso fuera lo que llevara a que intérpretes de la lucidez de José Ortega y Gasset, arribaran a una visión limitada y arbitraria de uno de los períodos más fecundos de esa historia. No lo fue tanto por la expresión y consolidación de un canon clásico, como fue el caso del Siglo de Oro, sino de reformismo y agitación de las conciencias y de maduración de procesos que prolongaron su vigencia –a veces su conflictividad– en el siglo siguiente Por ejemplo, Ortega y Gasset (1963: 84) dice:

"…la falta de talentos científicos, literarios y plásticos en España desde 1680 es tremebunda, hasta el punto de constituir un fenómeno patológico que reclama esclarecimiento[7]".

En otro párrafo (*op. cit.: 50*) ya había dicho, mostrando otra faceta de la misma situación:

"…es indecible hasta que punto decayó en

6 Al respecto de medicina y como ya lo anticipáramos, esta opinión concuerda con la de muchos estudiosos de la cuestión. Puede aceptarse que fue la ciencia que más intenso cultivo tuvo en España y que, a pesar de lo que pudo haber de decadencia, se mantuvo prodiga en figuras notables (Laín Entralgo, 1985; Peset y Lafuente, 1981, 1996, López Piñero, 1966, 1992, 2002). Pero visto en forma panorámica, el desarrollo de esta ciencia, más resalta la insularidad de las figuras notables que la existencia de escuelas consolidadas, y de aportes a las grandes etapas conceptuales que marcaron, por ejemplo, el desarrollo de la ciencia médica en Francia, que se caracterizo por aportes cognitivos de tipo paradigmático y por la enorme fluidez con que se difundían en su seno los aportes de las demás naciones.

7 A pesar del enorme respeto que inspira la figura del gran filósofo español que fuera José Ortega y Gasset, estas expresiones suyas son poco afortunadas y, salvando algunos aspectos lúcidos de la caracterización que hace de ese siglo, se trata de algo que ya se ha tornado puramente histórico, al igual que sucediera con las opiniones de Marcelino Menéndez Pelayo sobre el mismo tema. Sobre esas opiniones primerizas y que son fruto del conocimiento muy parcial del siglo XVIII en los momentos en que las emitieron, se ha impuesto un cúmulo historiográfico creciente y una base documental que aún ha sido sólo someramente revisada (véase Julián Marías, 1988, 2005).

la segunda mitad del siglo XVII la aristocracia española. "No hay cabezas", decía ya el documento oficial del Conde-duque [de Olivares, 1587-1645]*, y lo mismo repetía Felipe IV cuando, al despedir a éste, reasumió en su persona el poder. Léanse por ejemplo, las "cartas de jesuitas" correspondientes a esos años y pasmará la claridad con la que los españoles de entonces se daban cuenta de la nulidad de su nobleza. Había perdido ésta toda fuerza de creación. No sólo para la política, la administración y la guerra se mostraba incapaz, sino también para renovar, o siquiera sostener con gracia las formas del cotidiano existir. Dejó de ejercitar la función principal de toda aristocracia: la ejemplaridad."*

Justamente en esto último: una **crisis de ejemplaridad** está acertado Ortega, pero fue un proceso que recién culminó y se hizo aflorante en la sociedad española, después de 1788 y que, en lo práctico se manifestó por un estado de cosas que lenta pero efectivamente abarcó a mayores sectores de la sociedad estamentaria y privó al absolutismo de sus factores mayores de legitimación. Los representantes más típicos de las Luces, como lo fueron Jovellanos, Campomanes, Olavide, el conde de Aranda y una gran masa de funcionarios honestos y leales, habían sido desplazados y fueron perdiendo cada vez más su influencia sobre el acontecer político. Así la nación fue declinando en su papel de cabeza de un extenso Imperio y comenzaron a aparecer claras señales de alarma[8] . Naturalmente éstas fueron desatendidas, puesto que sólo hubiera podido contenerse esa situación que se podría resumir como de creciente tendencia a la desintegración mediante la adopción de audaces medidas estructurales y gobernando con una decisión y firmeza –y también con austeridad– algo que nadie estaba en condiciones siquiera de proponer y, menos aún de asumir. Tal vez nada define mejor el conflicto central del siglo XVIII, que cada vez fue perfilándose como más agudo, es saber que tuvo lugar entre los dos bandos que hasta cerca de 1790 estaban bien definidos, el de los ilustrados y –enfrentados con ellos– los llamados conservadores o ultramontanos. Sin embargo, superada esa fecha comenzaron larvadamente a establecer su presencia los que po dríamos denominar protoliberales y los llamados "afrancesados[9]" , que a partir de 1808 se transformaron ya en liberales los primeros y en colaboradores activos con los franceses los segundos.

La corona en su etapa más reformista, consumando un hecho que coincide curiosamente con la más neta expresión del absolutismo regalista y, a pesar de sus frecuentes recelos y marchas atrás, puesto de manifiesto en algunas aperturas audaces, trató con gran empeño de satisfacer en sus anhelos de renovación, modernización y progreso al minoritario pero significativo movimiento ilustrado.

Como lo veremos más adelante, tres generaciones españolas confundieron estrechamente sus límites y constituyeron la Generación Central de las Luces, con su máxima vigencia bajo el reinado de Carlos III, entre 1759 y 1888, en la que podemos ubicar a los tres hermanos Azara y Perera: Eustaquio, José Nicolás y Félix, cada uno con sus modalidades y rasgos distintivos y actuando en campos diferentes, pero en gran forma copartícipes de los rasgos ilustrados.

La condición minoritaria absoluta de los ilustrados se pudo superar debido a la voluntad real incluyó en sus planteles de funcionarios a muchos ilustrados, los dejó actuar con relativa libertad y creó y estimuló esa verdadera red de propagación que fueron las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, que llegó tan lejos como nunca podrían haber llegado por otros medio a la vida cotidiana de los españoles. Es muy cierto que el poder no alentó a los ultramontanos y que coincidió de hecho y en algún sentido, incluso con la reforma eclesiástica. Hizo del temible instrumento de la Inquisición una herramienta del regalismo. Por eso, los protagonistas de la Luces nunca conjuraron ni atacaron a la corona, por el contrario, la sirvieron fielmente brindando ejemplos de lealtad y sobria probidad como los de Jovellanos, de Mayans y de Félix de Azara entre tantos otros.

Los ilustrados actuaron enfrentados con algunos sectores cortesanos y de la alta aristocracia, los que lograron asociar a las masas urbanas y aldeanas y a gran parte del clero regular[10] y también a una parte de la pesada burocracia gubernativa, en su reacción contra todo tipo de ideas de renovación, pero sin llegarse nunca al enfrentamiento, al menos, antes de 1808. Fueron éstos, los sec-

8 Véase al respecto la opinión del conde de Aranda en un significativo informe que elevara a la corona (Manuel Lucena Giraldo, 2004) y los modernos análisis sobre los antecedentes peninsulares acerca de la independencia americana.

9 **Afrancesados**: Se trata de una calificación peyorativa surgida en la segunda mitad del siglo XVIII y que fue usual, en su acepción original, pues su sentido fue variando –al menos– en tres períodos temporales: eran quienes en la vida corrientes se apegaban a las modas y hábitos franceses y los intelectuales que leían y alababan a los **Philosophes** y a otros autores franceses. A partir de 1789 tomo un sentido de peligrosidad conspirativa por parte de los así llamados. Por último, y a partir de la invasión francesa en 1808, paso a ser usada la calificación de afrancesados para los colaboracionistas tanto en sentido ideológico como práctico, desempeñando funciones públicas bajo el gobierno de José I.

10 El correspondiente a las órdenes monacales y religiosas, por oposición a la nación de clero secular.

tores sociales en los que hizo crisis en forma más aguda la decadencia de las antiguas costumbres.

Los ilustrados españoles eran, en su gran mayoría, regalistas y racionalistas, y acompañaron a la dinastía borbónica hasta que la misma, a la muerte de Carlos III entró en una pesada inercia y no supo dar respuesta a la difícil situación política internacional. Incidió sobre esa actitud el paso de la selección cuidadosa de ministros de relevancia y gran capacidad intelectual, a la dominancia de un valido de la corte casi sin sujeción en sus manejos como lo fuera el controvertido Manuel Godoy. La poca capacidad de Carlos IV, la intromisión en la política regia de su esposa, además de la desconfianza creada hacia toda reforma por los sucesos de Francia a partir de 1789, llevaron progresivamente al estancamiento de los planes de renovación interior de España y prepararon el camino hacia una cada vez mayor dependencia con respecto a la política exterior francesa. Esto último se hizo crítico con el ascenso de las ambiciones napoleónicas y culminó con la invasión francesa en 1808. La relativa paz mantenida durante el reinado de Carlos III se hizo cada vez más inestable y la tensión con Inglaterra preparó el camino a un estado bélico casi continuado en los inicios del siglo XIX.

Resulta evidente que es necesario reconocer una serie de hechos básicos antes de poder opinar equilibradamente acerca de la situación general con la que España recibió, desde sus primeros pasos locales a la Ilustración. Ese inicio es un hecho que suele situarse temporalmente con raigales y legítimos precedentes documentados, hacia 1685, en el Levante español.

Entre esos conceptos básicos se cuenta: 1) Nada de lo que sucediera en España, ha sido ajeno al equilibrio geopolítico y al ordenamiento y evolución de la cultura, la demografía, las mentalidades y la economía continental: 2) La Ilustración española, si bien es un proceso autóctono y con una fuerte caracterización particular, es un fenómeno esencialmente europeo; 3) Es evidente que el proceso histórico, económico, material y moral acaecido en España bajo los últimos Austrias, representa algo de lo que se ha abusado peyorativamente en la consideración europea hacia esa nación; 4) Ya sea que esa situación reciba el nombre de decadencia, de crisis coyuntural o de proceso transicional, es evidente que en España se vivió una época de desorden de, imprevisión y de cierto rezago con respecto al modelo de desarrollo material y de vida cotidiana de su vecinos más cercanos, la que lenta pero orientadamente, se fue revirtiendo bajo la dinastía borbónica y desde comienzo del siglo XVIII. No deja de haber alguna verdad en la cancioncilla irónica que años más tarde registrara Miguel de Unamuno y que es bien aplicable a la España que aún subsistía desde comienzos hasta mediados del siglo XVIII:

Un gran viajero
Lord de Inglaterra,
Vio mucha tierra,
Vino a Bilbao;
Nuestro comersio,
Nuestra riquesa,
Nuestra grandesa,
Quedó espantao[11] .

Podríamos agregar a esas aserciones que el retraso o –si se quiere, la decadencia– se dieron con desigual distribución en todos los rubros de la actividad mental o práctica de España, y que algunos de ellos, como el de la medicina merecen ser reivindicados como lo hicieron Laín Entralgo, Peset, Lafuente, Stifoni, López Piñero y López Ocón-Cabrera entre los mayores historiadores españoles de la ciencia en obras que hemos citado.

Por último, que para un arte tan especial como el biográfico, referido en este caso a la reconstrucción vital, mental y moral de una personalidad particular de relevancia, la supuesta decadencia o retraso no puede ser un factor de peso en la compleja operación de reconstruir al protagonista de la biografía, pues las vidas particulares corresponden a un nivel en el cual operan procesos singulares sobre las individualidades predispuestas, como se diera un siglo más tarde de la época de Félix de Azara con el también aragonés Santiago Ramón y Cajal (López Piñero, 2000, 220), nacido como Félix de Azara en una en una época de desbalanceo social, político y económico en lo nacional y entre el saber histológico y anatómico europeo y el de España en el caso de la disciplina en la que triunfó Cajal.

11 Miguel de Unamuno: **Paz en la guerra.** Ediciones Cátedra, Madrid, 1999, p.141.

Capítulo II.

La comarca natal de los Azara y Perera

Plest vos oïr chançon bien faite et compasee?
Toute est de vielle estoire estraite et porpansee.
Molt fait bien a oïr, pieça ne fu contee;
toute est de la lingniee que Deus oit tant amee,…
Le Siège de Barbastre
Cantar de gesta del siglo XVIII

¿Os place escuchar un cantar bien hecho y medido?
Todo él se ha obtenido y meditado partiendo de una vieja historia.
Es muy agradable de escuchar y hace tiempo nos fue relatado;
todo él trata del linaje que Dios ha amado tanto,…
El sitio de Barbastro [Versión moderna de Antonio Ubieto Arteta (2000)]

Nacer en un pueblo aragonés es nacer en un pueblo en superlativo. [José Ortega y Gasset: **Goya,** 1963]

La Tierra

La tierra de Aragón constituye el marco fundamental y el escenario mayor donde arrancó, cumplió parte de su ciclo vital, se proyectó hacia los horizontes más amplios de España y desde allí pasó dos décadas a la Indias Occidentales –la España de Ultramar– Félix de Azara, quien retornó para completar su ciclo otra vez a su pequeña patria, el que fuera el antiguo Reino de Aragón. Por debajo de la universalidad del ilustrado aragonés, siempre sobrevivió ese rincón al que muy bien podemos denominar la **"comarca azariana altoaragonesa"**, centrada en la aldehuela de Barbuñales y con permanente flujo y reflujo, de allí a Barbastro o de allí hacia Huesca.

Circunscribiendo mejor el concepto, la que denomináramos así para nuestro propósito, que es a la vez indagatorio, reconstructivo de una personalidad y de una época, y de homenaje a una de las figuras más puras y esclarecidas del vasto escenario humano aragonés, esa "comarca azariana altoaragonesa" corresponde, marginal pero funcionalmente en pleno, a lo que Nieto Callén (2004: 15) denominara el Somontano de Barbastro, que

"... es una porción de la comarca que se alza al pie de las sierras exteriores del Pirineo. En [la provincia de] *Huesca, otras subdivisiones de ese Somontano y que lindan con el Somontano de Barbastro son el Somontano de Huesca y* [de] *La Litera",* aunque algunos autores delimitan más restringidamente aún la unidad de paisaje para reducirla al **"Somontano noroccidental de Barbastro"** (Araguas Pueyo *et al*., 2006: 11, mapa), pero en esta escala mínima ya quedan afuera las tres localidades azarianas por excelencia, y cuesta muy poco extender ligeramente las fronteras de ese enclave, para suponerle una homogeneidad que es tal, *"…tanto del punto de vista geográfico o económico como histórico, antropológico o lingüístico…"*, con una serie de poblaciones caracterizadas por *"tener una identidad común…"* que abarca –al menos- a más de 23 localidad vecinas (*ibid.*: 10).

El pequeño nucleamiento urbano de Barbuñales, sito en un territorio incorporado en el año 1100 al Reino de Aragón, que se yergue –en invierno uno diría que se acurruca–, en pleno sector típico del Somontano Altoaragonés, que es el que da origen a ese adjetivo gentilicio de somontanés, y que restringe las particularidades del topónimo, definidamente al paisaje del sudeste oscense, alto[1] y rudo. En él se yergue, apiñado alrededor del endeble refugio de unos peñascos erguidos, paralelos a esa cadena de dientes de gigantes –los pétreos

1 Barbuñales está situada a 468 metros por encima del nivel del mar.

dentones[2]– que afloran en la secuencia de las viejas aldeas de Peraltilla, Azara y Azlor, Abiego y Bierge y que lo hacen paralelamente al tajo helado del río Vero

"…que con el Guatizalema y el Alcanadre forman la trilogía de los [cursos] sotomontaneses" (Almudévar Zamora, 2005: 96);

que hacen su descenso desde el Pirineo hacia las ásperas llanuras de los Monegros[3], en un paraje histórico caracterizado por Albiac Blanco (1988, 2000):

"…la villa oscense en la que nació Félix de Azara, se halla en una zona del Somontano de Barbastro que fue cuna de nobles y ricos-hombres de Aragón. A pocos kilómetros está Siétamo, lugar de los Abarca de Bolea, y, no lejos, Azara y Azlor dan nombre a ilustres dinastías del reino, como la de los duques de Villahermosa".

José Antonio Vaca de Osma (2003: 33) reitera la descripción de Jacques Chastenet[4] de la aldea natal de otro aragonés contemporáneo de Félix de Azara: Francisco de Goya y Lucientes [1746-1828]: Fuendetodos, con algunas características aplicables a Barbuñales:

"Aldea atormentada por el sol, pedregosa, abarrancada por los torrentes que descienden de los Pirineos y constantemente barrida por el viento, a veces ardiente, a veces glacial. Algunos campos de trigo enrojecidos por el sol, algunas pobres praderas donde pastan los corderos. En el horizonte las colinas peladas. Un conjunto a veces oscurecido en pleno día por nubes de tormenta, a menudo bañado por una luz cruda y pura. Un paisaje de violencia y exaltación."

El nombre de Barbastro, antigua cabecera de las aldeas como la de Barbuñales, que es hoy un municipio independiente, evoca en los eruditos y en los amantes del pasado recuerdos de la gesta heroica de la ciudad cuando en el año 1064, en ocasión en la que los francos la sometieron a feroz sitio y la rindieron, a los cuarenta días y por falta de agua, instalando por breve tiempo el poder de los reinos cristianos en su fortaleza. El episodio fue uno más en la feroz y abigarrada epopeya de la reconquista. En este caso la lucha tomó ribetes internacionales (Montón Broto, 2000), pero dejó un raro y valioso testimonio literario en **Le Siège de Barbastre,** un extenso poema épico de autor desconocido, un cantar de gesta del ciclo de Garín de Monglane, típico de la época carolingia francesa, con 7.400 versos escritos en un francés medieval y traducidos al español como **El Sitio de Barbastro** por Cristina Ratfisch Siffermann, en 1926, y que fuera reeditado modernamente por Feré Castán (2000). Lucharon ferozmente los cristianos, dirigidos por los francos, con los ocupantes mahometanos hasta que

"el ejército internacional [cristiano] *puso sitio a Barbastro, que esa era entonces una ciudad muy importante de la frontera Lérida, y la fortaleza tuvo que rendirse tras cuarenta días de asedio por falta de agua en agosto de 1064".*

Los vencedores no cumplieron lo acordado en la rendición, en cuanto a respetar a los vencidos y cometieron múltiples tropelías. Los musulmanes se recuperaron, y en 1065 el rey moro de Zaragoza recuperó la ciudad. Los cristianos reaccionaron en 1087, con una segunda expedición bajo el mando de Sancho Ramírez, hijo del rey Ramiro I que había muerto en Graus a manos de los musulmanes. Sancho Ramírez, a su vez, murió tratando de conquistar Huesca y fue su hijo el rey Pedro I de Aragón, quien recién en el año 1101 pudo reconquistar definitivamente a Barbastro, que con Huesca formaron un par de plazas fuertes que se apoyaban mutuamente y que ya fueron definitivamente incorporadas al reino de Aragón.

Esas tierras de historia y de epopeya, que abarcan en nuestro caso, el triángulo Barbuñales-Barbastro-Huesca, corresponden al singular marco paisajístico del descenso occidental del relieve pirenaico hacia el valle del Ebro, y así la comarca queda enmarcada por dos accidentes geográficos singulares: la orografía del Pirineo y el trazo casi paralelo del Ebro, que corta casi por entero el noreste hispánico para volcar sus aguas en el Mediterráneo como colector universal de la aguas que descienden de las alturas y buscan el llano o el gran colector regional que es aquel río.

En ese relieve singular del Somontano los ríos que forman el sistema de desagüe de las precipitaciones y la fusión de nieves en las cumbres y en los valles más altos, bajan de las alturas pirenaicas y pre-pirenaicas, disectando, a veces profundamente,

2 **Dentones:** Se trata de la denominación tradicional para la serie de afloramientos rocosos que asoman del suelo como monstruosos dientes en la llanura que la entorna, y que corresponden a lo que geológicamente se llama un alineamiento y seguramente, yace sobre alguna vieja falla estructural del subsuelo.

3 Los Monegros: Dice de ellos Severino Pallaruelo Campo (2006: 207): *"En el corazón de Aragón hay una estepa como las del centro de Asia. Los grandes espacios abiertos y la posibilidad de observar cómo los seres vivos –el hombre también– se han adaptado a la aridez, le dan un interés excepcional. Desierto, paradigma de comarca árida, estepa inhóspita: las definiciones simples no cuadran con esta comarca extensa y variad, que ni es llana ni deforestada, ni sólo áspera. Entre el río Alcanadre y el Ebro se suceden las planicies. Las sierras y los relieves tabulares. Junto a las plantas esteparias crecen el cereal, los pinos, las sabinas y los tamarices. Los nuevos regadíos están cambiando el color del paisaje."*

4 Jacques Chastenet: **La vida de Francisco de Goya y Lucientes, pintor.** Hachette, París, 1964.

el substrato geológico de las formaciones más bajas y de las del pie de monte, y han sido el aliciente preferencial para los desplazamientos ergológicos a lo largo de la historia[5]. Se destacan entre los ríos de la región los antes mencionados, y además el Cinca y, ya marginalmente a ella, el Ésera, todos ellos confluyendo directa o indirectamente al Ebro.

El comportamiento de la relativamente densa red hidrográfica, la presencia de relieves localmente elevados en forma de serranías en el área de descenso de los Pirineos y la altimetría configuran, el clima[6] general y, especialmente, el complejo sistema de microclimas locales en un ámbito dispuesto en "mosaico" desde los puntos de vista del paisaje, de la ecología y de las condiciones bioclimáticas reinantes a través del año. Este hecho, y el estar situada la comarca en una latitud entre los 42º y 43º norte, han condicionado fuertemente y, a través de los milenios, las modalidades de la ocupación humana, desde aquéllas de la prehistoria hasta las del presente. El clima y los accidentes geográficos canalizaron particularmente, yendo del occidente hacia el levante, el desarrollo histórico de cuatro autonomías, algunas de las cuales fueron antiguos reinos, que se extienden desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo: vascos, navarros, aragoneses y catalanes.

Esa geografía, que encierra su particularísima historia humana, natural, cultural y de las mentalidades, ha sido –quién sabe por qué azar del desarrollo histórico– la privilegiada cuna de hombres y mujeres destacados, y en la época que nos atrae –el siglo XVIII– y en Aragón, en una profusión notable, que se tarda en apreciar de conjunto por la densidad de la misma. Fueron tales porque esa conjunción de concurrencias plasmó históricamente un tipo humano que aún sorprende por su singularidad al visitante culto que profundiza su mirada más allá de las restricciones cotidianas y se asoma a una perspectiva lo más entrañable posible de lo que es, orgánica y sistémicamente, la tierra aragonesa y su poblamiento humano.

Muchos escritores y viajeros –de la propia Aragón y de fuera de ella– han escrito acerca de esto, como muy bien lo reitera y sintetiza Antonio Beltrán (1990: 24) cuando expresa su asombro porque en Aragón *"…carecemos de una temprana novela "regional",* pero, a modo de compensación, no falta una amplia literatura folklórica y costumbrista, mucha de ella tan seria y erudita como, por ejemplo y entre muchas más[7], las de Ángel Gari Lacruz, culminada con su tratado sobre **Brujería e Inquisición en Aragón** (2007), que es parangonable con las mejores obras de Julio Caro Baroja, y está precedido por una tradición secular de antecedentes bibliográficos, que muestra la originalidad de de una especie de gran historia cíclica del hombre sobre el paisaje y el paisaje sobre el hombre, interactuando en la forja del aragonés actual, con su singularidad enraizada en una historia cuyos protagonistas iniciales, creadores de arquetipos de larguísima vigencia, se pierde entre los rastros prehistórico que abundan en la multiforme geografía aragonesa.

Pasando ya de lleno al sector de nuestro interés, y a la raíz inmediata de la biografía azariana, entraremos a la historia local, con sus ancestrales componentes de soberanía y señorío regulando la ocupación territorial humana, en cuyo decurso se pueden fijar hitos singulares a partir de los cuales se acrecienta el aporte cognitivo para iluminar causalmente a la época a la que debemos remontarnos centralmente: el siglo XVIII, que en el Somontano bien puede llamarse "el siglo de los Azara". Nos encontramos para hacerlo con un valioso apoyo en las sugerencias personales y en algunos escritos de Juan José Nieto Callén (entre ellos un M.S. en prensa), quien reseña las variaciones históricas del señorío regional, tomando centralmente para el mismo a la comarca natal de los Azara:

"Uno de los hitos de la historia Barbuñales fue su inserción en la llamada Baronía de Pertusa formada por la localidad de la que recibía su nombre; Pertusa, y abarcaba además de Laluenga, a Barbuñales y la Almunia de la Cuadrada. Perteneció esta baronía a la importante familia de los Bardají, hasta que les fue enajenada pasando entonces a la ciudad de Zaragoza[8]. Desde ese momento sus

5 Como las obras o artículos de A. Beltrán (1990), P. Arnal Cavero (1940), Coscujuela Pardina (1992), Gari Lacruz (1993), H. Lafoz Rabaza (1979), Martín Rubio (1984), Ríos y Villader (1987), J. Vázquez (1980), F. y R. Zubiri (1980), etc.

6 Con respecto al clima, dicen Araguás Pueyo *et al.* (2006: 13) *"…estos pueblos* [del Somontano occidental de Barbastro] *están situados en una zona de transición, puesto que está presente la influencia atlántica y el clima mediterráneo continental, más marcado en la zona sur. Este clima se ve reflejado en* [el régimen de] *las precipitaciones, que resultan muy irregulares y centradas sobre todo en las estaciones de primavera y otoño."*

7 Podríamos citar también, en una selección que no deja de ser arbitraria e injusta entre tanto material disponible, a la magnífica compilación comentada, iniciada por Carlos. González Sánz *et al.* (1998) y continuada por Sandra Araguás Pueyo *et al.* (2006); que se suma a la obra de Ignacio Almudévar Zamora (2005); y también a las de Domingo J. Buesa Conde (2000), de Antonio Beltrán (1990); de Severino Pallaruelo Campo (1984), y la de María C. Palacín Zueras (1999).

8 El paso de Pertusa desde las manos de los Bardaxí a la jurisdicción de Zaragoza, se cumplió en el año de 1555, mediante una operación de venta (Juan José Nieto Callén, **com. pers.**; Pallaruelo Campo, 2002).

habitantes fueron considerados ciudadanos de Zaragoza con todos los derechos propios de tal título".

La historia de la cercana Barbastro es más antigua, incluso durante la etapa histórica, en la que después de la prehistórica –acerca de la que poco conocemos– acontece en toda la comarca el poblamiento regional. Dice Nieto Callén (2004: 18):

"La presencia humana en el Somontano de Barbastro se remonta a la prehistoria. Uno de los vestigios más antiguos y de una gran importancia, ya que la única cueva con pinturas del Paleolítico Superior de nuestra Comunidad Autónoma es la fuente del Trucho en el río Vero, a la altura de Asque y Colungo"

Adicionalmente agregan con respecto al tema de la Prehistoria Araguás Pueyo *et al.* (2006: 10, 12):

"Pero, las primeras referencias de estos lugares las encontramos mucho antes [de la época histórica]*, ya que los restos humanos más antiguos hallados en este territorio datan de la época del Paleolítico y hoy configuran el Parque Cultural del río Vero. La joya más valiosa que conservamos de este período son las pinturas rupestres. Éstas pertenecen a diferentes épocas y estilos y fueron realizadas entre los años 50.000 y 1.500 a. c. La zona constituye, según los investigadores de la Prehistoria, uno de los abrigos más importantes del arco mediterráneo, por la cantidad de manifestaciones artísticas que cobija."*

En cuanto a Barbastro, la ciudad moderna es más tardía, y se remontaría al siglo X, pues la primera mención conocida de la misma data del año 918 (Nieto Callén, 2004: 22), aunque no es seguro que fuera coincidente con su emplazamiento actual, pues Montón Broto (2000: xvii) dice:

"Darzy señala que según el cronista hispanoárabe Ibn Haiyân, en la fecha arriba indicada [año 1064] *la ciudad de Barbastro fue conquistada por los normandos pero los árabes la reconquistaron en 1065. Las ruinas de Castillón junto a Quadaljorca, cerca de Antequera, serían, según Darcy el lugar donde se hallaba* [en esos tiempos] *la ciudad".*

El origen del topónimo Barbuñales, de acuerdo con la etimología que proponen Manuel Benito Moliner y Francisco Domper Gil (1988), correspondería a la concurrencia de dos antiguos vocablos originales, fusionados y convertidos en el nombre, con su variación a través de los siglos. Se trataría de "Bar", correspondería a "val", valle, y también a entradas estrechas desde una meseta a un curso fluvial, que en este caso sería el del río Alcanadre[9]. A esa expresión se sumaría un derivado de la voz latina "bagnum", baños[10], y por extensión referiría sitios donde bañarse. El topónimo –de responder a esta interpretación– aludiría a las pocas "entradas" que permitirían bajar las escarpadas barrancas, que caen desde la llanura circundante al cauce del Alcanadre, que podrían ser frecuentadas por los pobladores con el objeto de bañarse o refrescarse en sus aguas. Más tarde, Manuel Benito Moliner (2008), brinda una nueva interpretación del topónimo: se basa en las que supone dos etimologías posibles, mucho más plausibles que las referidas al río Alcanadre. La primera sería

"…lugar donde el agua se retiene (Val Bannares). Existen microtopónimos con igual significado de encharcamiento, bañera: Labanera, La Habanera…".

La otra acepción posible, brindada sin más comentarios, es "Valle de Viñedos". En el primer caso, la referencia a la retención del agua puede aludir mucho mejor a la antigua tierra de los Lizana con su vega húmeda y su fuente –seguramente alguna antigua vertiente– que al áspero e inaccesible Alcanadre cuando pasa por el lugar. Es indudablemente un nombre antiguo y la primera mención registrada remonta al siglo XIV, cuando doña María, la esposa del Infante Martín, vendió el conjunto de Pertusa y sus aldeas, incluyendo a Barbuñales a don Bernardo de Pinós, en 1395.

La historia de Barbuñales no está bien esclarecida, pero sabemos que se remonta al antiguo sistema de poblamiento comarcal de un mismo sector del Somontano al que pertenecen por relación de cercanía Barbastro, Pertusa, Laluenga, Peraltilla y otras localidades próximas, casi todas con algún posible componente romano original o, tal vez, con asentamientos previos muy anteriores, si nos atenemos a la densa historia de la presencia humana regional, lo que nos lleva casi invariablemente a la prehistoria comarcana y del extenso valle aluvial del Ebro, en especial a la de los tres milenios previos a nuestra era, en los que fuera escenario de permanentes cambios ergológicos.

Pero, el pasado más fácilmente rastreable de estas poblaciones, y en particular a la de Barbuñales, se

9 El río Alcanadre: *"Nace en las montañas de Serralbo, no lejos de donde tiene su cabecera el Vero, y entrega sus aguas al cinca en la parte meridional de la provincia* [de Huesca]*, después de haber recibido los caudales de muchos afluentes…"* (Pallaruelo Campo, 2006: 185).

10 La localidad de Buñales es un pequeño emplazamiento urbano, habitado por pocas decenas de habitantes, perteneciente al Municipio de Huesca, en la comarca de la Hoya de Huesca, Plana de Uesca, que anteriormente perteneció a la jurisdicción de Tabernas de Isuela, un municipio histórico (García Monte y Bandrés Moliné, 2005).

remonta con mayor claridad a la época de la Reconquista regional, en los siglos X y XI especialmente, ya que la región entera fue fronteriza, y a menudo oscilante entre la ocupación musulmana y la cristiana. La conquista cristiana de Barbastro ya vimos que se consumó inicialmente en el año 1064, pero fue muy pronto retomada por los árabes, y recién en el 1100 se la reconquistó definitivamente, previa la toma paulatina de su términos aledaños, es decir, de las numerosas aldeas, entre ellas la muy cercana de Azara, retomada en el año 1095, y sita en un paraje en el que se habría instalado por merced real, y en mérito a sus servicios, un infanzón más entre los tantos guerreros audaces partícipes de las fuerzas cristianas de la reconquista.

Sería el topónimo Azara el que, a su vez, dio su patronímico al infanzón, quien recibió la gratificación de la vega originaria y la legó a su familia y descendencia, pero sabemos que por alguna razón se trasladó esta última, antes del siglo XV, a la cercana Barbuñales, por motivaciones no bien esclarecidas. Corresponde la pequeña aldea de Azara a la serie de poblaciones del siglo XII, relacionadas con la antigua línea de enclaves árabes fronterizos con las tierras cristianas del oeste, que estaban intercomunicados por señales –de columnas de humo o flamear de banderas, o con destellos de espejos durante el día, y mediante hogueras por la noche– integrada por las citadas aldeas de Peraltilla, Azara, Azlor, Berge y Abiego, las que una vez tomadas por los cristianos aragoneses fueron denominados **podios** o **pueyos**, tal como aconteció con el antiguo pueyo de Barbastro, por ejemplo.

Pero, como ya anticipamos que la denominación Azara, ha sido objeto de diversas y divergentes interpretaciones, las más de ellas hijas de la fantasía de los que las dieron a conocer. En general existe al respecto un consenso moderno acorde en que el nombre Azara derivaría de una voz árabe: as-sajra (=la peña), según Pallaruelo Campo (2006: 186), aunque al respecto hay ciertas discordancias entre los especialistas, pues Manuel Benito Moliner y Francisco Domper Gil (1988: 9) dicen:

"…el topónimo Azara es de indudable procedencia árabe y viene a significar "pequeño fundo o granja", es decir, "explotación agrícola reducida". En nuestra provincia [de Huesca] *hay otros Azaras o Axaras que han quedado como despoblados o* [transformados en] *ermitas: Jara en Huesca, y Jarea en Sesa y Albalatillo. Igual etimología parece corresponder a los lugares próximos de Azlor y Ador".*

Perdurando en esa posición, el destacado lingüista y etimólogo Manuel Benito Moliner, en reciente conversación personal (2008), nos señalaba que la raíz arábiga az, propia, por ejemplo, de Azor, Azlor, ara, e incluso presente en topónimos como Medinazara, en las cercanías de Córdoba, en Andalucía, significa "jardín", "granja". Incluso habría una aldea de nombre Azara en Cerdeña, en el cabo Caller, puesto que, según Castellanos de Losada (1848), en opinión reiterada más tarde por García Ciprés (1911), alguno de los ancestrales Azara participó de la conquista de esa isla y de la de Sicilia por los aragoneses (es decir, formó parte de una mesnada de los célebres almogávares[11]), en el siglo XIII (en 1282, según Moreno Echevarría, 1973: 10).

Sin embargo existen interpretaciones previas que merecen considerarse, entre ellas –aunque resulta muy seguidor sin crítica de Castellanos de Losada– la de Colmeiro (1911: 5), quien dice que el nombre de Azara es una derivación de Azagra, un apellido de guerreros que semiperdidos "…*en la noche de los tiempos*" y que serían mayoritariamente procedentes de la vecina Navarra, conquistaron tierras moras, distinguiéndose por su valor personal, bajo las órdenes del rey Garcí Giménez. Al conquistar uno de esos caballeros llamado Azagra[12], el paraje conocido hoy como Azara, el topónimo habría derivado de una mutación de ese apelativo. El autor cita a Pedro Vitales[13] como autoridad avalante de esta

---

11 **Almogávares:** Dice de ellos Moreno Echevarría (1973: 8) *"…la primera impresión que causaban los almogávares era realmente bastante desfavorable. Bien constituidos, ágiles y musculosos, pero con hirsutas y revueltas cabelleras y rostros curtidos y renegridos por el aire, el sol y la intemperie. Su atuendo militar no podía ser más estrafalario y se limitaba a una camisa y una **gonella** o túnica corta, unas calzas de cuero, unas **antiparas** (polainas de cuero que cubrían sólo la parte delantera de la pierna) y unas **abarcas**. En la cabeza en vez de yelmo o c**apacete**, usaban una redecilla de hierro o de cuero. No llevaban armas defensivas; ni corazas, ni lorigas ni escudos. Tampoco usaban picas ni grandes espadas y tan solo llevaban una **azcona** (venablo o arma corta arrojadiza), cuatro o cinco dardos y un **colltell**, especie de cuchillo largo y fuerte, muy afilado. A la espalda y al costado les colgaba un zurrón para las provisiones y sujetaban la cintura con una correa, de la que pendía una bolsa o yesquero para encender el fuego y, junto a ellas la vaina del **colltell.**- La verdad es que tenían más aspecto de bandidos montaraces que de soldados dignos de este nombre."*

12 Una nota al pie de página de Colmeiro (1911: 5), dice que:

"Azagra es una villa de Navarra, que se la supone fundada o conquistada por alguno de los campeones de esta familia". La misma tesis sostiene José Fernando González (2003: 77), sin aportar más información que contribuya a esclarecer el tema en base a esta presunción, la que –al menos por ahora– debe ser mantenida como imprecisa y altamente improbable.

13 Alude a Pedro Vitales (algunas veces llamado Vidal), sacerdote e historiador de genealogías, aragonés, nacido en Allué y fallecido en 1574. Fue canónigo de Montearagón y autor de la primera obra que trata específicamente sobre las genealogías aragonesas, denominada

afirmación. También vincula a los supuestos Azagra con el apellido castellano Aza (por ejemplo, la madre de Santo Domingo de Guzmán [1175-1221], era doña María de Aza)[14], y con la familia aragonesa de Azuara

"…que aún existe en el partido de Belchite"[15].

Hemos visto reiteradamente que en artículos de divulgación o en referencias indirectas se cita a una familia Azagra del sur de la provincia de Huesca, y así lo hace también José Fernando González (2003), reiterando la misma cita indocumentada del autor antes mencionado. El mismo onomástico, que cuenta con citas particulares procedentes de diversos emplazamientos de Navarra (donde también es un topónimo de cierta relevancia) y de Aragón, según esta dudosa interpretación, habrían, en algún caso, mutado su apellido en Azara. Nada se conoce documentalmente acerca de esta aseveración, que no pasará de ser una mera presunción imaginativa, en tanto no aparezca alguna documentación probatoria.

A continuación, y en forma mucho más convincente, Gregorio García Ciprés (1911: 6) ha desarrollado la historia de una larga progenie de los Azara en Barbuñales y en comarcas del Somontano, sin aportar fechas exactas para las primeras generaciones que menciona, pero refiriéndose a compras, pleitos (uno de 1491), probanzas de infanzonía (una fallada con sentencia confirmatoria por el Justicia Mayor de Aragón el 13 de junio de 1587) y aparece otra apenas anterior a los Azara-Perera, elevada formalmente en 1718 (Nieto Callén, M.S., en prensa). Esas argumentaciones y sentencias ilustran acerca de la sucesión de las cabezas de familia en Barbuñales desde el siglo XVI hasta empalmar con la historia ya conocida de los padres de la generación de los Azara y Perera del XVIII. Esos datos, entremezclados con algunos simplemente fantaseados son los que hasta ahora han permitido la construcción de árboles genealógicos más o menos fidedignos para la familia Azara de Barbuñales, que aún persiste en la región y en España.

Muy al uso de la época, el referido García Ciprés (1911), no cita documentación que sostenga sus afirmaciones, pero sus datos son coherentes con otros derivados de otras fuentes, de modo que pueden considerarse –al menos para los siglos XVI y XVII– como probables y, aún más, como veraces, pero la secuencia no es completa y debe hurgarse más en los archivos al respecto. A partir de los datos que hemos manejado sería posible el intento de construir un árbol genealógico, pero aún son tantas las incertidumbres y reservas que antes de formularlo admitamos la necesidad de contar con mayor caudal de datos de archivo (registros notariales, eclesiásticos, gestiones ante la administración, etc.), pues no sería raro que los datos con que hasta ahora contamos fueran provistos verbalmente a los compiladores por los propios interesados o por sus amanuenses, basados parcialmente en leyendas o habiéndose rellenado los huecos en el conocimiento con invenciones de los mismos interesados, como fue el caso de Agustín de Azara y Mata a mediados del siglo XIX. En este último caso, y por su orden, mediante Basilio Sebastián Castellanos de Losada, o de algún otro personaje equivalente de su tiempo, sucedió algo muy usual en la fiebre tardía de autoennoblecimiento que cundió en muchas estirpes ya casi en tiempos de decadencia de la sociedad estamentaria, que fueron aspiraciones legítimas algunas como en el caso de la de los de la familia Azara, o espurias otras como los "ennoblecimientos" de algunas familias burguesas, simplemente enriquecidas en algunos casos, o, en otros, en pleno ascenso social mediante cargos políticos o cortesanos relevantes, a los que accedieron en los tiempos que siguieran al reinado de Fernando VII (desde 1833) y hasta la proclamación de la llamada Primera República en el año 1873.

La actitud crítica que asumimos ante la brindada información, se justifica porque precedentemente García Ciprés (1911: 5) trata –citando al igual que

---

Nobiliario de Aragón, obra a la que hizo adiciones ulteriores Pedro de Zayas, también canónigo de Monteragón. Más tardíamente también las hicieron Diego Vicencio de Vidania y Francisco de Urrea. Esa obra fue seguida décadas más tarde por el **Armorial de Aragón**, escrito por el conde de Doña Marina. Esas obras primerizas tropezaron con dificultades para completar las listas por la negativa para colaborar de más de una estirpe, que se atuvo a lo dispuesto por las Cortes de Huesca en 1427, que decía que el

"…Infanzón no está obligado a demostrar su infanzonía sino al Rey o a quien el Rey lo mandare".

14 Recuérdese también al escritor madrileño Vital Aza [1851-1912].

15 Todas estas especulaciones genealógicas, por lo común, se siguen circularmente unas a otras, y –en cuanto a la fuente primaria– suelen converger hacia las sospechosas obras de Basilio Sebastián Castellanos de Losada (1847, 1848, 1856). Muy al uso de ciertas vanidades familiares del siglo XIX, también en el caso de la estirpe de los Azara de Barbuñales, se han construido genealogías por encargo, que pretenden entroncarla con héroes homéricos, próceres romanos e incluso con padres de la Iglesia. Al tratar más adelante acerca de los linajes, volveremos más detenidamente al tema, pero conviene anticipar que, como muy bien advierte Luis Suárez Fernández (2005) acerca de la escasa validez de las especulaciones genealógicas anteriores en España a la llamada "revolución de 1366", cuando por mandato de los Trastámara, se establecieron en forma bien definida las relaciones entre la realeza y el estamento nobiliario, de acuerdo con pautas que mantendrían continuidad y vigencia en los siglos ulteriores.

lo hiciera Castellanos de Losada a un serie de supuestos genealogistas cuya fiabilidad debiera comprobarse (tales como Joaquín Marín, Salazar y Vitales, entre otros)– de llegar hasta los orígenes más remotos de la familia Azara, empalmándola, a través de una secuencia imaginaria hasta llegar a través de los siglos los reyes de la antigua Troya homérica, suponiendo al propio Eneas[16] incluido en la progenie, como lo asevera en calidad de dato posible Castellanos de Losada al suponer al héroe homérico como:
"…quien puede ser el principio de esta familia..."

Retornando a la primera hipótesis sobre los inicios locales de la estirpe, se ignora casi absolutamente el nombre y, más aún, la procedencia original del guerrero bajo-medieval que recibiera de su rey la merced del actual pueblo o aldea de Azara (Moliner y Domper Gil, 1988)[17], pero podría existir alguna relación con un tal Blasco Fortuñones, hijo del combatiente Pepino Fortuño Aznárez, *"…de posible origen franco"*[18] quien fuera originalmente tenedor de posesiones territoriales en Biescas y Serralbo, más hacia el Pirineo. Blasco casó con doña Sancha, contándose entre sus hijos García Pepínez, que fue tenedor de la almunia[19] de Abintena, situada sobre el curso del río Flumen, algo distante de Barbuñales que está sobre el Alcanadre; también sabemos que su hermano, el ya mencionado Blasco Fotuñones, fue aquél a quien se asignaran los parajes de Azlor y Alquézar, compartiéndolos con otro de sus casi legendarios hermanos, apodado éste Barbatuerta, quien terminó comprando Abintena y al que en el año 1101, se le habría concedido la aldea de Azara, y más tarde, en 1126 también la de Castillazuelo, todas en el Somotano altoaragonés.

No hay constancia que avale la posible derivación del linaje de los Azara del de Barbatuerta, quien –como ya se dijo– era hijo de Fortuño Aznárez. La siguiente referencia a un poblador cristiano de la pequeña aldea de Azara, habitada entonces por una mayoría islamita, data de 1154, y menciona a un casi ignoto Alto Garcés. Pero ya en el año 1191 hay una noticia acerca de la existencia en la comarca de un tal Guillermo de Azara, poseedor de una viña en Huesca, y

"en 1286 el pueblo ya exporta sacerdotes, pues un tal Barón de Azara aparece como cura de Peralta" (Moliner y Domper Gil, 1988: 12).

La pregunta cuya solución documental debe procurarse, busca saber si en algún momento los Fortuñes, los Aznárez o los Garcés añadieran el "de Azara" a su apelativo y se fijara de ese modo la base de un linaje que prosperaría en la región con diversas menciones en Huesca, en Barbastro (allí vivió Juan de Azara, en 1426, según Nieto Callén, 2006: 186) y más tarde en Barbuñales donde ya aparecen como familia principal en el censo de fogones[20] de 1495, siendo su representante

---

16 **Eneas:** Se trata de un personaje mítico, era hijo de Anchises, un miembro de la familia reinante en la Troya homérica y de Afrodita (Venus). Se casó con Creusa, una de las hijas de los últimos reyes troyanos Príamo y Hécuba, y tuvo con ella un hijo, Ascanio. Eneas se había criado en una localidad cercana a Troya, pero acudió a ésta con los Dárdanos cuando fue sitiada por los griegos para contribuir a su defensa. Actuó heroicamente junto a Héctor, luchando bajo la protección de su madre, Venus y de Apolo. Al caer la ciudad pudo huir bajo el amparo de Neptuno y en su ulterior periplo llegó al Lacio en Italia, donde fue uno de los fundadores de Roma. La **Eneida** de Virgilio narra una de las versiones de sus míticas andanzas.

17 El título de esta obrita: **Azara**, puede prestarse a confusión, pues estudia no, a la persona de algún Azara, sino a la localidad así llamada, situada en la Provincia de Huesca, entre las ciudades de Huesca y de Barbastro, entre Peraltilla y Azlor. Los autores afirman que la familia Azara, originaria de ese paraje que tiene citas desde antes del año 1100, se asentaron más tarde en Barbuñales. En la pág. 10 de la obra aparece la fotografía del escudo de armas de los Azara en la pequeña localidad estudiada, que es coincidente con el de los Azara de Barbuñales. Suministra datos acerca de los primeros Azara de los que se tiene noticias. Saturnino Pallaruelo Campo (2006: 86) agrega acerca de aldea de Azara:
"Con la sierra de Guara como fondo, el templo de Azara, quizá construido sobre la misma planta de la antigua mezquita, exhibe la geometría de sus volúmenes. La portada de aire renaciente, está muy cuidada: columnas clásicas, friso de finos relieves y fondo con Dios Padre coronándolo todo. Tras el templo se alza una roca (el topónimo Azara viene del árabe ***as-sajra****, la peña), a la que se accede por viejas escaleras labradas en la piedra. En la cima hay ruinas de una bóveda poderosa y restos de estancias excavadas en la piedra".* Hemos examinado personalmente esos rastros y, posiblemente, se trate de vestigios y representaciones no coetáneos, particularmente las excavaciones en la piedra que no parecen formar parte del templo y podrían, incluso, ser milenariamente anteriores.

18 Esta información genealógica procede de los mencionados autores Moliner y Domper Gil (1988: 11), pero, lamentablemente no citan la documentación original de la que provenían los datos que manejan.

19 **Almunia:** Voz de origen árabe, de al-munya, que significa la granja, el huerto. Se trata también de un apellido actual en la región, bastante reiterado en Aragón.

20 **Censo de Fogones:** Desde el tiempo de los Reyes Católicos Fernando e Isabel y hasta mucho más tarde, se consideraba a los "fogones" (eran los fuegos caseros de tipo doméstico, que denotaban una unidad familiar a la que se denominaba también el fogaje), como unidades tributarias, que eran las que se pretendían inventariar mediante esos censos con un propósito de racionalización económica de la política, impositiva haciendo la percepción tributaria más equitativa por parte de las instituciones

registrado un Johan de Azara (Serrano Montalvo, 1997: 128) y algunos de sus descendientes o emparentados del mismo apellido subsistían todavía en Barbastro como pobladores locales hasta la guerra de la Independencia, en 1808, puesto que entre los voluntarios procedentes de esa localidad incorporados en ese año a las tropas combatientes contra los franceses, se cuenta uno llamado Pascual de Azara (Guirao Larrañaga, 2000: 150)[21].

De no caber las explicaciones precedentes, planteadas, y sólo a título de hipótesis, debería pensarse en el arribo ya más tardío con respecto a la reconquista de la comarca, de algún inesperado ancestro que hubiera adoptado el patronímico "de Azara", pero esta alternativa es muy difícil de suponer como valedera, por más que tras los mencionados sucesos de 1366[22], se produjo una extinción general de gran parte los linajes antiguos, los que fueron reemplazados por "sangre nueva", una de cuyas pretensiones fue la de entroncar con los linajes pretéritos, aunque más no fuera cambiando apelativos y adoptando los nombres y haciendo propios sus mitos genealógicos (Suárez Fernández, 2005), incluyendo sus blasones y armas.

Contribuye a convalidar la primera de esas hipótesis, el hecho de que, una vez establecido en el Somontano altoaragonés el linaje de infanzones "de Azara", cuya presencia en la aldea homónima aparece citada por primera vez en 1095 (Moliner y Domper Gil, 1988: 10, en esta página aparece una ilustración del escudo sobre el arco de la entrada a la residencia fotografiada), se labró su escudo en una vieja casona que aún se conservaba hasta hace dos décadas. Por otra parte, la aldea de Azara nunca superó las dos decenas de casas, al menos hasta el siglo XVI, de modo que no deja mucho lugar para suponer la aparición súbita de un nuevo linaje que fuera ajeno a la población ya integrante de la pequeña comunidad (Moliner y Domper Gil, 1988: 13). Como quiera que se haya producido la sucesión de apellidos hasta fijarse en "de Azara", ello debió de acontecer antes de mediado el siglo XIII, puesto que en 1242 don Pedro Maza, compró la villa conjuntamente con la vecina de Castillazuelo, transformándose así en un transitorio "señor de Azara", puesto que en 1246, volvió a venderse la villa, esta vez a la Encomienda de Barbastro, un jurisdicción de la que –con algunas intermitencias temporarias–dependerá hasta que acontezcan las amortizaciones del primer tercio del siglo XIX[23].

---

de la corona sin llegar a agobiar a las familias más densas.

21 Incluso hubo un Antonio José Hispano de Azara, quien debió de ser contemporáneo de los Azara Perera, cuya filiación y otros datos personales no hemos podido esclarecer, del que quedan dos escritos poéticos y apologéticos, uno publicado y el otro inédito, citados por Aguilar Piñal (1981: 462), que son los siguientes: **La Paz triunfante o España feliz en el siempre glorioso Reynado de S. M. C. El Rey Dn. Carlos III. Oda lírica escrita por don Antonio Joseph Hispano de Azara, Dr. en Derechos** [1783], con ocho folios, de 22 cm. Tiene expediente de impresión, con censura de Manuel Lardizábal. Comienza con la oda neoclásica "***Euménides severas...***". El manuscrito está depositado en Madrid, en el Archivo Histórico Nacional, Consejos, legajo 5547 (5). También del mismo autor se conoce la obra panegírica: **Aplauso poético, que en español e italiano, al parto felicísimo de la Serenísima Señora Doña Luisa de Borbón, Princesa de Asturias...** Este opúsculo, con su páginas numeradas con caracteres romanos, pp. i-xvii, ha sido editado en Madrid por Hilario Santos Alonso, en 1783, con un altor de tapa de 20 cm. Existen dos ejemplares del mismo en la Biblioteca Nacional de Madrid.

22 A los que algunos denominan la "revolución de 1366" que significó antes de las "Alteraciones" de Aragón de 1591, una serie de sucesos que tras cuatro siglos de historiografía aún aparece como confuso y sin liberarse para su correcta interpretación de los prejuicios ideológicos en juego (Gascón Pérez, 1990: 241). Los mismos constituyen los dos grandes pliegues de paso por los que debieron pasar los linajes y el ordenamiento nobiliario aragoneses desde su asentamiento inicial al tiempo de la reconquista en el siglo XI. Suárez Fernández (2005: 30) rechaza los enfoques extemporáneos y **"actualistas"** (fruto del **presentismo** historiográfico, como lo llama Carmen Iglesias, 2009), aplicados a los sucesos de 1366, que fueron un producto de época, dirimido netamente en el seno de una realidad y en un entorno de conceptos mentales que resultan hoy casi por completo inconmensurables, propios de la sociedad aristocrática y nobiliaria del siglo XIV aragonés –y también aunque sólo en parte del castellano de los mismos tiempos– pues en los duros tiempos de Pedro I, terminado en 1368, el ordenamiento social había caído en crisis, así que la principal tarea de su sucesor Enrique I, era restablecer el equilibrio perdido, pues

"…no era concebible una monarquía orgánica sin una nobleza sólidamente establecida" (Suárez Fernández, 2005: 29),

y agrega en la siguiente página:

"…la revolución de 1366 se definió a sí misma como esencialmente aristocrática. Es difícil entenderlo desde nuestras coordenadas actuales, empeñadas en buscar en todas partes la lucha de clases. La calidad social de la nobleza y su bondad intrínseca –con independencia de ciertos comportamientos individuales– no era puesta en duda: al lenguaje corriente han pasado expresiones como caballerosidad, cortesía, palabra de honor o comportamiento noble que demuestran bien cuál era la mentalidad dominante".

23 La llamada "Desamortización de Mendizábal" fue planificada por el Primer Ministro Álvarez de Mendizábal, de ideología liberal, quien ascendió al poder en septiembre de 1835, y formaron parte de la reforma eclesiástica que alcanzó a ejecutar, comenzando la misma por la desamortización de los bienes eclesiásticos y la supresión

Olivier Baulny (1971: 173) señala algo muy obvio para toda línea familiar, y después brinda su versión del conocimiento histórico de la misma: según él, Félix de Azara

"…appartenait à une famille dont l'origine se perd dans la nuit des temps, mais dont le linage peut être suivi depuis le douzième siècle dans le Haut-Aragon. Peut-être est-ce à cette époque que la famille s'installe dans a manoir à Barbuñales, avec Pedro de Azara, infanzón de tiempo inmemorial".

Según los datos de varios testigos presenciales, la fuente casi exclusiva de información genealógica para Olivier Baulny, quien vivía y era docente e investigador universitario en la cercana y pirenaica Pau, en Francia, era la familia Azara, que entonces (años 1950-1965) residía en Barbuñales. Aunque es posible que el estudioso francés haya podido examinar documentación familiar aún no revelada, su fuente principal fueron las versiones orales de la familia descendiente colateral de don Félix (eran de la progenie de su hermano Francisco Antonio) y de las obras de Castellanos de Losada, de ahí lo del tiempo inmemorial al que –curiosamente– el historiador no trata de acotar a ningún período histórico o calendario concreto.

En el siglo XVI, en apariencia, ya no había ningún Azara en la villa epónima, según se desprende de los datos recogidos por el Visitador Pedro Vitales (Conte Oliveros, 1980), nuestro conocido genealogista, pero podría tratarse de una omisión circunstancial, dado que entre los jóvenes graduados de la Universidad de Huesca, figura como egresado en calidad de Bachiller en Cánones un Martín de Azara, procedente de la localidad de Azara, quien obtuvo su grado el 24 de abril del año 1587 (Lahoz Finistres, 1997).

En síntesis, la hipótesis más plausible es que en los días de la reconquista por la Corona aragonesa de la comarca, un hidalgo guerrero, presuntamente franco –lo suponemos con bajo grado de certeza pero ya hemos revistado algunos posibles nombres del mismo– recibiera del Rey de Aragón, a título de gratificación por su vida militar hazañosa, una vega fértil en el asentamiento de la actual aldea de Azara, y designada originalmente así, y fijara en ella su residencia y, adoptando el topónimo como apelativo, diera así origen al linaje que estudiamos. En algún momento previo a los mediados del siglo XIII, los descendientes del primitivo infanzón habrían vendido la merced de Azara y se trasladaron –tal vez mediante algún matrimonio (¿Tal vez el mismo fuera realizado uniendo las estirpes de Azara y Lizana?), que continuó la línea patrilineal o, al menos, a una parte destacada de ella– a la llanura ondulada que se extiende orientalmente de la Fuente de Lizana y es la más alejada del río Alcanadre, en un paraje en el que el curso encajonado del río no resulta accesible para fines prácticos tales como toma de agua y regadío[24] por la distancia que media hacia el mismo y por lo rudimentario de los medios de extracción y transporte de agua de esos tiempos.

El pequeño asentamiento de Barbuñales dependería antiguamente del agua de la fuente de Lizana, transportada seguramente en odres y a lomo de cabalgaduras, hasta que recién en las proximidades 1571 se habilitara su propia fuente, llamada la Fuente de las Calzadas, que aún perdura y su descripción se corresponde con la de una serie de artefactos similares del Somontano de Barbastro. Dice Pallaruelo Campo (2006: 181):

"En el siglo XVI se construyeron muchas fuentes en los pueblos del Somontano. Respondían casi siempre al mismo esquema: caños bajo un arco a modo de arcosolio[25] coronado por moldura y anejos, un pilón para

---

del diezmo. En febrero de 1836 se pusieron en venta los bienes desamortizados. En mayo de ese mismo año cayó Mendizábal, pero en 1840, al llegar al poder el general Espartero, restauró y profundizó la política anticlerical de 1835-36.

24 Julio V. Brioso y Maynal (1987: 1) se refiere a la condición de don Alajandro de Azara y Loscertales como Infanzón y regidor de Barbuñales, *"…señor del casal, feudos y estados de ese pueblo y del de Lizana"*. Prosigue luego: *"Efectivamente, la pardina, monte y carrascal de Lizana ha sido y es señorío y propiedad de los Azara ha sido y es señorío y propiedad de los Azara hasta el momento presente…"*, pues, *"según Madoz, a mediados del pasado siglo* [XIX] *la pardina de Lizana es el término jurisdiccional de Barbuñales", ... "está situada en una llanura donde disfruta de clima destemplado y propenso a tercianas"*, y *"posee una casa bodega, contigua a ella, correspondiente y habitada por los colonos que trabajan gran parte de sus tierras"*. El río Alcanadre *"pasa por medio de este monte, bañándole en hora y media de extensión, a pesar de que sólo riega una pequeñísima huerta de tres yuntas, y da movimiento a un molino harinero que está a su derecha"*. Y añade: *"El terreno es de mediana calidad, la mitad está destinado para el ganado lanar, y la tercera parte es viña trabajada por los vecinos de la casa y de los pueblos inmediatos. También comprende un carrascal de plantas pequeñas, en general de una hora en cuadro"*. Tampoco se omite una referencia a las producciones como *"toda clase de granos, vino y yerbas de pasto"*, y a la población, *"dos vecinos, doce almas, así como a la contribución, "637 reales, 24 maravedíes". Lizana fue en el siglo XII pueblo de realengo, es decir de patrimonio real, y en 1537 pertenecía a don Pedro Maza, de quien procede la prolífica y extendida familia Maza de Lizana, emparentada con la más encumbrada nobleza. Extenso y pingüe patrimonio junto con el situado en el término de Barbuñales y al que aún añadirían por compra los marqueses de Nibbiano, en el siglo XIX, el señorío, castillo y coto redondo del Guadasepe, en términos de Plasencia del Monte."*

25 **Arcosolio:** Llámase así en arquitectura funeraria al arco que alberga un sepulcro abierto en la pared. En

abrevar y un lavadero. Así son las que se pueden ver en Abiego y en Barbuñales…".

Desde su presunto asentamiento en el siglo XIII o XIV, hasta la actualidad los Azara residen en Barbuñales como infanzones rurales, desprendiendo –posiblemente desde el siglo XII– retoños familiares, al menos, en Huesca, Siétamo y Barbastro primero, los que con el correr del tiempo y las generaciones, mediante una serie de matrimonios y de segregaciones familiares, se extendieron por otras localidades españolas. La casa señorial de la familia Azara en Barbuñales es más nueva, posiblemente del siglo XV (Baulny, 1971: 173).

Es muy posible que el área de la Fuente de Lizana correspondiera al asentamiento original en la comarca general del Alcanadre, aguas arriba de Pertusa, y que el poblamiento de Barbuñales fuera mucho más tardío, dependiente o derivado de aquél y que tomara el topónimo de las antiguas bajadas al valle fluvial de dicho río como designación propia. No es posible explicar de otro modo que don Alejandro de Azara y Loscertales, el padre de Félix, firmara también como Señor de Lizana.

Puede apreciarse en el Viaje por pueblos oscenses. S. XVII, de Marco Aurelio Andioc, en el mapa de la página 139 de esa publicación, el arbitrario recorte de las jurisdicciones eclesiásticas del Somontano oscense y sus vecindades, siguiendo esquemas que, para colmo, han sido variables en el tiempo, respondiendo a diversas influencias y presiones, definiéndose así, según su dependencia, áreas zaragozanas, oscenses y de Barbastro. Esta distribución del espacio solía despertar reacciones adversas motivadas por relaciones familiares, presiones tributarias particularizadas, privilegios y también debidas a las posesiones múltiples de algunos señoríos que bajo ese sistema de repartimiento caían dispersas bajo distintas jurisdicciones.

Después de haber contemplado el paisaje tan sugerente y particular del Somontano Altoaragonés, y en particular el de Barbuñales, ese pequeño enclave que corona un suave collado entre el curso encajonado y de caprichoso caudal del río Alcanadre[26] y la colina de formas suaves y verdeante de carrascas entramadas con cultivos y plantaciones artificiales, que forma el respaldo oriental de una vega feraz, que es sostenida hídricamente por la Fuente de Lizana, se afirma la idea de que, seguramente ha sido esa la sede del primitivo asiento del poblamiento humano de la comarca, antes de la llegada de los Azara, previamente al siglo XV. Al recorrer estos parajes se asienta en el estudioso una idea coincidente con la de Ryszard Kapuściński (2006: 57) cuando pudo contemplar en Halicarnaso, la tierra natal de Herodoto, diciendo:

"Es un país de sol, calor y luz, de la vid y la aceituna. Automáticamente me asalta la idea de que alguien nacido en un lugar como éste no puede sino tener una mente abierta, un cuerpo sano y un espíritu apacible e imperturbable."

Por su parte Severino Pallaruelo Campo (2002: 157) describe así a Barbuñales hacia 1750:

"Barbuñales no estaba en las montañas: alzaba su caserío de ladrillo ocre más al sur [de ellas], en las ondulaciones del Somontano, allí donde la tierra se hacía más amable y se dejaba surcar por caminos anchos aptos para rodar los carros. En torno al pueblo florecían los almendros y se extendían –geométricas– las hileras de vides. La tierra era rojiza. Había manchas oscuras de encinas y campos interminables cubiertos por el verde grisáceo de los olivos. Abundaba también el cereal. Se compraban y vendían cosas: pasaban trajineros y comerciantes, venía el que traía vajillas, y el que ofrecía telas, y el que anunciaba pescado seco y fresco. Conocían las naranjas y el arroz. A tres horas estaba Huesca...".

Adicionalmente, Alfonso Zapater (1986: 431) dice de la zona rural circundante de Barbuñales:

"Tres colores predominan en esta parte del Somontano oscense: el verde. El ocre y el gris. El verde en dos tonalidades, ya se trate de los sembrados o de los almendros; verde empastado el uno, casi negreando, y verde claro y tierno el otro, con claros de azul. De la misma manera hay dos tonalidades de grises, el de las carrascas y el de los olivares. Y el ocre de la tierra",

y sigue Zapater escribiendo la llegada a Barbuñales por la carretera que viene del cruce de Laperdiguera y Peraltilla, la misma deja a la derecha la ermita de San Román, y:

el símil de las fuentes, el arco de mampostería y piedra cubre las bocas por las que surge el agua y a sus pies se ubica el pilón.

26 El río Alcanadre: Severino Pallaruelo Campo (2006: 175) brinda una poética descripción del sistema fluvial del Somontano:

"El paisaje equilibrado entre la montaña y el llano, el relieve suave, el olivo, la vid, el almendro, el gran río pirenaico –Cinca– y los otros más chicos –Vero, Alcanadre– que abandonan encañonados los montes donde nacieron, Somontano de carrascas oscuras y almeces de tronco gris, pueblos dormidos entre olivares, cañares dorados de las acequias: la tierra civilizada, moldeada por la mano humana, tostada y verde." Adicionalmente cabe señalar que los ríos Alcanadre y Gállego constituyen los límites naturales, hacia el este y el oeste, respectivamente de la comarca conocida como la Hoya de Huesca, ambos cursos de agua pertenecientes a la cuenca hidrográfica del Ebro (P. Blecúa y Paul, 1987).

"…gana altura y las curvas de suave pendiente se ven sombreadas por las carrascas…" [acercándose a Barbuñales] *"…allí todo es llanura. Quedan atrás los carrascales para dar paso al verde de los almendros. Finalmente, en torno al casco urbano, crecen los olivos antañones, de troncos retorcidos. Muchos de ellos tienen más tronco que ramas. ¿Cuántos siglos se pueden contar?".*

José Nicolás de Azara y Perera, el segundo de los hermanos y catorce años mayor que Félix, abandonó Barbuñales de muy niño, de modo que sólo conservaba recuerdos vagos. Recién retornó a la comarca en el verano de 1800, y dejó escritas sus impresiones acerca de su aldea natal en una carta a su amigo Bernardo de Iriarte, escrita el 18 de mayo de aquel año:

"…yo me voy enamorando un poco de este país y de esta vida patriarcal que comparada con la que he hecho hasta aquí es incomparablemente mexor. Como y duermo con una quietud que no conocía, y doi paseos magníficos, casi siempre por terrenos propios. Podo los olivos y doi mis disposiciones agrónomas como el labrador más ducho; y en fin hallo que mi Horacio[27] tenía razón de preferir su fundo sabino al ***fumum et opes streptitumque Romae****. A una legua de mi casa tenemos los hermanos un señorío de los más antiguos de Aragón, Lizana, donde hay olivos, batanes, labranzas y muchos carneros. Yo salí tan chico de aquí, [que] de nada me acordaba. Si puedo recoger los trebexos[28] que dejé en Italia, ésta será mi sepultura, porque según los que entienden las cosas de allá, tan cerca está el cielo de Barbuñales como de París y Madrid. Sobre todas las felicidades cuenta el no haberse aún visto en este lugar ningún vale real…"* (Tomado de A. Zapater, 1986: 433).

En la propia Barbuñales hemos visto desde el balcón del cenador de la casona familiar de los Azara, a menos de doscientos metros y destacándose en la carpeta verde claro de los cultivos matizada por los oscuros manchones de olivares, un sendero que avanza entre las tierras labrantías, y en las que se yergue un ciprés centenario. Dicen los habitantes de la casa que fue plantado por José Nicolás durante su única estadía de adulto en el solar natal, en la visita hecha en el año de 1800. Su bella imagen es de un verde casi negro y destaca su silueta sobre el llano, en medio del aire diáfano de un bello día otoñal. Nos recuerda el **Poema a un Pino**, de Dionisio Ridruejo:

…esbelto y tranquilo,
soledad de la tarde
tan concreto en la libre
desolación del aire
tan alto cuando todo
se confunde y abate
y huye el sol a tu copa
tibio y agonizante
Cómo me fortalece
la paz de tu combate
ascensión sin fatiga,
raíz honda y constante.

Tu majestad envuelve
el cielo sin celaje
y en tu recio sosiego
la tierra se complace.

Y más adelante viene otra estrofa, que tan bien podría expresar lo que pudo haber sentido, varios años más tarde Félix viendo al árbol elevarse, al tener que dejarlo en 1810, ya anciano, llevado por los avatares de la guerra, tal vez para siempre lejos de su rincón natal:

….esbelto y tranquilo,
tu soledad te guarde,
y consagre la mía
desunida y errante
segada de su tierra
extraña de su aire,
cuando aún es oro virgen
la cumbre de la tarde
y tú clamas e invocas
el tiempo de mi carne
y otro vuelo sin tiempo
que se sueña y se hace.

Para el visitante interesado en la vida y el espíritu de quien en el siglo XVIII frecuentara esta misma casa y disfrutara de la misma visión del entorno, la sensación es extraña. En primer término resulta atrapante por la presencia casi viva del pasado que flota más allá de las modificaciones y ornamentos modernos. Es una sensación que muchos han expresado al desplazarse donde se desarrolló un trozo de historia que, aunque mínimo y personalizado, resulta central con respecto al personaje que seguimos. La misma

27 **Horacio:** Se trata de Quintus Horatius Flaccus, uno de los más notables poetas de la antigüedad clásica romana, que vivió del año 65 al 8, ambos antes de nuestra era. Fue poeta lírico y satírico en lengua latina, dotado de una notable capacidad de expresión. Era uno de los autores latinos preferidos de José Nicolás de Azara, y el verso que cita corresponde a sus **Odas**, III: 29,12, y en el mismo exalta la diferencia del paisaje rural con el medio estrepitoso y lleno de humo de Roma, la capital imperial, y Gimeno Puyol (2010: 1087) dice que *"... el poema es una invitación de Horacio a Mecenas para que abandone Roma y sus ocupaciones políticas y vaya a descansar unos días con él a la finca que posee en las montañas sabinas."* El versículo citado dice *"el humo, las riquezas y el estrépito de Roma".*

28 **Trebexos:** Entre las varias acepciones de **trebejos**, la más plausible para el sentido que le da el autor de la carta, es el uso para referencia de las piezas del juego de ajedrez, con el que José Nicolás de Azara gustaría de entretener sus raros ocios, que no eran sino la prolongación meditativa de la vida mental de un esteta y humanista.

no es alegre, hay algo que flota casi inexpresable y que como primera impresión despierta una especie de telón de fondo perceptivo que, una vez fijado dará su tonalidad a lo que pueda recoger la mirada y la interpretación ulterior a través de una estadía en el sitio apropiado. En el caso de la residencia de Barbuñales, ese telón aparece teñido por un efecto que nos dice algo así como que allí flotara mucho de doloroso, que algo innominable, casi inefable estuviera adherido a las paredes, a los ornamentos, al viejo mobiliario. Ernst Jünger (2006: 144), lo expresó una vez así, en una situación similar:

"En lugares como éste notamos en medida especial el dolor que va incurso en todo lo histórico y que es indisociable de ello. Son lugares fronterizos, fronterizos también de los acontecimientos y de su orientación. Aún se halla ahí, claramente dibujada, la huella del pie; y, sin embargo, lo que ahí ocurrió ya va perdiéndose en lo incierto. La historia roza territorios que no están sujetos a su ley la aventura, lo elemental, la fiebre y los sueños"

Por cierto que lo anterior es meramente subjetivo, pero intensamente subjetivo para quien a través del seguimiento de una historia logró alcanzar un grado de empatía con el personaje, al punto que pisando sobre sus huellas, reiterando sus miradas aunque más no sea dos siglos después, igualmente se experimenta lo que expresamos: aquí transcurrió una infancia que presentimos en sus rasgos mayores, y aquí moró en su vejez la misma persona agobiada ya por una vida densa e irreversible. En este espacio físico tuvieron lugar sus sueños, sus esperanzas y sus penurias. No solo la presencia en el lugar atrae particularmente al biógrafo de Félix de Azara, sino también al lector de la dramática **Autobiografía** de su casi coetáneo José María Blanco White. La explicación reside en parte en lo que citáramos en la introducción sobre la opinión de Hannah Arendt (1992), en cuanto a la necesidad de modificar el proceso de otras biografías en las que el protagonista flota entre una riqueza de elementos para reconstruirlo, que en nuestro caso no existe: por lo tanto debemos invertir el sentido de los metafóricos rayos, que ahora deben confluir hacia el prisma y no emanar del mismo para obtener un único haz identificatorio.

Dice Nieto Callén (M.S., en prensa) acerca de los recursos de la comarca:

"Desde un punto de vista geográfico y económico era importante para Barbuñales en una relevante cabañera de ganado de tránsito obligado desde ciertos valles del Pirenaicos y la Tierra llana. Barbuñales al ser señorío de la ciudad de Zaragoza, dotada de amplios privilegios, gozó de plena jurisdicción sobre uno de los recursos más importantes de los ayuntamientos de la época: de los pastos"[29]

En cuanto a la apariencia general del paisaje, Manuel Moreno Alonso (1999: 21) destaca que

"…la vida en la mayor parte de aquellas tierras [campesinas de España] *había transcurrido como siempre sin ninguna transformación fundamental desde la Edad Media…(...)...no había sufrido cambios significativos. Predominaban las tierras incultas, destinadas a bosques o a dehesas, en las que la aulaga o la encina daban el toque característico. En comparación con las superficies de cultivo ganadas durante el relativo período de crecimiento que supuso el siglo XVIII, aquéllas seguían predominando. Junto con el trigo, y todavía en mayor medida que la papa, la dieta alimenticia fundamental que proporcionaban las tierras, seguían siendo las legumbres nacionales por antonomasia, el garbanzo y el altramuz, que servían de comida tanto para el rico como para el pobre. Las técnicas de explotación eran también las de siempre, desde el arado romano hasta la guadaña y la hoz...".*[30]

El clima en general es extremoso, con fuertes características continentales, aunque desde un punto de vista general participa del denominado clima mediterráneo. Las lluvias, que nunca son abundantes, pues la precipitación media es de aproximadamente 500 milímetros anuales, se concentran en la primavera, en el otoño y, por su parte el verano, es caluroso y seco. En el invierno suelen producirse nieblas. Los vientos más notables son el cierzo[31], del cuadrante norte, frío e intenso, así

29 El mismo autor y en la misma referencia, recuerda que la región estuvo directamente incluida en el área de operaciones de los ejércitos en pugna durante la guerra de Sucesión (1700-1715) y por lo tanto, fue en cierta medida afectada por los desastres de origen bélico, y

"... aunque no estuvo en primera línea de fuego, sí sufrió el forrajeo producido por los ejércitos en marcha, dada su cercanía a los teatros de operaciones."

30 Recuérdense los enormes esfuerzos de Pablo de Olavide y Jáuregui, desplegados durante sus años de administración en Sevilla (1758-1776) para tratar de modificar las arcaicas técnicas de cultivo en las colonizaciones andaluzas de la Sierra Morena por él emprendidas, tratando de imponer el arado de reja de hierro, intercambiable y de filo regulable. Este esfuerzo coincidió, en el mismo período, con el las diversas Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, que alentadas por las descripciones, complementadas con sus ilustraciones extraordinariamente claras y didácticas, aparecidas en los respectivos artículos técnicos y aplicados a la agricultura de la **Encyclopèdie**... francesa trataron de modernizar la actividad agraria en la Península mejorando y optimizando la tecnología aún tan precaria del trabajo rural.

31 El **cierzo**, es uno de los "malos vientos" del Somontano y del área pirenaica general. Al respecto transcribimos una hermosa página literaria de Ignacio Almudévar Zamora (2005: 204-205), que despojada de algunos elementos modernos retrata sencilla y sensiblemente un

insoportable en invierno para viandantes y jinetes, y el bochorno, procedente del sur, con humedad del mediterráneo, que es cálido y agobiante durante el período estival. Sin embargo, existe una especie de pulsación ambiental, representada por sucesiones de años húmedos seguidas de otras de sequía. Esta condición tuvo históricamente severas consecuencias sobre la vida cotidiana, la economía y la salud de los pobladores.

El polígrafo e ilustrado aragonés Ignacio Jordán de Asso y del Río [1742-1814], en su **Historia de la Economía Política de Aragón**, escrita en 1798 y reimpresa en Zaragoza en 1947, dice acerca de las condiciones sanitarias locales en relación con el clima, y en especial con los vientos helados (1947: 22):

"...que soplan los ocho o nueve meses del año", contribuyendo a ocasionar "...las muchas fluxiones y las calenturas catarrales que son endémicas en el país templado de este Reyno[32]".

El cierzo puede percibirse como que se clava en la carne de quien lo recibe en su piel y además, en casos extremos llega acompañado de perturbaciones en la presión atmosférica, y en consecuencia altera el sistema nervioso humano, al modo que lo hacen los vientos alpinos conocidos como **föhn** y los preandinos, como el zonda de las provincias de San Juan y Mendoza, en la Argentina, puesto que:

"... son mui dañosos á la salud, pues tengo presente, que habiéndose experimentado alguna vez bien adelante en el mes de noviembre, promovían una transpiración excesiva, ofendían el sistema nervioso, y causaban una floxedad y decaimiento general ..." (Ignacio de Asso, *op. cit.*).

Pero, el centro de gravedad histórico, humano y del ordenamiento territorial regional está en Huesca, la antiquísima y bella ciudad altoaragonesa[33], tendida

---

elemento tan típico del paisaje familiar del Somontano altoaragonés:

"Hoy 9 de marzo, el cierzo sopla inmisericorde sobre las tierras de Aragón y hace que el campesino cale su boina en la cabeza, de manera antiestética para evitar que se la lleve el viento. De forma más elegante se la colocan los vascos a modo de paraguas para evitar el agua de lluvia. //El ya perdido cacherulo preservaba más del aire y del sol que de la lluvia, las cabezas que se cubrían con sombrero de Sástago en los días de aguacero y de festejo.// En la paz rutinaria y el silencio de la casa campesina ha irrumpido un bronco ruido; es el cierzo que levanta las tejas, golpea las ventanas abiertas del granero, arrastra algún ciprés en el solitario cementerio y mueve las cortinas, infiltrado por las juntas de masilla reseca de los cristales del balcón. //Vuelan los pétalos, rosados o blancos, de la flor del almendro, que queda desnudo de florido esplendor, sin haberse aún vestido, en este mes de marzo de su verde follaje. //Contribuye a la tristeza del ambiente el paso de un saco de plástico volando, empujado por la fuerza del aire y un ruido, semejante al ulular de los lobos, desciende por el hueco de las escaleras, procedente del desván, donde los niños no se atreven a subir, esperando encontrar, debajo del tejido de cañizos del tejado, un aquelarre de brujas procedente del noroeste.// Allí quedó la lluvia y aquí llega el impulso de un secador apocalíptico e inmenso. El Pirineo forma un valladar gigante que no deja pasar las nubes pero retiene depósitos de nieve que proporcionan aguas en verano. Gracias a él nuestros ríos bajan el agua que podría regar nuestros secanos. // Hablando de vientos, ya decían los abuelos que "el cierzo y la contribución tienen perdido a Aragón". Pero escrituras arcanas y antiguas, añadían que del "Aquilón se revelará el mal". Cuando sopla el ***bochorno****, está próxima el agua, pero hoy lo mismo el cierzo que el bochorno nos aproximan nubes agoreras de negras y largas sequías. //Yo me quedo con "el aire de Pina que llena la* ***badina****".*

32 Alude a la zona subpirenaica aragonesa o Somontano bajo esa denominación de *"el País templado de este Reyno"*, distinguiéndolo de la zona intrínsecamente montañesa, prepirenaica, en el la que el clima es casi permanentemente bravío, con vientos de gran intensidad y con temperaturas extremas, tanto las de invierno como las estivales.

33 **Huesca:** Pallaruelo Campo (2006: 153), define así a la Hoya de Huesca:

"la ciudad de Huesca se alza en el terreno llano que ocupa el fondo de una depresión –la hoya– abierta al pie de las sierras pirenaicas más meridionales. Pero la actual comarca organizada por la capital desborda los límites de la depresión orográfica: por el norte se adentra en las sierras y por el sur alcanza las estepas monegrinas. Son, por tanto, tierras de transición. Los olivos y las carrascas del corazón del territorio se sitúan a medio camino entre los bosques de los Pirineos y los espartales esteparios del sur". Una descripción geográfica y topográfica más completa, aparece en la obra de P. Blecúa y Paul (1987). En cuanto al origen de la ciudad, éste está muy lejano en el tiempo: puesto que ya estaría poblada en la prehistoria, pues hay vestigios de más de quince mil años (algunos registros de la región perecen alcanzar hasta los 50.000 años, como ya se mencionó previamente) y mucho más tarde de los habitantes prehistóricos, la ocuparon los íberos, primitivos habitantes de la península. Hay restos urbanos datados en más de quinientos años antes de nuestra era. Fue ocupada por los cartagineses y luego por los romanos, que la llamaban Osca. Bajo este dominio llegó a tener un gran desarrollo, con asentamientos militares, teatro y un centro de estudios privilegiado creado por el famoso romano Sertorio. Tras la invasión mahometana en el siglo VIII, la ocuparon los árabes y fue reconquistada gradualmente en los siglos X y XI. Fue una de las ciudades mayores del antiguo Reino de Aragón. Guillermo Pérez Sarrión (1990), se ocupa especialmente de la historia de Huesca en la época del asentamiento de la dinastía borbónica, de 1700 a 1708, en especial de la estructura social, la vida popular e incluso de la supervivencia en ellas en ese siglo de la fabla, el habla regional aragonesa, con una vigencia que actualmente no suele recordarse, por más que Arguás Pueyo (2006) hallara que una alta proporción de habitantes del Somontano de edad mayor que los sesenta años dominaban aún la que fuera

al pie del enigmático Montearagón, bajo el signo permanente de los puntones[34] de Gratal (1.543 metros) y de Guara (2.077 metros), llenando de vida y acento humano la amplia hoya geográfica, ocupada desde tiempos prehistóricos por poblaciones desvanecidas en el tiempo o disueltas algunas en la sangre oscence actual. Tomamos de Almudévar Zamora (2005: 288) una cuarteta laudatoria y a la vez descriptiva:

Fuentes de Marcelo y Jara
ruínas de Montearagón
sierras de Gratal y Guara
Huesca de mi corazón

Buesa Conde (2000:21) ubica a Huesca –más propiamente a la Hoya de Huesca[35]–, como enmarcada geográficamente:

"... en un valle de amplio y plano fondo que enseñorean los ríos Isuela y Flumen. Superando los tres mil kilómetros cuadrados de superficie engloba tres espacios definidos por la geohistoria: la propia Hoya de Huesca, que le da el nombre, la Tierra o Val de Ayerbe y la Violada. Su economía está basada en los servicios y la agricultura y tiene [actualmente] *una densidad de 22 habitantes por kilómetro cuadrado. La Val de Ayerbe y el Gállego Medio cierran la zona al oeste; el cauce del río Alcanadre, el este y al sur, las tierras de La Violada (recuerdo de una antigua calzada* [romana] *o Via Lata y con poblaciones como Almudévar y Gurrea del Gállego) y los términos de Grañén lindando con los Monegros"*

Otra vez Buesa Conde (2000: 136), refiere más adelante cómo en ese espacio privilegiado de la Hoya de Huesca se desarrolló, a partir de la estabilización del Reino de Aragón convirtiéndose en un

"…territorio que vemos organizarse administrativamente tanto en el aspecto fiscal como el judicial, [y que] *va a mantener una serie de constantes hasta el siglo XIV. La primera va a su carácter agrícola, con gente que depende de la inseguridad de las lluvias y de la escasez de los caudales de agua. La segunda sería su continuo crecimiento demográfico a partir del siglo XIII, mantenido a pesar de las pestes y plagas como la de la langosta que azotó las tierras aragonesas en 1208. La tercera referiría su intensa sangría migratoria con destino a zonas del Levante o camino del Valle del Ebro, buscando mejores perspectivas y dejando atrás una tierra con frecuentes problemas, como la sequía de 1218 que trajo hambres y muertes. A pesar de todo ello, se detectará en las ciudades un mejor desarrollo de la actividad comercial a partir del siglo XIII, al mismo tiempo que surgen algunos capitales en el mundo de la ganadería."*

Entre los Azara de Barbuñales y la ciudad de Huesca siempre hubo una estrecha relación. En el siglo XVIII parece haber sido muy laxa y se relacionaba con los estudios de los hijos en su universidad y en las relaciones de parentesco con eclesiásticos de la catedral local. A partir de 1810, cuando los hermanos sobrevivientes Félix y Francisco Antonio de Azara y Perera se trasladaron allá hasta el fin de sus días, la familia alternaría sus residencias aldeanas en Barbuñales con estadías en Huesca, donde tenían, por lo menos, una propiedad de uso familiar,

"…al menos hasta principios del siglo XX, que heredaron de los Mancho por entonces familiares Con entrada por la plaza de Arista y fachada lateral a la calle de Azara, aún se conserva actualmente [en 1987] *aunque venida a menos y destinada a diversas viviendas particulares"* (Brioso y Mayral, 1987).

Actualmente más de dos siglos cubren todos los acontecimientos, fisonomías y paisajes del tiempo de los hermanos Azara y Perera. Sólo las grandes formas son reconocibles. Todo está retocado, derruido o remozado y entreverado con lo moderno, ese gran rótulo con el que se devalúa el pasado o se tiende a menoscabarlo como propio de una edad embrionaria o incompleta. El tiempo borró inexorablemente huellas y rastros, y sólo han quedado aisladas estructuras, melancólicas

---

la lengua coloquial en el siglo XVIII y, tal vez en parte del XIX. Esto hace muy posible que la lengua usual en Barbuñales e incluso en el hogar natal de los Azara-Perera fuera más la fabla que el español. Añade Pérez Sarrión (1990: 291) que, aparte de poemas muy difundidos pero anónimos, *"…debió de existir en Huesca una poesía popular en fabla, manifestada en dances y actos festivos, que dado su carácter efímero, se ha perdido".*

34 **Puntones:** denominación local altoaragonesa para las cúspides de serranías que se anteponen a la cadena de los Pirineos y cuyos vértices aguzados se elevan en la llanura circundante, enmarcando la visión con su presencia casi abrumadora por lo magnífica, dejando atrás y semicubiertas por las arboledas y serranías menores interpuestas, las montañas altas y con cumbres nevadas del Pirineo.

35 **La Hoya de Huesca:** No es sino la gran concavidad telúrica o el singular valle protegido en el que asienta la bella capital de la provincia homónima. Para su caracterización recurrimos nuevamente a la pluma de Severino Pallaruelo Campo (2006: 153): *"La ciudad de Huesca se alza en el terreno llano que ocupa el fondo de una depresión –la hoya– abierta al pie de las sierras pirenaicas más meridionales. Pero la actual comarca organizada por la capital desborda los límites de la depresión orográfica: por el norte se adentra en las sierras y por el sur alcanza las estepas monegrinas. Son, por tanto, tierras de transición. Los olivos y las carrascas del corazón del territorio se sitúan a medio camino entre los bosques de los Pirineos y los espartales esteparios del sur".*

tumbas[36] y el marco exterior del paisaje imperturbable del Somontano con sus árboles añosos y su luminosidad imperturbable. Los nuevos residentes apenas si saben de los antiguos, casi no hay nexos y los que subsisten los llevarán consigo los ancianos y los memoriosos cuando hayan completado su ciclo.

Para el escritor y el historiador se presenta la tarea justa y necesaria de reconstruir una imagen virtual del pasado distante, de reconstruir un marco que ya se fue para incluir nuevamente a quienes fueron elementos interactivos en el mismo. Se trata de figuras vitales, con sus mentes, sus pasiones y sus historias personalizadas. Para hacerlo tenemos por delante un largo recorrido, lleno de callejones colaterales, de papeles amarillentos por el tiempo y de historias veraces o antojadizas que atañen a aquellos de los que debemos ocuparnos. Reconstrucción virtual de lo material y hermenéutica de lo humano de entonces, a través de sus testimonios perdurantes.

Tal vez el dilema central que afrontamos sea el retornarlos del trasfondo secular, del olvido y del mito, pero no retornarlos fundidos en bronce o esculpidos en la roca. No merecen, por lo que significaron y por lo que pueden aún significar, que los arrastremos al presente plasmados en metal o en piedra. De ser así no habría mensaje, serían meros ornamentos ante los que se inclinarían unos pocos extraños iniciados en un ritual al que todos los humanos somos propensos.

Ellos fueron humanos en grado superlativo, en especial José Nicolás, Félix y Eustaquio de Azara y Perera, y nuestro empeño está puesto en rescatarlos como tales. Sólo así contarán Barbuñales, Barbastro y Huesca–y también Aragón y España– con una continuidad del diálogo que ellos abrieron en su esperanzada y visionaria acción.

Por eso, el recorrido por su tiempo, la búsqueda de puntas de hilo a devanar para encontrarnos con lo universal y eterno de lo humano, que ellos representaron antes de que nosotros, asumamos idéntico rol, pues no hay otro posible. El resultado puede ser –y trataremos de lograrlo– será encontrarnos con mucho de lo humano prístino que en el siglo XVIII crecía hacia nosotros, relevándose a través de esas encarnaciones humanas sucesivas, que son las generaciones, transitando un camino que ellos despojaron, con empuje ejemplar de lo efímero para aferrarse a lo hondo y perdurable que subsistirá mientras que subsista una humanidad que sepa huir de las acechanzas del olvido, la más injusta de las acciones posibles a ejercer sobre el pasado y por ende sobre su continuación, el presente y el futuro.

Partiendo desde el singular paisaje del Somontano altoaragonés, no nos guía otra intención que retomar el diálogo que antaño abrieron personalidades que aún tienen mucho que decir, aunque más no sea con el mudo ejemplo de sus vidas, dedicadas más que a ellos mismos –perecederos y efímeros–, a lo que entrevieron como superior. Por eso se dieron plenamente a los eternos universales humanos, y por elevación, a España y a su tiempo del que el nuestro no es sino la proyección emergente.

36 Muchas veces borradas por los traslados de los cementerios, a veces demandados por la higiene y la necesidad (a comienzos de siglo XIX), y otras por el crecimiento demográfico y edilicio de las poblaciones. Hasta en la pequeña Barbuñales el antiguo cementerio se hallaba en la vecindad de la actual iglesia Catedral, y ya no quedan rastros del mismo, en el que debían yacer numerosos personajes vinculados a esta historia.

Capítulo III

Una estirpe y la conformación de una mente

"Admitir como hecho histórico la conciencia de **ipseidad** *de una colectividad cualquiera en un tiempo cualquiera no exige creer que esa nación, pueblo o grupo humano constituya una unidad natural. Los "sujetos agentes" ni son atemporales, ni tienen acta de nacimiento, pues sólo "existen" en la Historia, la Historiografía, en la conciencia social y genealógica que las colectividades tienen en cada momento de sí mismas. Y por ello el "ser y existir" de un pueblo ha sido y es, constantemente, objeto de manipulación histórica; puede ser creado y modificado mediante la Historiografía"*

[Diego Catalán: **Ensayo Introductorio: España en su Historiografía de objeto a sujeto de la Historia**, 1982: 15]

"...la nobleza aragonesa, una de las más antiguas y más poderosas de España, durante la Edad Media reclamó constantemente su independencia del poder central. Prueba de ello es la fórmula arrogante que un cronista aragonés del siglo XVI había puesto falsamente en boca del Justicia de Aragón cuando el alzado de nuevo rey: "Nos que somos tanto como vos y justos valemos más que vos, os facemos rey si guardáis nuestros fueros y libertad, si no, no"

[Jannine Baticle: **Francisco de Goya**, 2004: 29]

LA SOCIEDAD ESTAMENTARIA

Desde siempre las culturas humanas intentaron en alguna medida interpretarse a sí mismas por medio de su imagen espejada en el paisaje geográfico, de la que extraían una especie de símil cuyas características se autoadjudicaban. El paisaje bravío, fuerte, hostil o manso y sereno conferían –en una transferencia más imaginaria que real– pero a pesar de ello operativa en sus emergencias, sus cualidades al habitante. En la medida que se desarrollaron las civilizaciones urbanas apelaron al monumentalismo y a sus grandes realizaciones modificatorias de la naturaleza para refirmarse en su impulso hacia el futuro. Tal ha sido el caso del Egipto de hace milenios, en cuya cultura interactuaban el hombre y sus creaciones extrayendo los habitantes fuerza e ímpetu para una civilización que duró cinco milenios.

A esa asimilación hombre-geografía, todavía instintiva y primaria se agregó a partir del siglo XIX principalmente por iniciativa de Eliseo Reclus [1830-1905] la **geopsique**, una pretendida ciencia que ligaba el paisaje con los rasgos íntimos de la mentalidad de quienes lo habitaban.

En esas interpretaciones el énfasis se centraba en la sociedad y el medio natural como elementos en diálogo y mutua influencia. Sin embargo, el móvil fundamental de las características y tendencias de las culturas tenía su centro de gravedad en lo humano social y las relaciones mesológicas eran solo accesorias, colaterales. La sociedad se constituye partiendo de un discreto número de pautas básicas sobre las cuales organiza sus relaciones y moviliza sus fuerzas para resistir tanto a los factores negativos externos como internos. Es decir, la sociedad se inicia conforme con alguna pauta particular estructurante y la sostiene porque sobre ella asienta el centro de gravedad de su devenir histórico. Fundamentalmente ejerce ese papel la organización de la continuidad social a través de sistemas de convivencia particulares en los que el constante relevamiento humano, hijo del acontecer temporal del fenómeno vital, se confronta del modo más positivo posible con el hecho conflictivo de la muerte versus alguna forma de continuidad, que no es sino una apariencia final de la esperanza.

Se alcanza de este modo y, a pesar del hecho de la mortalidad biológica, a cubrir en las mentes con un trasfondo compartido la necesidad de sostener instituciones básicas de la cultura. Son esas posesiones colectivas las que dan existencia continua al grupo social. Así, hay sociedades estamentarias, con castas, sostenidas por un imaginario que requiere de múltiples modalidades ritualizadas de continuidad y perduración. Por tanto hay teocracias, aristocracias nobiliarias o despotismos asentados en mitos historiográficos que aseguran a las generaciones efímeras el desarrollo de procesos

extrapersonales con duración en el tiempo. Aunque más no fuere *In spe contra spem* –en esperanza contra la esperanza– como paradojalmente lo afirma la fórmula paulina (Laín Entralgo, 1994: 107).

En el caso que venimos desarrollando, y en un horizonte válido en general para la civilización europea desde los tiempos tardío-medievales hasta aproximadamente el siglo XVIII, predominó la sociedad estamentaria, con antecedentes muy lejanos en las raíces grecolatinas y hebraicas de nuestra civilización. Se basan en un concepto selectivo de subgrupos sociales que detentan alguna forma de privilegio que no es sólo duradero durante la vida humana, sino que brindan los mecanismos de reemplazo generacional con conservación de las estructuras de relacionamiento social, cultural y económico muy particulares, pues el proceso se da conjuntamente, también, con una jerarquización de los diversos agrupamientos que constituyen los llamados estamentos.

Este proceso es un elemento más de las posibles formas de organización sistémica de la sociedad y requiere para su estudio la contemplación de los múltiples factores que son variables operantes de ese sistema: la economía, la producción, la demografía, las guerras, la moneda, los sistemas de intercambio, el uso de la tierra. Lo son hasta tal punto que pueden ser causa de conflictos de enormes proporciones, como en el caso que da cuenta José María Lacarra (1972: 38):

> *"Según un censo realizado en 1787, al menos 3.148 villas y aldeas pertenecían a un señor eclesiástico… el mismo censo da un total de 2.067 monasterios y 1.500 conventos donde vivían 62.000 religiosos y 71.000 personas dependientes de esos establecimientos…"*

evidentemente esta era una distorsión absoluta que apartaba a España de la condición funcional que la salvara de las crisis sociales que necesariamente debían sobrevenir, pues, siguiendo a Baticle (2004: 27), a lo anterior hay que agregar:

> *"…que la mayoría de las enormes fincas que poseía el clero regular estaban mal cultivadas, lo cual explica la desazón de los reformadores españoles ante una situación que con el paso del tiempo se había convertido en una autentica lacra social."*

Los vocablos **estirpe** y **linaje** son una suerte de sinónimos especializados de la voz **progenie**, que resulta más biológica en su tonalidad, pero ambas son alusivas a una línea de descendencia monofilética, o sea que cuenta con un antepasado primordial compartido, generalmente hazañoso o destacado al que el poder representado por el rey o el señor ha conferido la honra de otorgarle una distinción, por la que la simple sucesión familiar se transforma en una Casa, en la acepción de *"descendencia o linaje que tiene un mismo apellido y viene del mismo origen*[1]*"* .

Más precisamente, se entiende como tal una diferenciación social del mecanismo normal de sucesión humana –esencialmente simbólica– pues se caracteriza por una autoconciencia por parte de sus protagonistas, e impostada a la sociedad toda, de tal distinción experimentada por líneas genéticas particulares y que así resulta aceptada socialmente. Uno o más apellidos distinguen nominalmente a las estirpes y las mismas –en tanto se mantengan como tales– suelen ser celosas de su diferenciación. El ámbito específico de una estirpe fue durante mucho tiempo una posesión territorial, concepto que solía expresar la preposición "de" antecediendo al nombre de la distinción dinástica, generalmente un topónimo. También se requiere un apoyo heráldico: un escudo propio.

Como el mecanismo básico de la reproducción humana es exogámico, las estirpes se sostienen sorteando con habilidad un permanente estado de conflicto diferenciador, comportamiento que se basa en la validación y resalte de otras estirpes paralelas en jerarquía, o capaces de llegar a ser compatibles entre sí por medio de arreglos familiares y sociales, realizados en busca de un fin último: la provisión de pareja reproductiva –es decir–, de perduración generacional asegurada a sus miembros jóvenes dentro del marco restringido de la diferenciación de casta o estirpe, compatibilizando a ese proceso necesario con la esencia de la sociedad estamentaria presente y futura.

En una sociedad de tal naturaleza, las alianzas matrimoniales constituyeron el fundamento de la existencia de estratos diferenciales y de un seguro para su continuidad temporal. Además, desde el punto de vista económico se han creado mecanismos colaterales de contención para la natural dispersión de los patrimonios, la que se podría producir cuando hubiera más de un hijo por generación, o si se procediera a un reparto ecuánime de los bienes entre ellos, particularmente del patrimonio territorial.

Como veremos, esto último, la continuidad de la posesión territorial entraña la base de la institución del **mayorazgo**, es decir de la herencia diferencial a favor del primogénito, en general con el agregado de que debe ser varón y está obligado a permanecer ligado de por vida al legado recibido[2] .

---

1 **Diccionario de la Lengua Española** (vigésima primera edición, Madrid, 1992) Corresponde a la sexta acepción de **casa.**

2 En el ordenamiento monárquico era esencial la existencia de la institución de los mayorazgos, ya que consolidaban y mantenían la vigencia temporal de los linajes. Así lo entendió Enrique II de Castilla al tratar de consolidar con mercedes reales bien documentadas la legitimidad de las estirpes nobiliarias y de los conse-

Si bien el concepto mismo de "nobleza" se basa en la distinción de estirpes que aspiran a *"ejercer plenitud de poder social"* (Suárez Fernández, 2005: 13) y a diferenciarse como un espacio social privilegiado y fuente necesaria de toda forma de poder, particularmente el sistema monárquico y el de los grandes señoríos, los conceptos de nobleza y de estirpe no son equivalentes, pues incluso existiendo una nobleza bien delimitada, la misma debe convivir con oligarquías ciudadanas de diverso origen, con tendencias más o menos acentuadas a generar sistemas de linajes de la misma índole de los que caracterizan a la nobleza.

Generalmente la existencia de estratos nobiliarios como lo son sucesivamente y de mayor a menor, los "grandes" del reino, la alta y la baja nobleza forman parte de la institucionalización y de la progresiva transformación asimiladora de esas tendencias en la posesión y usufructo del poder, y lo hacen siguiendo las pautas de legitimación a través de la historia, en general coparticipadas con instituciones o vigencias teocráticas.

Como corolario de estas consideraciones, la concepción de nobleza, de origen remotísimo en la historia humana, es una categoría social contingente, con amplias variantes temporales y geográficas. El siglo XVIII ha sido por excelencia un período decisivo en relación con la concepción y la regulación de la participación social de la nobleza. Se inició el siglo con una vigencia nobiliaria indiscutible aunque con un recorte progresivo de fueros y atribuciones que ya venía del siglo precedente, y en el último tercio del mismo ya eran corrientes las postulaciones devaluadoras y los movimientos igualitarios, aunque en España sólo se manifestaron con actitudes individuales, especulaciones intelectuales e incluso literarias[3] . Por eso, los críticos mayores de la nobleza en el curso de las Luces hispanas actuaron –no como antagonistas totales– sino como expositores de sus falacias y defectos, y no han sido radicales políticos ni revolucionarios turbulentos, como por el contrario sucediera en Francia con los *philosophes* y con los revolucionarios de 1789.

Además, debe destacarse que los mencionados críticos no surgieron del estrato burgués sino del propio seno de la nobleza, como se dio por ejemplo, en los casos de José de Cadalso [1741-1782] y de Gaspar Melchor de Jovellanos [1744-1811], y en algunos casos como el de Cabarrús, asumiendo cierta violencia. Estas posiciones nunca llegaron a constituir una tendencia dominante, ni siquiera masiva y su forma de pensamiento se desarrolló con un todavía subsistente y muy vivo sentido de valoración positiva del ascenso estamentario, de la cual son buenos ejemplos en la España del siglo XVIII, los generosamente otorgados ennoblecimientos, algunos de alta jerarquía, mediante merced real a hidalgos menores y a burgueses, como fueron los casos prototípicos del hidalgo tradicional asturiano Pedro Rodríguez, elevado a conde de Campomanes [1723-1802], del burgués de Aragón, Manuel de Roda y Arrieta [1708-1782] y de Miguel de Múzquiz [1719-1785],originario de Navarra, en el valle de Baztán, en Navarra, fue Secretario de Hacienda y honrado con el título de conde de Gausa, (Roberto Fernández Díaz, 2002: 184).

En forma parecida, en la familia de los Azara se experimentó el ascenso al marquesado (aunque con un título extranjero en origen, pero que contaba con vigencia europea y con la plena –y hasta muy ávida– aceptación familiar y comarcal) de la rama de José Nicolás de Azara y Perera, Francisco Antonio y Agustín de Azara y Mata, marqueses de Nibbiano I, II y III, respectivamente.

Si hubo en España del siglo XVIII una reacción bien definida contra la conformación estamentaria de la sociedad, la misma surgió del propio seno del estrato alto y de sectores de la burguesía ya afirmados sólidamente, pero tuvo pronto eco por parte del despotismo ilustrado, que percibió los riesgos concomitantes, con la fineza de reacción de Carlos III y sus principales ministros, ante las nuevas apreturas sociales, cuando procedieron a desarrollar en forma tímida y gradual una política a la que Fernández Díaz (2002: 227) irónicamente denominara de "desmoche de hidalgos", nos dice ese autor:

"Pese a que Carlos III no estaba por la labor de acabar con la existencia del bloque social dominante formado por la aristocracia y la alta clerecía, a pesar de no ser un monarca antinobiliario ni mucho menos anticlerical, lo que sí tenía claro tras su propia experiencia italiana, era la necesidad de acometer algunos cambios

cuentes mayorazgos, asegurando a la vez, que si se llegaran a extinguir las "casas" los bienes en juego (es decir, las tierras) retornarían al patrimonio del soberano.

3 Esta tendencia existió desde el comienzo del siglo, pero en forma muy sigilosa y vinculada con la literatura de cordel, con impresos clandestinos y manuscritos que circularon pero permanecieron inéditos. Iris M. Zavala (1978) analiza detenidamente ese proceso de desgaste de las vigencias estamentales y muestra cómo en el siglo XVII, ya la sátira y los pasquines muy difundidos se habían ensañado con Carlos II, con un gran descontento popular por su mal gobierno, situación que se vería agravada por años de catástrofes, de hambrunas y de pestes. Si bien esas reacciones pueden calificarse de moderadas y fueron parcialmente atenuadas por el cambio dinástico, indicaban una tendencia irreversible que culminó cuando, desde el propio seno del estamento nobiliario, surgieron, y ya en época de las Luces, voces en contra de la irritante desigualdad que significaba ese ordenamiento social. Pero esta reacción era siempre minoritaria y no trascendió a las grandes masas hasta el siglo XIX.

en ambos estamentos. En el caso de la nobleza, Carlos no quiso tocar nunca las bases económicas de su preeminencia social. Los señoríos nobiliarios, que tan pródigamente se habían creado en tiempos pretéritos, subsistieron intocados. Las quejas existentes sobre la ociosidad de los primogénitos de la nobleza y la injusticia que suponía el sistema para los secundones, no ocasionaron un ataque frontal hacia los mayorazgos. A lo sumo y en la tardía fecha de 1789, año de la muerte del rey, Floridablanca trató de dificultar la formación de mayorazgos "cortos" al decretar que sólo podían formarse los que pudieran tener más de 3.000 ducados de renta. Incluso, la tímida recuperación de las rentas del Estado (alcabalas) que estaban en manos de los señores, iniciada por Esquilache, fue paralizada después del comportamiento opositor de una parte de la nobleza en los acontecimientos de 1766."

El verdadero deseo del conservador rey ilustrado era capacitar y alentar a una nobleza bien preparada para afrontar con realismo y eficiencia los tiempos que corrían. En su concepto central del gobierno, estaba implícita la necesidad de una aristocracia con un concepto dignificado de su posición de elite colaboradora cercana de la conducción regalista de los destinos de la nación. La Orden de Carlos III, destinada a premiar el mérito de los fieles y eficientes servidores del reino formó parte del reforzamiento de esa idea.

Estas medidas se complementaron con el mencionado desmoche de hidalgos, un equivalente a la depuración de las estirpes, como lo relata Fernández Díaz (2002: 228):

"Y, en 1760 y 1784, se dieron instrucciones para probar adecuadamente la hidalguía, lo que produjo un verdadero desmoche de hidalgos: si comparamos los censos de 1768 y 1787, la cifra de hidalgos disminuyó en una tercera parte al pasar de 722.000 a 480.000, aproximadamente, afectando en especial a las provincias del Norte, donde casi todo el mundo se tenía por hidalgo sin prueba alguna. Mientras tanto, los titulados aumentaron en número y rentas y los caballeros[4] se mantuvieron estables."

Las propias Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, de las que trataremos detenidamente más adelante, significaron una profunda entrada de la realidad operativa central de la política ilustrada irrumpiendo en el corazón de la sociedad estamentaria: si bien el predominio nobiliario en las mismas fue casi siempre muy definido, fue por un lado una invasión conjunta con la burguesía más elevada y progresista de un área antes reservada a las clases más altas de la sociedad española; y por otro, el desarrollo de un ideario de alta incidencia en el campo de la historia de las mentalidades, que era esencialmente no estamentario y que tendía a revalorizar campos de la actividad humana en los que hasta entonces habían prevalecido posiciones nobiliarias, entre las que cabe citar el rechazo del trabajo manual, del comercio y de las actividades prácticas de la sociedad, tales como las formación profesional y la docencia. Refiriéndose a la Matritense, entre las Sociedades Económicas, Aguilar Piñal (2007: 161), siguiendo a Negrín Fajardo (1987), dice que el estudio de ella:

"...permite comprobar que sus intereses no eran tanto culturales como económicos, de expansión capitalista y objetivos claramente burgueses".

Como conclusión de este somero relato podemos agregar que para los efectos prácticos de la vida política del reino, para la irritación de los que los contemplaban, y para escarnio del concepto de igualdad que, aunque aún en términos muy amplios y sólo aproximativos, ya afloraba como inevitable contagio de los philosophes franceses, de los voceros de la monarquía parlamentaria inglesa y de las nuevas doctrinas económicas europeas, lo peor era la nobleza del dinero y de la holganza, que era exhibicionista y despectiva –incluso parte de ella espuria por advenediza ya que habían comprado títulos– y hacia ellos se comenzaba a desencadenar una animadversión que, ya hacia 1743, se volcara en los irónicos versos de Francisco de Benamesí, un poeta madrileño cuando expresaba el estado de ánimo generalizado contra ese creciente y espurio sector del estamento nobiliario, en estas dos estrofas de un poema mayor, transcriptos de Iris Zavala (1978: 239):

"Hartos títulos miramos,
Hartos estamos de ellos;
que en Madrid se miran hartos,
pero nunca satisfechos.

"No hay monte, flor apellido,
Mar, ni río, ni riachuelo,
Que no haya servido para
los títulos que tenemos…

"¡Ira de Dios! Y ¡qué plaga!"

Hacía un año apenas que Félix de Azara había venido al mundo, a un complejo y denso mundo cultural, sensible y pensante, pero también, ¡a ese mundo de las estrofas de arriba! Y en el mismo debía desenvolver su vida. Aunque sin llegar a entenderlo por completo en su complejidad sistémica y, con todas sus componentes hasta que –aunque más no fuera en sus rasgos más esclarecidos y nobles y también en los más crudos y problemáticos–, menos le entenderemos a él…

UNA ESTIRPE

El concepto de estirpe es tratado lúcida y holgadamente por Faustino Menéndez Pidal (2003), en

4 **Caballeros**: término utilizado en la acepción de miembros de las órdenes de Caballería reconocidas de España.

particular en la España dieciochesca y en cuanto a su relación con el llamado Antiguo Régimen, al que podemos referir, según la definición de Chris Cook (1990: 28), como la situación político-social imperante en Europa antes de la Revolución Francesa de 1789, caracterizada por la monarquía absoluta y la sociedad rígidamente estratificada en estamentos: la nobleza y la aristocracia (con sus distinciones internas), la iglesia y el tercer estado o estado llano. Una estructuración típica de la sociedad, que en España se mantuvo prácticamente inalterada, por lo menos hasta la invasión napoleónica, en 1808.

La noción misma de ascenso social no tenía carácter individual sino que iba unida al afianzamiento de la conciencia de linaje o estirpe en lo individual y de estamento en lo social, por parte de sus protagonistas. Se trataba de transferir, a partir de una situación social heredada, otra superior a sus descendientes. La realeza, como ente supremo de la sociedad estamentaria, era la única instancia capaz de dar lugar a ese proceso en forma compatible con la continuidad del régimen[5] .

Sin embargo, en el siglo XVIII ya se manifestaba claramente el factor competitivo y con tendencia a independizarse con entidad propia, protagonizado por la burguesía en ascenso desde hacía dos siglos. La generosidad en los nombramientos y en la apertura de oportunidades para la aparición de nuevas estirpes –incluso en estratos no nobiliarios– por parte de la dinastía borbónica, instalada en España efectivamente desde 1715, tendió después de la remoción provocada por la guerra de Sucesión, a atenuar el profundo conflicto latente ya desde el siglo anterior en la confrontación de la estratificación clásica, con esa impetuosa ansia ascendente de la burguesía.

Faustino Menéndez Pidal (2003a: 12) dice con respecto al significado y las características de una estirpe:

"Ese algo que precede y sobrevive al individuo es el linaje, concepto en parte sutil, pues su acepción de mayor calado comprende bastante más que la sola filiación o sucesión meramente genealógica. El linaje se ha definido como "un conjunto de bienes, tanto materiales como inmateriales que se perpetúa mediante la transmisión de su nombre, de su fortuna y sus títulos por vía real o imaginaria". Hay dos componentes o valores en esos patrimonios: espiritual y material, trabados e inseparables, como corresponde a la naturaleza humana. Destacaremos la primordial trascendencia del primero: son precisamente estos valores espirituales, unidos a algo tangible de muy diversa entidad, los que dan consistencia a la idea de linaje. La idea nace de la conciencia de un patrimonio común, de derechos, de honra y de prestigio: la percepción será pues tanto más definida y fuerte, cuanto mayor entidad tenga ese patrimonio. Después vendrán los signos que manifiestan la existencia de la comunidad: el escudo de armas y el apellido que se integran en el patrimonio".

En relación con el concepto de linaje, al que el autor precedentemente citado (Faustino Menéndez Pidal, 2003b: 49) dice que si hay algo "que precede y sobrevive al individuo es el linaje", el mismo ha sufrido variantes históricas sensibles altamente dependientes del signo de los tiempos. Fue progresivamente cambiante entre los Caballeros Templarios; en los miembros de órdenes nobiliarias como las de Calatrava, la de Alcántara, la Militar de Santiago, la de la Montesa. El linaje subsistió, aunque no tal como se presentaba en la época de la caballería, con los casi míticos caballeros andantes, históricamente precedidos por el **Amadís de Gaula**, hasta culminar con el protagonista máximo de las letras españolas, el **Don Quijote** de Cervantes. Por más que siempre se ha tendido a volcar sobre el devenir histórico un tipo idealizado de figura exaltada, hazañosa y sacrificada, prominente y destacada dentro de un horizonte general de su clase más chato y rutinario.

Se trata en general de formas supuestamente ejemplares en el ejercicio del "señorío", un producto de las estirpes, las que por medio de ese instrumento tendieron a hacer más fuerte la imagen de los linajes vinculándolos a una tarea en alguna forma "misional", e impregnando a la sociedad en general en una valoración positiva de lo que representaban mediante la exégesis trovadoresca, del romancero y de la novela de caballería[6] .

---

5 Dice al respecto José María Vallejo García-Hevia (2003: 31), caracterizando la posición que sustentara don Pedro Rodríguez de Campomanes, conde de Campomanes [1723-1803], tanto en su actuación política como en su pensamiento escrito: *"Campomanes en sus obras impresas y en sus alegatos fiscales manuscritos, no cuestionó la existencia de la sociedad estamental, ni propuso la igualdad de riqueza y bienes materiales entre sus individuos. Ya en su temprano* **Bosquejo de política económica española** *(1750) sostenía que la sociedad tenía su principal apoyo, precisamente, en la desigualdad, que si faltaba provocaba irremisiblemente la anarquía y la barbarie. La desigualdad de riqueza tenía, eso sí, un límite necesario: debía ser proporcionada, para evitar que la mayor parte de los vasallos del Reino se convirtiesen en míseros colonos, dependientes de unos pocos señores. De ahí que, a su juicio, una de las obligaciones que las leyes imponían a los reyes fuese la de vigilar que hubiese un equilibrio proporcionado y no igualitario, en la posesión de los bienes entre los diferentes estamentos".*

Lo anterior viene al caso para desentrañar las vigencias que sostenían a la sociedad dieciochesca en su estructura no igualitaria. Analizando cuidadosamente la historia de las ideas en la España de ese siglo, se comprueba que no existen variaciones políticas o doctrinarias que no sean de tonalidad menor en la acepta-

Un concepto resaltante entre los varios vinculados con el tema de fondo de las estirpes y los linajes es el de la hidalguía. El de **hidalgo**, definido por el **Diccionario de la Lengua Española** (1992) en su primera acepción como *"persona que por su sangre es de una clase noble y distinguida"*, es una especie de fórmula léxica transaccional para el permanente estado conflictivo entre los estamentos, que por razones humanas, psicológicas y volitivas –e incluso demográficas y económicas– no pudieron mantener la rigidez secular como para concretar un sistema de castas cerradas, que sólo podría haberse instaurado con un respaldo teológico-dogmatico que el catolicismo, por su propia naturaleza, no podía brindar, a pesar de lo involucrado que estaba con el sistema estamental. Se podía no ser noble, pero sí se debía ser hidalgo.

Un infanzón aragonés de menor cuantía, solía tener más de hidalgo que de noble, en especial cuando se deterioraba su señorío, es decir su círculo de dominio económico y social, como sucedió en el antiguo reino de Aragón durante e inmediatamente después de la guerra de Sucesión[7]. Inversamente, la noción de hidalgo, que estaba cargada de una connotación temporal de muchas generaciones, mal podía ser invocada por quienes detentaban una condición nobiliaria reciente.

Al respecto de la ubicación social de los hidalgos nos dice Pérez Estévez (2002: 19):

> *"En la base de la pirámide* [nobiliaria] *se situaban los hidalgos, título muy apetecido porque esa situación confería privilegios sociales, penales y financieros propios de la nobleza. Los había de sangre, servicio y también de gotera, aunque estos últimos eran únicamente reconocidos como nobles en su lugar de origen o en su propio pueblo*

Como ya dijimos, uno de los factores que amenazaba y generaba conflictos marcadamente en la integridad de los patrimonios y la continuidad de las estirpes dominantes, era la permanente ingresión de sangre nueva a los troncos familiares, debido a los matrimonios, en especial de aquéllos que involucraban a la descendencia femenina y también aquéllos que sobrevenían en los casos de situaciones de viudez por muerte del mayorazgo masculino. Por eso

> *"...las clases dirigentes introducirán varios elementos correctores en un sistema de transmisión de la propiedad que perjudica notablemente la perpetuación y reproducción del poder económico y social del tipo patrilineal y no les deja más salida posible que la constitución de alianzas entre varios núcleos de familias mediante la estrategia matrimonial como llave del mecanismo corrector. Una estrategia matrimonial que tenderá a reproducir los grupos de poder formados por varias familias unidas por intereses comunes y que practicarán una endogamia social profunda mediante la transgresión de las normas del derecho canónico. Pero, la mujer, mediante su capacidad para disgregar y diluir el patrimonio familiar de origen, y por lo tanto, la base de cualquier poder, dificultará la línea de actuación patrilineal..."* (Chacón Jiménez, 1987: 31).

El análisis detallado de la documentación notarial de la época, muestra que las fluctuaciones en el seno de las familias, reguladas por muertes y nacimientos, se reflejan en las alianzas y las variadas respuestas a la descomposición y recomposición de los patrimonios. Estos casos fueron de uso corriente y la progenie de los Azara no escapó a esta regla. A pesar de estas complicaciones, que eran fruto de las azarosas formas del relacionamiento humano, a las que nunca se pudo constreñir totalmente por las conveniencias familiares o de estirpe, el sistema de los mayorazgos se sostenía debido a la necesidad de los mismos para la estructura de poder de la realeza pues, como lo hace notar Valdeón Baruque (1968), era esa concepción institucionalizada la que estabilizaba, aseguraba y sostenía los linajes tanto de la alta como de la baja nobleza ya que –como lo señaláramos precedentemente– desde los tiempos de Enrique I de Castilla, si alguna estirpe se extinguía, el patrimonio –en especial el territorial– retornaba al dominio real. (Sempere y Guarinos, 1990).

---

ción de esta forma de realidad social, que recién en el siglo XIX sería desplazada por otro paradigma conceptual iniciado fundamentalmente por la generación denominada doceañista y agrupada en torno a la Constitución sancionada por las Cortes de Cádiz en 1812.

6 Esta exaltación llegó a ser, en gran medida, retroalimentada por la imagen difundida por el trovador, el romancero y el novelista épico. Por esa causa Fernández Suárez (2005: 13) cita a Martín de Riquer, en su obra **Caballeros andantes españoles** (Madrid, 1967), cuando afirma que si bien *"…la novela caballeresca refleja una auténtica realidad social sin desfigurarla"*, al mismo tiempo, *"…los caballeros reales e históricos estaban, a su vez, intoxicados de literatura"*

7 La Guerra de Sucesión, con la que se inicia el siglo XVIII en España, constituye otro de los que **denominamos antes pliegues de paso** en el desarrollo histórico de la sociedad estamentaria, sumándose sus efectos sobre la misma y en especial en Aragón, a la "revolución de 1366" producida con el arribo de la dinastía de los Trastámara al poder real; a las eufemísticamente llamadas "agitaciones" locales de 1591", bajo el reinado de Felipe II (Jesús Gascón Pérez, 1990); y a la inmensa e irreversible revulsión social de la Guerra de la Independencia a partir de 1808. Terminada la contienda en 1814 con la reasunción del trono por el absolutismo, encarnado por Fernando VII, ya las vigencias eran otras y la división estamentaria sobrevivía cada vez con menor peso en el devenir político y social, a pesar de los efímeros intentos restauradores del siglo XIX.

Otro caso difícil para la continuidad del sistema estuvo dado por la creación de nuevos mayorazgos, política que, de verse facilitada, podía llevar al ordenamiento social estamentario a situaciones de desequilibrio riesgoso, contándose entre las mismas la traba cada vez mayor para la producción agropecuaria, cuyo eje central significaban las "tierras muertas" por la tenencia nobiliaria (que se sumaba a la eclesiástica) de enormes espacios eventualmente productivos o –por el contrario– tendían a particionar cada vez más el territorio y generaban adicionalmente nuevos brazos ociosos. Por esa razón (Enrique Gacto, 1987: 54), recuerda que

"Carlos III impuso la necesidad de previa licencia real para la fundación de mayorazgos, cualquiera que fuese la procedencia de los bienes sobre los que se pretendiera su constitución, para limitar así "los males que dimanan de la facilidad que ha habido en vincular toda clase de bienes perpetuamente, abusando de la permisión de las leyes, y fomentando la ociosidad y [la] *soberbia de los poseedores de pequeños vínculos o patronatos."*

Tal fue la persistencia en la intrahistoria española del tipo de sociedad que estamos tratando, que ni siquiera se puede disociar ese esquema fundamental de los sucesos desencadenados a partir de 1808, cuando se constituyeron las Juntas resultantes del levantamiento popular contra los invasores franceses. Dice al respecto Antonio Moliner Prada (2006):

"...aunque las nuevas instituciones creadas la conformen en su mayoría los miembros de las elites locales y provinciales y no directamente el pueblo. La sociedad se concibe según el imaginario del antiguo régimen, es decir, el de los estamentos, de ahí que todos ellos estén representados en las Juntas y se recurrió a instituciones tradicionales como la Junta General del Principado de Asturias, las Cortes en Aragón y en Galicia."

Históricamente, la sociedad estamentaria clásica culmina en los siglos XVII y XVIII, cuando los valores de sostén se tornan más abstractos, en la medida en que las constricciones familiares y sociales basadas en los mismos se van atenuando:

"...la concreción más generalizada del patrimonio de valores que acumula un linaje es la hidalguía, infanzonía o nobleza. A su alrededor gravitan entonces, como en un sistema planetario, todos los demás, desde la posesión de un mayorazgo hasta el ejercicio de honrosos cargos de gobierno, sea en el reducido ámbito local, sea en las instituciones de la administración pública. La grandísima cantidad de testimonios de toda clase que existen acerca de la hidalguía constituyen una inagotable fuente para el análisis...(...)...Como punto de partida, hemos de aceptar la profunda diversidad existente de unas regiones a otras en la aplicación práctica de los conceptos de nobleza e hidalguía y sus variantes aragonesas, catalanas, etc., que siempre aparecen algo borrosos en los estratos inferiores..." (F. Menéndez Pidal, 2003b: 51-52).

Pero, esta culminación histórica tiene en la Europa central de los siglos XVII a XIX, formas nacionales particulares muy bien diferenciadas. Mientras que en Francia, en el tercio final del siglo XVIII la sociedad estamentaria se desmorona sangrientamente y con terribles convulsiones, en España

"...la clase señorial no sólo había mantenido su poder, sino que, pieza decisiva en el edificio social, había conservado también su posición en el seno de una estructura que contribuiría decisivamente a apuntalar, siempre que se cumplieran las reglas básicas del juego político y social favorables a ella..." (Yun Casalilla, 1995).

Y en España esas reglas nunca dejaron de cumplirse desde Felipe V hasta Carlos III, y eso aseguró una larga inercia de pervivencia institucional monárquica y nobiliaria, que si bien pudo superar las torpezas de Carlos IV y las improvisaciones del valido Manuel Godoy, fue incapaz de sustraerse a las consecuencias de la invasión napoleónica, ya en el siglo XIX. Llegándose así, a pesar de la "restauración" absolutista de Fernando VII, a desembocar en un cambio social paradigmático e insuperable para el ethos regalista dieciochesco, expresado precursora y tímidamente por las Cortes de 1812 y por el Trienio Liberal de 1820 a 1823, y definido terminalmente con la muerte de Fernando VII en 1833, cuando ya el cambio se radicalizara a través de los vaivenes de la regencia y del ministerio de Julián Álvarez de Mendizábal [1790-1853].

Si retornamos a la consideración de la estirpe de los Azara, podemos descubrir, a través de ella, un típico comportamiento en el que se revela cómo las convulsiones históricas, el incremento demográfico, la concentración urbana creciente de la población, la revolución tecnológica y en el arte de la guerra, y las nuevas ideas ilustradas europeas, las que se infiltraban aún a pesar de la rigidez del esquema estructural de la sociedad estamentaria, coaccionaron a las estirpes menores y rurales aragonesas, que a través de dos siglos y medio pasaron, con exaltaciones y decaimientos pasajeros, hacia la aceptación de un nuevo ordenamiento, que primero los sorprendiera y provocara ocasionales recidivas exaltadas de las antiguas vigencias (ya en pleno siglo XIX), y finalmente, les depararía una inmersión silenciosa en medio de la nueva sociedad española, la que se instaló ya promediado el siglo XIX, dolorosamente gestada, en el que la supervivencia de los aspectos más simbólicos del antiguo posicionamiento, ya no fueron más que persistencias grupales y sensiblemente relictuales, destinadas a diluirse finalmente en el masificado siglo XX terminal.

Ya hemos enunciado las características del desarrollo socio-histórico divergente, que a partir aproximadamente del milenio, y siguiendo los avatares de la reconquista del territorio peninsular, originara –exclu-

yendo expresamente el sector galaico-lusitano, que no viene al caso que estamos tratando– dos modalidades de organización del espacio y dos modos de encarar la sociedad estamental: una de irradiación castellana (tal vez en cierta forma navarro-castellana-leonesa-extremeña-andaluza) y otra aragonesa-catalana-valenciana. Justamente esta distinción es la que marca los rasgos diferenciales del infanzonado aragonés con el de la hidalguía rural asturiana. El caso de los Azara-Perera en Aragón, con linajes mucho más cerrados, se distingue del desempeño más laxo y socialmente extendido de los Campomanes, por ejemplo, que se dio en Asturias y en forma muy similar también en Extremadura (la familia de la esposa de Campomanes, doña Manuela de Amarilla y Amaya, era de Alburquerque), como lo describe en detalle Faustino Menéndez Pidal (2003b: 56-57), procedentes ambos de hidalguías de antiguo arraigo pero de relativamente escaso patrimonio.

En el reino de Valencia se dio un fenómeno social particular con los llamados "generosos", una condición estamentaria que estaba ya en sus postrimerías por asimilación de sus partícipes a la burguesía, a mediados del siglo XVIII. El humanista precursor de la Ilustración que fuera Antonio Mayans y Síscar [1699-1781], fue uno de los que reivindicó para sí y los suyos, ya un poco extemporáneamente, esa condición que había recibido por herencia familiar, motivando las ironías del célebre padre Isla[8] , quien en su **Fray Gerundio de Campazas** (1758-1770) se burló de tal forma de ostentación. Al respecto François Lopes (1999: 98), dice, citando en su texto a M. Masramón y Calatayud (1788):

"Sin embargo, los "generosos" de Valencia eran miembros de la pequeña nobleza, y su condición se correspondía más o menos con la de los hidalgos castellanos llamados "de sangre y solar conocido". En Francia Mayáns habría pertenecido a la clase de burguesía que vivió de las rentas de la tierra. En España, y más concretamente en Valencia, su condición era la de un hidalgüelo, de un gentilhombre de campo que administraba personalmente sus posesiones y obtenía de ellas su buenos beneficios."

La sociedad aragonesa, en especial la de la baja nobleza y del infanzonazgo rural, se estructuró de acuerdo con las modalidades del reino de Aragón y estuvo sujeta a las presiones de las cuestiones económicas y de los acontecimientos institucionales y políticos particulares de la región, cuyo origen remonta muy atrás, pero que por razones de exposición –debido al mayor esclarecimiento histórico de las fuentes documentales, pues más atrás de esta fecha es muy difícil seguir a la mayoría de los linajes con entera confiabilidad– lo podemos considerar a partir del final del reinado de la casa de los Trastámara[9] , en el temprano siglo XVI. En la segunda década del mencionado siglo se consuma la expulsión de los moriscos[10] , despojando a la sociedad organizada de mano de obra rural, servidumbre, artesanos, comerciantes, cultivadores, arrendatarios, trajinantes, en una proporción variable en cada comarca, en cada paraje, pero abarcando un alto porcentaje demográfico en muchos de los casos, como sucediera, por ejemplo en el reino de Valencia[11]

8 Isla: Se trata del jesuita español José Francisco de Isla y Rojo, nacido en Vidanes en 1703 y fallecido en Bolonia, en 1781, en el destierro ulterior a la expulsión de su Orden, en 1767. El título completo de su obra es: **Historia del famoso Predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes**, y apareció entre 1758 y 1770, firmada con el seudónimo de Francisco Lobón de Salazar. Se trata de una obra polimorfa, de sátira de costumbres, de crítica de su tiempo y de alusiones maliciosas, con manifiesto parentesco con la literatura picaresca del siglo de Oro español. Tuvo enorme repercusión en su época. Además fue el traductor al español de la célebre obra **Gil Blas de Santillana** del francés Alain René Lesage, [1668-1747] y también autor de **Cartas de Juan de la Encina** y de **Cartas familiares**.

9 **Trastámara**: La Casa de los Tratámara fue una dinastía de reyes españoles, primero de los reinos separados y desde el siglo XV definitivamente de la Península unificada (o de la idea motriz de la misma). Tuvo vigencia desde con 1369, Enrique I de Castilla y culminó en 1516 con el reinado de Juana "la Loca", hija de los Reyes Católicos Fernando e Isabel y madre del futuro Carlos I. Estaba casada con Felipe el Hermoso. Entre 1504 y 1506 hubo un breve intervalo de incertidumbre dinástica. La llamada "revolución Trastámara", que no es otra que la que ya vimos de 1369, desde el inicio favoreció a la vieja nobleza rural versus el poder real, que Pedro I de Castilla había dejado deteriorado con su locura. "*Sucumbieron así, con pocas excepciones, los linajes "antiguos" que se remontaban al siglo XII"* (Suárez Fernández, 2003: 12). Los Trastámara derivaban colateralmente de la antigua dinastía de los Borgoña y surgieron en el condado de Trastámara del noroeste de Galicia, y deriva su denominación de "Tras Tamaris" (Tamaris: antiguo nombre del río Tambre).

10 Un hecho que, más allá de sus connotaciones morales y humanas (racismo de Estado, injusticia, como postula Rodrigo de Zayas, 2006), geopolíticas (relación con la fluctuación del poderío otomano en el sudeste de Europa y en la vecina Turquía), y de política interior (Julio Caro Baroja, 1986), lo que nos interesa aquí, debido a la enorme repercusión que tuvo sobre la estructura estamentaria de la sociedad, en especial en los casos de Aragón y de Valencia.

11 En el antiguo reino de Valencia, sobre un total de 96.731 familias existentes, se perdieron entre 1609-1616, con motivo de la expulsión de los moriscos, un número tan elevado de ellas, como que comprendía 31.715 familias, de acuerdo con Sancho de Moncada, como lo refiere James Casey (1981: 224).

(Casey, 1982) o en el de Aragón[12] (Labaña, 2006)[13].

Es posible –y más de una de las fuentes consultadas lo consigna– que la desaparición de la mano de obra mayoritaria, consumada con los moriscos expulsados, significaba el menoscabo o la ruina de un sector entero de la sociedad, y para colmo, de uno económica y laboralmente hasta entonces muy activo[14], haya modificado drásticamente las formas de vida tradicionales de los infanzones rurales, que previamente eran predominantemente productores y vivían de la renta del trabajo agrícola. El resultado fue que algunos de los antiguos señores menores rurales pasaron al bandidaje y al contrabando –situación favorecida en Aragón por la cercanía de la frontera francesa– acomodándose a las nuevas modalidades y estructuras de una sociedad local, a veces turbulenta como la que describe, al seguir la historia de la estirpe de los Bardaxí del Somontano, Severino Pallaruelo Campo (2002) y, paralelamente a la cual, la burguesía se encontraba en pleno ascenso, brindando un nuevo espectro de posibilidades de inserción social y económica al estamento nobiliario más bajo.

Por su parte, también la compleja máquina administrativa estatal se ampliaba, se hacía cada vez más compleja, y se abría a la entrada de un cada vez más abarcativo sector de la baja nobleza a cargos rentados en la administración del reino y en los círculos cortesanos.

EL CASO DE LOS AZARA

Julio Brioso y Mayral (1987) ha exagerado la importancia y significación de esta familia de la que nos ocupamos. Bastaría para comprender cuán magnificada aparece la historia política del linaje de los infanzones Azara de Barnuñales, conocer a fondo el papel histórico del conde de Aranda para ver que –en el mejor de los casos– la trascendencia europea de la acción del único miembro familiar activo en esos niveles, se restringe a don José Nicolás de Azara. Pero, está bien claro que para comprender la acción de este último es necesario considerar y valorar la compleja y bien orquestada acción del Partido Aragonés en la consolidación de la España regalista y en proceso de reforma ilustrada de Carlos III. Ya no es cuestión de linajes particulares sino la pervivencia de las fuertes y arraigadas estructuras de régimen foral del antiguo reino de Aragón, que tuvo una especial oportunidad para proyectar a esos hombres –realmente, a más de media docena de ellos– a un inesperado protagonismo que no duró mucho más allá de 1776-1778. Si después perdura solitaria la figura de José Nicolás en Roma primero y en París después es por la fuerza de su personalidad y cualidades, y porque prácticamente no tiene substitutos en el espectro diplomático-político y humano del reino, todo ello muy lejos de la condición de su linaje. Decía el autor que comentamos:

---

12 Juan Bautista Labaña, quien era Cronista y Cartógrafo Mayor de Portugal, recorrió el Reino de Aragón en los últimos meses de 1610 y los primeros del siguiente 1611, brinda de primera mano datos puntuales pero muy valiosos acerca del despoblamiento de algunas localidades aragonesas, por ejemplo, en Borja, la que *"tiene casi 800 casas, de ellas se fueron 300 de moriscos que aquí vivían"*; en Zuera, *"tuvo 600 vecinos, actualmente* [tiene] *250"*. La obra de Labaña fue impresa en 1620, y existe un reedición facsimilar de 2006, las citas corresponden respectivamente a las páginas 142 y 138 de dicha obra.

13 El tema de los moriscos en la España desde la toma de Granada por los Reyes Católicos en 1492, hasta su expulsión definitiva entre 1609-1616 es un tema pobremente tratado aún en la historiografía. Suele exhibirse como un acto manifiesto de intolerancia religiosa. Sin embargo, parecen haber existido causas mucho más profundas, pero varios autores han llamado la atención acerca de algunas realidades preocupantes relacionadas con ellos que culminaron con la expulsión, la que no fue un acto súbito y espontáneo. En primer lugar los moriscos persistían en su fe islámica y muy raramente adoptaban –o fingían hacerlo– la religión católica. Además se reproducían con gran fecundidad: *"...como no iban a la guerra ni adoptaban el celibato religioso, empezaban a ahogar a la humanidad española, que en pocos años hubiera sido absorbida"*. dice algo exageradamente Gregorio Marañón (1968: 33-34), agregando que *"A pesar de todo eso, un Carlos V, ni Felipe II, tan intransigentes en materia religiosa, se decidieron a expulsar a un pueblo que tan útil era para la economía del país. Si al fin, en 1609 apareció el decreto de expulsión, fue por razones exclusivamente políticas y contra el parecer de buena parte de los obispos españoles y de la totalidad de las órdenes religiosas. Estas causas fueron la evidente y gravísima inteligencia del pueblo morisco con los gobiernos extranjeros y principalmente con el de Francia. Felipe III no pudo proceder de otro modo. La débil unidad nacional estaba profundamente amenazada por estas conspiraciones. Enrique IV* [Rey de Francia] *lo sabía bien y hubiera llevado adelante su obra a no haber sido expulsados los moriscos de España y a no haber sido él mismo, asesinado el año siguiente... (...)... la interpretación exacta de la expulsión de los morisco, como acto de legítima defensa política y no como acto de fanatismo religioso estaba ya consignada con pruebas documentales en varios libros contemporáneos, como los de Escolano y Bleda, y, sobre todo aparece irrefutablemente refutada por las Memorias del mariscal de La Force, publicadas en 1834. Documentos recientemente hallados en los archivos de Simancas lo confirman de nuevo."*

14 Dice otra vez Gregorio Marañón (1968: 33), a propósito de la significación económica para España de los moriscos que *"Nadie sabía mejor que el rey y los grandes señores, nadie sabía mejor que la Iglesia, la utilidad de los moriscos, pues las inmensas tierras de los aristócratas y de las órdenes religiosas eran cultivadas por ellos de un modo excelente y a bajo precio"*.

"Si hay un linaje altoragonés que ha disfrutado de auténtico prestigio en influencia en los foros internacionales, llegando en ocasiones a ser incluso árbitro de los destinos de Europa, ése es sin duda el de los Azara de Barbuñales, a través de su representante más esclarecido, pero no el único, don José Nicolás de Azara".

Al arribar el siglo XVIII, y en especial tras la Guerra de Sucesión, se desarrolló también con cierta difusión, una forma de vida del infanzonazgo rural que por su estructura básica estaba destinada a ser de corta duración[15] , consistente en la acumulación de rentas (posiblemente algunas provenientes de arriendos o aparcerías rurales), censos, canongías y legados píos, entre otras fuentes. Estaba fuertemente ligada a la Iglesia y cada familia integrante solía estar conectada, mediante una red de parentesco, con los estratos medios y altos del clero, ya sea contando con familiares en conventos, abadías, capítulos catedralicios, cargos docentes y frecuentemente también, en las más altas jerarquías eclesiásticas, como lo eran los obispados y la condición cardenalicia, y tal fue el caso de los Azara de Barbuñales.

Los jefes de familia actuaban duramente en el mantenimiento de los mayorazgos y se concentraban en la administración de las rentas, las que fluctuaban a veces peligrosamente. Con ese objetivo, regulaban los matrimonios, negociaban las dotes, disponían de las carreras de sus hijos orientándolas hacia lo más favorable para el sostenimiento de cada estirpe.

Sirve de ejemplo el caso de don Alejandro de Azara y Loscertales, acerca de cuya vida sabemos tan poco, quien estaba indudablemente muy ligado a su hermano don Mamés de Azara y Loscertales, quien unía significativamente a sus intereses de religioso, los derivados de su pertenencia a una estirpe, como lo demostrara muy cabalmente con sus actos de defensa, sostenimiento y con su contribución a la ampliación del patrimonio territorial de la misma. También actuaba manteniendo un relacionamiento activo con sus parientes más acomodados de Huesca, de Barbastro y de muchas localidades menores del Somontano, actitud que resultó fructífera en cuanto al costeo de los estudios de su sobrino primogénito, por ejemplo, y a la orientación de las carreras de los demás hermanos. Al respecto debemos dejar bien sentado que no era la única vía de relacionamiento eclesiástico de los Azara, que estaban conectados con múltiples ramas de parentesco con notabilidades del clero de Barbastro y de otras comarcas de la región.

Como venimos desarrollándolo, y en razón de la jerarquía del estamento eclesiástico en la estratificación social y a la numerosidad que presentaba en España la suma de frailes de las diversas órdenes y del clero seglar, necesariamente la Iglesia española necesitaba estar lo más íntimamente posible asociada, más aún "entramada", al núcleo primordial de la sucesión y sostenimiento de los linajes. Esta descripción de la vigencia dominante en la época y de su funcionalismo social, resulta notablemente aplicable a la familia Azara.

"Todas las familias ambicionaban tener un eclesiástico en su seno, y los ricos mayorazgos que educaban, o mejor dicho, que no educaban al primogénito para que les sucediera en el disfrute del patrimonio familiar, hacían militar a otro de sus hijos, generalmente al segundo, y eclesiástico al tercero. No solía faltar una capellanía o beneficio **agnaticio**[16] *o* **cognaticio**[17] *, esto es, un mayorazgo espiritual que estimulase más directamente la designación. En las casas medianas y pobres, el hermano o el tío canónigo, cura o beneficiado era el auxiliar nato de sus parientes seglares: él suplía las deficiencias de la bolsa doméstica, y si moría el padre de familia dejando huérfanos, ya se sabía, el cura o canónigo cargaba con los hijos"* (Salcedo Ruíz, 1924: 36).

La noción de estirpe fue muy particular en la generación de los Azara y Perera. Es evidente que todos ellos la detentaron y que la llevaban encarnada en la base de sus personas, sin embargo cada uno de los hermanos que conocemos la expresó a su modo y en permanente actitud dialogante con el signo aceleradamente cambiante de su tiempo. Poco o casi nada sabemos de los hermanos Mateo y Lorenzo, pero se percibe muy bien en Eustaquio, quien viviera con naturalidad su inserción en el privilegio eclesiástico, sin ningún género de exhibición y con un recato digno e impecable socialmente.

Por su parte José Nicolás aceptó, transitó y superó los ámbitos bordeantes –por lo común los más conflictivos– de su condición social, y con su crecimiento en la jerarquía administrativa del Reino y su alejamiento de España en función diplomática, logró elevar su rango en forma casi equiparable a la

15 En efecto, el descalabro del sistema, ya muy menguado, sobrevino –salvada la frustrada intervención sobre los mayorazgos de Carlos IV– con la invasión y ocupación francesa de España (1808-1814), y la ruina final del mismo sobrevino con las renombradas Desamortizaciones del Ministro Álvarez de Mendizábal en la década siguiente a la muerte de Fernando VII.

16 **Agnaticio**: dice el **Diccionario de la Lengua Española**: perteneciente o relativo al **agnado** (dícese así del pariente por consanguineidad, cuando ambos descienden de un tronco común y de varón a varón).

17 **Cognaticio**: recurriendo a la misma fuente que para la nota anterior: perteneciente al parentesco de **cognación**, es decir, al que se da por línea femenina entre los descendientes de un tronco común.

de sus contemporáneos Campomanes y Roda, pero se movió en ámbitos extraños y alcanzó un marquesado de origen foráneo, otorgado por el Ducado de Parma, pero válido en España, al que vivió con tan grande naturalidad que no se percibe en lo que históricamente persiste de él, cambio significativo alguno en su disposición personal y su temperamento, confrontando el antes y el después de la nueva dignidad.

Eso se dio tanto en su posición espiritual como en su trato con terceros, como lo demuestra su correspondencia, que por fortuna, aunque parcialmente (o en gran parte) ha sido expurgada o destruida, ha quedado en gran abundancia, fruto del *"infatigable grafómano"* que fuera en vida el más renombrado de los Azara de su generación como lo reconoce Sánchez Espinosa (1997: 37).

En el caso de la única hija del matrimonio Azara-Perera, María Ana o Mariana de Azara y Perera, que todavía en su temprana juventud fue integrada a otra estirpe de larga historia altoaragonesa mediante un matrimonio típico del sistema estamentario: casándose sin conocer previamente al novio, con todo acordado entre las familias de los contrayentes. Su vida, que tuvo poca relevancia externa, muestra un perfecto ajuste a lo que era expectable en su condición social (Pallaruelo Campo, 2000).

En Félix de Azara la condición de militar de mediana a alta graduación que ostentó en su vida activa, lo muestra integrado, aparentemente sin fisuras, a sus funciones asignadas y a la lealtad y el servicio de la Corona (Contreras Roqué, 2006a). Vivió con total sencillez pero siempre a cierta distancia de sus allegados. Tal vez por su propio temperamento, o por causa de esa condición propia asociada con una concepción estamental de hidalguía pero, jamás ostentó innecesariamente sus cargos ni títulos, y la falta de testimonios propios o de terceros, deja en la oscuridad las modalidades y el trasfondo de sus actitudes más espontáneas y sinceras. Pero, de todos modos está muy lejos de la reacción de uno de sus coetáneos, hidalgo y militar como él, como lo fue José de Cadalso (1979: 55), cuando dejó constancia escrita de su valoración final irónica y desdeñosa en extremo de la condición social en la que lo colocara la cuna que le ofreció el destino, haciendo decir a uno de los ficticios interlocutores de sus **Cartas Marruecas**:

"Nobleza hereditaria es la vanidad que yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento, muriese uno que se llamó como yo me llamo, y fue hombre de provecho, aunque yo sea inútil para todo." [18]

Por supuesto que a Félix de Azara, también parecen haberle sido extrañas las crisis de conciencia de origen marcadamente estamentales, que se producían con frecuencia en esos momentos históricos en los que la sociedad experimentaba una verdadera mutación en sus comportamientos tradicionales, al menos en sus sectores minoritarios pero más esclarecidos. Nos referimos a una crisis como la que afectara a José Blanco White [1775-1841][19] , quien llegó a experimentar en su conciencia un verdadero *"complejo de culpabilidad"* por el papel que le cupo desempeñar inicialmente, cuando al orientar su vida, se dejó llevar por la coacción de presiones estamentales y familiares e ingresó en el sacerdocio, en el que pronto se le presentaron intensas revulsiones de conciencia. Tal como lo consignó Manuel Moreno Alonso (1998: 41), transcribiendo para ello uno de los escritos de Blanco White, en el que expresaba:

"...para desgracia mía yo pertenecía a la clase culpable de la ignorancia y los incurables males morales de España, el título de sacerdote me molestaba y deprimía, y a pesar de ello, no podía quitarme de encima esta odiosa mancha aunque intentara borrarla con mi propia sangre".

Analizaba José Blanco White desde su exilio londinense, que de permanecer en la patria, forzosamente hubiera tenido que

"...seguir siendo sacerdote y hubiera estado condenado a vivir en contradicción con mis propias ideas hasta el día de mi muerte. La libertad intelectual me atraía de forma irresistible y ahora que la veía a mi alcance no había nada en el mundo que pudiera arrebatármela.[20] *"*

18 No fue esta la única crítica de Cadalso a su propio estamento, llegando en ocasiones a orillar la diatriba, cuando deja el nivel de "sátira grave" de sus **Cartas Marruecas** –como dice Tamayo y Rubio (1979: xxxix)– para pasar a *"…enderezar su rayos hacia los cuatro puntos cardinales"*, en su obra previa, **Los eruditos a la violeta**, llegando a abarcar hasta a la heráldica con sus pullas.

19 José Blanco White: Fue un escritor, político, pensador y teólogo español, nacido en Sevilla pero descendiente por vía paterna de irlandeses. Su verdadero nombre era José María Blanco Crespo. "White" proviene de la traducción al inglés de su apellido. Es una figura intelectual valiosa y atractiva de la segunda generación posterior a la de Félix de Azara y la comparación de ambas vidas ayuda a esclarecer la evolución conceptual y de mentalidad con el decurso de los años finales del siglo XVIII y los primeros del siglo XIX. Fue sacerdote católico desde 1799 hasta 1803, cuando una fuerte crisis espiritual le hizo, desilusionado, abandonar los hábitos y dejar su credo. Su sinceridad y la imagen de noble pureza que se desprende de su historia personal, lo hacen una figura de excepción de la inmediata postilustración española. Desde 1810 se radicó definitivamente en Inglaterra.

20 Los párrafos extractados de Blanco White corresponden a su **Autobiografía** (en la pág. 164), escrita en el exilio, publicada en inglés en Londres, en tres

Muchas de las aspiraciones ideales de la hidalguía y del señorío tuvieron grande y efectiva vigencia, que fue históricamente positiva en su tiempo, y además esas convicciones que las sostenían gozaron de una larga persistencia al ser adoptadas por la ascendente burguesía liberal: entre ellas se cuentan la fidelidad a la palabra dada (la palabra de honor), la lealtad, la aspiración a virtudes abstractas en las que se finca la dignidad de la vida, el honor, el decoro, las conductas de fidelidad y lealtad familiar y amistosa.

También subsistían, en la misma sociedad, ideales caballerescos como la fama[21] tan emparentada con la gloria, pero más propia del yo, de la ipseidad, condición que gana el hombre para sí con sus hechos, y que en la famosa composición de Jorge Manrique, hace a la vida perecedera del cuerpo, más larga y gloriosa, pero en la tierra, y distante de la vida eterna a la que se aspira como cristiano:

"Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar
Qu'es el morir;
Allí van los señoríos
Derechos a se acabar
E consumir;
Allí los ríos caudales,
Allí los otros medianos
E más chicos;
Allegados son iguales
Los que viven por sus manos
E los ricos."

Una historiografía maniqueista, a veces inficionada de ideología, tiende a concebir al proceso que lleva desde el siglo XVII hasta el presente como constituido por un continuo escandido por una serie de hendiduras drásticas, con sucesión de mundos mentales, socio-culturales y de las ideas y de formas de autopercepción individual y social, que serían inconmensurables unos con otros. Esos mundos sucesivos, al superar las formas de autoconciencia precedentes, descalificarían a los preexistentes o los reducirían a meros subproductos de las estructuras económicas y sociológicas vigentes, subordinación a la que tiende cierta historiografía, a extender al total del acontecer histórico.

Si bien en la Europa dieciochesca y en la del siglo siguiente, hubo brechas generacionales drásticas –y por ende en la concepción del mundo, especialmente en el plano social– como se dio por ejemplo, en casos como el de la Revolución Francesa; en España el proceso ha sido más gradual y se vio balanceado por la subsistencia paralela y antagónica en la dimensión temporal de lo que se ha dado en llamar *"las dos Españas"*, a las que muy bien presentara el historiador y crítico literario portugués Fidelino de Figueiredo [1889-1967][22] en una obra de ese título editada en Coimbra en 1932, y publicada en español años después (en 1936), categoría de análisis histórico a la que Carlos Seco Serrano (1983: 427) denomina *"las Españas subyacentes"*.

Sin embargo, el relevo generacional resulta neto y perceptible a partir de cualquier aproximación historiográfica que se intente, y el método de la sucesión generacional puede ser aplicado en forma válida, como oportunamente lo trataremos en esta obra.

Sobre esa base conceptual se puede distinguir en la generación de Félix de Azara, a la que ya denominamos en la **Introducción** de esta obra, como "Generación Central de las Luces", y que abarca con cierta aproximación a muchos de aquéllos que han nacido entre 1740 y 1755 y que alcanzaron su madurez más plena y productiva bajo el reinado de Carlos III.

Sus miembros casi sin excepción participaron del concepto del regalismo encarnado por Carlos III, y han sido íntimamente deístas por más que alguno haya parado, hasta espectacularmente, en exteriorizaciones de librepensador o de afrancesado.

En cuanto a su comportamiento religioso lo suyo fue externamente responder a la ritualización canónica del culto católico apostólico y romano, y en lo social –aunque tuvieran una renovada concepción del trabajo y de los preceptos de sangre y estirpe– se modernizaron aproximándose a la concepción tanto mercantilista como fisiocrática de la economía, y a la reforma de la universidad escolástica clásica.

---

volúmenes en 1845 (**The life of the Rev. Joseph Blanco White, written by himself, with portions of his correspondence**, edited by John Hamilton Thom, London, 1845, reimpresa en 1971), y más de un siglo después, parcialmente traducida por A. Garnica como **Autobiografía de Blanco White** (Edición de la Universidad de Sevilla), y editada en España, en 1971, y que cuenta con una reedición ulterior), referencias que han sido tomadas de la mencionada cita de Moreno Alonso (1998).

21 **La fama**: dice a propósito de ella Ramón Menéndez Pidal (1982: 101). *"El estimar en poco los disfrutes de la vida persiste como rasgo básico (cuente o no con la noble compañía de una alta aspiración), lo cual hace que la segunda vida preciada por Jorge Manrique, la de* **la fama y de la honra***, no es en España un halago reservado al héroe ilustre, sino que es estímulo para cualquiera; todo caballero aspira como don Juan Manuel, a que de él se diga:* Murió el hombre, más no su nombre, divisa heráldica después: Muera el **hombre y viva el nombre**."

22 Aunque la raíz de esa concepción, supuestamente acuñada por Figueiredo, es de vieja data y suele ser remontada a Mariano José de Larra, cuando acuñó su célebre epitafio: *"Aquí yace media España; murió de la otra media"* (Diego Catalán, 1982: 67).

Respondieron así a los mandatos de la mentalidad estamentaria, aunque en ellos ya era más tolerante e igualitaria en cuanto al trato personal, y también en lo tocante a la organización institucional del gobierno, de la sociedad y de la jerarquía eclesiástica.

Las medidas ilustradas de Carlos III contribuyeron a facilitar cada vez más esa concurrencia a un mismo objetivo de la diversidad estamentaria: por un lado la imposición del regalismo a la Iglesia romana, limitando sus poderes y abriendo así el camino para sucesivos avances en la necesaria desamortización de la tierra productiva, inactivada por las manos muertas[23] . Por otro se limitó la exclusividad de la burguesía ascendente en el campo de las actividades económicas. Este último era un proceso que ya en 1682 contaba con un precedente significativo, cuando Felipe III autorizara a los nobles a tener fábricas o factorías con la condición de que no estuvieran ellos mismos ligados a las actividades manuales. Esa disposición cayó en la inobservancia (Herr, 1964: 81), por lo cual Carlos III formuló su ordenanza del 3 de noviembre de 1770[24] , en la que dispone:

> *"...mando...(...)...a los hijosdalgo el estar aplicados a oficio para mantener a su familia, a fin de evitar el inconveniente de que* [éstos] *vivan vagos y malentretenidos, haciéndose onerosos a la sociedad*[25] *"* .

De esta manera iba consumándose, pacíficamente y por la inercia de una serie de circunstancias encadenadas, el progresivo desguazado de las bases estructurales del Antiguo Régimen en España. En la historia de las ideas y la de las mentalidades, sólo falta un estrecho segmento en la continuidad entre los ilustrados y los liberarles doceañistas que al inicio del siglo XIX confluyeran casi plenamente.

LA FORMACIÓN DE UNA MENTALIDAD

Sólo la arbitraria consideración de cortes temporales segmentarios y aislados de la evolución histórica cultural y mental de Occidente, puede permitir percibir artificialmente cambios o brechas drásticos e inconmensurables en ella, por más que en la realidad y fundamentalmente en el caso de un corto espacio generacional, una unidad posible de evaluación del cambio temporal de la humanidad, sólo se da el desarrollo de manifiestos y –a veces– poderosos procesos tendenciales, en los que las etapas tumultuosas son relativamente breves y aún en ocasiones violentas y de cierta duración relativa aunque no dejan –a la corta o a la larga– de tornarse refluyentes, una vez superado su punto culminante de heterodoxia.

Esa concepción hidalga liberal-burguesa que se afianzara en el siglo XIX y fincaba lo central de su vivir y su actuar en la generación de riqueza y en el ahorro y, a su vez, desprovista, en gran medida de los elementos del señorío del suelo, de la separación de castas, del peso del linaje y de cualquier sobrevaloración que alcanzara más allá de la generada por la autoestima que deriva de la producción de riqueza, del cumplimiento del deber y de la sujeción a una escala jerarquizada de valores– ha persistido notablemente y aún se mantiene casi relictualmente con cierta vigencia, cada vez más desgastada por el proceso al que Ortega y Gasset y Julián Marías, entre tantos otros, hasta llegar a autores contemporáneos como César Vidal o J. Sanmartí *et al.* (2000), han denominado **plebeyización**[26] y que no dista de la percepción de la

23 **Manos muertas**: Se ha dado esta denominación para calificar a las tierras y bienes inmobiliarios de las órdenes religiosas y de la nobleza ociosa bajo el Antiguo Régimen. Particularmente se suele abarcar bajo esta denominación a los bienes de la Iglesia, pues ni siquiera las jerarquías de la misma hasta los obispos inclusive, no podían enajenarlas de ninguna manera so pena de suspensión ***a divinis*** y, en los casos extremos, de excomunión. Carlos IV intentó una desamortización que fracasó y recién con el acceso del liberalismo pudo consumarse (las célebres desamortizaciones de Juan Álvarez de Mendizábal, en 1835). Las tierras así acumuladas, ya sea por compra, cesión oficial o legados, estaban de hecho sustraídas al mercado y, en muchos casos, a la producción.

24 Véase más precisiones acerca de esta Real ordenanza y sobre su fecha, en la obra de Herr (1964: 80, nota al pie 20) ya que Carrera Pujal (1943-1947, IV: 16) la consigna para 1773.

25 Este tipo de disposiciones y sus consecuencias en el entramado social, significaron para el gran señorío una reducción de su radio de acción en términos de predominio, y para la hidalguía menor el traspaso progresivo de sus códigos axiológicos y de sus aspiraciones en un proceso simbiótico con la burguesía, el cual dio en España como resultado final, ya en el siglo XIX, el **ciudadano** (que no era aún el **citoyen** de la Francia revolucionaria, de la era napoleónica ni de la restauración).

26 **Plebeyización:** Etimológicamente deriva de la voz latina plebs, que se refiere al sector social que se diferenciaba de los patricios y de los soldados y que carecía de sus privilegios. En los siglos XVIII y XIX se utilizó en referencia al pueblo bajo como calificativo referido a sus manifestaciones culturales y su forma de mutua relación. En un sentido de apreciación global culta del manejo personal de lenguajes, modales y actitudes generales de trato y relacionamiento se ha transformado modernamente en un sinónimo de bajeza, ordinariez, grosería y zafiedad. No es denominación aplicable a una clase sino a una actitud humana particular, y así lo entendieron Ortega, Julián

pérdida gradual del canon occidental, supuesta por Harold Bloom (1994), o de los procesos de licuación en un ámbito generalizado de la cultura colectiva y las mentes individuales, de la que trata Zygmunt Bauman en varias de sus obras (2007a,b; 2008a,b).

No se puede confundir la persistencia de esas cualidades, que fueron de un valor positivo que dinamizó extraordinariamente la evolución civilizada de Occidente, con la exacerbación tardía de procesos mentales y sociales regresivos, como lo que representaron diversos movimientos ulteriores al siglo XVIII, entre ellos el que encarnara el carlismo[27] , acerca del cual escribiera Fernando García de Cortázar (2006: 14):

"... los carlistas, despojos señoriales de un antiguo edificio derruido, y al fin y al cabo, ruinas ellos también..."

y ciertas formas de tradicionalismo[28] del siglo XIX, a veces prolongadas en el XX, que en España tuvieran especial y, a veces, trágica vigencia.

Los temores que expresara Agustín de Azara en su correspondencia con Basilio Sebastián Castellanos de Losada[29] y su osadía para llegar a cometer falsificaciones documentales, y para quemar o hacer quemar documentación relacionada con la verdad histórica respecto a los hermanos Azara y Perera, a pesar de ser un caso individual[30] de locura o de extremismo prejuicioso, revelaban en forma emblemática la falta de solidez y la exacerbación que, en general, tuvieron los intentos de restauración tardía de viejos ordenamientos es-

---

Marías y múltiples referentes que entendieron que como parte de la decadencia general de Occidente se da la pérdida del patrón de auto respeto y dignidad que se apoya, quiérase o no, en una configuración de actitudes, que lentamente, con el acceso progresivo de la llamada Era de las masas (Ortega y Gasset) se hizo cada vez más manifiesto: el arte, la expresión escrita y hablada, se empobrecen léxicamente y se confunden formas de sensibilidad y de relacionamiento propio de los sectores más marginales, con las que debieran perdurar en un tipo de trato más en coincidencia con el que Harold Bloom (1996) denomina enfáticamente el **"canon occidental"**. Tal vez lo peor del caso es que la plebeyez deja su lugar marginal, del que fuera consciente y hasta vergonzante, y se hace agresivamente un signo de lucimiento y orgullo que trata de imponerse en todos los niveles de la cultura y de la expresión. La **zafiedad** está contenta consigo misma y se siente afirmada en su lenguaje degradado. Hermenéuticamente se puede rastrear el origen de esta actitud hasta repertorios léxicos y códigos morales netamente marginales en los períodos de vigencia plena del mencionado canon. No deja de ser interesante acotar la opinión de Ernst Jünger (2000: 129) cuando dice: *"La zafiedad siempre ha encontrado un asilo en las universidades y se ha camuflado con preferencia como libertad académica"*.

27 **El Carlismo**: Denominación que originalmente, en el inicio del segundo tercio del siglo XIX correspondió a un movimiento político y confesional que tuvo lugar en España, propiciando la ocupación del trono por parte de un rama alternativa de dinastía borbónica. Fue cerrada y ortodoxamente católico, antiliberal, y –en muchos aspectos de sus postulaciones– preconizaba el retorno al Antiguo Régimen o sea al regalismo absolutista. Surgió con el fallecimiento de Fernando VII y en relación con su sucesión. Dado que no había sucesores varones, el mencionado monarca promulgó la Pragmática Sanción de 1789, que había sido dictada por Carlos IV, pero nunca sancionada. Con ella se anulaba la vigencia de la ley Sálica que no permitía la sucesión de la corona de España por vía femenina. Fue así que en 1833 asumió como reina Isabel II Ese fue uno de los motivos que desató la primera de las Guerras Carlistas, extendida hasta 1840, de la que participaron en el bando carlista, que apoyaba al pretendiente Carlos, hermano de Fernando, principalmente nobles de Aragón, Cataluña, Navarra y Valencia. El conflicto desató odios terribles y dejó una gran destrucción y 200.000 muertos. Entre 1846 y 1849 se desató la segunda guerra carlista, también con escenario en Aragón. La posición de la familia Azara estuvo cercana al carlismo y esa sería la explicación de la destrucción de mucha documentación familiar para ocultar heterodoxias de la generación anterior.

28 **Tradicionalismo**: Como idea filosófica o creencia social es una orientación del pensamiento hacia la hipervaloración de aquellos elementos culturales e ideológicos heredados del pasado. Se trata de un conservadurismo que puede llegar a serlo a ultranza y con entronques en el providencialismo y en la sacralidad de ciertas autoridades transmitidas por la tradición y "legitimadas" por el aval de la visión histórica del pasado. El pensamiento de Marcelino Menéndez Pelayo [1896-1912], desgraciadamente anclado en esta concepción, encabezó una tendencia de tipo filológica, de exégesis literaria e historiográfica destinada a quitar relieve y aún a borrar el siglo XVIII, reduciéndolo a una sobrevalorada proyección del tradicionalismo católico-antiliberal y anti-ilustrado de la Edad de Oro y de la llamada "decadencia" española. Recién hacia mediados del siglo XX una tendencia adelantada por historiadores extranjeros como Richard Herr y Jean Sarrailh, inició una renovada valoración del siglo decisivo que fuera para España –y para el destino europeo en general– el bien denominado **Siglo de Las Luces**.

29 Ver en esta obra, en el tomo III, un tratamiento mucho más amplio del tema.

30 Individual, aunque no tan único, pues casos similares abundan en la historia literaria, especialmente en cuanto a correspondencia y memorias o autobiografías. Un caso parecido pero mucho más moderado, se cumplió con la primera edición del epistolario de Leandro Fernández de Moratín, en los años 1867-1868, en la que el editor o alguien relacionado con sus herederos, no sólo cambió la grafía de época, sino que también *"muchos pasajes tenidos por ofensivos a ciertos cuerpos o principios se han suprimido deliberadamente, quedando* [así] **mutilada la personalidad** *del escritor"*, como muy bien lo califica René Andioc (1973: 13).

tamentales, ya para esos años más simbólicos que reales, puesto que eran arcaicos, propios de la sociedad del Antiguo Régimen e imposibles de resucitar en el contexto de otra temporalidad, de otros relacionamientos estamentarios en el seno de la sociedad y de otras formas paradigmáticas de concepción global de las relaciones humanas.

El concepto casi-feudal o tardío medieval de la sociedad estamentaria aragonesa del siglo XVIII respondía a una imagen generalizada y sistémica teológica-filosófica de la existencia y de la vida. Podía tratarse –contemplada con ojos relativistas– de una cosmovisión restringida y arbitraria, propia de tiempos pasados, pero cuyos residuos profundos pervivían y tenían plena vigencia en el imaginario colectivo, aún en el de los sectores más esclarecidos.

Y fue así hasta el relevo de la generación de las Luces por la del liberalismo doceañista, que inicialmente sólo prendió en parcialidades sociales y urbanas, y no floreció en plenitud pública –aunque siempre restringida– hasta el tardío arribo del liberalismo moderno, ya decididamente con fisonomía decimonónica al espectro político y cultural español.

Eso implicaba –entre otros aspectos– la dominancia de una antropología filosófica particular, con densas subyacencias de las ideas de antepasados, estirpes, linajes, que con otra lectura podría expresarse como de privilegios, prerrogativas y excepcionalidades ya sin vigencia, condicionantes de un yo y un nosotros que son extremadamente extemporáneos para nuestra visión actual del mundo.

También en un plano más profundo implicaba un conservadurismo cercano al del tradicionalismo, del que nada estaba más lejos que la noción misma de evolución, ya sea de la sociedad, de la vida y de la tierra.

Cuando se especula –y con tanta frecuencia– acerca de la cercanía del pensamiento de Félix de Azara con el de Darwin, particularmente con sus ideas evolucionistas, se acude a una metodología viciada por su desatención hacia la relatividad temporal del pensamiento, y en particular para con la idea del hombre de sí mismo, de su origen y destino. También se olvida que en la historia de las mentalidades existe una profunda correlación entre los elementos del espectro total cognitivo y que el sentido estamentario en la antropología filosófica es incompatible estructuralmente con la idea básica de la evolución de un universo total surgente, abarcable por la mente humana en forma emergente, estadio tras estadio, hasta alcanzar una configuración cognitiva en la que "quepa" un concepto como el de la evolución. Ni siquiera cabía aún en tiempos de Félix de Azara y en España, el concepto republicano o el de la contención parlamentaria y constitucional de la autoridad real.

Cada ser humano hace –más cuando el destino le depara una larga vida– un extenso y azaroso viaje a través de una serie de mundos perceptivos y mentales sucesivos. El que realizó un español, hijo de la cultura y la sociedad somontano-aragonesa, nacido en pleno Antiguo Régimen, en 1742, antes de la apertura ilustrada plena en España y prácticamente aislado del pensamiento europeo desde 1780 en adelante, mal podía acoplarse al desarrollo de la que fuera su propia disciplina por adopción: la Historia Natural. Algo parecido le sucedió al botánico francés Aimé Bonpland [177-1858] en su larga residencia americana: el regresar a Europa estaba fuera de su tiempo y –en gran medida– de todo tiempo, en una situación ucrónica[31]. La víctima mayor de esa situación resulta la obra intelectual o científica de quien queda en esas condiciones por situaciones de aislamiento del flujo central del devenir humano de una civilización o cultura.

Mientras que en Inglaterra ya el propio abuelo de Charles Darwin [1809-1882], Erasmus Darwin [1731-1802], anunciaba postulaciones cercanas ya al evolucionismo y lo mismo acontecía con el pensamiento de Inmanuel Kant [1724-1804] en Alemania (Julián Pacho, 2005), el darwinismo en España no penetró sino tardía y dificultosamente y lo hizo bien avanzado el siglo XIX (Núñez Ruíz, 1982; Cuello, 1982; Glick *et al*., 1999), mientras que el transformismo, enunciado por Jean-Baptiste Lamack [1744-1829] en 1809, apenas si rozó el pensamiento científico y filosófico español.

El falsamente iconizado "mono" de Darwin no hería en España preconceptos científicos o biológicos, los que no eran de dominio público generalizado. En este país, y –tal como sucedió también hasta en la mucho más fuertemente laicizada y "cientifizada" sociedad inglesa de ese tiempo– la propuesta innovadora apuntaba al fondo mismo de la autoimagen colectiva. En el pensamiento azariano –ni siquiera en el humboldtiano, que iba una generación más adelante en el devenir de la historia de las ideas– de ninguna manera cabía el ancestro de marras, al que no Darwin, sino la primera generación darwinista dura[32] erigió como caballito de batalla, no tan-

---

31 **Ucrónica**: Fuera del tiempo real, alejada de su tiempo concreto, real, utilizando con cierta plasticidad un concepto del filósofo francés Charles Renouvier (Renouvier, 1945).

32 La primera generación darwinista dura (ver –entre otros– a Emanuel Radl, 1988a,b; George S. Carter, 1959; Stephen Jay. Gould, 2004; Joaquín. Templado, 1974; Peter J. Bowler, 1995), estuvo integrada por Thomas Huxley [1825-1935], Ray Lankester [1847-1929], Asa Gray [1810-1888], Ernest Haeckel [1836-1919], Herbert Spencer [1820-1903] y muchos

to por el simplismo que se le suele adjudicar, sino por carencia de los aportes fácticos de la biología básica y del caudal cognitivo de la historia natural en ese momento histórico, los que hubieran sido necesarios para sustentar la teoría de la evolución.

Primero era necesario que se produjeran, se interpretaran y se difundieran los decisivos descubrimientos, en especial genéticos, bioquímicos, microbiológicos, fisiológicos, geológicos y biogeográficos, que se acumularon en las siguientes décadas, estimulados por la apertura del paradigma evolutivo y fueron los que dieron consistencia fáctica a sus postulaciones. A fines del siglo XIX, el mentado "mono" ya no era pertinente y fue desplazado al folklore de las primeras batallas por el evolucionismo.

La continuidad del proceso de creación de una ciencia natural y biológica española iniciado cronológicamente por Félix de Azara en la historia de la ciencia española no fue una tradición grupal, e institucionalizada, generalizada y desarrollada, por lo tanto incapaz de dar lugar a la paulatina emergencia local de los nuevos paradigmas universales.

No estuvo protagonizada por un número de científicos que aportara a través del relevo de generaciones, la masa crítica mínima válida para dar continuidad y coherencia a las sucesivas etapas de expansión (Leoncio López Ocón Cabrera, 2003; José María López Piñero, 1992, 2002; Andrés Galera Gómez, 1990, 1995; José Luis Peset y Antonio Lafuente, 1981). Fue el producto de verdaderas insularidades mentales, que se sucedían esencialmente por empeño individualista y por su capacidad receptiva del acontecer europeo general.

En otro ensayo Contreras Roqué (2006b: 180-181) hemos comentado el hecho de que Félix de Azara salvo en su breve etapa francesa, en París y con su hermano José Nicolás, cerrada en enero de 1804 con el fallecimiento de este último, no mantuvo contacto ulterior con quienes cultivaban en España las ciencias naturales, la geografía ni disciplina alguna científica. Fue así su actitud con quienes pudieron haber sido sus colegas aragoneses de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, como Ignacio Jordán de Asso y también con Isidoro de Antillón. Con ninguno de ellos existe constancia de trato o relacionamiento y, como veremos más adelante, resulta incluso dudosa su eventual participación en la mencionada Sociedad. Si hubo algún nexo directo con ella o con sus miembros, es todavía meramente especulativo.

Félix de Azara, quien fue hijo y producto del sistema estamentario vigente y estaba embebido de su cosmovisión paradigmática, convivió con lo que subsistía del mismo hacia el final del siglo XVIII y en las primeras dos décadas del XIX. Lo hizo sin jactancias ni desplantes, tal vez desconforme o desengañado, pero jamás se rebeló contra ese estado de cosas.

Su cosmovisión fue fuertemente antropocéntrica. Posiblemente estaba nucleada alrededor del conflicto epocal de los ilustrados, encarnado en la cuestión de la relación de la persona –más que del yo en su sentido moderno– con la deidad, con el pecado, con la gracia y la salvación. Acudió a ese soliloquio que pudo –así lo creemos– ser muy intenso, con todos sus caracteres y características de su época, incluyendo en su trasfondo lo referido al estamento y el linaje, que era un elemento insoslayable de su circunstancia personal. Al problema de la alteridad ajena ya lo tenía resuelto en un planteamiento interior tan sólido como hoy no podemos siquiera imaginarlo. Por eso bien pudo ser jansenista pistoiano o parajansenista español, como lo sugieren tantos indicios. Veinte largos años se sobrevivió a sí mismo. En la soledad y el casi aislamiento mundano y en ellos, pudo haber o no arreglado sus cuentas con la deidad –fue siempre deísta– pero ni siquiera cupieron en sus soliloquios, sus dramas interiores y la pérdida senil de sus fuerzas, ni el cosmos humboldtiano, ni –menos aún–, el primate darwiniano. Fue un hombre de su época y en su época.

Podría parecer extraño para más de un lector, el hecho de que un capítulo de la vida de Félix de Azara, un aragonés del siglo XVIII en el que se trata acerca del tema casi milenario de los linajes y las estirpes culmine con una incursión por el génesis de su ideas en el campo de las ciencias de la naturaleza, la vieja Historia Natural, pero estas incursiones se harán frecuentes en la medida en que avancemos con la obra. No se deben a un externalismo radical[33] en la interpretación epistemológica del génesis de una forma particular del pensamiento humano, posición a la que estamos lejos de compartir. Al hacerlo partimos del concepto orteguiano de la vida mental humana, que arranca del hecho que en

otros científicos de la vida que vivieron y actuaron en los años cercanos a la enunciación darwiniana.

33 **Externalismo radical**: Como lo señala Mario Bunge (1999: 248-249), existe en una transición que va desde un externalismo epistemológico moderado o débil, para el cual *"…todo conocimiento está socialmente condicionado"*, concepción que no cuesta aceptar, tal vez agregándole que ese condicionamiento es también histórico; pasando por un externalismo global para el cual la sociedad en general es la que da forma al trabajo de los científicos; hasta arribar a un externalismo radical, para el cual *"todo conocimiento social"* y que alcanza su máxima expresión cuando se generaliza y postula que *"la sociedad en general construye las ideas científicas adentro-afuera, micro-macro (y en particular, persona-grupo), contenido-contexto y discurso-praxis , deben eliminarse"*

el génesis de la persona particularizada opera lo que el filósofo español enunció claramente: ***"yo soy yo y mis circunstancias"***[34] .

Una vida mental y perceptiva no se da en el vacío ni en un medio tan abstracto como irreal, cual fuera el viejo **éter** de los físicos. La sustancia que supuestamente llenaba los espacios interatómicos e interestelares. Se da en un espacio y un tiempo humano social, cultural e histórico –son las circunstancias– y se produce una evolución conjunta de cada mente individual con las mismas. Se trata de algo casi equivalente a lo que un gran biólogo español del siglo XX[35] postulara para la evolución orgánica, en una obra con título por demás descriptivo: **La evolución conjunta de los organismos con su medio** (Faustino Cordón, 1966). Ese equivalente sería la coevolución de los organismos con su medio y, parafraseando la expresión para nuestra referencia azariana: la coevolución de la mente con su medio (el espiritual, cognitivo, moral y sensible de su tiempo).

---

34 José Ortega y Gasset [1883-1955]. Es el más destacado de los filósofos españoles, que tuvo una gran influencia sobre el pensamiento del siglo XX. Su obra es muy extensa y variada dentro del campo humanístico, abarcando también la historia y su sentido. Se educó inicialmente en España y después viajó a Alemania donde completó su formación y retornó con ideas renovadoras con respecto a la pesadez y aislamiento en que se hallaba el pensamiento en su patria. Sus escritos fueron acumulando demostraciones, debates e inferencias para su sistema filosófico al que se denominó el racio-vitalismo con parentesco en las ideas kantianas y con influencia de la obra de Heidegger, al que trató en su etapa alemana. Estuvo tres veces en la Argentina donde formuló su doctrina de lograr una expresión filosófica del nuevo continente que tome como punto de partida el pensamiento occidental y que resuelva el problema del irrealismo y falta de vertebración que detectó en su diagnóstico de la situación sudamericana. Sus ideas liberales lo pusieron al margen tanto de la Segunda República Española como del régimen nacionalista que sucedió a la Guerra Civil de 1936-1939. En este último año se desterró, primero a la Argentina y después a Portugal. Oficialmente proscripto de cátedras y editoriales, retornó a España en sus últimos años y falleció en Madrid.

35 Faustino Cordón Bonet [1909-1999]. Distinguido biólogo, bioquímico e inmunólogo español. Nacido en Madrid, se doctoró en farmacia en la universidad local. Fue influenciado por el gran movimiento que introdujo a la evolución bioquímica como coparticipe de la biológica y sustrato de la misma. Basado en las inferencias inmunológicas (síntesis de proteínas, autoduplicación proteica), desarrolló extensamente la idea de coevolución o evolución conjunta, expresando la íntima relación entre la vida y sus elementos estructurales y el medio. Asignó al aspecto trófico de la vida una importancia especial. Creó y dirigió en Madrid el IBYS (Instituto de Biología y Seroterapia). Tradujo la monumental obra de Doerr acerca de la inmunidad y formuló hipótesis acerca del origen de la vida. Publicó numerosos artículos y varios libros que expresan sus ideas. Falleció a los 91 años, en Madrid.

Capítulo IV.

La orientación de una vida.
Antecesores directos, parientes. La infancia

"Cuando se aborda el trabajo sobre los personajes ilustres que ha dado la comarca del Somontano de Barbastro a lo largo de la historia, se tiene la idea preconcebida de que una zona de pequeña extensión, con la población agrupada en núcleos rurales con muy escasos habitantes y sólo la cabecera con más de 10.000 habitantes, no puede haber generado demasiados personajes que hayan tenido trascendencia nacional y mucho menos internacional; pero no es así como ocurrirá con toda seguridad, en otras comarcas, la del Sotomontano de Barbastro ha tenido y tiene un buen número de personalidades de transcendencia no sólo regional, sino nacional e incluso algunos con proyección internacional"
[Luis Alfonso Arcarazo García y María Pilar Loren Tabares,
Personajes para la historia del Somontano, 2006]

La orientación de una vida

"La vida humana tiene una estructura vectorial"
[Julián Marías: **Antropología Metafísica,** 1970: 223]

Se trata de la que, por lo común, es la etapa más decisiva de la existencia de un hombre y –en el caso de Félix de Azara– es la menos conocida de su vida. La infancia de un ser humano es –casi sin alternativas– tan atípica o excepcional, cuanto más atípico y excepcional resulte en quien la vivió. En ella están las raíces, manifiestas o soterradas de la configuración espiritual futura. Tanto para las pautas básicas individuales, como para las sociales y de relacionamiento, ya se trate de las emergentes de estas últimas, como de las que ingresan con el lenguaje y la cultura cotidianos y contribuyen a modelar al yo en su faceta de contacto con "los otros", con la alteridad.

Desde el más temprano despertar de las formas elementales de la conciencia infantil, se entabla un diálogo activo entre el pequeño ser aún no personalizado y su entorno, en especial con el de carácter humano. En el mismo todo es tenso y dramático y, aún en la infancia en apariencia más feliz, el dolor –o, cuanto menos el conflicto– del despertar al yo, de superar el sincretismo primario, de distinguir adecuadamente al tú, de reconocer la alteridad en su verdadera y creciente dimensión, de romper el encierro del solipsismo embrionario que antagoniza con el nosotros, con el asimilar adecuadamente al mundo, es decir, al todo con la construcción de un modelo cognitivo interior, mínimo en sus comienzos, pero abierto y creciente en la medida que se instale el diálogo adecuado con el acontecer externo, especial y centralmente, con el humano entornante.

La novedad espiritual, que es un emergente tardío en la evolución humana, surge como una llamita apenas titilante en la negrura del cosmos. La misma crece y se alimenta de mil factores que la rutina familiar y social manejan a su modo y sin entender del proceso más que las exterioridades. La información externa llega a través del filtro de las circunstancias especiales de cada caso. Los elementos básicos de la personalidad se asientan a través del medio familiar y social envolvente y le imprimen un patrón determinado cuyas raíces son cognitivas y esencialmente lingüísticas y afectivas.

En este primer paso, la familia o, por lo menos, la parte de ella más activa ante el pequeño ser surgente, cataliza y orienta el proceso, que no es lineal ni predecible, menos aún inmune a todo tipo de influencias exógenas, ya fueren permanentes u ocasionales, y tampoco ante las pulsiones internas y las disrupciones externas, que acechan desde los ángulos más sombríos de una convivencia que resulta, en el fondo dramática y azarosa.

Desde la más temprana infancia se modela el **talante** *(sensu* Aranguren, 1965: 281, *passim*)[1], es decir, la forma de apertura o cierre del nuevo ser ante la alteridad, o sea es entonces cuando se condiciona la potencialidad de la apertura espiritual de la naciente persona para toda una nueva experiencia humana y humanizante. Como dice Vladi Kociancich (2010: 17):

"…los niños no sólo crecen en altura sino en profundidad, como plantas marinas, invisibles hasta que una ola casual las arrastra a la superficie y su rareza desconcierta".

No conocemos más allá de una síntesis presuntiva y convencional, a la que extrapolamos de su tiempo, al hogar de los Azara-Perera. Nada sabemos acerca de sus características y distorsiones, de lo que eran capaces o no de brindar y cómo podían acompañar el surgimiento de un nuevo ser a la aventura humana de una vida. Muy posiblemente, la época, los prejuicios, la ignorancia y el peso de las tradiciones ancestrales dominarían el escenario.

Ignacio Almudévar Zamora (2005) nos relata sus recuerdos de cuando décadas atrás, en la cercana Siétamo, tan próxima de Barbuñales, contemplara todavía en la pared la cunita que fuera de la hija de los condes de Aranda. En un fuerte gancho parietal se colocaba el pequeño adminículo, construido en hierro, con barroca fisonomía nobiliaria en su forja. Allá y en el mismo, habría pasado una pequeña condesita en el siglo XVIII, sus días de más tierna infancia, en la media luz de una ventana semivelada por cortinajes, sometida como todos los niños de entonces –aunque entre tibias sedas y lujosos encajes en su caso– al tratamiento propio de aquella época, sobre el que lamenta Jean Jacques Rousseau:

"Apenas el niño ha salido del vientre de su madre, y apenas empieza a moverse y extender sus miembros, se le priva de su libertad. Lo envuelven en empañaduras, lo colocan echado con la cabeza quieta, las piernas estiradas y los brazos a lo largo del cuerpo; lo fajan con lienzos y vendajes de toda especie que le privan de moverse…"

Así se criaban los niños por entonces, y Jeremy Rifkin (2010: 278) –de quien copiamos ese párrafo precedente– continúa diciendo

"En 1785 la práctica de empañar así a los niños había desaparecido de Inglaterra. Hubo de pasar todavía otro medio siglo para que también desapareciera en la mayor parte del resto de Europa."

Seguramente habrá recibido siempre esa clase de cuidados la etapa primera de la crianza de los Azara-Perera. Súmese a esto el hecho que recién

"…en la segunda mitad del siglo XVIII el empleo de nodriza cayó en desuso en Inglaterra y las madres empezaron a dedicarse más al cuidado [directo] *de sus hijos. En Francia el empleo de amas de cría fue habitual entre todas las clases, salvo las más humildes hasta el siglo XIX" (ibid., 2010: 279), circunstancia que apenas difiriría de la contemporánea en uso en España.*

Queremos dejar constancia de que éste no es un lamento actualista y ucrónico, de esos que tanto abunda la casi rutinaria protestona del "progresismo", y bien sabemos qué poca correlación real existe históricamente entre esas prácticas y la excelencia humana que una época puede lograr.

Una cuna "liberada", una lactancia natural, así como el desvanecimiento de todo vestigio de autoridad y restricciones en la crianza, parecerían incidir sobre las generaciones humanas mucho menos que la pérdida por abandono o dilución del canon cultural occidental, el ethos primario de nuestra civilización, en la sociedad generalizada en pautas globales de comprensión colectiva de la realidad (Harold Bloom, 1995; Zygmunt Bauman, 2007a,b, 2008a,b).

Simplemente, queremos destacar algunos rasgos fácticos que rodearon culturalmente la primera infancia de nuestro biografiado, sin que se pueda fincar en alguno de ellos la derivación de un particular determinismo vital y espiritual, salvo en el caso –por supuesto posible y válido–, en el cual algún parámetro espiritual o moral se quebrara por una transgresión familiar violenta de la esencia de las pautas, que aunque cambiantes geográfica y temporalmente, son de emergencia larga y sistémicamente coevolutiva y paradigmática en el proceso histórico-social.

A pesar de esa aclaración –y aquí retornamos parcialmente a lo ya expresado en este capítulo– en el sentido de que los "quiebres" en la infancia, en primer lugar no son siempre destructivos o traumáticos. Es más, de ellos suele derivar un tipo de excepcionalidad que ha podido –incluso– llegar a forzar una manifestación vital personalizada y

1 Dice José Luis Aranguren (1964: 283): *"Cada hombre tiene su modo propio de estar atemperado, depresiva, exaltada, equilibradamente, etc. A la realidad. Y probablemente el talante no es fundamentalmente sino la apertura inteligible a la propia realidad interior, al "tono vital" y a su atemperamiento (temperamentum) peculiar a la realidad exterior. La unidad estructural alma-cuerpo impide considerar el talante –ni en realidad ningún fenómeno antropológico según Zubiri– ni como puramente biológico ni como puramente anímico. Lo que biológicamente aparece como tono vital o, si se quiere temperamento, es, en cuanto anímicamente vivido talante. Si como ha hecho ver Pedro Laín Entralgo, hay una* ***"biología de la esperanza",*** *puesto que el temple esperanzado o desesperanzado depende del "tono vital" y, como decía él gráficamente, el cuerpo nos "pide" unas veces y nos "im-pide" otras esperar, ¿cómo no va a haber también, mirando las cosas por el otro lado, una psicología del temperamento?".*

sistémica, de alta valía en la configuración individual y mental de toda una pléyade de destacadas personalidades humanas. Un hecho que sin un tipo de ruptura con el uniformismo cotidiano no se hubiera producido. La precedente parece una propuesta de historia contrafactual, pero cientos de biografías requieren de ese ingrediente para poder explicar causalmente muchas de las notables excepcionalidades humanas que registra la memoria histórica.

El dolor, la soledad, y hasta ciertas patologías de la personalidad pueden ser componentes hasta inclusive necesarios, en la forja de figuras históricas y culturales de relieve. La adaptabilidad y la selección de estímulos sobre el desarrollo de las mentalidades, son complejas y aún están mal dilucidadas, pero no existe nada peor que lo llamado "políticamente correcto" para generar interpretaciones arbitrarias y antojadizas. En nuestro caso, interesa poner de relieve las variables mayores detectables en el entorno de nuestro protagonista, pero no utilizarlas arbitraria y extemporáneamente como elementos de culpabilidad para terceros o como coartadas para acciones futuras de aquél.

ANTECESORES DIRECTOS, PARIENTES

El padre de don Félix, que fue don Alejandro de Azara y Loscertales, era un infanzón de vieja prosapia altoaragonesa, hidalgo con casal en Barbuñales, nacido en 1698, y quien se casó con María Teresa Perera, una nativa de la misma Barbuñales, de casi idéntica condición social que la de él, en ya precisado día 3 de noviembre del año 1723:

"Eran labradores acomodados, infanzones rurales con algunas tierras, media docena de sirvientes, entre criados y pastores, algún ganado, ciertas rentas provenientes de pensiones de censos[2] establecidos dos siglos atrás, muchos tíos presbíteros y parientes acomodados en las mejores casas de la comarca" (Pallaruelo Campo, 2002: 157).

Por su parte Sánchez Espinoza (2000: 57), caracteriza así a la familia Azara:

"El origen social de José Nicolás de Azara fue la pequeña nobleza empobrecida, esos hidalgos venidos a menos, menospreciados por la aristocracia de título y sin asomo de mentalidad burguesa[3], que entraron al servicio de la monarquía absoluta e hicieron carrera apoyados en su propio esfuerzo. En este sentido, la contribución de la familia Azara a los cuadros del estado del Despotismo Ilustrado resulta paradigmática: un obispo de Ibiza[4], un teniente coronel de ingenieros devenido en explorador y naturalista, un oidor de la audiencia de Barcelona, un corregidor de Huesca y un embajador en París".

Hemos tratado personalmente con el distinguido caballero y erudito de donosa escritura, que es don Severino Pallaruelo Campo, acerca de este aspecto de la vida familiar en Barbuñales. Se trata de algo realmente complejo y difícil de establecer sin otros

2 Acerca de los *censos* dice Pérez Sarrión (1997: 35), que éstos eran el rédito resultante de préstamos en efectivo sobre bienes raíces, especialmente practicados por la Iglesia, a tal punto que *"...en el siglo XVIII casi toda la sociedad estaba endeudada con el clero y muy especialmente, los ayuntamientos y la alta nobleza", pues "… los censales eran una forma de inversión permitida por la teología (porque la renta producida no se consideraba interés), segura y sin riesgos, adecuada en un mundo en crisis como el del siglo XVII, pero a lo largo del siglo XVIII fueron surgiendo otras más rentables: tierra, inmuebles urbanos, acciones de compañías, obligaciones, e incluso deuda pública del Estado, y a la vez el interés de los censales, fijado por el monarca, cayó a un 3% anual, más o menos. Además, la creación masiva de conventos urbanos, muy numerosos en los siglos XVI y XVII, se había detenido y es probable que las donaciones de carácter religioso a la Iglesia (capellanías, obras pías, aniversarios, misas) también disminuyeran. Los conventos no tenían ya grandes cantidades de dinero que invertir y la rentabilidad bajaba frente a otras opciones. Por todo esto los censales fueron decayendo como forma de crédito en el siglo XVIII."*

3 *"Sin rastros de mentalidad burguesa".* Aunque más adelante se retornará al tema, es necesario destacar la ligereza de esta afirmación. Por más que la definición de "burgués" *sensu stricto* es difícil de aplicar a los señores rurales de esta época, particularmente a los de Aragón, que tuvieron sus modalidades –incluso regionales– de diferenciación en sus patrones de comportamiento y aspiración social, en sentido amplio fueron, si se quiere, burgueses al aspirar (y al efectivizar esa aspiración en su vida cotidiana) a una calidad de vida, que si bien distaba de la propia de las cortes y de los sectores de la alta nobleza, al identificarse con un sentido particular de linaje (Faustino Menéndez Pidal, 2003) y al estar permanentemente abiertos y acechantes ante las perspectivas de mejoría en el rango social, y dispuestos a participar en la burocracia del estado, en las actividades profesionales (grados universitarios), económicas y en la búsqueda de enlaces familiares que aseguraran para sus descendientes la continuidad de su forma de vida diferenciada –a veces notablemente– de los estamentos sociales subordinados. Incluso, los infanzones altoragoneses es posible que tuvieran una disposición "burguesa" a ejercer oficios de comercio y productivos, e incluso manuales, en el ámbito de sus explotaciones rurales, acompañando y dirigiendo a sus subordinados, como lo da a entender Castellanos de Losada (1848) cuando habla acerca de don Alejandro de Azara y Loscertales.

4 Esta alusión, referida a Eustaquio de Azara, el primogénito de los Azara-Perera, debe de completarse con el hecho de que el que fuera obispo de Ibiza, pasó años después a ser obispo de Barcelona, función que desempeñaría hasta fallecer en 1797.

datos documentales que los hasta ahora disponibles, ya que es necesario partir de inferencias, y éstas tienen especial valor para definir una de las etapas nodales de la vida histórica de la estirpe de los Azara: la de la expulsión de los moriscos en 1610, un acontecimiento de orden demográfico y social, que produjo en la región una pérdida masiva de personal auxiliar, de servicio, de artesanos y de labradores especializados, e incluso de mercaderes y transportadores. Las crónicas tardío-medievales y del siglo XV indican la predominancia de los moriscos en la zona rural aragonesa, habiéndose llegado a dar casos, en parajes menores y periféricos, en los que sólo eran hispanos los propietarios, algún sirviente, el cura y algún funcionario en cada aldea (R. de Zayas, 2006).

La respetable opinión de Pallaruelo Campo restringe a *"media docena de sirvientes"* el personal auxiliar. Es posible que algo así pudiera haber acontecido inmediatamente tras la expulsión de 1610, un hecho que cambió drásticamente la forma de vida de los infanzones altoaragoneses, como el propio autor (Pallaruelo Campo, 2002) indica en otras páginas de la misma obra, pero Olivier de Baulny (1971: 175), por el contrario, dice que en la época de los Azara-Perera *"...un personnel particulièrement nombreux animait cette grande demeure...".* Y, como veremos más adelante, existen muchas más evidencias que probarían la realidad de esta segunda aserción.

Un dato relevante para esclarecer esa cuestión residiría en conocer cuál era la superficie del dominio familiar hacia 1600: sabemos al respecto que don Mamés de Azara y Loscertales compró hacia 1719 una gran fracción de tierras que eran remanentes de las que fueran de los Lizana, aparentemente emparentados con los Azara desde cerca de dos siglos atrás, incorporándola al patrimonio familiar (Juan José Nieto Callén, comunicación personal con base documental). También sabemos que hacia mediados del siglo XX la extensión del dominio familiar abarcaba cerca del millar de hectáreas.

Dado el hecho de que de los señores de Barbuñales dependía una superficie de esa magnitud, con olivares, viñas, cultivos y animales de domésticos y de tiro. Si se producían legumbres, coles, aceite de oliva, cereales, vinos, tal vez lana, y, seguramente, se preparaban carnes para todo el año en la época de matanza; si además se hubiere contado con muchas cabezas de ganado, incluyendo mulas y caballos, se necesitaba personal para atender todo eso, aun en el caso de que buena parte de esos bienes provinieron de arrendatarios.

También se deben tener en cuenta para estimar el personal necesario, los transportes de mercaderías desde los centros de provisión hacia la casa, y la salida de productos locales para su venta. Eran operaciones que requerían largos y morosos pero necesarios viajes de carretones a Barbastro, a Huesca y a otras comarcas somontanas, cada uno con su nutrido contingente de servidores. Además, la familia sostenía relaciones eclesiásticas y, posiblemente también, crematísticas debido a la renta de los *censos* que aportaban a la economía de la casa solariega.

Todo eso insumiría una amplia planta de personal, tal vez de docenas de personas. Eso sin contar con el trabajo doméstico, con la cría de animales de corral y también con el cuidado del huerto doméstico. También suponemos que debían cuidarse y mantenerse en buen estado las caballerías de uso, además de repararse sus arreos y los aperos y herramientas de labranza.

Además, no hemos contemplado en esta especie de inventario el personal casero y el encargado de la producción básica de algunas incipientes manufacturas. Incluso en una familia con muchos hijos era necesario el poder contar con ayas, auxiliares domésticas, cocineros, algún dómine o instructor de los niños de la casa, con los *leñazeros* (encargados de la recolección y preparación de la leña), los limpiadores que podaban las viñas y los frutales, los recolectores de aceitunas y uvas, los viñadores, los extractores del aceite, etc.

Los valores estadísticos medios de la relación porcentual de labradores propietarios sobre el total de labradores (propietarios cultivadores más arrendatarios) en Aragón en el siglo XVIII, hacia 1797, eran del 49 al 83% y el número medio de jornaleros por un labrador en 1787, era de 1 a 2,9 (Fernández de Pinedo *et al.*, 1980: 57), esta cifra última aparenta ser sorprendentemente baja, la que sólo se puede explicar por la existencia de arrendatarios y colonos (definidos como labradores), los que a su vez empleaban un número adicional de peones o jornaleros, no considerado entre esas categorías de análisis que en esos años diferían mucho de las de medio siglo antes. La opinión de Castellanos de Losada (1847, 1856), si bien resulta en general poco confiable, creemos que pudiera llegar a ser atendible en el caso del poblamiento de Barbuñales. El mismo habla de un numeroso grupo humano dependiente de los Azara en Barbuñales, al tiempo de la crianza de sus hijos, que estaría compuesto por criados, trabajadores y colonos – tal vez estos últimos arrendatarios– y coincide con la opinión expresada por José Nicolás de Azara cuando visitó en el otoño de1800, después de 45 años de ausencia, la casa solariega, diciendo de ella: *"La casa de mi hermano* [Francisco Antonio, el detentador del mayorazgo] *me parece la de los antiguos patriarcas que nos pintan los poetas. Llena de criados y de una labor inmensa"* (Sánchez Espinosa, 2000: 44).

En el caso ya citado de la expulsión de los moriscos, en el primer tercio del siglo XVII, se habría producido en toda la región una pérdida masiva de la mano de obra que incluía la de uso más corriente y ese hecho habría determinado un cambio drástico en la forma cotidiana de vida y en la organización doméstica de la mayoría de las casas de los infanzones rurales, un hecho que tuvo que haber afectado principalmente el ordenamiento económico, pues ciertas forma de producción cesaron o, al menos, menguaron decididamente. Esa circunstancia obligó a un reordenamiento radical de la vida rural, especialmente en los predios ocupados por los infanzones rurales.

En consecuencia, mientras que algunos de ellos, faltos de una solución práctica para subsistir o de ánimo para el trabajo rudo, se echaban al monte y a los desfiladeros y los pasos pirenaicos, en pleno tren de bandidaje y de contrabando, otras familias del mismo estamento se volcaban hacia las funciones eclesiásticas y administrativas, sirviendo a la corona en la creciente burocracia del Estado. Entre éstas últimas se contaban los Azara de Barbuñales, que advinieron al siglo XVIII con sus abundantes tierras de labrantío, sus censos, prebendas y rentas; con sus parientes eclesiásticos y sus extensas relaciones matrimoniales, en una larga historia desenvuelta a través de generaciones, profundamente entramadas con las de muchos de los otros señoríos de la comarca.

Dada esta situación, se puede pensar que se habría dado en muchas casas rurales antes prósperas, una casi disolución de la autosuficiencia de la propia economía y de la productividad del restringido mercado regional, para pasar a una vida mucho más vegetativa y dependiente de la estructura sociopolítica regional. No se produjo una excepción a esta adaptación en lo atinente a la familia de los Azara, con respecto a la cual, aunque no tan exageradamente como lo fue en el caso de los Bardaxí de Puyarruego de fines del siglo XVII, pudiera decirse que en cierta medida y en los inicios del siglo XVIII, conformaban

"...una estirpe clerical criada entre breviarios, misales, presbiterios, capellanías y retablos" (Pallaruelo Campo, 2002).

Sobre el mismo tema dice Castellanos de Losada (1856), tratando acerca de don Mamés de Azara, canónigo de la Catedral de Huesca y "maestrescuela" de la misma, hermano mayor de don Alejandro de Azara y Loscertales, que desde hacía un siglo antes, había Azaras repartidos en los cargos de chantres y maestrescuelas de la catedral de Huesca, y que contaban además, con un gran número de parientes más o menos cercanos en diversos cargos eclesiásticos dispersos por el Somontano, en particular en el de Barbastro. Este tipo de relacionamiento era especialmente valorado por muchas familias de infanzones de la región, pues daba respaldo y valimiento, tanto para gestiones económicas e inmobiliarias en el presente, como para asegurar asesoramiento y apoyo en lo que se refería a la educación de los hijos, y aún también para avalar gestiones de cambios significativos en la vida de éstos, tales como el ingreso a la universidad, al sacerdocio, a la milicia, a la armada y a la corte como funcionarios menores y auxiliares.

Acerca de quien fuera como persona particular don Alejandro de Azara y Loscertales, es casi nulo lo que se sabe. Evidentemente tuvo que haber sido un típico jefe de familia altoaragonés y un pequeño noble –infanzón– laborioso, pacífico, fuertemente individualista y dotado de esa tenacidad ruda y decidida, con que la mayoría de los estudiosos caracteriza el ethos aragonés. Todo eso acontecía en el seno de una sociedad marcadamente patriarcal si se la compara con otras contemporáneas, como las del país Vasco y de Galicia. En ese sentido resulta valioso el ensayo de Andrés Ortiz-Osés (1992), cuando analiza la cultura típica aragonesa. Para el mismo no existe una fisonomía cultural aragonesa tan acentuada como fue la propia de Cataluña, de Asturias o del país Vasco. Considera al perfil medio cultural aragonés como oscilante entre formas catalanas y castellanas.

Si poseyera Aragón una característica distintiva, **tópica**, como la denomina Ortiz-Osés, la misma no sería la presencia en la sociedad regional de una entidad casi metafísica en la base del aragonesismo, que sería –de existir realmente– una especie de "ser local" como los que proclaman los tradicionalismos[5] y los nacionalismos. Sin embargo, existe un rasgo de neta distinción: Aragón tiene, al menos, cualidades adjetivas entre la que se destacan el realismo aragonés, generador de una especie de "sequedad mitopoyética y mágica[6]" y el voluntarismo exaltado al servicio de las causas en las que se cree.

También resalta el carácter esencialmente paternalista de la cultura aragonesa, una concepción ancestral (Ortiz-Osés la remonta hasta los orígenes indoeuropeos), la que se expresaría desde el

5 Usamos el término en sentido peyorativo para calificar a los fundamentalismos "tradicionalistas", formas irracionales del imaginario social que –al contrario del concepto dinámico de tradición– cristalizan momentos del pasado hazañoso, imaginario o supersticiosamente re-creado, como forma de intolerancia hacia la alteridad. Como dice Alberto Jambrina (2001: 121), *"la tradición es un caudal que fluye como fuente experiencial de la vida".*

6 En esto coincide el aragonés Ortiz-Osés con los análisis del excelente exégeta de la mitología y de sus aspectos brujeriles que fuera Julio Caro Baroja.

ordenamiento hasta la modalidad de las relaciones sociales e intrafamiliares, y estaría en estrecha relación con el papel femenino en el mismo ámbito, reflejado hasta en expresiones populares brutales, de las que hay numerosos ejemplos paremiológicos, como una de las sentencias que enuncian Sandra Arguás Pueyo *et al*. (2006: 484): *"A la mujer y al burro, palo duro"*, registrada en el propio Somontano vecino del de Barbastro.

Esas concepciones reforzaban algunas de las pautas corrientes dieciochescas del tratamiento intrafamiliar: la pasividad de la mujer, la decisión paterna en lo atinente a la mayoría de las cuestiones domésticas, la sequedad afectiva y la dureza en el tratamiento de los hijos. La terquedad también sería parte del esquema patriarcalista y determinante de una *"…compartición entre lo masculino y lo femenino* [que] *es clara y tajante en Aragón"* (Ortiz-Osés, 1992: 16). Este mismo autor resalta dos aspectos emblemáticos de esa mentalidad masculinista: el hecho de que el santo patrón aragonés, haya sido un guerrero seco y duro como San Jorge; y que el personaje folklórico más renombrado sea Pedro Saputo[7], dotado de una *"…condición muy áspera, de voluntad absoluta y opinión fuerte y acerada".* Y que afirmaba *"no ser sino hijo de sí mismo".*

Es proverbial también del talante aragonés lo acontecido en tiempos romanos cuando la tribu ibero-aragonesa en una batalla contra los romanos, los derrotó porque estos últimos se dejaron vencer por el cierzo, mientras que los nativos permanecían impasibles ante su gélido empuje. Una cualidad final aragonesa sería –de acuerdo con el autor que venimos siguiendo– un cierto pesimismo fatalista.

Nos hemos detenido en este análisis particular de la mentalidad patriarcal, estoica, racionalista e individualista, porque en ella se pueden hallar elementos definitorios tanto del ambiente que rodeó cercanamente la infancia de Félix de Azara y de sus hermanos, como por algunos atributos particulares que llevó aquél consigo a través de su larga vida y que se perciben, por ejemplo, en lo poco que queda de su epistolario.

Pasando ahora al análisis de los aspectos más restringidos de la estructura familiar, debemos destacar que es notable la confusión bibliográfica reinante en cuanto al orden de nacimiento de los hermanos Azara y raramente se considera a Félix como el sexto hijo que fuera del matrimonio de sus padres. Por ejemplo, tanto el generalmente estricto Olivier Baulny (1969a: 223), como Alfageme Ortiz *et al*. (1987: 15) y M. C. Mazzola (2008: 7), también lo consideran el tercero entre sus hermanos, pero el primero de ambos autores rectificó su error en 1971. La madre de la generación de los Azara-Perera, fue nuestra conocida doña María Teresa de Perera, nacida también en Barbuñales e integrante y partícipe de otro linaje regional de cierta importancia, residente también en la misma aldea y de antigua data. Vino al mundo el 24 de octubre de 1705[8] y murió en la misma Barbuñales, el 7 de diciembre de 1782, siendo viuda ya desde 1778 (Castellanos de Losada, 1848: 23; 1856: 78) Siendo aún muy joven contrajo enlace con uno de los mayores de los infanzones del entorno, don Alejandro de Azara Loscertales y Foncillas, señor de Lizana y quien –según algunos autores– también habría sido Barón de Pertusa. Fue heredero del mayorazgo local a pesar de ser el segundo hijo, ya que el primogénito, Mamés de Azara y Loscertales, fue destinado a la carrera eclesiástica.

Al iniciar su vida matrimonial, la novia contaba apenas con dieciocho años, cumplidos una semana atrás. La boda se realizó en Barbuñales, el 3 de noviembre de 1723 y ambos contrayentes transcurrieron por entero sus vidas en la casa solariega natal de don Alejandro en ese pueblo, la misma que hoy subsiste como casal familiar.

Acerca de la vida y características personales y espirituales de doña María Teresa Perera de Azara, es muy poco lo que se sabe y –según todas las posibilidades– es muy difícil que se pueda hallar documentación o referencias al respecto, pues la señora de una casa en general llevaba una vida de recato y reserva, que sólo accidentalmente podía quebrase y adquirir alguna relevancia digna de registro escrito. Por supuesto que esto queda afuera de los epistolarios en los que pudieran hallarse hasta cartas suyas[9] o referencias de terceros a ella.

---

7 Pedro Saputo es un personaje novelesco, dado a la luz pública por obra del escritor turolés Braulio Foz y Burges [1791-1865], en las páginas de una célebre novela intitulada **Vida de Pedro Saputo, natural de Almudévar, hijo de mujer, ojos de vista clara y padre de la agudeza. Sabia naturaleza su maestra,** conocida comúnmente con el título simplificado de **Vida de Pedro Saputo**. Apareció en 1844 en español y en aragonés de Almudévar. Se trata de una obra tradicional que toma como protagonista un personaje oscense del siglo XVI, que era un pícaro astuto y desarrolla sus aventuras, muchas con amplia raigambre tradicional y popular. En muchos sentidos Pedro Saputo ha sido tomado como una vívida y lúcida representación de la entidad cultural y folclórica aragonesa.

8 Las fechas dadas corresponden a las suministradas por Castellanos de Losada (1856), pues García Ciprés (1911), asigna su nacimiento al 14 de octubre del mismo año de 1705.

9 Adicionalmente a las consideraciones atinentes a la cultura familiar vigente, la duda acerca de si doña María Teresa hubiera sabido leer y escribir, se acrecienta, dado que su infancia transcurrió en los duros años de la Guerra de Sucesión, y en un medio en el que –salvo en las casas nobiliarias de más alta alcurnia y fuera de la vida

Sin embargo, en el caso de los Azara, ese tipo de correspondencia privada –de haberse dado– no parece haber subsistido y, además, todos sus hijos debieron de haber sido bastante parcos al respecto.

Tampoco sabemos si sabía leer y escribir, pues a la educación de la mujer rural, aún en casas hidalgas, con buen pasar económico y pretensiones sociales, se le dispensaba escasa atención, y sólo en niveles sociales muy altos y urbanos, se contaba con mujeres formalmente instruidas, capaces, por ejemplo, de sostener una correspondencia activa familiar o amistosa y aún más, pues alguna como la notable y culta Ana Francisca María Abarca de Bolea Mur y Castro, que se destacó en el siglo XVI y en Huesca[10], al igual que un siglo más tarde lo hiciera la zaragozana Josefa Amar y Borbón[11], la única mujer que actuara intensamente en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Pero, más aún cuando, como en el caso que tratamos, tanto doña María Teresa como su hija Mariana fueron extremadamente sedentarias y llevaron una vida social muy restringida.

Antonina Vallentín (1994: 42), alude a la misma cuestión, pero en este caso con referencia a la familia de Francisco de Goya y Lucientes, contemporáneo de Félix de Azara y como él, procedente de un pequeño pueblo cercano a Zaragoza: Fuendetodos.

"Las escasas luces que dispensa la enseñanza son el monopolio de los chicos. Incuso en los medios selectos, entre los miembros de la grandeza española, las mujeres –salvo raras excepciones– quedan al margen de todo movimiento intelectual. El conde de Fernán Núnez, embajador en la corte de Francia, dice de su esposa: "si hubiese venido al mundo en país donde se educa a las gentes, instruyéndolas, sería perfecta, pero no ha tenido esa suerte". Tampoco la ha tenido Josefa Bayeu [la esposa de Goya]. *Pero la carencia de toda instrucción era considerada más bien una ventaja en una muchacha. Un*

---

rural– se atendía muy poco a la educación femenina, al menos hasta el revalúo de la institución total de la familia, acaecido cuando se afirmó el reinado reformista de Carlos III y "*…con el correr de los años y la recepción de las ideas ilustradas, las relaciones en el hogar empezaron a resultar algo más laxas y menos jerárquicas. El sentimiento fue ganando terreno y encontrando caminos para crear un clima de convivencia familiar cada vez menos encorsetado. La esposa pasó a ser más considerada…* (Roberto Fernández Díaz, 2001: 233).

10 A propósito de Ana Francisca de Bolea [1602-1687], dice de ella Ignacio Almudévar Zamora (2005: 226): *"Su familia, a pesar de poseer un apellido tan ilustre como el de Abarca de Bolea, no disponía, siempre de dinero abundante que la hiciera llevar una vida de lujo, y por eso su madre se sacrificaba y separaba de sus hijos, como hizo con Ana Francisca, a la que a los tres años envió al monasterio de Casbas. Esta vida entre las monjas no obligaba a Ana Francisca a dedicarse a la vida monástica, y a que hasta los 22 años no emitió votos y pudo casarse, pero su inteligencia le decía que tendría que sufrir, en el mundo, a causa de la ignorancia. Su madre la amaba y se sacrificaba con su ausencia, pero ella sabía que en el monasterio su hija cultivaría su inteligencia y aprendería no sólo a leer y escribir, sino a conocer el latín, la literatura, el dibujo, la música, los bordados y a pensar sin depender de ningún hombre, lo que le permitiría tomar responsabilidades y ocupar puestos de gobierno entre las monjas y en la vida civil de los pueblos dependientes del monasterio. Fue una auténtica autodidacta. Aquel monasterio dio lugar a que doña Ana Francisca llegara a ser una de las escritoras de vidas de santos más importantes, pero no sólo de ellos, sino que escribió poesías escritas en el habla popular o* ***fabla*** *aragonesa: y allí no había una clausura cruel, sino que convivían con familiares suyas, recogiendo a sus madres y hermanas. Su sobrina, Bernarda Abarca de Villanova, cuya casa estaba en Huesca, en la calle de Sancho Abarca, se metió a monja y fue para doña Ana Francisca un consuelo y una ayuda, pues ella fue la que hizo lo posible para publicar la* ***Vigilia y Octavario de San Juan Baptista*** *en 1679, cuando ya estaba en una edad avanzada, a saber en 77 años. A pesar de ser publicada con tantos años de retraso, su sobrina demostró que doña Ana no tuvo una "juventud ociosa" y estudiaba y era maestra de sí misma y de otras monjas. Hemos visto el respeto que gozaba de los varones intelectuales como* [Juan Francisco Andrés de] *Uztárroz* [1606-1653]*, que siendo cronista del reino* [de Aragón]*, se escribía con doña Ana, y en sus cartas se pueden ver acontecimientos de la época y de la vida y pensamientos de ella. En Huesca la animaría* [Vincencio Juan de] *Lastanosa* [1607-1681] *y en Zaragoza fray Jerónimo de San José* [=Jerónimo de Ezquerra y Rosas]*,* [1587-1654]*,* [escritor aragonés, biógrafo de San Juan de la Cruz, historiador y poeta, gozó de gran prestigio en su época]. *Participaba en certámenes literarios, como aquél que se dedicó a la memoria del príncipe Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV y de Isabel de Borbón. En él tomaron parte quince mujeres…".*

11 Josefa de Amar y Borbón [1753-1833]. Nacida y fallecida en Zaragoza. Fue la mujer más erudita y destacada que actuó –como socia de mérito– en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, cuya Junta de Señoras integró. Fue hija de un distinguido médico de cámara de Fernando VII, José Amar y Arguedas y de Ignacia Borbón, que tenía parentesco con el conde Aranda. Estudio y dominó varias lenguas: latín, griego, italiano, francés inglés, portugués y catalán, lo que la habilitó para traducir al español obras científicas. Tradujo, hacia 1780, una obra del naturalista y botánico veneciano Francesco Griselini o Griselin [1717-1787], por encargo de la SREAAP, el: **Discurso sobre si corresponde a los párrocos y curas de aldea instruir a los labradores en los elementos de la economía campestre**, a la que publicó y prologó en 1783. Entre 1786 y 1790 tradujo o escribió por sí misma varios discursos sobre la dignidad y la independencia femenina. De ella es la noción radicalizada y precursora de que el cerebro no tiene sexo. Fue enemiga de la vida conventual que afectaba por entonces a tantas mujeres. Fue de la misma generación Central de la Luces que Félix de Azara y pasó del convencimiento ilustrado al liberalismo.

historiador español de nuestro siglo cuenta que conoció en su juventud a buen número de damas de muy ilustre ascendencia que le habían confiado que sus respectivos padres habían prohibido muy severamente que se les enseñara a leer y a escribir. La pureza virginal se protege con una ignorancia extrema: "instruir a una mujer era considerado como sinónimo de querer prostituirla"".

Diversos autores se han preguntado acerca de qué tipo de familia sería la de los Azara-Perera. Hay casos en que se los señala como padres ejemplares y se los caracteriza con un perfil irreal por lo acentuadamente moderno. En algunas referencias se desprende una idea idealizada como la de Gimeno Puyol (2009: xv), generalizando un hecho que creemos poco posible de que se diera en la realidad:

"ha cambiado [para ese entonces] *el concepto de familia* [como] *comunidad económica, y el hijo que recibe en su seno atención y afecto, adquiere importancia como individuo, susceptible de desarrollar todas sus potencialidades, ahora confiada por la pareja al educador".*

No existen pruebas que avalen tal suposición y la autora no tiene en cuenta la prevención que hace Francisco Chacón Jiménez (1987), con respecto a la supuesta modernización de la vida familiar:

"lo único que se puede afirmar con rotundidad es que no existe la familia española, de la misma manera que tampoco existe la familia mediterránea…", basa esta opinión en el polimorfismo cultural condicionado por la diversidad de tradiciones, por el conservadurismo rural y por la distancia de los centros urbanos mayores, y de los sitios de paso multitudinario de viajeros, que no es el caso de Barbuñales, ni siquiera el de Huesca según se desprende de la estructura vial y de comunicaciones del Somontano altoaragonés como lo revela un testigo viajero del siglo XVII (Juan Bautista Labaña, 2006) y también el extenso estudio de Pedro Rodríguez de Campomanes que en 1761 publicó su **Itinerario de las carreras de posta de dentro, y fuera del Reyno** (Campomanes, 2002), que en ambos casos dan cuenta del aislamiento local con respecto a las rutas troncales de la España de ese entonces.

Según conversaciones sostenidas con personas ancianas procedentes de zonas rurales de la comarca, sus recuerdos condicen en señalar la áspera rudeza de la vida familiar hasta, por lo menos, la Guerra Civil de 1936-1939, episodio que produjo una enorme revulsión de la vida nacional y local en todos sus órdenes y, tras ella durante largos años de carencia y pobreza, se fue estabilizando, en especial gracias a las comunicaciones, una generalización de hábitos más compenetrada con la vida urbana europea moderna.

Gloria Franco Rubio (2001: 47, *passim*) trata acerca de la convivencia en el seno familiar durante la época de Carlos III, aclarando que

"…no todo debía ser color de rosa entre los miembros de la familia, ni entre la pareja conyugal ni en las relaciones paterno-filiales a juzgar por los testimonios recogidos en fuentes literarias y periodísticas. Por ejemplo, Cadalso en sus ***Cartas Marruecas habla con estupor de la frecuencia de pleitos entre parientes cercanos y aún entre padres e hijos, algo que le producía cierta congoja porque –se preguntaba– ¿en qué puede fundarse un hijo para demandar en justicia contra su padre, o en qué puede fundarse un padre para negar alimentos a su hijo?***[12]*, y de paso arremete contra las voces sediciosas de jóvenes necios que con tanto desacato hablan de la dignidad paterna".*

Como lo supone la autora arriba citada, resulta adecuado interpretar que

"…en estas relaciones matrimoniales, generalmente basadas en intereses familiares, como hemos visto, caracterizadas por la ausencia no ya de amor, sino también de afecto o simple respeto, la aparición de conflictos por múltiples motivos produjera comportamientos inadecuados sobre las mujeres –el eslabón más débil de la cadena–".

El asturiano Gaspar Melchor de Jovellanos, casi coetáneo de Félix de Azara, coincide en esa crítica de la vida familiar de su tiempo y agrega que al desentendimiento básico entre los padres, se sumaba la desatención implícita de sus hijos, agravada por las tensiones propias de la herencia dispar de los mayorazgos, por la necesidad de los hidalgos de cumplir pautas muy difíciles para perdurar incólumes en su papel, generalmente tan zarandeado, de miembros del estamento más bajo de la sociedad nobiliaria, más aún cuando la política de apertura de los Borbones dio lugar al ingreso de grandes sectores de la baja aristocracia, y aún de la burguesía, a los puestos públicos y cortesanos creando así un inusitado juego de emulación, esperanzas y búsqueda de padrinazgo e influencias.

Retornando a Franco Rubio (2001: 52)

"Las relaciones entre padres e hijos hasta la segunda mitad del siglo XVIII habían venido marcadas por un discurso religioso y moral donde se conceptuaba a la infancia de una manera confusa, poco relevante, y al niño como un estorbo y como una carga. La actitud mayoritaria de los padres hacia su prole era de indiferencia, frialdad, desinterés y hasta desprecio. Los historiadores de la familia aducen razones demográficas, económicas, y culturales para explicar este comportamiento, e incluso explicarían esa indiferencia como un medio de autoprotección por parte de los padres ante la alta mortalidad infantil; la situación económica

12 El resaltado corresponde originalmente a la autora de la cita.

de la familia pesaría decisivamente sobre el tratamiento dado a los niños… (…)…a nivel cultural podemos decir que la infravaloración de la maternidad en el discurso ideológico dominante, pesaba negativamente sobre la consideración debida hacia el niño. Pero quizá no fuera tanto la ausencia de afectividad entre padres e hijos sino el resultado de una sociedad donde la exteriorización de los sentimientos no estaba considerada como de buen ***tono****"*[13].

En conclusión, podemos decir que la ausencia de información al respecto y la convergencia de múltiples factores circunstanciales, hace que tengamos una total incertidumbre acerca de una adecuada valoración, ya que sólo puede ser efectuada con mirada extratemporal, nada menos que con dos siglos y medio de retraso –un ilícito historiográfico– acerca de cómo pudiera haber sido la vida cotidiana en Barbuñales de la familia Azara-Perera, pero estamos lejos de poder atribuirle rasgos exageradamente positivos. Naturalmente, este último adjetivo es relativo, pues reduce esa condición a un modelo ideal atemporal.

Sin embargo, nuestra metodología no es ésa: dado que parte del hecho de ubicar los sucesos que tratamos en un contexto transicional, como lo era el que se vivía fuertemente en el Altoaragón desde la Guerra de Sucesión, y cuyas alternativas se iban haciendo cada vez más heterogéneas y complejas en la medida que se instalaba en la sociedad toda el modelo global ilustrado. Por eso, denotamos como negativo todo aquello que se tornaba particularmente conflictivo y creador de tensiones intrafamiliares, interfamiliares y sociales. Y eso sí que arrastraba consecuencias fácticas de magnitud en el destino de los protagonistas.

Un joven infanzón de la estirpe de los Azara, expulsado o marchado por decisión propia de las aulas de la Universidad de Huesca, resultaba casi inimaginable en el siglo precedente, y las consecuencias de ese acto serían esencialmente distintas medio siglo después, devaluados incluso legalmente los mayorazgos. Esta es una señal del acelerado relativismo valorativo a través de las generaciones que transcurrieron desde el inicio hasta mediados del siglo XVIII.

Otras infancias contemporáneas, e incluso ulteriores como la de Pablo Forner (François Lopes, 1999) y la de José María Blanco White –este último nació varias décadas después y en una urbe mayor como Sevilla– son en alguna forma prototípicas. A su vez, la de José de Cadalso, muestra otra faceta corriente en el siglo: el abandono en el que podía caer un pequeño en la orfandad materna, aún en familias de abolengo y buen pasar económico.

Otro factor de disolución familiar y de mengua en las relaciones tanto parentales como fraternales estaba dado, y muy especialmente en la familia Azara, por el alejamiento de los hijos para estudiar en ciudades muy distintas y, a veces, distantes, de la aldea natal. Un ejemplo es el caso de José Nicolás de Azara, que recién se encontró con su hermano Félix, cerca de cuarenta años después de cuando hipotéticamente[14] lo viera de muy niño, pues como dice Gimeno Puyol (2009: xiv), tanto él como el primogénito Eustaquio, desde que se radicaron, pequeños aún en Huesca, bajo el tutelaje de su tío Mamés de Azara y Loscertales, difícilmente hubiesen

"…visitado a su familia, cercana en el espacio, aunque lejana por las conocidas dificultades de los caminos de la época".

La propia Gimeno Puyol (2009: xv) se extiende más adelante sobre la relación de los mismos hermanos y comenta su reencuentro en el año 1800 con una edad cercana a los setenta años por parte del mayor, ya inmersos en un *"admirable mundo nuevo"*, y destaca que:

"Este desapego y dispersión familiar afectó a casi todos los hermanos".

El padre de los hermanos Azara-Perera, era hermano del sacerdote y catedrático de la Universidad Sertoriana de Huesca, Mamés de Azara Loscertales y Foncillas, quien había nacido también en Barbuñales el 17 de mayo de 1698 y que, tras llevar una densa vida eclesiástica, docente y estudiosa, entre cuyos frutos se cuenta la escritura de una obra sobre derecho canónico, intitulada **Xistus juris civilis**, publicada en 1738 en Barcelona, fue muy poco lo que se apartó cuando se asentó su vida catedralicia en Huesca, de la comarca, e ignoramos si retornaba de tanto en tanto a la casa familiar de Barbuñales. Llegó Mamés de Azara a alcanzar la dignidad de Maestrescuela Catedralicio[15]. De

13 La autora cita un trabajo de J. Antón Pelayo: Comportamientos familiares y actitudes culturales durante la época moderna. ***Studia Historica***, vol. 18, 1998, en el que se hace una "*buena revisión bibliográfica sobre este tema"*. Sobre la misma cuestión, añade Roberto Fernández Díaz (2001: 233) que "*…el cariño hacia los hijos se fue convirtiendo en un valor social aceptado…"* en la época de la eclosión ilustrada bajo Carlos III, en un tiempo varias décadas por delante de la crianza de los hermanos Azara-Perera en Barbuñales.

14 Supone Gimeno Puyol (2009: xiv), que quedaría en la mente de José Nicolás un "recuerdo difuso" de algún breve encuentro infantil, del que Félix no tendría memoria.

15 **Maestrescuela:** Dignidad propia de algunas iglesias catedrales, a cuyo cargo estaba la regulación y dirección de las ciencias eclesiásticas. Era una jerarquía

acuerdo con García Ciprés (1911: 7), comenzó sus estudios:

"... en Jaca a la edad de diez años. Al lado de su tío el obispo de Jaca, D. Mateo Foncillas, abrazando el sacerdocio y fue canónigo de la Catedral de Huesca, catedrático de su Universidad, vicario general del obispado y dos veces gobernador eclesiástico en sede vacante en Huesca. Como pretendiese en su tiempo el conde de Aranda, el señorío temporal de la baronía de Pertusa, a la que pertenecía Barbuñales, se opusieron los cinco pueblos que la componían[16] *y don Mamés tomó a su cargo la defensa de este pleito, logrando no sólo vencer al conde en cuantos tribunales se presentó el asunto, sino que también dejó exenta la baronía del pago de 50 libras a Zaragoza, por considerarse como barrio*[17] *de dicha ciudad, declarándoles realengos, por lo que se lo denominó el libertador de su país. Murió de cerca de setenta y cinco años en Huesca, el 23 de febrero de 1773."*

Como ya lo adelantamos, la boda de don Alejandro de Azara con María Perera tuvo lugar en los primeros días de noviembre de 1723, pero recién comenzaron a rodearse de hijos casi cinco años más tarde, en 1727, después de atravesar un período de infertilidad que atribuló mucho al matrimonio. A partir de entonces la sucesión de descendientes siguió un ritmo regular hasta 1744.

Los años de infertilidad del matrimonio seguramente sumieron en alarma y tribulaciones a la pareja, pues como dice Antonio Beltrán (1990: 27) con respecto a las actitudes sociales básicas y tradicionales de Aragón:

"La madre recibirá siempre en Aragón como en todas partes, la veneración que el misterio de la vida provoca; [pero] *como siempre será considerada despectivamente la mujer estéril, situación que se atribuirá a maldición divina, y que resultará fatal para el porvenir económico de la familia...",*

a lo que podríamos añadir "y de la estirpe", de acuerdo con las vigencias mentales de esos años. Y prosigue el autor citado:

"La esterilidad podrá ser consecuencia de maldiciones o embrujamientos; determinadas aguas la corregirán, el apoyar o frotar la cabeza sobre piedras con virtud desarrollarán la fertilidad, aunque no conozcamos [en Aragón] *casos como los de Portugal o Galicia, donde deslizar el vientre sobre piedras dolménicas "escurreguedeiras" era garantía segura de embarazo...".*

Cualquiera fuere la causa de la infertilidad matrimonial, el hecho es que a los cinco años de haberse casado, doña María Teresa comenzó con un ciclo de maternidad regular, del que nacieron siete hijos, todos ellos saludables. Para lograr esa culminación feliz de su período de maternidad inhibida[18], posiblemente fue que colocaron en la sala principal de la primera planta un gran ex-voto que aún perdura en su sitio, un cuadro muy bien pintado de San Ramón Nonato, con cirios, lazos y flores, pues éste era en el santoral el protector de los partos y el propiciador de la fertilidad femenina. No sería raro que doña María hubiera hecho en el ínterin algún viaje a Jaca para tocar ritualmente las reliquias de San Félix, consideradas también propiciadoras de la maternidad.

La sucesión de la descendencia del matrimonial fue la siguiente:

1) El primogénito, que fue Eustaquio de Azara y Perera, quien nació en Barbuñales el 19 de septiembre de 1727. "Llevado por su vocación religiosa", como refiere el panegirista de su familia

---

catedralicia de privilegio, rodeada en general de gran prestigio y gozaba de mucha influencia en la disposición de los asuntos de la Iglesia relacionados con la vida civil entornante.

16 Los cinco pueblos eran Azlor, Azara, Barbuñales, Peraltilla y Abiego.

17 El concepto de "**barrio**" en el siglo XVIII significaba para una población su dependencia eclesiástica y señorial de una localidad geográficamente más o menos cercana. En el caso de Pertusa su predominio como baronía sobre las aldeas circundantes se reforzaba por ser el paso obligado de caminantes, jinetes y carruajes que buscaban el cruce por su cercano puente sobre el río Alcanadre.

18 Una hipótesis por ahora meramente auxiliar pero con muy poca documentación de carácter directo, es que los años de 1723 a 1726, dado que en el invierno (enero) de 1727 se habría iniciado la gestación de Eustaquio, el primer hijo, es que se hubiera cumplido uno de los ciclos húmedos y fríos excepcionales, en los que se producían también las epidemias de tercianas por la proliferación de mosquitos en sitios encenagados (Nieto Callén y Bosch Ferrer, 1996). La humedad reinante era alta y afectaba desde 1722 a la región, en especial para la agricultura, dando lugar a una crisis de la producción del trigo, como se solía presentar periódicamente, maximizando, en consecuencia, el consumo local del centeno. Existe mucha literatura médica al respecto del mencionado cereal con el que se panificaba: el centeno. Como consecuencia de la humedad se hacía propicio el desarrollo de un hongo llamado el "cornezuelo del centeno", productor de un alcaloide, la ergotina o ergotamina que, consumido con el pan elaborado con el centeno, tiene una acción –llamada ocitócica– sobre el útero femenino y puede ser causa abortiva en los primeros estadios de la gestación, o simplemente inhibir la anidación del embrión en las paredes del mencionado órgano. Adicionalmente a esos alcaloides existen en el cornezuelo más de doce productos de la misma naturaleza farmacológica, y muchos de ellos, están dotados de acción antagonista de la fertilidad. Superada la alteración climática, el organismo femenino se regulariza y la fisiología reproductiva se hace normal. Ésta sería la hipótesis más plausible para explicar el caso dada la total recuperación acaecida al normalizarse el clima.

y, a pesar de ser el heredero natural del mayorazgo, hizo su ingreso a la orden Benedictina, realizando una densa y honorífica carrera eclesiástica, llegando a desempeñar altas dignidades en su Orden, hasta ser obispo de Ibiza y después de Barcelona, dignidad que ejercía al sobrevenir su muerte en dicha ciudad, el 24 de junio de 1797.

Eustaquio de Azara y Perera, nació el 19 de septiembre de 1727 y murió en Barcelona el 24 de julio de 1797. También se citó abril de ese mismo año de 1727, como posible mes de su nacimiento, según la opinión de García Colmeiro (1911).

2) El que sería el más célebre de los hijos, José Nicolás de Azara y Perera, nació en Barbuñales, en el Somontano altoaragonés, el 5 de diciembre de 1730 (Sánchez Espinosa, 2000: 9) y falleció en París el 26 de enero de 1804, enaltecido por su ingreso a la alta nobleza como marqués. Pasó toda su vida, desde la más temprana niñez lejos de la casa familiar, a la que hemos visto que recién regresó en el año 1800 y por una breve estadía, cuando ya contaba sesenta y nueve años de edad, y estaba a sólo tres años de su fallecimiento, que se produjo en París en enero de 1804.

3) Fue Mateo de Azara y Perera, el tercero[19] en la progenie, puesto que nació el 20 de septiembre de 1733, fue sacerdote y murió en el Monasterio de Poblet de Cataluña, a los 42 años de edad, el 1º de octubre de 1775, habiendo llegado a ser Auditor en la Real Audiencia de Barcelona –lo que revela que tenía méritos y trato social como para merecer esa dignidad– pero es muy poco lo que se conoce acerca de su vida, a la que suponemos sobria y silenciosa, como la de un sacerdote de la baja jerarquía clerical, en el denso y complicado mundillo interno de la Iglesia y en una sede de la magnitud de la de Barcelona.

4) Lorenzo de Azara y Perera, ha sido el cuarto hijo, quien llegaría a ser Chantre de la Catedral de Huesca, nació en Barbuñales el 15 de agosto de 1736 y murió en la ciudad de Huesca el 15 de agosto de 1773. Se graduó de Doctor en Cánones y fue miembro de la jerarquía catedralicia de Huesca, cumpliendo así más de cien años esta familia en *"… el cargo de la Cátedra de Sesto de Cánones"* (Castellanos de Losada, 1856: 113)

5) El quinto lugar correspondió a la primera y única mujer, María Ana o Mariana de Azara y Perera, la que nació el 13 de diciembre de 1739 en Barbuñales, y murió en Graus el 4 de abril de 1822. La misma se casaría con el heredero de Puyarruego y Graus, José de Bardají, constituyendo una rama familiar con gran protagonismo en el siglo XIX español, conocida antes como Bardaxí. Una vez radicada en Graus, poco más tarde de su casamiento y cumpliendo una manda testamentaria incluida en el contrato matrimonial, ya no abandonó esa localidad en la que se afincó su familia.

6) El sexto de los hijos fue el conocido como Félix de Azara y Perera, cuyo nombre completo de bautismo era: Félix Francisco José Pedro de Azara y Perera, quien había nacido el 20 de mayo de 1742 y murió en Huesca el 20 de octubre de 1821[20] y de quien nos ocupamos en esta obra.

7) Por último, vio también la primera luz en Barbuñales, el séptimo de los hijos, Francisco Antonio de Azara y Perera, quien nació el 1º de octubre de 1744 y falleció el 2 de mayo de 1820, en Huesca, a los 75 años de edad. Fue el portador del mayorazgo y el padre de Agustín de Azara y Perera Mata y Rivas, nacido en Barbuñales el 28 de agosto de 1801, y quien fue el único continuador de

19 Según Baulny (1968: 35), Félix de Azara y Perera habría sido el tercer hijo de la familia, pero esa referencia se ve desmentida considerando las fechas de nacimiento de los distintos hermanos, que lo ubican en el sexto lugar en la sucesión cronológica familiar, y el propio autor mencionado antes, rectificó esa aseveración en una publicación ulterior (Baulny, 1991).

20 Con relación a este dato quienes mejor resumen las contradicciones de la bibliografía y el esclarecimiento crítico de la verdadera fecha de nacimiento, son Álvaro Mones y Miguel Ángel Klappenbach (1997: 1, nota 3), cuyas consideraciones son: "*Félix Francisco José Pedro de Azara y Perera (Barbuñales, 18.5.1742 – 20.10.1821). El conocimiento de la fecha exacta de su nacimiento lo debemos a Álvarez López (1952: 7-8) quien transcribe la partida de bautismo. Hasta ese momento se manejaba también el año de 1746. Así González (1943b: lxxxiii) dice que falleció a los setenta y cinco años de edad, siguiendo a Walckeaner, en considerar también 1746 como el año de nacimiento. Aun autores posteriores continúan incurriendo en errores, indicando el 19 de mayo de 1742 (Baulny, 1868: 2), o el 18 de mayo, pero de 1746 (Beddall, 1975: 16); Mañé Garzón, 1996: 154). En realidad* [Félix de] *Azara falleció a los setenta y nueve años y cinco meses. Cardozo (1959: 403) indica como año natal el de 1752, pero esto parece ser una errata tipográfica. También con respecto a la fecha de fallecimiento encontramos errores como cuando Alfageme Ortiz et al. (1987: 20, 129) o Schuller (1904: xxi) dicen que murió el día 17 de octubre de 1821, cuando en realidad el deceso ocurrió el día 20 (Castellanos de Losada (1847a: 252)*". El certificado de defunción de Félix de Azara, del que nos ocuparemos en el tomo III de esta obra, brindando una copia del mismo corrobora la fecha del 20 como día del deceso: así figura en el **Archivo Diocesano de Huesca: Quindi libri de la Parroquia de la Catedral**, bajo la signatura 7-1/150-1, y comienza diciendo:*"Día veinte de octubre del año mil ochocientos veinte y uno murió el Brigadier Don Félix de Azara soltero, de setenta i nueve años de edad..."* (el original del certificado fue consultado y copiado por Juan José Nieto Callén).

la progenie masculina de los Azara y el antepasado común de los representantes actuales de la misma estirpe.

Al revisar la historia de los hermanos Azara y Perera, dice Sánchez Espinosa (2000: 9) que sus *"... carreras parecen una ilustración dieciochesca del refrán "Iglesia, Mar y Casa Real",* que aludía a la suerte de los hijos de infanzones aragoneses de probado linaje, pero con bajas posibilidades económicas, quienes contaban fundamentalmente con ese espectro de posibilidades para sostener sus vidas dentro de un marco de tradición familiar y de continuidad de sus más bien magros pero, así y todo, significativos privilegios en la sociedad fuertemente estamental de la época.

LA SITUACIÓN ECONÓMICA DE LA FAMILIA AZARA

A pesar de que una búsqueda fina en registros notariales y parroquiales, incluso universitarios, podría aportar datos al respecto, ya hemos formulado alguna suposición de que el núcleo familiar podría vivir más de rentas sobre bienes, canonjías, censos y administración de herencias, arrendamientos a colonos de parte de la heredad, que a partir del producto de la tierra. Pero, lo más probable es que ambas fuentes aportarían cada una lo suyo. Es posible que el pasar familiar fuera relativamente bueno en el ámbito comarcal y también regionalmente, aunque modesto[21] en relación con los grandes patrimonios nobiliarios aragoneses, ya que la salud y la supervivencia en los años de infancia de sus miembros es uno de los mejores indicios de la ausencia de carencias agudas y demuestra una calidad de vida relativamente buena en el entorno familiar.

Pallaruelo Campo (2002: 157) caracteriza a los Azara como

> *"...labradores acomodados: infanzones rurales con algunas tierras, media docena de sirvientes entre criados y pastores, algún ganado, ciertas rentas provenientes de las pensiones de censos establecidos dos siglos atrás, muchos tíos presbíteros y parientes acomodados en las mejores casas de la comarca...",*

una afirmación que ya hemos comentado. Como la mayor aspiración familiar estaba enteramente volcada hacia el objetivo de lograr la continuidad de la estirpe, en lo posible a través de una buena inserción social de sus hijos, eso significaba asumir gastos, que podían llegar a ser ingentes, puesto que se debía asegurar la educación de cada uno. La misma, que en todos los casos, menos en el de la única hija mujer y el del mayorazgo, necesariamente se llevó a cabo total o parcialmente lejos de la casa natal. Tal vez éste sea el signo más claro de cierta holgura económica pues era una época de general pobreza regional (Naval Más, 1980) en la que esas ambiciones familiares sólo podían ser asumidas dentro de un marco de mediana riqueza o a costa de esfuerzos y –en algunos casos– de privaciones, pero siempre con el requisito imprescindible de una base de mínima solvencia, de la que los Azara-Perera indudablemente dispusieron.

En lo atinente a Mariana o María Ana, la única hermana mujer entre los Azara y Perera, la que contrajera enlace el 5 de junio de 1758, según narra Severino Pallaruelo Campo (2002), no hubo problemas inmediatos y acuciantes de dote ni de aportes familiares, dado que el bien planificado casamiento con Joseph de Bardaxí y Barrau, señor de Villanova, señor de Las Vilas y *"de otros lugares",* respondía en la intencionalidad del novio, que debía acomodarse adecuadamente a una disposición inexorable del testamento de un poderoso tío sin herederos directos, por cuyos efectos su cuantiosa herencia de la casa y bienes del linaje de la rama familiar de Puyarruego, se uniría la de los Bardaxí de Graus, con numerosas posesiones adicionales en la comarca, pues debía pasar a su sobrino cuando éste contrajera matrimonio.

El mismo fue concertado entre ambas familias, siendo actor principal de las tramitaciones previas el sacerdote benedictino del convento de San Victorián, Eustaquio de Azara, hermano de la novia. Carecemos de datos documentales acerca de la dote de María Ana, pero es evidente que el buen tino del primogénito de los Azara, que fue quien concertó el enlace sin que los novios se conocieran previamente, y que la desahogada posición que lograría tras su matrimonio Joseph de Bardaxí, simplificó y facilitó todo para que el acto no fuera gravoso para la familia de María Ana. Como dice Pallaruelo Campo (2002: 166):

> *"...los acuerdos sobre dotes exigían negociaciones arduas: ocurría así en todas las casas, en las poderosas y en las pobres. No se trataba sólo de*

21 Coincide con esta opinión María Dolores Albiac-Blanco (M.S., en prensa) cuando dice acerca de los Azara: *"...la familia pertenecía a la baja nobleza rural y poseía un pasar desahogado y suficiente para vivir en la aldea de las rentas de la tierra, lejos de los fastos y despilfarros habituales en la gran nobleza urbana, propietaria de estado y señora de muchos vasallos."* Sin embargo el inefable Castellanos de Losada (1848: 24) dice: *"La casa de los Azara en los tiempos de don Alejandro, era una de las más acomodadas y principales del país, y como tal se la consideraba la más rica del pueblo por el número y excelente calidad de su tierras y por la mucha gente que ocupaba en su labor; de suerte que era preciso suma inteligencia de parte del señor, para saber dirigir los trabajos que habían de acrecentar su hacienda y hacer la felicidad de sus criados y de sus colonos."* Es muy posible que se trate de una fantasía encomendada para dar más lustre a su prosapia por parte de Agustín de Azara, su mandante.

establecer la cuantía total de lo que debía pagar la casa de la contrayente. Era necesario hablar de los plazos, de la posibilidad de pagar en especie, de lo que ocurriría si la contrayente –Dios no lo quisiera– moría sin hijos, etc., etc."[22]

En otro orden importante de cosas, ignoramos en gran medida, lo referente al costo de los estudios de los hijos en la Universidad de Huesca, pero podría haberse dado algunas canonjías al respecto que apoyaran una modesta subsistencia de los estudiantes junto a familiares, entre los cuales el principal era don Mamés, pero había muchos vínculos de parentesco oscenses. Incluso con la otrora pudiente familia de los Lastanosa[23].

En el caso del primogénito, Eustaquio, sabemos por Castellanos de Losada, (1848; 1856: 80), reiterado por García Ciprés (1911: 7), que inició sus estudios cursando *"... latinidad en Abiego con el ilustre presbítero Martín Bierge"*. Esto fue antes de iniciar sus cursos en la Universidad Sertoriana de Huesca, en la que durante *"nueve años se aplicó a los estudios mayores"* (Nieto Callén, M. s., en prensa), de modo que habría ingresado en 1742, a los quince años, y de la que egresó como Bachiller en Cánones el 3 de junio de 1751 (Finestres, 1997), después de haber profesado en la Orden Benedictina el 5 de octubre de 1748[24]. Seguramente debió residir, como muchos otros de los alumnos ya ordenados o profesos en casas de las órdenes religiosas, en alguno de los muchos colegios que, al efecto, se habían abierto en Huesca. Estando Abiego aproximadamente a 10 kilómetros de Barbuñales, por caminos sinuosos. Debemos suponer que debió residir el joven Eustaquio, ya fuera continuamente o en forma alternada, en esa localidad. La familia tuvo que haber hecho algún tipo de aporte para su manutención. Eso denota, además, que faltó de su hogar desde muy temprana edad.

Acerca de los hermanos Lorenzo y Mateo, aunque ambos fueron eclesiásticos, conocemos muy poco. Ninguno de ellos se alejó de la vida sacerdotal ni hay referencias ni críticas conocidas al respecto de su actuación. El primero, que falleciera en 1773, dejó vacante un patrimonio rentístico de cierta consideración, comprendiendo numerosos censos co-

---

22 El propio contrayente, Joseph de Bardaxí y Barrau, estaba pagando lentamente el remanente de la dote de su madre, doña Orosia, fallecida tempranamente, pues los acuerdos familiares eran imprescriptibles, aunque solían pagarse con retardo y con enormes facilidades.

23 La familia Lastanosa fue una de las más renombradas de Huesca, en la que tuviera presencia notable durante la segunda mitad del siglo XVI y gran parte del XVII. Eran infanzones de acendrada prosapia, reconocida en 1628 por la Real Audiencia de Aragón. Se radicaron en Huesca, siendo originarios Pomar y Monzón, en la zona del río Cinca, habiéndose establecido en la capital oscense en la primera de las fechas indicadas. Contaban con una fortuna apreciable y esa situación permitió que sus dos vástagos más ilustres del siglo XVII, brillaran con particular relieve al poder desarrollar sus condiciones personales. Ellos fueron Vincencio Juan de Lastanosa, nacido en Huesca en 1607, y su hermano Juan Orencio de Lastanosa, también oscense. El primero, Vincencio Juan, educado en Barbastro, después de una vida civil de 35 años, ingresó al ejército como capitán de una compañía oscense que defendía los vados del río Cinca durante la guerra de Cataluña contra los franceses. Quedó viudo con doce hijos en 1644. Era un humanista y se destacaba por sus colecciones de documentos, manuscritos, monedas, medallas y todo tipo de curiosidades, incluyendo las de Historia Natural. Publicó una obra sobre numismática. Tuvo trato con las más esclarecidas personalidades aragonesas de su tiempo y cultivó una estrecha amistad con el gran humanista que fuera Baltasar Gracián. Con gran sentido estético él y su hermano Juan Orencio, que siguió la carrera eclesiástica, llegando a ser, en 1631, rector de la Universidad Sertoriana de Huesca, erigieron y ornamentaron con gusto barroco una capilla lateral a la catedral de Huesca, en la que crearon un panteón familiar. Sin embargo, al tratar acerca de Vincencio Juan de Lastanosa, debe tenerse en cuenta la advertencia de la mencionada María Celia Fontana Calvo (2003: 169):

*"No obstante la importancia social de este personaje, recientes investigaciones han demostrado que la descripción más abultada de sus propiedades (biblioteca, armería y jardines), y que creó un auténtico mito en torno a su persona, es una falsificación del siglo XVIII. También buena parte de su genealogía fue favorablemente recreada. Véanse sobre el tema: Álvar, Manuel, "**Una genealogía fantástica de los Lastanosa"**, en **Homenaje al profesor Juan Torres Fontes**, Murcia, 1987, pp. 47-55; Gil Encabo, Fermín, "**La ficción "telomoniana" de Pellicer en torno a Lastanosa", Actas del V Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro,** celebrado en Münster, 1999, Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2001, pp. 623-634, y especialmente, Garcés Menau, Carlos, en su "**Lastanosa. La gran falsificación"**, publicados como artículos, **Diario del Alto Aragón**, Huesca, enero-marzo de 2002."*

24 Ver Nieto Callén (M. S., en prensa). Este autor, basado en documentación del AHPZ, dice al respecto de sus estudios que, para

"...poder financiar[los]*... Eustaquio de Azara echó mano de un Pío Legado de Mosén Pedro Salamero, abad que fue de la parroquial de la villa de Estadilla. Los patronos de dicho pío legado eran Benon Sichar, infanzón, vecino de Estada y Esteban de Abbad y Pueyo vecino de Estadilla. El objetivo era ayudar a estudiar a los parientes en los estudios de Barbastro y Huesca. El pío legado quedó sin beneficiario y sus abuelos de Estada propusieron como beneficiario a Eustaquio de Azara, quien ya estaba residiendo en Huesca, probablemente bajo la responsabilidad de su tío Mamés de Azara, canónigo de la Catedral de Huesca."* Este mismo autor dice que Eustaquio profesó en 1749 en la orden de los Benedictinos claustrales del Real Convento de San Victorián. El fechado para 1748 tal como aparece citado en nuestro texto, proviene de Castellanos de Losada (1856).

marcales, con un rendimiento anual de seis libras de renta. El año de 1775 todavía estaba sin ejecución testamentaria, como consta un documento del Archivo Diocesano Catedralicio de Lérida, en el que se da cuenta del monto de sus bienes testamentarios.

Cuando José Nicolás pasó a estudiar en la Univerdad de Salamanca lo hizo en categoría de manteísta [25] *"...donde por influencia del ex-colegial don Pedro Colón de* [Toledo y] *Larreategui*[26] *obtuvo una beca en el Colegio Mayor San Salvador de Oviedo. En Salamanca pasó algo más de diez años, tras los cuales, por* [reiterada] *recomendación de Colón de Larreátegui, fue propuesto para una plaza de oficial mayor en la Secretaría de Estado, cuyo titular era el irlandés Ricardo Wall*[27]*. Su nombramiento tiene fecha de 3 de marzo de 1760"* (Sánchez Espinoza, 2000: 9).

En este cargo en la secretaría madrileña duró cinco años hasta 1765, y fue el periodo en el que trabó su prolongada amistad con Bernardo de Iriarte y con Eugenio de Llaguno, con los que compartía sus tareas (Sánchez Espinosa, 2000: 9)

Una vez ubicado en la corte, José Nicolás o simplemente Nicolás como firmaba y deseaba ser llamado, fue autónomo en su manejo personal, llegando a gozar de un pasar especialmente pródigo que le permitió vivir holgadamente en Italia a partir de su nombramiento como Agente de Preces[28] en Roma,

---

25 **Manteísta**: En el orden estratificado de los estudiantes universitarios, que se establecía según su estatus nobiliario y sus posibilidades económicas, la situación más elevada correspondía a los Colegiales, seguidos inmediatamente por los manteístas, denominados así porque utilizaban como vestimenta más externa una especie de capa o manto denominado "manteo". En general en el estrato colegial se seleccionaban tradicionalmente los candidatos a los altos cargos en la administración o en la corte, pero dentro de la concepción de la Nueva Planta introducida por los soberanos Borbones, se dio un estatus casi igualitario y, en algunos casos, incluso preferencial, a los manteístas, el de José Nicolás resulta un ejemplo de ello pues en 1760, al poco de dejar la Universidad de Salamanca, ingresó en la secretaría del ministro Ricardo Wall.

26 Don Félix Colón de Toledo y Larreátegui [174? -1814]. En la época en la que dio su apoyo a José Nicolás era decano y Gobernador interino del poderoso Consejo Supremo y Cámara de Castilla. Pertenecía a la familia de grandes nobles de Veragua. Eran descendientes de Cristóbal Colón. Fue militar alcanzando el grado de teniente coronel, además era Comendador de la Orden de Santiago. Jeannine Baticle (2004: 171) dice de él, con respecto al retrato que le pintara Goya: "*…en nuestra opinión es uno de los retratos de Goya que posee más penetración psicológica. Expresión altiva pero natural, porte grave de gran señor y oficial superior, y sin embargo la pequeña boca entreabierta, la mirada inteligente que intenta entablar un mudo diálogo entre el pintor y su mudo modelo, quien trata de comprender cómo es capaz este sordo de rivalizar con el creador a la hora de personificar a una de sus criaturas."* Félix era el hermano de Mariano Colón, íntimo amigo del ministro Cabarrús. Esta relación fue de amistad intensa con José Nicolás de Azara, pero con Félix de Azara existe muy poca información acerca del carácter de su relación. Se estableció la misma en Madrid cuando ambos integraban la Junta de Defensa, después Félix de Azara le dejó en depósito bienes que nunca retiró como lo especifica en su testamento. No se conoce correspondencia entre ambos. Colón de Larreátegui escribió una obra en siete tomos: **Juzgados militares de España y sus Indias**, que fue un célebre tratado de justicia militar.

27 Ricardo Wall y Devreux [1694-1777]. Militar, ministro de los reyes Fernando VI y Carlos III y diplomático de origen irlandés pero nacido en Nantes, Francia y que en 1716 se radicó en España, nación a cuyo servicio dedicó su vida. Era de religión católica, "jacobita" en Irlanda, e ingresó en la Real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz en 1717 y al año siguiente, ya graduado, se embarcó en la escuadra que se batiría en la campaña de Sicilia ese mismo año de 1718, que tuvo un resultado desastroso en el Cabo Passaro contra los ingleses. Tras ese resultado pasó a revistar en la Infantería en el Regimiento Hibernia, con el cual hizo la Campaña de Sicilia (1718-1720) y después la de Ceuta (1720-1721), logrando el grado de capitán. Siguió luchando en diferentes frentes europeos hasta llegar a Mariscal de Campo en 1747. En 1749 ingresó a la carrera diplomática en la que llegaría a ser embajador en Londres. En 1752 asciende al grado máximo de Teniente General por el ministro Carvajal y en 1754, al morir éste, lo reemplaza en el gabinete real hasta 1763. Tuvo un duro antagonismo con el ministro Ensenada, participando luego en la llamada "Guera de los Siete Años" contra Inglaterra, en la que logró apaciguar a las partes, sustrayendo a España del conflicto. Se retiró por razones de salud y el rey lo hizo, en 1769 Supervisor de las Nuevas Poblaciones de Andalucía, obra de Pablo de Olavide, desde el año anterior preso por la Inquisición. Durante su gestión fue protector de José Nicolás de Azara bajo cuya dirección entró en el Servicio de la Corona. Wall falleció en Granada en diciembre de 1777.

28 **Agente de Preces:** Se trata de un cargo creado en los tiempos de Felipe II (siglo XVI). El Agente de preces era un Agente del Rey, del Real Patronato, y también Agente de Indias, cuya función era atender el enorme cúmulo de negocios, gestiones y relaciones con el Pontificado de Roma, donde debía residir el funcionario, encargándose de dirigir y orientar las preces (ruegos, pedidos y súplicas destinadas a obtener una instancia o Bula Papal para algún efecto práctico). Eran gestiones tanto oficiales como privadas (entre estas últimas, por ejemplo, autorizaciones matrimoniales de viudas o de parientes en tercer grado). Realizar tales trámites representaba un enorme costo para los solicitantes. El cargo fue reglamentado en cuanto a sus atribuciones y funciones por la Corona de Castilla y ulteriormente se reajustó en 1778. Antes de 1708, el agente de preces compraba el cargo, en general por dos vidas, pues pasó a ser un empleo oficial anexo a la Embajada pero con un significativo emolumento.

en el mes de octubre de de 1765. Se adaptó prontamente a su tarea y a la vida romana, transformándose gradualmente en un renombrado Mecenas de artistas y en un afanoso coleccionista de obras de arte y de piezas arqueológicas clásicas. Gustaba de la lectura y gracias a la generosa retribución de su cargo y algún aporte de sus rentas personales, llegó a ser un bibliófilo con una de las mejores bibliotecas personales de la Europa de entonces. Insistimos en este aspecto pues la vida que pudo llevar este hermano, no surgió de su patrimonio heredado –era el tercero en una familia de siete hermanos y de un pasar relativamente modesto– que no lo hubiera permitido, sino de su afortunada ubicación en la administración diplomática del reino.

En el mismo sentido debe recordarse que el hermano mayor, Eustaquio, fue también bibliófilo, aunque en menor cuantía que José Nicolás, y que llegó a tener una muy buena biblioteca, a la que según Castellanos de Losada (1956) dispersó luego para dotar de libros a congregaciones y conventos de su diócesis, al fallecer en Barcelona con la jerarquía de obispo. No existen datos acerca del contenido de su biblioteca e ignoramos qué temática u orientación predominaba en sus lecturas. No parece haber sido hombre de profundas preocupaciones teológicas y filosóficas, pero seguramente fue un buen administrador práctico y minuciosamente ordenado, capaz de llevar sobre sus hombros grandes responsabilidades. Tenía un particular cultivamiento espiritual. Inicialmente estuvo a cargo de la dirección de convento con categoría de abad, y finalmente de un obispado de la magnitud de la jerarquía eclesiástica del de la capital catalana, pasando previamente por el de Ibiza, en las islas Baleares.

Según numerosas referencias bibliográficas estuvo cerca o simplemente pudo haber profesado las ideas del jansenismo español o pistoiano, compartiendo esa posición con otros dignatarios de jerarquía de la iglesia española finisecular, pero su discreción y su retracción para todo lo que fuera exposición pública, lo preservó de críticas o de represalias. Desaparecida la correspondencia personal con sus hermanos, se ignora el grado de intimidad y de confianza que mantuvo con aquéllos, en especial con José Nicolás y con Félix, con quienes habría compartido sus simpatías heterodoxas en el seno de la Iglesia. Existe constancia de que fue, como figura en la nómina de 1783, en la que se anuncia el alta en su membrecía, socio de la Real Sociedad Económica de Jaca y sus Montañas (P. y J. Demerson, 1978: 371), acto cumplido en un tiempo en el que aún moraba en esa región altoaragonesa, lo que revela la temprana disposición ilustrada que profesaba y refuerza nuestra suposición, expresada en otro capítulo, de que algo decididamente orientado hacia las Luces se albergaba en la vida estudiantil o familiar de por lo menos tres de los hermanos Azara-Perera en Huesca y marcó definitivamente sus vidas.

Retornando nuevamente al tema de la vida familiar de los Azara como infanzones rurales de Barbuñales, y a pesar de las citadas fuentes indirectas y muy parciales de inferencias, es muy difícil juzgar a cerca de la verdadera situación económica de una familia como la de ellos en ese paraje y hacia mediados del siglo XVIII. Nieto Callén (M.S., en prensa) formula una advertencia metodológica digna de ser observada al referirse al tema:

> *“Si bien sabemos acerca de su estatus social, desconocemos su estatus económico. Intentar generalizar, como se suele* [hacer] *identificando infanzones con gentes de pocos recursos resulta poco científico y una falsedad evidente, dadas las enormes diferencias económicas existentes entre los muy numerosos infanzones aragoneses, el grupo abarca desde el pequeño ganadero pirenaico, al señor de vasallos o el rico censalista zaragozano.”*

Una información bibliográfica cuya base documental ignoramos afirma que a José Nicolás de Azara y Perera, el cardenal Francisco José de Bernis, al fallecer, le habría legado su cuantiosa fortuna (del Arco, 1949: 54), lo que resulta muy difícil de creer, dadas las condiciones en las que terminara su vida el interesante personaje ilustrado, y además lo hizo en fecha bastante tardía para haber influido en la ya afortunada condición de la que gozaba Azara en Italia[29]. En cuanto a su hermano primogénito,

29 Se trata de François Joachim de Pierres de Bernis [1715-1794], hijo de una familia acaudalada y políticamente poderosa, que a los veinte años, ordenado con los jesuitas de San Sulpicio, inició una carrera político-cortesana en París. Bien dotado para las letras escribió, en 1735, una **Épitre sur la paresse**, seguida por poemas de circunstancias, loas y madrigales, que le dieron fama de literato. Entre 1737 y 1740 escribió La **Religion vengée**, recién editada póstumamente en 1795. De espíritu libre, Berrnis frecuentó a los *philosophes*. También llegó a ser amigo y confidente de Mme. de Pompadour. Desde 1751 fue embajador de Francia en Venecia. Ascendió a cardenal, pero al poco debió exiliarse por sus diferencias con los austríacos. Tras ser rehabilitado en 1864 fue arzobispo en Albi desde 1764, y a partir de 1769, embajador en Roma. Conoció allí a José Nicolás de Azara y desde entonces fueron amigos. Bernis llevaba una vida desordenada y las habladurías y calumnias se cebaban en él. Cultivo el arte poética con pasión: en 1743 había afirmado *“que la naturaleza entera es el objeto de la poesía”*, y añadió a esa sentencia, una de Horacio: *“la poesía es una pintura”*. Su mayor y más ambiciosa obra obra fue la mencionada acerca de la **Religion vengée**, una extraña mezcla apología del cristianismo y de exaltación de la vida rural en Vivarais, su comarca natal. Fue un cardenal ilustrado, del que se dice que se afilió a la masonería. La revolución francesa lo destituyó y lo arruinó económicamente, falle-

Eustaquio de Azara y Perera[30], no se conoce documentación acerca de la correspondiente testamentería para poder evaluar la que fuera su situación económica.

LA INFANCIA

"La psicología enseña que durante la vida un individuo tiende a repetir modelos de relaciones interpersonales aprendidos en la niñez. Así la forma de vivir, e incluso la política sexual de un hombre son frecuentemente determinadas por su vida de niño y por la familia en que se criaba"

[Walter Moore: **Erwin Schrödinger: una vida,** 1996: 5]

Como lo expresa Fernando Durán López en su obra sobre José María Blanco White (2005: 27), en el caso de Félix de Azara nos hallamos en una situación equiparable, al tratar de rescatar su primera etapa vital, y –en alguna medida– coincidimos con las consideraciones de ese autor acerca de la impenetrabilidad cognitiva de aquellos períodos de una vida del pasado, en los que el acceso a los mismos sólo puede estar dado por la proyección de una contextualidad hipotética y no siempre legítima, o mediante la inversión lógica que califica muy bien como una actitud arrogante el autor que tratamos:

"Pero ahora es el caso de referirse al punto de partida, a esos primeros quince años de su vida, acotados en un recinto vital estrechísimo, como es siempre el de la niñez, donde la intensidad con que se experimentan las vivencias se conjuga con su pobreza y cierre de horizontes. Y al emprender este tramo del camino he de confesar que no gusto demasiado de los relatos de infancia en las biografías. Son años en los que no suceden cosas[31], sólo una maduración inasible que no hay modo de expresar sin incurrir en la arrogante proyección de los efectos sobre las causas...(....)...no existen testimonios externos, pruebas, ni elementos críticos para contrastar unas ideas u otras. En suma, acaso sea un prejuicio de mi parte, pero, a no ser que le hagamos caso al adulto, no es mucho lo que se puede escribir sobre la vida del niño."

Justamente en el caso que tratamos, al igual que con respecto al sevillano ilustre objeto de los intereses biográficos de Durán López, son quince años los que nos ha sustraído el tiempo histórico y en los que casi no existe señal alguna acerca de hechos concretos, tanto familiares como personales, para dar un marco real a la infancia y primera adolescencia de Félix de Azara. Todos los autores que han tratado con alguna estrictez la biografía de del mismo, concuerdan en este punto y ni siquiera a título de hipótesis se han emitido opiniones al respecto.

Como resulta evidente que se trata de años que son decisivos en la definición de una vida humana, y además que su conocimiento –o, en su defecto, su inferencia indirecta– resultan imprescindibles para su biografía, no nos queda sino aceptar que, a falta del niño, tenemos al adulto para tratar de reconstruir en alguna medida a aquél. Un intento así debe ser muy prudente y es el propio Durán López (2005: 26), quien agrega un comentario de valor para el caso que analizamos:

"Admitamos que en la identidad de un hombre la infancia es decisiva, pero concedamos también que en ella cuentan la razón y la voluntad –esto es, la madurez–, que cada cual tiene mucho que decir en cómo juega las cartas que la vida reparte."

Ante este vacío de las evidencias fácticas que pudieran estar representadas por documentos o testimonios directos de terceros o de confesiones del propio protagonista, las alternativas que se presentan son dos, la primera consistiría en un intento puramente teórico de indagación, al que podríamos denominar "psicográfica", tratando de trazar un perfil posible a partir del hombre adulto para cada una de sus sucesivas etapas de joven, maduro y anciano, dado que ha sido quien derivó de ese niño desconocido al que queremos reconstruir en sus rasgos esenciales a través de su desarrollo: Una metodología que ya hemos visto en un ejemplo anterior, y que puede resultar tan arbitraria como la que critica Durán López (2005).

---

ciendo en la pobreza en 1794, eso sí, en Roma y cercano a José Nicolás de Azara.

30 Debemos a nuestro buen amigo y destacado azariano, don Antonio Segalés Alegre, de Barcelona, información acerca de la existencia en los archivos eclesiásticos del Obispado de Barcelona de un gran repositorio de material documental relacionado con don Eustaquio de Azara. Es posible que en un futuro próximo algún estudioso decida analizar adecuadamente ese material, que con gran probabilidad reserva numerosas sorpresas, especialmente en relación con la vida y el pensamiento, no sólo del obispo sino también de sus hermanos José Nicolás y Félix.

31 Esta opinión es desconcertante y más de uno contestaría que sucede **todo o casi todo** lo más fuertemente determinante de la dirección y calidad espiritual de la vida ulterior. Sin llegar a la ortodoxia freudiana o junguiana, sabemos que las diversas etapas que atraviesa la niñez abarcan mucho más vivido, sentido y sufrido que lo que el propio sujeto recuerda, es decir, que mantiene como parte viva de su yo consciente, el resto, soterrado en estratos subconscientes del cerebro, se mantiene latente y modula la salida etológica del yo emitiendo señales simbólicas a través de conductas y expresiones particulares. Allí, en lo hondo del olvido aparente, reside lo más raigal de nuestra salud y nuestro equilibrio personal y mental.

De lo contrario, debemos emplear una de las estrategias que sugería Hannah Arendt (1992), cuando decía que al escribir la biografía de un personaje del pasado sobre el que hay información suficiente, se da el caso de volcar toda la luz sobre él haciendo del objeto biográfico un prisma que al recibir el haz luminoso sea capaz, al descomponer la luz en su espectro cromático constitutivo, de iluminar una época. La misma Arendt planteaba el caso de la situación inversa: cuando se conoce la época, pero no se cuenta con información biográfica suficiente sobre el protagonista, o se carece por completo de ella. En ese caso, la alternativa es la de realizar, a través de los elementos que caracterizan a la época. Para ello hay que retroceder en la marcha de la luz hacia el prisma, recomponiendo por la confluencia de sus haces particulares, el inicial, de modo que proyecte, al menos, una silueta del biografiado que resulte válida por su coherencia.

Tal es la tarea que venimos desarrollando –y no nos queda otra– para los ignotos primeros quince años de la vida de Félix de Azara. Sabemos que la primera infancia de Félix transcurrió en la casa solariega de Barbuñales (Albiac Blanco, 1988) y del curso de la misma no nos queda indicio directo alguno[32], si bien suponemos en forma relativamente cierta la fecha en que fue llevado a Huesca para iniciar sus estudios bajo la tutela de su tío Mamés, por lo cual la fecha más probable de su extrañamiento definitivo como habitante fijo de Barbuñales debe establecerse en 1757, cuando se radica formalmente en Huesca en calidad de estudiante de su Universidad, por más que esta asunción no entrañe descartar posibles estadías ocasionales oscenses o en Barbastro o en otros parajes de la comarca, las que pudieron ser cortas o prolongadas, llevadas a cabo previamente a su desplazamiento, en una edad más temprana.

Puesto que no sabemos cómo accedió a las primeras letras. ¿Fue acaso, por obra de sus padres? ¿Hubo en la casa familiar de Barbuñales un sacerdote o un preceptor, o quizá un simple letrado, quien –a modo de dómine– cumpliera con ese magisterio, orientara lecturas, brindara nociones religiosas y, tal vez, incluso lo iniciara en el aprendizaje del latín? En este sentido Albiac Blanco (2000: 11) contesta afirmativamente pero en forma presuntiva el interrogante, refiriéndose a la permanente existencia entre el personal de la casa solariega de uno o más tutores o instructores de los niños *"al modo de cualquier familia hidalga"*.

Nos desplazamos, lamentablemente, en un orden casi por completo abstracto, por lo que bien cabe preguntarnos, en parangón con lo que hiciera Jean Lacouture con respecto a su interpretación de Jean François Champollion (1988: 53): ¿Acaso podemos arriesgarnos, a partir de los escasos indicios que poseemos acerca del niño Félix de Azara y de las actitudes más probables de de sus padres, para trazar un retrato espiritual aproximado del mismo, percibiendo sus disposiciones y ambiciones personales, cuando ya cercano a los quince años de edad, se aprestó para dejar la casa paterna de Barbuñales marchando a Huesca?

Es evidente que lo que logremos será apenas una imaginaria reconstrucción voluntarista, pero su rango de probabilidad aumentará en la medida en que la imagen así creada, sea coherente con su percepción posterior y con los hechos conocidos que generará. En particular de aquéllos de los que quedaran registros ciertos. Manteniendo esas reservas, nuestro Félix de Azara, y a esa edad, debiera concebirse como un joven provinciano y rural, poco vivido en cuestiones mundanas. Seguramente existían en él tendencias a la soledad y actitudes muy individualistas. Además suponemos que estaba dotado de un temperamento fogoso, pero muy controlado en sus gestos y reacciones, lo que no obstaría para sostenerse en la terquedad, esa casi tozudez y firmeza a ultranza de sus resoluciones.

Posiblemente tendría también consigo, y de por vida, algo de ciclotímico, con entusiasmos y abatimientos alternativos, algunos superlativos, como se llega a poder atisbar en su epistolario –¡en lo que resta del mismo!– durante el período americano de su vida, después de 1781.

Es posible que para su padre, seguramente en forma compartida con cierta o mucha pasividad por su esposa en el sistema enteramente paternalista reinante, el pequeño vástago Félix haya sido una fuente asidua de preocupación y hasta de alarma, y que este estado no cesaría hasta que no llegaran a los suyos noticias tranquilizadoras de él después de su partida hacia Galicia.

Aunque por cierto, al expresar todo lo que precede, ya estamos renovando nuestra entrada en un campo enteramente presuntivo, en el que ya se producirían las primeras muestras concretas de la personalidad del sexto vástago del infanzonado de los Azara, puesto que recién comienzan sus expresiones manifiestas por escrito, en sus informes (¡oficiales!) acerca del régimen de crecientes de los ríos catalanes que afectaban a la ciudad de Gerona, el Oña (u Oñar o también Onyar), el Galligans y

32 Álvarez López se refiere a Félix de Azara (1936: 11) *"...de cuya niñez no conocemos detalles"* y Olivier Baulny (1969: 223) reitera que *"...nada se sabe de la niñez de don Félix, pero a los quince años se le encuentra matriculado en la Universidad Sertoriana, en Huesca..."*.

Ter[33], en 1776-1777, cuando ya estaba cercano a los 34-35 años de edad. Con sus testimonios documentales, tenemos que aceptar que las cualidades y disposiciones que trasluce o exhibe por entonces, tienen una raíz lejana en sus años formativos. Gracias a las mismas y a su integración positiva con las circunstancias que se le presentaron, pudo demostrar su capacidad en el lapso de poco más de tres años, en su exitoso paso por la etapa formativa inicial de su carrera militar.

Como contrapartida de las disposiciones paternas en Barbuñales, podemos suponer en Félix una forma de respuesta con conductas muy particulares, y entre ellas, las más significativas pudieron haber incluido el refugio semipermanente en mundos internos particulares, de ensoñación, de silencioso anhelo y de esperanzas fantasiosas, una frecuente alternativa infantil, adolescente y juvenil temprana, ante el medio familiar adverso, y que –si en la inmediata etapa de vida ya independiente que sigue a aquéllas, no se encuentran elementos superadores y que fueran suficientemente fuertes y decisivos como para una conversión drástica– se sostiene la actitud original por inercia, o porque ya se ha cristalizado como una forma personal de encarar el mundo formal y social.

Tanto la vida militar como el sacerdocio tienden a mantener en suspenso latente ese estado interior de excepción, en especial cuando en forma paralela existieron, como suponemos estaban presentes en él, disposiciones mentales y morales, en cierta forma notables por su riqueza y plasticidad, capaces de orientarlo y habilitarlo para el desarrollo de una vida alejada de la rutina y de la vulgaridad, factores éstos que suelen devorar a tantos en una medianía sin historia.

En lo intelectual, habría absorbido mucho de lo que se le ofrecía en su medio y, según sus tendencias, escogido lo que más le placía y también lo que le resultaba formalmente ineludible en el contexto de la enseñanza recibida. Naturalmente y como fruto de sus circunstancias, estuvo segregado o, al menos, distante de la mayor parte de sus coetáneos. Como ya lo sugerimos –y todos los indicios disponibles llevan a reforzar esa creencia– en su educación y su trato cotidiano estuvo claramente apartado de la convivencia aldeana de Barbuñales, en especial con respecto a aquéllos que no participaban de su estamento social[34]. Y dentro de su familia, apenas si pudo tener cortas ocasiones de convivencia con sus hermanos más "letrados", pues con Francisco Antonio, sólo podemos suponer una relación diferenciada por la edad dispar de ambos y por la diversa suerte a la que oficialmente se los destinaba, según el poco apelable mandato familiar.

Además, ¿cuándo estuvo íntegro o –al menos– fue numeroso el núcleo fraternal en Barbuñales? Podemos responder con certeza que en su integridad nunca lo compartieron todos los hermanos, y que posiblemente la convivencia habitual no pasó cotidianamente de dos o tres (esto último muy raramente) de ellos presentes en el entorno parental.

Retornemos a la cuestión del aprendizaje de las primeras letras. Todo lo especulado acerca de un dómine o instructor casero puede contar con una alternativa plausible, y que, de ser cierta, habría ejercido una marcada influencia en el pequeño. Recorriendo las tierras que bordean a Barbuñales se perciben notablemente en el paisaje dos edificaciones de vieja data: muy cerca, a no más de dos kilómetros, la ermita medieval de San Román y más lejos, enfrentada a Barbuñales y distante unos pocos kilómetros, la ermita de Santiago. En ambas moraban monjes, y seguramente más de uno de ellos era docto y poseerían una biblioteca, o –al menos– libros personales. ¿Por qué no suponer que fue allí, ya sea por pedido de su padre, o por influencia de su tío Mamés o de su joven pero activo hermano mayor Eustaquio, donde aprendió Félix las primeras letras, se inició en el estudio del latín e hizo sus primeras lecturas?[35]

Es evidente que en algún momento surgió en él su atractivo por las matemáticas, o al menos que tuvo oportunidad de desarrollar su facilidad para manejarse con ellas. Las otras cualidades más

33 Verlos en el **Apéndice documental** del Capítulo VIII de esta obra.

34 Seguramente se habrá sentido distante y en gran medida excluido de la activa vida lúdica de los niños aragoneses de entonces, que solía estar llena de vivacidad e inventiva, como por ejemplo, lo evocan Pedro Arnal Cavero (1940, ***Zaragoza***, VII: 81-91) e Ignacio Almudévar Zamora (2005), pero imaginamos que Félix –al menos– saborearía el poder contemplar sus acciones y juegos en el chiquillerío de Barbuñales y, más tarde reiteraría esa visión en el comportamiento lúdico de sus coetáneos con un estatus más alejado de los rangos estamentarios duros, en el ambiente muchachil de Huesca.

35 Al referirnos al trato con monjes, algunos seglares, otros de órdenes religiosas; entre los que los habría sinceros creyentes y pedagogos capaces, pero también se podrían dar entre ellos, seres anómalos, sin vocación, deformados por la soledad y -muy posiblemente- hasta frustrados y viciosos, que constituían un peligro manifiesto para un niño con escasa comunicación con los adultos vigilantes y con coetáneos, entre los cuales poder refugiarse. Este es un capítulo desagradable pero no prescindible, tanto la experiencia del propio autor como la abundante casuística bien documentada disponible no permiten descartar esa alternativa.

destacadas fueron su disposición para observar y aprehender, desprejuiciada y objetivamente la naturaleza y, seguramente en forma menos usual debido a la falta de oportunidad, pero claramente manifiesto cuando era posible, un regusto indisimulado por buscar la raíz histórica de hechos y estructuras. Lo anterior es todo atinente a su intelecto y a su capacidad cognitiva, pero además debe tenerse en cuenta también la génesis infantil de su disposición voluntariosa, disciplinada y casi estoica para la realización práctica de lo que consideró parte de sus deberes personales.

Este rasgo podría haber sido el fruto de la enseñanza y el ejemplo recibidos de sus padres, que parece en él formar parte de un núcleo orgánico de reacción anímica resultante de un todo educativo, formal e informal hogareños, al que raramente pudo haber asimilado, una vez cumplidos los quince años y en su relativamente breve pasaje por la Universidad Sertoriana de Huesca. Era algo que ya traía consigo de Barbuñales.

Más aún, y en forma coherente con esta interpretación acerca de la existencia en Félix de Azara de una educación semiformal, aunque seguramente personalizada y fruto de años y de un decidido empeño pedagógico puesto en ello, creemos que su carácter y sus disposiciones temperamentales, ya estaban plenamente forjados y orientados en él, al llegar al ámbito universitario. Su propia reacción de rechazo de la carrera que cursaba, cuya motivación inmediata permanece totalmente ignorada, y que le hizo abandonar, inconclusos, sus cursos de Leyes, en un gesto escandaloso e inusitado para un joven de familia infanzona, parece una actitud de quien sabe muy bien lo que quiere y que no está dispuesto a seguir imposiciones que se le dicten desde fuera del campo de su voluntad.

Aunque es casi evidente que ésa ha sido la causal profunda de sus acciones, el incidente final y decisivo, debió ser fruto de alguna intemperancia circunstancial, propia o de la de algún tercero que lo implicara. De resultas de esta acción, se cortó para él una dirección equivocada que llevaba su vida.

Pero también esa cuestión le deparó dos largos y amargos años de los que no sabemos cómo los habría pasado realmente en la casa solariega de Barbuñales, lo más posible es que fueran densos en presiones y reproches, incluso –tal vez en penitencias– hasta su decisión final de ingresar en el ejército. Todo lo demás al respecto: el eventual surgimiento de una vocación militar, el apoyo inicial de su padre para su ingreso, son meros adornos apologéticos sin base real. Por ejemplo, ¿por qué debió Félix falsear su edad en 1763 para entrar en el ejército, si pudo, en caso de querer o tener oportunidad de hacerlo antes, y así realizar todo legalmente pues estaba habilitado para ello por su edad real desde 1761, al abandonar Huesca? En su conjunto, la historia desconcierta y no satisface ninguna interpretación racional, aunque la última que podría formularse, es que pudiera haber sido un mentiroso consuetudinario y contumaz, como impropiamente aseveró un especialista en una conferencia en el año 2005.

Resulta evidente también que, ya sea en alguna de las ermitas vecinas a la que presuntamente visitaba, o en la propia Universidad de Huesca, donde aprendió Félix a manejarse con archivos, a rastrear en viejos documentos en busca de un conocimiento más veraz del pasado, que el meramente imaginativo o trasmitido por terceros. Por ejemplo, en su información acerca de las periódicas avenidas del río Ter, en jurisdicción de Gerona, no se conforma con asumir la situación actual del problema, sino que especula acerca de las intenciones y justificativos para que el totalmente mítico Gerión, fundase la ciudad en su emplazamiento sobre la confluencia de ese río con los otros que en conjunto, provocaban las inundaciones. La misma actitud va a adoptar años después en América, cuando acuda a los archivos coloniales de la ciudad de Asunción.

Ya retornaremos al tema, pero podemos adelantar que es el primer historiador realmente documentalista y observador crítico del área rioplatense, y que al actuar de tal modo respondía a una bien asentada vocación con antecedentes primarios en sus años juveniles. Aquí acude la imagen de un Félix niño, sentado cerca de una ventana o de una mesa con grandes velones, examinando junto a un monje, afectuoso pero paternalmente autoritario, documentos añosos, tratando en ellos de entender la letra de antaño (su iniciación como paleógrafo), volando con la imaginación y arrastrados ambos al unísono, monje y discípulo, por las fechas y los hechos pretéritos. Sin embargo, el que suponemos sería un hecho feliz, poco condicente con su soledad a ultranza, con sus raros empecinamientos, con la casi sordidez de su etapa final, ya habiendo regresado a España, desde las lejanas Indias de ultramar, en sus últimas dos décadas de vida, en el Somontano altoaragonés.

También podemos suponer legítimamente a un niño triste y casi huérfano de cariño, sobre el que caían reproches y lamentos, que como respuesta se encerraba en sí mismo y fantaseaba errando por mundos imaginarios a los que las consejas de la servidumbre y de los labradores y las supersticiones corrientes brindaban material para manejarse en sus construcciones fantásticas. Más tarde tal vez fue un raro adolescente retraído, rebelde, rara vez risueño, al que, mientras pudo ser manipulado, le obligaron a hacer lo que el jefe de familia dictaba, pero que un día dijo basta y se enroló en el ejército después de un largo y seguramente penoso cabildeo de más de dos años. ¿Por qué no sabemos nada acerca de la causa de que se lo salteara en el mayorazgo, situación que le habría correspondido con prioridad

respecto a su hermano menor, Francisco Antonio, que era el ultimogénito de todos ellos? ¿Acaso fue por voluntad propia de rechazo o por imposición ajena basada en la falta de confianza, en el menosprecio o aún en consideraciones más crueles?

Siempre en tren de imaginar, el monje tutor o el dómine –si es que existió– debió de ser un lector del **Teatro crítico universal** de fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro[36], y por tanto, prevenido contra la fantasía y la superstición y capaz de transmitir ese emergente del pensamiento ilustrado a su joven discípulo[37]. Tuvo que ser así, puesto que si algo resalta como particularmente notable en Félix de Azara, es la limpieza crítica de su mirada, esa mirada selectora sin más demanda, formulada a la realidad de que la misma se le brinde en su desnudez más prístina, para poder con ella enriquecer sin deformaciones su mundo interpretativo. Una mirada que, sin alcanzar la profundidad intencionada de la de Alexander von Humboldt tras su **Cosmos**, una generación más tarde, tendía ya a una meta de alcance universal y extraindividual. Insistimos en calificar la mirada azariana pues las modas intelectuales e ideológicas se han ocupado de ella, cargándola extemporáneamente con atributos e intenciones tan irracionales como las viejas supersticiones que derrotó Feijóo.

Pero, esa serenidad y racionalidad –ya fuere obra de voluntaria contención o de equilibrio interior bien logrado– ¿no pudo ser la respuesta final de quien despierta a la adolescencia, harto de lo que para él serían mentiras y presiones, a las que encararía con un escepticismo esencial, casi existencial, del que ya no pudo llegar a desprenderse?[38]

Así se fue desplegando y desarrollando un pensamiento más original, más esclarecido y más independiente, que para ser precursor como lo fue en Azara, necesitó para expresarse de una dosis de voluntad, de empeño estoico y de decisión temperamental, sin la cual hubiera quedado encubierto en una personalidad que, según lo que afirma Pedro Laín Entralgo (1986), habría tenido sólo dos de las tres muertes posibles que supone el lúcido turolés: la muerte biológica, la muerte biográfica y la muerte metafísica. Le suponemos que siendo como fue históricamente, alcanzó finalmente las tres, pero si hubiera desaparecido en la lamentable campaña de Argel, la biográfica habría quedado como potencialidad frustrada y no estaríamos ahora ocupándonos de él.

Otras circunstancias de la génesis psíquica de nuestro protagonista le confirieron una especie de

---

36 En su autobiografía José María Blanco White dice de Feijóo:

"…Feijóo se había formado con la lectura de libros franceses y contaba con el apoyo de los ministros de Fernando VI, todos los cuales se habían educado en las escuelas anticristianas de Francia. El cauto monje se mantuvo siempre en el lado seguro cuando tenía que referirse a la religión establecida pero atacó resueltamente los errores populares con toda la agudeza de su ingenio, que verdaderamente era notable. Su obra principal es una colección de diez o doce libros magníficamente impresos en cuarto español. Todos ellos los leí con avidez y a pesar de la rapidez con los que los devoré me imbuí plenamente del espíritu de la obra y, si mis recuerdos no me engañan creo que alcancé a comprender los principios de la filosofía de Bacon". Prosigue luego Blanco White con algo que resulta llamativamente acorde con lo que suponemos, pudo haber sido la causa de la salida de Félix de Azara de la Universidad de Huesca, un incidente que también se parece al de otro joven aragonés, en este caso Santiago Ramón y Cajal. Cuenta el sevillano que después de haber leído a Feijóo:

"Por todo eso la sola vista del fraile que nos enseñaba Lógica en el Colegio dominico se me hizo insoportable y odiosa. Cierto día llegó a reprenderme delante de toda la clase por no atender a mis estudios. Sin pensarlo mucho me levanté de mi asiento y le dije abiertamente que aquellos estudios no eran dignos de mi atención y que nunca los seguiría. Añadí a continuación un buen número de observaciones contra la filosofía aristotélica que había aprendido de Feijóo. El fraile se enfureció y todavía me admiro de cómo pude escaparme de un manteo por parte de mis compañeros de curso. Asustado de mi propio atrevimiento salí corriendo para mi casa…"

37 Si la escena que imaginamos hubiera podido acontecer, podemos imaginar al ignoto dómine platicando con su discípulo que lo escuchaba con los ojos desmesurados por el espanto acerca de la leyenda medieval de la cueva de la ermita de San Román, en la que antaño, supuestamente se había enterrado a una bruja con una cruz clavada en su cuerpo para que no renovara sus malandanzas mundanas, lo que ella resolvía saliendo de tanto en tanto de su sepulcro a vagar por los campos yermos, por los viejos puentes y por las aldeas.

38 Después de años de reflexión azariana llega el historiador convertido en biógrafo a lo que se podría denominar una intensa empatía con el sujeto de su interés biográfico. Sobreviene entonces la hora de la intuición, aquélla para dejar asentar el poso de una casi constante hermenéutica, consciente o inconsciente, para que de él emane algo así como una imagen brumosa que al irse perfilando nos muestre, aunque más no fuere por fugaces instantes, un Félix de Azara que reclama ser escuchado y rescatado del olvido ruidoso y no siempre veraz –además de fragmentario– de la apologética y de la crítica historiográfica aséptica, para reclamar la justicia de los otros, ese anhelo profundo de quienes han sufrido, de quienes soportaron la soledad, de los que fueron estoicos y tal vez actuaron así como autopenitencia… De acuerdo con el método que adoptamos en esta biografía poco ortodoxa, un poco más adelante y si el destino nos da ocasión y tiempo de vida, volveremos a buscar el reencuentro imaginario con un **"Yo, Félix de Azara"**, dejando que brote la imagen final de la que este ensayo es sólo semilla preliminar.

mirar distante, desprendido. Una disposición casi jesuítica y –si no fueran términos antagónicos– también jansenista: lo que más valía para él era ser el buen hombre –casi una reiteración textual del **bon homme** de los cátaros– cargado de buenas obras en su haber vital. Por eso el desconcierto que nos provocan sus grandes abandonos, que tal vez no fueran tales si nos atenemos al trasfondo más íntimo de su protagonista, tratando de abarcar una percepción en coherencia con su "todo" personal.

Ante la ausencia completa de datos, los hechos reales quedan sólo para la elucubración del biógrafo –puesto aquí casi a novelista– formulando especulaciones, entre otras, algunas como las que Ryszard Kapuściński (2006) enuncia para otro sujeto biográfico, teniendo en cuenta que el curso de la niñez es un período fundamental de toda vida que se pretende estudiar:

"¿Qué cosas de aquella época se le quedarán grabadas en la memoria para el resto de la vida? Para el pequeño Rabi, el momento más trascendente era la oración matutina junto a su padre; para el pequeño Proust, la espera del instante en que su madre entrase en su habitación a oscuras para abrazarlo y darle las buenas noches. ¿Qué vivencia esperaba con ansia el pequeño...?".

Los olores, los sabores, los grandes trazos del paisaje, ciertos sonidos, cantos o armonías que tocaron nuestros sentidos cuando niños, quedan impresos para siempre, no importa cuán felices o desdichados hayamos sido en ese entonces, pues la niñez no es la Arcadia que la ingenuidad adulta pinta para huir de sus cicatrices y fantasmas. Esas impresiones sensoriales no se olvidan ni aún perdiendo los órganos perceptivos involucrados. Forman parte del cordón umbilical de nuestra sensibilidad humana amplia, de nuestro entramado básico interno y del relacionamiento externo. Todo eso trajo consigo Félix de Azara a América donde, quién sabe hasta qué punto se sostuvo firme en sus soledades con esa carga anímica entrañable e indeleble, incomprensible para los extraños.

Así, la casa natal y su entorno en Barbuñales, encierran claves seguras para reconocer y para reconocernos por ese medio, como lo destaca así toda la literatura del regreso al ámbito de la infancia perdida o de la añoranza por ella y sus protagonistas, y basta un llamado sencillo para que vengan a nuestra memoria, entre tantos otros, con su poética del retorno, Porfirio Barba Jacob, Hugo Rodríguez Alcalá, Juan Bautista Rivarola Matto, para no mencionar sino los primeros que atrajo a nuestra mente la evocación literaria…

Acudiendo a la amable prosa de nuestro querido amigo Ignacio Almudévar Zamora (2005: 436-437), nos encontramos con un encantador elogio de la cuadra, es decir para el caso de una casona mitad aldeana y mitad rural con la planta baja destinada a los animales domésticos y –en algún sector de la misma y en forma ocasional– el henil. Vale la pena copiar parte de su texto que seguramente sonaría muy grato al oído de Félix de Azara si pudiera leerlo, lejos ya del campo:

"En la cuadra languidecía la pobre luz... (...) ...un olor medio aromático de paja seca con fiemo caliente, vaporoso, evacuado por las mulas, y un ambiente uniformemente templado, hacían que en el establo se estuviera bien. En el resto de la casa el frío era glacial; en el hogar casi se había consumido la leña y el escaso calibo[39] lo había tapado la abuela para que al día siguiente, después del encalibarlo prendiese la llamita...".

Retrocediendo un poco más en la vida de Félix, por el aporte de los escasos datos que han llegado a nuestras manos, creemos que el factor religioso sería dominante en el recuerdo de los niños Azara, guardando protagónicamente la imagen de la devoción silenciosa de su madre y también, la quizá un poco más distante pero no menos acendrada, de su padre[40]. Aunque a esos sentimientos bien pudo agregarse, y aún hibridarse, una sensación profunda, a veces nuclear y lacerante de miedo, de un terror profundo que se corporizaba en duendes y trasgos, o en brujas o "Güichas", como esos seres fantásticos de los que es tan rica la tradición altoaragonesa (Beltrán, 1990; Pallaruelo Campo, 2006; Gari Lacruz, 2007).

La casona, plena de imágenes sagradas, luciendo en una pared principal de la primera planta el gran ex-voto de San Ramón Nonato, con un oratorio adosado y con cirios encendidos, siempre renovados, era ambiente propicio para una crianza llena de sugerencias religiosas y también mágicas, a las que de acuerdo con una extensísima casuística universal, se puede considerar en la base de creencias acendradas de por vida o de rechazos prematuros y drásticos. Incluso la historia familiar

39 El filólogo Pedro Arnal Cavero, en la reedición póstuma de uno de sus trabajos de 1944 (2008: 271) escribe el término que señalamos **calivo** (=rescoldo), en su recopilación del vocabulario altoaragonés de Alquézar y pueblos próximos.

40 Retomando el paralelismo que pudo guardar la infancia de Félix de Azara con la de José María Blanco White, podemos recurrir nuevamente a Durán López (2005: 27), calificando a ese ámbito cerradamente religioso y con poca –si es que la hubo– oportunidad de atisbos externos como *"...a esos primeros quince años de su vida, acotados en un recinto vital estrechísimo, como es siempre el de la niñez , donde la intensidad con que se experimentan las vivencias se conjuga con la pobreza [de estímulos en el medio] y el cierre de horizontes."*

acerca de la que tratamos, ofrece ejemplos de esta alternativa en las personas de los hermanos sacerdotes y en la del deísta indefinido, si no escéptico, o agnóstico total que fuera José Nicolás[41].

A propósito hemos excluido a Félix en esta primera aproximación, pues su imagen religiosa surgirá paulatinamente de hechos e inferencias que se acumularán en esta obra. Sobre el hermano, menor pero heredero del mayorazgo por decisión familiar (o exclusivamente paterna), Francisco Antonio se conoce muy poco, pero es posible que fuera extremadamente rutinario y convencional[42], tal como lo mostrara en sus largos años de funciones en el Ayuntamiento de Huesca. Igualmente lo fue en cuanto a la crianza de sus hijos, de los cuales sólo uno de ellos era varón, resultando el forzoso referente en lo que toca a la posteridad de Félix de Azara: Agustín de Azara Perera y Mata, nacido en Barbuñales el 28 de agosto de 1801.

Podemos imaginar la llamada matinal al rezo en los días helados del invierno, en los que en los campos bramaba el cierzo congelando el paisaje, cuando la primera claridad del alba rayaba en el cielo. Igualmente en los tibiamente suaves días de verano en los que, tras una fresca noche, el celaje recibía cierto colorido de refuerzo, a veces rosáceo, que sobre la amarillez inicial del horizonte presagiaba el bochorno, puesto que una vez instalada la mañana, soplaría incesante un día tras otro, mostrando la otra cara térmica del clima bifronte de la lejana comarca somontana de Barbuñales.

Después de los rezos se agolpaban los niños de la casa junto con mocetones del servicio y de labranza y con otros niños vinculados a la familia, en el semicírculo acogedor que formaba un arco continuo de madera que se desplegaba mediante una especie de banqueta a lo largo de las paredes con centro en el hogar, que era a la vez fogón para cocinar y el mayor atractivo de las frías mañanas y de las largas noches invernales. Allí recibía cada uno después de haber cumplido con el rezo cotidiano, su tazón humeante de sopa[43], acompañado, cuando no era época de escasez, por un nada mezquino trozo de la

41 El erudito ortodoxo católico que fuera Marcelino Menéndez Pelayo (1951 , III: 160), definió así, con ironía no exenta de crueldad, a José Nicolás de Azara: *"El maligno y socarrón Azara era un espíritu cáustico y maleante, hábil sobre todo para ver el lado ridículo de las cosas y de los hombres; rico en desenfados y agudezas de dicción como quien había pasado su juventud en los patios de las universidades y en las oficinas de los curiales, de cuyas malas mañas tenía harta noticia; ingenio despierto y avisado, muy sabedor de letras amenas, muy entendido en materia de artes, aunque juntaba la elegancia con la timidez; epicúreo práctico en sus gustos, volteriano en el fondo, aunque su propio escepticismo le hacía no aparentarlo. Más adelante logró fama no disputada de mecenas, favoreciendo con larga mano las letras y las artes, amparando a Mengs y publicando sus tratados estéticos, haciendo ediciones de Horacio, de Virgilio, de Prudencio y Garcilaso, y, sobre todo, protegiendo a Pío VI del furor revolucionario, cuando los ejércitos de la república francesa invadieron Roma, y rechazando la soberanía de Malta, que le ofreció Napoleón. Pero, el Azara, embajador en tiempo de Carlos IV (1789-1808), es muy diversa persona del Azara agente de preces, aborrecedor grande de las* ***bestias rojas****, como llamaba el Caballero, a los cardenales de la curia pontificia."* Demostraba así el sabio santanderino que las heterodoxias le despertaban siempre el actuar en sus escritos *"…con la donosa maledicencia de costumbre"*, como lo califica F. Durán López (1995: 448).

42 Tanto él como su padre, don Alejandro es muy posible que correspondieran a la imagen predominante de cultura e instrucción de los mayorazgos pequeño-nobiliarios del siglo XVIII: "...los ricos mayorazgos ***que educaban, o mejor dicho, que no educaban al primogénito*** *para que les sucediera en el disfrute del patrimonio familiar."* (Salcedo Ruíz, 1924: 36). Acerca de esta condición escasamente cultivada de los mayorazgos, pero generalizando estereotipos corrientes que escapaban a la vida generalmente recatada y por lo común sobria del caso particular de los Azara, el mismo autor (*op.cit.*: 33), agrega que cada uno de los mismos: "*...educado desde que nace, por su padre, anterior poseedor del vínculo, para eso: para ser único poseedor de la riqueza familiar y vivir a lo gran señor. No se le da carrera, o él no se aviene a estudiarla; le miman sus padres, le adulan sus hermanos y parientes, y, por lo común, es un hombre sin instrucción; la ignorancia y aún la mentecatez del mayorazgo eran proverbiales; rumboso o despilfarrador, porque sabe que, haga lo que haga, no ha de quedarse pobre, ya que las tierras no han de salir nunca de su poder, con arraigadísimas preocupaciones e ínfulas nobiliarias en que había sido educado, y en que funda su bienestar; optimista porque nadie lo ha contrariado jamás y todo el mundo le respeta, le lleva la corriente y ríe sus gracias; pronto a socorrer y dar limosnas; y, generalmente, buen cristiano práctico y apegado a la tradición, excelente patriota y ferviente realista."* En estas consideraciones aparece una clave apta también para interpretar a su hijo primogénito, Agustín de Azara y Mata, el siguiente mayorazgo del linaje, engrandecido por el marquesado de Nibbiano, después del de su abuelo Alejandro y su padre Francisco Antonio. Sin más instrucción que la de un dómine casero, tal vez limitadísimo, sin mundo y acostumbrado a hacer su voluntad sin restricciones. Era un substrato óptimo para que el carlismo lo contara entre los suyos y aplicó a esa vinculación todas las artes lícitas e ilícitas que tuvo a su alcance para tal fin. La mayor diferencia entre Agustín, nacido en 1801 y su padre, fue que aquél ya era cuando fue adolescente de cierta cultura urbana oscense y que la ambición desatada y –por qué no– el resentimiento, reemplazaron en él a la disposición cazurra y chocarrera de su antecesor, quien recién a los 67 años se asentó en la vida urbana oscense.

43 La leche era muy poco conocida en el Somontano y no integraba el habitual desayuno familiar en la primera mitad del siglo XVIII (Fernández Clemente, 2004).

gran hogaza de pan de trigo o de centeno amasado y horneado en la propia casa, tal vez untado con mantequilla o acompañado de una feta de jamón o de tocino, aporte energético nada despreciable en los glaciales amaneceres invernales.

Después se dispersaban todos para atender sus tareas, con excepción de los niños de la casa, quienes debían atender sus lecciones matinales, centradas en la lectura de páginas ejemplarizadoras de libros piadosos: misales, libros de horas, vidas de santos, cuidadosamente guardados, algunos por generaciones, en un viejo arcón herrado que sólo manejaba la señora de la casa. Ese arcón y una habitación permanentemente cerrada de la segunda planta sobre los cuales los pequeños no tenían permitido preguntar y, menos aún acceder, era el cuarto misterioso, al que raramente y en forma exclusiva, entraba don Alejandro, manipulando para abrirla una gran llave de hierro que impresionaba a los niños: eran las áreas misteriosas de la casona de los infanzones. Tan sólo sabían que en el cerrado aposento se acumulaban desde hacía años o siglos todos los papeles importantes de la familia: recibos, actas notariales, cartas, esquelas, inventarios, actas de compra y venta, balances, arqueos, testamentos y copias de títulos, así como nombramientos, partidas de nacimiento y defunción, certificación de honores y quién sabe si no también, de admoniciones y emplazamientos, que también los hubo en la larga vida de la estirpe.

En otros arcones y, a veces, en rústicos armarios se guardaba la ropa personal y de cama de la familia. Al respecto debe desecharse la idea moderna de esos bienes, como casi descartables y de segundo orden. Eran épocas de escasez y de producción más artesanal que fabril. Por esa razón, especialmente las vestimentas y el mobiliario eran bienes altamente valorados. Como lo establece documentalmente Nieto Callén (2004) a través del estudio de testamentos de la época, es frecuente encontrar entre las diversas mandas, donaciones y disposiciones, algunas acerca del destino que tendrían camisas, casacas, jubones, vestidos y otras prendas que fueran de la indumentaria del legatario.

Un sitio de particular atractivo para los niños eran las subidas acompañando a los mayores, o por escapadas furtivas al ático, de techo bajo con el artesonado a la vista, refrescado –y a veces glacial– por el aire que circulaba por la multitud de arquetes que conformaban los vanos que, a modo de ventanucos, perforaban todas las paredes laterales. Allí había profusión de panojas colgando de los tirantes, acúmulos de sacos plenos de cereal, cubos con productos del campo, multitud de jamones y tocinos, además de diversos chacinados pendientes de ganchos de hierro dispuestos en el maderamen de sostén del techo y en los travesaños que ligaban las columnas, los que actuaban como colgaderos de productos, a los que sumaban canastos, serones y, muchas veces herramientas e, incluso, adminículos de cuero y arreos para uso con las caballerías; también había costales destinados a las acémilas y árganas para el transporte de productos menores o avíos. En salientes de las paredes se acumulaban frascas de colores variados, con diversos contenidos y, a veces ringleras de botellas con bebidas. No faltaban tampoco las madejas y los ovillos de lana, natural o ya teñida, que utilizaban las manos hacendosas del personal de la casa para tejer prendas y abrigos, además cueros de cabra, ovejas, caballos y becerros.
Si bien el vino y el aceite se guardaban en cavas y en nichos o cantorales excavados en la base de los muros de las plantas más bajas, también solían acumularse algunas tinajas llenas de esos productos completando el bien surtido ático.

Otra ocasión en la que se intensificaba la vida familiar era por la noche, antes de dormir, cuando se rezaba en familia y en el acto de despedirse, los padres hacia su alcoba y los niños –al menos los varones– hacia su habitación, posiblemente la situada en la planta inmediatamente superior, justo por encima de la cocina-hogar, donde dormirían como era costumbre sobre mantas y pellones pues en la vida semirrural de las aldeas, la mayoría de los niños y jóvenes, excepto en las clases nobiliarias más altas, sólo accedían a un lecho propio con el matrimonio[44].

---

44 Moreno Alonso (1989: 24) aporta datos de interés que sirven en nuestro caso a un doble propósito, por un lado para dar una idea de la vida del común en la España de la época y, por otro, para desmentir la arriba citada afirmación de Sánchez Espinosa (1997: 57) acerca de la ausencia de "mentalidad burguesa" en el infanzonazgo aragonés del siglo XVIII. Veamos: *"Pocos años después de la guerra* [de la independencia, 1808-1814]*, al atravesar aquellos paisajes el Conde Pechio (para quien viajar por España y Portugal era equivalente a hacer una campaña militar) lo que más le sorprendió no fueron las ruinas sino la inmutabilidad de aquellos paisajes y sus hombres. El país y sus gentes, imposibles de comparar con los de cualquier nación europea, seguían siendo los mismos que se desprendían de las páginas de* **Don Quijote** *o del* **Gil Blas de Santillana,** *tan divulgados por entonces. La simplicidad del modo de vida de sus gentes era pavorosa: unos mendrugos de pan y legumbres, con un poco de aceite y tocino, constituían la dieta de la mayor parte de los españoles. Hasta llegó a acostumbrarse a ver cómo los campesinos comían raíces que extraían, ante él mismo, de la tierra. Los hogares españoles carecían de muebles e incluso de platos y de los objetos que podrían parecer más imprescindibles. El ministro Bardají* [hijo de Mariana de Azara]*, otro representante de aquella generación que le acompañaba, le explicaba sin sorprenderse, que en su tierra, en Aragón, los campesinos no empezaban a hacer uso de una cama hasta el día de su matrimonio. Un trozo de piel de cabra atado al pie usa-*

Es posible –y en este campo todo es conjetura– que si los Azara hubieran tenido una concepción más abierta e igualitaria acerca de sus servidores, se dieran formas activas y interactuantes de convivencia entre los niños de los amos y los del personal subordinado. En ese caso jugarían con ellos, tal vez compartieran rezos y algunos festejos y ritualizaciones tradicionales de la vida cotidiana[45], además de los consabidos juegos y travesuras infantiles o de muchachos. Sin embargo la total diferencia de los destinos expectados para las vidas de los hijos de la familia con respecto a sus coetáneos cercanos y subordinados domésticos, sometidos a una casi segura obligación de trabajo o, al menos, de ayuda a sus padres desde la edad más temprana, implicaría una sensible separación estamental[46], que es la única que condice con la mayor parte de evidencias indirectas disponibles y se atiene a los usos de la época, en especial en una familia centrada en la perduración y el ascenso de su linaje, como indudablemente lo fue la de los Azara-Perera en Barbuñales.

Otro rasgo diferencial reside en la depuración del lenguaje de la que hicieron gala los Azara, que no conservaban trazas de plebeyización, al menos en los casos de Eustaquio, José Nicolás y Félix. También era un factor de separación estamental la natural conducta hidalga de los hermanos más destacados, incluyendo a Eustaquio, Félix, Mateo, Lorenzo, José Nicolás, Francisco Antonio y Félix. La misma revelaría que existió una neta segregación en sus respectivas crianzas con respecto a las de los hijos del personal doméstico y auxiliar. Incluso pudo haber tenido ribetes de severa esa exclusión, dada la ya comentada aspiración familiar, sostenida desde hacía más de un siglo de escalar socialmente, y eso implicaba particularmente reforzar la ligazón con los destinos eclesiásticos, excepto en el caso particular y primerizo en la estirpe que representara José Nicolás, al que sólo podemos parangonar en el ambiente comarcal con el zaragozano Ignacio de Luzán y con Baltasar Gracián, que era de Calatayud, y con los hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, nativos de Barbastro (siglo XVI) y con el de los oscenses Vincencio y Juan de Lastanosa, del siglo XVII[47].

En este caso la crianza de las verdaderas cohortes de hermanos: Eustaquio y José Nicolás primero; Mateo, Lorenzo y Félix después, debió de ser bastante solitaria y adusta, lo que podría contribuir a explicar algunos rasgos particulares del carácter

ban como zapato. Y el vestido de las clases bajas no era sino una pieza de lana de colores que lo mismo servía de capa durante el día que de cama durante la noche. Quedó sorprendido de ver que muchos de los huevos que los recoveros llevaban a Madrid procedían de Francia y que los andaluces el trigo que consumían procedía de Odessa. La conclusión que sacó de todo ello era que los españoles, con tan elemental modo de vida en 1821, apenas si habían pasado privaciones en la guerra de 1808 porque estaban acostumbrados a pasarlas desde siempre, y en realidad poco habían perdido desde un punto de vista material." Por mucho que tengan estas consideraciones de unilaterales, de exageradas o de localizables sólo en tierras castellanas y andaluzas, no pueden estar muy distantes de la verdadera situación reinante en la España del siglo XVIII. Ante esta realidad sólo se puede establecer que la mentalidad de cada estamento social derivaba, en gran medida de su entorno socioeconómico tan estrechamente acotado. Por más que la residencia de los Azara en Barbuñales pudiera haber sido –y es dudoso que lo fuera– una excepción de solidaridad y paternalismo interestamentario, una cosa casi inusitada en su tiempo, la forma de vida habitual de una familia que generó obispos, embajadores, regidores y brigadieres generales, no pudo ser sino altamente diferente de la que llevaban los estamentos subordinados. Asignar a las condiciones de las familias más cultas y participativas de la vida eclesiástica y pública española "mentalidad burguesa" o incluso, aunque fuere más anacrónico, "tardío feudal", es cuestión convencional, pero el hecho concreto es que existía de una manifiesta y sostenida diferenciación cultural, sensitiva y de hábito cotidiano, incluyendo el comer, el vestir y el dormir, entre el estamento propietario y de estirpe hidalga y sus subordinados resulta innegable.

45 Sin embargo, esta interpretación es dudosa dentro del contexto epocal. Por más que en Barbuñales pudiera reinar un dominio patriarcal bondadoso, el trato entre los estamentos mantenía tanto en Cataluña como en Aragón, especialmente hasta la mitad del siglo XVIII un carácter duro y de escasa permeabilidad mutua, como lo destacan, entre otros Sarrailh (1957), Aguilar Piñal (1985), Peiró Arroyo (1988), Gómez Valenzuela (2001).

46 Por bueno y cercano que pudo ser el trato de la familia Azara a sus campesinos y servidores, recordemos las crudas y un tanto cínicas expresiones de Luis XIV en sus **Memorias** (tomado de Jacques Barzun, 2002: 445):

"No hay un solo gobernador provincial que no cometa alguna injusticia, ni un solo cuerpo de soldados que no lleven vida disoluta, ***ni un solo caballero que no actúe como un tirano con sus campesinos****, ni recaudador de impuestos, delegado o vulgar sargento, que no desempeñe su gestión con insolencia. Estos delitos se agravan por ser cometidos en nombre del Rey. Aun los funcionarios rectos se corrompen, incapaces de ir contra la corriente. En lugar de un solo soberano como debiera tener el pueblo, tiene un millar."*

47 En este caso se sabe que existió una relación de parentesco y de trato familiar relativamente estrecho que se prolongó a través de las generaciones hasta el siglo XVIII, de modo que bien pudo ser el recuerdo de los hermanos Lastanosa, un ejemplo vigente durante sus años de estudiante en Huesca, para la emulación de sus dotes –e incluso también el de los Argensola– e independiente de la huella dejada por José Nicolás, pleno de intereses humanísticos, estéticos y con afanes de inspirado coleccionista.

y las costumbres de Félix como lo trataremos más adelante. Por ejemplo, en la obra escrita de Félix, raramente hay regionalismos (Chialchia de Contreras y Contreras Roqué, 2006), menos aún rastros de la tradicional fabla aragonesa. En general los hermanos usaron siempre un lenguaje depurado y propio de hidalgos puntillosos en cuanto al habla, muy distantes –por ejemplo– del lenguaje escrito de Francisco de Goya y Lucientes, coetáneo y también aragonés como ellos, aunque el refinado de espíritu y dueño de un estilo brillantemente cultivado, que fuera José Nicolás, gustaba jugar en la correspondencia con sus íntimos, como Manuel de Roda y Arrieta o Bernardo de Iriarte, haciendo uso de un lenguaje variopinto y florido en el que no faltaban los desenfados verbales (Sánchez Espinosa, 2000).

Por más que el cambio de la sensibilidad familiar entre el siglo XVIII y el siguiente, especialmente al asentarse las formas arquetípicas de vida burguesa urbana, fue drástico, logrando asegurar mejor la integración y la seguridad familiar, todavía le faltaba mucho a la medicina para avanzar en forma efectiva contra la mortalidad materno-infantil, pero el promedio de espectabilidad de vida adulta había ascendido notablemente. En cierta forma la familia Azara-Perera representaba regionalmente una excepción al haber generado una descendencia de siete hijos que llegaron a la mayoría de edad. De acuerdo con la información estadística disponible (Simón Tarrés, 1987: 92) el tamaño medio de las familias, especialmente en la cercana Cataluña, era mucho menor, oscilando en cuanto a la posesión de siete hijos entre los valores porcentuales de 0,83 hacia 1720 y 0,55 en 1755. Los promedios más altos correspondían a las que tenían sólo un hijo (36,45% a 50,83% para las mismas fechas) y dos hijos (27,93% y 29,02%, respectivamente también).

Todavía en Aragón y en el siglo XVIII temprano, particularmente en las provincias más alejadas, dominaba cierto sentido medieval de resignación y de consideración efímera de la estructura familiar, amenazada constantemente por la muerte, y también por la dispersión, tras la cual sobrevenían los alejamientos, los más de ellos infinitos[48]. La vida de Félix fue un ejemplo vivo de esa situación paradigmática: no asistió a la muerte de sus padres ni a la de la mayor parte de sus hermanos, incluso apenas si visitó alguna vez a los primeros, excepto a Eustaquio –si es que pudo hacerlo, no hay constancia de ello, salvo con el mayor– y se encontró alguna vez después de su partida en 1764 con los demás. Solamente en 1804 compartió los últimos momentos de José Nicolás y en 1820, ya anciano, los de Francisco Antonio.

Por más que los estudios sobre la época dan cuenta de porcentajes altísimos de mortalidad materno-infantil (Pérez Sarrión, 1997: 15) la familia Azara-Perera logró superar las etapas más críticas de la crianza de sus siete hijos sin experimentar pérdidas[49]. Escaparon a los estragos del garrotillo (la difteria), los “ataques” (meningitis), las “calenturas” o fiebres ocasionales por la mala calidad de los alimentos o por el régimen impropio de las comidas brindadas a los niños, males que *“…eran* [hasta] *hace medio siglo plaga y azote en la vida rural”* (Arnal Cavero, 1940: 81) y hasta por las insolaciones y también los letales **tabardillos** (casos de tifus exantemático).

Además, fueron respetados por la viruela o “picueta” que casi contemporáneamente hasta había incluido en la lista de sus víctimas a un rey de Francia como lo fuera el poderoso Luis XIV y a otro de España como el desventurado Luis I (fallecido en 1724, después de haber reinado sólo ocho meses), pues la vacunación no se generalizó en España hasta la transición de los siglos XVIII y XIX, particularmente entre 1799 y 1805 (Granda-Juesas, 1987; López Piñero, 1999; Ramírez Martín, 2002; Olagüe de Ros y Astrain Gallart, 2004). El paludismo, fiebre palúdica o malaria, que se desataba periódicamente en el Somontano (Nieto Callén y Bosch Ferrer, 1996; M. S., en prensa) con gran virulencia[50]. Los datos epidemiológicos disponibles indican la aparición tempora-

48 Por ejemplo, el caso de quienes migraban al Nuevo Mundo, y por razones de costo, transporte y lejanía, casi nunca retornaban, en especial entre los estamentos más pobres.

49 Compárese el extraordinario caso de supervivencia de toda la prole de los Azara y Perera en Barbuñales con la menguada suerte de los Bardaxí y Azara en la siguiente progenie de Mariana, la única hija mujer de los primeros, cuando crió sus hijos en Graus (Pallaruelo Campo, 2002: 184-185), que resume el triste balance familiar hacia fines de 1783, año del nacimiento de Joaquina de Bardaxí y Azara, la última en la descendencia del matrimonio. De doce hijos habidos en el mismo, habían fallecido dos niñas y otros tantos varones. Y se trataba de una familia acomodada a la que la afectara un tercio de mortalidad infantil, siendo algunos de los óbitos por causa de la viruela. Con todo, eran padres afortunados, pues con dos tercios de su prole subsistente, excedían con holgura el promedio popular.

50 Aparentemente las epidemias de tercianas guardaban relación con episodios húmedos de carácter macroclimático, que según observaciones modernas podrían corresponder a repercusiones a distancia (teleconexiones) de las presentaciones cíclicas de la oscilación climática denominada **El Niño** (ENSO: El Niño Southern Oscillation) (Comín *et al.*, 1992), con influencia en el comportamiento hídrico en los valles y áreas de influencia de los ríos subpirenaicos (Nieto Callén y Bosch Ferrer, 1996; Nieto Callén, 2004), y por ende en los ciclos de abundancia del mosquito del género **Anopheles**, que es su principal transmisor.

ria de focos en la década de los años 1780, e incluso en años anteriores (Nieto Callén, M. S., en prensa) y algunos de esos episodios alcanzaron a los habitantes del minúsculo núcleo urbano de Barbuñales.

Pérez Sarrión (1997: 15) dice que la mortalidad en Aragón:

> *"...era un indicador no sólo demográfico sino social, ya que era diferencial según las clases sociales: los pobres estaban en condiciones mucho peores ante las crisis y morían más. Los registros parroquiales consignan la muerte, pero no el hambre, la pobreza, la miseria. Los registros del Hospital de Nuestra Señora de Gracia* [de Zaragoza] *son indicativos al respecto: en esta institución la mortalidad era del 91,8% para los niños expósitos –casi todos morían en el primer año– y del 51,9% para los no expósitos –sólo la mitad morían en el primer año–. La mortalidad infantil en Zaragoza era por entonces del 50,9%: es decir que la mitad de los niños nacidos no llegaban a esa edad. Está claro que la mitad de los niños normales moría antes de los cinco años, lo que en sí ya es un índice elevado, pero es que sobre esto un niño expósito tenía casi el doble de posibilidades de morir que un niño normal: nueve de cada diez expósitos morían, la mitad de ellos en el primer mes, y casi todos los demás en el primer año de vida."*

A título meramente especulativo, podemos analizar dos factores que pudieron actuar como atenuantes y protectores, en el caso de los Azara y fueron, por una parte la lejanía de la comarca entera de las rutas más habituales de tránsito de la España previa a 1760 (Campomanes, 2002)[51], y –por otro– el hecho de que Barbuñales, que contaba con una fuente propia de agua desde casi dos siglos atrás[52], se hallara en un collado relativamente seco, alejado tanto del curso del Alcanadre (que en todo ese sector de su recorrido tiene un decurrir encajonado sin dar lugar a espacios palustres cenagosos y de aguas mansas, adecuados para la difusión de la plaga de mosquitos) y que, a partir de la instalación en la aldea de fuentes de agua propias a fines del siglo XV, esa situación liberó a los pobladores de Barbuñales del obligado contacto con la vega húmeda de la fuente de Lizana, despoblada desde 1765, según versiones dignas de crédito, a consecuencia de la epidemia de peste que afectó a toda España en el período 1750-1766 (Guirao Larrañaga, 1998; López Piñero, 2000), y que era además un paraje que pudo haber sido un hábitat adecuado para la proliferación de los vectores de la malaria.

También se puede deducir de la casi excepcionalidad demográfica de la familia Azara, que la misma vivía en una relación de generosidad de trato y de buena provisión del sustento de sus servidores y de sus familias, pues la pobreza de la dieta, ya fuera continua u ocasional, era uno de los mayores factores facilitadores de las epidemias y de los casos particulares de mortalidad. Cuando en una mansión nobiliaria o en sus vecindades se producían brotes de enfermedades infecciosas, cundía rápidamente el contagio y eran raras las excepciones posibles de aislamiento y salvación. De la calidad de vida de todo el entramado social de cada paraje, dependía mucho el surgimiento de focos infecciosos y la rápida difusión del contagio y, por ende, de la mortalidad a raíz de la epidemia.

El mismo hecho de la lejanía de las rutas habituales reducía al mínimo los contactos eventualmente difusores de contagio epidemiológico de los habitantes locales, e incluso el mismo factor cumplía esa función para los poblamientos de Huesca, Pertusa y Barbastro, que eran focos naturales de atracción e intercambio para las pequeñas comarcas del Somontano, en especial las dependientes de la jurisdicción eclesiástica de Barbastro, situación en la que se mantuvo largamente la región a partir del siglo XV (Nieto Callén, 2004).

Si bien el hogar de los Azara-Perera no sufrió ninguna de las habituales pérdidas de hijos propias de la sanidad y la demografía de esos tiempos, los progenitores nunca tuvieron la dicha de ver a la familia reunida por entero. Los tres hijos menores, Mariana, Félix y Francisco Antonio, nacidos respectivamente en 1739, en 1742 y 1744, no llegaron a convivir nunca con Eustaquio, el mayor y con el segundo, José Nicolás, pues ambos habían marchado lejos

---

51 Nieto Callén (2004), describe para Barbastro una situación similar.

52 Es interesante destacar que esta instalación correspondió a un interés generalizado del Reino por la provisión de agua en las comarcas altoaragonesas. De acuerdo con Severino Pallaruelo Campo (2006: 186) en el siglo *"…XVI se construyeron muchas fuentes en los pueblos del Somontano. Respondían casi siempre al mismo esquema: caños bajo un arco a modo de arcosolio coronado por moldura y, anejos, un pilón para abrevar y un lavadero. Así son las que se pueden ver en Abiego y en Barbuñales. La de San Francisco en Barbastro ofrece una rica decoración renacentista. La de Estadilla también, Ésta última presenta una tipología peculiar, con amplio desarrollo horizontal jalonado por pilastras decorativas".*

Hasta la década iniciada en 1950 la fuente de Barbuñales proveyó de agua al pueblo. La misma dista menos de 200 metros de la casa solariega de los Azara y el agua se trasladaba, por lo común, en tinajas, o en vasijas menores. Tal vez con cierta regularidad se harían viajes con alguna acémila para cargar los depósitos hogareños de las residencias principales. El entorno de las fuentes fue durante siglos sitio de reunión, de sociabilidad e intercambio de informaciones, cotilleo y relacionamiento entre vecinos, particularmente por parte de las lavadoras de ropas en los pilones y por los que llevaban las bestias domésticas al abrevadero.

para cursar sus correspondientes estudios cuando sus hermanos más pequeños comenzaron a abrirse al mundo consciente y, más tarde, retenidos por sus obligaciones apenas si pudieron retornar, en especial José Nicolás. Incluso hacia 1750 es posible que la única compañía filial correspondiera a María Ana hasta su matrimonio, en 1758, en una ausencia matizada por esporádicas visitas de Eustaquio, quien cumplía sus funciones en el Pirineo. Después, hasta la muerte de ambos, quedaron en soledad con respecto a sus hijos, hasta fallecer ambos, el padre en 1778 y la madre en 1782, esta última durante la estadía americana de Félix.

Con los hijos de Alejandro y con el advenimiento en España de la dinastía de los Borbones, después de las convulsiones que agitaron al reino hasta producirse la rendición de Zaragoza en 1707 y la ulterior y terminal del conflicto, de Barcelona en 1715, la vida de los Azara, se deslizaba apaciblemente hasta mediados del siglo, y pasaría a brillar con llama propia, impulsada especialmente por la destacada actuación de José Nicolás, incorporado al ascendente "Partido aragonés", y sería él quien además aportaría un título nobiliario relevante, incorporado desde entonces a la sucesión familiar de Barbuñales, y más tarde por el enorme prestigio ganado –en gran parte póstumamente– por la obra naturalista y las exploraciones americanas de Félix. Todo esto sin desdeñar las funciones de los demás hermanos, con sus dignidades eclesiásticas o, en el caso de Francisco José, que desempeñó en Huesca funciones civiles que, al tiempo de su fallecimiento alcanzaran el rango de Regidor Decano del Ayuntamiento de la ciudad de Huesca.

Es evidente que la familia Azara tenía una tradición relativamente culta. No hay datos acerca de la existencia de una biblioteca familiar en las biografías de ninguno de los hermanos Azara. Una cita de Castellanos de Losada (1848: 22) atribuye a Alejandro de Azara y Loscertales, el haber leído lo poco que había accesible en su tiempo acerca de agricultura, de modo que es posible que esos libros estuvieran en la casa, además de las forzosas obras religiosas, en especial guías de la liturgia y vidas de santos (Contreras Roqué, 2006b: 166, *passim*). Sin embargo, llama la atención el hecho ulterior de que dos de ellos hayan sido bibliófilos; Eustaquio y José Nicolás, y este último en forma muy especial, pues llegó a tener una de las bibliotecas más ricas de su tiempo, (Sánchez Espinosa, 1997).

Eso no implica forzosamente que don Félix se haya formado en un medio literariamente rico e informado. Esta distancia de la cultura humanística y clásica pudo ser accidental o estaba en su peculiar disposición de hombre predominantemente práctico. Pero, recordemos que los datos acerca de sus años de infancia y juventud, muestran que no fueron muy propicios para una formación de tal naturaleza.

Pasó José Nicolás hasta los quince años en su casa natal, y después debió trasladarse a Huesca, donde estuvo bajo la dirección de su tío, un eclesiástico, don Mamés, sobre cuyas inclinaciones culturales de tipo humanístico apenas sabemos, ya que se concentraba en sus estudios y clases sobre el derecho canónico, y menos conocemos aún acerca de su posible biblioteca, que bien podría ser la propia de la Universidad de Huesca.

Del caso de la biblioteca personal, o de los libros que familiarmente pudo tener a disposición Félix de Azara, se han ocupado Álvaro Mones y Miguel Ángel Klappenbach (1997), Capel Sánz (2006) y Contreras Roqué (2006b), y retornaremos sobre el tema en el capítulo XI.

Recordemos que nunca hizo Félix gala de erudición literaria, ni se refirió concretamente sino a unas pocas obras por de más corrientes como la Ilíada. Más aún, cuando se produjo la muerte de su hermano José Nicolás, no hizo Félix esfuerzo por retener obra alguna, por más que abundaban las que podrían haber sido de su interés. Acompañó, en esa ocasión la tesitura familiar de proceder a la venta total del contenido de la biblioteca (Sánchez Espinosa, 1997:21). Como dato adicional puede agregarse la observación de que hacia 1950 estaban en la biblioteca familiar de la casa solariega de Barbuñales todos o buena parte de los mismos, los tomos de las obras de Buffon traducidas al español por Clavijo y Fajardo, y que pudieron haber pertenecido a don Félix en la última etapa de su vida (Francisco Jordán de Urriés y Azara, comunicación personal).

En la historia de Félix de Azara resulta don Alejandro un protagonista decisivo. No por una circunstancia particular de esta biografía, sino por el papel parental, que tanto juega en el destino ulterior, psicológico, social y personal del ser humano en general. En la carencia casi completa de información documental –debe existir alguna, no sabemos de qué cuantía– pero es difícil hallarla[53], podemos inferir la hipotética

53 Como lo pintara con tal vez extremoso énfasis el historiador de la ciencia Antonio Lafuente en su intervención en las **Primeras Jornadas Azarianas** de Madrid, en el año 2005, el reino de España se había sumido progresivamente desde el siglo XVI en un progresivo mar de papel: una gigantesca burocracia todo lo anotaba, lo registraba, lo elevaba a las instancias correspondientes tras lo cual se archivaba. Seguramente ya en el siglo XVIII contaba la agigantada burocracia estatal con muchos miles de toneladas de notas, cartas, manuscritos, registros, actas notariales, minutas, resúmenes de sesiones, negocios, viajes, cargamentos, movimiento militar y civil,

recreación de un posible señor de los Azara de Barbuñales con vigencia aproximada desde 1723, el año de su matrimonio y de la asunción del mayorazgo en Barbuñales, hasta su muerte en 1778.

La imagen de don Alejandro, reconstruida con las salvedades enunciadas, corresponde a la de un señor rural muy bien ajustado a su tiempo[54], y dentro de ellos a esa clase que había optado (o sido destinado por decisión paterna difícilmente apelable en esos tiempos) por una vida rural más apegada a las rentas –tal vez a las no muy abundantes pero complejas rentas– que a la extracción intensiva de frutos de la tierra, de lo que se ocupaban sus "criados y colonos" (Castellanos de Losada, 1848: 24). No es difícil llegar a establecer sus preocupaciones cotidianas mayores. No era –para una definición social– tanto un jefe de familia como era positivamente una cabeza de linaje. Por ende para él debía ser de un interés dominante la retención del patrimonio (era fundamental en el concepto de hidalguía, sostener el atributo de condición nobiliaria por referencia a un señorío, a la noción de suelo propio y de haberes pecuniarios que lo refuercen), tan vinculada al mayorazgo. Esta debió ser la preocupación mayor de Alejandro de Azara y Loscertales hasta que pudo, por fin, definirla a más de un cuarto de siglo de vida matrimonial. Lo hizo, con alta posibilidad, tan arbitrariamente como se puede ver "desde fuera" el producto de su intervención. El paternalismo arbitrario y difícilmente apelable debió de ser un rasgo saliente en su conducta cotidiana, reforzado por la práctica religiosa acendrada y conservadora ante la que no cabrían objeciones de ninguna índole.

En cuanto a la sucesión del mayorazgo de don Alejandro, es evidente que hubo una larga indefinición, pues la vocación religiosa de su hijo mayor introdujo una variable en la misma, seguramente parecida a la que en la generación precedente provocó el primogénito Mamés de Azara y Loscertales, al profesar como religioso y dejar al segundo hijo, Alejandro, el mayorazgo. La decisión de Eustaquio, de acuerdo con usos que perduraron hasta bien promediado el siglo XX, muy bien pudo responder a una promesa realizada por su madre sobre el destino de su hijo, mucho más que a una auténtica orientación libre y personal hacia la vida monacal. Recordemos la inicial tardanza del primer hijo del matrimonio paterno y la presencia del exvoto propiciatorio en el salón de la segunda planta de la casa solariega: el mismo representaba a San Ramón Nonato, el promotor de la fertilidad[55]. ¿Por qué no suponer que la madre hiciera la promesa a la imagen venerada de que *"si Dios le diere descendencia"*, el primogénito le dedicaría su vida, es decir estaría destinado a la carrera eclesiástica[56].

---

relaciones eclesiásticas y diplomáticas. Ese inmenso y a veces farragoso cúmulo, motivó a Lafuente para suponer –en el marco de un externalismo epistemológico casi radical que no compartimos– que como consecuencia directa de esa acumulación, la persona histórica quedaba absorbida en esa densa red, al punto que perdía entidad y su protagonismo, y –el ser humano real actuante y protagónico, se tornaba cada vez más un resultado de la dinámica autónoma de la compleja máquina del estado, de la economía y de la sociedad. Estos factores condicionaban a las personas, siguiendo con el criterio de Lafuente, y la hacían necesariamente relevable y prescindible. Por el contrario, creemos que se trata de una interpretación errónea, y estamos convencidos acerca del papel relevante e imprescindible de la persona en la historia, por lo que confiamos en que la ordenación e informatización del material documental escrito, por abundante que fuere brinde a los historiadores del futuro la oportunidad de esclarecer muchos aspectos del pasado que hasta ahora sólo podemos inferir, o peor, suponer, asumiendo voluntaria pero provisionalmente, una alta cuota de incertidumbre.

54 Dice acerca de él, el en general poco fiable Basilio Sebastián Castellanos de Losada (1948: 24-25), *"A los muy pocos años se impuso don Alejandro en los buenos principios de agricultura conocidos entonces, y lejos de entregarse a la vagancia como acontece generalmente a los señoritos hidalgos de los pueblos en las casa ricas, puso todo su conato en hacer observaciones y en estudiar las buenas prácticas y los pocos autores agrónomos que entonces se conocían, procurando seguir en todo el ejemplo que le daba su buen padre. Sus excelentes cualidades entre las que sobresalía su paciencia para con sus criados y su afabilidad con todo el mundo, le hicieron desde muy joven querido de aquellos y apreciado de quienes le trataban."* Debe tenerse en cuenta que el mercenario rapsoda familiar derrocha al extremo el estilo ditirámbico cuando escribe a sueldo de Agustín de Azara, cuyo interés se centraba en mostrar excelencia y excepcionalidad en todo lo familiar, y que lo hacía a más de un siglo de distancia. Pero, es posible que en líneas generales pueda ser creído.

55 En este sentido, no olvidemos a la Virgen Vella de la cercana localidad de Castejón del Puente, cuya invocación en busca de fertilidad y gestaciones exitosas era equivalente. Según datos proporcionados por José María Morera Argerich, se trata de una de las más antiguas imágenes de la Virgen de la región, provendría de los tiempos de la cristianización original. La grafía antigua y correcta sería la que utilizamos, pues la otra es moderna y se sobrepone por cuestiones de ignorancia de la tradición. Vella significa "antigua", "vieja". Queda en el camino de Santiago, en una de sus vertientes que baja de las zonas altas y se dirige después a Barbastro. El 24 de octubre es su día conmemorativo.

56 Hemos conocido personalmente existencias dedicadas al sacerdocio que resultaban de promesas de esta clase. Algunas se resolvieron por un traumático desistimiento de la víctima de tal uso arbitrario del destino ajeno, otras perduraron con una callada resignación, que en más de un caso debió de ser generadora de un pesado drama interior, aunque en el contexto de la religiosidad de la primera mitad del siglo XVIII, en muchos aspectos mantenida en relictos familiares del siglo precedente, debió de

El segundo hijo, José Nicolás, resultó desde muy temprano demasiado brillante, tal vez muy autónomo y lúcido como para destinarlo a señor rural y, hasta pudo oponerse vivamente a ese destino. Otros dos hermanos de los sucesivos, tomaron los hábitos. Así, Félix, el sexto de la progenie pudo haber sido el destinatario natural del mayorazgo en esa progresión de frustraciones con respecto a lo que en ese tiempo era una dimensión esencial de la estirpe. Pero, como ya lo hemos tratado largamente, algo hubo de constante en su carácter que llevaba consigo desde niño.

El repaso de su vida nos lleva casi forzosamente a inferir que fue un niño solitario y díscolo, caracterizado por un aragonesísimo empaque y por cierta altivez –o inseguridad de fondo, podría ser– la que lo distanciaba de los demás. Tal vez, y ya en el dominio de la pura especulación, que fuera por eso que recién a los quince años, casi mozo, fue enviado a estudiar a Huesca, pues antes no se había definido aún la asignación definitiva del mayorazgo a su hermano menor.

Para hacerlo quedaba poco tiempo y ya había pocos hijos en condiciones de aspirar al mismo, pues además de Félix quedaba en la casa sólo un varón, el menor: Francisco Antonio, sin definir aún su futuro. No es raro que Félix haya vivido una niñez solitaria y triste, inmerso en un pesado ambiente de recriminación y de presión familiar, que un buen día estalló, costándole tal actitud el mayorazgo y provocando su "destierro" a Huesca, junto a don Mamés, para iniciar estudios que lo llevaran a una aspiración, idea que bien pudo haber inspirado José Nicolás a su padre, con el ejemplo de su exitosa carrera: el destinar al desesperanzador Félix a ser, en el mejor de los casos, un golilla exitoso o, aunque más no fuera, un covachuelista capaz de ganarse la vida. Pero, sin dote ni recursos familiares, como para comprar un cargo o para contraer un matrimonio familiarmente aceptable, debía antes egresar como Bachiller en Leyes de la Universidad Sertoriana de Huesca, siguiendo los pasos de aquel hermano[57].

Por lo que conocemos de psicología infantil, en general más que un "estallido" brusco e inesperado, lo más común es que surjan, precediéndolo largamente, la frustración, la soledad y el desamparo del niño sometido a la dureza imperativa de un señorío familiar, que en la vida rural no tenía casi atenuantes, dé lugar a un ensimismamiento, fantaseo o mutismo y mayor aislamiento aún que el impuesto desde afuera.

A su vez, esa reacción es percibida por el mayor responsable (el padre en este caso) como una inusitada rebeldía y eso incentivó el maltrato, las reconvenciones y hasta el menosprecio y las represalias. Se habría desarrollado así un verdadero círculo vicioso que difícilmente tiene retorno cuando se prolonga hasta la adolescencia. Las heridas íntimas, cicatrizan mal y se transforman en una condena para la personalidad adulta. El Félix de Azara subyacente al ingeniero militar, al ulterior marino, al demarcador y al estudioso, dejó escasas huellas directas de su paso por la vida más allá de sus informes oficiales y su obra escrita siempre acerca de temas psicológicamente neutros. Fue fácil para terceros borrar sus trazas, en caso de haberlas, y reinventar el personaje a su gusto y placer, tarea bien posible para un plumífero a sueldo, que si fue capaz de remontar el linaje de su mandante a los reyes de la Troya homérica, bien pudo construir un Félix de Azara adecuado al panegírico que le encomendaran.

Como carecemos de toda forma de acceso directo a su niñez, debemos recordar que ésta tuvo dos componentes esenciales, además de las comunes de toda infancia humana: del tiempo en el que le tocó vivir. Además la configuración general de una familia de su estamento, acendradamente religiosa y viviendo una serie de tensiones internas que podemos suponer como casi necesarias dentro de la lógica de los hechos que analizamos, aunque no probarlas.

Sin embargo, una forma de llegar al sujeto que nos interesa, es el análisis de otras vidas transitando edades similares o parecidas, en su misma época o muy cerca de ella, tal vez una generación después, pero siempre dentro del mismo marco referencial: hogar cerrado, separado por distancias estamentales o de credo de la compañía con otros niños; padre autoritario y absorbido por una voluntad de sostenimiento de su estirpe o de su fe, antepuesta, posiblemente a los demás sentimientos familiares; madre religiosa a ultranza, con un papel irrelevante o apenas significativo ante sus hijos, pues el ámbito de las decisiones era jurisdicción paterna, y en más de un caso, en especial cuando había tíos o parientes masculinos cercanos religiosos, éstos también participaban del arbitrio de todo lo concerniente al futuro del niño.

aceptarse con serena humildad, al menos en su aspecto social y exterior a la intimidad del afectado.

57 Dice Fernando López Martín (2007: 24), quien –como ya mencionamos– es prácticamente el único estudioso que se atreviera a esbozar una imagen probable de Félix de Azara niño: *"Félix de Azara era el tercero* [en realidad el sexto] *de los hijos y sus primeros años transcurrieron en su pueblo natal. Ningún recuerdo de su pueblo en sus escritos. Ninguna referencia a una educación severa y religiosa. Muy posiblemente viviría apartado de los chicos de su pueblo por su condición de hijo de una persona de posición e hidalguía".*

Tenemos un caso referencial –habría otros dos cercanos, tal vez tres, si incluimos la infancia de Jovellanos, que son los de José María Blanco White y el de José de Cadalso– sin embargo, este último al igual que Jovellanos participaron de ambientes familiares muy atípicos con respecto a los que suponemos como posibles para los otros dos.

Para ambos, Azara y Blanco White, caben muy bien los versos de Octavio Paz

"…el condenado desde niño, destilador del Tiempo
rey de sí mismo, hijo de sus obras"[58]

o proyectados por sus peculiarísimas iniciaciones o reconversiones en la vida,

"…más allá de la infancia, más allá del comienzo, más allá de las aguas del bautismo…"[59]

En el caso de Blanco White, éste parece, en muchos aspectos, casi paradigmáticamente ajustado a la realidad infantil de Félix, incluso y salvando la diferencia de que la niñez de aquél aconteció veinte años después y en una ciudad como Sevilla, mientras que la de Félix tuvo lugar en el ambiente rural de Barbuñales. Si estamos en lo cierto, ambos recibieron en su primera edad la impronta definitiva de situaciones que no pudieron manejar y que tienen muchas facetas en común. Ya adulto, solitario y desterrado, Blanco White accedió al pedido de un amigo y escribió una **Autobiografía**. La misma constituye un documento escasamente difundido, tal vez porque aún hoy resulta algo difícil de aceptar para muchos, que rechazan el texto, transcurridas las primeras páginas.

Ambos pequeños experimentaron una gran soledad en su niñez, Félix con sus hermanos lejos, a los mayores sin siquiera haberlos conocido hasta ser adolescente o mayor. Por su parte, José María tenía dos hermanas, que fueron internadas en un convento desde muy pequeñas sustrayéndolas a la vida familiar. En las primeras páginas de Blanco White resalta la condición parental casi similar que vivieron ambos. Los dos fueron restringidos en cuanto al trato con compañías de su edad, en el caso de Félix por razones estamentarias, en el de José María por temor a la contaminación con pecadores. Nos dice el segundo, tratando incluso de comprender a sus progenitores:

"Su desgracia y la mía propia, en cuanto que mi felicidad dependía de ellos, era lógica consecuencia de su obediencia ciega a la religión según la cual vivieron y murieron. De acuerdo con lo que ellos entendían como perfección cristiana determinaron educarme de acuerdo con las normas de la Iglesia de Roma. Así, al mantenerme alejado de la compañía de los muchachos de mi edad, se imaginaban que estaban preservando mi alma y corazón de toda contaminación. Ello hizo que fuera un ser solitario durante toda mi infancia y adolescencia. Bien me acuerdo de cómo se me iban los ojos detrás de los niños pobres que jugaban por las calles de Sevilla y cómo envidiaba la alegría de poder jugar con amigos de su misma edad".

Más adelante continúa el sevillano:

"La parte teórica [de la formación cristiana] *se limitaba al conocimiento del catecismo, un conjunto de explicaciones teológicas en la jerga de la escolástica. Ciertamente llegué a ser un adepto según mi edad a aquellas explicaciones de los misterios de la fe. La parte práctica consistía en una ronda perpetua de prácticas piadosas, de las que todavía conservo memorias muy penosas. Temía extraordinariamente la llegada del domingo. En las primeras horas de la mañana de aquel tremendo día tenía que acompañar a mi padre al convento dominico de San Pablo, donde residía su confesor. Dos veces al mes había de someterme a la práctica de la confesión que mi padre cumplía escrupulosamente todos los domingos. Dos horas enteras pasaba en la iglesia antes de ir a desayunar. Después de una rápida visita a casa para tomar el desayuno volvíamos a salir, esta vez para ir a la Catedral, donde había de pasar otras dos horas de pie o arrodillado ya que el templo carecía de asientos. Más de una vez llegué a desmayarme exhausto pero nada podía librarme del mismo castigo el domingo siguiente".*

Al igual que Félix de Azara hubiera podido hacerlo, ha dicho José María Blanco White algo que suponemos podría haber repetido aquél con plena veracidad:

"Mi ingreso a la facultad de filosofía a los catorce años me libró un tanto de esta cruel disciplina. Hasta entonces nunca me habían permitido salir a la calle solo pero a partir de entonces pude ir a las clases sin que nadie me acompañara".

Recordemos que Félix de Azara llegó a Huesca en 1757, a los quince años, y que permaneció allá poco más de tres años hasta dejar inesperadamente sus estudios y retornar a su aldea natal de Barbuñales por un período de más de dos años. Es posible que, carente de recursos materiales y de un acopio de valor como para romper con su padre, y no teniendo otra alternativa por delante, Félix debió de haber pasado buena parte de ese tiempo amargamente en medio de una situación familiar que no se resolvía, pero que tampoco podía prolongarse.

Gracias a la actitud vital adoptada por Félix de resultas de sus vivencias infantiles y adolescentes, fue capaz de hacer lo que hizo en su vida, y de hacerlo, en ocasiones, excepcionalmente bien, pero en el fondo de sus actitudes, si se las contempla

58 De **Mutra**, Octavio Paz en su poemario **La estación violenta,** 1958.

59 Para Félix de Azara, más allá del 8 de de julio de 1775, para Blanco White después del año 1812 (Durán López, 1805: 227). Trascripto de **El cántaro roto**, Octavio Paz, 1958, en la misma obra de la cita precedente.

en toda su extensión temporal, surge la sensación de un desapego profundo, que varias veces se puso de manifiesto, y que resalta en el particular y notable abandono –antes de 1808, o en ese año– de las ciencias naturales, en el desprendimiento de su obra, dejada en manos de terceros, en cuanto a dar oportunidad de que cosecharan el lauro final de serlos dueños de "sus" especies según lo establece el Código de Nomenclatura Biológica Internacional[60]. También en su apartamiento total de las amistades o conocimientos personales que pudo haber hecho en Francia, con las que bien pudo haber mantenido un intercambio científico y amistoso hasta el final de sus días. Así pasaron sus amistades, sus relaciones, tal vez algún o algunos eventuales amoríos, que seguramente no pudieron faltar en su vida de hombre sano y activo, por más que hubo razones de servicio[61] y, tal vez, de patrimonio[62] (¿además de otras y muy íntimas, de convicción y conciencia, es decir, psicológicas?) que pudieran haberle impulsado a permanecer soltero.

Retornemos a sus amistades. Quien ha hecho su paso por instituciones como escuelas, aulas universitarias, cuarteles, academias militares, guarniciones; quien podría haber sostenido una membrecía en una sociedad como la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País; quien efectuara navegaciones y compartiera su existir diario en extensas expediciones, necesariamente ha tenido compañeros, camaradas. Si se hubiera tratado de un escritor literario lo recordaría en sus escritos, si no en su correspondencia. O se da el caso alternativo que es el del amigo, o de los amigos, que se perpetúa por escrito y registra el recuerdo y el reconocimiento. Nada de eso encontramos en Félix de Azara y en su entorno: por lo que se sabe, no ha dejado amigos con quienes continuar trato en Huesca, en Zaragoza, en Barbastro, en América, en París. Tan sólo en lo que subsiste de su correspondencia podemos ver una relación amistosa con Pedro Antonio Cerviño [1757-1816] y una, tal vez más intensa por haber alcanzado un tono esporádicamente confidencial, con el sudamericano Manuel de Lastarria[63] [1756-1827], ambos en el área rioplatense. Con Bernardo de Iriarte [1735-1814], aparentemente hereda la amistad y la correspondencia de su hermano José Nicolás, pero apenas si se conocen unas pocas misivas y a mediados del año 1804 se pierde, aparentemente, el contacto con el amigo y confidente de su hermano.

Castellanos de Losada (1948: 119) refiere la amistad de Félix con Félix Colón de Larreátegui[64] *"...del*

---

60 Por el cual, quien describe una especie nueva para la ciencia es "dueño intelectual" de la misma y esa propiedad simbólica está asegurada porque en las citas ulteriores de la misma –al menos en las enunciaciones básicas– es mandatorio, siguiendo el mencionado **Código** colocar tras los nombres de género y especie, el del descubridor de esta última y el año de su presentación oficial al mundo científico, como por ejemplo, el pequeño roedor paraguayo **Oligoryzomys nigripes** (OLFERS, 1818), lo que significa que el zoólogo alemán Ignatius Franciscus Werner Maria von Olfers [1793-1871] fue quien le dio su nombre específico latino, ajustándose a las normas linneanas (o validado como tal en este caso, de acuerdo con Philip Hershkovitz, 1987: 11, *passim)*

61 Razones de servicio para la soltería, por más que cuando viajó a América tenía ya 39 años de edad. Al regreso contaba con 59, y eso hacía más difícil aún su eventual matrimonio, aunque estamos convencidos que ni siquiera lo intentó y que posiblemente, enquistado en su soledad, no le interesara hacerlo. Como lo refiere Andrés Ortiz-Osés (1992: 1) para el fabuloso y arquetípico aragonés Pedro Saputo, es posible que hubiera en él un fuerte "*…individualismo: independencia del yo. "Planta sus reales" en "libertad" y "sin sujeción": y "a lo hecho pecho…"*

62 Si bien pudieron existir en sus años jóvenes razones económicas pues carecía de fortuna personal y de ingresos excepcionales como para constituir una familia como lo demandaba su condición hidalga y familiar, al regresar de América tuvo un monto de salarios acumulados que ha sido dado a conocer por Nieto Callén, basado en documentación de archivo(M. S., en prensa) y a los que incluso hace referencia en su testamento, por más que el mismo pudo hacer sido redactado por algún tercero, como lo sugerimos en la tercera parte de esta obra, por más que Castellanos de Losada (1848) dice que toda su tarea americana fue costeada por el propio Félix de Azara sin recibir retribución alguna.

63 Era natural de Arequipa, en el sur peruano, y falleció en Sevilla. Había estudiado en la Universidad Mayor de San Marcos en Lima y fue una importante figura del virreinato del Río de la Plata bajo el marqués de Avilés, ocasión en la que trató mucho con Félix de Azara, de cuya amistad llegó a gozar. Se ha llegado a decir que al marcharse Félix de Azara de retorno a España dejó en sus manos documentación personal, manuscritos y cartas, pero nunca se ha comprobado nada al respecto, por más que el polígrafo italiano Pedro de Angelis, por ejemplo, no dejara constancia de dónde o de manos de quién recibirá los manuscritos azarianos –o sus copias– que publicar entre 1835 y 1839.

64 **Félix Colón de Larreátegui**: Fue retratado por Goya en 1794. Como dijera un crítico de esta obra:

"Los retratos de Goya suelen caracterizarse por la marcada personalidad de sus modelos como bien se pone de manifiesto en esta imagen de don Félix Colón, uno de los miembros más importantes de la nobleza, descendiente del propio descubridor Cristóbal Colón. Interesado por la vida militar –como todos los segundones en la época moderna ya que era el hermano mayor quien heredaba el título y los bienes– llegó a ser mariscal de campo y miembro del Consejo Supremo de Guerra. En 1794 ingresó en la Orden de Santiago –cuyas insignias ostenta en su casaca– por lo que pudo encargar a Goya este retrato con tan fausto motivo. En su faceta de escritor erudito tra-

Consejo y Cámara de Guerra, con el que había estudiado en Barcelona siendo cadetes, y con el que vivió todo el tiempo en que estuvo en Madrid en esta época [entre junio de 1805 y febrero de 1808]". No conocemos correspondencia cambiada entre ambos, y además, hasta ahora no se ha hallado ninguna prueba de que se haya sostenido a través de los años una relación efectiva y constante entre ellos. El único dato conocido que los relaciona después de 1808, es la mención en el testamento de Félix de Azara de ciertos valores que había dejado en custodia a Colón de Larreátegui y que estaban, en octubre de 1821, en poder de un tercero[65].

Bien podemos interpretar que lo que más de una vez se ha señalado al respecto, el retrato de Félix de Azara por Goya es uno de los menos geniales del mismo. Creemos que la "reserva" contenida de su modelo, influyó en la falta de empatía que debió darse con el pintor y eso es lo que hace del suyo, un retrato convencional, de ejecución muy cuidadosa pero algo anodino y en cierta forma con características ajenas a las de los que pintaba Goya, quien en ese entonces estaba en el apogeo de sus luces aplicadas a la captación de los elementos subjetivos de sus retratados, pero en este caso, quedaron retraídas por la menor comunicación espontánea surgida entre el pintor y el retratado. Según Jeannine Baticle (2004: 240), en el cuadro, don Félix *"tiene sesenta y tres años y mira al maestro con una seriedad amistosa, un poco altanera".*

Conocemos bastante acerca del desastre familiar que sobrevino a la muerte de José Nicolás en enero de 1804 cuando, al poco, las desavenencias entre los herederos culminaron con el lamentable pleito en torno al reparto de los bienes del mismo, un suceso que dividió a la familia para siempre, apartándolos a Félix y a Francisco Antonio de su hermana Mariana y de los Bardaxí.

Sin embargo, acerca de la convivencia de Félix con Francisco Antonio, que moraron juntos durante los años finales de ambos, nada sabemos, ¿pudieron, acaso, haber coexistido cada uno por su lado en las sucesivas residencias en la amplia casona de Barbuñales, de aquella en la que pasaron el año vivido en Barbastro en 1810, y finalmente, a partir de 1812 en la casa que poseían en Huesca, tal vez sin más trato que el necesario, manteniéndose permanentemente solitario Félix hasta su ocaso final en 1821, a pesar de la convivencia cercana con su cuñada, sus sobrinos, Agustín de Azara y Mata, además de sus sobrinas aún solteras[66]?

LA CASONA FAMILIAR

Con su apariencia "entre mansión y granja señorial" como la presenta Albiac Blanco (2000: 9), se ofrece a la vista maciza en su configuración y con sus gruesas paredes de sillería desnuda, corresponde en su aspecto general al modelo corriente de "casa montañesa" de Infanzones, según el diagrama generalizado que hacen de este tipo de construcciones J. Garcés, J. Gavin y E. Satué

[p. 397 de la **Historia de Aragón**, publicada por el diario ***El Heraldo*** de Zaragoza.]

En la actualidad, la vieja casona familiar de Barbuñales se halla remodelada, y es posible que haya sufrido, al menos, dos grandes refacciones superpuestas, ambas más o menos intensas, una realizada a mediados del siglo XIX, y otra más moderna, una centuria más tarde. Sin embargo, subsiste mucho de la estructura básica original en el diseño de su planta, erigida aproximadamente

bajó en una magistral obra titulada ***Juzgados Militares de España*** *compuesta por siete volúmenes que aparecen sobre su escritorio. La figura sentada se recorta sobre un fondo oscuro para resaltar aun más el rostro, iluminado con un foco de luz procedente de la izquierda. Su postura e incluso su gesto parecen estar motivados por la interrupción en su tarea de escribir, sosteniendo la pluma en la mano derecha mientras a la izquierda la esconde en una pose muy goyesca. Las pinceladas son rápidas, detallando donde es preciso, creando un sensacional efecto a través de la silla, los bordados del traje, las faldas de la mesa o las cubiertas de los libros. Pero lo que más llama la atención al espectador es el gesto de don Félix Colón como si estuviera molesto por nuestra interrupción, con su boca ligeramente entreabierta y sus inteligentes ojos clavándose en los que le observan".* Pedro Jesús Fernández (1996: 104), dice acerca de él, que es *"... otro militar importante de la época, que llegó a Mariscal de Campo y Consejero del Supremo de la Guerra en 1815. Cuando le retrató Goya, en 1794 era Teniente General y tras ingresar en la Orden de Santiago se había hecho célebre por la publicación de la Obra* ***Juzgados Militares de España y sus Indias.***" En lo que dice Castellanos de Losada sobre Colón de Larreátegui, hay algo muy equívoco, pues él no era ingeniero militar y no figura en las listas de los ingenieros de España, como lo hemos comprobado en su foja de servicios del Ejército (A. H. N.). Además en esa época –la de Félix de Azara– quien estaba estudiando en Barcelona, ya era funcionario alto de la Corona y generacionalmente estaba más cercano a José Nicolás que a los hermanos menores de éste.

65 A través de la lectura del testamento no se infiere que Félix de Azara supiera a cerca del fallecimiento de Colón de Larreátegui, años atrás, en 1814.

66 Sabemos que una de las tres, María del Pilar, ya estaba casada en octubre de 1811, cuando ambos hermanos Francisco Antonio y Félix de Azara y Perera se trasladaron definitivamente a Huesca, en plena ocupación francesa, junto con los familiares del primero, después de un año de estadía en Barbastro (Castellanos de Losada, 1848: 121). Francisco Antonio había enviudado años antes.

entre los siglos XV y XVI, pero ha sido alterada notablemente en su apariencia externa y en forma más moderada pero evidente en la disposición interna. Por ejemplo, ha sido eliminado el ático tan característico de las viviendas aldeanas y rurales, con sus arquetes o vanos, con dintel curvado, donde se almacenaban los productos obtenidos del predio rural. Esa estructura todavía subsistía en la casa hacia 1850, como la ilustra Castellanos de Losada (1856: 752).

Actualmente las murallas exteriores continúan ostentando, como revestimiento de su gruesa estructura, los ladrillos a la vista, en disposición propia de muchos palacetes aragoneses, pero denota claramente ser un híbrido de subsistencia entre la mansión antigua con su renovación moderna, particularmente por las grandes placas de homenaje a sus vástagos ilustres José Nicolás y Félix de Azara y Perera. Además, el nuevo trazado del pueblo ha modificado los contornos y arrasado las casas de servicios, las caballerizas, establos, cocheras y galpones, de los que sólo queda parcialmente en pie un viejo granero, con una calle de apertura moderna de por medio, con respecto a la casona. Aparentemente es muy poco lo que queda de la antigua maquinaria para extracción de aceite y para la tarea de elaboración del vino con el producto de los parrales locales, así como de las cocinas y sanitarios que son actuales y adaptados a servicios tales como el agua corriente y la instalación de gas.

Posiblemente la cocina de la casona solariega de Barbuñales, que era a la vez comedor cotidiano y refugio familiar contra el frío invernal y, pese a las refacciones modernas, aparenta diferir muy poco de su antigua disposición, bastante coincidente con aquella de la que disponía el reciente matrimonio de María Ana de Azara y Perera con Joseph de Badaxí y Barrau, en su casa –sólo transitoria, dado que al poco pasaron a vivir en Graus– en el Puyarruego y a la que Severino Pallaruelo Campo (2002: 167), describe así:

“Al día siguiente se levantaron temprano. Desayunaron en la cocina. Era una estancia amplia. Ocupando todo el techo se abría la enorme base del cono que formaba la chimenea. El humo se extendía por todo. Todo había tomado el color y el olor del humo. Los muros eran negros. Los muebles negros. Las puertas negras. El suelo –de grandes losas irregulares y desajustadas– negro también. Los perros y los gatos deambulaban entre las patas de los bancos adosados a los muros, se acercaban al fuego y lamían las ***abarcas***[67] *del pastor que comía sopas sentado junto al hogar”.*

La lumbre de la cocina se mantenía permanentemente prendida, excepto en las tardes de verano o en las noches que ya eran tibias, en las que quedaban, ocultas bajo las cenizas, las pavesas en reserva como rescoldo a ser activado cuando se requiriera. El reflejo del fuego servía en las noches a los de la casa para ir a sus cuartos, a los criados y a los labriegos y pastores que debían salir a la oscuridad para encender sus teas y hachones, a los que los primeros hallaban en el tedero, y los otros a las que portaban y que, prudentemente, apagaban al entrar. Las sombras danzaban sobre las negras paredes como fantasmas enloquecidos que pronto se disolvían en la negrura, casi siempre sin encender los candelabros y velas que se guardaban para ocasiones especiales.

El pueblo de Barbuñales tiene dos santos patrones, el mayor es San Lorenzo (se festeja el 10 de agosto), y está también Santa Bárbara con sus celebraciones en el antiguo retablo de la iglesia, el que fuera destruido en la guerra civil de 1936 a 1939, y no ha sido reemplazado. En ese momento la que todo el edificio eclesiástico sufrió vejaciones, incluyendo la intrusión en la capilla de los Azara, situada en el ala izquierda de la edificación, donde yace el catafalco que guardara los restos de José Nicolás, los que según versiones orales, todas ellas vagas e incluso contradictorias, habrían sido profanados y descansarían ahora en otro lugar de la capilla donde habrían sido preservados después del supuesto ultraje.

Acerca de la capilla de los Azara en Barbuñales, trata sobre ella un documento de época depositado en la catedral de Lérida. La misma consiste en un recinto cuadrangular que desemboca en el lado derecho de la nave, sobriamente ornamentado y en cuyo espacio central se halla un monumento funerario coronado por el catafalco de José Nicolás, ejecutado en mármol blanco y con una lápida laudatoria escrita en latín.

---

67 **Abarca**: El diccionario de la Lengua Española define así al término:

“Calzado de cuero crudo que cubre sólo la punta de los pies, con reborde entorno y se asegura con cuerdas o correas sobre el empeine y el tobillo”.

Capítulo V.

Formación primera y sus estudios

"Son los años que más cuentan en la vida de un hombre, aquéllos en los que se busca y en los que se construye"
[François Lopes, 1999: 205]

Los estudios elementales de Félix de Azara, ya tratados en algunas referencias anteriores, debieron de realizarse en la propia Barbuñales y aunque muy bien pudieron darse otras alternativas, las mismas son improbables. Entre ellas, podría ser que sus padres siguieran con él, el mismo método que con su hermano mayor Eustaquio, poniéndolo algunos años bajo la tutela y magisterio de algún canónigo de la propia Barbuñales o de comarcas cercanas para el aprendizaje de las primeras letras y de la base de las latinidades; esto es altamente incierto, pues es muy posible, como veremos más adelante, que sus padres hubieran reservado ese tratamiento para un hijo al que tenían desde el principio asignado a la carrera eclesiástica y no para los dos menores, Félix y Francisco Antonio, entre quienes debía decidirse el mayorazgo.

Otra posibilidad que alguna vez se ha insinuado, y que consideramos debe descartarse de plano, es la de que residiera en Huesca desde edad más temprana de la que tenía al ingresar en los cursos básicos de Filosofía y Artes de la Universidad Sertoriana de Huesca, formándose –según esa versión y en esa supuesta etapa– bajo la tutela de su tío Mamés (a pesar de que hay bibliografía que lo contradice) o de algún otro sacerdote. Por último nos queda y, es en alguna medida probable, la presunción ya enunciada, de que en la propia casa familiar se contratara un maestro o dómine particular para su instrucción, tal vez compartida con la de algún hermano, que por la dispersión familiar sólo pudo ser Francisco Antonio, aunque las diferencias de edad entre ambos lo hacen poco presumible.

El cancerbero familiar de Agustín de Azara y Mata, contratado más de tres cuartos de siglo más tarde de los sucesos, Basilio Sebastián Castellanos de Losada (1856: 64), siempre grandilocuente en su expresión y con prosa ditirámbica y recargada de adjetivos, registra una opinión de lejos convencional, redactada un siglo más tarde y sin testigos vivos ni documentos:

"...Pasó D. Félix los primeros años de su vida al lado de su buena familia en el referido pueblo de Barbuñales, y tan luego como lo permitió su edad y precoz instrucción, fue llevado a proseguir sus estudios a la Universidad de Huesca, alojándole su padre en casa de un ilustrado hermano [suyo] *D. Mamés, dignidad de Maestrescuela de aquella catedral y sacerdote de grande instrucción y elevado mérito, el cual se dedicó, con singular esmero a educar á su sobrino D. Félix como lo había hecho con su hermano D. Nicolás..."*

Alfageme Ortiz *et al.* (1987: 15), tratando acerca de aspectos biográficos de Félix de Azara, no aluden a sus estudios primarios o elementales, y dicen secamente:

"...comienza sus estudios en la Universidad de Huesca, y siguiendo los pasos de su hermano D. [José] *Nicolás, comienza como era preceptivo en los estudios de esa época, por la Facultad de Filosofía y Artes*[1]*, para seguir luego estudios en una de las Facultades Mayores (Teología, Derecho y Cánones o Medicina). D. Félix sigue durante los años 1757 a 1761 los estudios de Filosofía y Artes y Derecho"*, y eso implicaría que lo hizo a los 15 años de edad.

La Universidad Sertoriana de Huesca era una institución que gozaba de un particular prestigio local en la comarca. En ella habían cursado, a partir de su fundación por el Rey de Aragón, Pedro IV, el Ce-

1 Al respecto de esta primera etapa de los estudios en la Universidad de Huesca dice Oliveira de Villacampa (2000: 65):

"La Facultad de Filosofía estaba considerada, hasta el siglo XIX como una Facultad Menor. La razón del calificativo de "Menor" es doble. Por un lado el grado de bachiller en Filosofía era un peldaño necesario para el acceso a otras facultades llamadas Mayores. Era necesario para acceder a las Facultades de Teología y de Medicina, y también se consideraba muy conveniente que poseyeran ese grado los estudiantes de Cánones y de Leyes, o, por lo menos, haber pasado por algún curso por exigencias de una preparación cultural básica. Al no existir la enseñanza secundaria, hacía la función de puente entre los estudios elementales de Latinidad y los superiores de las cuatro Facultades Mayores. Y, por otro lado, aún en el caso de no acceder a una de las Facultades Mayores, siempre proporcionaba una cultura general que era muy valiosa en sí misma. Hemos de pensar que la Filosofía no sólo incluía las partes clásicas del saber aristotélico, sino que, con el paso del tiempo, fue incorporando las nociones del conocimiento general que hoy tratamos bajo el nombre de distintas ciencias, como, por ejemplo, las matemáticas".

remonioso, el 12 de marzo del año 1354[2]. Lo hizo a pesar de la vigencia de la prohibición promulgada por su predecesor Jaime II, quien al habilitar el estudio de Lérida, ordenó que no se levantara universidad nueva alguna en el reino de Aragón. La mayor parte de las jerarquías eclesiásticas regionales, muchos funcionarios del Reino, y varios destacados intelectuales aragoneses pasaron por sus aulas, entre ellos, muy probablemente se contaran el humanista Lupercio de Argensola y también su destacado hermano Bartolomé (Catalán, 2006: 23), también se da el mismo caso con Juan Orencio de Lastanosa, quien llegó a ser rector de la misma universidad en 1631. Allí cursaron, además José Nicolás de Azara, el jurista Victorián de Villaba[3] y tantos otros de prestigio y relevancia personal.

La universidad estaba inicialmente subvencionada por el consejo municipal de Huesca, pero ese régimen trajo a mediados del siglo XIV, una gran crisis que motivó al rey de Aragón, don Juan II, en 1463, a actuar para asegurar la vida universitaria, creando al efecto una Cancillería Universitaria, con funciones de gestión económica y –además– recurrió a Roma para que el papa Pablo II homologara los privilegios pontificios de la universidad local con los de las universidades de Tolosa, Lérida y Bolonia. Eso fue concedido por una bula dada en Roma el 19 de octubre de 1464, que facultaba a la iglesia de Huesca para tomar a su cargo la financiación del Estudio General de su universidad local, la que quedaba así convalidada y al par de las mejores universidades de la región, contando con un seguro económico a largo plazo (Antonio Durán Gudiol, 1991: 200).

Por más que la Universidad haya sido la sede del núcleo más conservador de la escolástica y del sector del catolicismo más cerrado al avance de las Luces en el siglo XVIII, significó un foco irradiador del saber, de las letras, las artes y la teología (incluso de la medicina) durante largo tiempo, y se puede aseverar que en eso fue único e irreemplazable en su área geográfica de influencia. En los siglos ulteriores a su fundación, se la llamó con frecuencia –a pesar de que no era su nombre real– "Universidad Sertoriana" hasta el año 1845, en el que desapareció, cerrada oficialmente como institución (Olivera Villacampa, 2000: 6).

Durante su larga historia, la universidad oscense creó sus propias normas y tuvo períodos de auge intercalados con inestabilidad y con rectores defectuosos. En un principio compitió abiertamente con la Universidad de Lérida y ambas se negaron mutuamente a acreditar la una los grados y títulos de la otra. En el siglo XVI ocupó el antiguo palacio real de Aragón, sito en Huesca, cedido al efecto por Felipe III. Sólo existen actas conservadas desde 1532 por las cuales sabemos que el Rector era auxiliado por un consejo de todos los egresados con título máximo residentes en Huesca. Se le daba el calificativo de "egregio" y a los doctores se los denominaba "magníficos".

Durán Gudiol (1989: 44, 87, 103, 119, 126; 1991: 201), describe las ceremonias de investidura del doctorado, lo que contribuye a dar idea de la formalidad reinante en la institución universitaria oscense, que habría llegado a partir del siglo XVI a una intensa compenetración con la catedral de Huesca:

"La ceremonia de la investidura del doctorado se iniciaba en casa del canciller, donde se reunían el rector, los doctores con sus togas, a pie o a caballo, el graduado con su padrino y un grupo de trompeteros. La comitiva se dirigía procesionalmente a la Catedral, en cuyo presbiterio se habían preparado previamente la cátedra y los sitiales. Presidía el canciller –más tarde el maestrescuela–, sentado ente el justicia y el prior de jurados. Asistían en el crucero los canónigos, el concejo municipal, todos los doctores de la Universidad con sus togas y birretes, los bachilleres, estudiantes y pueblo. Explicada la lección magistral por el doctorando y después de responder a los argumentos de dos bachilleres arguyentes, los doctores se trasladaban a la sacristía, donde votaban la aprobación del graduando. Volvían luego a sus sitiales para la ceremonia de la investidura. Después de un corto discurso en alabanza del aspirante a doctor y del juramento de éste, puestas las manos sobre la maza de la Universidad, el canciller daba licencia al padrino para la entrega de las insignias doctorales.

---

2 La Universidad Sertoriana, que no es siquiera aludida en el documento fundacional, de la Universidad de Huesca, no ha sido considerada la continuidad de la vieja casa de estudios que fundara en esa ciudad y casi un siglo antes de nuestra era, el célebre personaje de origen sabino y de los tiempo de la expansión colonial romana llamado Sertorius, haciéndolo con la intención que le atribuye García de Cortázar (2006: 28):

"Quiere que sus aliados bárbaros terminen de creerle y para ello abre en Huesca, su capital y centro de operaciones, una escuela superior donde los hijos de los notables indígenas puedan seguir con togas y decoro patricio las enseñanzas griegas y romanas".

Pero, pocos saben (Oliveira Villacampa, 2000, por ejemplo, nada dice al respecto) que el propio Sertorius, en el año 73 antes de nuestra era, y sintiéndose derrotado y cercado por las traiciones que lo acechaban en el mundo de influencia romana, y que terminaron al poco con él y a filo de puñal, tuvo una reacción desmedida y brutal contra su propia creación:

[Sertorius] *"Observa a los nobles hispanos, reacios a seguirle ahora en la lucha, y dispone un sonado escarmiento. Ordena que los hijos de sus aliados, para los cuales ha fundado la escuela de Huesca, sean asesinados o vendidos como esclavos. Luego sus palabras caen exactas sobre aquellos inocentes y dan relieve a esta época terrible de ejecuciones y delirios, de conjuras y de ocultación" (Carcía de Cortázar, 2006: 31).*

3 Quien llegó a ser profesor y ulteriormente Rector de la Universidad de Huesca.

El juramento se refería a estos puntos: no maquinar contra el canciller, el rector, ni la Universidad; no obrar contra la Santa Sede, ni contra la ciudad; juzgar con recta conciencia los exámenes y guardar secreto. Posteriormente se añadió jurar la observancia de los decretos del Concilio de Trento".

Al finalizar el siglo XVI se produjo un gran período de decadencia académica que no pudo ser paliada por la creación de un colegio mayor, el Colegio Imperial de Santiago, que llegó a dar cabida a trece estudiantes. Eso duró cerca de un siglo y en su reemplazo se creó el Colegio de San Vicente Mártir.

Los mismos autores antes citados en relación con el tema (Alfageme Ortiz *et al*., 1987: 16) caracterizan así a la Universidad de Huesca, en los años en que cursara en ella don Félix:

"... se encuentra sumida, como la mayor parte de las universidades del país, en una enseñanza escolástica especulativa y de carácter poco práctico, totalmente alejada de la ciencia moderna, ciencia que no entrará en la universidad, y [sólo lo hará, y] *tímidamente, hacia las últimas décadas del siglo* [XVIII]*".*

Según esos autores, la resistencia conservadora y dogmática ante todo intento renovador era tan fuerte, que la estructura interna de la institución oscense rechazaba drásticamente toda forma de variación del esquema escolástico tradicional, al punto

"...que cuando la Universidad de Zaragoza adopta en 1783 la obra del capuchino Villalpando, libro que el Consejo de Castilla en su afán de unificar los planes de estudio de las universidades e introducir en ellas las doctrinas modernas de Descartes, Wolff[4] *y Leibniz, trata de imponer[las] en todas las universidades, la de Huesca sigue anclada en el más tremendo escolasticismo; de ello se sirve la Universidad de Zaragoza, que andaba escasa de peculio, para pedir su supresión y solicitar* [se le transfieran a ella] *las rentas correspondientes."*

Una de las revisiones más completas acerca de la universidad oscense corresponde a Macario Olivera Villacampa (2000), quien estudia la historia y la evolución de la misma, a partir de los primeros siglos después de la reconquista, cuando la ciudad capital del Somontano altoaragones era aún una villa con noventa y nueve

"...torres que ceñían la ciudad como gigantescos centinelas, y del tiempo que todo lo consume y que ha acabado también con la parte del muro que decía: ***"O, Huesca, Huesca, noventa y nueve torres tienes, a los extranjeros abrazas y a los propios desprecias"***

Era una suerte de cruel autoreproche, que parecería ser alegórico de lo que brindaba su universidad a quienes llegaban a las aulas universitarias de toda la comarca y aún más lejos y recibían, formación, ejemplo moral y sabiduría… Y así fue hasta el año 1845, en el que la llamada Universidad Sertoriana desapareció para aparecer reencarnada en la actual Universidad de Huesca a partir de 1972. Pero, no importa demasiado la pausa, todos los oscenses la sienten hoy como parte integrante del orgullo propio y del atractivo para los visitantes, como se expresa en los que el autor que comentamos (Olivera Villacampa, 2000:48), llama "bellísimos versos", compuestos en 1609 por el oscense Juan Miguel de Luna, en una **Loa a Huesca**:

Invicta ciudad famosa
pues por las letras y armas
mereces renombre eterno
entre las demás de España.
A quien ofrecen los cielos
amenidad extremada,
por lo espeso de sus sotos,
por lo claro de sus aguas.
Apacible por sus huertas,
alegre por sus montañas,
amena por sus jardines
y vistosa por sus casas

Más adelante (ibid.: 58) reitera la opinión de José María Lahoz (1996), en su **Historia de la Universidad de Huesca (1354-1845),** acerca de que el predominio de las inscripciones y graduaciones en las carreras jurídicas cursadas en dicha Universidad, brindaba una idea de desproporción, puesto que acumulaba entre sus graduados, representados por los que lo eran en cánones y en leyes, cifras muy altas, que con el correr de los años, y ya en el siglo XVIII se definió –contrariamente a lo que sucedía hasta fines del XVII– por el predominio del Derecho Civil sobre el Canónico.

Albiac Blanco (1988: 278) señala que

"... la de Huesca era una universidad tomista y anquilosada"

en los años en que cursó en ella Félix de Azara.

Arenaza Hernández y Rodríguez (1982) plantean el caso del régimen y la calidad de la Universidad de Huesca al tiempo de los estudios en ella de Félix de Azara, en los que aquélla estaba por completo sumida en el modelo de enseñanza más tradicionalmente escolástica, y comparten sus juicios al respecto con los antes citados, de Alfageme *et al.*

4 Christian Wolff [1679-1754], filósofo alemán, en gran medida precursor del racionalismo de Inmanuel Kant, pero aún más cercano a las ideas y teorías de Gottfried Leibniz [1646-1716] y –más ligeramente– también de las de René Descartes [1596-1650]. Tal vez, se le puede definir mejor como un racionalista, heredero a distancia del pensamiento de Baruch Spinoza [1632-1677], pues tuvo tendencias hacia el idealismo y se le acusó falsamente ante la Iglesia –era luterano– como ateo. No era tal, y su influencia fue grande sobre el iluminismo del siglo XVIII.

(1982: 16), en el sentido de que la misma estaba en un estado de atraso e inercia en sus concepciones teóricas, desactualizada en su información. Todo eso era debido a la ausencia de una visión general de la formación de los jóvenes que fuera coherente ante las realidades ya vigentes –o, al menos, en pleno surgimiento– en las mejores universidades europeas contemporáneas, y aún en las cercanas de ciertas zonas de España, como sucedía en las de Valencia, Sevilla, Zaragoza y Salamanca.

Este juicio también caracteriza a la configuración formal y externa de la universidad oscense, pero el hecho real puede ser interpretado como de lenta maduración en el espíritu profesoral y con repercusión sobre los alumnos de un estado de agitación de conciencia y de expectativa, pues por mucho que estuviera semiaislada Huesca, no podría el ámbito universitario escapar a un estado de fermentación de ideas y novedades de pensamiento que ya se había puesto de manifiesto en ciudades como la de Valencia, a partir de por lo menos dos décadas antes del final del siglo XVII, con la que había una relación de frecuente contacto.

Además, el hecho del predominio en la corte del llamado partido aragonés, a partir de los sucesos de 1766, debió de abrir inesperadas ventanas para la penetración de ideas que eran, en alguna forma ilustradas, las que ya estaban generalizándose en gran parte de la vida intelectual y académica de España, por más que hubiera amplios sectores resistentes a todo cambio pero que nunca pudieron, en vida de Carlos III, ni de su hijo Carlos IV, presentar una resistencia orgánica. La presencia política y gubernamental ultramontana recién cobró fuerza, y por lo tanto víctimas con la instauración en el trono, en 1814 del retrógrado y cruel soberano que fuera Fernando VII.

Sin embargo esa resistencia, al contrario de lo que sucediera hacia la segunda y tercera década del siglo con las profusas respuestas a los preilustrados y eruditos sacerdotes Benito Jerónimo Feijóo y Martín Sarmiento[5], habían descendido de un nivel activo en las cortes y en medios relevantes políticos a uno más localista e individualizable en pequeños grupos más reaccionarios. Hubo una suerte de corrimiento de costado de sus protagonistas, los nobles más duramente conservadores y más compenetrados con las antiguas formas pedagógicas universitarias. La feliz idea de Felipe V y sus ministros, de poner en marcha lo que se llamara La Nueva Planta[6] contribuyó muy sensiblemente a la proliferación de las renovadas ideas en el estamento político y cortesano más destacado. Bajo la cobertura de la antigua apariencia subsistirían y crecerían nuevas formas de ver al mundo y a su propio papel por parte de los jóvenes, como pudo palparlo personalmente Jovellanos en sus visitas a medios estudiantiles, en colegios de Salamanca y de Oviedo, que registra en su **Diario** (1992:197, *passim*). Precisamente fue en Salamanca donde completó su formación José Nicolás de Azara, y dijo acerca de su papel como estudiante ya compenetrado con nuevas ideas, y *"con distancia irónica* [ya] *en su madurez"* (Gimeno Puyol, 2009: xx): *"cuando yo contrahacía el estudiante en Salamanca"*.

Sin embargo, la diferencia entre las universidades de Huesca y la de Salamanca debieron ser abismales en la sexta década del siglo, pues formalmente es muy posible que don Mamés haya sido duramente conservador y no había –dado el régimen al que vivían sujetos los estudiantes– mucha posibilidad de participar de tertulias o amistades con terceros más avispados sin caer bajo las sospechas de las autori-

5 Fray Martín Sarmiento [1695-1772]. Acerca de su lugar de nacimiento hay varias versiones y la última, de José Santos Puerto (2008) lo da como nativo de San Juan de Cerdedo, en Pontevedra, Galicia. Su nombre laico era Pedro José García Balboa. Pasó parte de su niñez y juventud en Pontevedra. Ingresó en la Orden Benedictina, estudió Teología en Salamanca. Se interesó por la filología, la medicina y la botánica. Hizo estudios acerca de la lengua gallega. Su pensamiento y sus actitudes lo califican como hombre de la Ilustración, miembro al igual que Feijóo de la orden Benedictina, de quien fue íntimo amigo y publicó, en 1732, en defensa de sus ideas su dos volúmenes de la **Demostración crítica apologética del Theatro Crítico Universal**, forma parte Sarmiento de la primera generación precursora de la de Las Luces propiamente dicha. Sus demás obras son literarias, botánicas y acerca de lingüística gallega.

6 **La Nueva Planta**: se denomina así a la reestructuración total que se produjo en la organización territorial y administrativa en los reinos de la corona española que habían luchado contra el pretendiente Felipe de Anjou, cuando éste alcanzara, al fin de la Guerra de Sucesión (1714) el poder bajo el nombre de Felipe V, aunque las condiciones restrictivas a la antigua Corona de Aragón se iniciaron en 1707, al poco de la batalla de Almansa (Vidal y Martínez Ruiz, 2001: 96). Todos ellos perdieron sus fueros tradicionales, vieron abolidas sus instituciones propias y debieron en adelante atenerse a una administración fuertemente centralista. Esto se aplicó a la jurisdicción del antiguo reino de Aragón. La nueva planta se reguló mediante un conjunto de decretos y sus disposiciones tuvieron incluso vigencia en las colonias hispanoamericanas en las que fueron –entre otras instituciones– implantadas las reales audiencias. En Aragón fue muy duro el reordenamiento, pero no se extremó el castigo llevando la sumisión hasta límites intolerables. Más aún, se dio injerencia paulatina pero efectiva a los propios derrotados que formaron –por su parte–el llamado "Partido Aragonés". Un aspecto novedoso de La Nueva Planta fue que los borbones a través de ella dieron activa participación a la baja nobleza y a la ascendente burguesía, acoplándola al predominio antiguo de la alta nobleza.

dades y atraer sobre sí consecuencias de riesgo. No olvidemos que la Inquisición se mantenía siempre a pocos pasos de distancia de todas las actividades que implicaran creencias, lecturas y eventuales opiniones ligeras con respecto a los fundamentos teológicos que teñían toda la estructura cognitiva públicamente manejable de una uniformidad de tono tan fuerte, que recién bajo la plena vigencia de los ministros ilustrados de Carlos III, dejaría entrever actitudes, opiniones y gestos por ese entonces no permitidos.

La visión del problema universitario suele ser objeto de un trato maniqueista, con detractores extremos de la penetración ilustrada francesa (Pablo Forner, Marcelino Menéndez Pelayo, entre otros) y con quienes rechazan, basados en un actualismo fácil y poco fundado (asentado especialmente en posiciones ideológicas globales ya tomadas) y denuestan el sistema del que Jovellanos, con su habitual mesura y objetividad dijera, tras su contacto con los jóvenes estudiantes, expresara en su **Diario**:

"Esto da esperanza de que se mejoren los estudios cuando las cátedras y gobierno de la Universidad estén en la nueva generación. Cuando manden los que obedecen. Cualquiera otra reforma será vana. Como la de los freiles [*sic*]. *Los de Calatrava en la última Corrupción*[7]*"*

Con respecto al tema de la Universidad de los años centrales de instalación del Reinado de Carlos III no podemos dejar de considerar el pensamiento y la acción de Pablo de Olavide y Jáuregui, quien pondrá en acción sus ideas tan pronto como se haga cargo de la máxima autoridad sevillana, superando con mucho las postulaciones de Mayans en ese sentido, puesto que éstas últimas, que dieron base a la decisión de Carlos III en 1771 de renovar los "colegios universitarios" fueron, en lo esencial, "más disciplinares que doctrinales" (Sánchez Blanco, 2002: 106). Su **Plan de Estudios para la Universidad de Sevilla**[8]**,** ampliamente comentado por Aguilar Piñal (1989), expresaba que en su mayor parte la cuestión a reformar se centraba para Olavide en el hecho de que la estructura vigente era caduca, por lo cual

"Su rechazo de la Universidad antigua es total y, además certifica que ni ha entrado un rayo de luz en las universidades españolas ni podrá ocurrir en el futuro porque en ellas desde los primeros pasos se pervierte el entendimiento…"

Estas formas intransigentes y duras seguramente han sido necesarias como apoyo decisivo para la acción, pero visto el problema con mayor perspectiva se aprecia que el panorama –aunque siempre con un telón de fondo clerical y escolástico más o menos pesado según los casos–general de la universidad en España era hacia 1750 un *"·variopinto mosaico de situaciones",* como lo señalan Vidal y Martínez Ruíz (2001: 307), destacando que en la parte peninsular del reino había por entonces

"…cerca de treinta universidades, que diferían mucho en planes de estudio, organización e importancia, pero con los denominadores comunes de una amplia autonomía de funcionamiento y el carácter eclesiástico era en unas más acentuado que en otras…"

Por esos años, decía Cabarrús iracundo, en carta privada a Jovellanos (presentado por Juan Manuel Herrero, (1952: 27), con respecto a las universidades que se mantenían aún no reformadas:

"Las Universidades son uno de los organismos más decadentes y faltos de originalidad, no producen ya valores de importancia, no elaboran verdadera ciencia. Será necesario suprimirlas: "ciérrense aquellas universidades, cloaca de la humanidad y que sólo han exhalad sobre ella la corrupción y el error"[9].

---

7 Gaspar Melchor de Jovellanos [1744-1811].Literato, político, pensador y uno de los más típicos representantes de la Ilustración española, partícipe de la Generación Central de las Luces. Era asturiano, nacido en Gijón, hijo de un noble de modesta posición económica, regidor y alférez de su villa natal. Se educó en un ambiente de honradez y trabajo, con un alto concepto del orden en todos los planos de la existencia, y del honor como norma de vida. Sintió a su condición nobiliaria como una síntesis de deberes más que como un privilegio. Estudió en Oviedo, en Ávila y en Alcalá de Henares, egresando como Bachiller en Cánones en 1764. Iba a ingresar al sacerdocio cuando –estando ya en Madrid– se decidió por el ejercicio de la magistratura al servicio de la corona. En 1767 fue designado Alcalde del Crimen en la Audiencia de Sevilla, ciudad en la que pasó once años, frecuentando estrechamente a Pablo de Olavide, sus tertulias y su biblioteca. En 1788, siendo ya Oidor en Sevilla fue llamado a Madrid por el Ministro Campomanes. A todo eso, se iba afianzando como literato, con obras propias, algunos poemas y traducciones como la de **El Paraíso Perdido**, de John Milton. Actuó en la Real Sociedad Matritense de Amigos del País y fue miembro de varias academias y juntas ilustradas. Tuvo un especial interés por la educación pública, también sobre la economía y la cuestión agraria. Fue Consejero de Estado y Ministro de Gracia y Justicia bajo Carlos IV. En 1798 cayó en desgracia con el poder arbitrario de Manuel Godoy y fue mantenido en prisión durante más de diez años, en Mallorca. Entre 1808-1811, fue miembro de la Junta Suprema y de las Cortes de Cádiz. Falleció en Madrid, con el nombre de su patria en la boca y dolido por el futuro incierto de la misma en plena Guerra de la Independencia. Fue una de las más puras y esclarecidas figuras de la historia de la Ilustración española.

8 Verlo transcripto por Juan Marchena Fernández (2000: 153-231).

9 Este quasi-exabrupto del financiero de origen francés nuestra cómo la burguesía, ya integrada por favor real al estrato nobiliario –Carlos IV lo hizo conde de Cabarrús– daba rienda suelta a sus rencores, aunque con base bien realista, contra el Antiguo Régimen y sus institucio-

Todos esos testimonios y especulaciones nos llevan a suponer que Félix de Azara, al culminar sus primeros estudios, muy bien pudo hacer suyas las palabras de Voltaire, cuando en su **Diccionario Filosófico** afirmaba haber recibido una primera educación *"pulcra"*, pero que si bien

"...se sabía al dedillo a Horacio y al "pedagogo cristiano", ignoraba ciertamente"

hechos fundamentales de la realidad de su tiempo y

"...no tenía la menor noción de lo que eran su propia patria, sus leyes y sus instituciones; estaba ayuno de todo lo relacionado con las matemáticas y con la filosofía racional, pero, a cambio de ello, "sabía latín y muchas cosas que no me servían para nada" (Strauss, 1953: 20).

Se ha señalado que una de las finalidades de la universidad oscense era en el siglo XVIII el impartir enseñanza de la lengua latina. Esa función se cumplía en el Aula de Sintaxis y Latinidad (Olivera Villacampa, 2000: 69), pero si nos formulamos la pregunta estricta de si aprendió latín Félix de Azara, al punto de poder expresarse en esa lengua con cierta fluidez y con rigor preceptivo y en forma oral y escrita –lo que no creemos–, el autor citado, detalla al respecto:

"Obviamente la latinidad es un concepto mucho más amplio y genérico, y dentro del mismo hay que incluir la sintaxis como principal componente gramatical. Además de las nociones culturales que conlleva la aproximación al concepto de latinidad, se seguirá como método, con la traducción literal de las Fábulas de Fedro, pero se añadirán nuevos temas de traducción, con mayor dificultad, como las ***Vidas*** *de Cornelio Nepote y algunas de las* ***Cartas familiares*** *de Cicerón. Se advierte que el catedrático es quien debe instruir a los alumnos en los preceptos de hablar y escribir bien el latín. Probablemente esta advertencia pasaría desapercibida si no incluyera el "precepto de hablar". El latín hablado es una novedad. La cuestión es si basta con escribir y traducir para saber latín, o extensivamente, para saber otra lengua. Todo indica que la capacidad de hablar la lengua que se estudia, frecuentemente descuidada, es asunto de la máxima urgencia."*

Las evidencias documentada por los escritos que se disponen de José Nicolás y de Félix de Azara y Perera demuestran que el primero se llegó a manejar con soltura y facilidad en la lengua romana, seguramente también el hermano mayor de ambos, Eustaquio, por su jerarquía eclesiástica debió de hacerlo con facilidad rutinaria, pero en el caso de Félix no hay siquiera enunciación alguna que permita el despliegue de erudición latina, ni siquiera de intento de lucir esa lengua con intercalaciones en sus textos. Por un lado, su sobria y orgullosa sencillez se lo vedaría, pero, por otro puede ser que en los tiempos que median entre los cursos de los dos hermanos mayores y el de él mediara ya un deterioro insalvable para lograr en los educandos el dominio del latín, al menos fuera del ámbito de lo meramente teológico y destinado para futuros sacerdotes.

Sin embargo, y aunque reconozcamos cierta validez a algunas consideraciones extremosas, si en algún medio recibió Félix de Azara una herencia cultural y de apertura cognitiva capaz de hacer de él lo que llegó a ser, si de algún sitio salieron espíritus definidores de la España ilustrada, como el de Jovellanos, el de José Nicolás de Azara y el de tantos otros de la Generación Central de las Luces, esa realidad tuvo que ser el fruto, aunque tan sólo fuere por contraste e incitación contestataria, crecido en gran medida en el colectivo anímico del sistema universitario y académico de su tiempo, el que ya estaba madurando en un ascenso colectivo y generalizado, que lo aceptó y lo difundió, pues esas nuevas concepciones se mostraban capaces de ingresar en sus mentes en forma más llevadera e indeleble que la vieja escolástica y los cánones seculares. Si bien es posible que la universidad oscense no le diera una típica formación universitaria europea, al menos recibió una formación cultural, o una provisión de elementos básicos para buscarla luego por sí mismo, y eso aparece en forma reconocible, por ejemplo, en su depurado lenguaje y en la sintaxis en sus primeros escritos conocidos: los informes de sus proyectos y trabajos aplicados como ingeniero militar.

Y este es un planteamiento central para la comprensión de un tiempo distante más de dos siglos, y para la reconciliación de los estudiosos, en especial de los historiadores de las mentalidades y de las ideas (historia intelectual), para no caer en trampas metodológicas que empantanen sus esfuerzos para la comprensión y la difícil y compleja elucidación de un pasado, al que ni bien se hurga con cierta sutileza roza las raíces de muchos órdenes de la conflictividad española e iberoamericana moderna.

Con respecto al siglo XVIII, no caben ni el apasionamiento actualista, parcial en sus apreciaciones y fuertemente combativo de Marcelino Menéndez Pelayo ni el insinuado desdén devaluador expresado alguna vez por José Ortega y Gasset.

Regresando nuevamente al orden fáctico, en la secuencia clásica de las etapas universitarias para arribar a la licenciatura, la primera era la superación de la Facultad de Filosofía y Artes, cuya estructura giraba en torno a la Escuela de Gramática y sus tres cátedras: la de Rudimentos, de Latinidad y de Retórica. Para los Rudimentos se estudiaba siguiendo

nes aún no reformadas o mal reformadas, una forma de intolerancia que lo llevó más tarde a colaborar con José I y luego de su muerte se profanó su tumba y se perdieron sus restos.

la Gramática de Nebrija, estudiando las partes de la oración latina y las declinaciones, sin las cuales no se pasaba las conjugaciones verbales. El proceso llevaba al alumno a poder acceder a leer y traducir las mencionadas **Fábulas** de Fedro. Como lo establece Olivera Villacampa (2000: 69), se daba naturalmente el profundizar en la estructura y sintaxis de la lengua castellana pues era requisito elemental para poder pasar de una lengua a otra y evolucionar en el manejo de ambas.

El Aula de Sintaxis y Latinidad se centraba en la sintaxis, y proseguía gradualmente con textos cada vez más complejos. Se trataba, para el alumno, de lograr hablar y escribir bien en latín, tratando de establecer el "orden natural" de cada una de las lenguas, latina y castellana. El proceso culminaba en el Aula de Retórica y Poesía, y su contenido capacitaba ya para una forma de análisis a la que podríamos llamar anacrónicamente "semántica", o mejor, filológica, de los textos, a los que se agregaban otros de Tito Livio y de Cayo Salustio, además de otras obras de Cicerón. Se enseñaba el arte poético, el uso de la métrica y la composición, acudiendo a Ovidio y a los **Epigramas** de Marcial. Paralelamente se añadían cursos colaterales de historia sagrada, de geografía clásica, de historia de Grecia, el Lacio y Palestina, y algo de mitología y de historia básica de España. Algo de estos contenidos o, tal vez mucho, a pesar de que nunca hizo gala ostentosa de ellos, debió recoger Azara de su paso trunco por la Universidad oscense.

Adicionalmente se incluían en la primera etapa universitaria cursos de Filosofía, que estaban orientados enteramente hacia el campo teológico, y encuadrados en el más estricto escolasticismo aristotélico-tomista. Cuando Félix cursó regían los Estatutos de 1723 que marcaban claramente esa orientación, mandando expresamente que se concentrara el estudio en la obra y el pensamiento de Porfirio[10], de Aristóteles y de Santo Tomás. El estudio de la disciplina estaba organizado en tres cátedras, que abarcaban, siguiendo el texto de Francisco Jacquier[11] **Institutiones Philosophicae,** escrito en 1596, las bases para alcanzar ***"las cuatro partes de la filosofía"***, que eran la lógica, la metafísica, la física y la ética. La lógica era esencialmente silogística y pretendía llevar a la racionalidad del discurso[12], y se complementaba con

10 Porfirio [ca. 232-304]. Fue un filósofo neoplatónico romano, nacido en el Asia Menor, en Batanla de Siria o Tiro. Fue discípulo de Plotino. Viajó mucho y trató con los filósofos de su tiempo. Incorporó al neoplatonismo la lógica aristotélica. Editó una obra de Plotino a la que antes revisó, las **Enéadas,** y escribió una biografía de su maestro **Vida de Plotino**. Su obra filosófica, la **Isagoge,** fue texto obligado en las escuelas medievales y en las universidades escolásticas hasta el siglo XVIII. Escribió otras obras lógicas y filosóficas, un tratado de la astrología y otro acerca de la necesidad de abstinencia de los alimentos cárneos y una teoría musical.

11 Francisco Jacquier [1711-1788]: Uno de los grandes problemas de la renovación universitaria y la superación de su decadencia, o mejor de su esclerosis, culminada hacia fines del siglo XVII, ha sido el de los textos oficialmente en uso para impartir los conocimientos. Los que tenían vigencia previa a la reforma eran extremadamente limitados, en especial por las cuestiones puestas fuera de la legitimidad por parte de la Iglesia Católica y su Index, mediante el cual se prohibían, en especial para la enseñanza, las obras que –aunque mínimamente– pudieran deslizar algún concepto vedado por su desvío de la ortodoxia. Recordemos para reforzar la comprensión de este tema, que entre las sesenta y dos proposiciones por las que se condenaba en 1779 a Pablo de Olavide, una de ellas era tan absurda que le achacaba la herejía de sostener que la Tierra se mueve. El delicado problema de actualizar las obras de consulta en España fue relativamente afortunado puesto que la política de Carlos III rechazaba el exclusivismo de la Iglesia en asignar obras al Index, y obras prohibidas por Roma eran excluidas del rechazo en la Iglesia española. La más significativa en Francia, en España y en sus colonias de ultramar, fue la **Institutiones Philosophicae ad studia theologica potissimun accommodata,** publicada por primera vez en castellano entre 1777 y 1778, por Francisco Jacquier, un sacerdote francés. Fue considerada la obra más adecuada para la introducción de la ciencia moderna en España (José María Valderas, 1991: 184; Peset y Lafuente, 1981; Stifoni, 1988), pese a ser "esencialmente aristotélico tomista" (Olivera Villacampa, 2000: 66), y cumplió su función en sus versiones francesas, al menos hasta la publicación por Francisco Villalpando de su **Philosophia,** en 1777-1778, que era un manual universitario, que condensaba lo que en su momento se conocía como "Filosofía" y que, en realidad, representaba una **suma** de las ciencias exactas, naturales e incluso de la teología y la filosofía moral. Valderas (1991:184), enuncia que junto a esas obras se produjo

"cierto despertar matemático que viene de largo con la obra de Tomás Vicente Tosca [1651-1723] y se afianza con la paulatina introducción del método de las fluccciones (cálculo diferencial e integral)"

El botánico valenciano Antonio José de Cavanilles [1745-1804] tuvo gran influencia en el cambio de la mentalidad universitaria. Todo esto contribuye a darnos una idea del medio intelectual y cognitivo de la época formativa de Félix de Azara, pero las fechas nos dicen que todo esto llegó formalmente en un modo relativamente tardío. Sin embargo, la aparición de las obras y su aceptación por las universidades ha sido el producto de la instalación, posiblemente desde la mitad de siglo de una epistème *sensu* Foulcault (2003) que silenciosamente se fue difundiendo, y más que ser las universidades y los docentes los innovadores y reformistas, fue la presión de esa subyacencia silenciosa que tendía a estallar en el medio anquilosado que reinaba en las universidades.

12 Como dice Fernando Díaz-Plaja (1997: 36),

exposiciones orales y clases de discusión colectiva que entrenaban para la oratoria. La metafísica se confundía esencialmente con la teología. La ética trataba acerca del comportamiento. En cuanto a la física, era la única apertura hacia el conocimiento del mundo natural y de su organización y sus leyes, pero se restringía a nociones elementales abriendo el curso con una incursión por la aritmética, el álgebra, la geometría, la trigonometría y la física. Olivera Villacampa (2000: 67) dice al respecto:

"...se explicaban las cuatro primeras operaciones, extracción de raíces, logaritmos, ecuaciones... las líneas rectas, geometría de las superficies... los flúidos, la luz, la astronomía. A estas alturas parece todo muy elemental, pero entonces no lo debía ser tanto. De hecho es admirable que en esas circunstancias surgieran científicos de talla y renombre de un Gaspar Lax[13] o de un Francisco de Artiga[14]."

Aunque ignoramos la real intensidad de los cursos y si eran o no exitosos en el propósito de conferir una cultura latinista funcional a los alumnos, podemos suponer que, dada la reducida cantidad de educandos, y la disponibilidad temporal de muchos de los sacerdotes docentes e instructores, el término medio de ellos saldría a la vida externa, o pasaría a un nivel universitario superior, dominando relativamente bien el manejo lingüístico que se les exigía. Posiblemente la enseñanza de calidad se concentraría en los más vocacionales y que, además existirían las suponibles presiones propias y egoístas de una sociedad estamentaria para que no se reprobara a ciertos sujetos de privilegio. Pero, a pesar de todo, el nivel medio en esta disciplina debió ser bueno.

Dado que Félix de Azara se inscribió en la Facultad de Leyes y realizó cursos parciales en la misma hasta su inexplicado abandono, nos resta por analizar este aspecto de la enseñanza en la Universidad de Huesca. José María Lahoz (1996), como ya lo hemos citado previamente, dice acerca de la enseñanza de leyes, que la misma hizo a la antigua universidad oscense un auténtico semillero de burócratas y juristas. Con esa opinión concuerda Olivera Villacampa (2000: 58), indicando que

"...la cantidad de noticias sobre cargos públicos importantes cuyas biografías contenían estudios, principalmente de Derecho en la Universidad de Huesca. Y es también cierto que hubo mucho más graduados en la facultad de Leyes que en la de Cánones, pero no en todos los siglos de la Universidad de Huesca, sino en la etapa posterior al siglo XVII. Por lo demás, era frecuente que un graduado en una Facultad Jurídica se graduara posteriormente en la otra ***in utroque***[15] *ya que existía, reconociendo la separación de ambos derechos, una compacta unidad de conocimientos jurídicos."*

Todo esto nos confiere un panorama del ambiente educativo y de las nociones formativas que recibió Félix de Azara en sus dos primeros años universitarios como base cultural, instrumental y cognitiva para emprender su vida adulta. Al mismo hay que sumarle los dos años incompletos de su curso de Legislación, en los que añadiría al basamento latinista, nociones de derecho canónico, de derecho natural (y positivo, aunque recién nacía la noción del mismo, pero que, en la realidad social y política estaba vigente, prácticamente desde que el hombre legisla a través de la historia), tal vez con cierto sesgo hacia la teología y filosofía del derecho,

---

promediado el siglo XVIII una de las misiones principales formativas de la enseñanza de la lógica –incluida en casi todos los planes de estudio– era el lograr en la mente de los jóvenes educandos, el "predominio de lo racional sobre los visceral o sentimental.

13 Gaspar Lax [1487-1560]. Fue un filósofo, matemático, docente y escritor aragonés, que había nacido en Sarineña (Huesca). Fue maestro del humanista valenciano Juan Luis Vives [1492-1540] y también de Francisco de Borja y Trastámara, S.I. [1510-1572], de la alta nobleza valenciana, que llegaría a ser canonizado como Santo de la Iglesia Católica en 1671. Pero en cuanto a su formación universitaria, no la realizó en Huesca, sino en las Universidades de Zaragoza y de París. Recién retornó a Zaragoza cerca de 1520. Dejó una extensa obra escrita en latín referida principalmente a matemática (aritmética), física y lógica.

14 Francisco José de Artiga [1645-1711]. Notable personalidad de la cultura oscense del siglo XVII, al que se le conoce también como Francisco José Artieda. Nació en Huesca y residió en ella formando parte del círculo de Vincencio Juan de Lastanosa cuyo **Tratado de la moneda Jaquesa** ilustró con sus grabados, y que fue publicado en Zaragoza en 1681. Fue pintor, escritor, arquitecto, astrónomo, matemático y grabador. A él le corresponde la creación de la cátedra de matemáticas de la Universidad de Huesca y en 1680 –como arquitecto– diseñó su estructura octogonal y su fachada. Escribió un tratado de **Poliorcética** (el arte de construir fortificaciones, bastiones, baluartes para asegurar las ciudades asediadas o sitiadas en las campañas militares), llamado **Fortificación Elemental**, que fue ilustrado por él mismo. Como parte de su saber polifacético construyó el pantano (embalse) de Arguis iniciado entre 1686 y 1687, y escribió una curiosa obra astronómica intitulada: **Discurso de la Naturaleza, Propiedades, Causas y Efectos de los Cometas y en particular del que apareció en Diziembre de 1680, por Francisco de Artiga, Ciudadano de Huesca, con Licencia,** Huesca, 1681. Además fue autor de: **Espejo Astronómico** (1683) y **Epítome de la Elocuencia Española** (Huesca, 1692).

15 **In utroque jure:** Es una locución latina que en el ámbito de las antiguas universidades europeas se utilizara con frecuencia, y que significa literalmente *"en uno y en otro derecho"*, es decir en derecho civil y en derecho canónico, y aludía a aquellos egresados laureados en ambas disciplinas.

y dentro de un campo de enfoque netamente aristotélico y escolasticista. Como bien se percibe, no hay nociones siquiera mínimas e introductorias a la entonces llamada historia natural, mientras que de las matemáticas, la física y la astronomía sólo se recibían nociones introductorias, que eran más prácticas y concretas solamente en el campo de las matemáticas. Tan sólo el conocimiento geográfico de Grecia y de la Tierra Santa de Palestina, añadirían un componente fáctico a la instrucción eminentemente discursiva y teórica acerca de la naturaleza y del planeta.

Dejando de lado la drástica causticidad voltaireana, expresada en sus consideraciones acerca de la educación que recibiera (en su caso particular de los jesuitas), es posible que el aprendizaje del latín, del fundamento del derecho, y mucho más restringidamente de las matemáticas, dado su relativamente breve paso por la vida universitaria, hayan sido las únicas fuentes de disciplina y ordenamiento del intelecto juvenil cuando no se impartían seriamente otras materias capaces de hacerlo. En ese sentido Félix de Azara compartiría el drama formativo de la mayor parte de los miembros de las generaciones ilustradas españolas nacidos antes de la mitad del siglo XVIII: los mismos se vieron forzados a adquirir más allá de, y por fuera del sistema educativo formal, las bases fundamentales de la modernidad y también para la comprensión de la realidad de su propia tierra natal[16]. Las ideas modernas, la ciencia europea, las novedades del pensamiento occidental, sólo llegaban con efectividad por el intenso trato mutuo, por las tertulias, salones, academias, gacetillas y por la acción del trato personal con las figuras más esclarecidas, así como por los libros leídos a pesar de su prohibición por la monarquía o por el pontificado.

Por eso ha sido tan considerable la influencia del padre Feijóo y la extensión de su magisterio entre las generaciones ilustradas del mundo hispánico, puesto que la aspiración generalista de su polifacético **Teatro Crítico Universal,** procuraba abarcar todas las ramas del saber, particularmente aquéllas en las que los espacios desconocidos por el gran público lector –hasta allí llegaba la generalización, aunque no se diga que el reflejo esclarecedor de las élites lectoras no alcanzaba profundamente a la comunidad entera– eran suplidos por el error o por la superstición

Recién bajo el reinado de Carlos III, iniciado en 1758, comenzaron realmente, y en forma gradual, a instalarse las reformas modernizadoras de la universidad en España, destacándose en la década de 1760-1770 las propuestas y ejecutadas por Pablo de Olavide y Jáuregui para la modernización de la Universidad sevillana. Pero, aún en los casos más destacados, como lo son los de Sevilla, Valencia, Salamanca y Zaragoza, la real instauración de las reformas fue lenta, y es posible que los estudiantes de entonces hayan ganado más con la liberación de obligatoriedades dogmáticas rezagadas en el tiempo que era promovida por el ambiente ilustrado que se instalaba en el ámbito universitario, que con la innovación efectiva instaurada en los claustros y en las propias aulas.

Pero, es innegable que en España y en la década de 1780 se instauró y continuó vigente en la siguiente, al menos en la Universidad de Salamanca, un abierto foco de las nuevas ideas teológicas y filosóficas, tal como lo registrara Gaspar Melchor de Jovellanos en su **Diario.** Dice Jovellanos en esa obra (1992: 198):

*"Toda la juventud salmantina es **port-royalista**[17]. De la secta **pistoiense:** Opstraët, Zuola, y sobre todo, Tamburini andan en manos de todos; más de tres mil ejemplares había ya cuando vino su prohibición; uno sólo se entregó* [ante el requerimiento confiscatorio de las autoridades]. *Esto da esperanza de que se mejoren los estudios cuando las cátedras y el gobierno de la Universidad estén en* [manos de] *la nueva generación. Cuando manden los que* [ahora] *obedecen. Cualquier otra reforma sería vana."*

16 Por otra parte, esta situación final en el egresado universitario latinoamericano actual, es un hecho casi cotidiano en América, pues con excepción de algunas universidades de excelencia –en extremo minoritarias– tiene aún vigencia el panorama que comentamos y tiene tendencia a agrandarse por la decadencia generalizada de las sociedades que poco cultivan, y –menos aún– exigen acabadas casi las tertulias, las academias, los salones, la buena lectura asidua, y el influjo de figuras esclarecidas– una formación auténtica universitaria.

17 **Port-royalistas:** Alude a los seguidores de las ideas jansenistas, aunque lo hace con cierta impropiedad, pues ese calificativo deriva de Port-Royal, una localidad francesa cercana a París, en cuya abadía se concentró el núcleo sostenedor de las ideas y las proposiciones teológicas del obispo de Yprès, Cornelius Jansenius o Jansenio [1585-1638], desde los comienzos y hasta poco más de mediado el siglo XVII, en Francia. Ese fue el verdadero Jansenismo, pues se dio ese nombre a una posición heterodoxa en la Iglesia italiana y española, que coincidía más con el jansenismo original menos en teología que en asuntos relacionados con el ordenamiento canónico y disciplinario interno, y con pautas de conducta moralizadoras en sus seguidores laicos. En cuanto a sus bases teológicas se asemejaba sólo muy laxamente a las emanadas de Port-Royal y que tuvo su culminación con el Concilio de Pistoya, en Italia, presidido por el cardenal Scipione Ricci, en 1786, razón por la que se denominó a los sostenedores de las proposiciones del mismo "jansenistas pistoianos" y cuando se propagaron en España, "jansenistas españoles".

Marichal (1995: 20) califica a este texto, como

"casi único en la historia española, por todo lo que transparentan las líneas de Jovellanos".

Menos de un mes más tarde, el 16 de abril de 1795, asentaba nuevamente en su **Diario** el ilustre asturiano:

"Visita de tres colegiales benedictinos que pasan al monasterio de Nágera; larga conversación con ellos de estudios... hay ya [entre los mismos] *muchos* ***port-royalistas y tamburinistas.*** *La mudanza está hecha, porque* ***las nuevas y buenas ideas*** *cundieron, serán viejos y ellas* [seguirán] ***con ellos****."*

También menciona Marichal (1995: 21), un párrafo del **Diario**, correspondiente al 13 de octubre de 1771, cuando Jovellanos lleva a cabo la visita secreta del Colegio de Calatrava, de Gijón, asentando al respecto:

"Se empezó la visita secreta....; por la tarde [fuimos] *a Alcántara, a la librería de Alegría;* [efectuamos la] *compra del* ***Tamburini****..."*. Esa era, según Marichal (*op. cit.*: 21-22) la librería más frecuentada por los estudiantes y profesores en la Salamanca de 1791, y la razón de la compra favorita de esa obra orientada hacia el jansenismo, era que

"...[Jovellanos] *sabía que el libro más que leído, era* ***creído*** *por sus apasionados lectores."*

Y esa apertura lúcida y expectante de José Nicolás no fue tardía, sino, en apariencia, muy juvenil. Por eso, aquí viene otra vez y muy necesariamente la pregunta mayor: ¿quién era y qué pensaba íntima y realmente don Mamés?, puesto que aparentemente ejerció, sino unipersonalmente, al menos en forma dominante debido a, parentesco y a la convivencia estrechamente cercana, funciones tutoriales sobre ambos sobrinos. Pudiera haber sido él o algún otro sacerdote de la universidad oscense abierto a los vientos de la reforma que soplaban desde el tiempo final del reinado de los Austria, quien iniciara a ambos hermanos en las bases del pensamiento ilustrado (Richard L. Kagan, 1981; juicio ya anticipado, en cierta medida, por F. Aguilar Piñal, 1967).

Al respecto, recordemos lo que sucedía en la no muy lejana Valencia de los Novatores[18], algunos de los cuales eran sacerdotes, todos ellos ávidamente receptivos ante los aires reformistas que soplaban desde la vecina Francia y de algunas ciudades italianas, todavía en el siglo XVII tardío.

El intercambio permanente de personas, de correspondencia y la llegada de obras impresas novedosas[19], incluso algunas de ellas formalmente prohibidas o interdictas para la mayoría, y que lo hacían de contrabando, era un aliciente para el despertar simultáneo en la mayor parte de las universidad hispanas un ambiente de expectativa y apertura que con el correr de las décadas se tornó signo irreversible de la vigencia de un nuevo paradigma.

Si volvemos al caso de don Mamés y lo suponemos de mente abierta y receptiva ante las innovaciones, por más que ante ellas el imaginario colectivo era en general refractario, especialmente en los estamentos nobiliario bajo y rural, el clero secular aldeano y el estamento popular masivo; también podemos –por el contrario– imaginarlo como portador de un cerebro profesoral endurecido en la escolástica ortodoxa y tenazmente conservador y hasta ultramontano. Algo así, y por contraste, hubiera podido producir en los

18 **Novatores**: Se denominó así a un proceso en la historia de las ideas y de las mentalidades que fue de carácter preilustrado y que surgió en las dos últimas décadas del siglo XVIII e inicios del XVIII, inicialmente en Valencia y luego propagado con variantes por otras zonas de España. En 1686 el sacerdote matemático y físico Baltasar Íñigo [1656-1746] inició en su residencia valenciana formalmente las reuniones de los que se más tarde fueron denominados Novatores, en un comienzo como academia matemática, astronómica y física, con el objetivo de conocer y adoptar las novedades en esos campos del saber. Pronto se acoplaron a ellos, imbuídos de un mismo espíritu médicos como Juan de Cabriada [1665-1714], valenciano y autor de un difundido libro: ***Carta filosófica, médico-chymica*** (1687), es decir se trataba de representantes del movimiento iatroquímico que había batallado duramente en el ámbito universitario de Montpellier, en Francia contra el galenismo intransigente que venía de la antigüedad (López Piñero, 2002: 343). A Cabriada se asoció prontamente el médico italiano Juan Bautista Juanini [1632-1691] , formando ambos parte, junto a los ya nombrados, de la primera generación de los Novatores (Cobo Gómez, 2007), y más tarde lo hizo el aragonés. Andrés Piquer [1711-1772]. Acerca de la designación como Novatores, dice Iris Zavala (1978) que en un principio se sinonimizaron novatores con antiperipatéticos, habiendo sido el fraile de la orden de los Mínimos, Francisco Polanco [1657-1720] el que les dio esa denominación en su obra de oposición al movimiento y a la filosofía cartesiana: ***Dialogus physico-theologicus contra Philosophiae Novatorers, sive thomistas contra anatomistas***, publicada en Madrid (1714). En el génesis del pensamiento y la obra del padre Feijóo es posible que pesaran tanto los novatores como los diccionarios de los franceses Louis Moréri (1657) y de Pierre Bayle (1695).

19 El uso generalizado del latín dotaba al mundo académico de una lengua universal de comunicación científica, literaria, teológica e intelectual que facilitaba notablemente este proceso, aunque como paradojal corolario del mismo, la Ilustración al implantarse decididamente en la cultura del siglo XVIII, tendió a dejar a la vieja lengua romana en un puesto secundario, validando las modernas lenguas nacionales europeas, algo que ya era muy sensible al promediar esta centuria, aunque el latín perduraría en las aulas y en el uso eclesiástico por lo menos dos siglos más.

jóvenes, muy posiblemente, un estado de rechazo y, como reacción, un impulso de adopción de lo que venía más fluidamente del resto de Europa y que debió, en el caso de no existir una fuente tan directa como la que suponíamos, tuvo que llegarles a uno o a ambos hermanos (recordemos que hubo un lapso de varios años entre los tiempos de curso oscense puesto que los separaban más de dos lustros de edad) por alguna otra vía que permanece aún desconocida. Posiblemente en esta cuestión resida el campo nuclear en el génesis del pensamiento de ambos hermanos, José Nicolás y Félix.

Posiblemente en esta cuestión resida el campo nuclear en el génesis del pensamiento de ambos hermanos, José Nicolás y Félix. Pero, importa esclarecerlo especialmente en el primero de ellos, ya que en el caso del hermano menor, la irregularidad de su paso por la universidad y la carencia ulterior de manifestaciones escritas acerca de su pensamiento científico y filosófico básico, torna sólo hipotética a cualquier interpretación que asumamos.

Respondió básicamente esa reacción heterodoxa en muchos miembros de la alta jerarquía de la Iglesia, al fortalecimiento del poder del soberano, asentado ahora no en el viejo providencialismo medieval, sino en el regalismo[20], máxime cuando muchos de esos dignatarios se compenetraron de la idea de que la relación del clero con Roma debía ser no vertical, sino mediada por la Corona. Esta posición apareció en Francia en el siglo precedente cuando el poder monárquico propició una Iglesia "galicana"[21], es decir esencialmente francesa y con facultades, entre ellas el nombramiento de obispos y el manejo último de la Inquisición, que antes estaban por entero en manos pontificias.

Tal habría sido el caso de Eustaquio de Azara y Perera –quien asumió tempranamente posiciones jerárquicas en su Orden y pasó por cercanas instancias de dudas y de afirmación regalista con las figuras más salientes de la jerarquía eclesiástica aragonesa, valenciana y catalana. Así fue que llegó, a partir de su madurez, como lo certifican muchos datos documentales convalidantes al respecto (ver Astorgano Abajo, 1997, 1999, 2006 por ejemplo), a una actitud pesimista con respecto a la ortodoxia conservadurista clásica existente en la Iglesia oficial española. Desde, por lo menos, los años iniciales de la década de 1770-1780 y hasta el final de sus días, cuando ya Eustaquio había llegado a ser obispo, primero de Ibiza y después de Barcelona, jerarquía compartida con quien fuera de su misma comarca, coetáneo y amigo, Manuel Abad y Lasierra [1729-1806], obispo de Barbastro y muy presuntamente también inclinado hacia el llamado jansenismo español o, al menos, hacia la proposición de una reforma drástica de la institución eclesiástica, como se desprende del estudio preliminar de Nieto Callén y Sánchez Molledo (2004).

Las relaciones de Eustaquio de Azara con los núcleos más relevantes del jansenismo pistoiano local (catalán y valenciano, y posiblemente también aragonés) van desde su nexo con la familia Palafox; con los miembros del que Antonio Mestre (1990) llama "el círculo valenciano de la corte"; hasta su frecuentación del grupo filojansenista de Barcelona: el obispo Climent[22], la condesa de Montijo, el dignatario catedralicio de Cuenca, Antonio

---

20 **Regalismo:** Concepción filosófico-política del poder real, propio de los siglos XVII y XVIII en Europa de acuerdo con la cual el poder de la corona perdió su carácter providencial (origen divino del mandato real), para transformarse en una concepción absolutista y pragmática del poder. El regalismo se acompañó, al instaurarse del aplastamiento de los grandes nobles díscolos y de las instituciones con fueros propios y fuerte poderío económico y/o militar, como las Órdenes (Calatrava, Santiago) y la de los Templarios. Dice acerca del mismo, centrándolo en el caso de la España ilustrada y de sus vinculaciones con el jansenismo, Andrea J. Smidt (2002: 93):

"Una tendencia ampliamente instalada en la Europa del siglo XVIII, el regalismo implicaba el uso real de ministros y consejeros, reformadores dedicados e imaginativos, para vigorizar la autoridad monárquica, incentivar la ciencia y la cultura y luchar por la prosperidad de España, reforzando su poder e influencia en Europa y allende los mares. Bajo Carlos III, el ministro de Gracia y Justicia Manuel de Roda y el fiscal del Consejo de Castilla Pedro de Campomanes fueron ejemplos representativos de inclinación ***jansenista****".*

21 **Iglesia Galicana o Galicanismo**: En una obra de Pagano (2004: 127) aparece este párrafo, transcripto de **Caminos abiertos por Miguel Servet**, en el que define al galicanismo como

"cuerpo de doctrina teológica y de práctica política que, aunque referida a Francia, en donde tuvo su origen y desarrollo, sobre todo a partir del siglo XV, encierra una serie de elementos comunes a toda la historia eclesiástica hasta nuestros días. Por un lado el poder civil se reserva el derecho de fiscalizar las comunicaciones doctrinales entre el Papa y los obispos y los fieles, de forma que éstas no tendrán validez si no son previamente aprobadas por la autoridad civil [de cada estado]*".*

22 El obispo Josep Climent i Avinent [1706-1781]. Sacerdote español, con ideas fuertemente reformistas con respecto a la iglesia española (Smidt, 2002). Alcanzó la dignidad de Obispo de Barcelona entre 1766 y 1775. Tenía tendencias filojansenistas y estuvo intensamente relacionado con el grupo de esa tendencia integrado por la condesa de Montijo, el obispo de Cuenca, Antonio Palafox y también con el obispo de Salmanca Felipe Bertrán, además de Nicolás Rodríguez Laso, Fiscal Inquisidor de Barcelona (Astorgano Abajo, 1997)

Palafox[23], y el fiscal inquisidor de Barcelona Nicolás Rodríguez Laso. Cabe aclarar también que todos los mencionados sostuvieron a su vez relaciones directas o indirectas con su hermano José Nicolás, que por entonces se desempeñaba en Italia como diplomático.

Falta aún realizar una exhaustiva compulsa de lo que sucediera en el plano académico sertoriano de Huesca en los pocos años que Félix de Azara pasara por las aulas universitarias. La transición ideológica y espiritual hacia el contexto ilustrado era tan gradual en lo general como intensa y matizada en lo particular y cotidiano, y cada casa universitaria tuvo en su sede y momento una configuración propia de los contenidos y las limitaciones que incidían sobre la labor pedagógica y la doctrina subyacente a la misma.

Si nos preguntamos acerca del porqué de la actitud librepensadora y escéptica en lo teológico y en lo filosófico de José Nicolás de Azara, tal vez la respuesta puede hallarse en lo sucedido en esos años en que cursó en Huesca. Un cerebro lúcido y analítico como el suyo no pudo adecuarse a la consolidación dogmática heredada culturalmente de su familia[24], más aún por el brillante relacionamiento que siempre fue capaz de sostener José Nicolás con lo más destacado de la política, el arte y el pensamiento de su época.

El espíritu juvenil suele resistir mal las fluctuaciones que se producen en medio o inmediatamente después de un cambio paradigmático de la cosmovisión imperante, y en consecuencia, exagera las intersecciones generacionales (*sensu* Rosaldo, 1991) cayendo con frecuencia en un escepticismo radical. Como mucho más tarde sucediera cuando en la Universidad Buenos Aires, recién surgida y portadora de las luces con un retraso casi secular, defendió las nuevas ideas filosóficas y los acumulados conocimientos de la ciencia en el interior de las Provincias Unidas, hizo que uno de ellos –y de los más esclarecidos, como lo fuera Marco Avellaneda– volcara en una estrofa una de esas forzadas conversiones y el choque espiritual experimentado en consecuencia:

“Creyente soy no ha mucho convertido.
Allá en la capital de Buenos Aires
A dudar me enseñaron los doctores
De Dios, de la Virtud, del Heroísmo;
Del Bien, de la Justicia y de Mí mismo…”
(Tomado de Pablo Rojas Paz, 1951: 32)

Jorge M. Ayala Martínez (2000: 300) nos habla de la inmovilidad formal de la Universidad de Huesca, con sus estatutos de 1579, herederos de los de 1473, con los cambios menores –no de su esencia– en 1486, 1490, sus reformas de 1516 y de 1573-1579, y de 1599-1601 (Durán Guidol, 1989: 39 passim), pues a pesar de esas modificaciones el “esquema [básico] permaneció firme durante tres siglos”, que fueron, al menos en lo normativo, de acendrado aristotelismo. El Estatuto de 1579, insistía en que los profesores no dictaran apuntes ni

“…lean en lógica autor nuevo alguno, sino el texto de Aristóteles, aclarándolo por sus intérpretes latinos y griegos sobre el texto”.

Recién en 1599 se añadieron algunos otros autores, y *“siempre como ayuda para explicar a Aristóteles”* (Ayala Martínez, 2000: 301).

Del clásico filósofo griego se atendía, en especial, a su lógica y no a la metafísica, que quedaba relegada a una especie de complemento de valor secundario.

Muy bien señala Ayala Martínez (2000: 303) que la mejor idea de la Universidad, la dan tanto las obras de sus profesores y egresados como la conformación de su biblioteca. Así vemos que el ingeniero oscense sobresaliera con don Juan Gascón, con su **In Logican sive Dialectican Aristotelis** (Huesca, 1562), que marcara ya –como signo notable de avance– la entrada del tomismo como textualidad auxiliar en el campo hasta entonces exclusivamente aristotélico de la Escolástica. Eso coincide con un refuerzo de la enseñanza de las lenguas clásicas y ya en el siglo XVII, el repertorio de las obras “legibles” (por su legalidad eclesiástica con respecto al Index) en la vieja Universidad era amplio, incluyendo las obras renacentistas de Juan Luis Vives[25], aun cuando fuera duramente

23 Antonio Palafox, arcediano catedralicio de Cuenca y beneficiado de la de Barcelona, hijo del Marqués de Ariza y con tradición familiar filojansenista.

24 La notable autonomía de pensamiento, libertad de espíritu y su participación en un mundo moral, cultural y de relacionamiento humano excepcional realmente inconmensurable con el de Barbuñales-Huesca, hizo de José Nicolás de Azara un modelo de trasplante ambiental exitoso, seguramente a partir de un sustrato interior notablemente dotado.

25 Juan Luis Vives [1492-1540]. Fue uno de los más grandes humanistas de la España renacentista, se vinculó en forma intensa con humanistas del resto de la Europa activada por ese movimiento. Tenía orígenes hebreos pero su familia era conversa; por eso tuvo problemas con la Inquisición, que apresó a su primo hermano y a su madre, sometiéndolos a proceso. Juan Luis Vives logró superar las sospechas y su brillantez de pensamiento y comprensión lo hicieron destacarse como estudiante en la Universidad de Valencia, donde residió hasta 1509, fecha en que partió hacia París en la Soborna. Se doctoró en 1512 y pasó a Bélgica. En tanto su padre fue quemado por la Inquisición, y su madre, fallecida antes, fue exhumada y sus restos incinerados. Prestigiado Vives por

perseguido por la Inquisición.

De acuerdo con las referencias, apenas parciales y hasta ahora halladas, y sin contar con más cotejo de los registros internos de la Facultad de Filosofía y Artes, y de Legislación y Cánones de la Universidad de Huesca, que el realizado por Enrique Álvarez López (1936: 11), quien asevera que Félix de Azara cursó la primera etapa de los estudios universitarios oscenses en la Facultad de Filosofía y Artes en los años de 1757 a 1759, culminándolos, casi seguramente en la primavera de 1759, continuando después los de Legislación (Leyes), en los que habría permanecido hasta 1761. Nada se dice acerca de Cánones, aunque puede ser que se considere a esos estudios como anexos a los de Legislación en el criterio de muchos autores.

De todos modos, y como conclusión acerca de la vida universitaria oscense del tiempo de los Azara, podemos enunciar que los repudios tardíos son relativos si no se reflexiona previamente acerca de los porqué históricos de esas expresiones hoy perdurantes historiográficas como testimonio del **Zeitgeist** epocal, si no se revaloriza el trabajo de maestros ilustres, de discípulos aventajados, de humanistas de trascendencia, más aún, y siguiendo a Victoria América López García (1998: 29), no tratamos de

> *"...recuperar procedimientos didácticos utilizados en el período* [que estudiamos] *no sólo por curiosidad histórica sino también como recursos alternativos en la enseñanza* [de hoy]*".*

La densa –sorprendentemente densa– vida cultural aragonesa desde el Renacimiento hasta el siglo XX no pudo surgir ex nihilo, menos aún *ex stultii*. Prueba de ello es la densidad y efectividad práctica y teórica de la vida cultural oscense de los siglos XVI, XVII (Ayala Martínez, 2000) y de la ilustración aragonesa del siglo XVIII (Ayala Martínez, 2000; Fernández Clemente, 2004).

Figuras como las de Ignacio Jordán de Asso y del Río [1742-1804], Gaspar Lax [1487-1560], Victorián de Villava [1747-1802], José Nicolás de Azara [1730-1804], no pudieron florecer desde la nada, necesitaron forzosamente un substrato irradiante de ideas, concepciones y hasta rebeldías justas, densas y sugerentes, ya instaladas en su tiempo. ¿Qué aldeas como la de Barbastro del siglo XVII originaría hombres excepcionales como lo fueron los hermanos Argensola, en cuyo elogio Manuel de Cervantes Saavedra dedicara en su **Galatea** el hermoso poema?

Tu verde y rico margen, no de nebro,
ni de ciprés funesto enriquecido,
claro, abundoso y conocido Ebro,
sino de lauro y mirto florecido,
ahora como puedo le celebro,
celebrando aquel bien que han concedido
el cielo a tus riberas, pues en ellas
moran ingenios claros más que las estrellas.
Serán testigos desto dos hermanos,
dos luceros, dos soles de poesía,
a quien el cielo con abiertas manos
dio cuanto ingenio y arte dar podía.
Edad temprana, pensamientos canos,
maduro trato, humilde fantasía,
labran eterna y digna laureola
a Lupercio y Leonardo de Argensola.
En la santa envidia y competencia santa
parece que el menor hermano aspira
a igualar al mayor, pues se adelanta
y sube do no llega humana mira.
Por esto escribe y mil sucesos canta
con tan suave y acordada lira,
que este Bartolomé menor merece
lo que al mayor, Lupercio, se le ofrece.

Anticuada, reaccionaria, obsoleta como se la califica hoy, sin ningún cuidado de no caer en un **presentismo** historiográfico miope como el que critica Carmen Iglesias (2009). Casi con certeza, la universidad oscense debió de haber tenido durante la segunda mitad del siglo XVIII una filtración en su estructura secular; por ella pasaron desde los reflejos atenuados de las Luces europeas hasta la incitación kantiana "**Sapere aude**", es decir, *"ten la valentía de servirte de tu propio entendimiento. Tal es la divisa de la Ilustración. Debido a este naturalismo el ilustrado puede criticar* [hasta] *las religiones reveladas y atenerse a una religión natural...*[26]*"* (Ayala Martínez, 2000: 302).

De acuerdo con estos datos y analizadas ya las anativas posibles con respecto a los estudios de Félix, la deducción más probable es que permaneció en su casa hasta ya adolescente, instruyéndose en el hogar paterno con los seguramente precarios me-

sus dotes intelectuales, vivió inmerso en un temor que le impidió aceptar el retorno a España, donde le ofrecieron enseñar en Alcalá de Henares. Pasó a Inglaterra y gozó de buena aceptación inicial, llegando a ser ministro en la corte de Enrique VIII de Inglaterra. Fue amigo de Tomás Moro y de la reina Catalina de Aragón. Tuvo intercambio epistolar e intelectual con Erasmo de Rotterdam. Redactó su obra deambulando por Europa y finalmente logró la protección de Carlos V de España a quien debió apoyo y seguridad en los últimos años de su vida, dedicado al estudio de la obra de Aristóteles, redactando nuevos textos escolares y universitarios y proponiendo una reforma general de la educación de su tiempo. Falleció en la ciudad de Brujas en Bélgica.

26 Inmanuel Kant [1724-1804]: ***¿Qué es la Ilustración?*** (2005: 33).

dios a su alcance[27]. Esto es altamente significativo para el conocimiento del curso de su infancia. Álvarez López, quien parte de la equívoca fecha de nacimiento en 1746, dice que a los "once años" vino a Huesca a estudiar bajo la tutela directa de su tío don Mamés, lo que realmente significaría que fue a los quince años cumplidos, al haberlo hecho en 1757, en el mes de octubre, pues Félix había nacido en el mes de mayo.

Existe un dato discordante con los provistos por las biografías clásicas y reiterativas de Félix de Azara: el mismo no completó sus estudios superiores ni en Cánones, ni en Leyes en la Universidad de Huesca. Tal conclusión se desprende del cotejo de una lista completa de los graduados oscenses de su tiempo, publicada por José María Lahoz Finestres (1997), en la que los Azara graduados en la misma que aparecen son, cada uno nombrado con su lugar de nacimiento y fecha de graduación los siguientes:

AZARA, Eustaquio de[28], procedente de Barbuñales, BC[29], 3-VI-1751[30]

AZARA, Pascual, procedente de Siétamo, BL, 22-IV-1732; LL, 30-V-1732

AZARA, Martín, procedente de Azara, BC, 24-IV-1587

AZARA LOSCERTALES Y FONCILLAS, Francisco Mamés de, procedente de Barbuñales, BC, 31-I-1721; BL, 22.IV-1719; LL, 27-XII-1720[31]

AZARA y FONCILLAS, Francisco Nicolás de, procedente de Barbuñales, BC, 24-IV-1689; LC, 17-V-1695[32],

AZARA y PERERA, José Nicolás de, procedente de Barbuñales, BL, 21-IV-1749.

AZARA y PERERA, Lorenzo de, procedente Barbuñales, BC, 13-IV-175; BL, 24-IV-1755; LC, 25-IX, 1759[33]

AZARA y PERERA, Mateo de, procedente de Barbuñales, BL, 24-IV-1775; LL, 26-X-1759.

AZARA y TORO, José, procedente de Siétamo, BC, 18-IX-1706; BL, 24-IV-1705, LC, 22-V-1708[34]

Los datos aportados por Álvarez López en su bien confeccionada biografía (1936: 11), indican que Félix de Azara se matriculó en Filosofía y Artes el 18 de octubre de 1757, para el curso de 1757-1758 y que el 14 de diciembre de 1758 lo hizo para el curso de 1758-1759. Ya el 4 de marzo de 1759 se había inscripto en Legislación para el curso de 1759-1760; el último registro fue su inscripción para el siguiente curso de Legislación de 1760-1761, efectuado el 17 de enero de 1761. El autor mencionado admite no haber podido hallar en los registros la constancia de la culminación de los cursos con el correspondiente Bachillerato. Es decir, el abandono de sus estudios en la universidad de Huesca por parte de Félix de Azara debió tener lugar antes del verano de 1761 y, como recién se produjo su ingreso en el regimiento de Infantería Galicia casi en el otoño de 1763 (el 1° de septiembre de ese año, de acuerdo

---

27 No les quita este carácter el que hubiera podido tener un preceptor particular, que seguramente sería un eclesiástico, pues un aprendizaje así impartido sería forzosamente unilateral y deficitario. Además, la posibilidad de hallar eclesiásticos con cultura amplia y, más aún dotados de cierta modernidad y disponibles para actuar como dómines por parte de un infanzonazgo rural de segundo orden en el Somontano, era bajísima debido a la marcada estratificación en cuanto a instrucción, saberes, y acceso a la cultura literaria y científica que existía en el extenso cuerpo de religiosos de España en esa época (en 1752 había 63.000 religiosos en el país, de acuerdo con Roberto Fernández Díaz, 1993).

28 Esta información se contradice con la de Castellanos de Losada (1856: 80) que da a Eustaquio como Bachiller en ambas "jurisprudencias"

29 Las referencias representadas por siglas corresponden así: BC= Bachiller en Cánones; LC= Licenciado en Cánones, BL=Bachiller en Leyes, LL= Licenciado en Leyes.

30 Lahoz Finestres (1997) aclara *"Era benedictino"*, y eso se reafirma con la información de Castellanos de Losada (1856: 80), que había ingresado como novicio en el Real Monasterio de San Victorián, el 5 de octubre de 1748 y profesado el 12 de octubre de 1749, es decir que no habría alcanzado a pasar siquiera dos años en las aulas universitarias. Casos como éste, dan cuenta de la exageración y fantasía de autor citado en segundo término, quien le asigna un año adicional en la Universidad como consiliario de la misma.

31 En este caso Lahoz Finestres (1997), aclara que "*era del Convento de San Victorián*" el que se hallaba bajo el Pirineo. Era conocido San Victorián, en el siglo XVII como San Viturián, era considerado protector del dinero y de su uso piadoso (Pallaruelo Campo, 2002: 60). Fue erigido por los habitantes de Barbastro en honor del santo quien según la leyenda *"caminaba por cerca de Laspuña, pueblo sobre el río Cinca al pie de la Peña Montañesa"* cuando estaban sedientos él y sus acompañantes Victorián golpeó la piedra con su bastón y surgió un fuente (la Fuensanta), junto a una cueva que ocupó como eremita y como muy cerca había un monasterio fundado poco antes por el rey Godo Gesaleico, los monjes llamaron a Victorián y lo hicieron Abate. En el año 560 murió y se dio su nombre al monasterio (Pallaruelo Campo, 2002: 67).

32 Lahoz Finestres (1997) que al respecto dice que en 1692, era del "CSV" o sea del Convento de San Victorián, es decir también monje benedictino.

33 Lahoz Finestres (1997) anota también en este caso que era *"en 1766 del Convento de San Victorián"*

34 Lahoz Finestres (1997) anota también en este caso que era *"… en 1710 del Convento de San Victorián"*

con Castellanos de Losada, 1847a: 223; Torner y de la Fuente, 1892: 13-14; Mones y Klappenbach, 1997: 194), nos encontramos nuevamente en la vida que venimos historiando con un vacío del que desconocemos prácticamente todo.

Es posible que, como lo supone Martínez Rica (2009), que al hacerlo se hubiera marchado Félix a Barbuñales y pasara junto a sus padres sus años entre los 19 y 21 de edad, una etapa fundamental en la vida de un joven, particularmente en la de su familia, en la que todos los demás hijos se orientaron prontamente en la elección de sus destinos, y que algo así también era poco común en el contexto de su época y de su estamento social.

Podría tratarse, por lo tanto, de uno más de esos espacios temporales que hemos denominado nodales de su vida. Esto demuestra que cada vez que ahondamos en alguna etapa de la biografía del insigne naturalista aragonés, sucede algo parecido, y eso nos recuerda la reiteración de situaciones como las que hacen decir a David Ringrose (2003: 13):

"The problem is a bit like one of those Russian dolls which can be opened up to find another inside, smaller and different, which in turn, can be opened up to find yet another doll, again different and even smaller, etc..."

La razón central de no haber completado su bachillerato superior (universitario) por parte de Félix de Azara, permanece por el momento ignorada. Si se tratara de algún incidente de carácter personal, es posible que en los archivos de la Universidad de Huesca haya existido algún expediente o legajo individualizado referido al mismo, capaz de aportar más información al respecto, aunque también es frecuente en la historia la "pérdida" (incluso en la historia personal de Félix de Azara, como veremos en otro tomo de esta obra, se han dado situaciones de ese tipo) de aquellos documentos relacionados con cuestiones delicadas, afectan hacienda o legados de, o a terceros, y aún más, si esas alternativas fueran escabrosas, o cuando éstas comprometieran a personalidades o docentes de la propia universidad o familias destacadas de la comarca.

En primera instancia, el hecho de que un estudiante de condición hidalga y de familia con larga prosapia eclesiástica y casi rutinaria de graduación cuando iniciaba una carrera, deje abruptamente sus estudios, en los que iba bien encaminado, según todas las apariencias, puede obedecer a alguna causa surgida bastante lejanamente a la fecha de su alejamiento hacia Galicia, y no se trata de un simple cambio de vocación. Sucedió, siendo ya Félix un mozo de edad cercana a los diecinueve años y próximo a la culminación de sus estudios. Eso se debió producir de acuerdo a la información disponible, posiblemente, en el mes de abril de 1761, o muy cerca de esa fecha, y quedó sin resolverse con la opción de un nuevo destino hasta la primavera boreal de 1763. El hecho llama sobremanera la atención puesto que encierra una incógnita biográfica significativa.

Existen tres alternativas mayores para explicar el caso. La primera de ellas es que Félix presentara una crisis de vocación, en cuyo desencadenamiento pudo haber tenido mucho que ver una presumible correspondencia que guardaría con él su hermano José Nicolás, inicialmente desde la Universidad de Salamanca, antes de alejarse hacia Madrid donde, entre 1760 y 1765, estaba empeñado en su cargo de base para su carrera diplomática, todavía en la corte en la Secretaría de Estado[35], junto al Ministro Wall.

Otra suposición explicativa podría fincar en una súbita malquerencia con su tío y preceptor, Mamés de Azara por algún asunto de carácter enteramente privado o, a lo sumo, familiar, cuyo desenlace fue el brusco alejamiento de su sobrino[36]. Por último, dado que en la vida de Félix existen sobrados indicios de su carácter fuerte y en ocasiones obcecado, resulta lícito suponer que su alejamiento se pudiera deber a una fuerte e intransigente reacción contra algún profesor o autoridad de la Universidad, que pudo tener lugar tras un incidente fortuito o como culminación

35 Esto sólo es presuntivo hasta el hipotético caso de que se pudieran hallar pruebas, pues prácticamente no se sabe si hubo algún relacionamiento entre ambos hermanos, que diferían en sus edades en doce años y eran histórica y culturalmente miembros de diferentes generaciones. Prácticamente casi no se conocían pues siendo aún muy niño Félix, ya su hermano se hallaba residiendo en Huesca, bajo la tutela de su tío Mamés, estudiando leyes en la Universidad Sertoriana y en 1749, cuando Félix tenía tan solo siete años se alejo hacia Salamanca.

36 Una asunción de este tenor, o como la siguiente, acerca de un incidente particularmente violento con un profesor o producto de una gran arbitrariedad sufrida por el alumno u ocasionada por el mismo, de parte de algún docente o de las autoridades de la casa de altos estudios, toma coherencia con el contexto biográfico general de Félix de Azara y sería la primera muestra perceptible de una personalidad singular, en la que las futuras decisiones tajantes e irrevocables de su vida que, a veces resultan inexplicables para terceros, abundan y son documentalmente insondables. Nos lleva el recuerdo a una plática sostenida muchos años atrás en diciembre de 1977, con el distinguido e inolvidable historiador de la ciencia que fuera el mexicano, don Enrique Beltrán, con el que comentábamos aspectos de la vida de Félix Azara, por entonces mucho menos conocida, y sobre la que ambos acopiábamos información, cuando nos dijo: *"¡Qué vida para una novela!".*

de un proceso de larga data y que ya se le hacía intolerable. Al respecto, la lectura de la autobiografía de otro aragonés voluntarioso y esforzado, también dotado de un carácter indomable, como lo fuera Santiago Ramón y Cajal[37], suministra otro punto posible de comparación, puesto que sus actitudes personales, fuertemente individualistas y su forma de dar respuesta ante cualquier arbitrariedad cierta o supuesta, desencadenaba en él reacciones que, un siglo antes, en la época de estudiante de Félix de Azara, hubieran sido inexorables causales de expulsión.

Esa actitud, que con mucho fundamento contextual le suponemos a Félix, no respondía a un natural brutal ni redomadamente insociable, tampoco a un díscolo extremoso. Es muy posible que en este caso, nuestro protagonista hubiera podido hacer suyas las explicaciones de Santiago Ramón y Cajal acerca de su conducta en una edad casi paralela pero muy posterior en su datación:

"No trato de disculpar mis yerros. Confieso paladinamente que del mal éxito de mis estudios soy el único responsable. Mi cuerpo ocupaba un lugar en las aulas, pero mi alma vagaba continuamente por los espacios imaginarios. En vano los enérgicos apóstrofes del profesor, acompañados de algún furibundo correazo, me llamaban a la realidad y pugnaban por arrancarme a mis distracciones; los golpes sonaban en mi cabeza como aldabonazos en casa desierta...".

Más adelante, el mismo Santiago Ramón y Cajal intenta una explicación valedera del porqué de la incapacidad de muchos jóvenes bien dotados para adaptarse al sistema de enseñanza vigente, describiendo una metodología pedagógica que no debía distar mucho de la usada en el siglo XVIII en la cercana Huesca:

"Como único método pedagógico, reinaba allí el memorismo puro. Preocupábanse de crear cabezas almacenes en lugar de cabezas pensantes. Forjar una individualidad mental, consentir que el alumno, sacrificando la letra al espíritu, se permitiera cambiar la forma de los enunciados... eso, ni por pienso. Allí, según ocurre todavía hoy en muchas aulas [a comienzos del siglo XX]*, sabía solamente la lección quien la recitaba fonográficamente, es decir, disparándola en chorro continuo y con gran viveza y fidelidad; la ignoraba, y era, por ende, severamente castigado el escolar a quien se le paraba momentáneamente el chorro, o titubeaba en la expresión o cambiaba el orden de los enunciados."*

Con respecto a lo sucedido en el caso de Ramón y Cajal, tan sólo la oportuna intervención del padre del futuro descubridor de la anatomía estructural del sistema nervioso, pudo paliar, en más de una ocasión la expulsión inminente de su hijo de los institutos en los que cursaba.

En el caso de Félix de Azara, si la actitud poco adaptada se hubiera llegado a complicar con discrepancias teológicas o, más raramente –porque el ambiente que lo rodeaba casi no daba lugar para ello– con algún asomo de amorío juvenil, demás está decir que de no retractarse y cumplir tremendas penitencias, tendría asegurado el cese abrupto de sus estudios. Algo así, o muy semejante, debió de acaecer con el joven aspirante a Bachiller en Leyes, para lograr alejarlo definitivamente de las aulas de la universidad.

Además de las consecuencias directas de la repercusión social y familiar a las que podía dar lugar el abandono de una carrera, en la que el previsor y ajustado presupuesto de una casa de infanzones rurales fincaba el éxito y la continuidad de la estirpe y su adecuado encuadre social, es posible imaginar la frustración paterna y sus intentos por reencauzar las cosas apartadas de su "normalidad". Resulta indudable que no hubo quien pudiera convencer a Félix de retornar a sus cursos –de ahí nuestra inferencia con respecto a la seriedad del problema suscitado– y el haber apelado a una de las alternativas que no eran de uso familiar en la orientación casi obligada de las vidas de los hijos que no detentaban el mayorazgo, según el adagio popular corriente, que les asignaba "corte, iglesia o mar", y también, y por qué no, "ejército", como lo fuera en su caso el ingreso a la milicia, en la infantería y después de un fracasado intento en la artillería, en Segovia.

También, la larga duración del intervalo de desconcierto o duda transcurrido en Barbuñales, daría lugar a pensar cuán costoso debió de haber sido para don Alejandro lograr arrancar esa decisión a su hijo[38]. Llama la atención contemplar en la mayoría de las biografías azarianas disponibles, cómo sus autores simplifican la cuestión, dando por sentado que Félix egresó como Bachiller en Cánones y en Leyes y entonces, llevado por una súbita vocación militar se habría orientado, con la ayuda paterna y la de terceros allegados a la familia, en la gestión hacia el ingreso a un regimiento de infantería. Para intentar elucidar qué pasó en los dos años de aparente inactividad de Félix de Azara en Barbuñales faltan absolutamente fuentes referenciales, tanto directas (memorias, cartas, confidencias reveladas por terceros) como indirectas (saber si en el ínterin

37 Véase Santiago Ramón y Cajal (1968): **Mi infancia y mi juventud.**

38 Dice María-Dolores Albiac Blanco (M.S., en prensa) que

"...en el siglo XVIII y en el estamento de los Azara, quienes decidían qué formación debían recibir los hijos y a qué desempeños debían encaminarse, eran, en último término, los padres."

sostenía relaciones epistolares con José Nicolás y si se escribían o veían con Eustaquio). Por ese entonces los hermanos Lorenzo y Mateo habían culminado exitosamente sus estudios en Huesca, y estaban ya iniciándose en sus respectivos seminarios, pues ambos fueron sacerdotes y el primero –al menos– estaba en el lejano y pirenaico San Victorián. Es posible que el hermano menor, Francisco Antonio, que entonces estaba entre sus quince y diecisiete años, estuviera en la casa paterna pues con respecto a él no hay referencias de que estudiara en Huesca o en Barbastro, y era ya tradicional que el futuro portador del mayorazgo no cursara estudios más allá de los elementales impartidos en su propia casa. Tal vez la enseñanza le fuera impartida por algún preceptor particular en la casa familiar. Es con él, sólo dos años menor, con quien debió Félix compartir la mayor intimidad (o, al menos, cercanía) en ese período, pero nada sabemos acerca del grado de confianza entre ambos y ni siquiera si estuvieron realmente juntos dados los divergentes destinos que había decidido para ellos la autoridad paterna.

Un rasgo biográfico de Félix de Azara que aún no ha sido valorado por los estudiosos de su vida, se refiere a la que fuera su tendencia a la soledad y al aislamiento individualista. Contrariamente a lo que sucede con la mayoría de quienes pasan etapas de su vida en escuelas, internados e instituciones, eclesiásticas, militares o civiles colegiadas, en las que se intensifica la convivencia y las que dejan un legado de por vida de amistades y relaciones de camaradería, nada de eso se percibe en Félix, pero sí en José Nicolás[39], pues aquél demostró, al menos en base a la tan escasa documentación disponible, una ausencia aparentemente completa de tales nexos. Ni siquiera los guardó cordiales y cercanos con los demás demarcadores de las diversas partidas que actuaron conjuntamente en la frontera luso-hispana en América del Sur, Diego de Alvear [1749-1830], Juan Francisco de Aguirre [1758-1811], Gonzalo de Doblas [1744-1809], José Custodio de Sá y Faría [1737-1792]. Sus relaciones con ellos no pasaron de las oficiales o circunstanciales, frías y, en general, forzadas por factores de ocasión. La lamentable pérdida o extravío de la mayor parte de su correspondencia privada, en especial la de carácter familiar y amistoso, no permite sino saber que llegó a establecer relaciones amistosas en América con Pedro Cerviño, con Manuel de Lastarria[40], también –y ya en España–, con Bernardo de Iriarte[41], con el que habría heredado la intensa relación que éste mantenía con José Nicolás, al menos hasta seis meses después de la muerte del mismo[42]. Igualmente podría considerarse el caso de Félix Colón de Larrátegui, quien desde la década de 1760, o aún antes, estuviera relacionado amistosamente con aquél[43], pero cuyo grado de trato a partir de 1806 o 1807 parece haber sido nulo hasta el recuerdo testamentario en su lecho de muerte.

Esta forma tan personal de encarar el concepto mismo de la amistad, resulta especialmente notable en el medio ilustrado –del cual participaba Félix de Azara en un estrato elevado y lleno de posibilidad de relacionamiento– y en el siglo XVIII, en el que las amistades, particularmente las masculinas, cobraban fuertes intensidades y una asiduidad

39 José Nicolás de Azara mantuvo de por vida un intenso relacionamiento epistolar, tanto oficial como privado. Su espíritu sensible y abierto hacia variados intereses culturales, bibliográficos y de coleccionista y mecenas en el campo artístico se volcaba en misivas con variados destinatarios. Sabemos por su hermano Félix (Contreras Roqué, M. S.) que durante su estadía americana se mantenía en comunicación epistolar con él. Dado que por obra de Castellanos de Losada (1856), por Sánchez Espinosa (2000) y por Gimeno Puyol (2009), se han publicado epistolarios suyos, y se sospecha con gran certeza que aún quedan muchas piezas por hallar y dar a conocer. Por lamentable que hayan sido la censura y el expurgo efectuados sobre muchas de sus cartas por instigación de su sobrino Agustín (Contreras Roqué, 2006a), ha subsistido un muy amplio repertorio de las mismas. Al respecto de la correspondencia sostenida entre los hermanos Félix y José Nicolás ha dicho María Dolores Giménez Puyol recientemente en un reportaje de Antón Castro, publicado en el ***Heraldo de Aragón***, de Huesca, el 5 de julio de 2010, que ellos mantuvieron, no obstante la distancia geográfica que casi siempre los separó, *"…mantuvieron una correspondencia, **que se ha perdido**…"*.

40 Las que aparentemente no tuvieron continuidad más allá del alejamiento de Azara del Río de la Plata.

41 Bernardo de Iriarte Nieves Rabelo [1735-1814]. Era hermano mayor de Tomás de Iriarte [1750-1791], hijos ambos del erudito bibliotecario Real Juan de Iriarte [1702-1771]. En 1774 sufrió Bernardo el inicio de un proceso inquisitorial, seguido en 1776 por otro similar incoado a su hermano Tomás, este último culminó con una leve condena en 1779. Fue un distinguido político y diplomático bajo los reyes Fernando VI, Carlos III, Carlos IV y José I, este último hermano de Napoleón y del que fue ministro, por lo que debió cargar con el rótulo de "afrancesado". Se trató de un hombre culto y de gran rectitud moral.

42 Pero, ¿acaso pudieron ser continuas esas relaciones o se diluyeron por el abandono, ya fuere mutuo o por parte de Félix? En la respuesta a este interrogante debemos tener en cuenta la situación cataclísmica en la que entraron Europa, España y sus antiguas posesiones de ultramar debido respectivamente a las guerras napoleónicas, a la invasión francesa y a los movimientos independentistas americanos prácticamente desde el cambio de siglo.

43 Con Félix Colón de Larrátegi, según Sánchez Espinosa (2000), habría sido José Nicolás de Azara condiscípulo en la estadía en la Universidad de Salamanca del mismo. Hemos aportado otras referencias en esta obra.

actualmente desconocidas, como lo prueban tantos epistolarios y memorias disponibles de la época.

François Lopes (1999: 202), tratando acerca de otro casi coetáneo, el extremeño por adopción y nacido en Mérida, Juan Pablo Forner [1756-1797], procura establecer cómo se configuró su personalidad impetuosa e intensamente impregnada de los dramas de su patria y de su época, a los que hizo fuertemente personales,

"...en la opaca profundidad de esa infancia de la que nunca quiso hablar".

Juan Pablo también había nacido en un hogar de hidalgos menores, pequeños terratenientes con tradición de "labradores honrados", cuyo padre, devenido ya médico en el orden ascendente hacia la burguesía culta y profesional propio de muchas de las familias tradicionales de la pequeña nobleza, había pasado por una dura experiencia y quedado marcado por ella con una crispación y severidad permanentes. Fue él quien

"...le impuso en los primeros años una educación estricta, un severo adiestramiento",
como su hijo recuerda –tal vez muy emotiva y dolorosamente– en un verso al efecto, aunque escrito en tercera persona:

"os crió cual pudiera un espartano[44]" .

François Lopes (1999), después de incursionar con cierto detalle por la vida infantil de Forner, concluye:

"Así fue la infancia estudiosa de Juan Pablo Forner, así el peso de la tradición que se le legó. A partir de ahora podremos apreciar en qué medida sus actos y sus ideas fueron el resultado de una educación, y cómo, en el marco del movimiento general de la sociedad española, construyó un proyecto individual, su historia personal, respondiendo a determinaciones nuevas y ejerciendo su libertad. Su libertad, lo que él pudo y supo hacer ***con lo que habían hecho de él****..."*

Entre los hermanos Azara, sólo dos de ellos pasaron sus años juveniles más largamente en el hogar paterno: esa fue la suerte que tocara a Félix y a Francisco Antonio, nacidos respectivamente en 1742 y en 1744. Pero, del segundo no sabemos casi nada: solamente que no estudió con los restantes hermanos, ya que por decisión familiar, asumió el mayorazgo y que, a partir de 1809 se alejó de Barbuñales, primero y temporariamente a Barbastro, y en 1810 a Huesca, donde se radicó hasta morir en mayo de 1820, desempeñando hasta esa fecha el cargo de Regidor en el Ayuntamiento local. Fue el ancestro de la estirpe familiar continuadora del pasado del linaje de los Infanzones en la casona de Barbuñales. Ignoramos todo acerca de su carácter, sus disposiciones, su cultura, su temperamento y humor, y sus formas de relacionamiento humano.

El caso de Félix fue distinto porque llegó a destacarse, tras viajar y participar de un mundo sensible, perceptual y cognitivo mucho más complejo que el de todos sus hermanos, con excepción seguramente, de José Nicolás, cuya trayectoria lo llevó por diferentes andurriales y senderos, pero por mundos paralelos, si no superiores en riqueza y profundidad, que los que recorrió su hermano. Félix, como hijo relativamente tardío, nacido a los diecinueve años del casamiento de sus padres y quince años después del primogénito, encontró ya a las formas intrafamiliares de convivencia bien estructuradas y dotadas de la rigidez que solían asumir las mismas, especialmente en los hogares de hidalgos rurales tradicionales de aquellos tiempos y parajes.

Primero fueron quince años de vida continua o casi permanente en la casa paterna. Después se agregaron dos años adicionales, entre los diecinueve y veintiún años, con el agravante de que estos últimos debieron ser tensos y problemáticos, mucho más que los primeros, por más que nada sabemos de ellos. Tan sólo cabe imaginar un padre de la severidad que tuviera el de Forner, pero sin que mediara entre el señor rural y el hijo una generación ya universitaria y casi burguesa. No pudo criarlo al modo de aquél, con la austera severidad de un romano o espartano, porque seguramente carecía de formación cultural e intelectual para apreciarlo así, pero sí debió de haberlo hecho con la áspera y seca rudeza del tradicional pequeño noble rural aragonés, celoso del destino de su estirpe y de la seguridad del patrimonio real y virtual que entrañaba su posición social, además de la compenetración con sus deberes de hidalgo de antigua tradición.
En relación con esta etapa vital de Félix, de aquí en adelante sólo podemos desarrollar una historia presuntiva acerca de sus características, su desarrollo y sus consecuencias futuras para el protagonista. Es uno de los varios caminos retrocedentes que pueden plantearse para explicar algunas características humanas de Félix de Azara, tratando de reconstruir el génesis de muchas de sus actitudes y comportamientos.

44 En la composición ***"Sátira contra los vicios de la Corte"*** (Biblioteca de Autores Españoles, B. A. E., Rivadeneyra, Madrid, tomo LXIII, pág. 311). Pero, la composición merece leerse no sólo en ese verso aislado sino en conjunto con los precedentes. Dice de ella antes de transcribirla François Lopes (1999:33):

"Un día se dio cuenta [Juan Pablo Forner] *de que el personaje de filósofo a la antigua, romano o espartano, que llevaba con él estaba en violenta disonancia con el mundo en el que había caído. Tomó entonces la actitud de burlarse de él con amarga y chirriante ironía:*

Creed que chocheaba el buen anciano,
Porque viviendo en la venal España,
Os crió cual pudiera un espartano".

Para ello, un paso obligado es tratar de saber algo de don Alejandro de Azara y Loscertales, señor de Lizana y Fontecillas, nacido casi con el cambio del siglo y pasando su niñez en la conversión del traspaso de la dinastía reinante en España. Ya lo hemos calificado como un hidalgo rural de escasa monta en el estamento dominante en España, con mucho más vínculo con el poder eclesiástico que con el político-administrativo. Seguramente fue un hombre práctico, de pocas lecturas y con sentido realista de la vida, tal como lo requerían los tiempos en curso. Por su preocupación manifiesta y volcada, seria y severamente, en la educación de sus hijos, adivinamos que no era un señor rural venido a menos por el natural desgaste de las estirpes de bajo caudal económico. Por el contrario, era miembro de una familia que desde hacía dos siglos había promovido judicialmente al menos dos probanzas de hidalguía[45], que sostenía relaciones de parentesco con esferas relativamente elevadas de la Iglesia regional y que había, presuntamente, logrado reemplazar un modo de vida de producción rural activa por uno más rentístico, relacionado con censos y prebendas y también con el arrendamiento rural de sus tierras. De haber ocurrido esto último –hasta ahora sólo presuntivo– esto se desprendería que entonces sí resultaría posible que la suposición de Pallaruelo (2002) acerca del corto número de servidores y de personal dependiente que rodeara a los Azara en Barbuñales pudiera –en este contexto– ser bastante cierta aunque en cierta medida sesgada hacia abajo del número real del mismo.

Además es muy importante establecer que los Azara habían pasado por el revulsivo que fue la expulsión de los moriscos, en 1610, un tema que ya tratamos y que significó la ruina o el alejamiento a las familias rurales enteramente dependientes del producto de la tierra. No estuvieron aislados de los acontecimientos históricos de la época, al menos en la faz de los mismos que los afectaba. Es posible que hubiera un fuerte acuerdo familiar, llegado de generaciones precedentes, por el cual se debía ampliar y reforzar la herencia patrimonial afirmando la perduración del mayorazgo y la infanzonía que representaban.

Por eso sería que –con similar empeño– Mamés, el hermano sacerdote catedralicio, radicado en Huesca, trató con éxito de consolidar el estatus de dependencia tributaria familiar con respecto a Pertusa y a Zaragoza, y que hacia 1628[46] completó la heredad familiar con la incorporación de las tierras que antaño fueran de los Lizana o, al menos, de una parte significativa de ellas.

Coincidiendo con mucha de la literatura que hace en general vaga, fantasiosa e indocumentada referencia al tema, hemos sostenido precedentemente la gran posibilidad de que los Azara (en este caso el protagonismo sería de los abuelos de la generación Azara-Perera) hubieran sido partidarios de la dinastía borbónica en la Guerra de Sucesión de 1700-1715, cuyo epicentro bélico estuvo cerca, a veces muy cerca (Nieto Callén, M.S., en prensa), de ellos, pues alcanzaron a producirse choques armados en la muy próxima Barbastro. Sin embargo, la atenta lectura de una obra del tan esclarecido como malogrado historiador Ernst Lluch (1999), nos ha suministrado una nueva perspectiva, la que cuenta también con muchos avales historiográficos dispersos y aún no resueltos en forma conjunta y acumulativa. De acuerdo con la misma, tanto los Azara como los prohombres del que sería llamado el “partido aragonés” surgieron principalmente de una militancia antagónica para con Felipe V (nacido como Felipe de Anjou) y tenían originalmente una posición cercana al pretendiente austraciano, el Archiduque Carlos de Habsburgo, que siendo segundo hijo de Leopoldo I de Austria, se sentía en su derecho al aspirar al trono como “Carlos III” de España.

Así como en el caso del protoilustrado valenciano Gregorio Mayans y Síscar (1699-1781), que no se hubo consolado jamás de la victoria de los Borbones (Mestre, 1968: 251; 1999: 16), es posible que muchos de los infanzones del Somontano Aragonés hayan mantenido en su fuero íntimo una actitud básicamente similar, pero al pasar el tiempo y con el renuevo de las generaciones, paulatinamente se convirtió en una posición mucho más pragmática y ambiciosa. El hecho histórico fundamental es que una de las grandes zonas de España involucradas en las hostilidades, perdió la guerra. Esa fue la que abarcaba la antigua Corona de Aragón, y con esa pérdida, acataron sus fueros y privilegios. Lluch (1999: 129) muestra cómo el decreto real del 29 de junio de 1707, una vez conquistada Aragón, da cuenta claramente de esa situación:

“Considerando haber perdido los Reynos de Aragón y Valencia, y todos sus habitadores por la rebelión que cometieron...(...)... todos los fueros, privilegios, exenciones y libertades de que gozaban ...(...)... se añade ahora el justo derecho de conquista que de ellos han hecho últimamente mis armas…”.

Y así llegamos al fin de este capítulo en el que nuestro

---

45 Las probanzas de hidalguía se hallan ampliamente documentadas en diversos archivos y repositorios, según nos refiriera con abundancia de citas y experiencias personales el historiador Juan José Nieto Callén.

46 Información con fuente documental, cuyas copias nos han sido generosamente brindadas por Juan José Nieto Callén.

don Félix, casi se nos ha perdido entre la revisión de su tiempo y de las circunstancias emanadas del que fuera su ámbito y escenario. Lo tomamos niño y lo dejamos mozo ya, sin que apenas acudieran a nuestra mesa de trabajo otras luces y sombras que las que fueron exteriores y desde las que –a veces– nos hemos atrevido a hacer una excursión a un presuntivo yo real del protagonista, en un acto más lleno de interrogantes y de dudas que de certezas, puesto que entre esas últimas sólo tenemos las de algunas fechas, registros y consecuencias prácticas. El personaje de carne y hueso, queda reducido a una sombra o trasgo, al que se analiza entre un marco de realidades a las que no sabemos cuánto quiso o desdeñó.

Si sufrió por ellas sin hallar nunca consuelo, o si las aceptó y las vivió íntimamente con resignación o desesperación, pero fijos en otros horizontes, la mirada y con el anhelo central de su humanidad, que era expresión cabal de esa voluntad aragonesa ancestral, es algo que se desvaneció con el tiempo y que sólo puede recuperarse a través de una profunda y empática compenetración con su biografía.

Dice Ramón del Valle Inclán en sus ***Femeninas*** (compuestas en 1897)[47], que la juventud es lo mejor de la vida pues aparece iluminada por la poesía, la gracia y el amor *"esas tres diosas propicias de la juventud"*, que siempre dejan imborrable huella a su paso cuando un ser humano tiene la fortuna de encontrarse con ellas.

Pues bien, si es que hubo recalado esa luz en el alma del joven hidalgo a pesar de lo poco que sabemos de su mocedad, internada como lo estuvo en lo más densamente monacal, pues para él fue o debió serlo así su vivencia de la Huesca dieciochesca, en la que dejó tres años de su existir, seguramente muy lejos de las tres diosas del escritor gallego.

¿Le habrán acaso esas diosas clásicas acompañado en algún tramo de su mocedad, a pesar de que no queda rastro alguno de esa presencia? Todo lleva a suponer que no, que tal vez, apenas si las habrá entrevisto alguna vez, lejanas y esquivas, y que –como dolorosa contraparte– se empozaron en su alma, remansando en ella, el dolor, la sequedad y el árido empecinamiento de sostenerse íntegro a cualquier costo, para poder así desarrollar una vida singular, pero que aún no le dejaba ni siquiera entrever los duros pasos que debería dar para llegar a encontrarse con su yo real y definitivo en la serena paz que debió de rodear su ancianidad.

47 Hemos utilizado la edición de 1987.

Capítulo VI.

La Carrera militar en España

> *"En 1709, Felipe V, el primer Borbón que reinó en España, después de haber triunfado sobre las pretensiones de los Austrias, llamó al marqués Jorge Próspero de Verboom, que servía en Flandes, para organizar a los ingenieros militares de España de modo análogo a como lo estaban en Francia; Verboom propuso al rey la creación de una Academia de Matemáticas en Barcelona, destinada a formar los nuevos técnicos que abrió sus puertas en 1711. En cuanto a los ingenieros que ya existían se resolvió agruparlos, tras algunos ensayos, en las siguientes categorías: Ingeniero General (para el que fue designado el Teniente General Jorge Próspero de Verboom); Ingeniero Director (para ejercer el mando en cada una de las provincias con el grado de Brigadier o Mariscal de Campo); Ingeniero en Jefe (Coronel); Ingeniero en Segundo (Teniente Coronel); Ingeniero Ordinario (Capitán) e Ingeniero Extraordinario o Ayudante (Teniente). En 1739 se agregó la categoría de Ingeniero delineador (con grado de Sub Teniente)"*
> [Anónimo, 2010: **Origen, Vida y Obra de los Ingenieros Militares Españoles**, Montevideo, p. 1]

La aparentemente súbita decisión personal o familiar que llevó a Félix de Azara a incorporarse a la carrera de las armas, tomada en 1764, según información cuya única fuente primaria es la que proveyera en 1847 y en 1856, el ya conocido de nuestros lectores, Basilio Sebastián Castellanos de Losada[1], nos dice que, en una primera instancia, el joven Félix tuvo la pretensión de ingresar como cadete al novedoso Real Colegio de Artillería de Segovia[2], pero una Real Orden había prohibido el alta en el mismo de aquellos aspirantes mayores de dieciocho años, y Félix –a pesar del corrimiento hacia delante de cuatro años en su fecha natal–, ya los había cumplido[3], supuestamente en mayo de 1764.

En relación con este asunto, hay que tener en cuenta que la alteración de la edad debió ser efectuada por el mismo interesado o por sus padres, trasladando la fecha de su nacimiento de 1742 a 1746[4]. Ante

1 Julio César González (1944: XV), nos dice de Castellanos de Losada: *"...aquel biógrafo –más predispuesto a la lisonja y a los episodios novelescos, que a fundar sus manifestaciones–* " y, esta digresión viene al caso, dado que, en este capítulo tenemos que vérnosla asiduamente con datos procedentes del mismo autor, en los que todo indica que a través de ellos se expresa claramente su tendencia novelizadora, ya sea actuando por vía propia, ya como vocero de Agustín de Azara. Lo que González califica como ficción es, por ejemplo, el caso del rechazo del pan por Félix de Azara, en el cual sorprende en falta, por ligereza y fantaseo gratuito, al panegirista mercenario, ya que la respuesta a sus mistificaciones, repetidas y ampliadas después por Walckeaner y por Moreau de Saint-Méry, es brindada por un texto del propio don Félix, en una carta dirigida el 4 de agosto de 1806 a Walckenaer, en la que le dice: *"He comido par, sin gran afición por él, hasta la edad aproximada de veinticinco años. Pero habiendo experimentado en aquellos años una dificultad en la digestión que me dejaba el cuerpo en un estado de pesadez e incomodidad diariamente después de comer, consulté con un hábil médico de Madrid. Este doctor pensó que la causa de mi indisposición podía provenir del pan y me aconsejó hacer la prueba de la privación de este alimento. Lo ejecuté, y bien pronto desaparecieron mis molestias hasta tal punto, que no he sufrido desde entonces ninguna enfermedad. La privación del pan, lejos de dar mal gusto a los otros manjares, contribuye, por el contrario, a hacerme encontrar un gusto mucho más agradable que cuando yo les mezclaba este alimento general del hombre. Nada reemplaza la falta del pan en mi manera de vivir. Observo que soy un poco más inclinado a las legumbres y al pescado que a la carne. Por lo demás, no es tan extraño que yo no como pan, pues todos los habitantes de los países que he recorrido no lo comen y viven tanto o más que nosotros sin comer más que carne asada"* (Walckeaner, I: 53, fide J. C. González (1943: cvi).

2 Era una institución novedosa creada por Carlos III en mayo de 1764, por iniciativa del militar y arqueólogo de origen italiano Félix Gazzola, conde de Gazzola [1699-1680], que funcionaba en el Alcázar de Segovia, y cuya función era formar oficiales y suboficiales para el arma de Artillería del Ejército.

3 Esta circunstancia nos dice cuán tardía fue la decisión de Félix de Azara para ingresar en las fuerzas armadas y que nunca el motivo de su abandono de la Universidad de Huesca pudo haber sido a consecuencia de una súbita vocación por la milicia, que de ser cierta, no hubiera aguardado ese extendido lapso de más de dos años para ponerla en práctica, desaprovechando, incluso, la apertura del novedoso centro de estudio de Segovia.

4 Ya hemos visto en el capítulo IV la exposición de las contradicciones con respecto a la fecha natal de Félix

la frustración debida a la edad en su ingreso como cadete, la familia debió haber recurrido a sus vinculaciones, tal vez mediando algún aragonés bien posicionado en la corte o en la propia milicia. Tal vez ese intermediario fuera el conde de Fuentes[5], acerca del que volveremos a oír hablar en esta historia, quien en ese año tenía el grado de coronel y era jefe del Regimiento de Infantería "Galicia", de modo que le habría facilitado el acceso a una plaza en el mismo. Su ingreso se efectivizó el 1° de septiembre de 1764, haciéndolo en calidad de cadete[6].

A parte de la someras citas de la foja militar de Félix, es totalmente nulo lo que sabemos acerca de la persona que fuera el cadete Félix de Azara. Ignoramos todo acerca de su viaje a Galicia desde Barbuñales, aunque es lícito suponer, examinando el mapa que acompaña a la obra de Campomanes (1776, reedición facsimilar, 2002) el camino más razonable para acudir a ese destino, pasaba por Huesca, Zaragoza, Tudela, Valtierra, Miranda del Ebro, hasta empalmar con el Camino de Santiago que conduce a Galicia y, ya en esa región, al alcanzar la Posta de Fuen-Fría, se desvía hacia La Coruña, en las cercanías de su destino final. Seguramente lo hizo en una mula o a caballo, tal vez acompañado por un servidor de su casa, quien a su vez llevaría otra caballería. También pudo ser incorporado en una caravana de viajeros, pues frecuentemente estos últimos solían asociarse para abaratar costos y para disminuir el riesgo de asaltos o ataques de bandoleros, de los que estaban plagados los caminos de España.

El joven Azara, que nunca había ido más lejos que hasta Huesca, vería asombrado el paisaje que recorría y es muy posible que en su mente se debatieran alternativas de futuro, matizadas con una sensación de libertad antes desconocida, que agitarían tanto a su espíritu como a su cuerpo joven y fuerte, pero también asociados con temores e incertidumbres. Debió de recorrer más de cien leguas, lo que pudo significar, al menos, tres largas semanas de viaje o más largo tiempo aún. El hecho de estar en la última parte del verano favorecía su propósito y restaba dificultades a la marcha, también concentraba a los viajeros que buscaban la mayor bonanza del tiempo ya que los refugios no abundaban.

Podemos imaginar las circunstancias vividas en esos momentos finales de la estadía juvenil en la casona de Barbuñales. Con su partida seguramente terminaban casi tres años tensos, duros y dolorosos, además de inciertos en cuanto al futuro del joven Félix. A medida que se alejaba de la residencia natal, se difuminaban en su cerebro las imágenes más duras: el llanto y los silencios de su madre; los mudos reproches y el alejamiento de su hermano menor Antonio, quien quedaba, al menos de hecho y por voluntad paterna, casi definitivamente dueño del mayorazgo, a pesar de su condición de ultimogénito, una circunstancia que, casi con seguridad, Félix no envidiaba.

Apenas si habría podido despedirse. Su padre que tras las presumibles acaloradas disputas de los dos primeros años, habría asumido una actitud dura de

---

de Azara. Lo que introdujo las dudas mayores, surge del hecho destacado por Capel Sánz (2006: 85, nota 3): *"Azara siempre afirmó que había nacido en 1746, y así consta incluso en el retrato que hizo grabar para los* ***Viajes por la América Meridional..."***. Resulta llamativa la persistencia en esta disminución de cuatro años a su verdadera edad, que si bien procedería de una argucia para su ingreso al ejército, fue sostenida toda la vida por quien finalmente terminaría con la constancia de la verdadera data natal en su certificado de defunción, que reza: *"...de setenta y nueve años de edad"* (en 1821). Esta forma de encubrimiento de la realidad de los hechos se proyectó a otras expresiones de su vida, por ejemplo en el caso del viaje a América, cuando finge sorpresa ante su traslado a la marina, que él mismo había solicitado con bastante antelación. Aunque tal vez esta actitud pueda ser explicable, porque para hacerlo debió de acudir al apoyo de terceros influyentes, salteando instancias obligatorias en un trámite normal, circunstancia que por prudencia era poco conveniente que quisiera dar a conocer a terceros, máxime en esos años inciertos en cuanto a lo referido a las fuerzas armadas del reino.

5 El Conde de Fuentes [1724-1776], es decir, don Joaquín Atanasio Pignatelli de Moncayo y Aragón, XVI o XVII conde de Fuentes en la sucesión condal, era aragonés, nacido en Zaragoza, en el seno de la destacada familia ítalo-aragonesa de los Pignatelli y uno de los "Grandes de España", de la época, quien estaba fuertemente vinculado al llamado "Partido Aragonés". Fue amigo íntimo del conde de Aranda, con el que estaba emparentado y, posiblemente también era *"gran amigo de la familia Azara"*, aunque sólo conocemos, fuera de las referencias dudosas de Castellanos de Losada la de Julio César González (1944: XIII), seguramente tomada de ese último, así que lo único testimonialmente probado es su estrecha relación con José Nicolás de Azara, como lo revela no sólo su epistolario sino también el de Manuel de Roda y Arrieta. La familia del conde de Fuentes había dado dos papas, Pablo IV (1555-1559) e Inocencio XII (1691-1700) y estaba cercanamente relacionada con San José de Pignatelli [1735-1811], canonizado por Pío XII en 1954. Hizo la carrera militar y en 1764 era el Jefe del Regimiento de Infantería Galicia en el que se incorporó Félix de Azara en su primera aproximación hacia la carrera militar. También participó de la expedición a Argel de 1775, y es uno de aquellos a los que Félix de Azara debió su salvación tras resultar herido en el desembarco. En esa fecha, el conde, contaba con 51 años de edad, había enviudado un año antes y fallecería en el año siguiente.

6 En una de sus **Cartas Marruecas**, la XLV, brinda el militar ilustrado y literato de valía que fuera José de Cadalso (1973: 119) una explicación un poco menospreciativa de lo que, hacia el año de 1770, representaba la condición de cadete en el Ejército de España: *"Esto se reduce, a que un joven de buena familia sienta plaza; sirve de doce a catorce años, haciendo siempre el servicio de soldado raso; y* [que] *después de haberse portado como es regular se arguya de su nacimiento, es promovido al honor de llevar una bandera con las armas del rey y divisa del regimiento."*

silencioso pero inacabable reproche, además de ponerle bien en claro la pérdida absoluta y a perpetuidad del mayorazgo[7], vería su partida como el último desgarramiento familiar producido por el que, a su ver, actuaba como un mal hijo y había fallado en una forma tal que resultaba dura de afrontar para la familia, que mal podría soportar el haberse visto defraudada en su primer intento de imponerle un orden de vida, que deseaban pasara por su graduación en la universidad de Huesca. Para las concepciones de su tiempo se marchaba casi como un réprobo.

Tras definir esa actitud su padre lo conminó a buscarse un destino y, posiblemente a alejarse de Aragón y, si bien, ante lo irrevocable de la decisión del hijo, finalmente movió sus influencias y gestionó ante terceros para lograr su inscripción en el ejército, se tornó distante y esquivo.

"Haga usted su camino… (...)…Haga vuestra merced su camino y que Dios lo salve de perderse y de destruir la honra familiar…", bien pudieron ser las palabras finales que escuchó Félix de boca de su progenitor en la madrugada del día de su partida, cuando Félix y un asistente criado, ya aprontarían sus avíos y sus caballerías para el viaje. Lo habría dicho como de pasada, montado en su caballo y rumbo a sus campos, donde ya acudían los labradores a sus puestos, y partió adusto, a buen paso de su corcel. La madre lo abrazó llorando en su abandono final y Francisco Antonio desde lejos y atareado con unos labriegos, reparaba unos arriates del asalto nocturno de una mula intrusa…

Ascendía el sol en el cálido agosto y había que marchar prontamente para alcanzar Zaragoza antes de la noche. Apretó los labios. Trató de borrar toda emoción de su ánimo y azuzó a su montura. Al poco la casona familiar se perdió en el horizonte sinuoso que dejaban atrás. Pasó silencioso, casi hoscamente frente a la ermita vecina y sintió el derrumbe interior de lo vivido hasta entonces, tras de lo cual surgían nuevas perspectivas e ignotas esperanzas.

Finalmente iba a ser militar y, aunque no era un guerrero por tradición familiar, muy bien sabía que llevaba en sus venas la sangre de los legendarios batalladores que forjaron a Aragón en tiempos de la reconquista. Se sintió almogávar, templario y capitán de avanzadas distantes. Bien pudo estimularse a sí mismo como lo hiciera poéticamente Jovellanos dirigiéndose a su amigo José Agustín Ceán Bermúdez [1749-1829]:

"Sus, alerta, Bermudo, y pon en vela
tu corazón. Rabiosa la fortuna
le acecha, y mientras arrullando a otros,
los adormece en mal seguro sueño,
súbito asalto quiere dar al tuyo.
El golpe atroz, con que arruinó sañuda
tu pobre estado, su furor no harta,
si de tu pecho desterrar no logra
la dulce paz que a la inocencia debe.[8]"

Era así, merecía ese sosiego de corazón pues no huía, no escapaba de amores frustrados ni de mal alguno hecho a un tercero; de blasfemia ni de mácula desdorosa para su honra. A lo sumo podía decir con tozudez aragonesa:

"me voy para ser yo y como los senderos de Dios son inagotables y siempre novedosos, me entrego a él para que me guíe".

Lo mucho de la propensión mística y solitaria que se instalaron en su ánimo y talante durante los primeros años de vida, que presumimos como muy verosímilmente crueles, pasados en Barbuñales y durante los ulteriores y, tal vez, más turbulentos de Huesca, antes de su regreso forzado a la residencia familiar, afloraba ahora cuando sus ojos se llenaban del paisaje abierto e imponente o escabroso y bordeante de simas o precipicios de esos caminos poblados de espejismos, de lejanías inciertas y de ruinas hazañosas castigadas por los siglos. Además se desplazaba en el entorno de una naturaleza que cada vez cautivaba más su atención indagadora, pues en la medida que dejaba el reseco somontano, comenzaban a verdear los bosques que se harían dominantes una vez llegado a Asturias y Galicia.

El joven Félix iba a tomar las armas, dejadas de lado desde lejanos tiempos por los apaciguados infanzones que eran los Azara del siglo XVIII, y en ese verano de 1764 ya se había anoticiado de que la guerra con Inglaterra –recién cesada en 1763, al año de iniciada[9] – acechaba siempre y que, esta vez se veían más que nunca señales ominosas en el turbio escenario europeo, que se complicaría en el ámbito colonial, cuando se firmara el Tratado de París (1763) por el cual España cedía Florida a Inglaterra

---

7 Seguramente todo lo atinente a esta cuestión del mayorazgo, se resolvió arduamente en el orden interno familiar, pues recién el 14 de marzo de 1796, fallecido hacía años don Alejandro, el anterior mayorazgo y jefe de familia, se confirmó el total acceso a la posesión de los bienes de la estirpe por parte de Francisco Antonio, el menor de los hermanos.

8 Gaspar Melchor de Jovellanos [1744-1811]: **"Epístola a Bermudo sobre los vanos deseos y estudios de los hombres"** p. 188, en: John H. R. Polt (Madrid, 1979, Clásicos Castalia: **Poesía del Siglo XVIII**).

9 El conflicto tuvo su motivación en el Pacto de Familia de 1761, que sancionaba la alianza con Francia –gobernada también por soberanos Borbones– en oposición a Inglaterra. Por el mismo Pacto se desencadenó la llamada **"guerra fantasma contra Portugal"** en 1762 y fue en el inicio de ese mismo año, el enfrentamiento con Inglaterra, que acarreó la temporaria ocupación en ultramar de las ciudades de La Habana y Manila por esa potencia hasta el fin de las hostilidades en 1763.

y, al par, Francia entregaba la Luisiana a España.

También en ese año decisivo de 1763, ascendía al poder como ministro Secretario de Estado, el duque de Grimaldi, quien permanecería en el cargo hasta 1777, cuando ascendiera al mismo su rival, el conde de Floridablanca. En cuanto al progreso en el reino, podemos recordar que en 1763 se instaló en Madrid la Diligencia General de Coches, un servicio regular de transporte que tendría gran auge durante poco más de un siglo, a pesar del surgimiento del ferrocarril en el siglo XIX. Al mismo tiempo cinco gremios de Madrid fundaban la Compañía General del Comercio. Todo ello dentro del marco de la etapa más activamente progresista del reinado de Carlos III, en el que la Ilustración se apretaba a culminar su proceso de reforma y modernización de España.

Pero, Félix, lejos aún de toda complicación geopolítica, sintió al marchar hacia el que sería su regimiento y, como nunca lo experimentara antes, la fortaleza que embargaba a su cuerpo joven y sano y por eso apresuraba animoso a su cabalgadura. El destino lo aguardaba y pronto sabría lo que se esperaba de él y cómo respondería a ello. Así, alternando estados de exaltación con otros apacibles y tan sólo por breves instantes triste, venciendo al cansancio, a los días tórridos y a las noches frescas serranas, llegó por fin a su destino, en el cual se apresuró a buscar la sede del regimiento.

Al respecto de su viaje, Félix estaba cruzando los caminos de esa tierra de España a la que tan duramente tratara su hermano José Nicolás en una carta escrita en Roma el 6 de junio de 1782 y puesta al frente de su edición de la **Introducción a la Historia Natural** de Bowles:

"Es tan perspicaz su penetración [la de Bowles] *que, a los dos o tres días de haber entrado en España, ya había descubierto que todos los caminos eran malos, las posadas peores, el país parecido al infierno, donde reina la estupides; que ningún español tiene ni ha tenido crianza, sino los que han logrado la dicha de desasnarse con la* ***politesse*** *de los ingleses o franceses… Por lo que toca su honradez, gratitud y buen corazón, no hay para qué le disputemos estas nuebas calidades, una vez que confiesa que en todas partes de España recibió mil agasajos, en especial de los señores de la corte… Reconocido a todo ésto como hombre de bien, de vuelta a su tierra ha hecho nuestro retrato con las facciones y los colores referidos, prestándonos generosamente lo que nos faltaba para sacar una bella figura. No se puede negar que la Inglaterra ha producido grandes hombres en todas líneas; pero como las cosas de este mundo son siempre una mezcla de bueno y de malo, de grande y pequeño, para que no se ensoberbezca la patria de Newton, de Locke, de Addison y de Cook ha producido también al señor Henrique de Swinburne, escudero, autor del último verídico, exacto y completo* ***Viaje de España****"* (Soler Pascual, 1993: 7-8)[10].

Una vez llegado, presentó sus despachos, acompañados con cartas de recomendación, y fue bien recibido por el amigo de la familia, el zaragozano conde de Fuentes, que en esa época revistaba como coronel en la jefatura del **Regimiento Galicia**[11] (Castellanos de Losada, 1858: 64).

Alojado con la tropa, comenzó en seguida con su adiestramiento, inmerso por primera vez en la algarabía de jóvenes que eran sus iguales y compartían el inicio de una carrera que sabían o presentían, al menos, de vida o muerte en común. Ante un mundo novedoso, en el que su voluntad imperativa debió de acallar más de un contraste con el orden cuartelero, al que seguramente debió adaptar su libertad aragonesa, sofrenando al máximo sus reacciones espontáneas, sosegó su ánimo y se entregó de lleno a obedecer y a cumplir calladamente con su deber: ya era un soldado español.

La situación del ejército en España y en esos años –tema sobre el que retornaremos con mucho más extensión en otro capítulo– era singular y difícil de describir como un todo funcional, como suele ser la concepción de las fuerzas armadas en un país organizado, en las que éstas constituyen un sistema generalmente más orgánico que los constituidos por los demás estratos o corporaciones en que se divide la sociedad.

En el caso particular de España, el estado de decadencia, y sobre esto se ha exagerado mucho, pero en el orden militar lo era muy patente, en

10 Transcribimos esta carta de José Nicolás de Azara y Perera con una doble finalidad, por un lado para brindar una idea de lo que era desplazarse por España en los años que lo hizo su hermano Félix, y por otra parte para denotar la penosa impresión que en general profesaban la mayoría de los ilustrados por el grado de asimetría que en cuanto a desarrollo material y costumbres daba frecuente muestra España, resaltando ante terceros su situación de retraso con respecto a los países centrales de Europa, en especial con respecto a Inglaterra y Francia. Todos los viajeros, que los hubo muchos en ese tercio intermedio del siglo XVIII, están en general de acuerdo en sus sentimientos y expresiones al respecto.

11 El regimiento de Galicia o simplemente Regimiento Galicia tenía una vieja historia en la actuación militar europea de España. Fue creado por el llamado Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, a mediados del siglo XVI para combatir en Normandía. Después pasó a Flandes, en los Países Bajos, donde tuvo un protagonismo especial. Recién bajo Felipe V en 1715 retornó el regimiento a España y recibió el nombre de Galicia, pues en el mismo, se refundieron sus tropas con las de los regimientos de La Coruña, Lugo y Orense. Participó luego en luchas en Inglaterra. Retornó a Italia en 1742 y en 1748 se radicó nuevamente en Galicia, presumiblemente en La Coruña. Cuando se incorporó Félix de Azara estaba allí instalado, pero pocos años después volvería a desplazarse en el continente y en ultramar. Aún subsiste como RCZM "Galicia" Nº 64. Es uno de los más prestigiosos de España.

especial a partir del reinado de Carlos II, hacia el final del siglo XVII. Durante años se había descuidado toda modernización y el sistema descentralizado, herencia de las subnacionalidades que primaban sobre el concepto centralista del poder real bajo los últimos Austrias, menguaban la posibilidad de concentrar instituciones como el ejército.

La Guerra de Sucesión (1700-1714) significó algún grado de obligada organización que se sintió particularmente en el teatro geográfico de las hostilidades, es decir, en Cataluña, Valencia y Aragón, pero en el resto de España y por largos años subsistió un estado de cosas muy heterogéneo, que en alguna medida, responde a lo que expresaba en una carta a la superioridad, dirigida por el ingeniero militar don Pedro de Lucuce y Ponce, elevada en 1736, en la que planteaba la situación que pasaban los militares del reino bajo Felipe V. En la misma, y refiriéndose a su situación personal decía:

"Hoy me deben 23 pagas, ni tengo que comer ni ropa que vender o empeñar, ni otro recurso que la piedad de V.S.S. de quienes espero algún consuelo protegiendo mi justicia y haciendo presente a S.M. tan infeliz estado consiguiendo nueva orden para q. este Intendente mande regularme con los demás ingenieros dándome satisfacción de las sobredichas pagas de 1734 y 1735. Si fuese mi desgracia tal que no consiguiese de V.S. alguna determinación, me veré obligado a pedir la demisión de mi empleo, para tener la libertad de mendigar, pidiendo por Dios una limosna y será el premio de 27 años de servicios sobre una continuada tarea de dedicación al estudio…"

José Luis Terrón Ponce (1997) hace una cruda presentación del estado de la Infantería española en los inicios del siglo XVIII:

"La Infantería del Ejército Español en el siglo XVIII había sido estructurada según el modelo que en aquellos tiempos la caracterizaba, es decir su encuadramiento en regimientos. Esta estructuración la realizó Felipe V, quien al comienzo de su reinado se puede decir que no tenía infantería nacional. En efecto, ésta estaba formada por toda clase de gentes menos por españoles, quienes habían perdido toda la afición por la milicia. Había tropas valonas, alemanas, suizas, italianas, borgoñonas e irlandesas y todas mandadas por oficiales igualmente extranjeros. Esta infantería estaba encuadrada aun en la vieja organización de los ***tercios****, que apenas había evolucionado desde la aparatosa derrota de Rocroi (1643), la cual significó para Francia, más que una simple victoria militar, nada menos que su supremacía en Europa frente al ya decadente imperio español. Entonces Francia, en su calidad de primera potencia, realizó una serie de reformas radicales en las que intervinieron el Ministro de la Guerra duque de Louvois y el ingeniero militar Mr. De Vauban. Ellos sentarán las bases del nuevo modo de entender el Ejército y en concreto la Infantería, a la que se encuadrará desde entonces en* ***regimientos****. Los cambios producidos en este arma durante el siglo siguiente, el XVIII, no corresponderán más que a variantes sobre un mismo tema. A partir de 1700, con el advenimiento de los Borbones en España se adoptó esta organización francesa y los antiguos tercios se convirtieron en unidades regimentales, donde el antiguo* ***maestre de campo*** *pasará ahora a ser el coronel."*

La falta de recursos para pagar a las tropas fue siempre un motivo de desaliento de la reforma completa de las fuerzas militares y debilitó la ya escasa vocación de los españoles por la milicia y, ya en tiempos de Carlos III, *"...aunque la organización subsistía, la Infantería ya no era aquélla de los tiempos del primer Borbón"* (Terrón Ponce, 1997). Sin embargo, el renombrado mayor británico Dalrymple, al que encontraremos más adelante en la expedición de Argel de 1775 como observador, elogia las tropas españolas, que compuestas en su mayor parte por gentes de campo, carecen, al menos mayoritariamente, de los temidos vicios de otros ejércitos europeos de la época, *"...compuestos fundamentalmente por borrachos y libertinos"* (Dalrymple, 1777:672).

A pesar de que la mayoría de los autores y los escritos de la época insisten en el crónico retraso de las pagas regulares a las fuerzas armadas, como si ya fuera una constante de la vida militar española, el panorama trágico de esos años mejoró con la llegada de Carlos III, en 1758 al poder como sucesor de Fernando VI. Pero, como se verá al revistar los acontecimientos relacionados con la campaña de Argel en 1775, todavía existía gran desorden y precariedad en la organización militar.

Los dramáticos resultados de la derrota ante los moros otomanos, además de la terrible mortalidad provocada por la inexperiencia y desorganización reinantes en unas fuerzas armadas reunidas precariamente en un cuerpo orgánico, determinaron que la iniciativa, ya patente en 1764, con la creación del Real Colegio de Artillería de Segovia y que había sido precedida por la reorganización de la Academia de Matemáticas de Barcelona en 1739, bajo la dirección del ya nombrado Pedro Lucuce, se complementara con una reorganización total de la marina, con la renovación, reconstrucción y refuerzo de las plazas fuertes más significativas para la defensa territorial. También con la paulatina unificación de la dispersa modalidad de reclutamiento, que iba desde las levas forzosas hasta la aceptación del voluntariado, admitiéndose además la contratación de oficiales tercerizada por parte de particulares –nobles siempre– con venta de grados al mejor postor, lo que privaba al ejército de oficialidad idónea en los cuerpos así integrados.

España no contaba siquiera con capacidad hospitalaria para alojar a los heridos en una eventual batalla de cierta magnitud, ni contaba con servicios que dieran seguridad a los veteranos y retirados de la tropa llana, especialmente a los mutilados e

inválidos, que pululaban en las calles como mendigos y por lo común morían miserablemente. Recordemos al respecto que cuando Pablo de Olavide, en junio de 1766, tras el Motín de Esquilache, se hizo cargo de la dirección del Real Hospicio de San Fernando, cerca de Madrid, con la finalidad de retirar dignamente de las calles a algunos de los centenares de vagos y mendigos que medraban en ellas, muchos de los mismos eran veteranos de las campañas bélicas, de los que dijera Olavide en una carta brindada por M. Defourneaux (1990: 61):

"Como al principio se creyó que los que habían dado más crédito y fomento al alboroto eran los vagos y los mendigos de que estaban las calles infestadas, se acordó que convendría encerrarlos a todos en una casa fuerte donde estuviesen recogidos y donde, aplicados a fábricas, se convirtiesen en hombres útiles…"

Además de esos rasgos piadosos hacia los expulsados del sistema, demostrados por el monarca ilustrado, que antes eran completamente desusados, el interés del Estado y, ya en lo que se refería a las tropas en actividad se volcó en la búsqueda de una mejor calidad formativa de la oficialidad. Antonio Lafuente y José Luis Peset (1982: 193) detallan para la década 1750-1760, la inversión creciente en ciencia relacionada con las Academias Militares por parte del reino. Estos autores citan palabras dirigidas al rey al respecto, por el marqués de la Ensenada, escritas en 1751, que dan clara idea de la preocupación en el ámbito más elevado del poder por la progresiva indefensión en la que estaba entrando España:

"Proponer que V.M. tenga iguales fuerzas de tierra que la Francia y de mar que la Inglaterra, sería delirio, porque ni la población de España lo permite, ni el erario puede suplir tan formidables gastos; pero proponer que no se aumente el ejército y no se haga una decente marina sería querer que la España quedase subordinada a la Francia por Tierra y a la Inglaterra por Mar"[12].

En definitiva, eran años de esperanzada renovación y las perspectivas que se abrían para la incorporación a la institución militar por parte de Félix de Azara se mostraban inmejorables, en especial para un joven sano, voluntarioso y con el cerebro activo. Si en su ánimo moraban recelos y dudas, pronto se despejaron al contemplar el fervor con el que eran acogidas las iniciativas reales y cómo se reemplazaba el antiguo e inerte espíritu cuartelero –más propio de la picaresca y de la generalizada ignorancia y bravuconería del soldado-carne de cañón que de toda concepción moderna– por la instalación en las respectiva armas –marina y ejército– de novedades instructivas de gran alcance formativo. Tal vez, incluso más amplias que las que ofrecían muchas de las anquilosadas casas universitarias que por inercia se mantenían en condiciones típicas de los siglos previos.

La propia unificación borbónica de España en un concepto moderno y europeizado de Nación, fomentaba el patriotismo y alentaba a los militares y marinos en el propósito de contribuir a la defensa común, más que en el campo de batalla, con servicios múltiples que iban desde el ordenamiento de las cuencas hídricas, hasta el descubrimiento de nuevos recursos minerales, pasando por la cartografía, la demarcación, y el auspicio de la navegación de ultramar. En estos campos, los marinos y los ingenieros militares pasarían a ser privilegiados protagonistas.

Entre los numerosos hitos de la política borbónica hacia las fuerzas armadas se cuenta la creación de un nuevo espíritu militar, revelado, entre otras realidades históricas en la participación activa de tantos militares en actividad en las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Patricia Zulueta Pérez (2010) caracteriza a esa etapa de apertura como una manifestación de confianza de los sectores de la vida española involucrados

"…en la adaptación del pensamiento europeo a las necesidades del país, de modo que la influencia extranjera se hizo muy patente en la configuración de las Luces españolas"

Esa paulatina orientación dirigida a la adaptación de las formas de cultura material, científica y espiritual europea hacia las necesidades específicas españolas se hizo gradualmente y sin alardes que alarmaran, o desataran respuestas indeseables de los ultramontanos que pudieran tener particular eco en vastos sectores ígnaros haciendo que reaccionaran peligrosamente. Hasta el mote de "afrancesado" surgió paulatina y no violentamente. Por eso se destaca la tan ponderada acción de las Luces en la España dieciochesca que, mientras que la monarquía no se desvirtuó y desprestigió a sí misma como lo hizo tras la desaparición de Carlos III, desarrolló en su seno los anticuerpos que la salvaron de seguir el camino sangriento de Francia a partir de 1789. Recién el desencuentro y la barbarie arribaron en 1808, tras una larga etapa de desgaste.

Una muestra de la transformación de la mentalidad dominante en los sectores esclarecidos de España es la paulatina transformación de los inventarios de las bibliotecas de los ingenieros militares que, ade-

12 Esta cita corresponde a un escrito del marqués de la Ensenada que lleva el título de **Para el adelantamiento de la Monarquía y buen gobierno de ella**, en 1751. Se buscaba, de acuerdo con el pensamiento de este ministro, que en alguna medida el estado de forzado pacifismo y la política no belicista que llevaran los reinados de Felipe V y Fernando VI, no arrastrara a España a una posición de subordinación e inferioridad en el panorama geopolítico europeo de esos años. Por eso en la década iniciada en 1750 comenzó la reforma en general del ejército, *"…cambiando sustancialmente su estructura…"* (Lafuente y Peset, 1982: 195)

más de demostrar la *"...existencia de lecturas convergentes entre estos hombres..."* (M. Galland-Seguela, 2003: 17) revelan también la evolución de los géneros de lectura en el tercio medio del siglo XVIII, con dos factores relevantes: la tendencia a la continentalización (europeización) de las fuentes intelectuales y cognitivas, y el surgimiento gradual de una producción propia. También Félix de Azara será protagonista y creador en ese proceso.

Pero, Félix de Azara, ajeno todavía a esos problemas internos de la milicia y, en gran medida poseedor de una suerte privilegiada, primero en el tradicional Regimiento Galicia y después en la Academia de Matemáticas dirigida por Pedro de Lucuce, llevaba consigo una fuerza personal y virtudes particulares que hicieron que por su natural disposición para las matemáticas fuera, al cabo de menos de un año y, posiblemente, otra vez acompañado por alguna mediación del conde de Fuentes, transferido con Real Licencia a la Academia de Matemáticas de Barcelona como aspirante a Ingeniero Militar (¿no se escondería también aquí, una mano poderosa del partido aragonés, que estaba por entonces en el ápice de su ascenso y que el protagonista, fiel a su hábito de extrema discreción, no nos deja entrever?[13]).

Tampoco sabemos nada acerca de su traslado de Galicia a Barcelona. Es muy raro que haya sido en barco (aunque muy bien pudo hacerlo –al menos parcialmente– por el nuevo Servicio de Correos Marítimos, creado en la Coruña en 1764), y posiblemente marchó con algún destacamento de tropas que se desplazaban o con algún oficial encargado de su transferencia.

Ahora ya era Félix un joven de 23 años, comenzando a ser endurecido por la vida de cuartel, ansioso de saber y de superar todos los obstáculos. Como el interesante y contemporáneo dieciochesco personaje de la obra de Arbex (2007: 260)[14], es posible que, de allí en adelante, en su vida militar y de naturalista se atreviera a tratar de saber bien y con la mayor información fáctica posible sobre todo lo que se le proponía para resolver, pero con la reserva de que

"Nunca intentaba llegar a la verdad absoluta, algo que sabía únicamente en manos de Dios y fuera del alcance de los hombres, pero si aspiraba a acercarse tordo lo posible a una verdad que fuera satisfactoria para todos",

de ahí derivarían su llaneza y naturalidad propias de quien se siente seguro de sí mismo, que resulta mucho más inteligible que esa supuesta "humildad"[15] que algunos críticos le han atribuido, que se percibiría tanto en sus postulaciones técnicas en España como en sus opiniones como naturalista, y –en particular como historiador– en la etapa americana[16].

Cuando se estableció en su nuevo destino se acercaba el año de 1766 y con él la preparación militar de España pues los marroquíes comenzaron

13 Es muy posible que hubiera tras él una "mano amiga" capaz de superar todo tipo de obstáculos, pues el asunto del falseamiento de su edad retiene consigo interrogantes de calibre: en un hombre en la medianía de su vida es posible variar cuatro años en la enunciación de la edad sin que se perciba, pero en el caso de un mozo veinteañero es muy difícil confundirlo con un casi adolescente de dieciséis. Seguramente el caso se trató siempre con gran discreción y el reservado Félix de Azara llevó con él su secreto al cesar su vida terrenal, muchos años más tarde.

14 En una obra valiosa tanto literaria como históricamente, Juan Carlos Arbex Sánchez hace una revisión novelada pero con base documental de la explotación de los recursos pesqueros de las extensas costas españolas. El personaje central es un alto funcionario de la Renta de Correos quien en 1780 contrata un dibujante, acuarelista para poner en marcha la confección de un catálogo de los peces de las aguas españolas. La obra es un relato fiel de la vida en la época y del entrecruzamiento de intereses de los países competidores en el uso de esos recursos, en particular Inglaterra y Prusia.

15 Al respecto cabe destacar que en la psicología poco fácil de interpretar de Félix de Azara, más que humildad se percibe cierta afirmación sólida y pertinaz, que llega a veces a transformarse en obstinada y dura. Ya opinamos al respecto del retrato realizado por Goya, y retornaremos sobre el tema al tratar de dar una interpretación a sus actitudes y disposiciones generales. Según encara el tema Francisco Solsona (2002: 14) en un estudio acerca de otro ilustre aragonés con lo fuera Santiago Ramón y Cajal, se trata de una muestra más de su "aragonesismo", una especie de paradigma de *"acendradas virtudes"* del nativo de Aragón, que convivía en los espíritus y voluntades de ambos, al punto que Ramón y Cajal, en un momento de valoración de esa cualidad en sus paisanos, asimiló a la **tenacidad**, afirmando *"... puestos a tenacidad, a los aragoneses que nos echen alemanes..."* Otra interpretación, más sutil, pero coherente con el intento de reconstrucción que esbozamos acerca de los años juveniles de Félix de Azara, aparecerá más adelante, que en alguna medida coincide con la figuración emanada de las enunciaciones generales de Carmen Iglesias (2009) acerca de los mitos en la historia de España.

16 Ténganse en cuenta las duras críticas historiográficas hacia su labor en el campo histórico rioplatense, especialmente las del deán Gregorio Funes (1816, 1817, 1910); de Paul Groussac (1900, 1906, 1916, 1949, 1950); de Francisco Bauzá (1895), de Rómulo D. Carbia (1939), de Vicente D. Sierra (1944), así como las de Pablo Hernández (1912) y de Guillermo Furlong (1948, 1960, 1969), a pesar de que intervienen en esta cuestión mucho más razones ideológicas (y teológico-políticas) que el tratamiento desapasionado de una obra historiográfica corriente: ¡Félix era nada menos que hermano de José Nicolás de Azara, al que ya en España Marcelino Menéndez Pelayo (1951) caracterizara casi diabólicamente, y al que se suponía –como si fuera posible– cargando alguna culpa familiar en el extrañamiento de los jesuitas!.

con sus asaltos a las posesiones norafricanas del reino, en Ceuta, Melilla y el Peñón de Vélez, que durarían en su faz bélica hasta 1775. Además en el orden interior después de los durísimos inviernos de esa década[17], la suba de precios y la escasez de los cereales y de otros productos alimenticios, enrarecían terriblemente al ambiente social de España: una razón más para que se viviera en los cuerpos de milicia una paralela inquietud militar, de la que Félix no sería testigo indiferente.

Es realmente lamentable que no quede el menor testimonio del estado de ánimo y acerca de los sentimientos que embargaban su espíritu al dejar Félix de Azara la septentrional Galicia para acercarse nuevamente a una geografía que le era familiar o, al menos bastante cercana, con los Pirineos y el mar Mediterráneo como telón de fondo y no muy lejos de su Somontano natal.

Era la ciudad de Barcelona, en los años iniciales de la década de 1780, muy poco diferente de la de los tiempos de Félix de Azara cuando llegó a ella como estudiante, casi una década y media antes. Se trataba de una urbe extensa y bien poblada, que tenía adosada la llamada Ciudadela, el sector reforzado donde estaban los principales cuarteles y edificaciones militares y el núcleo de su estructura defensiva. Juan Carlos Arbex (2007:193) la caracteriza así en el año de 1784:

"La Ciudadela barcelonesa, adosada a la gran urbe por su zona norte, era una imponente fortaleza cuyos muros inclinados y fosos dibujaban la forma de una estrella de cinco puntas. Para su construcción, llevada a cabo setenta años atrás, había sido arrasada buena parte de la barriada denominada La Ribera, al igual que los caseríos y bosquetes que se extendían entre los baluartes y el mar. La tenaza formada por el castillo de Montjuic y la Ciudadela hacían del puerto de Barcelona un enclave tan seguro como la cala menorquina de Mahón o el Puerto de Cartagena".

Entrando en la ciudad, que era cabeza del entonces Principado de Cataluña, explica nuevamente Juan Carlos Arbex (2007: 195):

"Eran ya las once de la mañana y la rectilínea arteria, la más importante de la ciudad, era un hormiguero de personas y vehículos. Al fondo, el paseo que seccionaba la ciudad en dos mitades se cerraba con el resplandor del sol reverberando en las aguas del puerto. A la izquierda de la Rambla, los barrios antiguos eran una confusión de tejados y azoteas apiñadas en torno a las agujas de la catedral y el estilizado campanario de la Iglesia de Santa María del Mar. Al otro lado de la Rambla, una nueva Barcelona había desbordado el corsé de las antiguas murallas para crecer en dirección a la montaña de Montjuic, creando un espacio repleto de nuevas viviendas mezcladas con multitud de factorías que enviaban densas columnas de humo hacia el cielo."

El mismo autor *(loc. cit.)* hace decir admirativamente a uno de sus personajes con referencia a Barcelona:

"–Cien mil almas, ochenta y dos iglesias, veintisiete conventos de hombres, dieciocho de mujeres, diez mil operarios trabajando en las mejores fábricas del Reino. El pasado año en su puerto entraron más de seiscientos buques mercantes, la mitad de bandera española."

En la Academia de Matemáticas de Barcelona tuvo Félix de Azara la buena fortuna de cursar en una institución de alto nivel, que en la época era cuidadosamente administrada para lograr su objetivo de formar personal especializado, imprescindible para el concepto modernizado de la guerra vigente cada vez más en Europa en la organización defensiva y ofensiva que requería el casi perpetuo estado de beligerancia de todos los estados, comprendiendo los de ultramar[18]. En el mismo cobraba particular relevancia la formación de oficiales artilleros con conocimientos matemáticos y físicos aplicados a la balística; de cartógrafos hábiles, capaces de levantar mapas y planos con precisión y calidad tanto para emprendimientos civiles como para campañas militares.

No sólo sucedía eso en España sino también en las extensas posesiones españolas de ultramar, tal como lo requerían las instrucciones de la nueva Ordenanza de S. M. para el servicio del Cuerpo de Ingenieros en guarnición y campaña, promulgada en 1768; y también se requerían expertos en construcciones y en fortificaciones militares y así también en emprendimientos de campaña como el realizado en la recuperación de la isla de Menorca por los españoles, en 1782, que fue una maniobra notable en su género y aseguró el éxito de esa operación tan anhelada.

Para salvar el honor de las figuras principales de la conducción operativa, estratégica y política de los asuntos militares españoles, debemos destacar que el tema de las fuerzas armadas fue preocupación primordial del Estado, especialmente al entronizarse la dinastía borbónica. Esto fue encabezado por

17 Europa, más poblada y mejor capacitada para expresarse civilizadamente en nuestro concepto cientificista-interpretativo occidental, estaba todavía experimentando los efectos de una crisis macroclimática global, la denominada Pequeña Edad del Hielo (Barnadás, 2009), que con intermitencias se vivió entre los siglos XVI y XVIII, en la que las bajas temperaturas invernales alcanzaron valores extremos y medios significativamente más bajos que los del presente.

18 De acuerdo con Anónimo (2010: 1) *"Salvo contadas excepciones, el nivel profesional de los ingenieros militares que prestaron servicio en estas tierras [de ultramar, en la Banda Oriental] fue elevado y acredita una excelente formación; sólo en las más antiguas promociones de ingenieros se observan bajos niveles debido a que se reclutaron a oficiales que no habían seguido los cursos de formación en la Academia de Matemáticas de Barcelona y eran de muy diversa procedencia…"*

los reyes y sus principales ministros. En ese sentido conocemos la política pacifista que preconizaba Fernando VI, y cómo costó su cargo al marqués de la Ensenada el haber, en cierta forma, forzado un episodio bélico con Inglaterra. Carlos III heredó la misma disposición pacifista, pero desde un sustento político de mayor firmeza y fijando límites muy claros de hasta cuándo podía extenderse la tolerancia ante atropellos constantes, efectuado principalmente por Inglaterra, cuyos avances bélicos ya hemos visto fugazmente a través de esta historia personal de Félix de Azara, quien como ingeniero militar estuvo siempre al borde de ser movilizado para tomar parte de las acciones bélicas.

Haciendo una breve digresión acerca del tema personal de Azara podemos señalar que en más de una ocasión se abrieron en su destino dobles alternativas, una de las cuales era el participar como combatiente. Es posible que se haya salvado de esta última perspectiva cuando solicitó su pase a la Armada. Tal vez contrariando sus deseos íntimos, la suerte quiso apartarlo de lo que era casi una certeza: tener que combatir en el mar con la flota inglesa. Salvo que en sus gestiones secretas para pasar a la Armada hubiera ya un compromiso previo de servir en ultramar, hubiera sido movilizado para lo que restaba de la guerra en curso desde 1779 con Gran Bretaña. No hay ningún testimonio que dé cuenta de sus sentimientos personales al respecto. La orden de partir hacia Indias, en el caso más probable de que le haya sorprendido en forma total, habrá apartado de su imaginación una perspectiva de combate que podría haber llegado tan lejos como los graves encuentros marinos habidos desde 1780 en adelante, y muy otra hubiera sido su suerte biográfica.

Pese a las preocupaciones oficiales en todos los niveles de la conducción del reino, había dos grandes trabas: por un lado el componente militar de una nación no es una parte aislada de la misma, menos aún pudo serlo en una época en la que la guerra era el estado dominante en los países europeos centrales. Era una componente sistémica y, como tal, una vez destruida su organización, perdidas sus jerarquías y sus tradiciones, y anarquizadas sus fuerzas que debieron ser eminentemente centrales, era una tarea casi irrealizable por un Estado empobrecido y prácticamente paralizado por una inmensa estructura burocrática.

Por otra parte el flujo de recursos derivables para la defensa era insuficiente por diversos factores causales. El principal abastecedor de metales valiosos, el Virreinato del Perú (y desde 1777 también el del Río de la Plata) y las minas habían menguado su producción y, además los envíos a la metrópoli sufrían un constante asedio por corsarios o por naves de guerra principalmente inglesas con lo cual los recursos, además de servir a un estado de manejo extremadamente oneroso no alcanzaban para costear no sólo la incorporación de tropas, sino la modernización que pusiera a España a la altura de las potencias rivales.

Aunque el propósito borbónico, esencialmente regalista y unitario era referir a España como un todo, pasando por encima de los localismos estrechos que perduraban de la administración anterior a 1700, todavía, pasados ya dos tercios de siglo, persistían planteamientos que mantenían abierta la alternativa de un ejército unificado o la formación de milicias regionales correspondiendo a ese estado una fragmentación de los mandos supremos y, seguramente en caso de guerra, una reacción falta de unidad y desorganizada. La mayoría de los ilustrados, con el conde de Aranda a la cabeza, ya que era una figura de bien merecido prestigio militar y con experiencia de campañas bélicas anteriores, postulaba la unificación de unas fuerzas armadas españolas, sin distinción regional, un ideal que costó política y militarmente casi un siglo alcanzar en España. Un ejemplo del pensamiento centralizador es el del conde de Cabarrús.

Efectivamente, en 1785 fue Cabarrús, (1973: 143-144[19]) quien llamara la atención pública y oficial en un discurso pronunciado en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid el 24 de diciembre de 1785 sobre el tema militar:

"Prescindiendo ahora de la cuestión de si debemos tener ejército o milicias provinciales, ya de a pie, ya de a caballo. Esta cuestión se resolverá por sí misma dentro de pocos años. Es posible que la repetición de las experiencias que concilian todos los intereses, los del erario, los de la población, de la industria, de las costumbres, de la mejor calidad de hombres física y moral, que siempre han peleado con gran valor que no desertan, que son más susceptibles de la verdadera disciplina, la que nace del honor; es imposible, digo que este sistema no venza y no se generalice. Sean, pues milicias o ejército, como lo entendamos, siempre los oficiales necesitaran conocimientos especiales para dirigir aquellos grandes cuerpos; ¿pero para qué aislar estos conocimientos cuando todos tienen una analogía íntima entre sí?¿Cuál es el oficial al que no conduzca saber la geografía, las matemáticas, así las especulativas, que constituyen un ingeniero, como la parte práctica de ellas que el artillero necesita; la física, el arte de nadar y hasta los primeros elementos de la náutica?¿No deben embarcarse, navegar, desembarcar aquel oficial? ¿No tendrá que pelear en el mar como en la tierra y, sobre todo?, ¿en qué puede emplear mejor y más consiguientemente al objeto que se propone el tiempo que ha de correr desde los catorce o quince años hasta los veinticinco?"

Dada su condición militar, estas cuestiones eran

19 Este texto se publico en una primera edición en 1820. Hemos utilizado una nueva publicación efectuada en 1973.

extremadamente pertinentes a la vida de Félix de Azara. Seguramente motivaron sus conversaciones, pensamientos y opiniones vertidas con la prudencia del caso, pero nada queda documentado al respecto.

La dolorosa pérdida de su correspondencia personal y familiar, así como la distorsión selectiva de la de su hermano José Nicolás nos hizo suponer, en un comienzo, que ambos hermanos se pudieron haber mantenido en contacto permanente y que lo estarían desde hace tiempo[20], por lo que ambos podrían haber intercambiado opiniones e información acerca de la política militar española, de la que José Nicolás pudo haber sido testigo privilegiado desde su observatorio vaticano, en Roma, que en cierta forma constituía el núcleo central de la política europea. Si bien, no con el poder de antes, el papado estaba alerta ante todo el acontecer temporal puesto que la propia supervivencia de la Iglesia como institución estaba en juego con los manejos bélicos europeos, como se puso en evidencia ni bien apareció Napoleón Bonaparte en el escenario. Sin embargo, esta suposición parece estar mal fundada y el hermano mayor de Félix no habría manejado temas de esa naturaleza y cuantía ante un oficial de relativamente baja graduación como lo era su casi desconocido hermano. El análisis de correspondencias como las de Roda y Arrieta con el conde de Aranda o la del primero con José Nicolás, además de las cartas amistosas con un diplomático de la jerarquía de Bernardo de Iriarte revela la parquedad con que se trataban los temas delicados (los de carácter militar lo eran) y en general se eludía confiarlos a un medio tan vulnerable como el correo en una época de lucha de facciones y de intereses controvertidos.

A pesar de esa aparente distancia comunicativa entre ambos hermanos, cabe suponer la delicada posición de Félix, quien suscitaría la curiosidad pero también el distanciamiento desconfiado de camaradas y superiores que podrían creerlo enterado de secretos de Estado, sabedor de políticas inmediatas de orden militar y, además un posible informante para las altas jerarquías. Esta situación no debió ser cómoda para quién, aparentemente ignoraba casi todo al respecto. Es posible que en el ánimo del hermano menor el problema suscitara una dolorosa repercusión, pero también esto es de orden puramente conjetural. Casi equivale al hecho de que se lo vinculara con la solución dada por el reino al problema de la orden jesuítica, una atribución que duró más de dos siglos, pues a los supuestos recelos de sus compañeros se unió póstumamente la desconfianza de los historiadores más sectarios, llegando el caso hasta abarcar al ilustre erudito que fuera Marcelino Menéndez Pelayo.

Si bien, Félix tuvo que conocer de fuente principalísima acerca de la expulsión de los Jesuitas mediante la **Pragmática Sanción** de 1767, consumada por Carlos III y sus ministros, con gran protagonismo del partido aragonés, contaba en ese tiempo con 25 años y recién culminaba sus estudios militares, de modo que todo protagonismo o atribución de responsabilidad es equívoco. Cuánto y cómo influyó este suceso en el pensamiento y hasta en la polución de la religiosidad del joven Ingeniero Militar sólo puede ser conjetural, pero es indudable que debió pesar hondamente en su conciencia.

En el inicio del otoño de 1764, Félix de Azara, que según da cuenta en su foja de servicio (Torner y de la Fuente, 1892: 13) *"era de buena presencia y estatura, de veintitrés años y de calidad de Infanzón de Aragón"*, y se contaba como uno más de los aspirantes a ingenieros militares cursantes en la que se iniciara definitivamente reglamentada como Academia de Matemáticas de Barcelona, por Real Ordenanza del 22 de julio de 1739 y que al llegar a ser su director Pedro de Lucuce[21], en 1738, agregó

20 A pesar de esta creencia que albergamos hasta hace muy poco, la consulta detenida de la obra de María Dolores Gimeno Puyol (2009), demuestra que, al menos en la correspondencia de José Nicolás, compilada por la autora a partir de 1780, el contacto entre ambos hermanos fue mínimo. Si bien hay referencias al menos en cartas a terceros escritas, entre otros a Bernardo de Iriarte, en las que se refiere por lo común a Félix con cierta ligereza y aparente frialdad, no hay ninguna alusión fraternal e, incluso, llega a diferir por años su preocupación por el manuscrito de la obra de Félix sobre los mamíferos del Paraguay, que estuvo perdido y finalmente se recuperó después de tan largo plazo. Esto nos hace presumir y compartimos la apreciación con Manuel Español González que el epistolario cursado entre ambos fue escaso y sólo ocasional, difícilmente capaz de transmitir ideas personales y, menos aún de influenciar con cierta incidencia a su hermano menor. Recién comienzan a menudear las alusiones de Nicolás hacia Félix cerca del año 1800, cuando este último estaba ya por retornar a España.

21 Pedro de Lucuce y Ponce [1692-1779]. Nació en Avilés, en el seno de una familia nobiliaria y se produjo su deceso en Barcelona cuando le faltaba un día para cumplir los 87 años. Fue uno de los ingenieros militares más meritorios de España, pues fue él quien contribuyó a sentar las bases para la modernización de la carrera y su transformación en verdadera preparación científica. Lucuce se destacó en su especialidad, llegando a alcanzar los más altos honores con la designación real de Mariscal de Campo y Teniente General en 1784. Inició sus estudios de Humanidades, Filosofía y Latín en Oviedo, pero atraído por la teología, los abandonó, para después también abandonar su nueva vocación, ingresando al Ejército en 1711, en pleno desarrollo de la Guerra de Sucesión, siendo incorporado como soldado raso en el Regimiento de Santiago, en el cual siguió la guerra hasta 1715, en cuyo curso fue herido en la campaña de Cataluña. Lograda la paz permaneció en el ejército, siendo incorporado en 1718 a los Reales Guardias de Corps. Estudió matemáticas por su cuenta y debido a sus méritos fue destinado a los Reales Cuerpos de Artillería e Ingenieros. En 1736 fue Ayudante del Ingeniero Pedro Calabró, director

un "Curso de Matemáticas para la Instrucción de los Militares".

Constaba el mismo de siete secciones (Capel Sánz, 1982: 292), a saber: aritmética vulgar y literal, o álgebra; trigonometría; fortificación; artillería; cosmografía; geografía y náutica; mecánica; óptica; y arquitectura, que se cursaban originalmente en cuatro años y después en tres, y que –desde 1743– estuvieron provistas de *"instrumentos, modelos, globos y mapas"* necesarios para el aspecto práctico de las disciplinas; que concentraban en su programación y dictado los mejores y más avanzados saberes de la época, como queda evidenciado por los textos utilizados en los cursos (Capel Sánz, 2005: 340) y evidenciado también por los inventarios disponibles de las bibliotecas personales de un gran número de ingenieros de la época, aunque no consta nada acerca de la que presuntamente tuviera Félix de Azara (Anónimo, 2010).

Cuando Félix de Azara llegó a la Escuela de Ingenieros, ya ésta era altamente reconocida por la calidad y eficiencia de las tareas de sus egresados en todos los ramos de su incumbencia, y componían éstos la más notable élite del ejército en la España Ilustrada de Carlos III *"...en el marco de una profunda reorganización del ejército español emprendida por el Monarca"* (Capel Sánz, 2009) siguiendo el precepto surgente de que *"...la guerra y no sólo la fortificación, se ha de apoyar ahora en un sólido conocimiento científico" (ibid.).*

Según todas las versiones aceptadas Félix de Azara, que inició sus cursos el 1° de agosto de 1765, mostró tal capacidad y rendimiento en sus estudios que pudo cumplir en tan sólo dos años una carrera de tres y egresó en septiembre de 1766 como "Sub-Teniente de Infantería e Ingeniero Delineador de los Ejércitos Nacionales y Fronteras" (Torner y de la Fuente, 1892: 17; Baulny, 1962: 158; Ana B. Margalot, 2009). Habiendo rendido y aprobado dos años en uno para el 1° de marzo de 1766[22].

Al poco tiempo de egresado inició sus servicios profesionales asumiendo tareas de responsabilidad, en las que pasó los años entre 1767 y 1775, un período acerca del que conocemos sus trabajos pero casi nada de su vida personal. Ni siquiera sabemos si retornó alguna vez a Barbuñales, si sostuvo correspondencia familiar y –menos aún– acerca de su relacionamiento con amigos, aproximaciones femeninas, incluso amoríos. El impresionante vacío documental tanto puede ser argumento para suponerle una empecinada soledad, silenciosa y sólo quebrada por el trabajo y las comisiones de servicio, como para comenzar a pensar en una gigantesca y total pérdida documental. El hecho de que no hayan aparecido nunca cartas suyas entre los papeles personales de terceros muy relacionados, hace pensar que la más probable es la primera suposición.

Basilio Sebastián Castellanos de Losada (1856: 64-65), condensa, muy a su modo y en un apretado panegírico, una síntesis de los años que nos interesan según la enunciación precedente, es decir, desde su egreso como Ingeniero Extraordinario con su nombramiento otorgado el 3 de noviembre de 1767, hasta el año 1775 en el que se produjo el primer y único hecho bélico de magnitud en el que tomara parte nuestro protagonista: la campaña de Argel. Las apreciaciones de Castellanos de Losada, formuladas cerca de 90 años después de los hechos y con informantes y bibliografía o documentos que no cita, pero que han pasado previamente por la censura cuidadosa de su mandante, Don Agustín de Azara y de la Mata, al que ya conocemos como sobrino y heredero universal de don Félix.

Este simple relato descubre más incógnitas que las que revela: ¿qué hizo Félix después de ser dado de alta como Ingeniero Delineador (equivalente a Sub Teniente) en los meses que corrieron desde inicios de noviembre hasta marzo del año siguiente, 1768? ¿Acaso retornó a su casa en el crudo invierno, algo muy improbable? ¿Fue movilizado enseguida? Tal vez quedó en Barcelona sirviendo en el Cuartel de Ingenieros, complementando su formación técnica y militar. Esta cuestión aparece parcialmente dilucidada en el esbozo cronológico que desarrollamos en el capítulo VIII de esta obra.

Después estuvo en la Plaza de Figueras, donde la tarea que venía realizando se complicó con la operación hidráulica correctiva de los ríos Jarama y Henares, iniciada en 1769 y a penas culminó con ese servicio, cuando fue requerido –en su asentamiento de Barcelona– para pasar a adecuar las fortalezas defensivas de la Isla de Mallorca, tarea larga y esforzada que le redituó en 1774 el cargo de Maestro de Estudios de Ingenieros de la Plaza de Barcelona, para lo cual previamente fue ascendido a Ayudante en el rubro de Ingeniería militar.

Juntamente en este ínterin está 1773, el año acia-

de la Real Academia de Matemáticas y Fortificaciones. Debido a una carta que dirigiera Lucuce al ministro Ustáriz acerca de la situación de los militares en esa época, Calabró debió renunciar y fue reemplazado por aquél en 1739. Permaneció casi cuatro décadas en el cargo prestigiando y modernizando la Academia. Renovó la enseñanza en la misma con tratados actualizados y él mismo escribió varias obras, entre ellas sus **Principios de Fortificación** (1772). Falleció el 20 de noviembre de 1779.

22 Su grado de aplicación se puede comprobar pues la Academia elevaba cada tres meses una cuidadosa relación de la actuación de todos los aspirantes que se conservaban a fines del siglo XVIII en el Archivo de Ingenieros del Ejército de Guadalajara (Torner y de la Fuente, 1892: 14).

go de los fallecimientos en Huesca, el 23 de febrero de su tío y ex tutor Don Mamés de Azara y Loscertales-Foncilla, y en la misma ciudad, el 15 de julio, el de su hermano Lorenzo, también sacerdote, el cuarto de la sucesión. ¿Qué hizo Félix entonces, cómo reaccionó ante esas pérdidas?

Anónimo (2010: 3) trata de esbozar la vida privada de los ingenieros militares, diciendo de ellos:

"No ha sido fácil penetrar en este espacio para la totalidad del corpus; en efecto, las diferentes fuentes de información están en diversos archivos y las lagunas documentales son importantes. Pese a todo los documentos existentes han permitido no sólo observar la red de lazos matrimoniales y familiares, sino también visualizar la manera de vivir de estos hombres y sus centros de interés. Nuestra intención es presentar los resultados de las investigaciones sobre la vida de los ingenieros en tres partes. En la primera, el estudio de su situación financiera nos da una idea de sus condiciones de existencia. En la segunda el análisis de los inventarios de bienes, nos ofrece un esbozo del marco de la vida cotidiana de esos hombres. Para terminar el examen de su biblioteca permite definirlos a través de sus centros de interés."

Sistematizada así la cuestión trataremos de definir algo que atañe directamente a las condiciones vitales, cotidianas y mínimas de la que fuera la vida militar de Félix de Azara. Tratando el tema de acuerdo con lo establecido arriba, nos corresponde plantear:

1. ¿Cuáles eran los ingresos de los ingenieros? En general, eran dispares según los destinos, la condición estamentaria del interesado y las comisiones encomendadas, pero se trataba siempre de emolumentos por tarea profesional al servicio del Estado y éstos, por lo corriente y salvo para las más altas jerarquías eran magros y raramente recibían algún adicional que contribuyera a mejorar su estilo de vida. Muchos ingenieros militares, en especial los de condición nobiliaria sobrevivían y sostenían sus familias más con sus rentas propias y familiares que con sus salarios.

2. Los inventarios de bienes como definición de la calidad de vida material de los ingenieros. Este tema ha sido tratado con cierta extensión por M. Galland-Seguela (2003), y muestra una gran variación individual en sus condiciones de vida y en su manejo económico, siempre con intervención principal de sus propios patrimonios. *"Vivían de sus sueldos, raciones y gratificaciones ligadas a una misión"*. Tan sólo los servicios extraordinarios, diplomáticos o en ultramar eran compensados con algún aditamento excepcional. En el caso de Félix de Azara el problema de su economía personal es aún oscuro. Es posible que haya muchos elementos documentales al respecto, pero ignoramos casi todo en relación con el costo de su vida militar desde el día en que dejó su casa familiar para incorporarse al Regimiento Galicia. La suposición más corriente es que gozaba de un patrimonio familiar sino cuantioso, al menos suficiente o relativamente holgado como para no depender de un modo tan humillante como el que ya expusiéramos en el caso de Pedro de Lucuce, quien había sido su director en la Academia de Matemáticas de Barcelona. Un grave problema relacionado con los militares que actuaban en ultramar era el del atraso crónico de sus salarios.

Debían recurrir a bienes personales o, en caso de no contar con ellos a préstamos o a "ayudas" de terceros interesados, lo que iniciaba focos de corrupción en los que Azara nunca cayó, sino que –como veremos en el tomo siguiente– tuvo graves complicaciones con funcionarios coloniales al advertir manejos turbios, que en el caso del Paraguay y del Río de la Plata eran muy comprometidos pues los que apadrinaban la corrupción eran contrabandistas, piratas o los propios funcionarios lusitanos.

En el caso de Félix de Azara y sus remuneraciones, todavía hay mucha oscuridad en la información disponible, en especial en cuanto a sus servicios en ultramar. De acuerdo con sus manifestaciones y las derivadas de sus primeros apologistas, no habría cobrado retribuciones de la Corona, al menos durante muchos años o en la totalidad de su estadía. Informaciones más precisas contribuyen a la creencia de que un gran monto (o la totalidad) de lo que se le debía se le abonó ya fuera al fin de su estadía americana, ya al retornar a España. El hecho es que su patrimonio fue sólido y que llegó al fin de sus días con capacidad de dejar mandas testamentarias con respecto a sus bienes. Volveremos sobre esta cuestión mucho más detalladamente en la continuación de esta obra.

3. El ya anticipado estudio de las bibliotecas de los ingenieros militares (M. Galland-Seguela, 2003), sobre las que existe información pertinente para la época de Félix de Azara, nos brinda un panorama de la cultura intelectual y profesional de estos especialistas surgidos del estamento militar español, lo que viene muy bien al caso, ya que ha sido notable la participación de esos profesionales en iniciativas ilustradas, tanto del tipo de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, como también en las reconocidas tertulias, que fueron los focos precursores de academias y cenáculos en los que se desarrollaba la difusión básica del ideario ilustrado.

En síntesis final, la carrera militar en España de Félix de Azara, en la que nos hemos concentrado en el tramo temporal que va desde su ingreso como cadete en el Regimiento de Infantería Galicia, en septiembre de1764, hasta su partida hacia el Río de la Plata en enero de 1782. Este acto inicial, ha sido

un hecho que bien pudo ser forzado por las circunstancias vitales y familiares del protagonista, pero que paulatina y casi inexplicablemente por la cantidad de circunstancias concurrentes, se tornó para él como la mejor elección vital y vocacional. Es así que sus estudios e instrucción preparatoria le brindó alternativas educativas y una experiencia formativa casi sin par en la España de entonces, más aún, tenidas en cuenta sus disposiciones naturales. Fue uno de los privilegiados por haber podido acceder a una de las instituciones más renovadas y actualizadas de la reforma borbónica del orden militar: la Real Academia de Matemáticas de Barcelona. Después tuvo años de práctica profesional con ocasión de contactar con los ambientes esclarecidos de Madrid y de Barcelona. En la mitad de este lapso de su vida militar tuvo la no desdeñable experiencia de su bautismo de fuego y su casi muerte en la playa argelina. Fue ésta una grave y no desdeñable experiencia vital, que marcó aún con más claridad su derrotero espiritual. Tras su herida pasó casi seis años que suponemos fueron los de su definitiva "opción ilustrada". Completó así un período vital que denominamos **La forja de un ilustrado**, lo que lo puso en condiciones de desarrollar su segunda vida, la americana, en la que realizó su magna obra. Vista desde la perspectiva de dos siglos y medio, parece esta sucesión de acontecimientos un camino de predestinación. Sabemos que no es tal, pero sí, sentimos que ese "todo" vital y espiritual que él protagonizó, se encuadra en el orden secuencial, casi serializado, que caracteriza a las vidas de quienes han dejado huella duradera de su paso por la tierra sirviendo a actividades superiores; se quiera o no es así: hay planos más densos y otros más leves de realidad ontológica, por los que una vida opta, o es llevada a optar, por sus circunstancias vitales, personales e históricas. La de Félix de Azara se desarrolló en el primer nivel mencionado y por eso estamos ahora tras él, su obra y su tiempo.

Capítulo VII.

La expedición de Argel: Félix de Azara herido

"Las guerras exteriores –como sucedió frecuentemente a lo largo de la historia de España– obstaculizaron en buena parte el desarrollo del país; recuérdese que, a lo largo de esta centuria, España estuvo empeñada en la anexión de Nápoles y del reino de las Dos Sicilias en 1734; en una costosa campaña en Italia entre 1740 y 1746; en la guerra sostenida contra Inglaterra en Portugal en 1762; en una expedición a las islas Malvinas en 1770; ***en el desastroso ataque a Argel en 1775;*** *en el asedio a Gibraltar entre 1779 y 1783; en la reconquista de Menorca en 1782; en las hostilidades contra la nueva república francesa en el período que va desde 1793 hasta 1795, y más adelante en la Guerra de la Independencia (1808-1814) Todo ese esfuerzo bélico requería hombres y dinero que España, no sin perjuicio, aún podía emplear. En algunos casos, es cierto, el orgullo nacional entraba en juego y la guerra contribuyó a la unidad. En otras ocasiones, en cambio, la guerra era una simple consecuencia de la alianza con Francia –en especial después del Pacto de Familia de 1761-1762–****; otras veces el conflicto se convertía en causa de humillación, como fue el caso de la desastrosa expedición a Argel, que dio lugar a toda una serie de sátiras anónimas contra el desgraciado general irlandés O'Reilly, y partiendo de esto, contra los ministros extranjeros empleados por Carlos III que se creía responsables del fracaso."***

[Nigel Glendinning **Historia de la literatura española.** El siglo XVIII, 1973, pp. 18-19]

"Y lo más penoso [para don Miguel de Cervantes Saavedra]: que volviéndose a España en la galera **Sol**:

"...lo captivaron los moros de Argel..."

¡Qué triste fama la de los moros de Argel! Se comprende que fuera una ciudad cuyo nombre resonaba en toda España, empavorecida por sus continuos robos y pillajes. En 1604, el año en que Cervantes preparaba la publicación del **Quijote**, lo estaba haciendo también el clérigo don Diego de Haedo sobre Argel, en cuya portada se advierte al lector:

"…[Argel] *do se verán casos extraños, muertes espantosas y tormentos exquisitos que conviene que se entiendan en la Cristiandad..."*

[Manuel Fernández Álvarez, **Cervantes visto por un historiador**, 2005, pp. 161-162]

El asalto español a Argel y su marco histórico

Este episodio bélico, uno de los tantos que tuvo lugar en el relativamente poco guerrero reinado de Carlos III, fue muy significativo en la vida de Félix de Azara. Así suele ser reiterado en la mayor parte de las biografías, y creemos que hay sobrados motivos para adoptar esa opinión, pues el llamado "bautismo de fuego" era para un soldado y, esencialmente para el ser humano que alentara en su interior, una ocasión decisiva de demostrarse a sí mismo, a los demás y, hasta ante la historia, su propia valía, si probaba, a través de esa experiencia dramática, quién era y si realmente lograba salir intacto por dentro y por fuera, de la más terrible experiencia que suele truncar la cotidianeidad de la vida del hombre de paz.

En un plano más social, los hechos de este conflicto y sus colateralidades, una vez analizados, revelan una serie de conexiones causales de extrema relevancia para el reinado de Carlos III y para el destino histórico de España, puesto que marcan una inflexión mayor en relación con el predominio de las tendencias más poderosas en pugna bajo la sombra del poder real. Lo hacen tan significativamente, al punto que para algunos autores, como Lluis Roura i Aulinas (2002), la caída del ministro Grimaldi y el ascenso de los golillas[1] encabezados por José

1 **Golillas:** Denominación usual para los funcionarios reales basada en la disposición de Felipe IV de que todos ellos debían usar esta prenda. La misma tenía sentido peyorativo pues se designaba "golillas" a los togados o letrados de la Corte, que en general eran de extracción

Moñino y Redondo, ennoblecido como conde de Floridablanca, fue un hecho acompañado con la exclusión definitiva del conde Aranda del favor real, y con la oclusión temporal del ilustrado asturiano Campomanes, y esto marca el final del Absolutismo Ilustrado reformista en su forma clásica, desarrollado centralmente desde el ascenso al trono de Carlos III en 1758 hasta estos acontecimientos.

El despliegue de esos cambios se inicia en forma perceptible en 1776 y coincide, no sólo con el inicio del último cuarto del siglo XVIII, sino también con una serie de hechos decisivos en el panorama histórico europeo: en Francia cayó el ministro Robert-Jacques Turgot[2], fisiócrata de gran prestigio, siendo reemplazado durante un corto intervalo por Clugny de Nuits, y prontamente después por Jacques Necker[3], en el mismo año. En Portugal se desplomó, en medio de acontecimientos trágicos, el otrora poderoso marqués de Pombal[4]. En tanto, en Nápoles, históricamente tan ligada a España y a la dinastía borbónica, pierde su posición de relevancia el ministro Tanucci[5] y de esa medida mengua por completo

social plebeya (o más estrictamente burguesa) y fue fruto éste de la denominada Nueva Planta, decretada por ese mismo rey y promulgada en 1707, que los nombramientos antes eran extraídos del estamento nobiliario abarcaran también a ese sector. Se diferenciaban en trato e ideología de los militares y del Partido Aragonés. Los primeros eran partidarios del absolutismo monárquico centralista, oponiéndose a la intervención moderadora de la nobleza y enemigos de los organismos intermedios del poder como los estatuidos por los derechos forales aragoneses vigentes antes de 1707. El Partido Aragonés, encabezado por el conde de Aranda optaba por el sistema de gobierno monárquico-estamental, con observancia de las modalidades regionales y por el restablecimiento de los fueros perdidos por Aragón al ascender los Borbones al trono. En la década de los 70 del siglo XVIII se consumó la victoria de los Golillas, cuando ascendiera el conciliador conde de Floridablanca a la Secretaría de Estado.

2 Anné Robert Jacques Turgot, Barón de Laune [1727-1781]: Fue uno de los más esclarecidos políticos y economistas franceses del siglo XVIII. Sus ideas económicas asociadas con otras fuentes de pensamiento similar constituyeron lo que se llamó **teoría fisiocrática** de la economía, que tuvo vasta difusión en la Europa Ilustrada. Era de origen burgués, de la clase más activa y progresista. Estudió derecho y estuvo a punto de ordenarse sacerdote cuando desistió. Tuvo amistad con Voltaire y comenzó a destacarse por sus escritos acerca de la formación y distribución de la riqueza. Defendió denodadamente la tolerancia religiosa y demandó a los políticos que aplicaran teorías económicas para el bien público, oponiéndose al exceso de impuestos que paralizaban a la sociedad. Para él, el suelo es la única fuente de riqueza, con sus cultivos y sus productos primarios, antagonizando con las teorías mercantilistas que ponían énfasis en la manufactura y el comercio. Para Turgot era invertir los términos, pues sin producción básica no hay prosperidad. Escribió artículos para la **Encyclopèdie** y tuvo influencia sobre las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País de España. Fue ministro de Luis XVI e inspector general de finanzas. Como la mayoría de los fisiócratas, fue activo partidario de las reformas ilustradas y de la supresión al máximo de todos los privilegios que afectaban a la vida social y económica.

3 Jacques Necker [1732-1804]. Aunque suizo de nacimiento y crianza, puso sus conocimientos económicos y financieros a disposición del rey Luis XVI de Francia, de quien fue elevado funcionario en carácter paralelo al de Inspector General de Finanzas en el Consejo del Rey. Profesaba ideas económicas contrarias a las de su antecesor Turgot. Educado en Ginebra y de origen protestante, era un librepensador en muchos aspectos radical –aunque era flexible y pragmático– pues propugnaba el intervencionismo económico del Estado, relativizaba la propiedad y sólo reconocía a la religión y a las ideas morales de ella derivadas como necesarias para la contención del pueblo. Desempeñó tres veces cargos de tipo ministerial en la Corte de Francia, la primera, de 1776 a 1781, la segunda en 1788-1789, y la última en los dramáticos años de 1789-1790, tras lo cual dimitió y retornó a Suiza. Escribió numerosas obras en las que expresara su pensamiento político-económico. Tuvo gran influencia en su tiempo.

4 Sebastião José de Carvalho é Melo, marqués de Pombal [1699-1777]: Nacido en Lisboa fue una de las figuras más notables y discutidas del siglo XVIII. Tuvo una infancia agitada, era hijo de un capitán de caballería y se sabe poco acerca de sus estudios. Era de inteligencia brillante y pronto se destacó como funcionario real, mostrándose partidario ardiente del despotismo ilustrado. A partir de 1739 ejerció una influencia permanente en la vida política portuguesa. Al asumir en 1750 el rey José I, él fue su primer ministro, imponiendo reformas ilustradas y manejando con habilidad la política exterior de Portugal. Enemigo de los Jesuitas fue el ideólogo de su expulsión producida primeramente en Portugal, antes que en España. Eliminó los autos de fe de la Inquisición, la discriminación de los judíos y las ventajas irritantes de los nobles. Subordinó la iglesia portuguesa al estado, actualizó y reformó la estructura universitaria, especialmente en la universidad de Coimbra. En Portugal es considerado un héroe nacional porque fue quien manejó con gran acierto la reconstrucción de Lisboa y varias ciudades más después del terrible terremoto de 1755. Con ese motivo prácticamente hizo de Lisboa una ciudad nueva. Su mayor desacierto fue cometido cuando el rey le dio una suma de poderes tan grande que lo transformó en una especie de poder principal en la sombra: a raíz de un atentado contra el rey dos familias principales fueron inculpadas y ejecutados todos sus miembros tras un rápido juicio, sin que se sepa con certeza el grado de culpa de los mismos. Tras este hecho, tal fue su poder que a la muerte de José I, su sucesor en el reino lo apartó de sus funciones y le ordenó mantenerse al menos a 20 millas de la corte. Ya anciano, rodeado tanto de prestigio como de odio público, falleció en su semiexilio, pero actualmente se lo recuerda como una gran figura histórica del Portugal del siglo XVIII.

5 Bernardo Tanucci [1698-1783]: Político italiano que acompañó a los reyes borbones de Nápoles, como

la injerencia de Carlos III en su antiguo reino, al que dejó para venir a España en 1759.

Por su parte Carlos III, que ya comenzaba a dar signos de una retracción en su impulso aperturista, mostrando claras señales que pueden ser calificadas hasta de endurecimiento ultramontano en su política, consumando en el otoño de ese mismo año su aprobación –o, al menos su silencio y no injerencia– en la dramática e inapelable entrega del ilustrado Pablo de Olavide y Jáuregui a la Inquisición, la que le inició un proceso a cuya culminación, en un "autillo de fe", se convocará forzadamente a buena parte de las personalidades ilustradas mayores, algunas de las cuales fueron, a su vez, procesadas u obligadas a autodenunciarse, como sucediera en el caso de Félix María de Samaniego (Contreras Roqué, M.S., en prensa).

La rebelión de las colonias inglesas de América del Norte y su declaración de Independencia producida en 1777, contribuiría también a un mayor cierre del absolutismo, puesto que dejó a Carlos III alarmado y exasperado por esos sucesos, a pesar de que en un principio, con excepción del conde de Aranda, nadie valoró en su verdadera dimensión la importancia decisiva de ese acontecimiento.

Antecedentes

Muy ilustrativamente y acerca de la situación reinante en las costas españolas del Mediterráneo a mediados del siglo XVIII, dice Eusebio Torner y de la Fuente (1892: 33):

"El pirata y la piratería, afortunadamente van desapareciendo. Mares antes casi dominados por los ladrones del mar, pueden recorrerse tranquilamente; costas siempre amenazadas por los desembarcos, pueden habitarse sin que haya que huir tierra adentro, so pena de tener la resignación de verse, como dice Góngora[6]*,*

amarrado al duro banco
De una galera turquesca.

Pero hasta hace pocos años no ocurría esto en el Mediterráneo; los piratas argelinos asolaban las costas de España, Francia e Italia, sin que tuvieran que hacer con frecuencia expediciones más lejanas para procurarse toda clase de recursos. Y aunque la fortuna no siempre les fuera próspera, hubo épocas como las siguientes a la expulsión de los moros, en el siglo XV, y a la de los moriscos, en el XVII, en las que, con el doble aguijón del fanatismo, la venganza y el auxilio de los renegados, que deseosos de evitarse los tormentos del cautiverio aceptaban el modo de vivir de sus opresores, llegaron los corsarios con sus correrías, a preocupar seriamente a muchas naciones de Europa."

Por esos años la fuerza naval argelina era relativamente reducida, a pesar de haber sido temible en el siglo XVII, pero sus barcos con gran audacia explotaban regularmente y con gran provecho. Fue uno de los mayores males del tráfico naval por el Mediterráneo al que ya la teoría naciente del derecho marítimo internacional, había llegado a considerar fuera de la ley, aunque en lo práctico, por el contrario, era explotado activamente por los países beligerantes o sin relación diplomática con otros, como era el tipo de empresa criminal llamada corso[7]. Quienes lo practicaban eran navegantes

---

ministro y consejero. Cursó leyes egresando en 1725 y comenzó estudios eruditos sobre literatura antigua. Cuando el futuro Carlos III de España asumió el reino de Nápoles en 1734, fue primer consejero y más tarde ministro. El rey lo hizo marqués. Abogó por la primacía del rey sobre las jerarquías eclesiásticas napolitanas creando un precedente político para las postulaciones **parajansenistas** que eran partidarias de limitar la influencia romana en el seno de las iglesias nacionales. Tanucci sin profesar definidamente ideas ilustradas, adhirió a las reformas borbónicas realizadas sobre las instituciones del Antiguo Régimen. Cuando Carlos III pasó a ser rey de España siguió dependiendo de sus consejos y asesoramiento, valorando en el fiel Tanucci sus cualidades como diplomático y orientador político, ya que durante años había podido sustraer con gran habilidad a Nápoles del estado permanente de Guerra que se vivía en la península itálica. Profesaba un decidido regalismo y pretendía que España también reorganizara sus relaciones con el pontificado romano. Influyó en la expulsión de los jesuitas del reino apoyando a Pombal en Portugal, al conde de Aranda en España y a Étienne François duque de Choiseul en Francia. Por esa razón el Papa reaccionó excomulgando a Tanucci, a pesar de lo cual, en 1773 fue el mismo pontífice, Clemente XIII quien decretó la disolución de la compañía de Jesús. El viejo político mantuvo ideas inalteradas y autoritarias en economía, cuyas consecuencias trajeron en Nápoles revueltas populares del tipo de las de 1766 en España.

6 Estos versos de Luis de Góngora y Agote, se corresponden con otros del mismo autor, en los que se refiere también a Argel, revelando cuánto significaba para los españoles en su época ese país norafricano:

¡Oh Argel! Oh de ruinas españolas
voraz ya campo tu elemento impuro!
Oh, a cuántas quillas tus arenas solas,
si no fatal, escollo fueron duro!
Imiten nuestras flámulas tus olas,
tremolando purpúreas en tu muro,
que en cenizas te espero ver surcado
o de tus ondas o de nuestro arado.

Se puede apreciar en esta estrofa tomada del **Panegírico al Duque de Lerma**, que forma parte de su libro **Soledades** (hemos utilizado la edición de 1944) cómo el gran poeta culterano expresara un siglo y medio antes (vivió entre 1561 y 1627) un estado de ánimo que seguramente fermentaba hondamente en el sentir hispano.

7 **Corso:** ya hemos dado en el texto una idea general de esta especie de institución, de la que en general sus protagonistas trataban con mucho sigilo y que tenía sus raíces en una potenciación de las marinas nacionales con la contratación de barcos y tripulaciones mercenarias,

independientes, propietarios de sus naves o con navíos o flotillas armados o convocados por un tercero, que actuaba así como socio inversor. Reclutaban tripulaciones formadas por bandidos y aventureros de toda laya, ávidos de botín y alejados de todas las normas humanitarias. Se los denominaba corsarios.

Esos corsarios utilizaban desde naves precarias hasta navíos de guerra modernamente equipados, en general de pequeño porte y calado, y muy marineros, que acechaban más que a las flotas o armadas nacionales, a las naves comerciales, a las que saqueaban y hundían. También atacaban y despojaban a las poblaciones costeras. El propietario o el capitán de la nave corsaria establecía un contrato con una potencia determinada, mediante el cual se comprometía a realizar acciones bélicas a su servicio. Podía navegar o no bajo el estandarte del contratante –del que recibía la llamada **patente de corso** particular– o sólo desplegaría el acta de contrato en momentos del ataque y si era requerido por las acciones en curso. La metodología del corso tendía a debilitar y acosar al adversario, en especial si la presa pertenecía a una potencia con gran dependencia naval, ya fuera por poseer colonias o por la índole de su comercio, el pacto era más fructífero. En este sentido España era singularmente vulnerable debido al denso intercambio con sus dependencias americanas y por el flujo de mercaderías y materias primas y, lo más importante, por la llegada permanente de navíos cargados con oro y metales valiosos, a veces incluso ya amonedados. Por ejemplo los provenientes de la ceca altoperuana de Potosí y por el tráfico de personas acaudaladas o con poder político, susceptibles de rapto para obtener rescates.

Algunas potencias europeas mayores, como Inglaterra recurrieron intensamente al corso, incluso disimulando de esa forma a elementos de la propia armada, los que arteramente figuraban como corsarios. Célebres personajes de la historia británica surgieron de su exitosa actividad en esta empresa tan cercana a la piratería. El corso en sí estaba exento de todas las leyes de la guerra, formuladas por las potencias europeas mayores, las que ya desde el siglo XVI venían tratando de regular la guerra naval, excluyendo de ella lo más posible a los civiles, evitando los secuestros personales con finalidad económica y también los daños colaterales innecesarios para la finalidad bélica. Sin embargo, nacieron del corso o se mantuvieron en estrecha relación con el mismo, el denso tráfico de esclavos, la piratería y el asolamiento de las poblaciones costeras en busca de botín, de cautivos para esclavizar en la propia sede del corsario o para venderlos a terceros, como sucedía con respecto a Turquía, que por entonces era la capital del ya maltrecho Imperio Otomano. También eventuales presas de rescate, constituidas especialmente por aristócratas, nobles, ricos burgueses u oficiales de alta graduación.

Los otomanos y sus aliados y subordinados, en especial los bereberes, magrebíes y argelinos norafricanos, mantuvieron durante siglos un permanente acoso de las costas europeas, formando la avanzada occidental del Imperio Otomano. Debido a las relaciones amistosas cultivadas por Francia con los gobiernos del África mediterránea, a los que incluyó centralmente en su espacio geopolítico[8], España fue el país más afectado por esta actividad ya que sus costas mediterráneas y las tierras adyacentes se tornaron áreas de zozobra, en especial por las incursiones argelinas destinadas al rapto y el saqueo. La cuestión fue tan grave que produjo el despoblamiento de las costas hispanas y de las adyacencias alcanzables por las incursiones principalmente argelinas con aquellas finalidades.

El problema era de larga data. Recordemos que el autor del **Quijote**, Miguel de Cervantes Saavedra,

ligadas al poder contratante por un pacto que confería la llamada Carta de Corso, por la cual la nave con la que se firmaba el convenio acordaba atacar todo tipo de tráfico naval de las potencias enemigas de las que signaban la Patente de Corso. Como desde fines de la edad media, la piratería estaba sancionada internacionalmente con la horca para los tripulantes, y el decomiso para las naves, el Corso vino a dar una salida a los antiguos piratas que mediante estos pactos actuaban legalmente. Debían exhibir ante inspecciones la mencionada Patente. Se consideraba una violación del derecho internacional en el medio jurídico europeo y poco a poco fue siendo puesto fuera de la ley y desapareció a mediados del siglo XIX. La compensación de los corsarios era el botín obtenido en los ataques a las naves y –más de una vez– por secuestro de personas con gran riqueza o influencia, por las que se cobraba rescate. Una presa muy codiciada por los corsarios al servicio de Inglaterra en el siglo XVIII, eran los Galeones que traían metales preciosos y otras riquezas de América a la Metrópoli.

8 Con la esperanza de ser la heredera del espacio geopolítico del Imperio Otomano, ya en proceso de decadencia interna y de disgregación de sus provincias extremas, como lo eran las norafricanas. En el siglo XIX Francia consumó su ambición y logró –compartiéndolo con Inglaterra en Egipto– el dominio de la costa norafricana, una cuestión que fue fuente de duros conflictos en siglo XX. Como lo indican varios autores la política exterior francesa en este aspecto era sinuosa y bifronte, pues no sólo toleraba a los corsarios norafricanos siempre que no afectaran a sus tierras, sino también vendían armas y comerciaban bastante activamente con los argelinos y marroquíes, es decir Europa no se presentaba unificada, al menos en los hechos, para lograr una solución de la piratería en el Mediterráneo, razón por la que esta actividad se prolongó hasta alcanzar por completo el primer tercio del siglo XIX.

en el siglo XVI, fue apresado y estuvo en Argel cinco años, en carácter de rehén y sometido a una verdadera esclavitud, de la que intentó huir sin éxito más de una vez. Incluso estuvo a punto de morir, primero porque iba a ser ejecutado, y después casi muerto por hambre, puesto que el moro que era su propietario no le proveía ni vestimentas ni comida y debía mendigarla. Finalmente, se logró liberarlo, pagando un fuerte rescate cuando estaba ya encadenado como galeote para ser enviado a Constantinopla definitivamente, de donde nunca hubiera regresado. Manuel Fernández Álvarez (2005: 147), dice:

> *"Es a ese Argel, desafiador, arrogante y temible, al que llega cautivo, en 1575, Miguel de Cervantes. Hoy el viajero que se asoma a la plaza, lo primero que ve desde el mar es la antigua fortaleza turca, la Kasbah, que parece desplomarse desde lo alto de la colina donde está asentada, hasta la misma orilla del mar, en un fuerte desnivel de más de ciento cincuenta metros. Es la parte vieja de Argel, con sus fuertes murallas, protegidas a poniente y a mediodía por soberbios castillos, que la hacen –o hicieron– inexpugnable, al menos para los tercios viejos de Carlos V".*

Como lo destaca Torner y de la Fuente (1892: 28) el corso se transformó en una actividad tan importante y rendidora que los argelinos llegaron a regular su ejercicio, pues no sólo lucraban con los rescates de los rehenes reducidos a la esclavitud, sino que, al par, lograban pingües beneficios de los saqueos de aldeas y ciudades costeras. También, y mediante la presión del temor que suscitaban, llegaron a obligar a muchos gobiernos europeos a que

> *"...por medio de los cónsules hicieran grandes regalos al Bey y a su familia, a todos los magnates y a infinidad de empleados y agentes subalternos, incluso al verdugo, con pretextos extravagantes"*[9].

Se comprende así que surgiera la necesidad imperiosa de acabar con los corsarios, la piratería y la extorsión que se encubrían desde siglos antes, detrás de la política argelina. Era un grave asunto de estado para la España de Carlos III, quien buscaba el máximo de eficiencia de su gobierno. Para ello creó en la costa mediterránea una flotilla de jabeques[10] bajo la dirección del almirante Antonio Barceló[11], quien logró, mediante una activa tarea de vigilancia, brindar cierta tranquilidad para los pueblos costeros españoles.

Al actuar de este modo, el reino Hispano no hacía sino seguir una tradición iniciada en Europa en los años de la reconquista y que recién logró éxito en agosto de 1816, cuando una expedición al mando del Almirante Edward Pellew, Lord Exmouth, comandante de la flota inglesa del Mediterráneo, pudo imponer por la fuerza el cese del corso en las aguas de este mar. Antes de declarar la guerra, la Santa Alianza, mediante el Congreso de Viena, sostuvo negociaciones desde 1814 con el Bey

---

9 La cita de Torner y de la Fuente (1892) está tomadas de las **Memorias sobre Argelia** (Madrid, 1853) escritas por D. C. X. De Sandoval y D. A. Madera, por parte de quienes, "*ambos de nuestro Cuerpo de Estado Mayor, se cita un rescate de 376 españoles que costó al Erario* [de España] *700.000 pesos"*.

10 **Jabeques:** Era un tipo particular de embarcación dotada de vela triangular, que para navegar contaba también con remos, en general impulsados por **galeotes,** que eran prisioneros o forzados como purga de delitos. El jabeque argelino apareció en el siglo XV y fue utilizado con variantes en su construcción por argelinos, tunecinos y berberiscos. A partir del siglo XVII estas embarcaciones fueron dotadas de cañones y mejoraron su navegabilidad con variaciones en su abolladura y velamen, tornándose semiinvencibles en costas bajas con aguas someras. Alcanzaban los mayores hasta cuarenta metros de eslora. Estaban artillados con piezas expuestas a cielo abierto en la cubierta, en algunos casos se han comprobado hasta doce cañones por borda. La tripulación podía llegar de 150 a 250 hombres. No tenía castillos ni cubiertas altas, sólo un reparo a popa donde pernoctarían los oficiales. Tenía características muy marineras y eran de maniobra sumamente ágil.

11 Antonio Barceló y Pont de la Terra [1717-1797]. Fue un destacado marino de la armada española, nacido en las Baleares, que alcanzó el grado máximo de Teniente General de la Real Armada en premio a sus servicios. Era descendiente de hidalgos y se enroló como simple marinero. Debido a su inteligencia y valor hizo una brillante carrera como oficial naval. Sus principales servicios tuvieron lugar en el Mediterráneo, combatiendo con una flota ligera de jabeques, creada de acuerdo a su idea de cómo atacar a la piratería argelina y marroquí en sus incursiones sobre las costas españolas. También tuvo un desempeño heroico durante el llamado Gran Asedio al peñón de Gibraltar, entre 1779-1783, como parte de las hostilidades con Inglaterra. En esa ocasión diseñó un tipo especial de embarcación de bajo porte y artillada llamada "lancha cañonera". Participó de la campaña de Argel y fue el presunto autor de algunos escritos críticos que circularon después de esa acción, aunque era muy parco en palabras, como dijera una copla popular alusiva

"Si el rey de España tuviera
cuatro como Barceló,
Gibraltar fuera de España
que de los ingleses no.
Barceló ni es escritor
ni finge ser santulario,
ni traza de pendulario,
ni lleva pompa exterior,
persuade y no es orador,
su asco no es presumido
fía poco en el hablar
mas si llega a pelear,
siempre será quien ha sido."

Tuvo gran popularidad, positiva en España, y aterrorizadora entre los norafricanos.

de Argelia para lograr la libertad de los esclavos cristianos, pero el gobierno argelino provocó una masacre de 200 pescadores cristianos. Por esa razón Lord Exmouth se dirigió a Argel con diecisiete barcos propios y seis naves holandesas auxiliares, logrando destruir la flota argelina y aniquilar sus defensas costeras. El Bey se vio obligado a prohibir la esclavitud de prisioneros cristianos, pese a lo cual la piratería costera que azotaba a Francia y España no terminó por completo hasta la ocupación de Argel por Francia en 1830, a pesar de que una serie de acontecimientos concurrentes realizados por España en el período que culminó en 1786 liberando significativamente el comercio mediterráneo del peligro más inmediato de los piratas (Fernández de Pinedo *et al.*, 1980: 244). Esas medidas comprendieron un Tratado de Paz con el Imperio Otomano (1783)[12], otro con las autoridades de Trípoli (1784) y también uno con Argel (1785). Con Túnez se firmó una tregua en 1786.

En el caso de España la cuestión se complicó, a pesar de la acción efectiva del almirante Barceló, debido a la hostilidad que el bey de Marruecos –del que dependía Argel– quien comunicó a Carlos III en septiembre de 1773 que no toleraría la existencia de enclaves españoles en la costa del norte africano, desde Orán a Ceuta, atacando acto seguido las plazas hispanas en los enclaves de Melilla, de Alhucemas y del Peñón de los Vélez. Esta acción tuvo lugar a pesar de las gestiones de paz previas llevadas a cabo en 1767 por parte del experimentado marino, Jorge Juan y Santacilia, quien se desempeñó durante un corto tiempo como embajador de España en Marruecos, logrando la firma de un tratado de paz el 28 de mayo de ese año. Sin embargo, para la sibilina interpretación marroquí, la paz concertada se refería a las operaciones en el mar y no a las terrestres[13], y calificaba descaradamente como tales las incursiones con desembarco de corsarios en las costas españolas y sus adyacencias. Estos hechos sirvieron de detonante a la decisión real de formar buena flota en los puertos de Cádiz, Barcelona y Cartagena, dispuesta a dirigirse a su objetivo en junio de 1775, pues el ataque marroquí llevado a cabo contra las posiciones hispanas del norte de África, frente a Gibraltar, dio lugar a la declaración de guerra de España a Marruecos el 23 de octubre de 1774.

PROLEGÓMENOS DE LA EXPEDICIÓN

“Que nadie es infame aquí,
eso sí;
que hablen todos menos yo,
eso no.
El que se disponga armada
y ejércitos formidables
para hacernos respetables
del morillo baladí,
eso sí.
Pero que con grande empeño
su destino nos callasen
y que después nos confiasen
que salió como salió,
eso no.”

[Letrillas sobre lo acaecido en nuestra expedición de Argel, glosadas, selección de Teófanes Egido, 1973: 272]

Siempre en el ámbito de la cuestión africana, las fuerzas españolas obtuvieron notables éxitos en 1774, salvando a Ceuta y al Peñón de Vélez de ataques marroquíes. Estos episodios militares afortunados constituyen una de las causales del estado de ánimo de confiada desorganización con la que España emprendió las futuras acciones contra los moriscos, pero los hechos revelaron que no era lo mismo defender con tropas entrenadas enclaves estabilizados y fortificados, que invadir en forma desorganizada una de las capitales nucleares de la piratería en el Mediterráneo, como era Argel.

De acuerdo con el material documental obrante en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, resalta que los españoles cometieron durante la preparación de la expedición argelina, en 1775 muchos actos de negligencia. Entre la documentación revisada

12 Al analizar esta cuestión reduciéndola al problema del corso y la piratería lisa y llana en aguas mediterráneas, en realidad estamos minimizando el gran escenario de fondo para referirnos solamente al inmediato: no puede desprenderse del hecho de que Argel constituía parte del gran Imperio Otomano, y el hecho de que el mismo se hallaba ya entrando en un período de decadencia y fragmentación que si bien ya cesaba su actitud dramáticamente conquistadora y agresiva sobre el este europeo, no dejaba de ser la continuadora del papel geopolítico desempeñado por ese enclave mediterráneo norafricano desde el siglo XIV y mediados del XV. Como lo señala Colin Imber (2004: 322): *“Era el saqueo de los barcos y asentamientos cristianos lo que mantenía las provincias otomanas del norte de África, y suponía en especial una fuente de riqueza para la avanzada del Imperio en Argel…”*, de modo que España, ya sin los Habsburgos –que habían sido por siglos los contenedores de la expansión otomana en Europa Central– volvía a vérselas con el poder remanente de la última frontera occidental del que fuera el gran Imperio de Saladino hasta la mitad del siglo XVII.

13 Un hecho curioso de este tratado, que Fernández Pinedo *et al.* (1980: 242) consideran que es propio del carácter primitivo del mismo, es que los navegantes, pescadores y tripulaciones de ambas partes españolas debían de portar un pasaporte para quedar a salvo de los riesgos de ataque y cautiverio. Con respecto al mismo, se *“...estipulaba que estuviesen hechos de tal forma que, para su inteligencia no fuese necesario saber leer.”*

hay correspondencia de avisos previos acerca del espionaje activo en busca de informes sobre los preparativos de la expedición, que pretendían fuera sorpresiva y que culminó con la realidad fáctica de que *"los argelinos estaban enterados de todo"* (Fernández de Pinedo *et al.*, 1980: 243; Roberto Fernández Díaz, 1993).

También existen en los archivos advertencias acerca de la actividad de los "moros" que ya estaban previendo el ataque (en una carta dice el informante: *"doy ésta noticia para su inteligencia")*. Hay en el mencionado Archivo Histórico un escrito crítico de gran interés; al margen del mismo se destaca que se trata de una obra de autor desconocido[14]. Parece que se intentó averiguar quién era para perseguirlo porque daba cuenta de verdades muy dolorosas para los mandos españoles. Se intitula **Historia del desembarco**, y más adelante se transcribe y analiza su texto.

Además de los inconvenientes derivados de la relativa desorganización militar que reinaba en España en esos años (Vidal y Martínez Ruíz, 2001), el costo de la expedición fue excesivo para el erario público, que estaba sometido a múltiples exigencias que no se alcanzaban a cubrir. Fue así, a pesar de que las soldadas (estipendios) del ejército estaban sumamente retrasadas (Lynch, 1999: 279), y además, según ese autor y en coincidencia con todos los textos históricos disponibles sobre la operación:

"Se invirtió un tiempo excesivo en reunir una fuerza de 20.000 hombres y 40 barcos, y sin embargo los mandos del ejército no se preocuparon por informarse respecto a la fuerza del enemigo y la configuración de la costa argelina[15]. Por su parte los argelinos esperaban a los españoles, para quienes todo fueron desgracias"[16].

Nadie podía suponer que doscientos años después del conocido cautiverio de Miguel de Cervantes, sobre el cual se había escrito mucho, el panorama que precede trascripto de Manuel Fernández Álvarez (2005: 147), mantendría todavía su total vigencia pues aparentemente, el general O'Reilly no conocía la historia de las relaciones europeas con Argel cuando emprendió la poco sensata acción de 1775 contra ella. Uno de sus errores fue ni siquiera, tener en cuenta la posible vía de filtración francesa de la información sobre la expedición, circunstancia harto posible, tal como lo demostró la realidad al final del fracasado asalto. Los intereses aparentemente supremos de la preservación de la sociedad europea y cristiana eran dejados de lado por la codicia de algunas grandes potencias que estimaban como mayor bien el lograr el dominio geopolítico de la costa meridional del mediterráneo.

Formando parte del cuerpo invasor español, sólo había diez y seis ingenieros militares (doce de ellos resultaron heridos, siendo Félix de Azara uno de los mismos); parece un número muy bajo, teniendo en cuenta que se trataba de un desembarco de esa magnitud en el que las tareas de tendido de una cabecera de playa que apoyara y asegurara el desembarco, debía ser el cometido expreso de ese cuerpo profesional, pero la disponibilidad de esta fuerza auxiliar, recién comenzaba a ser ponderada en el criterio de los altos mandos militares de España y la conclusión de los expertos coincide en asumir en que se utilizó mal a los ingenieros en el asalto.

Para agravar los males de la expedición, no había habido relevamientos previos de inteligencia, ignorándose la numerosidad de las fuerzas defensoras de Argel, su ubicación estratégica, su armamento disponible, las sendas posibles de aproximación a salvo de emboscadas, y hasta se desconocía la topografía del sitio de la playa donde debía desembarcar la invasión ni por dónde debía avanzar el grueso de las tropas. Además, según las **Reflexiones**…, la decisión del punto de desembarco estuvo hasta último momento indecisa y la orden final puede considerarse fortuita y emitida cuando ya el campo enemigo era una especie de hormiguero alborotado que no sólo no ofrecía posibilidad a la sorpresa, sino que no dejaba claros en las defensas por donde penetrarlas con eficiencia.

---

14 En otro documento de archivo, al que más adelante citaremos como **Reflexiones…,** se refiere varias veces a ese escrito anónimo, mencionándolo como **El Escrito,** y de tal modo lo enunciaremos cada vez que venga al caso su consulta.

15 Dicen al respecto las **Reflexiones…** (folio 7), que los únicos prácticos que en alguna medida conocían la costa argelina, entre los 20.000 hombres que integraban la expedición eran apenas un cirujano, un contador naval y un marinero catalán. Todos ellos aportaron información casual, antigua o arbitraria pero ninguno de ellos siquiera llegó a rodear a sus jefes o a su estado mayor de la expedición en el momento crítico cuando su experiencia podría ser más pertinente para la ejecución de las maniobras de ataque: de este modo las órdenes se dieron prácticamente en el vacío, en un campo huérfano de toda apreciación previa y, menos aún sometido a un análisis de inteligencia militar.

16 Entre la abundante información que descansa en los archivos españoles acerca de esta historia, se cuenta un legajo de 18 páginas intitulado "**Reflexiones sobre la Expedición contra Argel por las Armas de España el día 8 de julio del año de 1775**" (A. H. N., Madrid, CSIC, Estado Q-3-190), al que en adelante citaremos como "**Reflexiones**…", que corresponde al interrogatorio, y a la crítica del mismo, al que se sometió al general O'Reilly para deslindar su responsabilidad en la derrota de la expedición.

Existieron voluntarios extranjeros intentando participar de la expedición y algunos fueron aceptados, otros no; eso supone que se dio una amplia difusión previa al ataque, que fue muy anunciado, un hecho que atentaba absolutamente contra las normas de prudencia y secreto, lo que debe rodear siempre a un operativo de esa naturaleza. Parece que existieron filtraciones francesas o directamente espionaje interesado por parte de esa nación, incluso hay un documento que trata de negarlo por escrito, pero las denuncias son serias y revelan la poco encubierta pretensión francesa de mantener bajo su dominio todo lo referido a África del Norte, a la que consideraban campo geopolítico propio. Además, participaron en el episodio bélico fuerzas del poderoso Imperio Otomano destinadas a fortalecer a los frentes moro y bereber, al menos brindándoles apoyo logístico y un sólido respaldo de retaguardia cuyo uso no llegó a ser necesario por la torpeza de los mandos españoles.

SE INICIA LA EXPEDICIÓN

"Italia no era el único interés que España tenía en el Mediterráneo. El norte de África fue siempre una importante baza militar y comercial que los españoles defendieron con decisión. Los magrebíes habían utilizado casi siempre la técnica del corsarismo y la piratería, que llegaban a practicar en las propias costas españolas. Ante esta situación de inseguridad, la impotencia era notoria: ni se hizo ningún tratado con aquellos países ni tampoco se logró levantar una gran cruzada. Lo más que se consiguió fueron reformas técnicas en la marina: sustituir las pesadas galeras reales por los más ligeros jabeques a fin de conseguir mayor potencialidad defensiva".

[Roberto Fernández Díaz, **Historia de España** 1993: 117]

"Se sabe por mar y tierra
a dónde fue nuestra armada?
lo que nadie sabe nada
es por qué ha sido esta guerra.
Gran dificultad encierra.
no encierra tal, que el Estado,
a todos lo ha notificado,
y es, porque no ha sido fiel
con los Marruecos Argel,
¡qué detestable diablo"

[**Décimas a la expedición de Argel**, selección de Teófanes Egido, 1973: 276]

Las fuerzas terrestres estuvieron bajo el mando del general conde de O'Reilly[17] y las navales dependieron del marino Pedro de Castejón. A pesar de que la decisión oficial del desembarco, fijaba el mismo a partir el 1° de junio, los vientos que soplaron en esos días fueron contrarios a la dirección esperada, e impidieron que la flota zarpara hasta el 23 de junio –un retraso casi inconcebible para una expedición de esta naturaleza–, comenzando el arribo de la avanzada de la flota a la Bahía de Argel el 30 por la tarde. La llegada del cuerpo expedicionario completo se concretó el día siguiente al incorporarse el resto de las naves a cargo del almirante Antonio Barceló. El total de unidades navales era de 361 transportes, escoltadas a su vez por seis navíos mayores, diecisiete fragatas o urcas, varias galeotas, diez jabeques, cuatro bombardas y diez lanchones menores. Además de una fuerza de 20.000 hombres de desembarco, se transportaban 1.700 caballos.

Al divisar por primera vez la realidad del objetivo, las miradas de miles de hombres se tenderían anhelantes y recelosas, hacia el campo en el que presentían que sólo la Providencia decidiría quienes salvarían y quienes quedarían allí para siempre. Entre las tropas predominaban los bisoños, algunos eran aventureros natos, otros estaban allí por pobreza, por traiciones de la suerte y muchos más, eran mocetones rudos, ignorantes y primerizos en estas lides, fruto de las levas despiadadas con las que se los reclutaba para completar los cuadros del ejército[18]. Se escucharían, de tanto en tanto, en medio del silencio ominoso, rezos angustiados y bravuconadas apenas mascullladas pues el espectáculo era apabullante: los cientos de navíos, la blancura de las velas, la agilidad de los marineros trabajando en los despliegues de aproximación, ante la mirada tensa e imperiosa de los oficiales.

Muy bien vienen aquí las imágenes de S. Juan Arbo (1951: 110), cuando recuerda la entrada a Argel en calidad de cautivo esclavizado de Miguel de Cervantes Saavedra, para reconstruir el escenario que se presentó ante los españoles en aquella memorable tarde del 30 de mayo de 1775:

"A lo lejos aparece por fin la silueta de la ciudad africana, con sus blancos edificios levantándose ya en la misma orilla del mar, con sus palmeras balanceando sus palmas

17 Recordado, a partir de entonces, como el "*General Desastre*" debido a la torpeza y desidia de su actuación en la expedición a Argel.

18 A partir de 1770 y por parte de la corona, se impartieron normas según las cuales cada provincia debía aportar una cuota forzosa de reclutas, en la que se incluía a todos los hombres con edades comprendidas entre los 17 y los 30 años, pero que excluía a los nobles, a los funcionarios, a los miembros del clero y a los artesanos especializados, así como a quienes desempeñaban profesiones liberales. Eso incrementaba las tensiones sociales y fomentaba la mediocridad de las tropas, pues la mayoría de iletrados y forzados que la integraban no tenían entusiasmo ni moral de cuerpo, como lo describe en detalle Lynch (1999: 276, *passim*).

contra el cielo azul, con sus jardines y con la suave ondulación de sus collados. Allí estaba Argel, la temida; de allí partían los piratas para sembrar a su paso la ruina y la muerte; Argel, cuyo sólo nombre aterrorizaba a las poblaciones costeras del Mediterráneo[19]*; cueva de ladrones y bandoleros, "vergüenza de la humanidad", como la llamó Cervantes, y que ahora aparecía a su vista ocultando, a semejanza de ciertas almas, bajo la blancura deslumbrante de sus edificios y el simbólico saludo de paz de sus palmeras, el más terrible drama de la crueldad y del despotismo humanos. Cervantes soñó un día entrar en ella vencedor, y le parecía oír ya las voces de júbilo de los miles de cristianos encerrados en sus mazmorras; ahora entra cautivo, uno más en el largo cortejo de desgraciados. Bien podía llorar al verla, como dice él mismo que lloró, y con más motivo del que podía imaginar, porque nunca, ni en sus más desolados pensamientos, pudo alcanzar la verdad de lo que iba a ver y padecer".*

EL DESEMBARCO

"Aunque para ciento seamos uno,
avance el batallón más oportuno,
y conozcan los moros en campaña
que les sobra valor a los de España"
[Comedia famosa, breve y compendiosa: "La conquista de Argel", Jornada tercera, selección de Teófanes Egido, 1973: 272]

Lamentablemente el mal tiempo reinante en el mar, como se describe con cierta extensión en **El Escrito**, impidió que se iniciara el operativo hasta el 6 de julio, así que lo poco que quedaba de sorpresivo a la acción, se perdió por completo, pues la flota de ataque estuvo frente a Argel, a la vista de los moros desde muchos días antes. Imaginemos los seis días enervantes para las tropas hacinadas a bordo de las naves, con el enemigo enfrente, conformando una masa humana, confusa por la distancia, desde la que se percibía como una blanca y gris muchedumbre que pululaba en la orilla, a la que los expedicionarios adivinaban desde lejos como gesticulante y amenazadora, mientras que detrás de ellos se presentían otros miles *"afilando las espadas y secando la pólvora de sus mosquetones"*, como dice Torner y de la Fuente (1892: 30) en apretada síntesis:

"Por fin saltó a tierra la división de vanguardia, compuesta de 8.000 hombres, y ni encontrando ninguna resistencia en la playa, el jefe que la mandaba creyó fácil apoderarse de la plaza, cuyo camino aparecía expedito, para lo que hizo avanzar sus tropas. Esta desgraciada idea le hizo caer en la emboscada que los moros habían preparado, los cuales le obligaron a retroceder, consiguiendo al mismo tiempo que se desorganizase la segunda división que se formaba en la playa, arrollada por los fugitivos. Ni el atrincheramiento que empezó allí a construirse, ni el auxilio de nuestra artillería bastaban para contener ya a los moros; no hubo, pues más solución que, previo un consejo celebrado en el instante, proceder al reembarco, operación que se llevó a cabo felizmente[20] *con el auxilio de la marina, la que no sólo consiguió embarcar las tropas y el tren de artillería, sino también a los 3.000 heridos, que además de 460 muertos tuvieron nuestras tropas"*[21]. Así acabó la malhadada expedición a Argel, en el curso del día el 8 de julio de 1775[22].

El tema del intento de invasión a Argel –ese lamentable ejemplo de absoluta incompetencia militar de quien la comandara y organizara– ha sido, en general, escasamente tratado en la historiografía

19 **Argel:** todavía pervive como un arcaísmo de origen hispano en el habla popular paraguaya y correntina (en el noreste de la Argentina), donde es frecuente el uso de la palabra **argel** como sinónimo de **cruel**, causante de desdicha, provocador de desgracia y mala suerte, amargo. También de sus derivados **argelar** (atraer la mala suerte sobre algo o alguien) y **argelado** (desdichado, con la desgracia como compañera).

20 Torner y de la Fuente (1992) brinda una visión aunque veraz en conjunto, optimista y muy leve en la valoración de los actos mayores del frustrado ataque. El reembarco de las tropas no puede ser calificado de "feliz", pues las lanchas fueron insuficientes, se ahogaron soldados al tratar de abordar esos transportes hacinados, se abandonó a los heridos en la playa sin que se usaran las escasas parihuelas que se contaba, y todo se hizo con tal desorden, que el primer cuerpo desembarcado rompió el orden del segundo al huir precipitadamente y, antes de ello la orden de tiro emitida para todos los integrantes de la formación de combate, de a seis en fondo, significó, lisa y llanamente como lo describe **El Escrito**, el fusilamiento por la espalda de quienes estaban en las primeras filas. En las **Reflexiones…** se reitera esta situación.

21 A pesar de esta valoración optimista de Torner y de la Fuente (1892), y de acuerdo con la documentación revisada en el Archivo Nacional de Madrid, se sabe que el reembarco no fue total, no lo fue para los muchos heridos que fueron rematados en la playa y para los muertos cuyas cabezas decapitadas se exhibieron en Argel en los días siguientes a la batalla, tal como se describe más adelante.

22 Esta breve descripción de Torner y de la Fuente (1892) es muy moderada y poco realista. Deja de lado el hecho de la espera de días en el mar sin que se formularan planes de desembarco, designando la playa en la que se realizaría, y sin utilizar en pleno la capacidad de fuego de los navíos que dejaban moverse a gusto por las playas a los argelinos. Dominando el paisaje, la fortaleza de la Kasbah se mantenía prácticamente inaccesible debido a la distancia que había que recorrer por terreno empinado para llegar a ella. Mediante su artillería y el fuego de los tiradores apostados en las almenas creaba un campo mortífero para el avance, que sólo pudo haber sido superado por el bombardeo naval, que sin embargo no se realizó pues faltaron las órdenes correspondientes.

española. Por ejemplo, en su extensa revisión bibliográfica acerca de la época del reinado de Carlos III, Aguilar Piñal (1988), sólo brinda acerca de la guerra de Argelia de 1775, unas pocas referencias, ninguna de ellas de carácter abarcativo sobre el tema.

Se ha especulado mucho acerca del número de bajas sufridas por las fuerzas españolas en la operación y las cifras ofrecidas oficialmente no parecen muy fiables. El viajero e historiador inglés, mayor William Dalrymple (1777[23]), quien estuvo presente en el teatro de las operaciones y suministró en su relato sobre los hechos de la campaña, una lista de las bajas acaecidas en las fuerzas españolas, siendo la misma superior a la oficial, pues da cuenta de 1.300 muertos y de 3.000 heridos de gravedad.

Retornando al escenario bélico, lo cierto es que muchos de los barcos artillados españoles no dispararon ni un tiro para apoyar el desembarco: hubo descoordinación y eso generó una respuesta caótica en la medida en que el intento de establecer una cabecera de playa se desplomaba. La actuación personal del general O'Reilly es evidente que fue desastrosa. No se construyeron las necesarias fajinas[24]. Los heridos quedaron abandonados, con poca y mala o casi nula asistencia médica, la que no se podía brindar debido al escaso número de cirujanos embarcados y a la exigua capacidad de los espacios destinados a hospitales de campaña. Se intentó ocultar la deficiente dirección de la expedición y también a todos los equívocos que la rodearon, incluso se impartieron órdenes oficiales de silencio para no dar más trascendencia a los hechos.

Existe consenso generalizado en la mayoría de los historiadores acerca de la existencia de un descontento general militar durante la época de Carlos III. El mismo viene de lejos, seguramente desde las guerras del cambio dinástico y se relaciona con ciertos "usos" a los que sometió el poder a las fuerzas armadas[25]. Pérez Picazo (1966, I: 26) opina que a partir del ascenso a la corona por parte de la estirpe borbónica en el siglo XVIII, la realeza tuvo una actitud de acercamiento hacia las clases medias, pues

"...en su seno buscó el nuevo gobierno los hombres necesarios para reclutar el personal de los consejos intentando apoyarse en ellos para oponerse al intratable partido de la oposición organizado por los Grandes [señores nobiliarios]. *Los militares y los funcionarios en masa fueron captados por este sistema...".*

De la presencia y la acción de esos estamentos, no siempre exitosa y a veces con motivaciones oscuras, derivó el hecho de que el ejército en general, pagara un alto precio institucional por las situaciones tensas y por las políticas desacertadas de las facciones a las que apoyaron. Pero, avanzado el siglo y ya bajo Carlos III, apareció con nitidez un bien definido "tinte político" en las disidencias entre las facciones que disputaban el poder, protagonizadas por un lado con las acciones del partido aragonés del conde de Aranda, y que actuaba con cierto y bastante precario acuerdo con el ministro Grimaldi. Por otro lado estaba la facción encabezada por el aristócrata asturiano Campomanes, y también por los llamados golillas quienes fueron los finalmente triunfantes con el ascenso de Floridablanca, después de la malograda campaña, cuyo fracaso

"... animará a las [disidencias] que se produzcan, por ejemplo, con motivo del desastre de Argel y [de la responsabilidad protagónica del general] O'Reilly, con tonos acerados contra el gobierno de Grimaldi[26], y que jugaron un buen papel en su caída" (Egido López, 2002: 325).

Coincidentemente Lluis Roura i Aulinas (2002: 210), percibe claramente la existencia de intenciones políticas entre los factores subyacentes de tal descrédito: *"Evidentemente tampoco era ajeno a dicha campaña de desprestigio el interés político de los "arandistas", que no desaprovecharon la situación para desgastar a los "golillas", máxime en un momento en que parecía que aquéllos podrían reforzar su peso gracias a*

23 El artículo del mayor William Dalrymple, apareció como un capítulo en la obra de Swinbourne: **Travels through Spain and Portugal** (Londres, 1777, pp. 32, *passim*) y lleva el título: **Journal of the Spanish Expedition against Algier in 1775.**

24 **Fajinas** (=faginas, en los textos de época): denomínase así a haces de ramas, varillas o estacas, que se transportan atadas fuertemente para ser utilizadas como base de defensa de parapetos, murallas o simplemente de acantonamientos militares en cabeceras de playa o frentes de invasión. Era un instrumento de uso corriente por parte de los ingenieros militares en la estrategia bélica del siglo XVIII.

25 Y también a ciertas características estructurales de las fuerzas del ejército entre las que se contaba notablemente la hipertrofia del generalato: así sabemos que en 1777 se contaba con cuarenta mil soldados y con trescientos veintisiete generales, entre los cuales, para colmo, setenta y siete eran extranjeros como el propio comandante supremo, el general O'Reilly.

26 Ya hemos mencionado a don Jerónimo Grimaldi, duque de Grimaldi, de origen genovés, quien desempeñó el cargo de Secretario de Estado de Carlos III, en sustitución de Ricardo Wall, desde 1763 y hasta 1776 , en que lo sustituyó otro golilla: José de Moñino, futuro conde de Floridablanca. Grimaldi fue el verdadero factor del llamado "Pacto de Familia" de los Borbones y, en consecuencia, el mayor de los responsables por la intervención de España en los últimos meses de la Guerra de los Siete Años con Inglaterra, sucesos de enorme trascendencia negativa en el asentamiento de las políticas reformistas de Carlos III.

ciertos guiños que procedían de la camarilla del Príncipe de Asturias[27], que no se mostraba muy acorde con la política practicada por Grimaldi...”[28].

El ulterior amotinamiento militar –aparentemente restringido a los oficiales– en Barcelona y en Cádiz, es muy poco conocido y se procuró atenuarlo con tratativas apaciguadoras reforzadas mediante la dispersión de los más díscolos. No se quiso acumular actos crueles del gobierno sobre las luctuosas consecuencias de la expedición y se temió sobremanera la difusión interna en España y externa en Europa de circunstancias que denotaban la debilidad defensiva del reino ante amagos de hostilidades que ya Inglaterra esbozaba nuevamente.

La tensión popular y en los estamentos políticos de la corte fue creciendo a raíz de la llamativa derrota y la vergonzosa retirada militar llevada a cabo en forma desorganizada y tras la masacre de julio de 1775. Por eso,

“Las explicaciones publicadas por O'Reilly en ***La Gaceta*** *acabaron de exasperar a los militares, que no ahorraron medios para extender las críticas sobre los responsables de aquella expedición. La impopularidad de O'Reilly y de Grimaldi se generalizó a través de la prensa[29] y la difusión de canciones, panfletos y sátiras de tono parecido a la que decía:*

Un ministro carnicero[30]
un general tamboril[31]
un fraile de trato vil[32]
y un mentecato extranjero[33]
traen a España al retortero
y han sido en esta ocasión
los que con doble traición
sin Dios, sin alma y sin ley
empeñaron nuestro rey
para hacer la expedición
[............]
Los españoles se admiran
al ver que estos malvados
están del rey amparados
y que decirlo no puedan
los oficiales que quedan
en Argel sacrificados

Estos satíricos e incisivos versos, que junto con el texto precedente, fueron tomados de Roura i Aulinas (2002: 210) y corresponden a una costumbre

27 Por esos años, lo era el futuro rey Carlos IV, en quien descansaba la confianza del llamado “partido aragonés” para retomar la posición de privilegio que habían perdido con la caída del conde de Aranda en 1776, aprovechando para ello el grado innegable de resentimiento que embargaba al pretendiente, dada la condición de apartamiento total de los negocios públicos y de las responsabilidades oficiales en que lo mantenía la voluntad de su padre. Sin embargo, el conde de Aranda fracasó en su deseo de ganarse la voluntad del futuro Carlos IV, quien le pidió suspendiera todo contacto entre ambos. Muy otra hubiese sido la suerte de España a fin de siglo si el destino hubiera otorgado al avezado conde de Aranda, al menos inicialmente debido a su edad, la supremacía que se dio más tarde al casi advenedizo Manuel Godoy en la conducción del gobierno.

28 Decía una sátira popular, contra Grimaldi y O'Reilly, compilada por Teófanes Egido (1973: 283),

“Una G. nos corta el paso,
una O. nos martiriza,
pues borrarla, que es muy fácil,
y poner una A. que rija”

expresando la esperanza puesta en la caída del ministro Grimaldi y el ascenso del conde de Aranda y, con él el Partido Aragonés, pero al caer el odiado funcionario, todo quedó servido para el conde de Floridablanca, quien ocupó su lugar.

29 Fernández de Pinedo *et al.* (1980: 243) también destacan que

“...la animosidad popular, muy dolida, se volvió contra Grimaldi con numerosísimos pasquines, letrillas, obrillas teatrales, etc....”

30 El calificativo alude al ministro Jerónimo de Grimaldi.

31 Se refiere al general Alejandro O'Reilly, cuya responsabilidad en el desastre de Argel resulta insoslayable.

32 En este caso se alude al confesor real de Carlos III, que era por entonces fray Joaquín de Eleta, al que se atribuía una influencia decisiva en la disposición final de autorizar la expedición a Argel. Como dicen Fernández de Pinedo *et al.* (1980: 243): “*... Carlos III, acaso sugestionado por fray Joaquín de Eleta, pensó en aprovechar el relativo triunfo* [el reciente en el enclave de Ceuta, contra los moros] *con otro que sería sonado: el desembarco por sorpresa en Argel...*”. Los primeros autores insisten también en la reiterada opinión acerca del papel que le cupo a Fray Eleta para que prosperara la causa incoada por la Inquisición contra Pedro de Olavide y Jáuregui, en 1776, puesto que la misma no hubiera podido prosperar sin la anuencia del Rey, que en estos casos en especial, escuchaba con asentimiento a su confesor.

33 En este caso Roura i Aulinas (2002: 210) alude al embajador de Francia en España, el marqués de Ossun, personaje al cual, a pesar de las sospechas suscitadas sobre su actuación en relación con los sucesos de Argel no perdió su cargo, permaneciendo en el mismo hasta su retiro en 1777, cuando el diplomático, *“...que está muy viejo y se considera hombre gastado”* fue llamado por su gobierno, motivo por el cual *“Carlos III, profundamente adicto a sus antiguos amigos, siente verdadera emoción al despedirse de él; no en vano lleva el marqués veinticinco años cerca de su majestad católica.” (Enrique de Tapia Ozcáriz, 1962: 322).*

muy extendida durante una época en la que las comunicaciones escritas regulares eran escasas, a veces precarias y siempre muy censuradas. En general, predominaban hojas impresas que tenían carácter anónimo y salían de plumas cultivadas, con cierto vuelo epigramático y con lucidez y agilidad en la sátira. Dado el bajo porcentaje de lectores en la sociedad española de esos años, se difundían mayoritariamente en los estratos nobiliario, clerical y burgués que estaban más politizados, puesto que expresaban así sus censuras, críticas y temores. Eran la contracara de los tan frecuentes panegíricos, loas y composiciones de alabanza de la corte. Contribuían fuertemente a la creación de una opinión pública, como la pretendía esta otra estrofa, brindada por María-Dolores Albiac Blanco (2000: 21):

O'Reilly es un gran soldado
O'Reilly es gran capitán
con todos estos dictados
O'Reilly se debe ahorcar

En cuanto a una calificación definitiva y a modo de triste epitafio para el infausto general O'Reilly, Jovellanos (1992: 168) hace una interesante digresión acerca de él, en páginas de su **Diario**, en el cual, en la entrada correspondiente al martes 1° de abril de 1794, se lee:

"El correo: murió el pobre don Alejandro O'Reilly; iba mandar el ejército del Rosellón: llegó a Bonet, junto a Almansa se sintió malo: era un tabardillo del que falleció el 23 de marzo a la una y cuarto de la tarde. Monstruo de fortuna, de quien recibió tantos favores como agravios; su talento, su actividad, sus intrigas le habían ya hecho teniente general en 1767; murió el segundo de esta clase. Ambicioso siempre de mando, desempeñó varias comisiones en América. La de Luisiana o Nueva Orleans le hizo abominable a los franceses. En 1775 tomó el mando de la expedición a Argel, dispuesta y, según dicen, facilitada por él. Tentó un desembarco sin conocimiento del país y no le pudo verificar; otro, y después de sacrificar la flor del ejército, hubo de reembarcarle en el mismo día. Este mal suceso desgració a su protector Grimaldi y le suscitó un odio público jamás olvidado; pero Carlos III le protegía, y en la desgracia halló nuevas ventajas. No sólo retuvo la inspección general de infantería, que ponía a su devoción la mitad del ejército, sino que fue nombrado Capitán general de Andalucía. Deseoso de mejorar su reputación, emprendió un famoso puente en el Puerto de Santa María; concluyóle, y el día de su estreno se vino a tierra y arrastró al río a gran número de personas, que perecieron en sus aguas; nuevas execraciones y clamores; pero mantuvo, sin embargo, su estado y aún le mejoró, nombrado Gobernador de Cádiz. Nada se le encargó en la guerra del 79, pero en Cádiz juntaba inmenso caudal, y al fin de la guerra pilló una encomienda mayor sobre otra grande que ya tenía. Al fin vino a residir a Madrid, y hecho sospechoso a Floridablanca, fue puesto en la lista de los generales proscriptos, [entre ellos] *Ricardos*[34]*, Rubí, Borguese, echados de la corte con varios pretextos. Para vencer al rey fue preciso hacerle creer que era necesario reconocer y fortificar la costa de Cantabria, y que sólo O'Reilly era digno de esta empresa. Ligero como un rayo, hizo el reconocimiento, y cuando el encargo, en la opinión de sus enemigos, debía durar años, venía ya O'Reilly a presentarse en Madrid, donde Carlos III le hubiera reconocido y premiado; pero en el camino supo de su muerte...".*

Hemos trascripto esta larga anotación de Jovellanos con el doble propósito de contribuir a mejor caracterizar al personaje y, porque además existe una relación entre dos hechos de la vida de O'Reilly que están ligados con los avatares de la carrera militar de Félix de Azara: el increíble general O'Reilly no sólo llevó al desastre la expedición de Argel, sino que tuvo a su cargo, desde el 79, el refuerzo de las fortificaciones del Cantábrico, tarea para la que Félix de Azara fue llamado en 1780 a San Sebastián, cuando la guerra con Inglaterra estaba de hecho declarada como consecuencia de la participación española en la guerra de la Independencia de las colonias inglesas de América del Norte. Más adelante retornaremos a este hecho que puede haber sido el impulso básico para que Azara solicitara su traslado a la Marina y, quizá, su partida a América.

Pero, retornando al regreso a España de los derrotados expedicionarios tras el desastre de Argel, la mayor y más directa consecuencia fue que finalmente, el desgastado marqués de Grimaldi tuvo que dimitir. Sin embargo el provecho de la cosecha no fue para el partido aragonés, que era el que había logrado apartar del escenario al detestado Grimaldi, sino para otra facción de "golillas", se trataba esta vez de la encabezada por José Moñino[35], conde de

34 Antonio Ricardos [1727-1794]: Fue un militar español nacido en Barbastro, de origen nobiliario. Entró muy joven en el ejército y por sus destacados servicios alcanzó prontamente los más altos grados. Era brigadier en 1760, mariscal de campo en 1763 y teniente general en 1770. Como tal participó en la expedición a Argel, donde fue más observador que actor, pues fue dejado de lado por el general O'Reilly y su estado mayor, debido a sus ideas de tipo ilustrado; la Inquisición lo tuvo bajo sospecha durante años. Tras esto estuvo largo tiempo relegado hasta que en 1793 se desencadenó la Guerra del Rosellón, con Francia. Bajo su dirección los avances españoles fueron notables, pero las intrigas lo hicieron retirar del frente y poco después falleció, en 1794, en Madrid, perdiéndose para España definitivamente la zona traspirenaica del Rosellón, que antaño fuera una prolongación del reino de Aragón.

35 José Moñino, era de origen hidalgo pero formaba parte de la nobleza menor y empobrecida. Su padre era un notario episcopal de Murcia. Realizó estudios de Leyes en Orihuela y su brillo personal lo llevó a ser de-

Floridablanca, lo que significó el inicio del retiro del conde de Aranda del centro del poder, y con él la decadencia del poderío del Partido Aragonés.

En lo que toca a la represión del corso en el Mediterráneo, a pesar del humillante revés de las fuerzas españolas de 1775 en Argel, hubo una nueva expedición hispana casi diez años después, en 1784, también llamada al fracaso, aunque no tan estrepitoso. Aprovechando la reciente paz con Inglaterra y el hecho de que la debilitada flota argelina sólo contaba con quince navíos. España decidió desviar una expedición programada contra la base inglesa de Jamaica hacia Argel. Participaron en esta acción bélica sesenta barcos, que sin intentar un desembarco, destruyeron la flota argelina y sometieron, durante una semana a Argel, al cañoneo naval, *"pero después de haber sufrido 400 bajas y convencidos de que la resistencia argelina contaba con el apoyo de los franceses"* (Lynch, 1999: 288), los españoles se retiraron de las siniestras playas.

Al año siguiente retornaron, otra vez sin éxito la operación, y se vieron obligados a renunciar a la guerra y adoptar la humillante resolución de pactar, "comprando" la paz por la enorme cifra de catorce millones de reales, que como lo demostraría el futuro, sólo fue un ligero paliativo para los constantes desafíos argelinos, que tan sólo menguaron el ritmo de sus acciones pero siguieron operando bajo la cada vez más desembozada colaboración logística francesa.

Como vemos, las circunstancias geopolíticas europeas y las de España en particular, ya no darían respiro a los militares profesionales, y si Félix de Azara pudo haber aprovechado después de su herida casi cinco años de recuperación física y de labor sosegada, de ahora en adelante, aproximado ya 1780, no habría casi lugar para otra cosa que la guerra en el horizonte cercano que se le presentaba.

FÉLIX DE AZARA, HERIDO Y EN ALTO RIESGO

"Que me haya de tocar en todos los destinos el hallarme en las peores ocasiones parece una suerte decidida que me persigue..."

[**De una carta del conde de Aranda a Manuel de Roda, desde París, el 6 de junio de 1774**, transcripta de Jesús Pradells Nadal, 2000: 144]

Aunque ya hemos formulado algunas consideraciones al respecto en un artículo previo (Contreras Roqué, 2006b: 170), vamos a desarrollar particularmente este tema porque le atribuimos un papel de extrema importancia en la vida de Félix de Azara. Pero, primeramente debemos destacar lo señalado en el mencionado artículo, en cuanto a que la mayoría de las biografías dan al suceso como un hecho anecdótico, al que se cita casi circularmente, es decir, los diversos autores repiten, como una suerte de fórmula obligada, su participación en este infortunado suceso militar, sin atribuirle más consecuencias colaterales y sin mayores reflexiones sobre el caso, que algunos comentarios acerca de la herida y su curación pero, al hacerlo tan limitadamente, no se asume lo decisivo que tuvo que ser en la vida de un hombre de su origen y formación, toda la serie de quiebres provocados en él por la aventura argelina.

En primer lugar Félix de Azara fue una de las 5.000 bajas habidas en ese desdichado par de jornadas, y entre las mismas se contó entre los 3.500 heridos graves recogidos en el sitio de la acción, al punto que pudo haber sido dejado tendido en la playa africana como muerto –y de ese modo, morir poco después, posiblemente como sus compañeros abandonados en iguales circunstancias–, quienes inmovilizados por sus heridas estaban totalmente indefensos: muchos de ellos fueron rematados, degollados y decapitados y al día siguiente se exhibieron sus cabezas en Argel a modo de trofeo. A él no

signado, muy joven aún, procurador del Consejo de Castilla y, más tarde Alcalde de Casa y Corte. Desde 1763 ascendió como segundo fiscal del Consejo. En 1772 su designación en carácter de Embajador en Roma lo acercó a José Nicolás de Azara, quien ya estaba en Roma, y ambos se vincularon en la gestión ante el papado para consumar la extinción total de la Compañía de Jesús. Roura i Aulinas (2002: 211-212) se refiere a él en una acertada caracterización sobre la cual vale la pena extenderse pues el ascenso de Moñino marca la inflexión entre una etapa inicial del absolutismo ilustrado español y otra con marcados signos diferenciales: *"El hecho de que él mismo [Moñino] se supiera menospreciado por la aristocracia a causa de su origen humilde reforzó en él su conciencia de golilla, a la vez que le llevó a acentuar su carácter receloso (tratando los asuntos únicamente por escrito) y solitario (procurando controlar directamente todos los asuntos de gobierno). Si a ello añadimos una gestión autoritaria, no debe sorprender que llegara a despertar odios que propiciaron las calumnias y el atentado, de los que él mismo fue víctima destacada. Una realidad que contrastaba con la entera confianza que supo ganarse de Carlos III, gracias sobre todo a su gran capacidad de trabajo y a su respetuosa fidelidad. Eran las dos caras del personaje que ya en su momento retrató el embajador ruso" (...) "Por una parte ve usted* [en él] *un hombre honesto en el sentido pleno de la palabra, lleno de justicia y abnegación, capaz antes de arruinarse cumpliendo su deber que de amasar riquezas. Este hombre es extremadamente considerado con sus amigos, un padre de familia modelo, un verdadero ciudadano. Por otra, queda uno sorprendido al ver con frecuencia en él mucha crueldad, un espíritu vengativo y, sobre todo, una exagerada predilección por los empleados* [más serviles]*... Nadie puede vanagloriarse de tener ni un poco de su confianza o de haber sido destacado por él... Todo el mundo temblaba ante él."*

le sucedió eso debido a una serie de circunstancias casi providenciales.

Debemos al médico paraguayo Héctor Dami Cañisá, una valiosa cooperación con sus comentarios y sugerencias en la interpretación patográfica de la herida de guerra de Félix de Azara, acaecida en la playa argelina. Es probable que el agente de la lesión se tratara de una antigua bala de mosquetón: una bola de plomo de grueso diámetro –de ahí su escasa penetración– forrada de cobre. La misma debe de haber impactado con cierto sesgo oblicuo, de derecha a izquierda, cerca del borde externo del plastrón costal izquierdo, en la zona precordial a la altura de la tetilla correspondiente, es decir en el área inmediatamente por delante del corazón y de los grandes vasos que de él emergen. Al golpear una costilla antes de su inflexión hacia atrás en el flanco torácico, debido a una razón fisiológica –la víctima iba a la carrera por la playa– esa costilla estaba más curvada hacia delante, la bala se detuvo incrustada en un hiato que abrió en la costilla ejerciendo la fuerza de su impacto hacia atrás y afuera, razón por la que el hueso se partió en varios trozos y –tal vez– en algunas astillas que quedaron in situ, pudiendo algunas perforar la piel y aflorar.

Afortunadamente, ninguna esquirla costal perforó la pleura o interesó el pulmón, lo que hubiera hecho aún más grave la herida. En su tratamiento inmediato el cirujano –o su reemplazo pues casi no los había– habría limpiado la herida, ya que la bala había sido extraída en la propia playa, procurando detener la sangría y, tal vez, habrá también resecado algún trozo costal más accesible para traccionarlo hacia fuera. Pasado el estado de choque de origen traumático y dependiente también de la intensidad y cuantía de la hemorragia, se habrá dejado la herida rellena con hilas y posiblemente con algún elemento cauterizante, y después cubierto con vendaje. En esos casos la recuperación es relativamente rápida en un organismo fuerte y joven como era el de Azara. Pero, quedaban retenidos los fragmentos costales, que originaron, al infectarse su espacio medular, un cuadro crónico pulsante de osteomielitis, con secuestros sucesivos. Eran episodios dolorosos en los cuales se crearían focos purulentos que se abrían al exterior, provocando la salida o permitiendo la extracción del resto costal causante más los desechos de los tejidos maltratados próximos al fragmento óseo. Debió pasar casi una década para que lograra eliminar completamente los restos infectados y se recuperara por completo.

Esta interpretación difiere de la que brinda Julio César González (1944: XV), quien si bien se basa en testimonios tan indirectos como lo que pudiera haber comunicado Agustín de Azara, nacido un cuarto de siglo después de la batalla, al plumífero Castellanos de Lozada, es anatómicamente menos fiable y resulta casi inverosímil, puesto que, si se piensa en una bala del calibre de las de un mosquetón que, habiendo entrado por la tetilla izquierda, atravesara el cuerpo hasta quedar alojada en una costilla (seguramente en la zona opuesta a la de entrada del proyectil, en "la espalda"). No hay explicación de por qué el proyectil no haya perforado la pleura y los pulmones –o lo que sería mucho peor, el mediastino con elementos anatómicos vitales del sistema circulatorio– provocando, en la primera alternativa un gravísimo neumotórax (colapso del pulmón izquierdo), tal vez fatal en esas condiciones; y –de haber atravesado el mediastino– no habría dejado alternativa de salvación al lastimar el corazón o a los grandes vasos sanguíneos. Dice González:

*"Fue alcanzado por una gruesa bala de cobre que le entró por la tetilla izquierda atravesándole sin llegar a interesar órganos vitales, hasta la espalda, hacia donde las costillas desviaron su trayectoria. La herida provocó una gran hemorragia, quedando por muerto en la playa. Desangrábase don Félix cuando un marinero advirtió que se hallaba con vida y con notable audacia le extrajo el proyectil con un cuchillo tras romperle la tercera parte de una costilla[36]. Visto por su coronel, conde de Fuentes, que le profesaba afecto y simpatía, ordenó que fuera conducido a su nave. Solícitos cuidados devolvieron la vida a don Félix, "**pero a pesar de esto y de los buenos facultativos que le trataron, tuvo abierta la herida hasta enero de 1776, y aún después le costó mucho curarse completamente de tan peligroso golpe"**.*
El texto resaltado con negrita es de Castellanos de Losada (1847, II: 225, 227), quien puede reflejar la tradición familiar, aunque no se puede descartar su propio fantaseo, al que era tan propenso.

Por su parte Walckenaer (1923: 15), dice:

"...esta herida estuvo cinco años sin cerrase y se volvió a abrir aún cinco años después, estando en América y todavía salió, por ella otro pedazo de costilla. Desprovisto de socorros de la ciencia se curó prontamente sin aplicarse ningún remedio".

36 Esta terrible injuria física adicional a la herida, se debió a un prejuicio médico de la época, que asignaba gran parte del poder mortífero de las heridas de bala, a la supuesta condición venenosa de los restos de pólvora que la acompañaban. Por eso, se consideraba de inmediata y vital urgencia extraer el proyectil. Recién las investigaciones del célebre cirujano inglés, John Hunter [1728-1793], dadas a conocer en su obra publicada póstumamente en 1794: **A treatise on the Blood, inflamation and Gun-shot Wounds,** permitieron descartar por completo esa creencia empírica y equivocada, que más de una vez habrá ocasionado accidentes mortales. La maniobra realizada por el audaz y solícito marinero con Félix de Azara, aún bajo fuego enemigo, con un cuchillo y con la premura y poca higiene del caso, muy bien pudo haber desencadenado una hemorragia mortal. Esto refuerza nuestra hipótesis acerca de la verdadera naturaleza de la herida que sufriera el joven ingeniero en la playa argelina.

Es posible que este último referente, también poco fiable, opine por recuerdo de conversaciones personales con Félix de Azara durante su estadía en París, o por confidencias propias vertidas en su correspondencia ulterior (no hay nada documental al respecto), pero desliza un grueso error pues, a los cinco años de su herida, en 1780, estaba Félix de Azara todavía en España, y por la falta de recursos asistenciales que le rodeaban en el episodio de la costilla, es posible que eso fuera en el Río de la Plata o en el Paraguay, es decir a los siete años o más de su lesión.

Mientras recuperaba su comprometida salud tuvo noticias Azara de las declaraciones del general Alexander O'Reilly, que era tanto el favorito del ministro Ricardo Wall[37], como el ejecutor de las órdenes del Secretario de Estado, don Jerónimo de Grimaldi, duque de Grimaldi, responsabilizando a la cobardía de las tropas españolas por el fracaso militar ante el objetivo argelino. Eso motivó, como ya señalamos, que los oficiales de Cádiz y de Barcelona –sus propios camaradas– se amotinaran como manifestación de protesta. También acrecentó el desprestigio público del estamento militar, que ya estaba bastante difundido en esos años en toda España[38], desde los tiempos de la Guerra de la Sucesión, terminada en 1714.

Lo evidente es que no existe nada más que arroje luz sobre el tema. Lo sabemos desembarcando en la primera oleada del ataque, herido mientras avanzaba en la playa, curado de emergencia y retirado de la playa, presuntamente hacia la nave del conde de Fuentes. Después de eso, nada en absoluto hasta retomar a nuestro protagonista meses después, ya empeñado en tareas profesionales en Cataluña. Hasta la gravedad intrínseca de la herida o potencial debido a las circunstancias entornantes, no caben más que suposiciones

CONVALECENCIA

"Se tiene experiencia de la vida cuando, de alguna manera, se ha visto ya la espalda de las cosas, ¿significa esto necesariamente "estar de vuelta"? Yo creo que no hay en el fondo mayor ingenuidad –más grande inexperiencia– que creer que se está de vuelta; porque mientras se vive ***siempre se está de ida****. Precisamente la vida consiste en ir hacia adelante, mientras dura y por eso es, a un tiempo, futurición, y previsibilidad, irrevocabilidad. Se puede estar de vuelta de* ***cada cosa.*** *La vida es un movimiento de ida y vuelta, hacia las cosas y desde ellas, nuevamente, hacia la vida misma, y como ésta se hace hacia el futuro, ese "volver" es un paradójico "volver hacia adelante". Dicho con otras palabras, las experiencias individuales se van decantando en un fondo común. Hay, pues, una doble operación que engendra la experiencia de la vida: la ejecución de las muchas experiencias singulares, que llamo experiencias de cosas, y la decantación de ellas en ese remanso en que adquieren configuración y significación"*

[De: **Un escorzo de la experiencia de la vida**, Julián Marías, 1969: 115-116]

Muy poco es lo que conocemos acerca de la suerte de Félix de Azara inmediatamente a su herida y después de la curación de emergencia por parte del noble y audaz marinero que se atrevió a extraer el proyectil en pleno combate. El hecho de la prisa en extraer la bala, era debido a la creencia que detallamos en la nota precedente y muy corriente de que el proyectil –de permanecer en el cuerpo– intoxicaba al herido: a menudo esas extracciones agravaban el desangrado, pero en el caso de nuestro protagonista, el cuerpo extraño debía hallarse a flor de piel, y bien palpable desde el exterior, así que habrá bastado un decidido corte para extraerla y la ausencia de grandes vasos en el área peri-costal fue un factor para el peligro extremo de desangrado. .
Tampoco sabemos acerca de si Félix de Azara se mantuvo consciente o en un estado de choque sin noción de los acontecimientos externos. Menos aún conocemos acerca de cómo se lo embarcó (seguramente en brazos de algún soldado o marinero), y en qué barco se lo transportó. Posiblemente se le dio un trato relativamente privilegiado y fue de los primeros que zarparon hacia Alicante, donde como veremos en **El Escrito**, se estableció el primer Hospital de Sangre, recibiendo trato de oficial. Pero, no sabemos si se contó entre los que fueron ulteriormente trasladados para su curación final a Cartagena, pues en la diminuta Alicante de 1775,

37 Aunque el propio Carlos III rechazó desprenderse definitivamente del que había sido su comandante militar en la expedición a Argel, el general O'Reilly debió alejarse de la jefatura del Ejército y fue designado para ocupar el cargo de Capitán General de Andalucía, el mismo que hasta 1776 había sido desempeñado por Pablo de Olavide y Jáuregui, pero finalmente Floridablanca logró cesarlo en sus funciones en 1785.

38 Dice al respecto John Lynch (1999: 278): *"La mayoría de los españoles mostraban una actitud de rechazo hacia el ejército. Éste, aunque era muy poco atractivo en muchos sentidos, ofrecía una ventaja, el fuero militar, privilegio corporativo que situaba a sus miembros al margen del resto de la sociedad y que era comparable al fuero eclesiástico del que gozaba el clero. El privilegio militar otorgaba a los oficiales y a sus familias el derecho a ser juzgados en los asuntos civiles y criminales por la jurisdicción militar, la exención de los tribunales civiles y de determinados impuestos (Lyle N. McAlister:* **The "Fuero Militar" in New Spain, 1764-1800,** Gainesville, Florida, 1953, pp. 5-8). *Este tipo de privilegios era típico de la sociedad española y suponía una cierta compensación en el caso del ejército, que era visto con malos ojos por los contribuyentes, los jefes de familia, los agitadores en período de escasez de alimentos, los bandidos, los contrabandistas, y en definitiva, por la mayor parte de la sociedad civil."*

y con el hacinamiento de heridos que trajeron las naves, apenas se podía pensar en una precarísima atención. Ni siquiera en su foja de servicio consta la fecha de salida del hospital, cuartel o convento en el que se lo trató. Tampoco sabemos si hubo familiares cerca (algo altamente improbable), y cuándo y cómo se trasladó a Barcelona, donde hay noticias de que estaba instalado –al menos– en enero de 1776, ya incorporado a sus tareas de servicio, y es posible que estuviera allá desde noviembre de 1775.

Como quiera que fuera, había sufrido un trauma mayor y rodeado de circunstancias trágicas, muy probablemente acompañado de una sensación de inminencia de muerte, más aún si –como médicamente es más probable en tales casos– no cayó de inmediato en la inconsciencia. En lo profundo de un espíritu las situaciones de muerte próxima son revulsivos mayores y mucho más lo eran en esos tiempos en los que subsistía una espiritualidad ontológica que otorgaba a una casi muerte, el papel de un encuentro dramático con el destino y con la idea del más allá.

Haber visto a la muerte muy de cerca y en forma súbita, constituye una experiencia excepcional para cualquier vida, pero la misma debió ser particularmente significativa en el caso de Félix de Azara, dado que se trataba de un hombre de 33 años, soltero, con un grado militar obtenido al culminar una de las carreras más difíciles y depuradas al par que modernas, en la preparación de servidores fieles y capacitados del Reino, listo para actuar como cuerpo móvil en España e Indias, como lo fue el Cuerpo de Ingenieros Militares (Torner y de la Fuente, 1892; Capel, 1987, 2003, 2006; Capel y Casals Costa, 2002, Capel *et al.*, 1983; Carrillo de Albornoz y Galbeño, 2010).

Hacemos especial hincapié en su circunstancia profesional, porque los miembros del cuerpo de Ingenieros sabían bien que sus vidas sólo eran parcialmente propias, que en cualquier momento bastaría una simple orden para ponerlos a cruzar los mares, para pasar después años o décadas en tierras lejanas o para morir en ultramar al servicio de la corona, ya sea de bala o acero enemigo, o de fiebres o pestes en algún olvidado paraje. Bien les era aplicable a todos ellos, con su eterno estar en disponibilidad, el apotegma jesuítico ***perinde ad cadaver.*** Como dice Capel Sánz (2006: 86):

"El funcionario del Estado, militar o civil sabía que podía ser enviado a cualquier lugar por orden superior. Las normas eran muy estrictas y el Gobierno tenía una máxima que el Ministro Floridablanca expresó así: "...si en España hubiere un sujeto dado pruebas de aquellas cualidades en capitanía generales de provincias o gobiernos, se los transferirá, aunque rehusase a los virreinatos o gobiernos de Indias."

Aunque sabemos poco de su vida por testimonio directo, podemos colegir que Félix de Azara realizó con voluntad y dedicación los cursos que lo habilitaron para alcanzar el grado de Ingeniero Extraordinario. Como quiera que haya ingresado a la infantería en Galicia, por voluntad propia o por imposición paterna, el hecho es que puso en juego la que sería invariablemente su conducta en la vida: aceptar el destino tal como se presentara y servir sus obligaciones con el máximo de probidad y dedicación. Por más que fueran duras las circunstancias externas, él mantenía en su interior una especie de entrega estoica al deber. ¿Cómo surgió esta disposición y con qué formas manifiestas de conducta debió conciliarla para sostener, en ambientes como el reinante en los cuartelas y asientos de tropa, en el trato con oficiales entre quienes seguramente, como suele ser de uso en esos medios, reinaban la frivolidad, la búsqueda de aventuras fáciles y satisfacciones efímeras, tras cuyo logro se consumían las horas y las energías que quedaban libres después de la prácticas marciales y las horas de academia y estudio?

La única información de que disponemos acerca del carácter de Félix de Azara en su vida cotidiana, proviene de una fuente tan poco confiable como Castellanos de Losada (1848) y se trata nada más que de unas pocas referencias a su carácter, el que habría sido jovial e incluso bromista. Insistimos que estas apreciaciones provienen de quien no conoció al protagonista, que lo escribe muchos años después de su muerte y que no cuenta con aval alguno en comentarios, alusiones o testimonios escritos de contemporáneos, pero sí con el patronazgo de su sobrino Agustín de Azara y Mata, interesado en construir a cualquier costo una imagen caprichosamente simpática de su tío, fallecido un cuarto de siglo antes.

Nuestra imagen de Félix de Azara es distinta y ha sido trabajosamente construida a través de inferencias directas e indirectas. Como ya lo mencionamos citando a Annah Arendt (1992), la aproximación ha sido más el efecto de la inversión de los rayos que emanaban de un prisma, al que llegaba un rayo de luz primariamente blanca y emergía de él descompuesta en un amplio espectro. Así entendía Arendt la posibilidad de reconstruir una personalidad de la que no quedan más rastros que su obra acompañada de algunas pocas huellas dispersas.

La obra escrita de Félix de Azara, sobre la que más adelante trataremos extensamente, permite una lectura más refinada de los rasgos internos de la persona que la gestó. Es una suerte de metalectura. No se trata del seguimiento de su estilo, de su análisis filológico o heurístico. Siguiendo la escuela de Hans Gadamer y de Andrés Ortiz Osés, es a

través de una hermenéutica como la que propone el primer autor, vinculada con la *"conciencia de la determinación histórica"*, y que permite rescatar, en alguna medida, la vida que subyace a los escritos del pasado (Fruchon, 1966[39]), por la cual hemos llegado a esas conclusiones. Ya retornaremos al tema al tratar acerca de la obra escrita de Azara, pero expondremos ahora una interpretación posible de este período de su vida, construida de acuerdo con el modelo que surge de la familiaridad con sus escritos y a través de su análisis metatextual, empleando igual tratamiento para las escasas poco más de cien piezas subsistentes de su epistolario.

Pero, antes, volvamos al período de convalecencia, al que en más de una biografía se supuso equivocadamente como tan largo que habría durado hasta su extrañamiento hacia América. Sin embargo, el período de verdadera convalecencia no duró mucho más de tres a cuatro meses, por más que el restablecimiento total de su grave herida demandara, como ya tenemos algunos indicios, hasta la eliminación total de los restos óseos de la costilla destrozada por el balazo.

El herido debió pasar los primeros días, seguramente semanas, concentrado en la curación primeriza de su seria herida, reposando, pero contaría con plena lucidez y se hallaba en condiciones de analizar, con cierta perspectiva brindada por el ocio forzado, su situación como persona, como miembro de una estirpe, como militar y más aún, como un yo ante sí mismo. Debió así de asomarse a la orientación general de su vida, sintiéndose en gran medida modificado a partir de la percepción de cuán cerca estuvo de la muerte. Quizá se vio reflejado en el renacentista speculum morti, en el espejo de la muerte, *"...en el cual cada individuo redescubría el secreto de su individualidad",* como lo expresara Philippe Ariès (1980: 41) y habrían pasado ante él, primero en el golpe y la sorpresa que lo tendió en la playa, después entre el delirio y la fiebre, y más tarde en la lucidez del desvelo, todos los acontecimientos mayores de su vida.
Tal vez vio su soledad, la infinita lejanía de todo aquello a cuanto estaba ligado vital y socialmente, incluso se vería más de una vez retornando involuntariamente a su estado de alterado de conciencia, cuando estaba tendido desangrándose en las tibias arenas estivales de la playa argelina.

En esa circunstancia pudo haber venido, acaso a auxiliarlo su formación religiosa aprendida, recalcada y amartillada en cada día de Barbuñales, en cada día de Huesca, en cada domingo o fiesta de guardar, también en el cuartel de Galicia y en la Academia de Matemáticas de Barcelona. Tal vez estaría acaso en esos días ya embargado de la semilla deísta, presuntamente sembrada por su hermano José Nicolás, o por Eustaquio, por la cual vivía con una resignación pasiva y respetuosa ante las exteriorizaciones religiosas cotidianas; pero era escéptico en lo profundo acerca de lo que no fuera una fe ilustrada en la ampliación de su conocimiento –y, por ende– de su conciencia del mundo y de su particular reconocimiento del bien, además de experimentar la necesidad de transformarse –como en la vieja tradición cátara, que llegó también al Somontano siglos atrás– en un bon homme, un hombre bueno, que podía ascender a la gracia, no por sus acciones finales, sino por la suma de su actuar en el mundo. Ya hemos mencionado previamente en un capítulo anterior esta posición espiritual de Félix de Azara, pero justamente en esta casi instancia de muerte tuvo que haber sido cuando más netamente se presentó en su ánimo la trascendencia de lo vivido y bien podemos suponer que lo hizo bajo este signo. Sin embargo, todo esto es sólo conjetura, a pesar de que aparece como una de las alternativas más probables vividas por nuestro protagonista en esas difíciles circunstancias.

Además, debemos preguntarnos acerca de ¿dónde estuvo en la etapa más dura de su recuperación inmediata, que pudo haber durado de dos a tres meses. ¿Estuvo –acaso– solo y, si no fue así, quién o quiénes lo cuidaron y le dieron afecto y apoyo en su situación? Lo más presumible, dado su estado militar y la lejanía de amigos y familiares, es que sólo estuviera ocasionalmente acompañado por camaradas solícitos, por otros militares heridos en recuperación y, más raramente por oficiales superiores o clérigos en carácter de apoyo espiritual o como confesores.

Nada sabemos al respecto, pero es de suponer que todo eso haya tenido lugar, muy probablemente en Barcelona, tal vez en Cádiz, o –con menor certeza– en Valencia, no sin pasar antes una larga semana o más de navegación tendido en un camastro, a bordo de un barco de la armada, repleto de heridos, circunstancia en la que sólo el azar apoyado por su fuerte constitución física, lo salvó de perecer víctima de una infección propia de la herida, o de las tan corrientes y peligrosísimas infecciones advenedizas, cuyo foco podría persistir en el seguramente poco higiénico y hacinado ambiente del "hospital" de a bordo o del que le aguardaba una vez desembarcado, los que, ante un concepto moderno, estaban mucho más cerca de ser morideros que centros de curación. .

Esa disponibilidad de tiempo para sí que se abrió ante Félix de Azara en el curso de su convalecencia, coincidió con el más largo descanso que hubiera

39 P. Fruchon, 1966: **Compréhension et vérité dans les sciences de l'esprit. *Archives Philosophiques,*** 1966, pp. 281-302.

gozado nunca en su vida activa, pero aún así, ese período de reposo estuvo muy acotado temporalmente, pues ni bien se puso en condiciones (realmente en condiciones a medias), pues hasta una década después de 1775 estuvo eliminando restos de la costilla que destrozara la bala argelina, sufriendo periódicas etapas de dolor y, muy probablemente mantuvo en forma constante una infección enquistada y alternativamente supurante durante años.

En tanto, fue designado para la realización de actividades propias de su profesión de ingeniero, relacionadas con la vida militar y civil del Reino. Es posible que en el primavera de 1776 ya estuviera reincorporado a sus funciones, las que debieron ser, por fuerza, livianas para adecuarse a su estado físico.

Hemos trabajado bajo el rótulo de "gravemente herido", casi obedeciendo a una tradición repetitiva, y eso responde más a una reiteración circular de dichos de terceros. Más o menos reconstruida la patología traumática de su herida de guerra, y siguiendo la trayectoria ulterior de Félix de Azara, con sus relativamente pronto regreso a las actividades profesionales, y habiendo salido tan bien librado de las peligrosísimas secuelas infecciosas, nuestra idea acerca de la gravedad de su lesión ha evolucionado. Pero, debemos referir esas consideraciones a dos planos: uno es el de las circunstancias en las que cayó víctima del balazo: tremenda confusión, centenares de hombres pasando a la carrera, tal vez hasta pisándole o tropezando con su cuerpo. Gritos, estampidos, quejidos y estertores, el ronco ruido del mar y los golpes secos y duros de los disparos de artillería, algunos cercanos. Al desplazarse el grueso de la oleada de desembarco española comenzarían a entremezclarse los argelinos y moros rematando heridos, despojándolos de armas y elementos de valor, y cercenando cabezas a modo de trofeos. Ese fue el momento más graves en el cual el ignoto marinero –tal vez obedeciendo órdenes de oficiales como el conde de Fuentes con respecto a salvar a los oficiales heridos, en especial a sus allegados–, se agachó junto a él y le arrancó con mano hábil el proyectil.

Creemos que estaba consciente, muy aturdido y que el dolor –primero sordo y ascendente–se haría sentir cada vez más intensamente. Él mismo debió de colaborar para su traslado, seguramente sosteniéndose entre los hombros de dos soldados o marineros, puesto que la segunda variable que presentamos es que si bien la herida fue de enorme riesgo por su localización y eventuales vías de pasaje del proyectil hasta detenerse en su cuerpo el hecho es que no pasó de un fuerte trauma con abundante sangrado, dolor y semiinvalidez para desplazarse por sí mismo. Sospechamos que una vez embarcado debió reposar, fue confortado con alguna bebida y de lo vendó, pero que no fue al "hospital" de sangre, que se lo atendió tal vez en alguna cámara de los oficiales y que en un par de semanas estuvo en condiciones de alojarse en alguna casa o en el cuartel para asegurar su convalecencia. Su juventud y su fuerza física y de voluntad hicieron el resto, por más que la herida siguiera parcialmente abierta y seguramente supurante.

Si nuestra hipótesis fuera cierta, no por ello habrá dejado Félix de Azara de experimentar una inmensa sacudida interior. Tal vez fue su primer encuentro con esa frontera permanente que marcha con nosotros tras la cual está la desaparición física, lo ignoto y, según se estructuraran nuestras creencias el sentido de la esperanza o el final absoluto. En un hombre de su siglo y de su extracción cultural un acontecimiento así debió de marcarle para siempre y despertar en él toda índole de cavilaciones. Si la vida humana es siempre vectorial, tiene un sentido, está direccionada hacia algo, seguramente la conmoción anímica debió de trastornar y redireccionar ese sentido. Ya no volvería a ser el de antes. En la forja de la figura histórica que reconocemos y que tiene una gran vitalidad perdurativa, algo decisivo. Hondo y denso se definió en aquel día 8 de julio de 1775 bajo el sol implacable del cielo argelino.

Apéndice documental

Diario de la Expedición de Argel

[En el Archivo Histórico Nacional, Madrid, Estado, Legajo 3598, figura este escrito, sin autor, con una indicación a pluma en el ángulo superior izquierdo de la primera página, posiblemente del siglo XIX (o anterior) que dice: "Se ignora el Autor de este Diario y ha andado esparcido por Madrid"]

El día 23 de Junio al amanecer se hizo a la vela toda la esquadra: A las 9 este día envió un levante[40] *algo fresco, y se hizo señal à todas las embarcaciones para que tomase en Puerto mas ínmediato, y todas anclaron en el cabo de la subida distante tres leguas de Cartagena, algunas Embarcaciones de Guerra se retiraron también á este cabo para su custodia, y lo 6 Navios, las 2 Fragatas repetidoras, 2 Javeques y dos Fragatas que el Gran Duque de Toscana embió al Reí para esta expedición, y se unieron el 25 permanecieron bordeando frente al cabo de la subida hasta el día 26 por la tarde que se hízo señal de Comboy paraque se incorporase, los que no pudo, ejecutar la mayor parte de él por hallarse demasiado atracado â tierra; y los Navios de Guerra, y unas 100 Embarcaciones que pudieron unirse siguieron su rumbo, y al perder de vista la costa de España se abrió un Pliego que llevaban los Comandantes de las Tropa donde se advertia el modo con que debia hacerse la guerra â los Moros, encargando con el mayor rigor la union, el no precipitarse, y guardar su formacion prometiendo premiar al que se distinguiese, y exortando â que la guerra era justa, y que se defendian en ella los derechos del Reino, cuyos parrafos se leyeron â la Tropa varias veces.*

El dia 28 por la tarde se descubrió el cabo de Tenes en la costa de Berberia, distante 18 leguas de Argel, y el 30 al medio dia largaron las Embarcaciones la Vandera Española y correspondieron de los castillos de la plaza arbolando sus Estandartes, à poco rato hicieron fuego desde 3 baterias aun Javeque no obstante de hallarse mas de una legua distante a las 2 ½ de la tarde se dio fondo en la Bahìa de Argel en 25 brazas à distancia de una legua, la casualidad de no haberse incorporado la mayor parte del Comboy, hizo mudar la formación que las Naves de Guerra habian de tener fondeadas y por esto con las que habia se egecutó de este modo.

Todas las Embarcaciones de transporte fondearon unidas detras de las de Guerra que figuraron un cuadro: en un lado estaban los cinco Navios, en lineas distantes uno de otros cinco cables[41]*: en el otro dos Jabeques y dos Fragatas, y en el otro dos Bombardas, dos Fragatas y el otro Navío y en el 4º. que miraba hacia la Mar no habia ninguna. Se halló ya â los Moros tan prevenidos para una vigorosa defensa que toda la playa estaba llena de baterias en el Pichon, y el Rio Javach habia tres campan.*[tos] *pequeños: entre el Castillo del Rio y el Castillo del medio, apoyando â un Castillo* [a] *la derecha estaba una Colina otro campamento bastante numeroso, estando sus tiendas colocadas sin orden desde la cumbre de la Colina hasta la falda, cuyo numero puede computarse de 8 â 40 y hombres à demas de esto en toda la Playa que rodea la Bahia tiendas formando como un cordon desde la punta del Pescado hasta Cabo de Montefus, cuya distancia es de 5 leguas: Toda la tarde del 30. estubo la Caballeria que acompañaba entre los Castillos del Rio y en el medio formada que ascenderían â 400 & caballos, y ádemas estuvieron corriendo por toda la Playa infinidad de Moros disparando continuamente. A las 9 de la noche con motivo del cañonazo que la comandanta tiro para la retreta se alborotó el campo enemigo de suerte que estubo cerca de una hora todo el Exercíto haciendo descargas generales empezando desde la punta del Pescado hasta Montefus. Esta noche estubieron rondando hacia la playa del moro todas las lanchas de las Embarcaciones de Guerra parapetadas y armadas con Pedreros y Tropa: el dia siguiente 1º de Julio âlas siete en la mañana se trasbodó el general acompañado de todos los demas Generales â la Fragata S.*[ta] *Clara para ir recorriendo y examinando la Costa desde la punta del Pescado hasta la Plaza*

40 **Levante:** Viento característico, procedente del este que sopla en el Mediterráneo.

41 **Cable**: unidad de longitud náutica que se utilizaba comúnmente para medir distancias cortas o profundidades en los sondeos. Actualmente está prácticamente en desuso. Su equivalencia en el siglo XVIII era, como la de la mayoría de las medidas europea: arbitraria según el país y, a veces con el tipo de usuario. La equivalencia general era de **una décima de la milla náutica, es decir 185,2 metros**. En este caso es posible que se refiera al cable español, que equivale a **120 brazas españolas, o sea 200,268 metros.**

llevando consigo quatro Practícos del terreno q.[e] habian estado cautivos en Argel, y la Fragata Garzota, y el Galeon, à cuyo bordo ivan algunos Ingenieros que se internaron mas que las Fragatas y recorrieron la Costa con mas inmediacion: Dispararon â estas Embarcaciones desde las Baterias una Bomba y un Cañonazo à mucha distancia: A las 10 de la mañana se avisto lo restante del Comboy acompañado de las Embarcaciones de Guerra que venian al mando del Brigadier D.[n] Antonio Barceló, y âlas $4^1/_2$ de la tarde entraron en Bahia y efectuose la primera formacion que se habia pensado, que consistia en que las Embarcaciones de Transporte fondeasen unidas y las 44 de guerra figurasen los quatro lados de un Cuadro quedando los cinco Navios en uno, y en los otros con segunda linea Fragatas Urcas[42], Javeques, Galeotas y el Otro Navio; lo restante del Comboi no pudo fondear hasta las 4 del dia siguiente: Esta noche del dia 1º de Julio continuaron las lanchas parapetadas y armadas en hacer su ronda acia la Playa de los Moros, que toda la noche estubieron disparando sin orden por todo el campo a las 12 de la noche salieron tres oficiales de Marina en tres chinchorros cada uno, con solo dos remos, y se acercaron â medio tiro de cañon en la Playa y fueron recorriendola toda, y sondeandola y hallaron diez Brazas de fondo: El dia 2. por la mañana salio el Galion areconocer otravez la costa con 4 Ingenieros para rectificar el plano de todas ellas: Todo el terreno esta rodeado de colinas, cuyas faldas terminan por una parte con quasi en la misma lengua del agua, y por otra dejan una corta llanura hasta la orilla del mar, está todo lleno de cienArboles, matas grandes y Caserias: Desde la Punta del Pescado hasta la plaza que dista poco menos de una legua hai dos Fuertes de Figura quadrada: en la misma punta otros tres quasi de esta Figura, pero diversa magnitud, colocados por toda la extension hasta la Plaza, y 3 Baterias baxas quasi âla flor del agua, las mas ínmediata âla Plaza en 16 cañones de la figura de un arco de círculo concabo y las otras dos rectas: Sus murallas en la Plaza que miran al mar estan todas coronadas de cañones en bateria, y en la Linterna[43] que se abanza bastante de la muralla hay una bateria alta, y debajo otra con bobeda: el n.º de Cañones que habrá en esta muralla pasa de mas de 200 todos de bronce del calibre de 36 y 40 las murallas que miran a tierra no tienen defensa considerable: La Ciudad esta en un Amfiteatro perfecto mui unidas las casas: El Castillo del Emperador la domina, llamase de este nombre por haberle construido Carlos V el año de 1541 en que desembarco en Cabo Montefus con 30 [mil] *hombres. Desde la Plaza hasta el rio Javach esta el Castillo de Chevit, y 4 Baterias mas, desde el rio Javach hasta Cabo Montefus, hai dos Castillos y dos Baterias. Esta tanformidable defensa tan poco esperada con que hallamos à los argelinos, y lo desigual y quebrado del terreno hizo mudar â n.[tro] General tres veces el parage donde debia hacerse el desembarco, hallandose tan confuso con la distinta síituacion que presentaba el terreno àla que se hallaba en el plano que trahia que estubo indeciso por mucho tiempo sin atreverse à determinar el sitio del desembarco:*

El dia 3 se dió orden paraque al amanecer del dia sig.[te], 5 Navios, 9 Fragatas y 6 Javeques batiesen los Castillos, y Baterias q.[e] hai desde la Plaza al rio Javach, y despues de quitados sus fuegos se hiciese el desembarco en la Playa occidental del Rio, pero un levante que entró la tarde del dia 3, agitó la mar en tal extremo que hizo impracticable el desembarco.

Dia 4. siguió el mismo levante, y mudando nuestro General su idea, quizá por reflexionar la temeridad de desembarcar 20 [mil] *en una Playa llena de Castillos, y Baterias, guarnecida de un numeroso Exercito, y defendida dela misma naturaleza por las montañas que la rodean pensó en otra mayor, dando ordenes paraque al amanecer del dia siguiente se hiciese el desembarco en la Playa de la Mala Mujer, distante tres leguas de la Plaza acia Este, para esto se determino que cinco Navios 4 Fragatas y 3 Javeques batiesen los mismos Castillos y Baterias que el dia 3 se les señalo, llamando con esto la atencion de los Enemigos, y obedeciendo la idea del desembarco, y al mismo tiempo executarla en la Playa de la Mala Mujer, protegído de 9 Fragatas, 6 Jabeques y las 6 Galeotas pero faltando e viento terral, se ímposibilito la salida, y no tuvo efecto este proyecto.*

---

42 **Urca**: Se dio este nombre a un tipo de embarcación equivalente en sus funciones y navegabilidad a una fragata pero más perfeccionada. Es una nave de gran calado y muy ancha en el sector central. Su eslora alcanza o supera los cuarenta metros. Servía para guerra y uso civil, con gran capacidad de carga. En tiempos de paz se desmontaban los cañones y ampliaba su capacidad de transporte de mercancía. Fue el producto de la evolución de las naves de carga medievales con ciertos elementos adoptados de las embarcaciones vikingas. Fue usada por españoles, holandeses e ingleses. Hacia fines del siglo XVIII cesó su uso. Se impulsaba a vela y tenía una gran arboladura con dos grandes mástiles principales.

43 **Linterna:** Tipo de estructura arquitectónica en palacios, templos y edificios monumentales o cuartelera en bastiones, baluartes y castillos consistente en una especie de torre adelgazada, con aperturas laterales con o sin vidrios, que sobresale de los techos, murallas o torreones. A menudos la linterna “se avanza” de los muros adelantándose como punto de mira o de fuego, usando las aberturas a modo de aspilleras para los tiradores allí apostados. En las del castillo de Argel se había dispuesto alguna forma de artillería liviana.

No puede menos de estrãñarse el atentado de hacer un desembarco en una Playa distante tres leguas de la Esquadra y 5 de la Plaza, siendo imposible mantener la comunicación con las Embarcaciones, y operar con un Exo.[to] *de 20* [mil] *hombres, pero la poca noticia que se llevaba de las fuerzas de los Enemigos, y dela Situacion del Terreno, motivaban esta contrariedad de ordenes.*
Dia 5 viendo el General la inaccion en que estabamos à vista del enemigo, se confirmo la orden dada para hacer el desembarco en la Playa occidental del rio Javach, y en este dia le ocurrio la construccion de Planchas para la conduccion de Cañones, registro preciso para proteger al pronto desembarco en la Playa Enemiga, pero tal era la confusion y variedad con la que se distribuian las ordendes.

Dia 6 se mando âlos Navios que en aquella misma tarde se situaran a medio tiro de cañon para empezar à vatir los Castillos y Baterias, y quitar sus fuerzas con el designio de hacer el desembarco al dia siguiente: el Navio S.[n] *Joseph àlas 3 $^{1}/_{2}$ de la tarde, fondeó en medio de dos Vaterias la una que miraba âla Mar, que constaba de 8 cañones y la otra âla Playa, y empezó à hacer un fuego vivissimo para desmontar su artilleria, correspondieron de todas las Vaterias que habia en la Playa ala ínmediacion del S.*[n] *Joseph, habiendole roto el primer cañonazo el cable con que dió fondo, por lo que tardó algo en acoderarse*[44]*, pero ya situado a menos de medío tiro de cañon uso de sus fuegos con la ma.*[or] *viveza, y estubo solo el Navio mas de quatro horas, habiendo quasí logrado desmontarle la bateria.*

Viendo el General de la Escuadra que el fuego se habia roto con anticipacion, y que el Navio estaba ya empeñado, envió orden paraque el Oriente y las Fragatas Toscanas pasasen à vatir la Fortifricacion inmediata; despues de tres horas de combate del Navio S.[n] *Joseph, llego el Oriente y empezó sus fuegos à tanta distancia que hacia poquisimo efecto à sus Enemigos, pero las Fragatas Toscanas desempeñaron esta comision con el mayor lucimiento, impidiendo â los enemigos el paso desde su campamento. Los Moros sacaron de la Plaza algunas lanchas con Morteros y hecharon algunas Bombas al Navio S.*[n] *Joseph y 13 Galeotas con el designio de embestir à este Navio, pero todas estas Embarcaciones se retiraron luego âla Playa porque el Navio hecho â pique una Galeota, y ademas se destacaron contra ellas, todas las 6 Galeotas Morâs mas, y el Galeon sostenido de dos Jabeques.*

Al anochecer ceso el fuego de una y otra parte, retirandose de orden del General el Navio y las Fragatas, habiendo quedado el Navio S.[n] *Joseph mui estropeado del casco, y arboladura, teniendo cinco balazos que pasaron el costado del Entrepuentes, algunos que dieron à la lumbre del agua, y 25 que dieron en el costado habiendo pasado los 3 masteleros inutilizados los que tenian de repue.*[to]*, y maltratado el velamen, antes de dar fondo 3 muertos y 17 heridos, 1 muerto en las Fragatas Toscanas , y roto el azafran*[45] *del timon del Oriente.*

Dia 7 este dia al amanecer debia efectuarse el desembarco pero por no haber concurrido todas las Lanchas con la Tropa al costado del Comandante, determino el General suspenderlo, haciendo que en tanto este dia se comisionasen Oficiales de Marina paraque à las 9 de la noche se embarcase la Tropa, y quedase formada por Brigadas âla Popa del Navio Comandante, como en efecto se ejecuto.

Causa la mayor estrañeza ver la inutilidad de operaciones [del] *dia 6 con no pequeños sacrificios el S.*[n] *Joseph, pues siendo el principal objeto quitar los fuegos delas Vaterias que los enemigos tenian en la Playa, debian para esto haberse unido las fuerzas de todos los Navios con la aproximacion posible conservando à pausas el fuego durante la noche para no permitir que los Enemigos reparasen en sus Vaterias y se hallasen en estado de defensa el dia sig.*[te]*, como acaeció en efecto con la qº vatío el S.*[n] *Joseph: No puede tampoco penetrarse la inacción en que toda la Escuadra estubo el dia 7., debiendo en este dia haber continuado el fuego delos navios con mayor vigor para acabar de destruir sus Vaterias, y facilitar el desembarco del dia siguiente.*

El dia 8 al amanecer se hallaban ya àla Popa del Navio Comandante formadas por brigadas las Lanchas del desembarco. Los Navios S.[n] *Joseph y Oriente* [estaban] *colocados frente a la Vateria expresada al abrigo de ellos dos bombardas para arrojar Bombas a la Vatería misma; seguianse acial rio Jarach el Javeque Lebrel y Gamo, desde estos àlas Embarcaciones que seguian mediaba el Espacio donde devia hacerse el desembarco: continuando la linea estaba otro Jabeq.*[e] *y las dos Fragatas toscanas con mas ínmediacion a la Playa q.*[e] *él; con el objeto de impedir el paso âlas Tropas que se hallaban acampadas, seguian la linea dos Javeques frente del rio Jarach, yle cerraban el Navio*

---

44 **Acoderar:** el Diccionario de la Lengua dice: presentar en determinada dirección el costado de un grupo fondeado, valiéndose de coderas o sea, cabos gruesos con que se amarra el buque por la popa a otra embarcación, a una boya o a tierra para mantenerlo presentando el costado en determinada dirección. En este caso el sentido es que cortada una de las coderas, el navío se enderezara en la misma orientación en que antes se había dispuesto. Para evitar daño a los cascos, se colocan defensas entre los dos.

45 **Azafrán**: en su cuarta acepción del **Diccionario de la Lengua** es el madero exterior que forma parte de la pala del timón y se une con pernos a la madre del mismo.

S.[n] Rafael y Diligente âla Izquierda del rio, batiento un fuerte que estaba bajo el campamento formada la linea segun queda explicado.

Se dispuso que àlas 3¹/₂ dela mañana vatiesen estas embarcaciones los Castillos y vaterias, y al mismo tiempo por en medio de los Castillos que se vatian marcharon las Lanchas de Tropa con 6 cañones un Vatallon, y 3 [cañones] *de a 12 que iban en planchas, precedidas de 6 Galeotas, y dos Lanchas cañoneras, y protegidas del fuego de estas Embarcaciones desembarcaron sin la menor resistencia en la Playa occidental del Rio, formose la Tropa en orden de batalla à 6 de Fondo como se habia prevenido haciendo martillo por dos lados.*

El terreno donde se hizo el desembarco consiste en una playa arenisca poco dilatada que insensiblemente va ascendiendo hasta la cumbre de una colina que la domina toda: hai en este terreno muchas desigualdades y barrancos que no se advierten hasta estar encima, está todo lleno de arboles tan espesos que en alguna parte forman un verdadero bosque siendo infinitas las matas grandes, higos chumbos cañizares y casas que hai esparcidas por toda la Colina.

El General presenció la formacion dela Tropa en la Playa, y mandó atacar [a] *un corto numero de Moros que visto el movimiento de nuestras Tropas se retiraron como huyendo, siguió el abance al toque de caxa haciala Montaña con el designio de apoderarse de una casa que estaba al otro lado de un barranco, yla mayor parte de estas Tropas quedaron sobre el campo al fuego del Enemigo, que sin dar objeto, se preservaba detras de una mata en distintos Pelotones, cuyo mayor numero era de 8 â 10. A pesar del destrozo que sufrimos se sostubo el ataque con la mayor constancia despreciando latropa la muerte y perdida de sus compatriotas, y deseando solo ser Victima enla obediencia: Remplazose el numero de muertos y heridos con la Tropa del segundo desembarco, que para unirse à sus Brigadas, fue preciso pisar los cadaveres de los mismos compañeros: con el mayor ardor se rechazo a los Enemigos que por derecha é ízquierda hicieron dos ataques; Protegida n.[ra] tropa una Tropa del fuego de los cañones de*[l] *vatallon, y delas Tropas ligeras, que con increible ardor hicieron con su modo de hacer la guerra mucho destrozo en el enemígo que por ínstantes se debilitaban las fuerzas del Exercíto que abanzaba, y era ya tanta n.[ra] perdida que las Lanchas que condugeron la Tropa del segundo desembarco bolvieron âlos Hospitales llenas de heridos.*

La poca disposicion que para estos infelices habia causaba el mayor dolor, habiendo puesto à toda la Tropa en consternacion, ver los heridos tendidos por la Playa sin haber un cirujano que les tomase la primera sangre, teniendo que meterse en el agua hasta el pecho para poderse embarcar en las lanchas que los conducian â los Hospitales, en donde no se halló mas prevencion que para 400 [heridos]. *Fue tal la multitud que cargo [el barco hospital]de heridos que solo los primeros lograron el alivio de la cura, pues los demas los dejaban en la primera embarcacion donde no se hallaba Cirujano, ni botica, y hubo infinitos que se mantubieron dos dias enteros tendídos encima dela Cubierta sín curarlos, y algunos que muríeron desangrados en la misma Playa por no haber quien los socorriera sin que se eximieran de esta infelicidad, ni aun los mismos Oficiales, crueldad que en las Naciones mas barbaras parecerá exageracion.*

Instruido el General de una perdida tan considerable, y viendo por sus mismos ojos la situacion tan ventajosa con que los enemigos, desistió luego del pensamiento de apoderarse de lo alto dela Colina y mandó la retirada desde la retaguardia donde se hallaba, y con el orden posible se ejecuto al toque de caxa dejando con este movimiento muchos heridos en el campo que hubieran podido retirarse, pero con la mayor crueldad los dexamos sin haber arbitrio à que los enemigos triunfasen de nuestra barbaridad llevandose las cabezas de todos en señal de convencimiento.

Llego el Exercito à un retrincheran.[to] que durante el abance se levanto con la mayor actividad, coronado de sacos de tierra y rodeado de caballos de frisa, haciendo un rectangulo con el mar, y para evitar que se uniesen los Moros que estaban en una y otra parte del atrincheramiento se pusieron algunos Cañones de à doce en los lados de ese rectangulo que barrian toda la Playa y [así se] *pudo detener algo la multitud de los Enemigos, contribuyendo à espantarlos con el destrozo dos obuces*[46] *que con increible celeridad se disparaban con granadas y el fuego de las Fragatas Toscanas, Jabeques, Galeotas y Lanchas cañoneras, que con su continuacion impidieron la comunicacion de la caballeria, sín cuyo auxilio no podria haberse mantenido todo el dia el retrincheramiento: por la parte que mira al frente se hizo fuego con los cañones del Batallon interin se lograba perfeccionarlo.*

El espacio que ocupaba este retrincheramiento era tan reducido que apenas podia moverse con libertad la poca tropa que alli se hallaba: pero el tener Vaterias sobre los costados impidio se dilatase. Por la misma situacion en la Playa estaba todo dominado

46 **Obuses**: piezas de artillería menores, de corto alcance, gran calibre, se cargaba por la boca, con todo tipo de piezas de hierro e incluso piedras a modo de metralla, a las que esparcían por un gran radio tornándolos elementos mortíferos a corta distancia.

y enfilado delas Montañas, y por este defecto del terreno experimentamos de nuevo muchas muertes y heridos por las balas de fusil que tiraban desde la Montaña, y aun mayor estrago nos ocasiono un cañon de la Vateria, à quien hizo fuego el S.ⁿ Joseph que por estar en una eminencia, nos destrozó infinita gente siendo tal el tino con que disparaban que no erraban tiro.

Vista por el General la situacion tan bentajósa con que el Enemigo enfilaba nuestro retrincheramiento, la perdida del Exercito que por ínstante se aumentaba y lo imposible en ganar un palmo de terreno, no pudiendo el Exercito permanecer dentro de sus mismas tricheras determino reembarcar las tropas que habian quedado hasta el anochecer, y para mejor asegurar la retirada, y estar â cubierto del cañon que tanto nos incomodaba mandó que cada Batallon hiciese un fuerte Espaldon coronado en la cuesta de caballos de frisa: toda aquella tarde mantubimos el retrincheramiento con un continuo fuego de una y otra parte y bastante perdida, retirando los cañones y demas pertrechos del Parque âlas dos dela tarde, dejando solos tres de calibre de â 12, que por haberse la plancha en donde estaban encenagado en la arena no pudieron llevarse.

El fuego continuó de una yotra parte con la mayor viveza sin intermision desde las cuatro de la mañana del dia 8, hasta la misma hora del siguiente dia habiendose alguno ahogado por la Tropelía con que embarcaban, y alas quatro dela mañana del dia 9 se acabo de abandonar el campo, habiendo procurado practicarlo sin que los enemigos llegasen a entenderlo, pues el fuego se hizo de n.^ra parte disimulando cuanto nos fué posible la falta de gente colocandola por todo el parapeto con algunos claros à proporcion que se retiraba [= proporcionalmente a la tropa que se retiraba].

Los nuevos heridos de n.^ra parte ascienden de 5 a 6 [mil] *siendo tambien infinita la perdida que los enemigos recibieron.*

REFLEXIONES SOBRE LOS ACAECIMIENTOS DEL DIA 8.

No puede pasarse en silencio el poco fruto de los fuegos de los Navios, Fragatas y Javeques con que venia auxiliada esta expedicion, no habiendo entre todos podido quitar los fuegos ni desmontar una Vateria [enemiga]*, y habiendo íncomodado tanto al Exercito aquel solo cañon no se enviaron para desmontarlo los Navios que estaban de refresco, no obstante que el General por un ingeniero hizo presente à Castejon la necesidad de quitar aquel fuego, y se dio la escusa de que faltaban calabrotes*[47] *â los Navios para aproximarse, siendo de advertir que los Navios **Velasco**, **S.ⁿ Francisco de Paula** y algunas Fragatas no dispararon ni un cañonazo: el fuego de las Bombardas fue tambien inutilisimo por la mucha distancia a que se pusieron* [para disparar]*, y no habiendo tirado sino unas 50 Bombas, quedaron tres delas que hizo últimamente Gotier tan estropeadas que quasi quedaron inservibles.*
Esta inutilidad de fuego no fue general en la Marina pues las Galeotas, Lanchas cañoneras, algun Javeque y las Fragatas Toscanas se portaron con el ma.^or lucimiento y valor en su fuego siendo considerable el destrozo que causaron âlos Moros.

Llegada la Escuadra à vista de los Enemigos, y esta[r] *8 dias el General discurriendo el paraje del desembarco hallandose confuso en ver lo poco que el terreno conformaba con el plano, sobre el cual habia formado su proyecto: No tenia noticia de aquella situacion, no sabia los Caminos, barrancos*[,] *desigualdades arboles y montañas de que esta rodeada toda la bahia, ignoraba la fuerza delos Enemigos todo le cogió de nuevo, y en esta confusion despues de haberles índicado àlos Enemigos el paraje del desembarco con el movimiento de nuestros Navios, y trasbordo de Tropas ejecutado de dia claro, elige el terreno mas fatal y menos a proposito para hacer un desembarco en tierra enmiga.*

El no haber hallado resístencia la Tropa quando puso pie en tierra le hace creer [al General] *soñadas felicidades y sin reflexionar* [sobre] *el terreno tan desigual que tenia por delante y la dominacion de las Montañas* [por los moros]*, hace que la tropa abance à un corto numero de enemigos que huyeron al movimiento de algunos batallones tal vez para empeñarlos y llevarlos a la emboscada como en efecto sucedió así.*

Lo que mas hai que admirar es que en la ínstrucion que él repartió a la tropa, prevenia que se advirtiese a toda ella de que los moros usaban con frecuencia del ardid de retirarse como huyendo para empeñar la Tropa, y llebarla a una emboscada, ylo primero que se hizo aquel dia fue atacar por disposicion suya un corto numero de Moros y empeñar à toda la Tropa à seguir el abance por toda la montaña.

Es equivocacion decir que se abanzó sin orden pues el mismo Genl presencio la formacion de

47 **Calabrote**: cabo grueso de soga de nueve cordones colchados de izquierda a derecha, en grupos de a tres y en sentido contrario cuando se reúnen para formar el cabo, se utilizan para **acalabrotar** es decir sirgar las naves mediante estas fuertes cuerdas que las ligaban entre sí.

las primeras tropas que desembarcaron, y por si mismo mandó abanzar à la derecha al toque de caxa: es injusto que se atribuya este desacierto à su considerado ardor de la Tropa, quando esta no hizo sino obedecer cíegamente quanto se le mandaba sin que debilitasen su espiritu los tristes espectaculos de ver los cadaveres de sus mismos compañeros como podran informar todos los Gefes y Oficiales de los Cuerpos.

Prohiben la orden general bajo las penas mas rigorosas que ningun soldado se separe de su formacion con el pretexto de recoger heridos, y no se le ocurre destinar alguna gente para un acto de caridad tan preciso, y asi en esta confianza los mas de los cuerpos dejaban tendidos por los suelos sus heridos sin que hubiese quien del campo los retirase àla Orilla del Mar, para adminístrarles à lo menos los auxilios espirituales cuyo consuelo falto a los mas que alli murieron desangrados. No puede explicarse el horror y consternacion que causaba ver espirar [a] *los mismos compañeros, despues de estar rebolcados en sangre muchas horas sin que nadie tuviera arbitrio para retirarlos ¿que Nacion la mas barbara tubo jamas una accion de esta especie? Se experimentó en el campo en las primeras horas la falta de faginas*[48]*, y salchinos; y aunque todos los comisionados en dirigir las Trincheras, clamaron por estos preciosos instrumentos* [que] *no se desembarcaron hasta las 11 del dia, siendo así que la tropa que desembarcaba en un Pais Enemigo dominado, debe lo primero formar su trinchera con faginas y destinarse en el primer desembarco lanchas enteras cargadas de ellas, y con todo no se pensó en una providencìa tan precisa, pero tal era la confusion que habia para distribuir las ordenes que no causa admiracion nada de quanto alli pasó: el desorden que ocasiono la nueva formacion de 6 en fondo, fué tan grande que la 6.ª fila paso por las armas a muchos de la primera, cuya desgracia era indispensable en una formacion à que la tropa no esta acostumbrada siendo de cualquier modo expuesto el fuego enla 6.ª fila, y defectuoso este fondo para el modo con que los Moros hacen la guerra, pues en el abance como lograban Flanquearnos presentabamos mayor objeto a sus fuegos que fue toda nuestra perdida.*

Todos los Regimientos se mezclaron en ataque y en los mismos Cuerpos no pudieron separarse en mucho tiempo las compañías; todos mandaban, no se sabía à quien obedecer, ni que ejecutarse, y dia mas deconcertado , mas lleno de horrory confusion no se habia visto desde que los exercitos pelean en el Mundo.

Dispuso el reembarco de la tropa y este se executó con tan poco método que muchos soldados perecieron ahogados por falta de Lanchas siendo infinitos los que cargaban âlas pocas que acudían. Alas seis de la tarde se empezó â reembnarcarla Tropa, y mediando 10 horas hasta las 4 dela mañana que fueron los ultimos, no providenció
En todo este tiempo ni se tubo mejor orden, pues enla ultima hora hubo las mismas prisas, siendo una vergüenza haber dejadodentro de nuestro mismo retrincheramiento mas de 40 fusiles y sables y quasi todas las palas y picos que el exercito llevaba para el trabajo, no habiendose dado ni una orden para evitar este descuido, y pudiéndose haber desatrancado la plancha de los tres cañones no se egecuto, y en el caso de ser imposible, debianse haber desmontado y transportado en Lanchas, y quando no hubiera tiempo para estose debian haber clavado ò echado al mar: Desde las dos de la tarde que se empezó a reembarcar la Aerilleria hasta las quatro en la mañana del dia siguiente que se acabo de embarcar la ultima Tropa, mediaron 14 horas, y [no puede] *ser posible decir que en este largo tiempo no pudieron desatrancarse la Planchas delos cañones. El poco auxilio de los heridos hallaban aun en los Hospitales, las medicinas que carecieron, los cirujanos que faltaron, y el no llevar mas preparación que para 400 heridos como podria escuxarse; siendo el cuidado de estos infelices la primera atención de un Exercito, y sobre cuyo asunto debe siempre girarse cargo para que nunca llegue el melancolico caso de fallar la asistencia àlos enfermos.*

No puede verse sin el ma.[or] dolor el poder de unaMonarquia, los intereses de un Reíno y el honor de sus Armas en manos de un General que sin la menor reflexion se mete à dirigir una operación sin conocimiento del terreno y fuerzas de los Enemigos, y hace que los Estrangeros se rien de nuestros proyectos y del poco conocimiento que tenemos o, haciendo que se desprecien auxilios que se nos ofrecieron y amenazando con nuestras fuerzas à varias partes.

Día 9 despues de desocupado el campo se acercaron los Navios y Jabeques y continuaron en batirlos Castillos, y hacer fuego àla Playa hbiendo correspondido del de Licoza.

Luego que los Enemigos vieron desocupadas las trincheras se apoderaron de ellas, siendo increible la multitud de moros que que acudieron de todas partes, hicieron al momento diversas hogueras, donde quemaron todos los cadaveres que quedaron en el campo, habiéndoles antes cortado las cabezas que llevaron en unas chozas, vestidos algunos

48 **Faginas**: ya se explicó en una nota anterior: se trataba haces de ramas asegurados con sogas u otras ataduras, que se utilizaban en operaciones militares para consolidad caminos, rellenar fosos, trabar sacos de arena y como parapetos de disimulo de piezas de artillería. Los ingenieros militares estaba compenetrados con su uso.

moros con las Gorras de nuestros Granaderos, y uniformes de oficiales del Exercito, acudieron luego infinitas lanchas de ellos y fueron cargándolos fusiles utiles y caballos de frisa que dejamos abandonados en el campo.

Todas estas maniobras delos moros, los continuos viajes de sus lanchas y el concurso a las Trincheras lo estuvimos mirando con la mayor frescura, sin que [el mando] *enviase alguna Embarcacion de tantas como allí habia para impedir con sus fuegos* [lo que hacían los moros]*, y destrozar toda aquella Gente, como pudo hacerse sin la menor resistencia, dando con este descuido lugar a que los Moros se burlasen a nuestras barbas y construyesen con mucho espacio una vateria de 4 Morteros donde tuvimos nuestro atrincheramiento.*

El fuego de las hogueras duró tres dias continuados, y el dia 10 por la tarde se vio movimiento de Gente y Camellos cargados hacial Cabo de Montejus, temiendo ala quenta [un] *nuevo desembarco hacia aquella parte.*

Día 11 se estubieron disponiendo viveres paraqué los heridos viniesen a España, repartiendo entre ellos aquellas pocas medicinas que se llevaban.

Día 12 se hicieron âla Vela para Alicante, ó el Pueto más inmediato de España todasla barcas de Hospitales, que hiban llenas de heridos, siendo tanto el numero de estos que ocupaban todos los Buques de Guerra. Ademas de esto marcharon tambien las que tenian Caballeria, y las Barcas tuvieron viveres para ocho dias escoltadas de quatro Embarcaciones de Guerra.

Este dia se determino Bonb[ard]*ear la Plaza de Argel, para lo qual se distribuyeron ya las ordenes para que al anochecer empezasen â ponerse en movimiento, y colocarse en sus puestos las 4 Bombardas sostenidas de dos Navios, tres Jabeques, y 6 Galeotas, pero por seguir el estilo que se llevó en toda esta expedicion, tras la orden dada salió en su alcanze la contra orden, pretextando la debilidad delas Bombardas que era exponerlas y que se necesitaban mas Navios para Sostenerlas , y todo fue echar un borron â nuestras armas, y dejar de hacer el único recurso que nos quedaba.*

Dia 13 y 14 repatieron viveres âlas Embarcaciones que habian quedado, pues algunas estaban ya sin ellos; nombrose una Escuadra de dos Navios, Tres Fragatas y dos Javeques paraqué quedasen haciendo el corso delante de Argel, é impedir que algunas embarcaciones nuestras se metiesen con viveres en la Plaza.

Dia 15 salieron de la Bahia los 4 Navíos, Fraghatas y demas Embarcaciones que allí quedaron, y fondearon en Alicante el dia 20 donde ya se halló el primer Comboy, cuyo General Dn Felix Buch dispuso desembar[car] *al momento los heridos de mayor peligro, habiendo destinado el Colegio que fue de* [los] *Jesuitas, y el pequeño Hospital de Sn Juan de Dios para Oficiales, y el Hospital Real Casa de Misericordia y convento de Sn Fran.^{co} para soldados.*

No es ponderable la confusion y gen.^{l} compasión de este pueblo al ver tantos infelices, sin la menor comodidad de alojarse, pues lo inesperado de este acaecimiento, y la necesidad en formar de repente unos Hospitales que carecieron de toda proporción, dieron lugar à tenerlos en el muelle tendidos en las Parijuelas [=parihuelas] *sin tener mucha parte de quien los condugera, destino donde llevarlos, ni alimentos que darles por el pronto, por lo desprevenido del Pueblo para este aumento, no obstante de haber estado todas estas gentes âla verdad compasivas, pero la multitud de heridos que habia no pudo lograr un general alivio.*

Desde este dia se emplearon los oficiales en arreglar los Hospitales, hacer buscar las prevenciones de botica y asistencia y à fuerza delos clamores de los Regimientos há podido verse establecida ya la caridad en los Hospitales, hallandose los que hai en Alicante asistidos con el mayor cuídado, pero todas estas bellisimas disposiciones contribuirán poquisimo à su alivio, por que los mas tienen hecha la cura en falso y ha sido preciso renovarles las heridas, quedando de peligro mas de las dos terceras partes.

Diez Barcas cargadas de heridos se fueron a Cartagena por no haber comodidad en Alicante para tantos y allí hán establecido varios hospitales con el mismo celo y caridad que los de Alicante.

A la llegad del Comboy se hallaron ya fondeadas las 4 Galeras de Malta, que aunque las fuerzas que el Gran Maestre[49] *ofreció al Rei, no fueron admitidas*

---

49 Gran Maestre de la Orden de Malta: Se trata de una forma abreviada de nombrar la orden religiosa católica nacida en tiempos de las cruzadas –siglo XI– denominada en forma completa la **Suprema Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, de Rodas y de Malta.** En su larga historia cumplió funciones hospitalarias y de combate, tanto con árabes como con otomanos. La denominación actual de sus miembros es de Caballeros de Malta. La sede primera estuvo en Jerusalén, después, cuando la ciudad bíblica fue conquistada por Saladino en 1187, se trasladó a San Juan de Acre, y más tarde se trasladó a Chipre y desde 1310 se radicó en la isla de Rodas, de donde fue desalojada por los otomanos de Solimán el Magnífico, después de un largo sitio, en 1522, pasando a la isla de Malta, donde permaneció con fuertes ataques musulmanes, bajo la protección de España, que veía en

se le envio a pedirlas últimamente[50]*.*

El 24 llegaron los dos Navios de Malta, tambien para incorporarse âla Escuadra, y dos Fragatas del Rei de Napoles con el mismo designio, trayendo â su bordo 600 hombres de desembarco. Su Tropa se halla acantonada à las inmediaciones de Alicante, aguardando las nuevas resoluciones de la Corte[51]*.*

---

ella una defensora de avanzada de la Europa católica en el este. En los Años que nos interesan, estaba radicada en Malta y contaba con cierta fuerza operativa militar. Siempre ha sido dirigida la Orden por un Gran Maestre con jerarquía religiosa equivalente a cardenal y de sangre nobiliaria, lo asesora y nombra reemplazantes cuando fallece el Gran Maestre el Consejo Pleno. Su intervención en la cuestión de Argel en el siglo XVIII se debe entender en el contexto de que esa ciudad norafricana formaba parte del Imperio Otomano. Actualmente tiene su sede en Roma.

50 Este hecho del rechazo y luego la admisión de la ayuda de la Orden de Malta forma parte del contexto de la improvisación y las vacilaciones de la política española en cuanto a la expedición a Argel.

51 Esas "nuevas resoluciones de la Corte" nunca se tomaron. Forman parte de la casi grotesca serie de sucesos que dieron pie al fracaso en Argel. El motivo de esta carencia de resolución con respecto a tropas aliadas respondió a un estado de desconfianza generalizado que subsistía a pesar del abierto ambiente de filtraciones y espionaje que rodeaba a los preparativos.

Capítulo VIII.

Actividad profesional entre 1775 y 1781

"Pero también es necesario el observar la naturaleza y el actuar prácticamente sobre ella. Por ello, el interés de comienzos de la centuria por la filosofía natural irá trocándose en los cincuenta por afición a la física experimental. A medio camino entre Descartes y Newton – y avalada por el eclecticismo oficial de los Borbones–, supondrá una actitud ante la naturaleza pretendidamente crítica, pero más lúdica que comprometida. La física que pudo realizarse en los colegios jesuíticos explicita con claridad lo que afirmamos. Son buenas pruebas la pronta introducción de las obras de eclipses del abad Nollet, las observaciones experimentales realizadas por Wendlingen en el observatorio del Colegio Imperial, y sobre todo la obra de Rieger, primera exposición de las tesis de Franklin. El tiempo acabaría por mostrar el carácter erudito y el divertimento de tal concepción, pero también el interés de su aproximación a la naturaleza y a la práctica. Por todo ello, pronto la física de Nollet se vería complementada con la de Musschembroek en los centros creados para educar a la nobleza –Vergara, universidades, seminarios de nobles– y por las de Bézout y La Caille en las instituciones de carácter militar. ***El Examen Marítimo*** *de Jorge Juan es una buena muestra en los sesenta del interés por resolver urgentes problemas de técnica civil y militar: estadística e hidráulica, mecánica y astronomía, son problemas acuciantes para la física. Ya no sólo se busca desentrañar y mostrar los secretos de la naturaleza, sino también establecer leyes para modificar y construir sobre el medio natural. Al empirismo artesanal de principios de siglo sucede el cientificismo técnico de finales, el artesano empieza a ser privado de sus conocimientos por el técnico, incluso antes de ser separado de su gremio y privilegios".*
[José Luis Peset y Antonio Lafuente, **Historia de España**, XXXI 1996: 350]

El criterio con el que abordamos este período de seis años de la vida azariana intenta arrojar luz sobre un lapso temporal que, a pesar de constituir una época decisiva en la que denominamos "Forja del ilustrado" eminente que, finalmente, llegará a ser nuestro protagonista permanente. Esa preparación total –pues tal es el concepto de la forja ilustrada– no obstante haber sido realizada enteramente en España y volcada sobre tareas concretas de su profesión, ha permanecido hasta el presente muy poco conocida. Tan sólo se han brindado nóminas de algunas obras prácticas y algunas fechas, todas muy dispersas y, algunas veces, contradictorias. Recién los estudios más modernos, encabezados por los de Horacio Capel Sánz y sus colaboradores acerca de los ingenieros del siglo XVIII, y de eruditos como Antonio Lafuente y Luis Peset Reig, historiando la ingeniería y la introducción e incremento del uso de instrumentos y técnicas europeas en España, han puesto de relieve, al menos algunos aspectos generales del ambiente humano, cultural e intelectual que rodeó a esas tareas.

Metodológicamente hemos asumido el tema desde dos enfoques distintos, con sendos capítulos dedicados a los mismos. En primer lugar la obra concreta, las tareas prácticas bien definidas así como las localizaciones geográficas y la cronología de las mismas. Es decir, el papel profesional puro de Félix de Azara. Por otra parte el siguiente capítulo dedicado al tema, se referirá al contexto mental, espiritual y formativo que en ese plazo de poco más que un quinquenio, hizo de Azara el protagonista de una extraordinaria aventura exploratoria, naturalista y cognitiva en general, la que fue no sólo precursora en su índole específica, sino también un registro imprescindible para el estudio de la historia natural y del ambiente humano y geográfico del Paraguay y del Río de la Plata en las dos últimas décadas del siglo XVIII.

Reuniendo toda la información disponible hemos confeccionado una cronología que dé cuenta de todo lo que haga posible su seguimiento temporal y geográfico en el período considerado. Este es uno de los aspectos que creemos va a ser más enriquecido cuando se ahonden las investigaciones documentales, hasta ahora, sólo desarrolladas en forma muy limitada.

Esta es una consecuencia del enorme fárrago de documentos y papelería en general en la que podrían atesorarse datos de nuestro interés, que permanece dispersa en múltiples archivos y, a la que se debe acceder revisando interminables legajos con correspondencia, órdenes e informes administrativos, dis-

posiciones oficiales y fojas de servicio. Como antecedentes previos merecen citarse los aportes de Torner y de La Fuente (1892), Julio César González (1943), Piñera y Rivas (1992) y de Mones y Klappenbach (1997): todos ellos se ocuparon de brindar elementos cronológicos que aquí seguimos y ampliamos.

CRONOLOGÍA GENERAL DEL PERÍODO Y FECHAS DE INTERÉS[1], ALGUNAS DE ELLAS PREVIAS A LA ETAPA CONSIDERADA EN LA VIDA DE FÉLIX DE AZARA.

1º.IX.1764. Ingresa como cadete en el Regimiento de Infantería Galicia.
1º.VIII.1965. Ingresa en la Primera Clase, en la Real y Militar Academia de Matemáticas de Barcelona.
1º.III.1766. Pasa a la Tercera Clase de dicha Academia (Torner y de la Fuente, 1892: 15).
1º.XII.1766. Pasa a la Cuarta Clase de la misma Academia (Torner y de la Fuente, 1892: 15).
?.VII.1767. Finaliza los estudios en esa Academia (Torner y de la Fuente, 1892: 15).
12-15.X.1767. Rinde examen para ingresar al Cuerpo de Ingenieros Militares de España (Torner y de la Fuente, 1892: 16).
3.XI.1767. Culmina su curso iniciado en 1765, en la Real y Militar Academia de Matemáticas de Barcelona (Galland-Seguela, 2004). Es nombrado Alférez e Ingeniero Delineador (Capel Sánz *et al*. 1983).
?.1767. Inicia los trabajos de reparación de las fortificaciones de Figueras, tarea que le llevará once meses y medio. (Torner y de la Fuente, 1892: 20).
?.III.1768 Es destacado en Barcelona como experto en delinear y trabaja en las reparaciones del castillo de San Fernando, en San Fernando de Figueras, asistiendo a las obras (ACA, 121) (Galland-Seguela, 2004).
12.V.1768. Se le extiende, a su pedido, un certificado para probar la infanzonía de su linaje (ACA, 121).
XII.1768 Por enfermedad[2] pasa para restablecerse al monasterio de San Cugat, en Barcelona (ACA, 121).
15.II.1769. Completa las tareas que le fueran asignadas en Figueras (Torner y de la Fuente, 1892: 20).
1769-1770. Durante 22 meses trabaja levantando planos de las campiñas de Alcalá y de Guadalajara, en las cuencas de los ríos Jarama y Henares (Torner y de la Fuente, 1892: 20-21). Es posible que haya sido su primera y única oportunidad de estar cerca de la Corte antes de su regreso de América.
1770. Retorna brevemente a Barcelona, que era el destino militar al que estaba oficialmente asignado (Castellanos de Losada, 1847a: 224).
1770-1771. Es destinado por seis meses y medio a las islas Baleares para realizar obras de fortificación en la isla de Mallorca (Torner y de la Fuente, 1892: 21-22).
1771-1775. Tiene destino militar fijo en Barcelona (Torner y de la Fuente, 1892: 22).
23.II.1773. Fallece en Huesca don Mamés de Azara y Loscertales, tío de don Félix de Azara y su antiguo tutor cuando cursara en la Universidad de Huesca (Castellanos de Losada, 1848: 20).
?.?.1774. Por sus méritos, es nombrado ayudante en la Real y Militar Academia de Matemáticas de Barcelona.
1º.VI .1775 Parte de Cartagena hacia Argel, embarcado con la expedición dirigida por el General O'Reilly (Torner y de la Fuente, 1892: 30-31, además de información brindada en el capítulo anterior de esta obra).
6.VII.1775. Participa del desembarco español en Argel, y sufre una herida de bala en la playa (Torner y de la Fuente, 1892: 30), siendo rescatado y trasladado a una de las naves bajo el mando del conde de Fuentes.
28.IX.1775. Es ascendido a Ingeniero Extraordinario (equivalente a Teniente de. Infantería) (Torner y de la Fuente, 1892: 32).
?.IX.1775. Ni bien su herida comenzó a curarse, fue designado en calidad de Ingeniero Extraordinario con destino en Barcelona, como experto delineador, posiblemente en forma conjunta con su ascenso en el mes de septiembre de 1775.
1º.X.1775. Fallece en Barcelona a los 42 años de edad, Mateo de Azara y Perera, el tercero en el orden natal de sus hermanos.
?.I.1776. Hasta este mes habría tenido Azara su herida abierta, según Julio César González (1943), siguiendo a Castellanos de Losada (1847a)
5.II.1776. Se produce su ascenso a Ingeniero Ordinario (equivalente a Capitán de Infantería.) (Torner y de la Fuente, 1892: 32)
17.V.1776. Se incorpora como miembro de la RSEAAP, como consta en el Acta de Alta en la RSEAAP[3]

1 Las siglas utilizadas corresponden a las fuentes de documentación consultadas: **ACA** (Archivo de la Corte de Aragón, Barcelona sección IV, fondo de la Comandancia de Ingenieros); **AHN** (Archivo Histórico Nacional, C.S.I.C., Madrid); **ASGM** (Archivo de Simancas, Guerra Moderna, se indica el folio); **CSHM** (Servicio Histórico Militar, información obtenida a través de la cartoteca, 1981, 2 volúmenes).

2 No existe dato alguno acerca del carácter de esta enfermedad, ni del tiempo en el que la misma lo mantuvo refugiado en el convento, seguramente a cargo y bajo los cuidados de su hermano Eustaquio, por entonces a cargo del convento.

3 Curiosamente ha sido pasado por alto este dato y en las publicaciones referidas a las **Actas** desde la fundación hasta 1808. El acta correspondiente ha sido revisada gentilmente por Manuel Español González y en la misma figura también otro socio no registrado en dichas publica-

corresponde a esa fecha (Torner y de la Fuente, 1892: 30)
29.IX.1777. Catorce pliegos conteniendo unas "***Reflexiones*** *de don Narciso Baez, Gobernador del Condestable que lo à remitido particularmente"*, fechados en Madrid el 24 de julio de 1778, firmadas por Silvestre Abarca y remitida al conde de Ricla de la Plaza de Gerona, en las que se avala el dictamen de D. Félix de Azara en el sentido de que la presa de Pedret agrava el problema de las riadas características de los ríos "que circundan a Gerona" (AHN 3326-2º-3ª-m)
8.XII.1777. Una nota elevada por don Francisco Llobet, en Barcelona el 12 de marzo de 1778 se refiere al ingeniero Narciso Codina, quien en esa fecha todavía estaba a cargo de los estudios que luego, ante su enfermedad, encarará Félix de Azara como lo establece la nota. Lo mismo se confirma en otro documento adjunto al primero hallado en el AHN, por el cual ya hacía cierto tiempo que estaba Azara allí.
¿30.I?.1778. Eleva también, Félix de Azara, plano, perfil y elevación de la muralla quebrantada y del torreón arruinado de Gerona (CSHM, 9611) (presumiblemente, y de acuerdo con la documentación adicional revisada, este plano y perfil fueron elevados el 30 de enero del mismo año, junto con la Relación y Suplemento que se mencionan abajo).
?.V.1778. Levantó el plano y perfil del Arroyo Galligans, en Gerona.
6.V.1778. El documento AHN, 3226, 2º, 3ª –f, es un **Dictamen** de Félix de Azara, escrito y firmado en Gerona en esa fecha, en el cual sintetiza sus estudios realizados sobre el barranco del Galligans denotando su larga e ininterrumpida presencia en la zona.
13.VII.1778. Fallece en Barbuñales don Alejandro de Azara y Loscertales y Foncillas, padre de Félix (Castellanos de Losada, 1848:28).
30.I.1778. Firma Azara en Gerona[4] este día una **Relación**[5] y su **Suplemento**[6], lo que hace suponer que estaba de continuo en la zona, al menos desde diciembre de 1776.
25.II.1778. En el AHN (3326- 2º-3ª-d) hay una reseña escrita por don Silvestre Abarca, conde de Ricla, autoridad correspondiente de Madrid, en la cual notifica que el informe final acerca de la situación de los ríos que atraviesan la ciudad de Gerona debía ser elevado por el *"Ingeniero Extraordinario Dn. Felix de Ázara"*, quien *"habiendo pasado a Gerona por indisposición del Ayudante Dn. Narciso Codina que se embio al principio por hallarse más próximo"*. Esta fecha no encierra novedad alguna ya que en enero estaba, Félix de Azara, elevando tanto su **Relación** como el **Suplemento** de la misma a la superioridad en la propia Comandancia General de Cataluña.
?.III.1778. La designación oficial para formalizar sus tareas en Gerona se promulga en este mes. Deja, por lo tanto Félix de Azara, de estar asignado a la comandancia del Cuerpo en Barcelona y pasa en comisión a las obras.
12.III.1778. Siete pliegos conforman unas **"Reflecciones sobre el Expediente relativo a las inundaciones de la Ciudad de Gerona y su Territorio"**, en las cuales el autor Juan de Llobet, entre otros asuntos tratados refiere las ideas y actividades de Félix de Azara en el área de trabajo de Gerona (AHN, s/d)
25.IV.1778. Hay una nota dirigida por don Juan Llobet a Alonso [González] de Villamán, en la cual comenta que los ingenieros Félix de Azara y Narciso Codina están trabajando en el área afectada por los ríos que cruzan la ciudad de Gerona, en el arrabal de Pedret (AHN 3326-2º-3ª-j).

ciones, Eustaquio de Azara y Perera, Monje Benedictino, Abad del Convento de Amer y Rosas, en Cataluña, primogénito de los hermanos Azara y Perera. Por el momento son las únicas referencias conocidas con respecto a la relación de ambos hermanos con la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, por la fecha, podemos deducir que Félix se hallaba realizando sus tareas, con base en Barcelona, en relación con los problemas hidrológicos de Gerona. Es interesante el hecho de que ambos hermanos se presentaran juntos, seguramente en forma epistolar, lo que revela el contacto estrecho que sostenían entre ellos en Barcelona. Hemos tratado acerca de la posible influencia de José Nicolás sobre Félix, que de haber existido debió ser esporádica y epistolar, pues en esos años el embajador nunca dejó Italia. Conviene reparar en el caso de Eustaquio, que tuvo una larga convivencia con su hermano desde su primera enfermedad en 1768, hasta en el largo período de la segunda en la abadía de Amer y Rosas. De ser ciertas las presunciones –y todo conduce a ello– de que Eustaquio fuera ya jansenista convencido, y de ideas ilustradas, además de poseer una amplia cultura como lo revela su afición de bibliófilo, que Félix debiera el mayor aporte formativo al primogénito de sus hermanos, pues antes su formación fue exclusivamente militar. Eso, sin tener en cuenta la posible participación de ambos en tertulias con otros eclesiásticos como Climent y Rodríguez Laso. Si bien, los tiempos de este último no compaginan pues estaba en Valencia cumpliendo sus funciones, seguramente viajaría con frecuencia dada su amistad con Climent y con otros sacerdotes de la ciudad condal.

4 Félix de Azara estaría en Gerona, al menos desde fecha muy cercana a mediados de noviembre de 1777, cuando se produjo la gran avenida de los ríos de Gerona: Oña, Ter, Güell y Galligans que afectaron seriamente a la ciudad de Gerona. Seguramente pasó ese final de otoño y el invierno, estudiando el problema y preparando las medidas correctivas.

5 **Relacion delos estragos hechos por los Rios Ter y Oña y de las obras hechas en varios tiempos para contenerlos en determinados limites.** Manuscrito del AHN, con otros {8?} folios, que aparece marcado por el autor como 3º

6 **Suplemento ala Relacion dada delos daños causados por los ríos Ter y Oña en las fuertes avenidas.** Manuscrito del A. H. N, con ocho folios. Aparece marcado por el autor como 4º.

6.V.1778. Fecha Azara su dictamen acerca del Arroyo Galligans de Gerona, en Gerona (en anexo de este Capítulo) (A8, ASGM, 3326). Aparece acompañado de nota de elevación (AHN, 3326-2º-3ª-g’).

13.V.1778. Existe otra nota de Juan Llobet a Alonso González de Villamán dándole cuenta de las actividades, en el mismo sector de Gerona, realizadas por Codina y Azara (AHN 3326-2º-3ª-j).

18.V.1778. Según una nota elevada por don Juan de Llobet en Barcelona el 17 de junio de 1778, el 18 de mayo de ese año Félix de Azara había estado en el área vecina a la zona de desastre de noviembre del año anterior en el Barrio Pedret de Gerona, investigando una marca histórica en una piedra que indicaba el nivel de creciente alcanzado en 1773, y realizó comentarios con respecto a las obras de prevención. Estas reflexiones sirvieron a Llobet para descartar, con argumentos simplistas la propuesta de Azara y Codina (AHN).

23.V.1778. En AHN, 3326-2º-3ª-g, nota en la cual don Silvestre Abarca, conde de Ricla, desde Madrid, comunica la recepción de los documentos y la planificación de las obras autorizando que se hagan según la propuesta del ingeniero don Félix de Azara

27.V.1778. Nota de Juan Llobet cursada a Villamán (AHN 3326-2º-3ª, i), quien sin nombrar a los ingenieros responsables da cuenta de la continuación de la obra. Su corresponsal Villamán, le adjunta un presupuesto para la reparación de la muralla quebrantada en el Baluarte de Santa Cruz.

27.V.1778. El mismo día en que Llobet cursa su nota y según documento (AHN 3326-2º-3ª, g’’) presenta en Gerona, Félix de Azara un dictamen sobre el barranco del Gálligans, escrito como consta al pie del mismo en Gerona, el 6 de mayo de 1778. Otra nota de la misma fecha firmada por Phelipe de Cavanés, remitida desde Gerona al conde de Ricla, formula un dictamen contrario al propuesto por Azara y Codina, y convalida el “Tanteo” propuesto por Villamán.

27.V.1778. Documento intitulado **Tanteo de Villaman para recomponer las murallas de Gerona**. Dado en Figueras en la fecha del encabezamiento y dirigido al conde de Ricla. Alude a la estadía de Félix de Azara en la zona de obras (AHN, 3326-2º-3ª-h).

6.VI.1778. Carlos III Expide la Real Instrucción de la fecha, dictada con aprobación de las Cortes de Madrid y de Lisboa, encomendando su ejecución al Virrey del Río de la Plata, Juan José de Vértiz y Salcedo[7], pues refiere a la cuestión fronteriza en el límite hispano-lusitano del Paraguay y del Río de la Plata.

17.VI.1778. Desde Gerona comunica don Juan de Llobet, al conde de Ricla, que no se seguirán en las obras de los ríos que afectaban a Gerona, las proposiciones de los ingenieros Codina y Azara, sino que se reiterarán las mismas acciones efectuadas antes de la riada de 1777. Sin embargo, en una **Reflexiones** firmadas el mismo día por Juan de Llobet, se tiene en cuenta parcialmente algunas de las recomendaciones de Félix de Azara formuladas en su **Relación** del 30 de enero (AHN, s/d).

2.VII.1778. Manuel de Torres, desde Gerona se dirige a Felipe de Cavanés, recalcando que la propuesta en curso podría hacerse en cuarenta días, siempre que se aceptara el ofrecimiento de intervención en las obras del ingeniero Félix de Azara con quien había tenido conversaciones en esos días en la propia área afectada (AHN, s/d).

8.VII.1778. (AHN 3626-2º-3ª-o) Oficio dirigido por el Barón de la Linde D^{n} Joseph Espinosa y Herrera, ministro de marina, al intendente don Pedro Escolano de Arrieta, encargado de autorizar se inicien las tareas de prevención recomendado por los ingenieros, dirigidos por Francisco de Llobet. No nombra a Azara pero se sobreentiende que está involucrado en la cuestión y en la zona de obras.

8.VII.1778. (AHN 3626-2º-3ª-o) Un informe dado en Barcelona por el barón de la Linde y dirigido al ministro de marina, don Joseph Espinosa y Herrera, sobre el mismo tema, reiterando acerca de la urgencia de las reparaciones y, expresando que el ingeniero Félix de Azara había tenido una respuesta negativa del ministro ante el pedido de materiales, pues requería primero la autorización de la Junta de Cartagena. Esta pieza documental muestra cómo se complicaban los trámites burocráticos y crecía el “océano de papeles” al que hiciera referencia Antonio Lafuente *(com. pers.)* y que entorpecía hasta la realización de obras de la urgencia de la encarada en Gerona.

23.VII.1778. (AHN 3626-2º-3ª-o) Oficio dado en Barcelona por don Joseph Franco, aparentemente un subordinado de Pablo Villamán al barón de la Linde, comunicándole que existía una nota redactada por el ingeniero Félix de Azara, referida a los problemas que ocasionada la ausencia de madera para los trabajos en realización. Varias de estas notas cursadas demuestran cierto tono de menosprecio y fastidio por la actuación de Félix de Azara, ya que parece que el mismo había optado, ante las dificultades bu-

7 Juan José de Vértiz y Salcedo [1719-1799]. Fue un funcionario colonial del reino español, de origen americano, nacido en Yucatán, México y que desempeñó múltiples cargos después de haber cursado la carrera militar en España y haberse destacado en campañas europeas como las de Italia y de Francia. Primero fue gobernador de Buenos Aires cuando ésta pertenecía al virreinato del Perú y en 1777, al crearse el virreinato del Río de la Plata, se hizo cargo de la administración Pedro de Cevallos, el primer virrey, quien falleció en 1788 y fue reemplazado por Vértiz en carácter de segundo virrey. Su obra de gobierno fue intensa y progresista. Reordenó el ejercicio artesanal, creó el primer teatro del Río de la Plata, hizo el primer censo de población local y además, le tocó actuar en el aplastamiento de la rebelión indígena de Túpac Amaru en el Perú, derrotada en 1781. En 1784 renunció a su cargo y se retiró a España. Nicolás del Campo y Arredondo lo reemplazó como virrey.

rocráticas locales, por dirigirse directamente a las más altas autoridades de la corte, rompiendo con un tradicional sistema de inercia y papeleo intermediario que retrasaba toda acción, sin importar la urgencia que hubiera para actuar positivamente.

24.VII.1778. Silvestre Abarca, conde de Ricla, da cuenta de la recepción en la Plaza de Gerona de unas **Reflexiones sobre la Avenida de los Ríos de 1777**, en ellas se alude al ingeniero director Francisco Llobet y al dictamen de Félix de Azara sobre el Arroyo Galligans, destacando su coincidencia con las obras previas del ingeniero Fabre, predecesor de Codina y de Azara, en esas tareas y concordando con la posición al respecto de Félix de Azara y aceptando las propuestas adicionales de Alonso Villamán. Dice *"el pensamiento de Azara sobre el arroyo Galligans me parece muy arreglado à razon"*, y según se deduce del texto, ambos ingenieros responsables, Azara y Codina, estarían todavía en la región. (AHN 3626-2º-3ª-m')

25.VII.1778. (AHN 3626-2º-3ª-o) Referido al mismo tema y elevado al barón de la Linde por Pedro Escolano de Arrieta. Prosiguen las gestiones[8].

2.I.1779. El rey, Carlos III aprueba la propuesta de de los trabajos demarcatorios elevada por el nuevo virrey del Río de la Plata, don Pedro de Ceballos[9], consecutivos al tratado de San Ildefonso de 1777.

9.I.1779. Tiene a su cargo la obra de recalzo de las defensas contra las riadas en Gerona, siendo su jefe, como capitán general a cargo de las obras, el conde de Ricla. En esta fecha Azara ya es Capitán Ingeniero Extraordinario (ACA, 121)

4.V.1779. Enferma Félix de Azara en este mes y a partir de este día pasa desde Lérida, donde estaba destacado y lo sustituye en Gerona un ingeniero Bicari (*Capel et al*. 1983: 54).

27.VI.1779. Prosigue enfermo y pasa a residir con su hermano Eustaquio en la Abadía de Amer y Rosas, hasta el 16 de noviembre de este año[10].

16.XI.1779. Permanece con su hermano hasta este día de 1779, restableciéndose de su mal, cuya naturaleza ignoramos.

18.XI.1779. Se recibe una nota del jefe general de las obras ingeniero don Joseph Fabre detallando las construcciones que implica el proyecto. Esta nota es seguida por otra del mismo tenor del 27 del XI de 1779 en la que se adoptan providencias para la corrección del álveo del río Ter y del Güell, en la que no se menciona a Félix de Azara, quien posiblemente no se habría reincorporado aún a sus tareas.

?-?-1779. Fue destinado a Lérida (pasó allí desde Barcelona ó desde la Abadía de Amer y Rosas, donde estuvo enfermo hasta el ¿16.XI?) (Piñera y Rivas 1992: 8).

16.IX.1780. Estando en Lérida recibe el ascenso a Teniente Coronel de Infantería (Galland-Seguela, 2004), reteniendo el grado de Ingeniero Extraordinario (Castellanos de Losada, 1847a:226) y es destinado a San Sebastián, Guipúzcoa, hacia donde marcha junto con el ayudante de ingenieros Narciso Codina. Este último permanecerá en San Sebastián hasta 1783 (ACA, 121, 127).

29-IX.1780. Agradece su último Ascenso (Torner y de la Fuente, 1892: 32) desde Lérida.

?.?.1780. Pasa a San Sebastián, en Guipúzcoa, a las Fortificaciones de Urgull.

31.VII.1781. Es elevada al conde de Floridablanca la solicitud del Ingeniero Teniente Coronel Félix de Azara expresando su voluntad de que se le autorice a revistar como oficial de Marina. El 3 de agosto ya está la solicitud en manos del conde de Floridablanca (ACA). Toda esta tramitación se afecta con silencio y discreción ante sus jefes directos y sus camaradas.

6.XI.1781. De San Sebastián, parte a Lisboa (Aguirre. 1905:15)

29.XI.1781. Llega a Lisboa desde S. Sebastián[11].

6.XII.1781. Es nombrado Capitán de Fragata de la Armada (Torner y de la Fuente, 1892: 38,75).

---

8 Todas estas notas correspondientes al mes de julio de 1778 revelan, en primer lugar que Félix de Azara estuvo emplazado en la sede de las obras, es decir, en Gerona con ocasionales estadías en Barcelona. Seguramente lo hizo conteniendo su impaciencia ante un sistema típico de la época. En estas condiciones de ocupación profesional difícilmente tuviera oportunidad –y eso es lo que nos interesa comprobar– de profundizar en lecturas de carácter ilustrado, y menos aún de asistir a reuniones o planificar acciones para la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, de la distante Zaragoza.

9 Pedro de Ceballos Cortés y Calderón [1715-1778]. Militar español nacido en Cádiz, quien fue designado Gobernador de Buenos Aires en 1757 y ejerció su mandato hasta 1776, año en el que pasó a desempeñar el cargo de primer virrey del recientemente creado Virreinato del Río de la Plata. Desempeñó el cargo con mano firme y progresista hasta 1778. Fue un avezado jefe militar y tomo en 1777 la Colonia del Sacramento, en la margen Oriental del Río de la Plata, que estaba en manos portuguesas. Antes había sofocado las últimas revueltas comuneras en el Paraguay. Después marchó con sus tropas hacia Río Grande, pero la paz firmada entre españoles y lusitanos malogró su avance, pues debió suspender las acciones y hacerse cargo del virreinato. El diciembre de ese mismo año, camino de la corte de Madrid, falleció en Córdoba, España. Lo sucedió en el cargo Juan José de Vértiz y Salcedo, segundo virrey del Río de la Plata.

10 También en este caso ignoramos la naturaleza de su mal, que debió ser serio, pues le insumió desde esa fecha hasta prácticamente seis meses y medio para restablecerse. A título puramente presuntivo podría tratarse de secuelas de su herida argelina (¿alguna infección secundaria?). Fue el más largo tiempo que dispuso para estar cerca y seguramente platicar con amplitud con su hermano, quien era el Abad de Amer.

11 Hay divergencia con los datos de Torner y de la Fuente (1892: 37, quien dice que fue el 2.XII, pero para Francisco Aguirre, que zarpó el mismo día y en el mismo navío, sucedió el 29.XI (Mones y Klappenbach, 1997: 195).

23.I.1782. Parte de Lisboa hacia Río de Janeiro en la fragata mercante portuguesa **Santísimo Sacramento** (dato de Aguirre, 1906: 15, 20; reiterado por Paul Groussac (1900: 210), pero Olivier Baulny (1968: 225) dice que fue el día 19, sin embargo es más fidedigno el dato de Aguirre puesto que Aguirre fue testigo presencial de su partida (Mones y Klappenbach, 1997: 195).
7.XII.1782. Fallece en Barbuñales doña María Teresa de Perera, madre de los hermanos Azara y Perera (Castellanos de Losada, 1848: 28).

La calificación que asignamos a este período de la edad vital de Félix de Azara, entre sus 33 y 35 años de edad, como "decisivos", va ser analizada en este capítulo y en más de uno de los siguientes, asignando el presente al tema de las actividades concretas y específicas sobre las que queda documentación correspondiente a las ocupaciones formales de Félix de Azara. Se trata de un período que, tal vez junto con el referido a su paso por la Universidad de Huesca y a su presunto abandono de los estudios, seguido por su refugio o estadía forzada en Barbuñales y por el inicio de la etapa previa a su incorporación al Regimiento de Infantería Galicia, forma parte de los lapsos temporales que consideramos altamente significativos en la vida del protagonista. Ver y modificar como está ahora este párrafo…

Estos tiempos decisivos o nucleares hasta ahora han sido incompleta e imperfectamente tratados por la mayoría de los que se ocuparon de esos años para los que la información no sólo es escasa, sino que resulta contradictoria y al ser analizada heurísticamente no resulta, en general, veraz sino las más de las veces, una serie de constructos imaginados o simplemente creados [agregar s] por sus biógrafos, para cubrir vacíos sobre los que no se consultó documentación ni referencia concreta alguna. Tan sólo unos pocos autores, entre los que se destacan Torner y de la Fuente (1892), Capel et al. (1983, 2006); Galera Gómez (1990), Piñera Rivas (1992) y Mones y Klappenbach (1997), tratan de ofrecer una cronología veraz y exhaustiva de los sucesos reales acaecidos en dicho período, pero sólo lo logran muy incompletamente debido a la importancia de las fuentes conocidas.

Esta etapa vital de Félix de Azara comprendida entre la guerra de Argel y la partida hacia América, es muy escasamente conocida y por eso ha sido interpretada como de años libres en los que, al menos hasta su designación para la guarnición de San Sebastián, Félix habría actuado más en la sociedad civil que en el ámbito militar. Esa creencia se puede fundar en la escasa información que han brindado sus biógrafos más cercanos, como el bastante fidedigno Torner y de la Fuente (1892), y ese estado de conocimiento se refleja en la cronología sumaria que brindan Mones y Klappenbach (1997:194-195), en la que entre la fecha de su herida (el 6 de julio de 1775), hasta su salida de San Sebastián hacia Lisboa, el 11 de noviembre de 1781, no se consignan más datos que los de los ascensos en su foja de desempeño militar, culminada en 1780 con su alta para el grado de Teniente Coronel de Infantería.

De acuerdo con este concepto se expresa Capel Sánz (2006: 49) cuando supone que el período entre la herida recibida y su viaje a América *"...tuvo, tal vez, la virtualidad de ofrecer al joven oficial un largo período de lecturas y conversaciones que resultarían decisivas en la formación de su espíritu ilustrado"*, pues Capel Sánz asume que tal circunstancia se debería a su incorporación a la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, que sería la mayor influencia en su configuración ilustrada. Esta conversión del oficial de ingenieros en el ilustrado que actuó en América se habría consumado en el supuesto ámbito de la Real Sociedad, pero la conclusión de toda la información cronológica que analizamos es que Félix de Azara no participó en dicha congregación, por lo tanto no podemos aceptar esa interpretación. Reflexionando bajo esa creencia Capel Sánz (*op. cit.*) considera que:

> *"...no parece aventurado, por ello, suponer que este período supuso una segunda escuela superior de Félix, en la que seguramente tuvo acceso a las inquietudes enciclopédicas de quienes compartían con él aquellas tertulias[12]"* .

Nosotros también hemos compartido paralelamente esa interpretación (Contreras Roqué, 2006b: 170-171), pero debimos modificarla en más de un sentido, debido a la nueva información surgida y, además contando con la información adicional del propio Capel Sánz (2006: 85), cuando establece que Azara, tras su ascenso a Ingeniero Ordinario el 5 de febrero de 1776, fue destinado a Gerona, donde levantó un plano, y *"...realizó el perfil y [determinó la] elevación de un sector de las murallas de la ciudad de Gerona y de un torreón arruinado..."*. Refuerza el rechazo de esas creencias el hecho de que, casi acto seguido tras culminar esas actividades, ya estaba involucrado en otras tareas de la misma índole profesional y fuera del alcance de Zaragoza, pues en enero de 1777[13]

12 Sin embargo, el propio Capel Sánz y en el mismo artículo (2006: 85), suministra información según el cual Félix de Azara estuvo nuevamente comprometido en tareas de su especialidad, poco más de seis meses después que fuera herido en Argel.

13 Con respecto a esta fecha, fundamentalmente procedente de Álvarez Terán (1980) es necesario afinar la precisión, pues la documentación que se mencionará a continuación presenta ciertas incongruencias o deja algunos hiatos temporales sin cubrir. En el Archivo General de Simancas hay abundante documentación aún no revisada al

“... acabó también el plano del río Ter, desde la presa de Brascanó hasta su unión con el río Oña, con las obras diseñadas para dirigir la corriente de modo que la ciudad de Gerona quedara libre de inundaciones” (Capel Sánz, 2006: 85, basado en Álvarez Terán, 1980: 954).

Al respecto de esta última comisión de servicio de Félix de Azara, debemos al celo documentalista de Juan José Nieto Callén y a su generosa cesión de copias de la documentación correspondiente, el haber comprobado en su biografía una realidad muy diferente a la que se le suponía para después de su herida, pues a partir del 20 de noviembre de 1776 (o en fecha muy cercana), ya que la comisión estaba antes a cargo del Ingeniero ayudante Narciso Codina, con el que seguramente colaboraba Azara, y

“...haviendole acometido al citado Ingeniero un aguda enfermedad fue preciso pasara el Ingeniero Extraordinari.º D.ⁿ Felix de Azara a continuar aquella comision...”

De este modo reza la nota elevada por don Francisco Lobera a la superioridad del emprendimiento. En consecuencia inició Félix de Azara los estudios de las obras de corrección de aquellos cursos y destinadas también a la mitigación del riesgo de crecientes de los ríos Ter y Oña, que confluyen en el llano de Gerona, Cataluña[14]. Ignoramos la fecha de culminación de estas obras, con respecto a las cuales poseemos las copias de dos esclarecedores informes de Félix de Azara, cuyas transcripciones acompañan a esta obra en el sección Apéndice Documental del presente capítulo, las que retrotraen la fecha de su primer escrito profesional conocido siete años antes del siguiente, redactado ya en América del Sur, cuando relatara su viaje de la ciudad de Buenos Aires a la de Asunción del Paraguay (Chialchia de Contreras y Contreras Roqué, 2006)[15].

De acuerdo con la información disponible hasta el presente, parece haber continuado Félix de Azara sus servicios constantemente en Cataluña con Barcelona como sede formal de su destinación militar como se puede ver en la precedente cronología. Así fue que en mayo de 1779, Félix de Azara

“...estando en Lérida cayó enfermo y fue sustituido por otro ingeniero; pasó a Amer para curarse de su enfermedad y residió allí hasta el 16 de noviembre[16]” (Capel Sánz, 2006: 85) y hemos podido examinar el documento, cuerpo original procede del Archivo General de Simancas, en una copia facilitada por Juan José Nieto Callén.

Como conclusión de este capítulo podemos dejar sentado –en primer término– que gracias a la información fáctica acerca del acontecer vital de nuestro biografiado en el periodo que tratamos, ha sido más o menos rescatado en cuanto a los trazos mayores de su secuencia, aunque quedan importantes vacíos de información. Pero, también debemos destacar que se abre un interrogante nuevo en la medida que su supuesta participación activa en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, se relativiza y que por lo tanto, debemos buscar otro ámbito central para la progresiva mutación del convencional oficial de Ingenieros del ejército, que se transformará poco después en el casi polígrafo ilustrado que se reveló en América y revistando ya en la Marina.

Retornaremos al tema en capítulos venideros, pero dejamos ya asomando una punta de hilo guiadora de nuestra hipótesis a desarrollar: que fue en el seno de la ilustración catalana, en Barcelona, donde debió de hallar centralmente Félix de Azara el contexto de diálogo, de incentivación, de influencias y de lecturas, que hicieron de él una de las más destacadas figuras de la generación central de las Luces del siglo XVIII y un precursor de la ciencia natural en su patria y en América del Sur.

En el caso que venimos tratando, la documentación que existe –y hemos podido encontrar alguna–, es silenciosa en cuanto a información confidencial, personalizada, o referente a la vida privada del protagonista, pero permite seguir los pasos profesionales y militares del mismo y cumple así un doble propósito: en principio nos hace saber qué y cuánto hizo Félix de Azara en el orden práctico en esos lapsos y cuál es la cronología de esas actividades. En segundo lugar, y es lo más importante, deja por la negativa un mecanismo documental para saber qué es lo que no hizo de lo que se le atribuye o qué es lo que no pudo hacer salvo poseer el don de la ubicuidad, puesto que hasta ahora no hubo entre los humanos quien tuviera esa privilegiada disposición, como pa-

---

respecto (Juan José Nieto Callén, comunicación personal).

14 El informe principal, intitulado **Relación de los estragos hechos por los ríos Ter y Oña y de las obras hechas en varios tiempos para contenerlo en determinados límites…**, y está depositado en el Archivo General de Simancas, GM, leg. 3326. Hace referencia extensa sobre el mismo Nieto Callén (M. S., en prensa).

15 Trataremos más extensamente acerca de estos escritos en el Tomo II de esta obra.

16 Esta información complementa a la que brinda Nieto Callén (M. S., en prensa) acerca de que Félix de Azara habría “visitado” a su hermano mayor, Eustaquio, que entonces era abad de la Abadía de Amer y Rosas, con el que pasó por segunda vez un episodio de enfermedad, ya que en una ocasión, entre 1768 y 1772 –ignoramos la fecha exacta– estuvo en el Monasterio de San Cugat del Valles, que estaba a cargo de también de Eustaquio, para recuperarse de otra enfermedad (Nieto Callén, *op. cit.*). Ignoramos en ambas situaciones cual fue su enfermedad, pero en el segundo caso suponemos que pudo ser algún agravamiento o secuela de su vieja herida de Argel.

recería quererse suponer en el caso de su postulada participación activa en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País de Zaragoza.

Por lo tanto, aunque no surja de lo que hemos revistado una clave primaria acerca de quién era y hacia qué tendía espiritual y mentalmente Félix de Azara en el período que analizamos, al menos poseemos claves menores sobre el mismo y estamos en mejores condiciones que en el año 2005, cuando se realizaron en Madrid-Huesca, las **Primeras Jornadas Azarianas**, para calibrar el grado de veracidad de las afirmaciones referidas a este periodo vital suyo.

Apéndice documental. 1

Tareas específicas en la zona de Gerona (ríos Ter y Oña)

[1]Relación de los estragos hechos por los Rios Ter y Oña y de las obras hechas en varios tiempos para contenerlos en determinados limites[17]

"Para comprender mejor los que son estos Ríos, Ablarè de las Avenidas, estragos y variaciones de alveo que han tenido en lo antiguo[18].

"Empiezo por el Ter[19] que tiene extraordinarias avenidas, y corre rapidamente por un terreno llano, muy pedregoso, y sin Montes que sugeten su corriente como se ve en el Plano adjunto: Esto hace que su alveo sea vario en tanto grado, que en los primeros tiempos pasaba por el llano de Gerona, que esta ala derecha de la Acequia C mirando ala ciudad; y sejuntaba con el Oña mucho antes que éste llegase a bañar la Ciudad.

Esto lo infiero de la natural disposición del terreno, y deque el llano está lleno de piedras peladas y redondas idénticas con las del Rio.

Juntos los dos Rios antes de llegar a la primitiva Ciudad ocupaban precisam.te en sus fuertes avenidas todo lo que hoy es Mercadal, y la falda baja de la montaña donde está hoy la Ciudad. Por esto el Fundador de ella Gerion la colocó en la pendiente de la montaña bastante arriba para que se hallase libre de los dos Rios juntos. Las primeras murallas de Gerion que hoy existen en lo interior de la ciudad hacen ver esto claram.te y hay Escrituras antiguas que aseguran que los dos Rios juntos en sus avenidas llegaban justam.te a las primitivas murallas sin que las aguas pudiesen entrar en la ciudad: lo que haze ver que Gerion tomó bien sus medidas.

Otras Escrituras hay que dicen que el Ter ocupaba lo q es Mercadal, y que se juntaba al Oña en la que hoy es Puerta llamada Sen Vila.

Con el tiempo mudando el Ter de madre se unió al Oña pasada la ciudad, poco mas o menos donde haora. Con

---

17 Este documento, que data de febrero de 1778, se inserta en el texto para que el lector pueda apreciar un informe Félix de Azara referido a un problema de crecientes hidrográfica periódicas, riadas o avenidas que afectaban a ciudad de Gerona, en Cataluña. Originalmente debió de estar acompañado de un plano al que hace referencia el autor con mucha frecuencia, al que no hemos podido ubicar.

18 Al respecto de la situación general planteada en Gerona por causa de los ríos y arroyos que confluyen antes sus murallas, consideramos útil trascribir la síntesis Juan de Llobet en un documento del AHN, en una carta fechada el 12 de marzo de 1778: *"Quatro son los rios cuias aguas bañan los Muros dela Plaza de Gerona, y ala q.e como centro (aunque cada uno por particular Dirección y Potencia) unen sus aguas, y desde donde continúan juntas con el Nombre de Rio Ther, y si bien que el Guell, y Gálligans, son muy inferiores àlos otros dos Ther y Oña, siempre q.e sus abenidas sucedan aùn mismo tiempo precisamente el encuentro de sus aguas no solo ha de causar una entumecencia crecida en ellas, inundando el* [barrio del] *Mercadal, y parte baja de la ciudad sino q.e también en el mismo encuentro ha de haber suspensión de corrientes un equilibrio con el cual depositen las arenas cascajo, y demás cuerpos, q.e con su impulso hubieren desprendido de los terrenos por donde hubieren transitado, y por consecuencia deve elevarse hallí el Lecho del Alveo en exaltación de las inundaciones; pues q.e en el citado encuentro cada uno dchos Rios pierde el mérito de la velocidad de sus aguas y es preciso que en virtud dela altura viva que toman halli adquieran otra nueva y suficiente para q.e en iguales tiempos prosigan iguales los raudales. De este principio puede inferirse que la situación de Gerona según en el día vemos manifiesta es poco proporcionada para librarse de sustos y averías…"*

19 El río Ter. Se trata de un curso fluvial España que desemboca en el mar Mediterráneo, desaguando una cuenca de cerca de 3000 km^2. Antes de desembocar se relaciona con los ríos Oñar, Güell, Galligans y Gerona. Tiene una historia de variabilidad en su curso, en parte natural y, en buena proporción debido a la acción humana, sobre el curso especialmente cuando pasa por una ciudad de la magnitud y la antigüedad histórica de Gerona, situada a 75 m snm, lo que le confiere una gran potencia erosiva durante las épocas de riada, que se incrementan asociadamente hasta llegar a ser catastróficas con una frecuencia de varias décadas entre una y otra. La vieja Gerona, denominada en latín *Gerunda*, debió ser repoblada debido a su traslado por causa de las guerras y las inundaciones. Las antiguas murallas defensivas contribuyeron a retener el agua de las inundaciones al reducir la capacidad de salida de la misma. Desde fines de la Edad Media sus habitantes lucharon por defender la ciudad de las crecientes. La confluencia de ríos en Gerona determinó cambios geográficos notables en sus cursos, que se asociaron debido a las mayores riadas. Da idea de su potencia destructiva el hecho de que en 200 km. de recorrido el Ter desciende desde los 2.480 m de altura montañosa hasta los 75 metros de la ciudad.

esto las aguas solas del Oña ya no podían cubrir lo q es Mercadal, ni llegar con mucho à las primeras Murallas de Gerion[20].

Las Gentes que vieron estos parages llanos y comodos libres de inundación, empezaron incautas a hacer en ella sus Casas, sin persuadirse o sin entender que el Ter volveria por donde antes, y se juntaría con el Oña[21] *donde primero, cosa q. era regular q sucediese, pues no habia en ello embarazo, y hubiera sucedido luego si las Murallas hechas en el Mercadal, y muchísimas obras no lo hubiesen embarazado.*

He dicho esto para hacer ver la inconstancia del Ter que tiene quasi igual proporcion para dirigirse por todo lo que encierra el adjunto plano, y también para romper por la Acequia C, y para rodear el Mercadal con el tiempo y para volver a su llano.

Para precaver todo eso se han hecho en otros tiempos muchas obras con el fin deque el el Ter se aparte de la Ciudad, y se una al Oña muy debajo de ella, dexando a èste libre su curso. No se hicieron con otro motibo los Malecones, que aquí llaman Diques, D. E. F. G, H. I[22] *cuya construcción se lee en la explicación del Plano; de los quales no hay hoy la menor señal exceptuando el H que subsiste en parte.*

Una extraordinaria avenida el año de 1733 hizo algun daño en el angulo de la espalda del Baluarte c que el Ing.ro D.n Jph. Fabre compuso y aseguró perfectam.te.

El año de 1733 arruynados ya quasi todos los malecones nombrados, dicho Ingen.ro examinó con la mayor reflexion este Rio, sus avenidas, y variaciones, y para evitar todos los daños en lo futuro, propuso y después executó el canal o Alveo señaladode amarillo. [en el plano] *Abrió en el centro Puna zanja estrecha y paralela a los Malecones T. Los escombros de la zanja Plos arreglaba en Tá uno y otro lado. En los parages que su canal cortaba a el Rio, hizo Malecones con estacas, fagina*[23] *y piedras. Esta es la construcción de su canal, que como era quasi recto le parecio a dho. Fabre que las aguas corriendo* ...[ilegible]... *y rapidam.te profundarían una Madre perpetua.*

Su razonam.to era bueno en si, pero las circunstancias del Rio hicieron vanas sus esperanzas: Su Canal o alveo se fue luego con las aguas sin q. haya quedado de él mas que como 70 varas del Malecon T hacia hacia la mitad del Canal y esto solo en un lado.

Trae este Rio mucha rapidez y arrastra piedras muy gruesas de que está lleno su curso, éstas detenidas por rayzes, troncos, arboles u otros accidentes debian formar al instantemontones o isletas en el alveo amarillo, que disminuyendo su capacidad forzarían a las aguas à superar los Malecones colaterales q. eran bastante bajos, y à romperlos. Puntualmente sucedió asi y ya las primeras aunque pequeñas avenidas se notò que el Rio hacia dentro del Canal amarillo semejantes islas, codos, y eses à las que se ven q. hace el agua en el adjunto.

Si se hubiese tenido cuidado de quitar todos los años las piedras gruesas del Canal; creen muchos que acaso hoy subsistiría esta obra tan útil, pues de este modo la misma agua en las avenidas se llevaría la piedra menuda y arenas despejando el Canal y profundandolo. El mismo Fabre me han asegurado que dexó esta instrucción por escrito, o cargando este cuydado y que no se labrasen piedras en las Dehesas; fuese el Ing.ro y se olvidó la instrucción: Es mucho pedir al hombre un cuidado y gasto continuo.

El Canal de que se trata tenia de largo1500 varas y dicen aqui que costo 80 mil ducados, y no es estraño, pues ademas de las obras robustas para cortar el Rio en muchas partes; se hicieron dos Malecones uno a cada lado que juntos componen 15 mil varas de longitud.

Como no he visto el perfil de este Canal no puedo saber ni discernir mas sobre èl, ni comprender si si era capaz.p.a contener las may.s avenidas.

Para asegurar la entrada de las aguas en el Canal hizo dho Ing.ro un robusto Murallon Q de buerna piedra de Silleria con estribos junto a la presa del Bascan, del qual subsisten solo como 60 varas por estar abrigadas de una peña. Hizo tambien igual Murallon en K mas abajo del

20 “Gerion” o Gerión. Mítico fundador de la ciudad de Gerona según lo trata Félix de Azara, seguramente basado en referencias mitológicas o literarias de la época o en un recuerdo equivocado de los clásicos, pues su interpretación mitológica conocida es el de un ser con aspecto humano, pero formado por tres cuerpos extrañamente completos pero asociados, que habitaba en una de las Hespérides, la isla de Eritia, traspasando las Columnas de Hércules (Gibraltar). Uno de los trabajos míticos de Hércules fue el robar su ganado a Gerión. Ha sido tratado por poetas de la antigüedad y por Dante Alighieri, en su **Comedia**, quien lo da como uno de los moradores del séptimo círculo, el de la violencia. Es un ser ficticio, sin realidad histórica.

21 El río Oña, conocido actualmente como Oñar, es relativamente corto en extensión, con 34 km. y desciende a Gerona, a la cual atraviesa descendiendo desde los 220 metros snm de sus fuentes hasta los 75 metros de la ciudad. Su potencia es menor que la del Ter, pero las aguas, ya unidas con las del Güell refuerzan los efectos del Ter cuando las lluvias son excesivas. Se considera que embellece la ciudad al cruzar por ella, pero más de una vez ha provocado gran destrucción. Sus aguas se vuelcan finalmente en el Mediterráneo.

22 Estas letras aluden a esas que en el plano que originalmente acompañaba al escrito, indicaban los distintos accidentes geográficos.

23 **Fagina**: úsase en este caso como **fajina**, con el significado de haces de ramas o de leña.

fuerte d, delque ha quedado sino trozos arrastrados por las aguas, q. pruevan su buena construccion y su debilidad. Estos Murallones aunque sus gruesos y mampostería eran excelentes, no tenian pilotage[24] *que asegurase su cimiento, y asi el agua los zapó y destruyó al instante. Acaso no puso pilotage por ahorrar.ó p.*ʳ *q. creyo ser difícil clavar estacas en terreno tan pedregoso. Esto ha hecho ver q. obras sin fuerte pilotage son inútiles en este Rio. Tambien proyectó y la superioridad aprobó igual Murallon en L para separar los Rios: pero no creo q. se hizo.*

Otros muchos Ing.ʳᵒˢ y personas hábiles han discurrido mucho sobre esto, después de haber hecho repetidos reconocimientos en todos tiempos; solo D.ⁿ Jph Fabre se ha resuelto a cosa mayor; todos los demas solo han hecho lo que se dice salir del dia, sin duda han conocido imposibilidad o suma dificultad enponer remedio estable y permanente tal vez han creydo que los daños que las aguas pueden causar, no valen el costo que necesariam.ᵗᵉ tendría qualquiera remedio completo.

La presa B de bascanó hasta q. poco ha se hizo de mampostería cubierta de buenos tablones y estacas, se la llevó mil veces, y me han dicho q. antig.ᵗᵉ habia un lugar en lo q. hoy es alveo.

El recurso del plantio de arboles que regularm.ᵗᵉ basta para sugetar los Rios, en este tiene el inconv.te de que como hay tanto pedrusco, no pueden las rayzes asegurarse, se alargan mucho, y con facilidad las arranca el agua haciendo grandes hoyas. Mucho mejor seria dexar la tierra valdía ó sembrada de plantas deviles asi lo persuade la experiencia.

Despues de estar ya arruinadas todas las obras como he dicho, ha hecho la Ciudad otras muchas que confundirían el Plano si se senalasen; entre otras los Malecones N con el fin de introducir el Rio por los Canales ó hechos a posta para separarle del Oña. todas estas obras eran hechas de caballetes, estacas cavadas a mano, fagina y piedras del mismo Rioy asi estaban las cosas quando vinieron las avenidas de los 14 de Noviembre y Diciembre[25] *últimos, en que las aguas tomaron grande extension, ocupando la mayor parte de lo que contiene el adjunto Plano.*

Los estragos causados por estas avenidas son: Haberse llevado el ter parte de la Presa A, con muchísimos arboles y tierras cultivadas en toda la extensión del Plano y a mas todos los Malecones q. acábo de de decir q. habia hecho la Ciudad. Ha variado su alveo en algunas partes, y ha hecho lo q.ᵉ todas las grandes avenidas; es de saber que ha dado y quitado tierras, y baxado y subido terrenos.

2º

Por lo que toca a Fortificacion chocó una parte m del Rio el angulo flaqueado del Bal.ᵗᵉ [Baluarte] *b y le descarnó hasta el cimiento, haciendo un grande hoyo y llevándose las tierras cultivadas que abrigaban su cimiento. No obstante su mampostería se mantiene entera y sin el menor quebranto.*

Otro brazo S, junto con el Guell[26]*, dio contra muralla, n, o, señalada con puntos; y llevandose una devil muralla o pared que hacia oficio de contraescarpa con todas las tierras cultivadas de la immediacion q. abrigaban el cimi.ᵗᵒ, se halló la muralla sin apoyo lateral hacia a fuera; y como está fundada sobre arena falsa sin pilotage, empezó la arena a escaparse de debajo del cimi.ᵗᵒ empezando en o junto al torreon; y como el peso la precisaba à sentarse se bajó en o resbalando un poco hacia a fuera empujada del terraplen; lo que fue causa de que impeliese al torreon o y lo derribase: estos movimientos hacia afuera y hacia abajo que hizo la muralla n o, los hizo manteniéndose firme el punto n, y moviéndose toda junta la linea n o de cinquenta y cínco varas.*

Esta Muralla se ha abierto de arriba abajo en el punto n y aun en otros dos parages; pero la mayor grieta por fuera es de dos pulgadas; y como tiene bastante declive; no ha podido caer, ni pender del perfecto perpendicul, p.ʳ q. la arena de debajo del cim.ᵗᵒ no podia menos de ceder con igualdad ni podia escaparse mucho p.ʳ q.el cim.ᵗᵒ de mampostería llega hasta el nivel de la madre del rio con corta diferencia. Por esto yo soy de sentir que se calce esta Muralla, pues manteniéndose bastante unida perp.ʳ.el ...[ilegible]... *cim.to;sin poder ceder, y sin faltarla una sola piedra; siendo à mas su mampost.a excelente; yo no hallo razón p. ª derribarlas.*

Esto basta para comprender el daño dela Muralla, cuyo Plano y perfiles quedo haciendo para tratar de su reparación que no puede ser en el dia ni es cosa urgentísima.

24 **"no tenian pilotage"**: es decir, no estaban anclados al suelo mediante **pilotes**, o sea, columnas de hierro y mampostería –o, en su defecto– por medio de fuertes estacas bien hundidas y capaces de mantenerlos a salvo de las presiones laterales de las aguas en creciente, que tendían a arrancarlos de su erosionado basamento y arrastrarlos, despedazando los murallones afectados, o a tramos de los mismos.

25 Se refiere a las avenidas, riadas o grandes crecientes fluviales de esos meses del año 1777, que fueron las más intensas producidas en el siglo hasta la fecha de la tarea de Azara. La anterior se había producido en 1733, pero con intensidad levemente menor.

26 El río Güell: Es un río según la nomenclatura usual, pero equivale realmente a un arroyo de 1,4 km. de recorrido, el que nace en los alrededores de Gerona. Desemboca en el río Ter, en el término de la ciudad. En épocas de creciente contribuía poderosamente a las inundaciones en Gerona, que no pudieron ser evitadas en tiempos de Félix de Azara pues la última creciente catastrófica se produjo en el otoño de 1843. Contribuye a la belleza paisajística de Gerona y actualmente está dominado mediante obras protectoras.

El torreon arruinado de nada servia, ni hay mas q. hacer, sino cerrar las dos varas de portillo que ha dejado, quedando con esto seguida la Muralla.

Dos arboles q. con las avenidas cayeron en frente del Bal.te c derribaron la Garita del angulo flanqueado.

Hasta aquí he ablado del Ter, voy à hablar del Oña.

Este Rio siempre ha tenido invariable su curso: Asi sus estragos siempre han sido semejantes. Divide la ciudad del Mercadal, corre blandam.te pero tiene fuertes acrecimientos. Sus estragos en lo antiguo no podían ser ningunos, hasta q. se pobló el Arrabal y se hicieron casas fuera de los limites de Gerion[27]*. En una ocasión se llevó el Puente de S.n Agustin q. era de piedra y comunicaba el Arrabal y la Ciudad. En otro tiempo descarnó el torreon llamado del Rio que es de fortif.on posterior a los muros primitivos y esta mas baxo. D. n Jph. Fabre la calzó perfectam.te y lo aseguró con un buen Murallon bajo. Ygual obra hizo el mismo Ing.ro en la salida del Arroyo Galligans*[28] *paraq. Sus aguas no fuesen embarazadas por las de Oñá. En el plano va notado con la letra M. Alguna otra obra hizo en este Rio pero de menos consideración, y duró mas por precaucion que por necesidad: todas subsisten hoy.*

Los daños hechos ultimam.te, son los mismos que ha hecho, y hará siempre que vengan avenidas; A saber: se ha llevado algunas Palancas q. comunicaban el Mercadal y la Ciudad: se ha introducido en la parte baja de la ciudad y [el] *Mercadal: se ha subido Galligans arriba: ha detenido el curso à oña, ha derribado una pared dentro dela Ciudad junto al Galligans: Se ha subido encima del Murallon M; le ha descarnado por detrás quitandole la tierra y piedras q. abrigaban el cimiento, y hechandolas en la desembocadura f, cosa q. le fue fácil p.r q. estaba la tierra labrada; Y por fin junto con el Ter ha hecho algun daño ala Presa del Pedret y mas abajo ha derribado algunas paredes de huertos.*

Por lo tocante à fortificacion yo no hallo d año alguno causado por este Rio.

Los Arroyos Guell y Galligans no me ofrecen otra cosa que decir sino que aquel juntó sus aguas con el Ter, este con el Oña. Algunos creen q. las aguas del Galligans detenidas derribaron la parte q. tenian inmediata; yo atribuyo esto al Oña como he dicho y también creo que el haberse quasi cerrado la desembocadura f consistió en ser bajo el Murallon M y no otra cosa. Siempre q. el Rio Oña monte otro Murallon M hechará las tierras del campo, q. hay detrás, en la embocadura f: si no le monta, jamás cegará el Oña al Galligans q. tiene rapidísima corriente.

Los Arroyos Guell y Galligans no me ofrecen otra cosa que decir sino que aquel juntó sus aguas con el Ter, este con el Oña. Algunos creen q. las aguas del Galligans detenidas derribaron la parte q. tenian inmediata; yo atribuyo esto al Oña como he dicho y también creo que el haberse quasi cerrado la desembocadura f consistió en ser bajo el Murallon M y no otra cosa. Siempre q. el Rio Oña monte otro Murallon M hechará las tierras del campo, q. hay detrás, en la embocadura f: si no le monta, jamás cegará el Oña al Galligans q. tiene rapidísima corriente.

Concluy la Relacion de los daños causados en el día y delos antiguos q. han llegado a mi noticias; al paso he hecho reflexiones; y solo me falta mas claram.te lo que hoy entiendo sobre precaver los futuros. Sobre esto debe debe distinguirse entre los daños de Fortificacion y los de la Dehesa de la Ciudad y particulares.

S solo se quiere guardar las fortificaciones abandonando lo restante: no hay mas q. hacer sino dexar al Ter libre y q. siga sus caprichos é inconstancias. Lo mas que sucederá es q. chocará las murallas del Moncadal como lo esta haciendo: quizás en alguna extraordinaria avenida variando mucho su curso, descarnará algun pedazo de Muralla, pero no creo q. la derribe ni inutize. Por las ahora quebrantada veo q. los cimientos llegan al nivel del Rio, y q. tiene buen declivio, y la mampostería es excelente. El Bal.te c está seguro; la muralla quebrantada y Bal.te b ya se asegurarán, conq. Hay poco que temer, y se pone alguna buena estacada en los parages q. parecería mas expuestos, habría poco q. temer.

Si se quiere precaver para siempre los daños de la Dehesa y particulares, q. siempre se reducen á dar por un lado lo que quitó por otro, librando al mismo tiempo las inundaciones de la ciudad embarazando la unión de los dos Rios; esto es si se quiere hacer obra de la extension de D. n Jph. Fabre. La ciudad puede ver si la Dehesa equivale a los gastos q. precisam.te se deberían hacer, y si el mal que tiene equivale al remedio que [se] *ha de practicar.*

D. n Jph. Fabre Ing.ro en Gefe y otras muchas personas de de ciencia y práctica han agotado sus talentos discurriendo sobre esto, y han dado sus dictamenes que merecen sin duda ser leydos; yo no los he visto ni sé donde paran: Ellos sin duda tendrán mas peso y autoridad qué el mio, que por ahora se halla creyendo las disyuntivas de ó gastarse muchísimo ó ser imposible el remedio. tantas y tan diversas obras arruinadas; tantos hombres grandes pensando en esto inutilmente; hacen sospechar q. la Dehesa no puede defenderse, ó no debe defenderse, y q. la union

27 Es decir las antiguas murallas defensivas, ya por entonces absorbidas por el centro urbano.

28 El arroyo Galligans, es un curso de corto recorrido que se fusiona con el Güell y juntos desaguan en el Ter en la propia área de Gerona. Contribuyó con su caudal a las riadas históricas del Oñar. Ver en el siguiente texto del apéndice documental de este capítulo, la descripción que el propio Félix de Azara realiza del corto y estrecho curso de esta vía de agua que actualmente ha perdido, gracias a las obras de ingeniería la potencialidad destructiva que tuvo durante siglos.

de los Rios e inundación regular de la parte baja de la Ciudad no puede ó no merece remediarse.

Esto se entiende ablando de un remedio solido, estable universal y perpetuo: pues hacer como hasta aquí Malecon D malecon E etc. Esto es muy fácil como q. el Rio los abandone ó destruya.

Las obras del Ing.[ro] Fabre que es el único q. se ha atrevido á intentar una obra grande q.enteram.te precaviese todos los estragos, tanto del ter como del Oña. Estas obras q. como he dicho costaron 80 mil libras sin embargo de no poder ser mas sencillas; dan buena idea de lo q. costarà una madre de 1500 varas de longitud; y su corta duración hàce ver lo q. es este Rio ter, y cuánto debe desconfiarse.

Los estragos del Oña nacen deq. El Ter como mas rapido disminuye algo su corriente si se juntan cerca de la ciudad y amas llena su alveo; de [lo] *que resulta q. el Oña* [se] *entremete* [y] *éntra en la ciudad inundando patios y cuevas ó bodegas estos estragos no son mayores porq. el Rio lleva poca pend.[te].*
Para remediarlos solo hay el remedio de apartar el Ter de que ya he ablado; y tambien se remediaría algo [si] *se le pudiese dar mucha corr.[te]. Dicen algunos que si se arruinase la Presa A del Pedret, las mismas aguas bajarían todo el alveo hasta la Ciudad; Yo no pienso tan resueltam.[te] p.[r] q. todos los días veo, aun en el mismo Oña que como en cien varas de distancia tiene una corr.[te] fuerte, y en las cien varas inmediatas hacia arriba está el agua como en una balsa, sin que lo bajo de las cien varas primeras haga bajar las segundas: quiero decir q. no creo q. las tres o quatro varas q. se rebajarían en el Pedret, bastaren à rebajar sensiblem.[te] todo el alveo hasta la ciudad, distando la Presa A de la Torre del Rio que esta en la ciudad dos mil varas. Lo q. dicen aquello solo tiene lugar en distancias cortas; pues si tiene generam.te cierta su proposicion sucederia q. bajada ò subida una parte del alveo, deberia bajarse ò subirse todo él hasta el nacim. to del Rio. Estas cosas dependen de la infinita variedad y convinacion de los terrenos: Y así yo no soy de sentir de derribar la Presa construida en 1581 que es un mal positibo por bajar el alveo del Oña q. es solo una esperanza.*

En esta inteligencia yo no hallo medio alguno seguro y permanente p.[a] bajar el alveo del Oña ni para embarazar q. entre en la ciudad baja como lo ha hecho desde que hay tal ciudad en las fuertes avenidas.

Me han asegurado q. este Ayunt.[to] hacia levantar el plano, y hacer una nivelacion con el calculo correspond.[te] delo q. costaria hechar el Oña por otra parte: sin duda hacen esto para averiguar la posibilidad, y saber el costo p.[a] hacerlo pres.[te] a la Superioridad; Esta en su vista cotejados los gastos con las utilidades resolverà lo que fuere de su agrado.

Esta es mi Relacion y Plano q. en estos pocos dias he podido formar y reducir despues de varios reconocim.[os],

reflexiones e inquisiciones q. he hecho, y noticias q. he tomado. Es toda conforme a las ordenes q. tengo y a lo que entiendo, y por ser asi, la firmo en Gerona á 30 de En.[o] de 1778.

Felix de Azara

Apéndice documental. 2

Gerona 6 de Mayo de 1778

Dictamen de Azara sobre el barranco Galligans

Descripción del arroyo Galligans de Gerona relativa a evitar los daños que pueden resultar de cegarse su alveo dentro de la ciudad; en que también se propone algún medio que pueda conducir al fin que se desea.

Num.º 7.

Corre el Galligans por un canal estrecho dentro de la ciudad [de Gerona]*: este canal o alveo que por lo regular es de 12 à 15 varas de ancho, está en gran parte cubierto de casas qº se sostienen sobre arcos apoyados en los lados del canal. Todo esto se vé bien con el plano y perfil que acompañan.*

Tiene este arroyo una pendiente de 14 pies y 7 pulgadas en sola la distancia de 310 v.s. que corre desde qº entra en la ciudad por la puerta B hasta el rio Oña à quien choca. Este rio en la distancia de 54 varas en frente del Galligans sólo tiene dos pulgadas de declive.

No obstante tener el arroyo 9 pulg.s 8 lineas de pendiente por vara lineal qº es sobrada p.a arrastrar los may.es obstáculos; se observa que lexos de limpiar su alveo dentro de la ciudad qº levantan las aguas; estas derrivan las paredes que sugetan el alveo; dando por este medio entrada en el canal a las aguas del Oña que vienen de la ciudad quando està inundada.

Tantas son las arenas qº deposita el arroyo que hay hombre qº dice haber visto limpiarse ...[ilegible]... *veces; y qº otras tantas ha visto en el suelo la pared A* [la] *que hoy se está construyendo.*

Si se ciega el canal del arroyo, se deben esperar malas consequencias; pues aunque tenga tan buena opinión de la muralla B que creo qº si se cegase su puerta, bastaria à sostener las aguas hasta qº la saltacen por encima: No obstante en este caso entrarían las aguas a la ciudad por la puerta inmediata a la torre de S.n Pedro, y atropellarían quanto encontrasen, a más de que inundarian los contornos.

Es pues necesario conservar limpio el alveo evitando la acción a las causas qº lo llenan, ó bien augmentando la fuerza a las causas que lo limpian.

Este arroyo tiene todo su alveo desde su nacimiento hasta la inmediación de la ciudad tan limpio que no cabe más: de que es fácil inferir, que en la ciudad está la causa de llenarse el alveo.

A primera vista parece que los fuertes escurrimientos del Oña que se introduce por la salida C hasta cubrir la clave de la puerta B, impiden el curso al Galligans, y hacen de el una balsa, enqº se depositan las arenas. De aquí infirieron mucho ser imposible evitar otras arenas dentro de la ciudad como lo es el separar al Oña de las causas.

Pero si lo mira con cuydado y reflexion la rectitud del Galligans la estrechez de su alveo y su furiosa rapidez o declivio; parece imposible que pueda dexar arenas por más qº el Oña trabaje en ello; y si en alguna ocasión las dexase obligado del Oña, parece qº debería llebarselas en todas las ocasiones que no vienen juntas o al mismo tiempo como sucede con frequencia.

Yo he indagado si habria alguna otra causa qº contribuyese à dexar arenas ò impidiese al Galligans el arrastrarlas como parece debería suceder forzosam.te. Y entiendo que como solo puede arrastrar por la puerta B una pequeña parte de las aguas, quedando las demas detenidas fuera inundando las vecindades; no puede el Gálligans en sus fuertes avenidas poner en obra todas sus fuerzas qº en mi juicio limpiarian el alveo si todo el Arroyo corriese junto; mayor.te en las ocasiones que viene antes que el Oña.

Para conceptuar esto he tomado perfiles de las mayores aguas del arroyo que resultan 20 veces mayores que la capacidad de la puerta B en el estado enqº se halla. Mientras èsta fue capas p.a entrar por ella todas las aguas siempre estuvo limpio el Galligans segun dicen los Viejos: los mismos dicen y la construccion de los arcos lo hace conocer, qº antiguam.te las puertas de entrada y salida eran tan anchas como la madre del Galligans y tan altas que se pasaban por debajo carruages. Otros la de entradas solo tiene dos pies de altura y 5 v.s de claro.

Yo no alcanso el motibo pr qº se cerraron ó estrecharon dhas puertas. Lo que yo opino es qº se deben abrir como

lo estaban primitivam.[te] ó por lo menos selas debe levantar lo bastante para q[o] el Galligans corra librem.[te] con toda su fuerza y caudal.

Si este mi dictamen no puede ser atendido en el dia me permito que los que en lo sucesivo tengan la comision que yo tengo; diran lo q[o] yo, y aun añadiran q[o] deben hecharse a tierra todas las casas que existen sobre el arroyo; cosa que no me resolverìa [a hacer] hasta haber visto las resultas de lo q[o] propongo.

Esta es mi opinion sobre el Galligans, q[o] no espuse en mi relación de 30 de enero, porq[o] no tenia los conocimientos entonces, q[o] hoy tengo. El Ter, el Oña y las murallas llevaron mi atencion en aquel breve tiempo q[o] forme a la ***Relacion*** *y su* ***Suplem.[to]*** *y como no tube lugar para calcular el costo de la limpia puse en el Suplem.[to] el que D.[n] Narciso Codina habia saciado y ahora veo q[o] andube escaso.*

Gerona 6 de mayo de 1778.

Felix de Azara

Ex.[mo] S.[or]

Capítulo IX.

La Ilustración. Las generaciones ilustradas

LA ILUSTRACIÓN

"La Ilustración consiste en el hecho por el cual el hombre sale de la minoría de edad. El mismo es culpable de ella. La minoría de edad estriba en la incapacidad de servirse del propio entendimiento, sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad, cuando la causa de ella no yace en un defecto del entendimiento, sino en la falta de decisión y ánimo para servirse con independencia de él, sin la conducción de otro. ***¡Sapere aude!*** *¡Ten valor de servirte de tu propio entendimiento! ¡He aquí la divisa de la Ilustración!"*

[Inmanuel Kant, **Qué es la Ilustración**, 2004: 33]

Este párrafo de Inmanuel Kant[1], es criticado por Agapito Maestre (2007: II), en el sentido que: *"Ni siquiera la enunciación kantiana acerca de la Ilustración como "la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad", constituye una definición, sino más bien un horizonte de referencia del sujeto humano, que viene a eclipsar la verticalidad de la tradición judeo-cristiana, es decir, la "religación"*. Este planteamiento controversial acerca de una de las más grandes crisis de desarrollo civilizado, autoconsciente y libre de Occidente, es paradigmático de la incertidumbre definitoria acerca de la Ilustración. Para tratar de responder a la misma pregunta kantiana, se precisa más de una **summa** que dé una breve y concisa delimitación conceptual.

A pesar de esta afirmación se han intentado definiciones que son claras en tanto mantengamos un nivel discursivo generalizado, pues ahondando y particularizando se difuminan sus contornos y no encuadra en ellos un alto porcentaje de los casos individuales, que nos ofrecen la historia de las ideas, la de las artes y las ciencias y también, la de las mentalidades. Menos aún podemos extraer esa claridad en el planteamiento de una historiografía como la aún vigente de la "**École des Annales**" pues el caso de la Ilustración, mucho más que un giro colectivo de los pueblos motorizados por incitaciones sociales y económicas, ha sido la obra de individualidades concretas, de "personas" en la máxima acepción del término, en la distancia o ante la ausencia de la "gente sin historia".

Éste de la gente sin historia, es el argumento decisivo para la historiografía ideológica y de ella derivan las actitudes de los autores radicalizados, debido a su posición previa ya tomada ideológicamente, para quienes como dice A, Morales Moya (1988: 65),

"Según una concepción, deudora del pensamiento de Marx, formulada con más o menos radicalidad y ampliamente extendida, el Estado de la ilustración fue el Instrumento de dominación de la clase feudal en una situación de desigualdad generalizada, teniendo como función la ideología ilustrada, el justificar y racionalizar dicha desigualdad y dicha dominación"[2].

1 Francisco Sánchez Blanco (1997: 7) *se refiere a las postulaciones de Kant acerca de la Ilustración: "Kant, todavía inmerso en el movimiento de las Luces. Sintió la realidad del momento en que vivía como un imperativo ético. De una forma un poco melodramática, Kant, en* ***Beantwortung del Frage: Was ist Aufklarüng (Respuesta a la pregunta: Qué es Ilustración****), constata que el hombre ha perdido autonomía, porque voluntaria y culpablemente renuncia a la mayoría de edad y acepta un estado permanente de pupilaje, soportando, por lo tanto, que un tutor decida por él en todas las cuestiones de relieve. Kant resume, pues, la Ilustración en su vertiente subjetiva al concretarla en la fórmula* ***sapere aude****, que viene a significar algo así como: atrévete a ver las cosas tal como son y no como te las han enseñado o como las piensa mayoría; busca y defiende la verdad que tú personal e individualmente has encontrado; confía en las fuerzas de tu entendimiento y pasa por el tamiz de la experiencia y de la crítica cuanto te proponen los demás para que creas u obres."*

2 Este lenguaje estereotipado, altamente irracional y formulado en términos, por lo común, duramente peyorativos, es propio de una ideología en alguna forma extraviada, y si se profundiza en el análisis que la misma realiza del proceso total ilustrado y a través de sus distintos voceros ideológicos, se caracteriza por la confusión terminológica, el destiempo de las proposiciones, el actualismo y el manejo incorrecto de lo que ya es convencional, entre historiadores no comprometidos para designar con claridad categorías o procesos que los ideólogos confunden,

Por ejemplo, Saavedra y Sobrado (2004: 11), destacan la limitación social de la llamada Ilustración debido al protagonismo que habrían tenido en ella las minorías y tratan de

"...no limitar el texto a una historia intelectual, aunque ésta continúe siendo fundamental para entender el siglo, de ahí que haya que seguir leyendo o releyendo a los grandes maestros como Paul Hazard o Ernst Cassirer".

Estas últimas líneas, al menos no tratan de encerrar a la Ilustración en una categorización exclusivamente socio-económica, y aunque insisten en el carácter minoritario del movimiento, no llegan a descalificarlo en una función burda como la cita de Morales Moya y aceptan que su papel en la historia intelectual humana es admisible como lo trataron los pensadores que citan.

Coinciden en esa historiografía radicalizada, el rechazo casi axiomático de la persona, o sea del individuo en la historia y el desdén hacia todo lo que no sea colectivo. Son los tratados que rehúyen con fervor casi religioso, nombres, acciones individuales, hasta fechas y períodos, con un trasfondo irracional **historicista**, en el sentido de Karl Popper (1992: 2), cuando alude a

"...los que ven muchas ideas, incluidas nuestras ideas científicas como el sub-producto del desarrollo material, de cualquier clase que sea".

La Ilustración fue, muy posiblemente, la culminación del individualismo en su mayor pureza expresiva, pues no llegó a ser bastardeada por las ideologías –o mejor aún podríamos decir– que cuando lo fue, como en el caso de los jacobinos franceses, perdió su esencia y dejó de ser un movimiento racional y anímico para transformarse en un sectarismo sanguinario que, si bien puede hallar su raíz en ciertos extravíos de pensadores ilustrados, no representa a la Ilustración...

También es conocida como las Luces o el Iluminismo, y es un movimiento generalizado de las conciencias europeas más esclarecidas del siglo XVIII, que se manifestara en varios planos de las mentalidades, las costumbres, la visión del mundo y las ideas político-religiosas, literarias y estéticas, tratándose de un *"empeño por extender la crítica y la guía de la razón a todos los campos de la experiencia humana"* (Abbagnano, 1996: 648). Lo que estuvo inicialmente sólo en manos de un grupo esclarecido, logró transformarse hacia fines del siglo XVIII en el ya incontenible *"...resultado de un estado de espíritu que afecta a todos los aspectos de la actividad humana y de la reflexión filosófica"* (Ferrater Mora, 1970: 211).

Esta verdadera revolución, que fue pacífica y gradual, estaba enraizada en las ideas filosóficas y en el avance del conocimiento del siglo XVII. Significó para la civilización occidental, transitar una etapa más elevada de su madurez, como lo señalaba Kant en el párrafo que citamos a modo de epígrafe. Sin embargo, persiste la pregunta acerca de su entidad real, de su sustantividad. ¿Acaso la tuvo o fue más bien un estado espiritual generalizado, desbordante de adjetivaciones pero respondiendo a distintos planos de realidad ontológica que nunca logran concentrarse en una visión precisa del movimiento?

El idealismo dualista de algunos sistemas filosóficos preilustrados cedió terreno ante el realismo o naturalismo racionalista del movimiento, por lo que prácticamente redujo al mínimo su preocupación metafísica, la que quedó relegada para renacer con renovada fundamentación, no ya teológica, en el siglo XIX. También fueron prácticamente barridas muchas remanencias medievales, que subsistían en los campos cultural e intelectual, a contramano de los avances de las ciencias, tal como lo fueron la magia y muchas de las supersticiones, que acompañaban todavía empedernidamente a la civilización, haciendo las veces de ***idola fori*** y que fueron los objetivos centrales de la crítica racional que preconizó la ilustración o al menos, si no la asumimos como una unidad doctrinaria de aquellos ilustrados que ejercieron algún tipo de crítica filosófica.

La ilustración significó una aceleración de los tiempos y de las vigencias en la historia del pensamiento y de las ciencias, al liberar definida y definitivamente, a las mentes en su exploración de todas las áreas posibles de la realidad, pues no dejó campos subsistentes que por algún privilegio irracional escaparan al tratamiento crítico. Por eso insiste José Antonio Maravall (1991), *ex* Carmen Iglesias (1991: 19) en *"...la imposibilidad de entender el siglo XIX sin* [tener en cuenta] *el movimiento ilustrado del anterior".*

Como lo señala Julián Marías (1988: 15), es posible hablar de una mente (más precisamente de un estado de las mentes de un sector muy reducido de ilustrados propio del siglo XVIII) en las que el viejo equilibrio entre las ideas y las creencias del inicio del siglo en España, se resquebrajó (pues el francés experimentaba ya esta hendidura, que se había producido desde más temprano, todavía en el siglo XVII, como lo desarrolla claramente Lucien Febvre, (1949) y –si bien no se planteara en España un antagonismo llamativo entre las mismas– es bien perceptible a través de la historia, el paso de una a

---

con sus conceptos de feudalismo y burguesía, con la convalidación o justificación incluso de atribución de culpas históricas, un tema aberrante y que no cabe al historiador que reconstruye hechos, vidas, culturas y civilizaciones, poniendo en ello el máximo de objetividad, si es que se puede llegar a ella. Pero, al menos, se evita decididamente el caer en el parcialismo y en una trama dogmática, que encorseta la libertad intelectual del trabajo historiográfico.

otra forma de mentalidad. Ahora bien, ¿fue esta situación motivada por una mutación súbita y efectiva del proceso cultural de Occidente?, o acaso se trató de una intensificación cualitativa de la búsqueda de racionalidad, entre cuyas múltiples causas se puede considerar, incluso para el origen y desarrollo de las ideas sociales de ese siglo, lo que establece Carmen Iglesias (1999: 10) cuando refirió que se produjo

"...el trasvase de una idea de la ***naturaleza*** *(heredada de la sabiduría griega y transformada por la nueva física y cosmología de Galileo y Newton*[3] *y toda una tradición científica) al mundo* ***humano y social****", puesto que en poco tiempo,*

"...como suele ocurrir en cualquier proceso de inmersión intensa en la investigación, no tardaron en surgir en paralelo otros focos de investigación interrelacionados..." que orientaron y direccionaron a la aventura mental humana de la Ilustración.

Pero, lo más importante es que esas ideas y las nuevas configuraciones de pensamiento resultantes, se caracterizaron por dos cualidades: la alta racionalidad y la fuerte vigencia que cobraron. *"Las Ideas de la Ilustración no son ni más originales ni más verdaderas*[4] *que las del siglo anterior –al contrario, lo son menos–* ***son más fuertes*** *(curioso adjetivo para ser aplicado al sustantivo "ideas")"*, dice Julián Marías (*op. cit.*, p. 15). Esas ideas presionaron sobre las antiguas formas de cosmovisión y en muchos casos las balancearon o sustituyeron, pero, muy pocas veces tuvo en España este proceso condiciones que llevaran al mecanicismo naturalista radicalizado de muchos de los Philosophes franceses, aquella función de **sostenimiento** que reclamaba Ortega para las creencias.

Pudo haber sido obra de minorías, pero antes de estancarse su impulso ante nuevas realidades históricas y mentales, irradió al máximo a todos los estratos de la sociedad debido a una de las características intrínsecas del movimiento ilustrado, que expondremos al tratar acerca de sus diferentes aspectos componentes, o tareas fundamentales como las denomina Abbagnano *(loc. cit., 649)*, y las sintetiza en tres postulaciones básicas:

1) *"la extensión de la crítica a toda creencia o conocimiento sin excepción"*; 2) *"la realización de un conocimiento que, para abrirse a la crítica incluya y organice a los instrumentos para la propia corrección"*, y 3) *"**el uso efectivo, en todos los campos, del conocimiento logrado de esta manera, con la finalidad de mejorar la vida individual y asociada de los hombres**"*[5].

Se ha insistido en forma larga y reiterada en el papel de las minorías como el único y central de la Ilustración española. Como hecho estadístico es evidente. Como realidad histórica es una expresión relativamente reduccionista. José Ferrater Mora (1983: 111, passim) intenta una explicación dentro de un "campo inteligente" (*sensu,* Arnold J. Toynbee, 1964) como lo es la cultura general europea y sus mentalidades representativas a partir del inicio de la modernidad, pero en un proceso que se intensificara a partir del siglo XVII. Se trata de la crisis europea, un estado de cosas que configura *"el problema de la época moderna"*. Para Ferrater Mora *(op. cit.)* presenta etapas sucesivas emergentes de la propia naturaleza del campo de acción del problema. Se trataba de una Europa dispar, disociada, hendida por disidencias religiosas –la Reforma y las guerras religiosas– un papado extraviado en lo secular y poco perceptivo de la marcha de la historia. Todo eso acrecentado por la incorporación imperial de tierras de ultramar, de flujo de capitales, de parcelación de las culturas nacionales individuales por la pérdida del latín como lengua culta, teológica y científica universal, por la constante contienda con el "Gran Turco" que acechaba desde el oriente y llegó a traspasar la frontera del Danubio y el dominio naval mediterráneo, al menos hasta Lepanto (1571).

Dentro del planteamiento de Ferrater Mora que seguimos desarrollando, la crisis que Paul Hazard denominara *"de la conciencia europea"*, puso en marcha un proceso que se superpuso a la natural variación de la civilización, siempre en forma conflictiva con tres etapas sucesivas que llegan hasta los tiempos contemporáneos: La crisis de los "pocos", acaecida centralmente en el siglo XVII, con los escenarios que más de una vez mencionamos a partir de la síntesis de Lucien Febvre (1959), que fue concentración de crisis de conciencias individuales, exaltaciones personales o desarrollo de utopías y de heterodoxias absolutamente minoritarias como lo fue la de Port-Royal a comienzos del siglo XVII. A ésta sucede, en el siglo XVIII, pero preparada desde el XVII

3 La nueva mentalidad del siglo es casi siempre uniforme, en especial en las generaciones previas del siglo XVII, que sobreviven hasta cuando comienza a afianzarse el predominio de las Luces. Incluso en mentes tan lúcidas como la de Isaac Newton [1642-1727], junto al matemático y físico genial, subsiste un alquimista con irracionalidades sorprendentes, propias de siglos anteriores (Pierre Thuillier, 1989).

4 Si bien esto pudiera ser cierto, es extremadamente discutible en el campo de las ciencias de la vida, en el que sí fueron más originales y "verdaderas", si como a tales nos referimos a las nuevas ideas y su correspondencia con el objeto epistémico del conocimiento, que recién comenzó a precisarse y despojarse de "creencias" en la medida en que la tarea inquisitiva de los científicos se aproximó a un modelo más natural. Pero, si pudo hacerlo, fue porque la minoría ilustrada había ya trascendido su visión a todos los planos de la ciencia.

5 El resaltado es nuestro, y está destinado a concentrar el énfasis acerca de que prácticamente no hay pensamiento abstracto y ciencia básica que en alguna forma, mediata o inmediata, no redunde a favor del bien público.

tardío, la crisis de los "muchos". Se trata del proceso ilustrado. El adjetivo es relativo: ante la soledad de las protagonistas de la crisis precedente, la minoría ilustrada traba una extensa red de relaciones, intercambios, circulación de publicaciones e, incluso, expresiones colectivas como las de Francia, en las que esas ideas motivan movimientos emergentes, peligrosamente socializados, que culminan con la presencia y la acción napoleónica.

El último paso de esta problemática europea que seguimos es la crisis de "todos", de la que dice Ferrater Mora (1983: 157) *"...es nuestra crisis. En ella están incluidos los problemas de la sociedad contemporánea..."*, que sería ininteligible sin su inmediato trasfondo histórico.

El mismo autor *(op. cit.: 151)*, explicita su concepto de la ilustración, al menos en su carácter de movimiento colectivo, no masivo sino restringido a una estrecha franja social:

"En ello se basó el tipo ***representativo*** *del siglo XVIII. Ni siquiera era menester que muchos hombres llegaran a las mencionadas* ***conclusiones***. *Para vivir de cierto modo, no es siempre forzoso "concluir" algo determinado. Hasta es posible que las "ideas" a las cuales algunos grupos se adhieren, sean distintas de las normas según las cuales viven. Tomemos el caso de la idea de la muerte, estudiada por Groethuysen*[6]. *Todos los hombres reconocen que deben morir. ¿Cómo es posible, pues, que algunos, muchos* ***ya***, *tengan este mundo como una residencia permanente?* ***Primero***, *porque no es lo mismo aceptar una idea que "realizarla". Desde este ángulo, podemos decir que ya en los siglos medios, y en la época moderna, hasta el siglo XVI cuando menos, fue frecuente el mencionado desvío. Muchos actuaban* ***como*** *si no tuviesen que morir nunca –o, lo que es lo mismo, como si tuviesen que hacerlo en un futuro* ***indeterminado***. *Pero en la idea de la muerte, estaban entremezclados los acontecimientos principales de la vida, la subrayaban. Esto podía inclusive engendrar una "familiaridad" con la muerte que hoy desconcierta. Nada más distinto de lo que sucede en nuestros días, en que la idea de la muerte es reprimida y en algunos países hasta enmascarada.* ***Segundo***, *porque aún teniendo presente la muerte, podía llenarse de varios modos el hueco que producía el no pensar en ella como algo inminente. "Moriré yo, pero mis hijos me continuarán a mí: heredarán mi trabajo, mi empresa". Si no pensaba o creía en la propia empresa, otros elementos venían a reemplazarla: el orgullo del propio estamento, la comunidad nacional, acaso la humanidad entera. En pensamiento, o cuando menos en acción, se cortaban por doquiera las amarras con lo trasmundano, lo trascendente. Se dirá que hubo excepciones.*

Si, los jansenistas representaron dentro del catolicismo la exasperación del ***memento mori***. *Manifestaciones análogas hubo en las demás Iglesias cristianas, inclusive en algunos "librepensadores". Pero bien pronto, se fortalecieron las grandes coaliciones contra ellos; los jesuitas, atentos al mundo; los burgueses, afanosos de prosperidad; los aristócratas, preocupados por mantener sus honores; los libertinos, deístas y ateos, deseosos de probar una vez más la solidez de las viejas ideas lucrecianas*[7]. *Junto a ellos, gentes austeras, sombrías, los puritanos, los defensores de la "libertad", los capitanes de las grandes empresas económicas y políticas. ¿Por qué también éstos? Porque para ser cismundano no es preciso ser amante de la vida, sensual, despreocupado. Esta vida y este mundo tienen muchos aspectos; entre ellos, los destacados por los "austeros" de la época: la laboriosidad, la sobriedad, el sentimiento del deber, el rígido "pietismo. Ahora bien, el verdadero tipo representativo fue el que no sólo actuó y pensó de las maneras antedichas, sino el que, además, llevó con frecuencia la batuta: el "filósofo". De acuerdo con el uso establecido, este término, escrito entre comillas, suele designar a los hombres del siglo XVIII, que intentaron fundar en esta tierra la ciudad de Dios".*

Will y Ariel Durant (1964) buscaron las raíces próximas de la ilustración en los acontecimientos y en las mentes pensantes de una Edad de la Razón, que habría tenido sus comienzos en aspectos de la civilización europea que nacieron y se desarrollaron con el correr del tiempo y con la participación de William Shakespeare [1564-1616], Francis Bacon[1561-1626], Michel Eyquem de Montaigne [1533-1592], Harmensz van Rijn Rembrandt [1606-1669], Galileo Galilei [1564-1642] y René Descartes [1596-1650] personalidades que en una historia de las mentalidades cobran con su pensamiento y obra –protagonizados en campos tan diversos como esenciales– el rango de jalones miliares, en la progresión de la historia, por carriles que necesariamente debían desembocar en lo que denominamos la Ilustración.

Posiblemente no hay acontecimiento en el siglo XVIII que haya sido de cierta relevancia, en el que lo

6 Bernhard Groethuysen [1880-1946]: Filósofo germano del siglo XX, fue seguidor de la filosofía de Willhelm Dilthey y preanunció las ideas del existencialismo puesto que intentó valerse para la interpretación del universo, más que de las leyes científicas de la comprensión de la naturaleza humana desde los puntos de vista antropológico e histórico. Su interpretación incluye estudios sobre el origen del capitalismo y de la burguesía, la relación de éstos con la iglesia y, particularmente efectuó investigaciones interpretativas de la revolución francesa. Huyendo del nazismo continuó su carrera científica en Francia y después en los Estados Unidos.

7 Ideas Lucrecianas: Son las profesadas por el filósofo Tito Lucrecio Caro [99-55 a.C.]. Fue hombre de extensa cultura, poeta y escritor, del que más se recuerda su obra **De Rerum Natura** (Acerca de la Naturaleza). Con respecto a la mortalidad humana fue pesimista en cuanto al destino individual. En gran medida fue materialista y profesó cierto ateísmo. Desilusionado con el mundo puso voluntario fin a su vida suicidándose a los 44 años de edad. Fue a consecuencia de no poder aplacar su angustia vital.

ilustrado no haya dejado su impronta comprometida con el cambio de la visión total del mundo, actuando revulsivamente en un orden mental, de acontecimientos y de comportamiento, incluyendo hasta los terribles episodios epidémicos que se ensañaron sobre Europa occidental en el siglo XVII, que se removieron por el terror y por la forzosa pérdida de millones de personas, toda concepción cristalizada de lo humano, dejando en las mentalidades permeabilidad, como para recibir las bases de la reconstrucción de las cosmovisiones rectoras. Incluso sucedió con el clima, dado el recrudecimiento de las condiciones frías desde fines del siglo XVII hasta pasada la mitad del siguiente, que atenacearon la inventiva y la lucidez de ese inmenso sujeto real, pero no absoluto de la historia al que Eric R. Wolf (1993) denomina la "gente sin historia" y facilitaron para la misma, la permeabilidad a los estímulos históricos, formulados por quienes sí tienen historia en esa desigual pero de hecho, necesaria partición de los roles sociológicos, a través del devenir temporal de la humanidad.

Lo cierto es que la Ilustración tuvo –a pesar de su amplia extensión europea– múltiples tonalidades nacionales[8], y lo que aquí más nos interesa es cómo se desarrolló en España. Históricamente las primeras percepciones significativas, como lo fueron las de Menéndez Pelayo (1951) y la de José Ortega y Gasset (1963a) fueron de una ligereza casi descalificativa hacia la Ilustración dieciochesca (en particular la española) y, posiblemente, en ambos contó una reiteración valorativa de las expresiones de Inmanuel Hermann von Fichte [1796-1879], el filósofo idealista alemán, hijo de Johann Gottlieb von Fichte [1762-1814], quien asumió el fenómeno general de las luces –especialmente desagradado con su naturalismo realista y su cercanía c on Condillac y Locke– como un *"período caótico y obscuro, lleno de opiniones encontradas y falta de metafísica: un período que enturbia la mirada y la aparta de objetos trascendentes"* (Sánchez Blanco, 1997: 5).

Esta clase de reacciones han sido típicos de una época que por su corta distancia de los hechos, carecía de perspectiva histórica, pues para colmo la historiografía al respecto era pobrísima. Además, hubo quienes por la adhesión a las creencias dominantes en el Antiguo Régimen, reaccionaron con dureza y a veces hasta con cierto espanto ante la gran inflexión histórica que representara la Ilustración, que trastornó jerarquías sociales, desmoronó la sociedad estamentaria que también abrió el camino de entrada para muchas e ingratas formas de ideologización, que caracterizaron al siglo XIX y se prolongarían en el XX.

Acerca del estado de las mentes al irrumpir en España la Ilustración, dice Maravall (1991: 13) *"Lo significativo es que las clases cultas españolas se hallan inmersas en el enfrentamiento entre dos concepciones igualmente europeas. Tradición y modernidad"*. Este proceso se puso en tensión al no guardar equilibrio en los propios individuos por carecer en ellos de su correspondiente contraparte, como lo que sería la crítica innovadora de un condicionamiento históricamente estático y conservador de formas mentales, de hábitos personales y de la conformación de la sociedad. Estos factores no cedieron, por eso se transformó más rígidamente en su persistencia ancestral, en la medida en que el proceso ilustrado se abría paso y lograba una vigencia efectiva en los estratos más sensibles de la sociedad, considerando como protagonistas también a quienes adhirieron al mismo por un apego interesado al regalismo y por necesidades del Estado, que se vieron con toda evidencia favorecidas por el pensamiento ilustrado, y por esa razón brindaron apoyo a un movimiento que los superaba y en el que no creían.

Tal vez, ésa fue una de las causas de la profunda división de la población española, cuando los sucesos desenfrenados de mayo de 1808 llevaron a una especie de parálisis entre crueles disyuntivas, a los ilustrados que sobrevivían y las masas abrieron la compuerta de su atraso y frustraciones, añadiendo más violencia a la hoguera ya desatada.

Se ha llegado a dudar de la realidad ontológica del proceso ilustrado, como si éste nada más fuera que la mera importación de ideas foráneas y superficiales por parte de una elite numéricamente casi desdeñable que, al par, usó y fue usada por el poder regalista. Eso sobrepuesto a una España en la que *"...¿cómo no han de tener por edad dichosa aquélla en que convivieron, y aunaron sus esfuerzos contra el monstruo de la fábula y barrieron hasta el polvo de los falsos cronicones y exterminaron una a una las cabezas de aquella hidra más mortífera que la de Lerna, y limpiaron el establo de Augías de nuestra historia*

---

8 "Poner en duda la existencia en España de un pensamiento ilustrado autóctono, sólo puede entenderse a estas alturas de la investigación histórica" (Sánchez Blanco, 1997: 54). Reafirmando esta posición frente a la Ilustración española, son múltiples los planos que separan los movimientos ilustrados de Alemania, Francia y España. En la primera se levantó prontamente el gran sistema del idealismo alemán en cuya gestación así como en la del ulterior romanticismo, no puede negarse la vigencia del aporte de Goethe [1749-1832], Schiller [1759-1805], Fichte, Kant, Novalis [1772-1801] y Lessing [1646-1716], entre tantos. En Francia el movimiento se complicó con enormes repercusiones sociales, bélicas y hasta de reacomodamiento geopolítico de la nación. Eso, además de seguir un camino estrictamente naturalista y hasta materialista, que condujo poco más tarde, pero ya en el siglo XIX al positivismo comteano, mientras que en España nunca dejó de tener una dialéctica interna aproximada o entregada a un telón de fondo espiritual y mental, intensamente teñido por la tonalidad deísta y nunca totalmente separado de una base de valoración cristiana, vigente aún en las heterodoxias teológicas.

eclesiástica y civil, tan doctos varones como D. Juan Lucas Cortés[9], Nicolás Antonio[10] y el Cardenal Aguirre?" (Menéndez Pelayo, 1987, II: 372-374, *fide* Saavedra y Sobrado, 2004: 14).

A estas apreciaciones sólo cabe concederle la indulgencia del real desconocimiento histórico de la época por el erudito santanderino. El hecho cierto es que España se había marginado de la Europa más lúcida y que la crisis económica casi perpetua desde el siglo XVII, condicionó una fuerte ignorancia en los sectores masivos.

La ilustración no actuó revolucionariamente, no tuvo propósitos reaccionarios ni prescindió gratuitamente de lo que se suele llamar casi mágicamente "el pueblo", fiel a la percepción de su tiempo –parte de un paradigma esencialmente diverso– dio primacía al esfuerzo individual del que, como casi todos ellos lo reconocieron, muchos en teoría, pero la mayoría en la acción, a través de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, aquella acción individual se volcaba –de ser bien conducida– sobre el bien público.

Fueron voluntades individuales, personas que despertaron a una nueva sensibilidad, cuya causa profunda reside en determinantes de la historia intelectual y de las mentalidades en Occidente. No importa a cuántos haya abarcado y a cuántos no, la Ilustración eclosionó con la máxima inspiración humanitaria, espiritual y patriótica y lo hizo por los **canales de flujo** por entonces abiertos. Los ilustrados españoles no manejaron el poder y –tal vez– éste ni siquiera los utilizó: sus caminos confluyeron con los del despotismo ilustrado o el regalismo y sólo circunstancialmente en la época privilegiada de Carlos III. Cada uno de ellos, a su modo, con sus riesgos y sus compromisos, sus miedos y sus heroísmos bien asumidos, jugaron su papel y España se salvó de los ríos de sangre que corrieron en Francia, donde los ***philosophes*** sí que llegaron a unificarse, no en derredor de una doctrina, sino de una ***ideología***: su engendro fueron Robespierre, Saint-Just y el Terror, su culminación emergente Napoleón Bonaparte y, finalmente, la reacción de la Santa Alianza y las restauraciones. Hoy parece banal y propio de un esquematismo actualista debatir si la Ilustración Española tuvo realidad ontológica o si fue un mero atributo, sólo parcialmente coparticipado por unas minorías selectas. Pero éstas actuaron y así demostraron ser determinantes reales de un cambio de estado de las esencias vigentes.

¿Qué **universales** compartieron Félix de Azara con Jovellanos y ambos con Goya y con Pablo de Olavide? ¿Qué unió a Meléndez Valdez con Pedro Abarca de Bolea, el conde de Aranda y su Partido Aragonés? ¿Qué nexo hubo entre el hipercrítico Pablo Forner y el irónico y superado de todas sus ataduras estamentarias que fuera José de Cadalso? ¿Qué tuvieron en común los naturalistas Antonio José de Cavanilles, Casimiro Gómez Ortega, Ignacio de Asso, Isidoro Antillón, Hipólito Ruíz y Joseph Pabón?

Ni siquiera la aventura espiritual del jansenismo llevó por los mismos caminos a José Nicolás de Azara –individual, distante, aristocrático, humanista cabal y sin ataduras dogmáticas– de los Palafox, los Montijo y los obispos y arzobispos heterodoxos. Cada uno de ellos o cada grupúsculo construyó su modalidad de ver, su cosmovisión y su instrumentación práctica de la realidad.

Es posible que en términos aristotélicos, no se tratara sino de un juego de atributos, de movimientos y no de permanencias. Sobre el **universal** del hombre, se construyeron constelaciones de predicados y eso que, como muy bien señalara García Morente (1974), no constituye una entidad "ontológicamente superior" el que los predicados "fueran menos espectrales que los atributos", algo así como cuando se pasa de la noción de **mente** a la de disposición mental y de ésta a la de **condicional contrafáctico**, siguiendo al mismo autor *(op. cit.)*.

Pero todo esto nos lleva muy lejos de la realidad histórica de la Ilustración española y tal como diversos autores tomaron, cada uno sus sujetos ilustrados, y los hicieron en gran medida prototípicos de ese movimiento, como alguno lo emprendió con Goya, Gaspar Gómez de la Serna (1974: 120, passim) eligió a Jovellanos. Es interesante el hecho de considerar ese autor *"el texto más importante de Jovellanos"* a "su famosa carta" que hoy subsiste incompleta. En ella, le habla a su amigo, el cónsul inglés en La Coruña, Alejandro Jardine o Hardings.

La epístola de Jovellanos resume magníficamente

9 Juan Lucas Cortés [1624-1701]. Erudito y prestigioso jurista español, nacido en Sevilla. Escribió *De originibus hispani iuris*, acerca del origen del derecho en España.

10 Nicolás Antonio [1617-1684]. Fue un bibliógrafo y erudito sevillano, precursor de los estudios bibliográficos, y tras intensos estudios y rastreos en bibliotecas, en especial conventuales, publicó las célebre **Bibliotheca hispana vetus** (1672) en la que revista todos los autores de obras hispanas desde la época del emperador romano Octavio Augusto hasta 1500. La misma fue seguida por la **Bibliotheca hispana nova**, publicada póstumamente en 1696, que actualiza hasta 1570 la obra anterior. Tuvo gran prestigio y recibió la Orden de Santiago. Representó a España en Roma durante cerca de 25 años, donde reunió una biblioteca de 30.000 volúmenes. Regresa a España con un alto cargo en la corte y falleció en Madrid. La alusión de Menéndez Pelayo se refiere otra obra suya, una **Censura de historias fabulosas**, en la que hizo una crítica heurística acerca de los falsos cronicones en la bibliografía española.

el estado de autoconciencia ilustrada y reformista del ilustre asturiano ante la situación de España y el imperativo de los tiempos (corría mayo de 1794 cuando la escribió) y muestra hasta qué punto fue individual la posición ilustrada. Gómez de la Serna (1974: 120) resume las primeras líneas y, a continuación, viene el texto:

*"En ella, y no por única vez, comienza pidiéndole prudencia en la comunicación "de las grandes verdades", le habla de los progresos que el mejoramiento de los estudios y otras medidas ya adoptadas van consiguiendo, y le añade: "***Dirá Vd. que estos remedios son lentos. Así es, pero no hay otros; y si alguno, no estaré yo por él. Lo he dicho ya: jamás concurriré a sacrificar la generación presente por mejorar las futuras. Usted aprueba el espíritu de rebelión; y no; le desapruebo abiertamente y estoy muy lejos de creer que lleve consigo el sello del mérito. Entendámonos. Alabo a los que tienen valor para decir la verdad, a los que se sacrifican por ella; pero no a los que sacrifican otros entes inocentes a sus opiniones, que por lo común no son más que sus deseos personales, buenos o malos. Creo que una nación que se ilustra puede hacer grandes reformas sin sangre, y creo que para ilustrarse tampoco sea necesaria la rebelión. Prescindo de la opinión de Mably que autoriza la guerra civil, sea la que fuere; yo la detesto, y los franceses la harán detestar a todo hombre sensible. Este es su estado. El Vandée, Lyon, Tolon, Marsella, etc., lo prueban cuando París no fuera un teatro de ella de dos años acá. Comparo sus proscripciones desde septiembre del 92 al 5 de abril último con las de Roma, y las halló más feroces, más prolongadas y durables y más innobles** *"*

"A renglón seguido –prosigue Gómez de la Serna– *le resume sistemáticamente sus opiniones respecto a la comunicabilidad histórica de las ideas y sistemas políticos de un país a otro, salvaguardando repetidamente, la peculiaridad de cada uno frente a la pretensión abstracta de aplicar un mismo rasero para todas. Así le dice, enumerando sus razones:"*
1º ***"El progreso supone una cadena graduada, y el paso será señalado por el orden de sus eslabones. Lo demás no se llamará progreso, sino otra cosa… Es, pues, necesario llevar el progreso por sus grados."***
2º ***"El estado moral de las naciones no es uno, sino tan diverso como sus gobiernos. Luego no todas se pueden poner en un mismo término en sus mejoras. Siguiendo el progreso natural de las ideas, cada una debe buscar la que esté más cerca de su estado, para pasar de ella a otra imagen mejor."*** *Y añade:* ***"¿Parécele a Vm. Que sería poca dicha nuestra pasar al estado de Inglaterra, conocer, la representación, la libertad política y civil, y supuesta la división de la propiedad, una legislación más protectora de ella?"…***
3º ***"Para acercar las naciones unas a otras, es necesario aquella venturosa comunicación de las ideas que usted desea y yo también; pero esta comunicación necesita una paz general."***
"Insiste a continuación en que sólo la educación es el medio para extender el progreso que las luces traen consigo y para remover los estorbos que se le oponen; para concluir, en un punto,"
*4º que, "***entre tanto conviene que cada nación trabaje por mejorar su sistema, aunque erróneo, para acercase a mejor o menos malo". "Y le pone como ejemplo sus ideas contenidas en el recién terminado Informe sobre la Ley Agraria, como opuestas al comunismo revolucionario de Godwin[11]."**
"En muchas otras ocasiones, sale también Jovellanos al paso de los excesos cometidos por la Revolución francesa. Del Río, por ejemplo, ha anotado en sus ***Diarios*** [los de Jovellanos],*las siguientes muestras, bien elocuentes:*
De 25 de junio de 1794: ***"A Jardings que no apruebo sus ideas religiosas… ni tampoco las que defiende a Mably[12], cuya opinión en cuanto a la guerra civil detesto; que jamás creeré que se debe procurar a una nación más bien del que puede recibir; llevar más adelante las reformas***

---

11 William Godwin [1756-1836]. Intelectual y pensador político de la Ilustración tardía inglesa, en la que ésta se va direccionando con la prédica de propuestas políticas y sociales que se pueden abarcar dentro del llamado "socialismo utópico" de fines del siglo XVIII y de las primeras décadas del XIX. Su obra de 1793: **William Godwin Enquiry concerning Political Justice and its Influence on Modern Moral and Manners**, que es seguramente la que refiere Jovellanos tuvo amplia difusión, en ellas el autor, con gran despliegue cultural, se inclina por una línea de pensamiento comunitarista, cooperativista y hasta cierto punto colectivista, al que impropiamente se mencionó a veces como "comunismo", medio siglo antes de la adopción ideológica de ese término. Se puede decir que Godwin fue partidario de un mutualismo libertario y agrario, más próximo al que se llamaría décadas más tarde anarquismo (Ver al respecto la Tesis doctoral de Luis Bueno Ochoa, 2001: **La política de William Godwin**. Universidad Complutense, Facultad de Derecho, Madrid, pp. i-xi + 12-435).

12 Gabriel Bonot, abate de Mably [1709-1785]. Religioso francés, hijo de un vizconde, fue alumno de los jesuitas. Llevó un género de vida retirado y dedicado a la literatura y a las especulaciones político-religiosas. Puede ser considerado un precursor del socialismo utópico, pero extremadamente irreal en sus proposiciones. Su ideario se basó en las ideas de Locke y de Rosseau. Era hermanastro de Condillac y también se nota en él influencia de sus ideas. Preconizó un comunitarismo agrario, con rechazo de la propiedad privada a la que calificó "el origen de todos los males". Tenía planes de reforma en el sistema impositivo y en la repartición de las tierras para la agricultura, a través del cual se proponía retornar a lo que él creía que era un comunitarismo primitivo, antes de crearse la civilización. Los socialistas lo consideran irreal y utópico.

será ir hacia atrás.”

En 3 de septiembre: ***“A Jardings, que se desconfíe de los ‘freethinkers’…; que no quiero correspondencia con ellos ni pertenecer a ninguna secta…; que no temo por la seguridad pública; que no hay más medio que mejorar la opinión pública por los medios que ella permita; lo demás es causar desolación de los mismos a quienes se quiere consolar; que es bueno todo gobierno que asegure la paz y el orden internacional; que no hay alguno que no esté expuesto a inconvenientes; que los de la democracia están demostrados con el funesto ejemplo de Francia; que no hay que esperar de ella la reforma del mundo… ”***

9 de mayo de 1794: ***“Muerte de la facción de Hébert[13] , con muchos diputados; de Dantón y sus amigos. Estos bárbaros se destruyen unos a otros. Horroriza el furor de las proscripciones…”***

“Y, en fin, cuando en 7 de enero de 1796 lee la **Historia de las persecuciones del clero francés,** *de Barruel*[14]***,*** *anota:* ***“Horrenda carnicería. El ánimo se oprime y se angustia con tan espantosos horrores”*** *Y es que, como dice Del Río[15], cuando al comentar Jovellanos el libro de Young[16]* **Historia de Atenas,** *que critica duramente la demagogia ateniense, define a su autor, se está definiendo a sí mismo con estas palabras:*

13 La facción de Jacques-René Hébert [1757-1794]. Político revolucionario francés, uno de los más radicalizados, surgido del llamado Club de los Cordeleros. Rápidamente fue radicalizando su posición hasta incorporarse a los jacobinos, entre los cuales formó su propia facción. Pretendió apartar a Robespierre, considerándolo conservador, pero éste último se adelantó a los hechos y lo hizo guillotinar junto a sus principales seguidores en 1794. Fue uno de los grandes protagonistas de la imposición del llamado Terror.

14 Augustin de Barruel [1741-1820]. Sacerdote jesuita francés de ideas ultramontanas. Escribió una **Historia de las persecuciones del clero francés**, donde expone los conflictos entre los philosophes y la Iglesia. Fue orador célebre, polemista y un duro sostenedor de sus ideas antiilustradas y antiliberales.

15 Julián Sánz Del Río [1814-1869]. Destacado político jurista y filósofo español. Fue el introductor en España de la escuela filosófica denominada krausismo, inspirada en las ideas de Karl Christian Friedrich Krause [1781-1832] un filósofo idealista seguidor divergente de Kant. Debido a del Río, que tradujo sus obras, tomó amplia difusión en España (el aragonés Joaquín Costa siguió parcialmente sus ideas), en la Argentina y en el Paraguay, donde los iniciadores de la Universidad de Asunción, fueron españoles krausistas.

16 Thomas Young [1773-1829]. Físico, erudito y políglota inglés. Fue el rival de Champollion en cuanto al desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia. Tuvo una personalidad excéntrica y escribió sobre múltiples temas relacionados con la antigüedad y Oriente, además de su producción en el campo de la física.

*“***Apasionado de la libertad y enemigo de la demagogia***”.* Pensemos en esos postrimeros años del siglo XVIII, ya muertos Forner y Cadalso, perdido Olavide en las penumbras de su drama personal, en José Nicolás luchando por rectificar procesos que sabe infames, en Aranda en sus días finales, en Goya entre la euforia y el miedo, en Félix en la lejana Asunción del Paraguay, en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País con Asso y Antillón dedicados a la Historia Natural; en el mundo de relaciones de Eustaquio de Azara, Rodríguez Laso, Manuel Abad y La Sierra, y otros encarando sus cuestiones teológicas… ¿Qué denominador común, qué esencia, que realidad ontológica podemos abstraer y rescatar que nos defina la Ilustración que ya consumió la mayor potencia de sus generaciones protagónicas? Tan sólo tenemos una realidad inmutable para todos ellos: España, y una razón para sus movimientos, angustias y entusiasmos: su regeneración y su continuidad. No en vano murió Jovellanos en 1811 con el nombre de su patria y la desesperación en sus últimas palabras *“Mi sobrino… Junta Central… la Francia… Nación sin cabeza… ¡Desdichado de mí!...”* (Caso González, 2002: 275).

Se quiera o no, la ilustración Española fue una realidad histórica de las mayores que vivió la Nación, por su trascendencia, porque en ella arraiga el vivir hispano de los dos siglos siguientes y por las connotaciones éticas que tuvieron vigencia tan densa y universalizada entre los protagonistas del movimiento.

LAS GENERACIONES EN LA HISTORIA

“Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia, y, por decirlo así, el gozne sobre el que ejecuta su movimiento”

[José Ortega y Gasset: **El tema de nuestro tiempo**, 1963: 7]

El tema historiográfico de las generaciones ha sido introducido en el pensamiento de los historiadores del siglo XX como una forma más de la periodización del acontecer histórico pero, al contrario de otros intentos de crear categorías temporales para el vivir histórico humano, el de las generaciones es de un sentido conceptual muy particular, puesto que se establece en una línea de pensamiento que tendió a seguir el devenir histórico en forma lineal, ya fuera mediante reemplazos sucesivos o con la coexisten-

cia en el espacio, en procesos de gran envergadura (eras, ciclos, civilizaciones). Pensar en generaciones, implica un acercamiento al concepto epistemológico de paradigma, es decir de configuraciones espirituales, mentales y por esencia, creadoras de un tipo particular de cosmovisión, que se reemplazan unas a otras con una periodicidad no estricta, pero sí en alguna forma, cuantificable. Esta cuantificación implica reconocer un método para acotar la vida generacional, la misma se mide en años pues responde, quiérase o no, a una sucesión calendaria, dando lugar a una serie de progenies o cohortes –expresado ya en términos biológicos– que se reemplazan dotadas de rasgos diferenciales, que en el plano de lo humano significan desplazamientos en la espiritualidad, en la sensorialidad general, en la emotividad y, fundamentalmente, en la cosmovisión total.

El de “generaciones” se trata de un concepto que, a pesar de las muchas y parcialmente valederas críticas formuladas en las últimas décadas, en especial dedicados a su planteamiento ingenuo o dogmático, como una teoría rígidamente numérica y calendaria, no deja de ser una herramienta útil para la consideración histórica de personalidades –y, más aún, como ya señaláramos, de mentalidades e ideas– relacionadas todas ellas en un período temporal relativamente homogéneo y que llevan consigo una misma impronta epocal básica en sus cursos vitales. El relevo de vigencias coincide con gran frecuencia y no por azar, con el reemplazo generacional.

El mayor obstáculo que se presentó en la historia del concepto generacional, ha sido el rechazo a la concepción meramente numérica y con periodicidad acotada, que de cumplirse significaría la impronta de un determinismo que no es posible detectar en la realidad. El fenómeno es complejo y el concepto de generación no es una categoría métrica con un patrón fijo, sino una categoría de análisis de cada una de las líneas componentes de las sociedades humanas, contemplando su relacionamiento mutuo, sus variaciones cognitivas y la forma total de encarar tanto la estimación de sí misma como de las bases axiológicas del actuar histórico y cultural.

Las generaciones implican vigencias, un concepto este último muy bien analizado por José Ortega y Gasset y por Julián Marías. De acuerdo con dicho concepto todo aquello que es vigente, forma parte de un trasfondo mental, espiritual y cognitivo que reconoce como jerárquicamente válido lo que la misma entraña. Podemos ejemplificarlo con el sentido del honor, una virtud que tuvo vigencia estamentaria desde muchos siglos atrás y que pervivió en medio del desgaste de muchas otras vigencias, en la decadencia de esa sociedad en particular en el caso de las últimas generaciones de la misma. Hemos visto cómo la generación ilustrada más característica de las Luces en España, se desvincula con una intensidad diferenciada de vigencias centenarias, pero retiene la del honor, que recién se debilitará e incluso llegará en gran medida a perderse en el siglo XX, pero que para la burguesía liberal del siglo XIX fue un componente esencial del vivir consciente.

El cambio paradigmático entre generaciones, o si se quiere, entre promociones epocales distinguibles, implica la continuidad de muchas vigencias, el desgaste de otras, la pérdida de algunas y el ingreso de otras nuevas y, a veces, altamente jerarquizadas, pues cada generación se caracteriza justamente por esa recategorización de las vigencias. Incluso, se producen activos ingresos léxicos, lo que consolida una diferenciación semántica generacional, que en ciertos períodos llega a ser muy intensa, como puede comprobarse por ejemplo, a través de la obra de Joan Corominas (1983).

Se han propuesto términos generacionales meramente cualitativos, pudiéndose entonces hallar generaciones vinculadas a determinado suceso o etapa histórica: la generación doceañista en España (vinculada a la Constitución redactada por las Cortes de Cádiz en 1812); la generación romántica; la generación de 1808 como denomina Moreno Alonso (1989) a la integrada por aquéllos a los que los terribles acontecimientos de ese año, dieron orientación y bases para su actuar, durante lo que conocemos como la Guerra de la Independencia, en el período inmediatamente posterior. Con el mismo criterio cualitativo, vamos a tratar a la generación a la que perteneció Félix de Azara, nacido en 1742, denominándola Generación Central de las Luces, puesto que fue la misma la que llegó en su plenitud de vida y de ímpetu creador, a los años privilegiados del más neto y definido reformismo borbónico, es decir, a los del reinado de Carlos III.

La pregunta crucial y que no puede satisfacerse sino en forma muy elástica, es quiénes integraron esa Generación Central y qué fechas pueden considerarse válidas como límites temporales de la misma, expresados en términos de nacimiento y muerte. Como no es posible asumir un determinismo histórico de las edades de los protagonistas, que sería irracional e inhumano, debemos tener en cuenta que la caracterización de una generación, no es sino una extrapolación modal en el sentido estadístico de este término y no abarca forzosamente a la generalidad de los nacidos entre una arbitraria acotación calendaria, sino a aquéllos que dieron alguna forma de respuesta positiva al incentivo mental de su tiempo.

Entre los antecedentes de postulaciones cronológicas más o menos perfiladas de la vigencia de una generación, se cuentan las estimaciones temporalmente cercanas a los quince años, que postularan Ortega y Gasset (1957) y Julián Marías (1949), concepto que, a pesar de las muchas críticas sus-

citadas[17] acerca del mismo, no deja de ser una herramienta útil para la consideración histórica de

personalidades relacionadas e interactuantes, en un período temporal relativamente homogéneo[18].

Resulta también una herramienta necesaria para la historia de las mentalidades y de las ideas, que son componentes casi paralelos y necesarios de la biografía. Por su parte Eloy Fernández Clemente (2004: 123, *passim*), que utiliza los términos **generación** y **leva** como equivalentes, al definir a la generación que llamamos Central de las Luces, la considera como integrada por los "grandes ilustrados de primera generación", y con vigencia, es decir, en una etapa de desarrollo pleno de sus potencialidades, a aquéllos que desplegaron lo mejor de sí mismos entre 1776 y 1798. Los mismos podrían tratarse, de acuerdo con sus fechas de nacimiento, a las que, en forma muy generalizada, podemos ubicar entre 1740 y 1762, o con cierta plasticidad llevar el último límite hasta 1765.

Si se analiza la amplia bibliografía al respecto, puede asumirse que la inserción histórica de una generación, podría definirse según diversos criterios, de acuerdo a cómo lo sintetiza Jaime Perriaux (1970: 21), pero el que mejor conviene al caso que tratamos, es el que establece que la generación llega plenamente como tal "*...a*[l tiempo de] *su segunda madurez, o sea* [cuando tiene lugar] *su gestión, su reinado"* y esta situación es evidente para el grupo elegido en un intervalo cronológico, ubicado centralmente hacia 1775-1782, coincidiendo con el espacio temporal de mayor acúmulo de medidas renovadoras del reinado de Carlos III, las que van desde la formulación del régimen de intendencias para España y las Indias[19], hasta la apertura del Jardín de Plantas[20] y del Real Gabinete, el futuro Museo de Historia Natural de Madrid, pasando por numerosas medidas progresistas de enorme trascendencia y abarcadoras de la vida total, especialmente social y cultural de España y de sus posesiones de ultramar[21]. Entre muchas más, se cuentan la creación de las diversas Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, la reforma del programa universitario, el régimen de Intendencias, la colonización de espacios demográficamente vacíos de España, como los de Andalucía, que llevara adelante Pablo de Olavide y Jáuregui, la modernización del ejército y el fortalecimiento de la Armada.

Sin embargo, es posible conciliar el acotamiento recién analizado de la Generación de las Luces con el que propone Fernández Clemente (2004) y extender el límite inferior de su presencia protagónica en la vida española, a 1775 o sea, el año de la Expedición a Argel y llevar el superior hasta 1788, que marca el cambio de rumbo definitivo de la política ilustrada en su sentido innovador y que es una fecha que sorprende aún no habiendo cerrado su ciclo vital activo, a muchos de los hombres que nacieron en el período 1740-1762, tales como Jovellanos, ambos Azara, Olavide, Ibañez, Asso, Meléndez Valdés, Goya, Antillón, y muchos otros protagonistas principales durante el reinado de Carlos III.

Dice Ortega y Gasset (1963b) que *"una generación*

17 Véanse, por ejemplo, Arturo Cambours Ocampo (1963), José María Moner Sáns (1970) y Jaime Perriaux (1970).

18 Al respecto resulta de interés lo que acerca de la periodización en la historia de la literatura –un tema afín al relevo de las generaciones– el debate de Raimundo Lida (1981: 39), cuando pone en entredicho las opiniones de Hankins, acerca de la realidad de la noción de período:

"La crítica de Hankins no desconoce el valor práctico y pedagógico de la noción de período literario. Sólo que aspira a tomar en cuenta el mecanismo mental que entra en su génesis, y que sin duda estimula a veces, y apoya la tarea del historiador. Alternancia o analogía, leyenda individualizadora o misticismo colectivo, nada de eso estorba la formación razonable de los períodos, antes contribuye a ella por su elemento estético y dinámico, sin el cual toda clasificación racional carecería de interés y utilidad". En la idea de período, concluye Hankins, entra pues, una parte de ficción convencional que, lejos de falsear necesariamente

19 Nos resistimos a denominar **colonias**, más aun dentro del tono peyorativo y anacrónico que cada vez más se asigna al término, cuando es aplicado a las posesiones hispanas de América, pues administrativa, jurídica y conceptualmente, nunca lo fueron como en su momento, lo expuso Ricardo Levene (1973) y lo reiteró Laura San Martino de Dromi (1999), en base al análisis conceptual de la Real Ordenanza de Intendentes de 1782, promulgada por Carlos III. La constitución de 1812, último paso institucional hispano-americano, promulgada por las Cortes de Cádiz, la que se refiere a ellos como los *"españoles americanos"*.

20 **Jardín de Plantas**. Ver Antonio González Bueno (2000).

21 Conviene precisar que estas valoraciones con respecto a la etapa más densa en innovaciones ilustradas por parte de Carlos III, presenta al mismo tiempo un panorama de luces y sombras que resultan, en gran medida, de la concurrencia de las modalidades personales del austero y poco predecible monarca borbónico, con las repercusiones de los acontecimientos históricos más relevantes de Occidente, por ejemplo, la Revolución de las colonias inglesas de América del norte en 1777 y la creciente alarma del propio estamento gobernante, ante avances inquisitoriales supuestamente peligrosos, cuyas consecuencias le tocó padecer precursora y prematuramente al ilustrado de origen peruano, pero actor activo de la política de las Luces en España que fuera don Pablo de Olavide y Jáuregui [1725-1801], entregado a las manos de la Inquisición en 1776, año emblemático del cierre de la mejor etapa del reinado de Carlos III.

es una variación humana, en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas". Por eso sus miembros se distinguen por una tonalidad común a pesar de que en el escenario de su actuación hayan podido, incluso, haber actuado –y haberse sentido– como antagonistas. El mismo autor señala como rasgo común relevante un similar distanciamiento con respecto al comportamiento, las ideas y creencias masivas preexistentes o posteriores, es así que cada generación, en su momento histórico preciso, representa *"una cierta altitud vital desde la cual se siente la existencia de una manera determinada"*[22].

Cada generación tiene su lenguaje y sus silencios, sus deformaciones y convicciones, también sus audacias y sus miedos. Descubrirlos es oficio del análisis profundo y cuidadoso, atento a todos los matices y representaciones. Si los mismos son parte esencial de la circunstancia, los silencios, el disimulo y las ambigüedades en los campos más comprometidos, serán casi universales y su investigación cabe en la misma razón hermenéutica del historiador-intérprete. Nada más difícil para descubrir, pues se trata de una faceta implícita y generalmente encubierta del acontecer humano. Como esa situación por lo común se expresa simbólicamente, su rastreo es por demás dificultoso.

El problema de las generaciones y su papel en la historia y, particularmente, en la de las ideas, de la ciencia, de las letras y de las artes, ha sido muy debatido durante la segunda mitad del siglo XX. Existe una extensa bibliografía al respecto. Como quiera se considere la realidad del concepto generacional, éste supervive como instrumento o herramienta casi imprescindible en el análisis de una época particularizada de la historia y de la ubicación que hacen el biógrafo o el historiador de las ideas de un personaje dado en su contexto. Como lo afirma Wilhelm Pinder (1946: 61, *passim*):

"...hay caracteres epocales. Los hay a pesar de que lógicamente varía nuestra visión de los mismos en el transcurso de las épocas, de suerte que no podemos formarnos acerca de ellos una opinión objetiva, exclusivamente valedera. Su consideración se efectuaría bajo las leyes de la perspectiva..." "...La perspectiva no es –sin duda– sino la ley fenomenológica de algo real, aplicada a nuestros ojos...".

En síntesis, es el poder agrupador de lo coetáneo lo que da a cada generación su tono, su relieve, lo que perfila su **Zeitgeist**... Una vida humana se hace en el tiempo y es portadora de la historicidad de ese momento. Se acepte o no el concepto de generaciones, el hecho es que quienes han compartido un horizonte histórico, tienen un contexto también compartido y el esclarecimiento de ese contexto es un prerrequisito obvio en el arte biográfico.

LAS GENERACIONES ILUSTRADAS. LA GENERACIÓN CENTRAL DE LAS LUCES

"En nuestro tiempo siguen teniendo validez para el historiador algunas de las ideas de Ortega, el primer expositor del ***método de las generaciones*** *en España, cuando señalaba que "una* ***generación*** *no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada entre masa e individuo". La* ***generación****, en cuanto compromiso dinámico entre masa e individuo, era, en su opinión, "el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre el que éste ejecuta sus movimientos. El tema de la* ***generación****, no ya como concepto historiográfico, sino como una categoría fundamental de la existencia histórica, cuenta con una larga tradición en el pensamiento alemán y francés desde Schlegel y Comte. Sin embargo, no deja de ser significativo su inexistencia en inglés, si se exceptúan las breves referencias dedicadas al problema por J. S. Mill, o su no aplicación del método por parte de los historiadores"* [Manuel Moreno Alonso, **La generación española de 1808**, 1989, pp. 11-12]

"La nómina de los ilustrados aragoneses (una clase, como escribí hace treinta años, "fervorosa y disciplinada") que vivieron en la época de Aranda se prolonga en el tiempo con quienes entonces eran aún muy jóvenes y producen casi toda su obra años más tarde: los Antillón, Calomadre, Romero Alpuente, Palafox, Mor de Fuentes… Páginas de oro de nuestra historia" [Eloy Fernández Clemente, **Estudios sobre la Ilustración Aragonesa**, Zaragoza, 2004: 123]

En el conjunto de las protagonistas del siglo XVIII podemos incluir una serie de figuras que por asociación, por contraste, por afinidades o por diferencias, nos permitan ahondar más en la aproximación azariana. El primer factor de selección

22 El mismo Ortega (1923) califica el momento histórico en el que a las generaciones les toca desempeñarse, en *épocas cumulativas*, cuando sus protagonistas hubieron sentido una suficiente homogeneidad entre lo recibido y lo propio; y épocas *eliminatorias y polémicas*, cuando aquéllos experimentan una profunda heterogeneidad entre ambos elementos. Se trata entonces, de "*generaciones de combate*". Este último es el concepto aplicable a la generación que nos ocupa.

que tendremos en cuenta será la edad. Podríamos hacerlo con la periodicidad de quince años, preconizada por los autores que antes mencionamos y en ese caso agruparíamos centralmente a aquéllos nacidos entre 1740 y 1755. Don Félix de Azara y Perera nació en 1742, coincidentemente y con escasa diferencia lo han hecho, entre muchos otros y lo harán algunos un poco más tarde, entre ellos Antonio Raymundo Ibáñez Llano y Valdés [1749-1809], el mártir de Sargadelos; Victorián de Villaba [1747-1802]. Asimismo podemos incluir entre ellos a Tomás de Iriarte [1750-1781] y a Juan Meléndez Valdés [1754-1817] ya que ambos fueron casi coetáneos y juntos integraron la generación que alcanzaría la plena juventud e iniciaría y desarrollaría su madurez bajo el reinado de Carlos III, iniciado en 1758[23].

Sin embargo, a pesar de que con fines prácticos reunamos a los protagonistas principales tratando así de ofrecer un panorama amplio de las personalidades de la ilustración, agrupándolas quincenio tras quincenio, no caeremos en la rigidez calendaria que justamente, ha sido la mayor objeción para el manejo del concepto generacional en la historia intelectual. En el tratamiento cualitativo asumiremos los términos cronológicos derivados de la opinión de Fernández Clemente (2004). Expondremos, en consecuencia en forma tabulada para el periodo que nos interesa, que equivale prácticamente al siglo XVIII, tres "generaciones", correspondientes las mismas –referidas a las fechas natales– a los quincenios 1725-1739, 1740-1754 y 1755-1770, puesto que han surgido fundamentalmente de ellas, los protagonistas mayores del período al que por razones propias de esta obra, podríamos llamar "azariano" y con un criterio más trascendente denominamos Generación Central de las Luces, tratando así de hacer tópico el rótulo como referente, a un grupo humano particular de protagonistas de la vida histórica española, que vivieron y actuaron en un particularísimo e inconfundible período de la misma.

Para José Antonio Maravall (1991: 104), las generaciones ilustradas forman parte –como es natural en la secuencia histórica– de la prolongación de las formas vitales espirituales y mentales de varias generaciones precedentes, y coincide con muchos autores en retrotraer el inicio, ya bien manifiesto de la innovación ilustrada, a los nacidos entre 1651 y 1719, entre ellos

"…valencianos como el P. Tomás Vicente Tosca [1651-1723], el médico Andrés Piquér [1711-1772], el erudito Gregorio Mayans y Síscar [1699-1781]; castellanos como el también médico Martín Martínez [1684-1734], el físico Diego Zapata [1644-1745], los eruditos PP. Martín Sarmiento [1695-1732], Enrique Flórez de Setién y Huidobro [1702-1773], Andrés Marcos Burriel y López [1719-1762], sin que falten gallegos, como el gran Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro [1676-1764] y aragoneses como Ignacio de Luzán [1702-1754]. Todos ellos realizaron un gran esfuerzo renovador de la cultura y su proyección en el plano político, se reconoce entre otras, en las figuras de Melchor de Macanaz [1670-1760], ministro de Felipe V o de los condes de Aranda y Floridablanca, ministros de Carlos III. El primero de ellos, gran señor aragonés, regalista, amigo de Voltaire [1694-1778], fue protector de Goya y cabeza del grupo de los ilustrados que se formaría en Zaragoza"

Luego seguirían para Maravall –que utiliza más que el de **generación**, el concepto más neutro en cuanto al tratamiento polémico previo, de **tanda**– en la que hay escritores, científicos y políticos, comprendiendo entre los más conocidos y nacidos en años cercanos Goya, Capmany, Cadalso, Samaniego, Jovellanos, Masdéu, J. B. Muñoz, Félix de Azara, Montegón, Saavedra, seguidos en un decenio o menos, por Sempere Guarinos, Ibáñez de la Rentería, Iriarte, Meléndez Valdés, Ramón de Salas [1753-1837], León de Arroyal, Pablo Forner. Estos últimos formarían la tercera agrupación de ilustrados si quisiéramos entrar en una inconveniente separación etaria de quienes en la historia de las mentalidades y de las ideas sólo difieren en variantes menores y sus períodos vitales, se sobreponen ampliamente con los de otros miembros, de la más amplia conjunción de tres "generaciones" que reunimos en la Central de las Luces.

Igualmente, y en esto coincidimos con José Antonio Maravall (1991: 104), en cuanto a que, en conjunto, esos protagonistas representan otras tantas alternativas humanas paradigmáticas, culturales y de acción, excluyentes entre sí, pero convergentes a través de su comprensión como formas individuales de un vivir, **particularizado en el marco de sus personalidades**, del ideal ilustrado en la España de Carlos III y en aquella continuación menguada y atormentada, inmediatamente posterior, antes del advenimiento del agitado siglo XIX, que marcara para España en particular, un destino azaroso, cruel y sombrío, por lo menos durante la primera mitad de la centuria.

No dejaría de ser interesante que si –apelando a una extensión temporal, basada más en un concepto de entrelazamiento de las acciones vitales y mentales que, de afinidad calendaria– agregáramos a esta junta de personalidades ilustradas del momento culminante de la España de las Lu-

23 Que a su vez, son claramente distinguibles de las promociones humanas predecesoras, integradas, entre otros, por; José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca [1728-1808] Manuel Abad y Lasierra [1725-1806], Eustaquio de Azara y Perera [1727-1799] y algo más tardíamente, por Benito Bails [1730-1797] y José Nicolás de Azara [1730-1804].

ces, al conde Francisco de Cabarrús[24], nacido en 1752, al apasionado y algo excéntrico con respecto a los demás, Juan Pablo Forner, que lo hizo en 1756, y a Leandro Fernández de Moratín,[25] nacido en 1760, pero que fuera continuador y colaborador inicial con su padre Nicolás, venido al mundo en 1737[26], con quien logró una notable asimilación generacional. Entonces reuniríamos en ese discreto grupo que representa prácticamente una síntesis de la España viajera, científica, química, naturalista, médica, física, política, militar, teatral, pictórica, empresaria, poética y soñadora del tercio de siglo del reinado del gran soberano ilustrado.

Además, debe destacarse como toda esa generación florece con fuerza y con una unidad de fondo, fincada en una serie de rasgos compartidos que más adelante revistaremos y, a partir del ingreso a la madurez de sus integrantes alcanzada aproximadamente hacia 1770-1785[27]. Ellos serán quienes darán, en conjunto y configuradamente, su tonalidad propia a la particular forma de vida histórica que les tocó representar.

Debe tenerse en cuenta que la sucesión generacional en la España del siglo XVIII y de la primera mitad del XIX, ha sido rápida y que existen amplias discontinuidades de una a otra. No debe dejarse de considerar que en el período de plena madurez y vigencia de la generación que nos ocupa, desarrollado entre los años 1776 y 1796 respectivamente, ya estarán naciendo –como muy bien lo puntualiza Julián Marías (1975: 59)– los componentes de la dos primeras de las cuatro generaciones del romanticismo español[28] y que, mientras tanto, ya están cerrando su ciclo los integrantes de la generación anterior, en la que se distinguen clara y diferenciadamente con respecto a la que tratamos, hombres como Pedro Abarca de Bolea, el conde de Aranda [1718-1783], Juan de Iriarte [1702-1771][29]; José Nicolás de Azara [1727-1804]); el indiano Pablo de Olavide y Jáuregui [1725-1805] y Pedro

24 Francisco, conde de Cabarrús [1752-1808], fue un destacado economista y político español nacido en Bayona, Francia. Desempeñó un papel muy importante en el reinado de Carlos III, quien adoptó su idea de fundar el Banco de San Carlos. Es autor de varias obras en las que resalta su condición de ilustrado.

25 Leandro Fernández de Moratín [1760-1828]. Dice de él Ángel Valbuena Prat (1974, III: 51), quien lo ubica como prerromántico, considerando que *"...el espíritu más fino, a la vez que la inteligencia media, segura, típica del siglo se encontraron en el poeta y comediógrafo Leandro Fernández de Moratín , que casi puede ser considerado como la primera figura creadora de nuestro siglo XVIII. Era hijo de don Nicolás y nació en Madrid en 1760. Desde niño resaltaron en él la timidez y el retraimiento...".* Fue afrancesado en la época de la ocupación francesa. Fue autor de una traducción de **Hamlet**. También escribió obras de teatro, un diario personal y otros escritos de carácter literario general. Además, se conocen de él un nutrido epistolario, una autobiografía, sátiras y algunas composiciones poéticas. Según Valbuena Prat (1974, III: 57) fue también imitador de Molière. Como parte de su espíritu ilustrado, la crítica le atrajo, volcándola, por ejemplo, en sátiras literarias como **La Comedia Nueva** (1792), y en sátiras populares en las que se muestra costumbrista.

26 Por otra parte, las edades generacionales no son cuestión estricta de cronología biológica, sino, como opinara Ortega, configuraciones biográficas que llevan a coincidencia generacional. Contrariamente a lo que alguna vez sostuvo Pedro Laín Entralgo *"la generación no sería un **suceso histórico**, sino una **categoría histórica**"* (Julián Marías, 1949: 148). La periodicidad generacional orteguiana, adoptada luego por Julián Marías y explicitada ampliamente por Jaime Perriaux (1970), tuvo un comienzo un poco ingenuo que fue aprovechado por sus negadores para descartarla, algo casi absurdo si se contempla la historia con sentido sistémico: el cambio generacional se aproxima, sin coincidir plenamente con el mismo, a la idea del relevo paradigmático. Cada época histórica es portadora de determinantes particulares que muy bien pueden caracterizarse generacionalmente. Tan sólo con la introducción del concepto de **vigencias** (Julián Marías, 1949) aportó un descriptor generacional valioso.

27 Este es justamente, el año de arribo al Río de la Plata de don Félix de Azara, a la edad de 39 años, plenamente "preparado", es decir, dotado de una clara conciencia de la concepción general ilustrada, con un panorama básico generalista de la ciencia ingenieril de su tiempo, que ponía énfasis en lo geográfico e hidrológico, y con la madurez espiritual e intelectual necesarias para la que sería su empresa máxima de primer naturalista en sentido estricto del Río de la Plata. La obra de Azara se cuenta entre aquéllas que habilitan para extender en pleno el período de vigencia generacional de esta promoción humana Central de las Luces, que bien puede extenderse hasta el trágico 1789, en el que, tanto el ideario como la acción de sus integrantes inician su colapso, no sólo por el hecho de la muerte de Carlos III, producido el año anterior de 1788, sino por el inicio de la Revolución Francesa, que al irrumpir expansivamente por Europa *"...provocaría la retirada de la monarquía de su proyecto reformador y abriría para el pueblo y la nobleza, en lucha de vida o muerte con el Imperio Napoleónico, la posibilidad de asimilar a la Ilustración y a los ilustrados como agentes de una potencia enemiga y como defensores de los excesos doctrinarios y políticos de los revolucionarios franceses"* (Paredes, 2004: 119). En Ultramar, perduró Félix de Azara su tarea hasta 1801, ya en tiempos de creciente desconcierto y oscuridad.

28 Téngase en cuenta que el criterio de Julián Marías para discriminar las pertenencias generacionales se basa en la determinación de una fecha promedio de los nacimientos de los miembros de esta generación distinguible por sus características compartidas.

29 Adviértase que Juan de Iriarte se diferencia cronológicamente de sus otros supuestos coetáneos y, si bien tuvo con ellos nexos estrechos, un análisis detenido de su vida y hechos, lo muestra más distante, y mucho más cercano a Antonio Isla y Rojo, nacido en 1703; a Mayans y Síscar, en 1699 y a otros representantes de una promoción más temprana y primeriza de la España dieciochesca y preilustrada.

Rodríguez, conde de Campomanes [1723-1802][30].

LAS TRES GENERACIONES[31]

Como hemos señalado, y precediendo a la enumeración de los principales protagonistas de tres las generaciones consideradas por períodos quincenales, y para brindar una idea cronológica de la sucesión en el tiempo de las promociones ilustradas, tenemos que recalcar que la suerte de sus integrantes fue diversa y dispar en cuanto a su inserción en el proceso de la ilustración española. Mencionamos a todos aquéllos que tuvieron un papel relevante, aun cuando alguno de ellos pudo haber sido parcial o totalmente antiilustrado. Lo esencial es destacar la convivencia en éste, que bien puede considerarse el grupo egregio más relevante, según las palabras ya mencionadas de Ortega, para centrar el énfasis en el enorme enriquecimiento de mentalidades e ideas dentro del panorama total de la España de la segunda mitad del siglo XVIII.

En este caso no citamos las generaciones anteriores por más que hubiera habido en ellas quienes ya preanunciaban el iluminismo que, como cree más de uno de los autores que trató el tema, concuerdan muchos en fijar el año 1680, como aquél en el que ya se inician los prolegómenos del movimiento preilustrado valenciano, como una fecha crítica en la toma de dirección definitiva del movimiento naciente, con los llamados **Novatores** como ejecutores centrales de los primeros designios de superación, de la postración previa en la que había caído España al final del ciclo de los Austrias.

Las denominaciones usuales para cada "generación" de las tres a tratar, son, en general, vagas, arbitrarias y sólo usamos para ellas una denominación orientadora. Además, y según el criterio que adoptáramos, las consideraciones históricas deberán ser referidas a la tonalidad cultural y espiritual que era predominante en su momento de vigencia adulta con lo que tópicamente les cabe sólo una denominación común como la que utilizamos. Cronológicamente comprenden

Una primera, que agrupa a los nacidos entre 1725 y 1740, a la que podríamos y, con las salvedades ya enunciadas, denominar: **Generación de la vigencia central de Feijóo**, que comprende entre muchos otros a:

Manuel Abad y Lasierra [1725-1806]
Eustaquio de Azara y Perera [1727-1799]
Bartolomé Pou y Puigsver [1727-1801]
Anton Raphael Mengs [1728-1779]
José Moñino y Redondo, Conde de Floridablanca [1728-1808]
Agustin Iñigo Abad y Lasierra [1729-1808]
Antonio Soler [1729-1783].
Benito Bails [1730-1797]
Tomás López [1730-1802]
José Nicolás de Azara y Perera [1730-1804]
Juan Antonio Hernández Pérez de Larrea [1730-1803]
José Viera Clavijo [1731-1799].
Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla [1731-1794]
Francisco Xavier Lampillas [1731-1810]
José Celestino Mutis [1732-1808]
Juan Martín de Goicoechea [1732-1806]
Vicente Tofiño de San Miguel y Wanderiales [1732-1795]
Miguel Dámaso Generés [1733-1801]
Vicente García de la Huerta [1734-1787]
Ramón Pignatelli de Aragón y Moncayo [1734-1793][32]

---

30 Que, a su vez, son claramente distinguibles de la promoción humana predecesora, entre quienes podíamos incluir por su larga supervivencia y por su vigencia permanente durante la vida de esa promoción , entre otros, a Gregorio Mayans y Síscar [1699-1781], Manuel de Roda y Arrieta [1708-1782], Antonio de Ulloa y Santacilia [1716-1795] y Rafael Melchor de Macanaz [1670-1760].

31 Es bueno tener en cuenta lo que dice Bruno Bettelheim (1994: 96), que es plenamente aplicable a la idea de las generaciones, más aún a una enumeración de los miembros de la misma: no basta el inventario general de una tabla de nacimientos, pues en este caso, se cumple decididamente la postulación del juez O. W. Holmes cuando dijo: *"las proposiciones generales no deciden casos concretos"*. Como los casos judiciales que motivaron al mencionado juez para resolverlos, nuestro tema requiere que se estudie analíticamente todos sus complicados detalles. El concepto general subyace por debajo de los rasgos concretos de la situación planteada, hay que llegar a lograr que la comprensión general sea no sólo racional, sino también como lo requería Bettelheim que sea también empática, íntima, unipersonal y emotiva.

32 Ramón Pignatelli de Aragón y Moncayo [1734-1793], debiéndose destacar que este último, como lo dice Barás Escolá (1993: 238),

"el marbete de ilustrado que a menudo se le coloca resulta sumamente cuestionable, a menos que se identifique la Ilustración con el siglo XVIII en su conjunto, y no con una corriente intelectual específica", de la que Pignatelli realmente no participó sino muy marginalmente y especialmente al servicio de sus propios fines. Para mejor definirlo como Ilustrado, véase Eloy Fernández Clemente (2004: 17), que dice:

"Un caso singular es el de Ramón Pignatelli que reúne en su persona el emblema de los tres grandes estamentos: noble por su familia, eclesiástico, y en cierto modo un gran burgués –hombre de mundo y culto erudito–. Sería gran impulsor de la obra del Canal Imperial, su obra predilecta e importantísima; rector varias veces de la universidad [de Zaragoza]*; regidor del hospicio para cuyo sostenimiento construye una plaza de toros, y en el que introduce diversas tareas artesanales. Fue Pignatelli*

Lorenzo Hervás y Panduro [1735-1808]
Nicolás Luengo y Rodríguez [1735-1816]
José Joaquín Romero y Fernández de Landa [1735-1807]
Cándido Melchor María Trigueros de Lara y Luján [1736-1798][33]
Nicolás Fernández de Moratín [1737-1780]
Antonio Tavira [1737-1807]
Francisco Cerdá y Rico [1739-1800].
Antonio Salvador Maella [1739-1819]
Juan de Villanueva [1739-1811]
Francisco Dieste Buil [Abiego, 1740- Lanaja, 1800]
Casimiro Gómez Ortega [1740-1818]
Juan Andrés y Morell [1740-1817]

La siguiente generación de las tres que queremos abarcar en conjunto, corresponde a los nacidos entre los años **1741 y 1755** se trata de la que originalmente denominamos **Generación Central de las Luces**, es decir, la propia de **Félix de Azara**[34], que ahora queda insumida en el conjunto que ya justificamos. Comprende selectivamente a:

José de Cadalso y Vázquez de Andrade [1741-1782][35]

promotor de la Sociedad Económica Aragonesa de la que sería Censor Perpetuo, y redactor de su memoria fundacional, Blasón y Estatutos; desde allí promovería la agricultura (viveros de ***empeltres*** [pequeños olivos de injerto muy productivos con aceituna negra] *en el Jalón), el hilado al torno, una nueva romana y un método de blanquear lienzos, la orfebrería y una Escuela de Matemáticas. Pero luego como otros de la primera hora, se alejó y se dedicó a otras tareas".*

33 Cándido María Trigueros, como se le conoce habitualmente, un literato, escritor y dramaturgo, figura de la ilustración española, natural de Orgaz, Toledo. Desde los tres años estuvo en la corte de Madrid pues su padre fue contador del Palacio Real. A los 15 años comenzó sus estudios de filosofía en el Colegio de los Dominicos. Tempranamente compuso poemas latinos. A los veinte años se ordenó como subdiácono en Sevilla, permaneciendo en esta ciudad desde 1756 hasta 1785, donde formó parte de la tertulia de Pablo de Olavide. Estudió leyes con el anti-ilustrado Fernando Ceballos y matemáticas con Domingo Morico, colaborador cercano de Olavide. A pesar de estar ubicado por nacimiento entre los más tardíos de una generación previa, se puede asimilarlo a la Central de las Luces debido a su ideario con cierta tonalidad, si no liberal, al menos reformista en lo social y económico, como lo expresa, por ejemplo, en una de sus **Odas Filosóficas** (1770), transcripta por Glendinning (1973: 17), en la que expresa su posición:

El morador del antiguo Nilo celebrado
El ocio castigaba como crimen de estado:
A los que nada hacían, Solón los desterraba,
Dracón con muerte dura severo castigaba,
Y espirar los hacían los antiguos Germanos
Sumidos en el sucio fango de sus pantanos.
De todas estas gentes la razón admirada
Detesta nuestros nobles, que no sirven de nada.
En tanto nosotros, con soberbia fiereza,
El ocio consagramos a la antigua nobleza.
Sus celebrados padres, que tan útiles fueron,
Derecho de no serlo por herencia les dieron.
Inútiles estorbos entre los, ciudadanos
Nacieron sólo para adorarse a sí vanos

34 Maravall (1991: 104) coincide en señalar una generación de los nacidos entre 1741 y 1756 (Goya nace en 1746), incluye a F. de Zara, Montegón, Goya, Capmany, Cadalso, Samaniego, Jovellanos, Saavedra, Sempere y Guarinos (valenciano, economista e historiador), Ibáñez de la Rentería, Iriarte, Meléndez Valdés, Ramón de Salas, León de Arroyal, Pablo Forner. Los concentra en la relación con las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, en especial la de Zaragoza, luego las de Madrid, Valencia, Sevilla, Segovia, *"hasta cerca de un centenar"*

José de Cadalso y Vázquez de Andrade [1741-1782]. Nacido en Cádiz. Militar. Valbuena Prat (1977, III: 85) lo considera como ejemplo de haber llevado una vida romántica. **"En sus Noches Lúgubres"** (1772?) se refería a las clases como "arbitrarias e inútiles" (Glendinning, 1973: 16). Es uno de los más radicalizados de su generación que, en general guardó marcada reserva con respecto al ordenamiento social, con excepción del abordaje indirecto del tema, al tratar acerca del trabajo, la agricultura, los mayorazgos, las manos ociosas, ya en los años de actuación en las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. En **El Censor**, Discurso, 9, Madrid, 1781, opinaron –según Glendinning (*0p. cit.:* 17)– *que la situación debía mejorarse mediante la ruptura de "aquel vínculo, con el que atadas [las riquezas] a ciertas manos y a ciertos cuerpos son impedidas de correr a unirse, como el hierro con el imán, con la industria, con la aplicación, con el trabajo, con el mérito"*. Se lo ha señalado como prerromántico, pero su adscripción generacional es plenamente a la Central de las Luces, como lo sostiene Caso González (1983: 330), siguiendo a Glendinnig (1961: 18), *"…porque Cadalso "es fiel a una moda literaria, que no es la de cincuenta años más tarde, sino la de su tiempo", y "…sigue anclado en su siglo y fiel a los modelos de su siglo. Y por eso se le puede llamar prerromántico o, hasta si se prefiere, con otra denominación; pero no le califiquemos de romántico, porque corremos el riesgo de falsear históricamente las perspectivas".*

35 José de Cadalso y Vázquez de Andrade [1741-1782]. Nacido en Cádiz. Militar. Valbuena Prat (1977, III: 85) lo considera como ejemplo de haber llevado una vida romántica. **"En sus Noches Lúgubres"** (1772?) se refería a las clases como "arbitrarias e inútiles" (Glendinning, 1973: 16). Es uno de los más radicalizados de su generación que, en general guardó marcada reserva con respecto al ordenamiento social, con excepción del abordaje indirecto del tema, al tratar acerca del trabajo, la agricultura, los mayorazgos, las manos ociosas, ya en los años de actuación en las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. En **El Censor**, Discurso, 9, Madrid, 1781, opinaron –según Glendinning

Carlos José Gutiérrez de los Ríos y Rohan [1742-1795]
Antonio de Capmany y Montepalán [1742-1813]
Félix de Azara y Perera [1742-1821]
Vicente Requeno y Vives [1743-1811]
Fray Diego de Cádiz [1743-1801]
Juan Francisco Masdéu [Palermo, Italia, 1744-Valencia, 1817].
Gaspar Melchor de Jovellanos [1744-1811]
Primo Feliciano Martínez de Ballesteros [1745-1830]
José de Mazarredo [1745-1812]
Antonio Arteta de Monteseguro [1745-1803]
Pedro de Montegón y Paret [1745-1824]
Bernardo Gálvez y Madrid, conde de Gálvez [1746-1786]
Francisco Saavedra de Sangronis [1746-1819]
Antonio Paret [1746-1799]
Victorián de Villava [ca. 1747-1802]
Tomás Fermín de Lezaún [1747-1778]
Eugenio Larruga [1747-1803]
Nicolás Rodríguez Laso [1747-1820][36],
Esteban de Arteaga [1747-1799].
Carlos IV [1748-1819]
Joaquín Traggia [Zaragoza, 1748- Madrid, 1802]
José Iglesias y de la Casa [1748-1791]
Josefa Amar y Borbón [1749-1813]
José Mariano Vallejo [1749-1846]
Antonio Raymundo Ibáñez Llano y Valdés [1749-1809]
Tomás de Iriarte [1750-1791]
Miguel Rubín de Celis [ca. 1750-1799]
Juan Fernández de Rojas [1750-1819]
Simón Rodríguez Laso [1751-1820]
Luciano Francisco Comelia y Villamitjana [1751-1812]
Francisco Cabarrús Lalanne [1752-1810][37]
Josefa Amar y Borbón [Zaragoza, 1753-1805]
Francisco Xavier de Balmis [1753-1819
Ramón de Salas y Cortés [1753-1837]
Juan Meléndez Valdés [1754-1817]
Fernando Casado de Torres e Irala [1754-1829]
Juan Josef Alfranca y Castellote [1754-1817]
Juan Sempere y Guarinos [1754-1830]

El tercer grupo a incorporar al conjunto generacional en el que nos centramos, abarca a los nacidos entre **1755-1770**. Se trata de una generación con eclosión posterior a Carlos III, pues su madurez los alcanzó bajo Carlos IV. Muchos de ellos, especialmente los nacidos más temprano, son los epígonos finales del conjunto de promociones centrales de las luces: sus obras, su posición ante las circunstancias y su forma de expresión así los ubica, aunque muchos de ellos ya se orientan hacia las nuevas aperturas que surgen, seguramente por la inflexión histórica de las circunstancias nacionales y europeas. Son algunos de ellos:

León de Arroyal y Alcazár [1755-1813]
Juan Pablo Forner y Segarra [1756-1797]
Vicente Alcalá Galiano [1757-1810]
Juan Antonio Picornell [1759-1825]
Vicente María Santiváñez [1759-1794]
Lorenzo Normante y Carcavilla [1759-1813].
Dionisio Alcalá Galiano [1760-1805]
Gaspar María Álvarez, conde de Noroña [1760-1815]
José Espinosa Tello [1763-1815]
José de Mendoza y Ríos [1763-1816]
Nicasio Álvarez de Cienfuegos [1764-1809]
F. Sánchez Barbero [1764-1819]

(*0p. cit.:* 17)– *que la situación debía mejorarse mediante la ruptura de "aquel vínculo, con el que atadas [las riquezas] a ciertas manos y a ciertos cuerpos son impedidas de correr a unirse, como el hierro con el imán, con la industria, con la aplicación, con el trabajo, con el mérito"*. Se lo ha señalado como prerromántico, pero su adscripción generacional es plenamente a la Central de las Luces, como lo sostiene Caso González (1983: 330), siguiendo a Glendinnig (1961: 18), *"…porque Cadalso "es fiel a una moda literaria, que no es la de cincuenta años más tarde, sino la de su tiempo", y "…sigue anclado en su siglo y fiel a los modelos de su siglo. Y por eso se le puede llamar prerromántico o, hasta si se prefiere, con otra denominación; pero no le califiquemos de romántico, porque corremos el riesgo de falsear históricamente las perspectivas"*.

36 Nicolás Rodríguez Laso [1747-1820]. Salmantino, sacerdote, filojansenista, relacionado con el núcleo de esa ideología de Valencia, en la que fue el último Gran Inquisidor; fue Fiscal Inquisidor de Barcelona (1783-1754), estudió en Salamanca (1769-1770), fue secretario del Obispo de Cuenca (1771-1777), donde se relacionó con la familia Palafox y asistió a las tertulias del grupo jansenista de la Condesa de Montijo y los Palafox, también la del conde Ariza, pariente de los Palafox entre quienes, eventualmente, se produjo su iniciación jansenista. Fue Académico correspondiente de la Real Academia de la Historia (1779) y académico supernumerario en 1782. En 1778 ingresó a la Inquisición (ver Antonio Astorgano Abajo, 1999a).

37 Francisco Cabarrús Lalanne [1752-1810]. Moreno Alonso (1989: 95) destaca el carácter de minoría ilustrada que tuvo la que él llama la "generación de Cabarrús" –que para nosotros no es sino epígona tardía de la Central de las Luces, la misma de Félix de Azara, aunque los separara un intervalo etario de 12 años–, cuya vigencia se prolongó a través de ulteriores promociones humanas, por sus Cartas (elevadas en 1783, editadas en 1820, hemos utilizado la edición de 1973) debido a su tono general, calificado por José Antonio Maravall (1973:41) como la paz de haber *"dejado atrás el despotismo ilustrado …(…)…para llegar a posiciones de democracia liberal"*. La suerte final de Cabarrús, es prototípica de la tragedia española de su tiempo: fallecido en Sevilla en abril de 1810, y después, *"…víctima de la locura española que justamente había querido curar, condenado post mortem y sus restos arrojados de su tumba. Era entonces tiempo de venganza y persecuciones que enloqueció a la **generación de 1808**, lo mismo a la antirreformista que a la liberal o afrancesada"* (Moreno Alonso, 1989: 100).

Nicasio Álvarez de Cienfuegos [1764-1809]
José Marchena Ruiz de Cueto [1768-1821]
Manuel Godoy y Álvarez de Faría [1767-1851]
Mariano Urquijo [1768-1817]
Juan Bautista Arriaza [1770-18]

La pertenencia a una pléyade representativa con rasgos mutuamente aproximativos –ya sea por coincidencia o por contraste– de los hombres que estamos analizando como coetáneos generacionales de Félix de Azara, es posible de sintetizar la en la posesión compartida de una serie de elementos básicos que pueden caracterizarla como **la generación central española de las Luces**[38], así podríamos definirla por antonomasia, dentro del panorama general de la ilustración española y que, como ya señalamos, su pensamiento y sus acciones constituyen el característico **signo epocal** de la misma.

Si tratamos de distinguir los elementos básicos que caracterizan a la generación que consideramos como central de las Luces, en primer lugar podemos distinguir su postura religiosa. En todos ellos es mesurada, al menos en el aspecto de las exteriorizaciones, que prácticamente no las hay de tipo bibliográfico perdurable. Todos ellos son, en su apariencia, católicos de larga estirpe, de sentimiento y profesantes activos, que asisten a misa y nunca atacan el dogma central y menos aún a la Iglesia como institución, pero sí critican, con mayor o menor desembozo, a veces y alguno con particular virulencia, las posiciones políticas que ella asume y en general, no aceptan sus disposiciones administrativas y restrictivas de la libertad pública y de conciencia. Tampoco participan de las manifestaciones más tradicionales en las que pueda verse sombra de boato o de excesos, o de transferencia icónica hacia sentimientos o rituales más propios de la religiosidad popular. Creen en la religión como elemento necesario de la paz y el orden social y además, canalizan a través de ella sus esperanzas más trascendentes. Un deísmo indefinido pero en general perceptible, flota entre todos ellos como signo manifiesto de su religiosidad interior.

Casi todos ellos estuvieron también, por acción u omisión, en contra de los jesuitas y, en general, aceptaban poco a las demás órdenes monacales, en especial a las que se destacaban por su vinculación con la vida política activa de España. También se percibe en más de uno, esa especie de "neoprotestantismo" particular, que floreció en la segunda mitad del siglo XVIII en España, que incidió en la interpretación de algunos dogmas de fe y que muchos autores denominan **jansenismo** (Ernest Lluch, 1999: 36, *passim*, se refiere en conjunto a esta forma de disidencia como "jansenistas", mejor denominados "parajansenistas" y, existen constancias de toda una transición de matices individuales, hasta llegar a los liberales del primer decenio del siglo XIX). Son justamente Antonio Palafox, el obispo de Salamanca Antonio Tavira, el arcediano de Cuenca Juan Antonio Rodrigálvarez, el ayo de los reales infantes José Yarequi, los canónigos de la colegiata de San Isidro Joaquín de Ibarra y Antonio Posada, Felipe Beltrán, Miguel de Santander, Melchor Baltasar de Jovellanos, Mariano Luis de Urquijo, Pablo de Olavide y Jáuregui, los Abbad y la Sierra, los hermanos Azara y Perera (José Nicolás, Eustaquio y Félix), el obispo de Barcelona Josep Climent, Félix Amat y Félix Torres Amat, los más caracterizados por esta actitud[39].

En el caso de Antonio Joseph de Cavanilles, que fue a la par científico ilustre y sacerdote, vemos que también se muestra mesurado en lo religioso y sus contiendas en el campo botánico e institucional, como en el caso de su guerra particular con el colega botánico Casimiro Gómez Ortega[40] a partir de

38 Coincide aproximadamente con la que Julián Marías (1963) denominara tercera generación del siglo XVIII, formulada en base a un criterio cronológico alejado del orteguiano que aquí en cierta medida adoptamos, y estaría integrada, aproximadamente, por los nacidos entre 1736 y 1751.

39 Ésta es una cuestión realmente mucho más densa de lo que aquí la enunciamos, que ha sido encubierta por un factor oficial de censura y por una actitud generalizada en sus protagonistas, entre los que predominaba una sensación profunda de miedo: se trata del llamado **jansenismo**, acerca del cual ya tratamos en algunas notas precedentes y, en la última de ellas acerca de su variante española (o más propiamente italiana hispanizada, pues tiene su punto de partida en el Sínodo de Pistoia y no coincide doctrinaria y teológicamente con el jansenismo francés del siglo XVII). Recién a mediados del siglo XX recibió este tema un tratamiento historiográfico que superara los anatemas simplistas de Marcelino Menéndez Pelayo en el último tercio del siglo XIX y aún no se ha instalado el tema en su plenitud y adecuadamente en la historiografía española (Saugnieux, 1970, 1975; Tomsich, 1972). .

40 Casimiro Gómez Ortega (1740-1818). Fue un destacado botánico español de la generación de las Luces. Era sobrino de Joseph Ortega (17?? -1761), quien fuera "primer Boticario del Exército"y fundador y Secretario Perpetuos de la Academia de Medicina de Madrid. Su sobrino inicialmente tenía formación de boticario y fue uno de los jóvenes botánicos españoles que acompañaron al discípulo de Linneo, Pehr Löfling, en su estadía en España, desde 1751. El malogrado Löffling (1729-1756) lo protegió quien fue financió sus estudios, en los que también fue apoyado por su tío. Se convirtió desde 1777, en el mayor difusor de las obras e ideas de Linneo en España quien lo protegió y tras doctorarse en medicina y en filosofía en la Universidad de Bolonia, se orientó inicialmente hacia la farmacología de las plantas útiles. Una vez regresado a Madrid consiguió por oposición la Cátedra de Botánica en 1772. Publicó mucho sobre su especialidad y tradujo obras de botánica del francés. Dirigió el nuevo

1889 y sus disidencias con Linneo y sus seguidores, acerca de la taxonomía de las plantas, sustrajeron lo más de su tiempo, como para que pudiera entrar en otras polémicas[41], que seguramente no deseó nunca y que se ingenió para eludir con efectividad.

El gran estudioso de la ciencia española, que es don José María López Piñero (2005) advierte para el desarrollo de esa disciplina histórica, acerca de una serie de obstáculos epistemológicos, derivados de enfoques viciosos, *"la mayoría de los cuales se ha intensificado recientemente"*, contándose entre ellos algunos tan típicos como la ideología nacionalista, el etnocentrismo, y el "presentismo"[42]. A esos impedimentos podríamos agregar la politización de la historiografía, que es una forma de perversión de la misma, ya que se refiere fundamentalmente a la ideologización, es decir, a la adopción fácil de modas culturales e intelectuales, y sucede lo mismo con el facilismo instalado y agravado por la enorme ampliación del espectro técnico de la disponibilidad mediática, de cuya concurrencia ha proliferado en los últimos años una profusión de obras acerca de la historia de la ciencia o de científicos en particular de construcción hábilmente "formateada", con recuadros, colores y, a veces, profusas y espectaculares ilustraciones, pero hueras de profundidad y sin suficiente contextualidad cultural e histórica.

En cuanto a las características mayores o rasgos salientes de las generaciones ilustradas, que agrupamos como la Central de las Luces o azariana, son típicos y distintivos en tal grado que no puede surgir confusión alguna que permita reunirlas con las demás del siglo XVIII, en el cual las primeras fueron precursoras y las últimas epígonos tardíos de un núcleo bien definido e imprescindible para comprender la época, en el ámbito historiográfico puro y en la historia cultural y de las mentalidades.

Sus rasgos diferenciales pueden resumirse extrayéndolos del análisis de las relevancias más notables, a las que hemos tratado ya reiteradamente, pero que conviene sintetizar como las siguientes:

Encaran la vida cultural con una nueva organización del saber y del conocer. Metafísicamente se muestran de un realismo naturalista que no es tan audaz como sus coetáneos franceses, puesto que bajo el mismo, subyacen formas insoslayables y compartidas, que no se apartan de la idea de Dios, a pesar de cuán osadas puedan ser las formulaciones escritas y verbales de algunos de ellos. La actitud crítica va siempre acompañada de la lucha contra la superstición y la búsqueda obstinada de racionalidad. Fidelino de Figueiredo (1947: 16) ha dicho que: *"El espíritu crítico es una posición de la inteligencia y de toda la impersonalidad ante el mundo, por lo menos ante el paisaje humano y ante el contagio de su pequeñez en el universo. Es la actitud o la tendencia ineludible de quien asienta sus estimaciones y simpatías, preferencias y juicios sobre un análisis de los fundamentos de la verdad, una búsqueda de los residuos de lo absoluto, en cada pensamiento, cada palabra y cada obra. Es el esfuerzo por pautar la conducta por una voluntad*

Jardín de Plantas instalado en El Prado por obra de Carlos III, desde 1781. Antes defendió y publicó una versión del sistema clasificatorio o ordenador de las plantas del botánico de Joseph Pitton de Tournefort (1608-1647). Al regreso de su colega botánico Antonio Joseph de Cavanilles a España, en 1789 sostuvo con él una enconada enemistad, que culminó en 1802 con la pérdida de sus cargos a favor del sacerdote botánico. López-Ocón Cabrera (2003), en coincidencia con López Piñero (2000, 2002), destaca el salto cualitativo que significó para la botánica e historia natural española el advenimiento dominante de Cavanilles, pues ha sido básicamente el introductor local y conceptual de lo que después se denominaría geobotánica, ecología vegetal y fitosociología, al destacar en sus trabajos el ambiente natural y geográfico-geológico en que las plantas vivían y dominaban o se subordinaban en cada **flora**, es decir, en cada una de las unidades mednores de la diversidad botánica de un área dada de la tierra.

41 De todos modos el hecho de incluir en la lista considerada a Joseph de Cavanilles resulta, en cierta forma, como la inclusión de un *extragrupo*, en una prueba biológica experimental. Si bien es indudable que integra la generación española de las Luces, representa, por sus características personales, su temperamento y sus intereses una figura especialísima. Además, su condición sacerdotal lo libró tácitamente de un área conflictiva de la que nunca pudieron apartarse los demás miembros de su generación, de los que nos ocupamos en este ensayo. Al respecto hemos consultado a Antonio Cavanilles (1917), a Enrique Álvarez López (1935), a Jean Sarrailh (1981), a Arthur R. Steele (1982) y a José María López Piñero (2000, 2002, 2004).

42 El **presentismo**. Actitud epistemológica negativa, a la que López Piñero (2005: 30-31) califica como un tipo de **"desenfoque" cognitivo** *"... que consiste en estimar exclusivamente actuales a los conocimientos válidos y las técnicas avanzadas, reduciendo cualquier trayectoria anterior a una serie arbitraria de antecedentes, como suele hacerse en las arbitrarias cabalgadas pseudohistóricas que sirven de introducción a numerosos libros y artículos científicos. Las actividades presentistas, repetidas ciegamente en cada generación, llegan en ocasiones a convertirse en una ideología tan irracional como las racistas. Desde la más completa ignorancia los servidores de este "chauvinismo histórico" se complacen en destacar la supuesta falsedad y torpeza en los conocimientos y prácticas de la ciencia del pasado, o los reducen a meras supersticiones. De esta forma se idealiza cada presente como una espectacular revolución científica y técnica que exige cambios profundos".* La obra naturalista pionera de Félix de Azara, ha sufrido en muchas interpretaciones, la devaluación consecutiva de esta óptica equívoca, pretendidamente compensada con las exageraciones tan desenfocadas, como las que provoca el **nacionalismo**, esa otra gran traba epistemológica de la historia de la ciencia.

racional y sedienta de absoluto. El enfermo de la crítica sólo se determina por motivos superiores del espíritu, y no acepta en su esfera espiritual la intromisión de los falsos valores ocasionales, el interés, la política, la moda en las ideas y en las costumbres…".

Además de su ideario progresista, esta generación profesó una función crítica constante y aguda. Se trató de una crítica generalizada, que cada autor encara en su propio campo, pero que en suma aparece como si se tratara de reformular en base a la misma, el fundamento conceptual de costumbres, de instituciones, de usos, de creencias y de sistemas de pensamiento y hasta de la solución de problemas prácticos. La decadencia del barroco, dominante dos siglos y de las variedades más exacerbadas de formalismo expresivo como lo fueron el culteranismo y el conceptismo en la literatura, con el rococó en las artes y el plateresco en arquitectura, desaparecen en breve tiempo. Es una corriente que viene de Europa, particularmente de Francia, con sus más difundidos *philosophes*, escritores, científicos, artistas y creadores en todos los campos. Al barroco lo reemplaza el neoclasicismo; a la vieja escolástica la eclosión de ideas que ya venían desde hacía dos siglos cundiendo en el Continente. A la superstición, la racionalidad, a la ignorancia la ciencia. A la creencia ritualista y externa, la depuración interna y el retorno a las fuentes de la religión prístina…

El de la superstición es uno de los temas más recurrentes de la historia del pensamiento español, al menos desde el siglo XV hasta la Ilustración, y encuentra su mejor exponente preilustrado, en los intentos semivelados de expresión de los novatores de Valencia y se canaliza definitivamente en los sectores pensantes, a partir de los ensayos del sacerdote de la Congregación del Oratorio, Benito Jerónimo Feijóo del que nunca se apartaron por completo los ilustrados españoles.

Los nuevos géneros y usos literarios, puesto que una eclosión como la del pensamiento ilustrado significa un emergente, novedoso en el paradigma total vigente en la civilización Occidental. Como todo salto cualitativo en la configuración de las mentes, incluyendo un reordenamiento preceptivo de los medios de expresión y de los géneros literarios destinados a canalizar la renovación de la riqueza conceptual y léxica. Sin embargo, no se puede sobrevalorar el cambio, que ha sido sensiblemente menos drástico que el sobrevenido, al superarse el final cultural del siglo XVIII, ubicable aproximadamente en 1808-1810 con el paso al romanticismo, que realmente implantó una renovación expresiva casi total. Aunque debió llegar recién la mitad más cercana del siglo XX, para que se comenzara a valorar en su real dimensión el movimiento ilustrado, pues hasta hace muy poco prevalecieron opiniones como la de Valbuena Prat, quien dice (1974, III: 3) que hay algo de paradojal en el hecho de que *"…ese iluminismo que parecía deshacer hasta lo más venerable de una enorme tradición* [en tanto] *las normas literarias se encasillaban en lo más caduco."*

Es posible que debamos reconocer que la primera gran remoción de las mentes fue interna y que recién transcurrida una centuria de búsqueda y reordenamiento, se pudo acceder a un nivel expresivo como el representado en todos los campos (filosofía, música, pintura, prosa y verso) por el romanticismo. Incluso el medio siglo de transición arriba mencionado e iniciado hacia 1675 fue de *"una gran incapacidad creadora cuyas causas habrá que analizar…"* (Caso González, 1983) Eso significó, en el caso específico de la prosa, la modificación y transformación de algunos géneros menores o históricos y en el verso, la aparición de una obra normativa como la del aragonés Ignacio de Luzán.

Varios autores se han referido al movimiento del siglo XVIII como el quiebre de la cultura barroca" que experimentaba ya una larga crisis (Peset, 1964; François Lopes, 1976; Caso González, 1983; López Piñero, 1992a). Al respecto se debe tener en cuenta a Caso González (1983: 10) en el sentido de que todas las transiciones de un canon a otro *"son lentas y la que ocurre entre 1680 y 1725 dura medio siglo".*

José Luis Varela (1967), discute el género literario cultivado por el monje ovetense y coincide con Pedro Salinas (1924) en llamar a Feijóo el "padre de los ensayistas" y lo ubica además, en una sucesión de autores que vienen, tan lejanamente desde Pedro Mexía y Pedro Sánchez Ciruelo, que se desarrollan ampliamente en España, en los siglos XV al XVII, según lo detalla la obra notablemente erudita de Fabián Campagne (2002), animados todos por el propósito de poner en claro los equívocos del entendimiento y de la fe, a los que se ha dado el nombre genérico de supersticiones desde la **Summa Teológica** (1265-1273) de Santo Tomás de Aquino, utilizando aquel término, el cual con un sentido relativamente equivalente, aparecía ya en los escritores romanos como Cicerón y Lactancio, y más tarde en San Agustín.

El **Diccionario de la Lengua**, define a la superstición[43]

43 **Superstición:** Corominas (1983) data su uso en español desde aproximadamente el año 1440. Procede del latín *Superstitio, -onis*, propte. O sea supervivencia, derivada de *superstare*, sobrevivir. Véase en Campagne (2002: 38, *passim*) acerca de la existencia en griego de una palabra equivalente, a partir del uso de *deisidaimonia* por Teofrasto [ca. 382-287 a. c.], en su obra **Caracteres Morales**, caso ya analizado por Alonso del Real (1971: 12, *passim*), considerando también otras formas léxicas equivalentes. Modernamente el sentido de superstición es mucho más amplio: partiendo del planteamiento *"¿sería posible ponernos de acuerdo en una definición de la superstición?"* formulado por Françoise Askevis-Leherpeux (1988) quien discute extensamente la cuestión.

como “creencia extraña a la fe religiosa y contraria a la razón” y como segunda acepción, “fe desmedida o valoración excesiva respecto a alguna cosa”. Campagne (2001: 82) busca una definición instrumental de superstición y advierte acerca del progresivo reemplazo de la concepción teológico-filosófica y ético-moral de la misma, desde el siglo XV hasta el XVIII.

Hemos hecho hincapié en el encuadre preceptivo de la obra del padre Feijóo, debido a que él la ha formulado como la herramienta más eficiente para lograr su combate esclarecedor. Aún no existía el **ensayo** como forma literaria reconocida y Feijóo adoptó el discurso[44], al que acotó en su intencionalidad bajo el nombre de **teatro[45]**. El mismo era, en gran medida, la continuación de la Silva clásica de los siglos precedentes. Fue usada, por ejemplo, por Pedro Mexía en el siglo XVI en su ya mencionada obra. De esa forma literaria, pasamos al discurso, que como aclara Varela (1967: 207), es una denominación *“...que cuando la recoge Feijóo, arrastra una significación varia y un tanto híbrida entre literaria y científica, subjetiva, curiosa y amena”*, pero en esa indefinición justamente halló el monje oratoriano el espacio de libertad –tan difícil en su tiempo– para exponer su pensamiento en medio de un panorama de riesgos y rechazo casi sin parangón, en la primera mitad de la España del siglo XVIII.
También resalta la cuestión léxica, tratada en otro capítulo de esta obra, formando parte esencial del nuevo paradigma. Los órdenes de modificación son tan amplios y variados en la Ilustración, que tuvieron que apoyarse en una verdadera revolución lingüística, léxica y semántica, que paulatinamente desplazó o logró la remoción de la conceptualidad obsoleta, que estorbaba y limitaba la expresión ilustrada. Ya éste había sido un problema vivo para los Novatores de fines del siglo XVII, que asumieron una actitud innovadora en el campo médico y que, necesariamente, los arrastró mucho más lejos. La influencia de este movimiento así como el auge de los diccionarios avanzados de Louis Moréri y de Pierre Bayle, se concentró sobre un espíritu singular, como fue el de un lúcido sacerdote, del que dice Maravall (1991: 13):

“Una figura como Feijóo, entre otros primeros autores, es un polemista inserto en la disputa entre la Europa del latín y la Europa del francés, que desde luego desarrolla su polémica en unas condiciones “nacionales” peculiares, pero sobre un trasfondo común a todos los europeos con mayores o menores dificultades, pero en un contexto similar y con planteamientos nacidos de unas situaciones históricas comparables y simultáneas. Los obstáculos pueden ser mayores en nuestro país, incluso casi insalvables en ciertos aspectos o cuestiones determinadas, pero no se puede olvidar el carácter minoritario que el movimiento ilustrado tiene en toda Europa[46].”
Si consideramos las raíces del pensamiento de Feijóo resulta ineludible la referencia al movimiento de los Novatores, varias veces referidos en esta obra, de los que Maravall (1991: 14) dice que representaron el *“convoy semántico de las luces y la razón”*, puesto que su acción introdujo en España muchos de los elementos esenciales para la expresión del pensamiento científico, artístico, social y cultural de la Ilustración.

En apoyo de la renovación expresiva, debe destacarse la aparición del **Diccionario de la Lengua:**
*“El **Diccionario**, empresa en cuya creación se vio comprometida la Real Academia muy poco después de su creación en 1714, contribuyó a este proceso de uniformidad, mientras que los censores nombrados por las Academias garantizaron, a su vez, la pureza del estilo (tanto desde el punto de vista literario como del político o religioso) de aquellas obras cuya publicación estaba reservada a su dictamen”* (Nigel Glendinning (1973)

La Real Librería fue abierta en Madrid por disposición del rey Felipe V, reuniendo en un mismo conjunto sus libros personales traídos de Francia, los ya existentes el Real Alcázar y la biblioteca privada de la Reina Madre. Desde 1716 se puso en ejecución la obligatoriedad de depositar un ejemplar de cada obra que se imprimiera en el reino. Para el público fue habilitada en 1712 (Peset, 1988: 50, 51). Entre 1783 y 1794 estuvo a cargo de Francisco Pérez Bayer[47] como Bibliotecario Mayor.

---

44 **Discurso:** la acepción más atinada al uso de su tiempo y para caracterizar las numerosas obras del siglo XVIII que llevan ese título corresponde a los números 7 y 9 del **Diccionario de la Lengua**, que son respectivamente; *“razonamiento o exposición sobre algún tema que se pronuncia o lee en público”, y más específicamente: “escrito de no mucha extensión o tratado en el que se discurre sobre una materia para enseñar o persuadir”*. En el prefacio de la obra de Campagne (2002) aparece una disquisición más compleja sobre el tema, confiriendo al “discurso” una acepción moderna.

45 **Teatro:** “lugar donde una cosa esta expuesta a la estimación o la censura de las gentes” (9ª acepción según el **Diccionario de la Lengua**).

46 Este rasgo compartido de composición minoritaria del núcleo ilustrado, particularmente del más operativo corresponde a una situación que se ha destacado, por ejemplo en Francia en la que sobre 50 millones aproximados de habitantes sólo había entre 12 y 15 mil lectores. La inmensa masa ígnara, no tenía elementos conceptuales, léxicos e instrumentales para acceder al pensamiento y las postulaciones de la minoría ilustrada. Su condición activa dependió, al igual que en España a la recepción en ámbitos favorables dentro de los estamentos más altos de nobiliarios y burgueses (e incluso eclesiásticos), especialmente en núcleos con capacidad de decisión política y doctrinaria.

47 Francisco Pérez Bayer [1711-1794]. Fue un ilustrado español con grandes dotes intelectuales, destacándose como erudito filólogo e historiador clásico, jurista y

Como factores adicionales podríamos agregar la superación generacional de la sensación de decadencia o inferioridad imperante; la nueva cultura estética, incluyendo la poética. A eso se suma la valoración de los viajes y de los viajeros, que dejó de ser un mero juego imaginativo para llegar a incluir hasta los viajes imaginarios como componentes de lo que más adelante definiremos como la nueva **razón cartográfica** imperante en la ilustración.

Estamos seguro que el acontecer generacional tuvo como una constante crisis personal en sus protagonistas. Ciertamente las hubo, pero las vivieron por lo común en silencio Olavide, Cadalso, Bails, Macanaz, Sanmaniego, Jovellanos, el propio Azara, fueron portadores de esa sacudida espiritual que actuara como trasfondo del siglo. Recién el romanticismo, en el siglo siguiente sacaría a luz estas formas de **Sturm und Drang** anticipadas.

Singularmente el miedo fue un poderoso factor operante sobre las generaciones ilustradas:

"Sin embargo, la historiografía hasta ahora, apenas ha estudiado el pasado bajo ese ángulo, a pesar del ejemplo concreto –pero ¡cuán esclarecedor!– dado por G. Lefèbvre y los deseos sucesivamente expresados por él y por L. Febvre. El primero escribía en 1932 en su obra consagrada al Gran Miedo de 1789: "en el curso de nuestra historia ha habido otros miedos antes y después de la revolución; los ha habido también fuera de Francia. ¿No se podría encontrar entre ellos un rasgo común que arroje alguna luz sobre el miedo de 1789?" Convirtiéndose en eco suyo L. Febvre, un cuarto de siglo más tarde, se esforzaba a su vez por adentrar a los historiadores por esa vía, balizándola a grandes rasgos: "No se trata... de reconstruir la historia a partir de la sola necesidad de seguridad –como Ferrero estaba tentado a hacer a partir del sentimiento del miedo (en el fondo, además, ¿no terminan ambos sentimientos, uno de orden positivo, otro de orden negativo, por unirse?)...(...)... se trata, esencialmente de poner en su sitio, digamos de restituir su parte legítima a un complejo de sentimientos que, teniendo en cuenta latitudes y épocas, no ha podido no jugar en la historia de las sociedades humanas, cercanas y familiares a nosotros, un papel capital" [de Jean Delumeau, 1989: 11]

El miedo ha sido más que un sentimiento, un complejo de tales, y una constante en la historia, tal vez no sólo humana, sino pre-humana también, que ha ejercido un papel dominante a veces, oculto otras, pero siempre ha estado cercano a la humanidad. Lo que varía de una generación a otra, es la calidad y la intensidad de ese sentimiento. El día sin miedo es una alegoría para los poetas y una utopía para los pensadores realistas: difícilmente se haya vivido vida alguna sin experimentarlo aunque más no sea soslayadamente en cada día de su tiempo.

Delumeau (1989) y precedentemente Jean Palou (1958) se extrañan acerca del silencio prolongado que guarda la historiografía sobre el miedo, y el primer autor cree que

"Sin duda a causa de una confusión mental ampliamente difundida entre miedo y cobardía, valor y temeridad. Por auténtica hipocresía, lo mismo el discurso escrito que la lengua hablada –ésta influida por aquél– han tendido durante mucho tiempo a camuflar las reacciones naturales que acompañan a la toma de conciencia de un peligro, tras las apariencias de actitudes ruidosamente heroicas..."

Analizar el problema en la España del siglo XVIII, se ha restringido en general a todo lo que trata acerca de la Inquisición, se magnificó su papel y se ignoró la congruencia entre esa institución y la historia de las mentalidades en esa etapa de la evolución humana. Reducirlo a ese enfoque significa minimizarlo y sobre todo unilateralizarlo y, posiblemente, incluso en esta actitud, cabe incluir algo del complejo global del miedo pues descartando o relativizando los factores ya demonizados y, por lo tanto, vueltos cotidianos, se rehúye el encuentro final y necesario con la naturaleza humana.

No tenemos espacio y sería una diversión colateral en la senda que seguimos dar un trato profundo al tema del miedo, pero como es innegable como factor operativo en un tiempo histórico que, si bien no fue idealmente plácido y pacífico, al menos fue relativamente más calmo que el precedente y el consecutivo.

Sin embargo, la historia del siglo XVIII está cargada de procesos, prisiones, condenas y destierros. Personajes que alcanzaron la jerarquía política de Macanaz fueron procesados, y en el caso de este último condenado a prisión y desterrado. Lo mismo sucedió con multitud de funcionarios y con más de un intelectual. Entre otros cargaron prisiones Pablo de Olavide y Jáuregui, Gaspar Melchor de Jovellanos, Alessandro Malaspina. Otros fueron desterrados como en su momento lo debieron experimentar el marqués de Ensenada, Manuel de Roda y hasta el poderoso conde de Aranda. Los que sufrieron procesos son innumerables, como los Iriarte, Feli-

---

numismático, nacido en Valencia. Estudió Teología en la Universidad de Valencia y alcanzó a ser Bachiller en Cánones en la de Gandía. Completó sus estudios en ambos derechos en Salamanca, pero regresó a Valencia en 1732. Fue catedrático de la Universidad de esa ciudad. Más tarde fue archivero en Toledo y en El Escorial. Trató a Carlos III en Italia, cuando estaba becado para estudiar antigüedades clásicas y de allí en adelante, existió una gran simpatía mutua. Dominó el hebreo y diversas lenguas orientales, incluyendo el fenicio. Escribió varios tratados sobre temas de su dominio, entre las que se cuenta el **Catálogo de la Real Biblioteca de El Escorial** (Roma, 1756). Fue socio en 1776 de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia. Su relacionamiento con Carlos III le dio oportunidad durante el reinado de aquél en España de influir marcadamente en la política cultural del reino.

pe Samaniego[48], el matemático Benito Bails[49] ... Un análisis de la mayoría de esos casos nos lleva a larga o a la corta a encontramos con la Inquisición. Es decir, con el brazo largo y temido de la Iglesia Católica, impuesto para su control a todas las formas de vida civil y política. Si bien los autos de fe en su forma más aterradora y masiva prácticamente se cerraron en España con los de 1725, el tribunal de la Institución perduró a lo largo del siglo XVIII, y recién fue abolido en 1834.

Superada la mitad del curso del siglo XVIII y a pesar de la difusión creciente del reformismo ilustrado, la Inquisición puede ser considerada como una institución que contaba con alta vigencia, actuando incluso con apoyo popular, eclesiástico y de la corona, y con la que muy pocos se atrevían. Castigaba desde las desviaciones en la fe, la difusión o edición de libros y panfletos, el aporte de novedades científicas, hasta las desviaciones sexuales o las aberraciones de conducta, que eran más propias de hospicios que de consideración criminal. Podemos aseverar que, entre las externalidades atemorizantes que vivieron los españoles del siglo XVIII, la de la Inquisición fue la más sombría, la más constante y la fuente mayor de inseguridad y –desgraciadamente– el punto final de prometedoras carreras humanas, políticas y profesionales.

Era un negativo total de la condición humana libre y dotada de la dignidad de la expresión y de la verdad, particularmente para las personalidades más esclarecidas y con mayor peso intelectual. El tema ha sido ya muy tratado, lo fue desde las ópticas más dispares, e incluso ha dado lugar a una corriente historiográfica relativista que no ha llegado –al menos modernamente– a la enormidad de su justificación, pero sí en cierta medida a su comprensión como un fenómeno particular de su tiempo, de valor menor en la interpretación de las grandes líneas históricas, tanto políticas y sociales como de la historia de las ideas y de las mentalidades.

En cierta forma el prestigioso pensador que es el hispanista e historiador francés Bartolomé Bennassar [1929-] ni ofrece una visión global al par que sintética, acerca del papel de la Inquisición en su tiempo y rechaza el extremismo historiográfico de la visión abstraída de sus circunstancias. Si bien la presencia inquisitorial en más de tres siglos de la historia española puede ser considerada como un ejemplo de manejo de la "pedagogía del miedo" (Bennassar, 1984, Cap. 4, pp. 94-125), por medio de la cual el estado monárquico absoluto y con tendencia creciente al absolutismo, en la medida en que superaba sus modalidades medievales, requería para su subsistencia de una "retroalimentación" represiva que se daba en muchos otros órdenes de la vida social, asegurando la continuidad de la sumisión y de la vigencia de sistemas estructurados en el marco de su tiempo –que tal vez representaran el único modo en el que pudieron hacerlo– antes de lograr avances cognitivos que capacitaran para nuevos órdenes de vida y organización social.

48 Felipe Samaniego [1745-1801]. Sacerdote, Caballero de Santiago y Consejero. Se trata de un escritor español, célebre por sus **Fábulas Morales** (1781-1784) quien, cuando tuvo lugar el proceso de Olavide era arcediano de Pamplona. Dice Menéndez Pelayo (1951: 236), al respecto del incidente del autillo en el que se condenara a Pablo de Olavide, y al respecto de la conducta ulterior de Samaniego: *"...que invitado a asistir al autillo de Olavide, entró en tales terrores, que al día siguiente se denunció con toda espontaneidad, como lector de Hobbes, Espinoza, Bayle, Voltaire, Diderot, D'Alembert, Rousseau y otros, que le habían hecho caer en un absoluto pirronismo* […] *religioso. Pidió misericordia y ofreció para en adelante no desviarse un ápice de la verdad católica. Se le absolvió de las censuras,* ***ad cautelam****, después que confirmó con juramento su declaración y presentó al Santo Tribunal una lista circunstanciada de las personas que le habían facilitado los libros, y de aquellas otras con quienes había tenido coloquios sobre semejantes novedades, y que parecían inclinarse a ellas"*. Tras este párrafo aterrador, todavía trata don Marcelino de que se comparta su opinión acerca de la "sinceridad" con la que el "invitado" Samaniego se arrepintió de sus supuestas culpas. Después se le confinó disimuladamente en un convento de Carmelitas, en el Desierto, entre Bilbao y Portugalete (Valbuena Pratt, 1974: 72). Allí, en el retiro penitencial tuvo todavía oportunidad de componer, en son de burla hacia sus frailes custodios "una terrible sátira" de neta inspiración volteriana (Salcedo Ruiz, 1924: 141), lo que da cuenta de su "arrepentimiento". Las personas que fueron incluidas en sus declaraciones, motivadas por el pavor, tuvieron que padecer interrogatorios, investigaciones y, en algunos casos, procesos. Eran en su mayoría nobles y diplomáticos, incluyéndose entre ellos al conde Aranda, al de Montalvo y el duque de Almodóvar.

49 Benito Bails: Téngase en cuenta que el viejo matemático don Benito Bails [1730-1797], estaba envejecido y enfermo, y a pesar de ello fue uno de los denunciados. Debió pasar un tiempo en las cárceles secretas de la Inquisición, acusado de ateo y materialista. Sólo cuando se **"arrepintió"** vehementemente, se le impusieron penitencias y se lo mantuvo con su casa por cárcel. Era matemático y arquitecto, autor de un **Diccionario de Arquitectura**, y de una importante obra en diez volúmenes: **Elementos de matemáticas**, a la que se encarga Menéndez Pelayo (1951: 237) de minimizar, afirmando que *"...no pasa de un arreglo bien hecho de varios tratados extranjeros, especialmente del de Mr. Bézout"*. Jovellanos en su **Diario** (1992: 67) incluye esa obra, a la que valoró mucho, entre las que mandó proveer a su Instituto de Gijón, encargando varios juegos de la misma.

49 *"Espontanearse"*: según el **Diccionario de la lengua Española** (1992), consiste en: *"descubrir uno a las autoridades voluntariamente cualquier hecho propio, secreto o ignorado, con el objeto, la mayoría de las veces de alcanzar perdón como en premio a su franqueza.//.- Por extensión, descubrir uno a otro voluntariamente lo íntimo de sus pensamientos, opiniones y afectos".*

Baste para ello considerar los códigos penales vigentes, el tratamiento carcelario común, la falta de igualdad ante la ley, la intolerancia[50], la situación de la mujer, de los hospicios, el abandono de los veteranos y de los mutilados que una vez sirvieran a su patria en el ejército, la avidez pública de truculencia y terror, el trato a soldados y marineros, a los servidores de la gleba más baja y es posible como consecuencia y con una visión simplista y no contextual, unilateralizar la cuestión con interpretaciones cargadas de actualismos o presentismos irreales. La existencia misma de la Inquisición no puede ser comprendida sino como un emergente sistémico, producto de una sociedad y de un tiempo absolutamente inconmensurable con el nuestro en Occidente. Eso a pesar de que la humanidad –aun la más proclamadamente civilizada– lleva en su seno un trasfondo latente de brutalidad e intolerancia como lo demuestra con creces la historia del siglo XX, por más que la condición humana plástica y compleja, como la define Hannah Arendt (1993) pueda dar signos, que no son ya continuos y legitimados por el estado de las mentes, sino espasmódicos en el tiempo histórico y anómalos en su génesis y en su ensamble humano, de la aparición de recidivas atroces, de sucesos y sistemas, a los que formalmente se repudia pero que se cuelan al acontecer histórico dejando marcas indelebles.

Tal vez ese tipo de interpretaciones parciales haya sido el subproducto del desmesuradamente cruel y represivo siglo XX, en el que el reinado de las ideologías y la vigencia de monstruos de la razón más reales y operativos que los que pintara el atormentado Francisco de Goya y Lucientes en las paredes de su casa, en la Quinta del Sordo, en las afueras de Madrid, cuando tal vez lo hizo como respuesta a su propia dinámica interior y condicionado por sus patografías, o –mucho más posiblemente también– como resultado de la captación de su mente extremadamente sensible de la mayor realidad impalpable pero vigente de su tiempo: la configuración del horror con el miedo como trasfondo social implícito en una cultura.

Estas consideraciones brindan el marco para establecer que un factor muy importante que debemos deslindar en la interpretación de todo el proceso ilustrado de España, es el grado de coerción externa al que estuvieron sujetos sus protagonistas para cumplir la básica y esencial necesidad humana civilizada de expresarse. Por ello, es necesario esclarecer hasta qué punto la presión de los factores represivos de las ideologías y de las creencias dominantes, hicieran que cada uno de ellos guardara en su interior más profundo y se llevara a la tumba o apenas dejara entrever, aquel sector de su visión del mundo que resultaba prohibido por los cánones oficiales y oficiosos de su tiempo[51]. Esto es algo a lo que realmente suele soslayar la historia de las ideas, como si se procurara guardar pudorosamente el secreto de la coerción psicológi-

50 La palabra **tolerancia** suele ser definida como ***"la norma o el principio de la libertad religiosa"*** (Abbagnano, 1996: 1142), pero en sentido amplio se entiende como las disposiciones personales y sociales que hacen posible la coexistencia pacífica de todas las posiciones posibles en materia religiosa. El mismo autor cree que esta actitud implica –al menos implícitamente– que se reconozca por parte de los próximos, de que existe la posibilidad de salvación aún sin practicar la fe cristiana. Ya en el siglo XIV el filósofo Occam reconocía la validez de esa razón. Recién Michel de Montaigne [1533-1592], postuló como base de la tolerancia, el reconocimiento de la libertad de conciencia, a la que los filósofos de su siglo conectaron con la noción de Hugo Grocio o Grotius [1583-1645] de una **filosofía natural** básica y compartida por los humanos sobre, la que se implantarían las creencias particularizadas de cada credo religioso formal. Spinoza (1986) adujo que la imposición por la fuerza y la violencia coactiva no pueden promover la fe y que toda política de ese tipo no logra objetivo alguno. La idea de la tolerancia en mentes esclarecidas fue siempre correlativa a intolerancia, ya fuere ésta religiosa, filosófica o política. Esta última se acentúa con las ideologías que Locke escribiera en 1689 una **Epístola acerca de la Tolerancia**, en la que reconoce que la sociedad humana es una asociación para promover los bienes civiles, excluyendo de sus fines la imposición de credo algo, sin embargo, en ese mismo escrito establece que *"los que niegan la existencia de dios, no deben ser tolerados en forma alguna"*. Este principio rigió bastante cruelmente en la sociedad española del siglo XVIII y aunque la Ilustración mostró audacia en las acciones y opiniones en muchos planos de las ideas y de la acción, nunca alcanzó excesos que excedieran el marco de Locke. Ya fuera por convicción profunda o por miedo, el deísmo fue la última instancia de toda posible heterodoxia.

51 Muy bien señala Miguel de Unamuno (1970: 142) la coexistencia de dos Inquisiciones distintas, cuando dice que en España: *"Aquí hemos padecido de antiguo un dogmatismo agudo; aquí ha regido siempre la Inquisición inmanente, la íntima y social, de que la otra, la histórica y nacional, no fue más que pasajero fenómeno; aquí es donde la ideocracia ha producido mayor ideofobia, porque siempre engendra mayor anarquía el régimen absoluto. A la idea, como al dinero, tómasela aquí como fuente de todo mal o de todo bien. Hacemos de los arados ídolos, en vez de convertir nuestros ídolos en arados. Todo español es un maniqueo inconsciente; cree en una Divinidad cuyas dos personas son Dios y el Demonio, la afirmación suma, la suma negación, el origen de las ideas buenas y verdaderas y el de las malas y falsas. Aquí lo arreglamos todo con afirmar o negar redondamente, sin pudor alguno, fundando banderías. Aquí se cree todavía en jesuitas y masones, en brujas y trasgos, en amuletos y fórmulas, en azares y exorcismos, en* ***la hidra revolucionaria*** *o en* ***la ola negra de la reacción****, en los milagros de la ignorancia o en los de la ciencia. O son molinos de viento o son gigantes; no hay término medio ni supremo; no comprendemos o, mejor aún, no sentimos que sean gigantes los molinos de viento y molinos los gigantes. Y el que no es Quijote ni Sancho quédase en socarrón bachiller Carrasco, lo que es peor aún."*

ca y represiva, individualmente ejercida sobre personas reales por el signo general de la cultura a la que se pertenece. Particularmente, cuando el sector victimado está constituido por elites esclarecidas. Pero, entiéndase que no nos referimos solamente a las censuras e imposiciones manifiestas, sino a la vigencia de coerciones implícitas que obligan al individuo particular a autosilenciarse. O, en todo caso, a la sumatoria de ambas formas de compulsión.

Por lo común, se prioriza la consideración de las coerciones socio-económicas y políticas ejercidas sobre colectivos sociales. Para las tendencias interpretativas actuales lo individual cuenta poco, por más que en el siglo XVIII, todo el movimiento ilustrado giró en torno de restringidos grupos de individuos –a veces de solitarios– más o menos esclarecidos, por más que sus consecuencias para el colectivo social, aunque operativamente, al proyectarse hacia el siglo siguiente, fueron decisivas para las grandes masas anónimas en la creación de utopías, si no de sistemas más atenuados de acción del hombre sobre el hombre.

Esa presión externa que afecta hasta lo más entrañable de ciertos sectores particulares de individuos, se intensifica en épocas o períodos de vigencias ideológicas o teocráticas fuertes y –a pesar de los avances con respecto a los siglos anteriores se manifestaron con gran crudeza bajo el despotismo ilustrado en el ejercicio del poder. Tuvo como protagonistas a la monarquía en el ámbito político y social, y con la Inquisición actuando como ente represor al servicio de la corona y sosteniendo las vigencias más ultramontanas de las instituciones, incluyendo a la religión, que eran por entonces dominantes. La capacidad de franqueza en los miembros de las generaciones ilustradas, apenas si se entrevé, y debe más bien deducirse, a través de una lectura cuidadosa de lo subyacente a la escritura, en metatextos comparables. A veces son los epistolarios[52], las memorias y autobiografías las que dejan alguna hendija por la cual atisbar el verdadero trasfondo de un espíritu oprimido, por la coerción y el miedo. No se trata de un miedo superficial o pasajero. Es un temor que trasciende todos los ámbitos de la persona y que puede llegar prácticamente a destruirla, si en un momento dado pasa de virtualidad a acechanza activa, como en el caso paradigmático de Pablo de Olavide y Jáuregui. Ante ese sentimiento son muy distintas las reacciones individuales y las contingencias de cada uno de los cursos vitales personalizados, pero ellas determinan la magnitud de los efectos prácticos de haber transgredido las normas de prudencia. Consideremos, por ejemplo, esa situación espiritual en Jovellanos, en Leandro Fernández de Moratín, en Blanco White, en Samaniego, y aún en el propio Félix de Azara, quien –por los elementos de juicio de que disponemos– no pudo nunca llegar a la apertura explícita y sincera que pudieron demandar sus formas de cosmovisión, y –tal vez– simplemente su necesidad de formular explicaciones sobre su vida cotidiana. Sólo atisbos de las mismas, apenas si trasparecen en algunas de sus páginas, pues de haberse expuesto francamente, esas actitudes podrían haberlo llevado a la ruina total, personal, económica y familiar. Le hubiera desencadenando prisiones, procesos, condenas o conducirlos al exilio. No podemos olvidar el desastre que sobrevino a Melchor Rafael de Macanaz[53], que le valió el destierro y la pérdida de sus bienes o el caso que arrojó al exilio y a la difamación a Cabarrús[54]. También los ocho largos años de prisión de Jovellanos; o el caso de la denuncia como hereje ante la Inquisición en 1792, y después por conspiración a Alejandro Malaspina[55], lo que le costó seis años de prisión. Todo esto se suma también al proceso inquisitorial que aplastó a Pablo de Olavide, cuyo proclamado y externamente espectacular arrepentimiento, al cabo de una suma desdichada de denuncias, pri-

52 *"Buena parte del pensamiento español del siglo XVIII, algunos de sus rasgos fugitivos, se encuentran más en los epistolarios, en la correspondencia, que en la letra impresa..."* (Fernando García de Cortázar, 2006: 14).

53 Melchor Rafael de Macanaz [1670-1760] Político español, que fuera secretario de Felipe V (1704) y fiscal general del Consejo de la Castilla desde 1712. Fue uno de los más firmes partidarios y promotores del regalismo y del centralismo en España. Su **Pedimento de los 55 párrafos**, fuertemente crítico hacia el poder político de la iglesia, lo arrojó en manos de la Inquisición. Fue desterrado a Francia en 1714. Regresó en 1748 y pasó preso, hasta su indulto, por Carlos III en 1760. Escribió una **Historia Crítica de la Inquisición**, póstuma, aparecida a 18 años de su muerte. La suya –como muy bien lo relata Carmen Martín Gaite (1999) es la viva muestra de otra de las trágicas salidas que quedan al hombre, al que se cercena su expresión: el refugio en un mundo irreal, montaje propio del que nunca pudo salir y que aparece trágicamente revelado en sus notas, petitorios y larguísimas cartas que ostentan todavía, de puño y letra del confesor oficial del Rey Felipe V: *"No contestar a Macanaz".*

54 El conde de Cabarrús actuó como Ministro de Hacienda del rey José Bonaparte, impuesto por la invasión francesa por su hermano Napoleón.

55 Alejandro Malaspina [1754-1809]. Fue un marino italiano puesto al servicio de España, en cuya Armada alcanzó el grado de Brigadier General. Tuvo a su cargo una de las expediciones científicas de mayor magnitud y alcance del período ilustrado, realizada entre 1789 y 1794. Al regreso de su expedición y tras un poco transparente proceso, provocado por sus desinteligencias con el valido Manuel Godoy, quien lo acusó de conspiración, tal vez con cierto fundamento, pues Malaspina era hombre de acción y se vinculó a disidentes con respecto al poderoso Godoy, siendo condenado a diez años de prisión en 1796, pero fue liberado en 1802 debido a las presiones de Napoleón sobre la corte española. Es autor de un informe de su expedición: **Viaje político-científico alrededor del Mundo.**

sión y condena, tiene mucho de similar con lo padecido por Galileo Galilei en su momento histórico.

Un claro ejemplo de valoración epocal de ese estado de cosas reinante, aparece en una de las **Cartas Marruecas**, la carta LXXXIII, de José de Cadalso (1981:193, *passim*), en la que se da cuenta de la situación del que se atreve a pensar y escribir en la España dieciochesca, a puro riesgo asumido:

"Apenas ha producido esta península hombre superior a los otros, cuando ha llovido miserias sobre él hasta ahogarle. Prescindo de aquéllos que, por su soberbia se atraen la justa indignación del gobierno, pues ésos en todas partes están expuestos a lo mismo. Hablo sólo de las desgracias que han experimentado en España los sabios inocentes, de cosas que los hagan merecedores de tal castigo, y que sólo se les han inferido en fuerza de la constelación que acabo de referirte, y forma objeto de mi presente especulación".

"Cuando veo que Miguel de Cervantes ha sido tan desconocido después de muerto como fue infeliz cuando vivía, pues hasta ahora poco se ha sabido acerca de dónde nació y que este ingenio, autor de una de las pocas obras originales que hay en el mundo, pasó su vida parte en el hospital, parte en la cárcel, y parte en las filas de una compañía como soldado raso..."

"Cuando veo que Francisco Quevedo, uno de los mayores talentos que Dios ha criado, habiendo nacido con buen patrimonio y comodidades, se vio reducido a una cárcel en que se les engangrenaban las llagas que les hacían los grillos, me da ganas de quemar cuántos libros veo".

"Cuando veo que Luis de León no obstante su carácter en la religión y en la universidad, estuvo muchos años en la mayor miseria de una prisión algo más temible para los cristianos que el mismo patíbulo, me estremezco".

"Es tan cierto este daño, tan seguras las consecuencias y tan espantoso su aspecto, que el español que publica sus obras hoy las escribe con increíble cuidado y tiembla cuando llega el caso de imprimirlas...".

Edith Helman (1963: 51) cita una carta de Leandro Fernández de Moratín, escrita en 1787, a su amigo Juan Pablo Forner[56], expresándole lo difícil que resultaría escribir la historia de España que éste tenía en proyecto; le decía que, como autor de la misma:

"... si copia lo que otros han dicho, se hará despreciable; si combate las opiniones recibidas, ahí están los clérigos, que con el Breviario en la mano (que es su autor clásico) le argüirán tan eficazmente que a muy pocos silogismos se hallará metido en un calabozo y Dios sabe cuándo y para dónde saldrá. Créeme, Juan; la verdad en que vivimos, es muy poco favorable; si vamos con la corriente, y hablamos el lenguaje de los crédulos, nos burlan los extranjeros y aún dentro de casa hallaremos quien nos tenga por tontos; y si tratamos de disipar errores funestos al que no sabe, la santa y general Inquisición nos aplicará los remedios que acostumbra...".

Algo parecido experimentó Goya con sus Caprichos, pero esto aconteció más tardíamente, ya en 1803, según lo reconoce Guillermo Díaz Plaja (1928: 97), glosando una carta del pintor aragonés dirigida al Rey Carlos IV:

"... de una parte de la obra de Goya irradia un marcado sello volteriano. Sello que en la época de Goya, significaba necesariamente la entrada directa o solapada en la heterodoxia; y –por ende– desencadenaba sobre él la actuación de un típico instrumento de la justicia: la Inquisición. Según algunos biógrafos la cesión al Rey de esos Caprichos *– que tan pingües ventajas económicas le producían – no tuvo más objeto que ponerlos fuera del alcance inquisitorial. Más de veinte años después, en 1825, expresa Goya en una carta a un amigo, al no acceder a publicar una nueva edición de los Caprichos, que a pesar de haber entregado al Rey láminas originales, "****me acusaron a la Santa****"* (Edith Helman, 1963).

Aunque la política firme y pragmática, fundamentalmente realista antes que dogmática o de sujeción a la política religiosa oficial del papismo romano, seguida por Carlos III, estableció una especie de sobreentendido *statu quo* con la iniciativa inquisitorial, siempre se mantuvo esta última flotando sobre las cabezas de los ilustrados. El propio mote de *jansenistas*, arbitrariamente aplicado a los discípulos y seguidores en España de los *philosophes* franceses y no –al menos en su uso generalizado– a quienes profesaban cierto tipo de disidencias con la religiosidad imperante, tenía un sentido ominoso para los incriminados, que no sólo eran numéricamente apenas un puñado ante los ultramontanos, sino que carecían de real fuerza institucional y política bajo el despotismo ilustrado. La fragilidad del paréntesis en la intensidad persecutoria a causa de la heterodoxia del pensamiento, quedó en evidencia tras la muerte en 1788 de Carlos III, pues se pasó paulatinamente de la presencia activa de ministros enemigos de la Inquisición como lo fueron, por ejemplo, el conde de Aranda y Manuel de Roda –e incluso lo fue Mariano Luis de Urquijo, el ministro de Carlos IV– quienes por ideas y por doctrina, trataron sistemáticamente de acabar con la institución, a una situación de velada y cautelosa defensa ante la Inquisición por parte del políticamente omnipotente Príncipe de la Paz, el ministro Godoy, que fue más observado con recelo Inquisitorial por sus vicios personales, que por sus errores doctrinarios (Salcedo Ruíz, 1924).

Fue así que, incluso iniciado ya el siglo XIX, se die-

56 Juan Pablo Forner (1756-1797), fue un reconocido escritor y hombre de leyes de la España ilustrada, que profesó ideas opuestas a la ilustración francesa interviniendo activamente en la polémica acerca de la ciencia en España, suscitada por el artículo de Nicolás Masson de Mourvillers en la **Encyclopédie Méthodique** (Volumen 1, 1783) y después expresadas, principalmente, en su obra **El Ateísta** de 1792. A pesar de su temprana muerte, dejó Forner un sólido prestigio en los campos literario y jurídico de su época. Sobre su densa vida y obra resulta imprescindible consultar a François Lopes (1999).

ron casos de condenas, ya sea a la abjuración o al destierro –más raramente a prisión– de catedráticos universitarios acusados de *enciclopedismo*. Basta leer el infame texto de la denuncia anónima contra Jovellanos, muy probable obra del futuro ministro de Carlos IV, Antonio Caballero, quien aprovechó para sus perversos fines, el revuelo de la frustración del llamado “cisma de Urquijo”, para comprender el terrible alcance de las acechanzas que se cernían sobre los ilustrados. En el caso de Jovellanos le significó sufrir ocho largos años de prisión en las Baleares.

¿Cuánto hubo en todos ellos y, en particular en Félix de Azara, que es quien nos ocupa centralmente, de conciencia desgarrada, de personalidad pública y social escindida como la denominara Arthur Koestler, partida en una faz presentable convencional e hipócrita y en otra encubierta y secreta, enteramente exhibible sin generar un alto grado de riesgo?, ¿Cuántos de ellos callaron dolorosa y definitivamente su verdad más profunda porque en alguna forma, experimentaron el símil de la canallesca versión moderna de la presión totalitaria, implícita en la cultura ideologizada, a la que se denomina *“lo políticamente correcto”*?.

Lucien Febvre (1959) detectó claramente esa profunda imposibilidad humana de expresarse en forma abierta y absolutamente sincera, so pena de aplastamiento y aniquilación, y en su análisis de la incredulidad religiosa, que ya comenzaba a asentarse en la intelectualidad más avanzada de Francia en el siglo XVI, analiza la forma en la que mentes esclarecidas como la de Rabelais –el caso Rabelais, como lo designa– trataron con mayor o menor éxito de expresar sus ideas pero al mismo tiempo, de escapar de la suerte que corrieron otros menos afortunados, como lo fueran Giordano Bruno, quemado vivo en 1600, o el humanista francés Étienne Dolet [1509-1546][57], que corriera igual suerte a los 37 años de edad, acusado de ateísmo...

Según Lucien Febvre (1959), François Rabelais usó la máscara de la locura para hacer hablar a sus personajes, de un modo que no podrían haberlo hecho de estar cuerdos[58]. Otros como Pierre Bayle [1647-1706] recurrieron a toda suerte de disimulos y artilugios, como las notas al pie de página y las nótulas (notas para dichas notas, o sea notas de notas, con tipografía cada vez más pequeña) (Grafton, 1998) como aparecen en su célebre **Dictionaire Historique et Critique** publicado en 1698, que tanta influencia ejerció sobre el pensamiento del padre Feijóo y sobre las primeras expresiones de la ilustración europea.

El mismo Febvre (1959) se refiere a una *“obra enigmática escrita por un no menos enigmático autor”*, se trata del **Cymbalum mundi**, escrita supuestamente en 1537, por Des Périers[59] obra que en uno de los diálogos en los que se divide, presenta a un perro llamado Hylactor, al que le ha sido concedido el don de la palabra. Sin embargo, sólo podría ser comprendido si el mismo encontrara a otro perro con la misma capacidad expresiva, lo que sucedió con uno llamado Pamphagus. Febvre, interpreta que Des Périers se dirige simbólicamente a su contemporáneo y amigo Rabelais (=Pamphagus), como dice Febvre, incitándole a expresarse ante él con libertad: entonces él podría también hacerlo, respondiendo a ese incentivo.

57 Étienne Dolet [1509-1546], humanista francés, autor de **Comentarii linguae latinae** además de otras obras eruditas. Era nativo de Orléans y estudió en París. Ha sido considerado como el primer “librepensador” de occidente. A la edad de 22 años escribió su primer **Discurso**. Se cuenta entre las víctimas más ilustres de la intolerancia inquisitorial. Pereció quemado vivo por condena de un tribunal de la Inquisición.

58 Dice Stephan Zweig (1944: 48): *“...cada vez que un gobierno o un sistema reprime por la fuerza la libertad de pensamiento, los que no quieren someter su conciencia sólo tienen tres caminos que tomar: o combatir abiertamente el terror gubernativo y llegar al martirio; y este camino, el más atrevido, el de la franca resistencia, lo eligieron Berquin y Étienne Dolet, que pagaron su oposición con la hoguera; o bien para conservar la libertad interior y a la vez la vida, puede uno someterse en apariencia y encubrir su propia opinión –y esta fue la técnica de Erasmo y de Rabelais que exteriormente se mantienen en paz con la Iglesia y el Estado, para así, envueltos en la capa de los sabios o cubierto con el gorro de los bufones, poder disparar desde retaguardia sus envenenadas saetas, esquivando ágilmente a la tiranía y engañando con astucia a la brutalidad, o bien, como tercer camino de escape queda la emigración, el propósito de trasladar sana y salva la libertad interior, desde el país en el cual es perseguida y proscripta, a tierras extrañas donde pueda respirar libremente”.* Tal vez el ilustre humanista que fue Stephan Zweig, omite una vía de escape, que pudo –y puede todavía ser la más común de las utilizadas: el exilio en la propia soledad y silencio, actitud que no deja siquiera testimonio de su existencia puesto que muere con el protagonista, al que solo es posible entrever por intuición en la tarea biográfica –o mejor, hermenéutica–, del investigador.

59 Bonaventure Des Périers [ca. 1500-1566] Escritor y humanista francés que alcanzó notoriedad como libre-pensador. Se cree que era natural de la Berfoque, pero hacia 1533 o 1534 pasó un tiempo en Lions, ciudad en la que habían hallado refugio muchas mentes liberales, tornándole la más esclarecida de la Francia de esos años. Colaboró con la traducción al francés del Viejo Testamento y con el citado Étienne Dolet en su **Comentarii linguae latinae** (1538). Desde 1536 gozó de la protección y la amistad de Margarita de Angulema (al punto que se dice que pudo haber sido el verdadero autor del **Heptameron**). La reina creó en su corte un ambiente de libertad de pensamiento, y a pesar de su **Cymbalum mundi** (1537), obra desaprobada por ella pero que pese a eso le brindó su ayuda y lo protegió hasta 1541, año en el que Des Périers retornó a París. Se dice que terminó su vida voluntariamente suicidándose con su propia espada, pero no hay total certeza al respecto.

La anterior es una metáfora válida para los hombres de la ilustración española: ellos vivieron lo más central de su drama en silencio. Fue el costo de comprender el mundo con una visión más lúcida y libre, en un país en el que la mente colectiva estaba aún impregnada de la más cruda sumisión al dogma y a la superstición imperante. ¿Cuántas veces se habrán reunido Hylactor con Pamphagus y habrán ejercido el don de la palabra al que habían accedido? Seguramente, muchos de esos diálogos tuvieron lugar, pero se perdieron en el silencio cauteloso autoimpuesto, imposible de quebrar y del que naturalmente, no ha quedado constancia escrita.

No cuesta imaginar el largo atardecer de don Félix de Azara, inmerso en el paisaje rústico de Barbuñales, de Barbastro y de Huesca, o el de Gaspar Melchor de Jovellanos, en sus años de destierro y de prisión, así como el de tantos otros de su generación, especialmente los que por razones de supervivencia vital, tuvieron más larga oportunidad de transitar a través de las sombras que descendieron con Fernando VII, al que Salvador de Madariaga (1955: 79, 80) considera el remate de una línea de decadencia en la realeza, que va de Carlos IV

"cuyos poderes mentales eran los más modestos que cabe imaginar..." afirmando que

"... al imbécil, sucedió el bellaco, Fernando VII, [quien] *ganó títulos sobrados para que se le considere el rey más despreciable de la Historia de España"*

Entonces ya se tornó imposible hasta el mero diálogo, sólo le quedaba a la Generación Central de las Luces, es decir, a aquellos de los que todavía sobrevivían de entre sus integrantes, desvanecerse silenciosamente con la **"España posible"** –la que no pudo ser– que se planteara como tal en el corto tercio de siglo, abarcado por el reinado de Carlos III, como lúcidamente lo analiza Julián Marías (1988).

Lo que dijo Guido Mancini (1970: 242) acerca de Leandro Fernández de Moratín, resulta muy seguramente aplicable en forma plena a Félix de Azara:

"... para Moratín no debe haber existido un problema ni un sentimiento religioso particularmente profundo. Por educación familiar acepta un hábito que guía en parte su quehacer, mas por hallarse tan sumergido en las luces de la razón, subraya su aspecto moral, privándole racionalmente de toda posible superestructura, de toda dramaticidad. Su moralismo es, consecuentemente, tan lúcido y coherente como exento de probables disociaciones, de apariencias engañosas, de fantasías: puro y sencillo como una norma de ley, y como ésta no provoca emociones".

De todos modos en el caso de Félix de Azara casi todas éstas son especulaciones en el vacío debido a la falta de documentación avalante. En las cartas conocidas son escasas las alusiones de carácter religioso por parte de Azara, quien –en todo caso– se restringe a observaciones generalizadas sobre la Providencia y al trasunto de un deísmo indudable, aunque raramente manifiesto en forma explícita.

La palabra deísmo es una de las más repetidas –y hasta, tal vez, abusadas– en casi todos los escritores (historiadores y biógrafos), que se ocuparon de los tiempos de la ilustración en España. Blanco White, en una obra suya temprana, escrita en 1801, intitulada **Reflexiones sobre la belleza universal**, en la que resume los ideales sensualistas (*sensu* Condillac[60]), del intelectualismo racionalista de las Luces y, según Durán López (2005: 77), "también del **deísmo**", y amplía este autor el último concepto con una sinopsis de esa forma de creencia espiritual en Blanco, que merece ser traída a consideración:
"La fe no le falta, aunque ya no sea la que predica Roma sino la creencia en una divinidad impersonal y universal, creadora del mundo y definida esencialmente por su racionalidad, su orden, su simplicidad. En su letra no hay nada que contradiga una visión cristiana, aunque cualquiera puede deducir que es un cristianismo tan quintaesenciado, tan abstracto que le faltan todos sus rasgos distintivos. Exaltado producto de un ensueño racionalista, postula un universo ordenado y dirigido por reglas inmutables y perfectas; hay que ser muy irracional, muy estúpido – esto es, ensombrecer esa porción de racionalidad universal de la que participa cada ser humano– para negar "estar en el Universo dotado de cierta perfección encantadora con la que no sólo nos admira sino que también nos arrebata y mueve dulcemente". Este poema es un afanoso deseo de que el mundo sea bello y perfecto, como un raciocinio sin tacha, queriendo no ver el caos y el ruido. Frente a las sombras y oscuridades que van nublándolo todo a su alrededor, este arrebato optimista postula la existencia de un orden ideal, puro… divino."

---

60 **Étienne Bonnot de Condillac [1715-1780]:** Filósofo francés nacido en Grenoble. Inicialmente fue sacerdote, después abandonó los hábitos. Fue preceptor del hijo del duque de Parma durante un período de diez años. Escribió un **Ensayo sobre el origen del conocimiento humano** (1746), además de **Investigaciones sobre el origen de las ideas** (1749) y el **Tratado de las sensaciones**, su obra de mayor trascendencia. Sus postulaciones doctrinarias se asocian a la línea emprendida por John Locke [1632-1704] y David Hume [1711-1776], que se había ido tornando cada vez más subjetivista e idealista. Como respuesta crítica a esa tendencia, Condillac creó el **sensualismo**, ya que de ambas fuentes del conocimiento según Locke, Condillac retuvo sólo la sensación, es decir la experiencia externa o de relacionamiento, que por dos vertientes sería la responsable de la visión final del mundo real. Una de ellas es la vía **representativa**, responsable de la formación de la memoria, de las ideas y de la reflexión. La otra es la **afectiva**, de la que emanan afectos y voliciones. En resumen, la mente no sería para Condillac sino "**una sensación transformada**" y la conciencia estaría dada por "**la sensación que anuncia al alma su presencia**". Era ésta una teoría acorde con los avances de la anatomía y de la fisiología del sistema nervioso en su tiempo. Al suyo suele denominárselo **sensualismo radical**.

Una síntesis muy clara del concepto de deísmo ha sido aportada por Bernal (1993: 408), y expresa:

> "[Los] ***deístas*** [fueron] *un grupo de pensadores de los siglos XVII y XVIII que rechazaron la religión formal, pero afirmaban la posibilidad de demostrar la existencia de Dios a partir de los datos proporcionados por la naturaleza. Sus dudas acerca de la naturaleza divina de Jesucristo los condujeron al* ***arrianismo*** *o al* ***unitarismo****."*

Esta última consideración no es necesariamente la que se enuncia, en primer lugar muy pocas veces, si las hubo, fueron mencionadas posiciones de tipo espiritual con esas designaciones, menos arrianismo que unitarismo. Mejor corresponde tratar acerca de cierta convergencia, más fortuita y centrada en aspectos más metodológicos que doctrinarios con esas y otras posiciones de la larga lista de heterodoxias que se desarrollaron y cumplieron su ciclo en el seno del catolicismo en dos milenios de historia.

Como funcionario y hombre social cumplió Félix de Azara con todos los rituales externos de la religión católica oficial. Estando en la Banda Oriental, quiso pero sin éxito, erigir un curato alrededor de una capilla de San Félix, razón por la que Furlong (1971) lo considera arbitrario y personalista, ignorando que tal designación significaba más el asumir la responsabilidad de un patronazgo, con compromiso de erogación personal para el sostenimiento de su fundación, que una mera vanagloria o autohalago personalista. Además de ser una forma de estímulo de iniciativas similares en terceros. En momentos que era imprescindible crear una población bien asentada. Respondiendo a la recomendación de Julien Benda (1928: 48), para entrever algún asomo del espíritu religioso de un sujeto, la clave residiría en la observación de los estados de espíritu de su vida corriente. En este caso la posibilidad de observación se restringe, tanto debido al estrago de sus papeles personales y a su propia parquedad personal, puesto que apenas si quedan algunos indicios detectables que para llevar a una interpretación real, ésta requiere de todo el campo de inferencias indirectas que el biógrafo pueda aportar al familiarizarse –y compenetrarse– con su personaje.

Hay coincidencia en muchos estudios con una opinión de Ortega (1963b: 58), cuando dice que *"sobre una deleitable quietud de fondo, esta mitad de siglo XVIII se caracteriza por el apasionamiento"*. Por eso, resulta aun más llamativa la pasividad y la aparente ausencia emocional en el plano religioso de la generación española de las Luces. Este rasgo de apasionamiento, se advierte en párrafos de Félix de Azara –tal vez el más mesurado entre sus coetáneos– intercalados muy raramente en sus obras técnicas, informes y memorias, y –más aún– en su epistolario. También en la prosa emotiva de José de Cadalso, especialmente en sus **Noches lúgubres**[61] y en las breves páginas de su póstuma **Memoria** de los acontecimientos particulares de mi vida. Apasionado fue Cavanilles en sus combates botánicos[62] y en su lucha por lograr el cetro mayor de los estudiosos de las plantas, al que finalmente tuvo en sus manos en 1802. No menos pasión se desprende ante el lector atento del Diario de Jovellanos, por más que en sus páginas, como dice Miguel Caso González (1992). *"...en rigor, la verdadera intimidad queda casi siempre velada"*, siempre de acuerdo con esta característica generacional que estamos analizando. Lo mismo puede decirse de los epistolarios de Leandro Fernández de Moratín[63], y de Francisco de Goya, a pesar de que, con ellos, se diera el caso de que ambos como artistas de la pluma y del pincel, respectivamente, han gozado de mayor capacidad expresiva que sus pares, excepto, tal vez, el caso de Cadalso, quien en su epistolario muestra una sinceridad, expresada con lucidez casi desconcertante.

Sin embargo, el problema de la religiosidad no es claro y sí no está dilucidado en su completa dimensión. Hubo extremos en las posiciones espirituales a las que el forzoso silencio que debieron guardar dejó reducidas al plano íntimo de los protagonistas. No todos fueron *"ilustrados cristianos"*, como los define Daisy Rípodas Ardanaz (1992: 8) es decir, hombres que fueron

> *"... típicos en los cuales fe y razón coexisten sin conflictos, capaces de armonizar su amor a un Rey regalista y a la Iglesia, de valorar su labor de magistrados desde una óptica religiosa, y ciertos preceptos cristianos desde una óptica utilitaria...",* como lo fue, para esa autora, el caso de Antonio Porlier, Marqués de Bajamar, que estuvo como funcionario en América entre 1758 y 1759.

Los hubo deístas moderados y extremosos; algunos profesaron una adhesión "jansenista" con la tonalidad española que se usó en el siglo XVIII para ese calificativo acuñado en Francia en el siglo precedente, para señalar a quienes fueron seguidores del teólogo belga del siglo XVII, Cornelio Jansenio. Muchos autores se han ocupado de la

---

61 Escritas presuntamente en 1772 o en 1773 y subtituladas: **Un relato dialogado en el que se describe la angustia de un hombre enfrentado a la adversidad**. Se ha consultado la edición de 1993 de esta obra.

62 La **"guerra de los libros"** como la llama Steele (1982) sostenida por Cavanilles después de su regreso a España en 1789 con sus colegas botánicos, en especial con Casimiro Gómez Ortega, con el sobrino de éste, Hipólito Ruiz López y con el que fuera su compañero en la expedición botánica al Perú, llevada a cabo en los años 1777 y 1778, el botánico español José Antonio Pabón [1754-1840].

63 Véase la edición de René Andioc, quien lo considera *"uno de los más valiosos de la literatura española"* (Fernández de Moratín, 1973)

religiosidad de los ilustrados y hay posiciones encontradas al respecto. Sin necesidad de retornar a las viejas polémicas generadas por Menéndez Pelayo en el siglo XIX, existen diversos aportes modernos al tema, que lo han abarcado con el soporte de mucha más abundante documentación a mano y han logrado descargar el problema de sus componentes políticos –y polémicos– de antaño. Entre otros, Richard Herr (1958), Albert Dérozier (1980), Jean Sarrailh (1981), Teófilo Egido (1987), Antonio Elorza (1989), J. M. Caso González (1992), Antonio Mestre (1996), François Lopes (1999).

El consenso general es que, al menos en forma explícita, no hubo manifestaciones de ateísmo ni de deísmo radical en el período del que nos ocupamos. En lo que respecta a la profundidad de la conciencia y a la forma particular de cada uno de los protagonistas, aún no está resuelto el tema. Tal vez por dos factores, uno de ellos, menos significativo pero importante, es el que destaca Palacio Atard (1989: 159):

"He aquí un primer hecho sorprendente: la falta de estudios biográficos acerca de las grandes figuras que surgen en la España del siglo XVIII. Esto es sobre todo verdad en lo que se refiere a los hombres de acción. Las primeras figuras del pensamiento y de las letras –tales los casos de Feijóo y de Jovellanos– han encontrado una acogida más favorable en los estudios históricos sin que por ello quepa decir que cuentan con estudios exhaustivos o definitivos..."

Después dice *"...hagamos una excepción con Olavide ..."*, refiriéndose a la valiosa obra biográfica de Défourneaux (1958), y ahora podría decirse lo mismo con la extensa y reciente monografía sobre Pablo Forner, de François Lopes (1999) y los trabajos de Caso González (2002) sobre Jovellanos, los de Javier Varela (1988), de Antonio Mestre (1990, 1999) sobre Gregorio Mayans y Siscar y los múltiples estudios preliminares de hispanistas, algunos de ellos de lenguas no hispanas, como los de Nigel Glendinning (1962) y de Russell P. Sebold (2000). El otro tema es el del miedo. Si en el siglo XX ha pesado, y aún hoy pesa en el XXI, la acechanza ya mencionada de *"lo políticamente correcto"*, generando silencios que para muchos son absolutos con respecto a lo que sienten de más verdadero en relación con las cuestiones en las que se centra la censura, transformada en autocensura, ¿qué no sucedería en el siglo XVIII con la Inquisición omnipresente y bajo el absolutismo regalista, prestos ambos a aplastar al audaz que osara salir de los carriles oficiales?

Por último, nos queda ampliar el caso del desdichado Antonio Raymundo Ibáñez, que era tres años menor que Félix de Azara, y que constituye actualmente una figura casi olvidada de la ilustración española. Se trató de un asturiano, que no fue político, clérigo, naturalista, pintor ni escritor, sino hombre de empresa, retoño de la ilustración asturiana, nacida de la influencia activa del padre Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro y acrecentada con las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Con apasionamiento ejemplar, creó en Sargadelos *"... uno de los núcleos periféricos más activos de la ilustración en España: uno de esos focos provincianos como el de Jovellanos en Gijón o el de Peñaflorida*[64] *en Guipúzcua"* (Gómez de la Serna, 1964: 313).

Por la fecha de su emprendimiento, fue un epígono casi tardío de su generación, lleno de ideas acerca de la necesidad de una evolución progresiva en el marco básico del orden regalista y volcó toda su voluntad y apasionamiento en hacer primero y reconstruir después su empresa de Sargadelos. Cayó finalmente víctima del populacho enardecido en el año trágico de 1808, cuando al contrario de lo que pedía Madame de Staël (en momentos en los que ya la ilustración declinaba ante el exacerbamiento del despotismo): *"Las luces se curan con más luces"*[65], llegara para España la oscuridad que marcaría el final de un proyecto de progreso, bajo la tiranía de la razón. Esa dura reacción duraría hasta la muerte de Fernando VII en 1833, motivando, entre muchas cosas más, el colapso de la actividad científica, que acabó por completo con el nivel previamente logrado bajo las Luces (López Piñero, 1999: 29).

64 Academia de Peñaflorida: Grupo dedicado a las artes y las letras, surgido en Guipúzcoa en 1748 por iniciativa de Xavier María de Munibe e Idáquez conocido como el conde de Peñaflorida [1723-1785] promotor de iniciativas ilustradas en el País Vasco. La Academia fue el núcleo basal sobre el que se constituyó mucho después la Real Sociedad Económica Bascongada de Amigos del País, solicitada la venia real para constituirla en 1763, fue aprobada por Carlos III en 1765, generando la primera Sociedad de ese tipo en la España ilustrada.

65 Citada por Amelia Valcárcel (1992: 79).

Capítulo X.

La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País

"El primer paso fue de Ensenada, bajo Fernando VI en su política de paz y fomento con la cuestión de las intendencias… (…)…Fue el mismo marqués de Ensenada, en consonancia con el incipiente reformismo ilustrado, quien en su manifiesto al Rey Fernando VI le expuso la necesidad y el apremio en establecer las Sociedades Económicas de Amigos del País"
[María Dolores Borrell Merlín, **Ilustración y reformas políticas…, Berceo*,*** Logroño, Nº 146, p. 204]

"Una institución, sea cual sea, no es sino una abstracción. Quienes le dan sentido son sus miembros. ¿Qué hubiera sido de la Económica Aragonesa sin esa serie de socios que le dieron su decisivo impulso inicial? Hombres comprometidos con unas ideas que, cuando menos, intentaron sacar adelante y que son reveladoras de cierta mentalidad del dieciocho español. ***Ahora bien, el ser socio, en verdad no era timbre de nada.*** *Muchos de ellos se limitaron a figurar como miembros, debiéndose entender tal verbo en su sentido más negativo. Otros, en verdad no tantos, se implicaron en las diversas labores con ilusión. Fueron los verdaderos impulsores de la Institución, a quienes se debe que podamos hoy hablar de la Económica Aragonesa como una más de las más importantes Sociedad de Amigos del País de España"*
[Ernesto Viamonte Lucientes, **Archivo de Filología Aragonesa**, Zaragoza, 2001, p. 49]

La aparición en España, bajo el reinado de Carlos III (1759-1788) de las renombradas Reales Asociaciones Económicas de Amigos del País, en 1765, es uno de los hechos más notables de la intensa corriente de reforma y renovación de la vida española, instrumentados por el regalismo absolutista y en forma consecuente con el ideario más que español, europeo de la Ilustración del siglo XVIII, el que, al alcanzar este plano de la praxis social, se vinculó también en forma muy estrecha con lo que se denominara el enciclopedismo, fundado en la enorme difusión de la obra dirigida por Jean Le Rond d'Alembert y Denis Diderot[1], que revolucionó al par que las formas mentales –y en especial las cosmovisiones vigentes– en la elites más permeables a sus contenidos, así como la casi totalidad de las vigencias en el ámbito del pensamiento práctico y aplicado en la segunda mitad del siglo.

Si se atiende con la mayor racionalidad posible, al proceso de surgimiento y expansión geográfica de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, y al hecho de su apoyo por la corona, se llega a la conclusión de que no fue sólo el fruto de una concurrencia relativamente circunstancial de esos procesos paralelos, donde surgieron los factores que apoyaron y canalizaron el idealismo altruista de una minoría ilustrada.

Por el contrario, entre las motivaciones extrínsecas a los organizadores y propias del poder por un lado, y de los miembros selectos de los estamentos dominantes, por otro, actuaron con fuerzay, tal vez, alarmados por los hechos violentos de Aragón, con epicentro en Zaragoza acaecidos en abril y mayo de 1766[2]. Aunque fueron atenuados en su trascendencia por algunos estudiosos con la designación de "conmociones"[3] y de

1 La **Encyclopèdie Méthodique ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers** (1750-1766), dirigida por Jean le Rond d'Alembert y Denis Diderot, y bajo la influencia activa de los llamados philosophes, cuya raíz evidente remonta a la segunda mitad del siglo XVII, cuando asciende la actitud crítica y enciclopedista en el centro neurálgico de Occidente, es decir en la Francia de ese entonces, desde la cual se difundió explosivamente por el resto de Europa. Aunque hay muchos precedentes previos, el primer hito más significativo en esta progresión está representado por dos obras de enorme significación para la cultura europea: el **Grand Dictionaire Historique** de Louis Moréri [1643-1680], aparecido en 1674, que fue seguido en 1698 por una de las obras más representativas y, a la vez influyentes en el cambio de mentalidad ocurrido durante el tránsito del Antiguo Régimen hacia la Ilustración, el **Dictionaire Historique et Critique**, de Pierre Bayle [1647-1706].

2 "El motín en Zaragoza fue breve pero violento y con derramamiento de sangre y muertes. Ver, entre otras referencias: Carlos Corona Baratech, 1961, 1969 (además de otras contribuciones del autor acerca de los sucesos de ese año en el resto de España); Rafael Olaechea, 1981.

3 Una de las denominaciones más corrientes es la de los **motines del pan**, o crisis de subsistencia, debido

esos sucesos fue que emanó la certeza –si no expresada en alta voz, al menos intuida por los sectores más lúcidos– de que si algo era obligatorio prever para salvaguardar la vida social española, consistía en evitar la repetición y el agravamiento de la violencia de esas manifestaciones populares que llegaron a alcanzar el rango de verdaderos amotinamientos.

En el caso particular de Aragón, se trató más de un contagio por "simpatía" que dé una respuesta a las mismas motivaciones que tuvo el movimiento madrileño, y entronca en especial medida con la crisis general de subsistencia que se había iniciado en 1764 y se agravó en el año de los disturbios. Pérez Sarrión (1999: 326) atribuye entre las causales de las conmociones, que no se llegaron a superar en 1766, puesto que tuvieron réplicas en sucesivas y renovadas "crisis de coyuntura" producidas en 1783-1784 y en 1802-1804, a las transformaciones de la economía del antiguo reino de Aragón, que provocaron un enorme crecimiento de la pobreza, una situación de desequilibrio manufacturero e instalaron la casi crónica escasez o falta de abastos esenciales para el grueso de la población. Todo eso fue correlativo con una progresiva pauperización y proletarización de gran número de los antiguos labriegos que habían avanzado hasta un nivel de producción propia satisfactoria y casi autosuficiente, antes del inicio de esa situación. Escaseó el trabajo y pulularon los mendigos, pues muchos de los que anteriormente eran jornaleros o asalariados, pasaron a vivir de la caridad pública como desocupados.

Las conmociones sociales repercutieron casi de inmediato en Huesca y en Barbastro, donde también hubo disturbios, siguiendo temporalmente a los de Zaragoza, con serias fundamentaciones económicas y, también en esas ciudades se mantuvo tensa la situación social, prácticamente hasta los primeros años del siglo XIX, creciendo cada vez más el número de pobres y marginados.

Mucho se ha especulado acerca de las causas generales de la grave situación socioeconómica desencadenada a mediados del siglo XVIII y se han extendido las investigaciones hacia el contexto europeo de la misma. Un autor como Jan de Vries (1979: 13), considera que se trata de una grave y extensa alteración de "la vida económica de las cinco generaciones de europeos que vivieron en la última gran época que precede a la impetuosa llegada de la industrialización", un proceso que dio lugar a un verdadero salto cuántico en todas las dimensiones de la vida europea considerada en su integridad, y España no fue en ninguna forma ajena a estos sucesos.

Por el contrario, la situación española fue particularmente agitada y dolorosa debido a las peculiaridades de su desarrollo en la segunda mitad del siglo XVI y en el XVII, especialmente cuando se consolidara la crisis en el terreno socioeconómico un estado de cosas, sobre el que Domínguez Ortiz (1981: 13) señala cuando analiza la situación

"...de España en general y de Castilla en particular era desastrosa, por más que con sus reinos allegados y con las Indias seguía siendo una inmensa fuerza potencial, el Imperio más grande en extensión que también podría convertirse en el más fuerte y rico si era bien gobernado".

Esa era la cuestión central: desgobierno por inepcia, impotencia, o insuficiencia de recursos materiales y humanos con densidad suficiente como para satisfacer las demandas de la nueva organización que iba ganando al mundo europeo. Como contraparte se agravaba más todo debido, por un lado a la exacerbación de vicios estructurales de la sociedad, particularmente aquéllos resultantes de la condición estamentaria de la misma. Por otro, y debido a la tan difundida condición de ignorancia pública, acompañada de analfabetismo y de creciente superstición de las grandes masas, que cada vez se desplazaban más activamente a los centros urbanos. El fantasma subyacente a todos esos factores y que crecía en la medida que los mismos se intensificaban en sus contradicciones, fue la ascendente desvertebración social y la corrupción cada vez más difundida en todos los estamentos, incluido el eclesiástico.

Domínguez Ortiz (1981), cita con respecto al estado de desgobierno durante los últimos tiempos del Antiguo Régimen en su sentido más estricto: el año 1700, cuando Pedro Portocarrero, Cardenal y Arzobispo de Toledo dice,

"¿...si a un rey le dijeran que pagaba 7.000 criados y no podía mantener 100 hombres en una frontera, si le llegaran los rumores de que come de fiado y que su despensa está mucho tiempo cerrada? ¿Qué el mercader no fía porque no le pagan? Que más de una vez se ha amotinado por esta razón la chusma inferior [...] ¿Si supiera que muchas veces han perecido de hambre los caballos de su caballeriza teniendo un crecido situado para su alimento?"

Más adelante continúa Portocarrero diciendo

"...si para los Consejos de Estado y Justicia se eligen sujetos sin más carácter que la representación de una gran Casa, ni más prenda que una heredada nobleza, ni más exercicios que el de los paseos y concursos, con otros divertimientos. Si para ministros de toga no se buscasen en colegios y cátedras los que a desvelos de sus

---

a que la escasez y el encarecimiento de ese producto y de gran parte de los demás alimentos, resultó la chispa determinante, al menos en Aragón, para desencadenar los alarmantes disturbios, que formaron parte de un estado de propagación general de los sucesos madrileños de la Semana Santa de 1766, conocidos como el **Motín de Esquilache**, que se extendieron con cierto retraso, por muchas ciudades de España.

bien logradas fatigas […] se eternizan en las universidades por no tener otro favor que el propio merecimiento, ¿qué sujetos se elegirán que puedan autorizar los Consejos?"

Con mayor énfasis en los aspectos sociales del campo de lo económico, De Vries (1979: 220) se refiere a la crisis española de la llamada decadencia, centrando la problemática en una supuesta crisis de la burguesía. Pero, como veremos después en Domínguez Ortiz (1981: 17), por entonces la burguesía española recién estaba en estado de surgimiento, de ninguna manera afianzada ni se asemejaba a los estamentos equivalentes de Francia e Inglaterra. Veamos a De Vries, que es quien aporta la visión generalizada y continental del tema:

"En ninguna parte fue más desastrosamente completo el agotamiento de la burguesía como en España, en una sociedad donde el prestigio de la nobleza difícilmente precisaba de apoyo, el Estado por medio de su política de impuestos, hacía del estatus de noble una virtual necesidad. El hidalgo estaba exento de impuestos y el título de hidalguía podía ser comprado (su venta llegó a ser una importante fuente de ingresos públicos). Conforme la economía iba entrando en decadencia y subían los impuestos se produjo una verdadera huída hacia la nobleza y la iglesia (alrededor de un 5% de la población era noble en 1787; se ha estimado que un 8% de la población masculina adulta pertenecía al clero durante el reinado de Felipe IV). Debido a que todo el que poseía capital compraba el título de hidalguía, bonos del Tesoro y cargos públicos, la consiguiente debilidad del comercio y de la industria hizo que la debilidad económica de la nación fuera difícil de remontar durante largo tiempo. Las ciudades que anteriormente habían estado a la cabeza del comercio de lanas y textiles, se veían ahora poblada de cortesanos, clérigos, altos funcionarios y personajes judiciales. Tal como decía un ministro hablando del Valladolid de 1688, "parece como si en esta ciudad sólo hubiera consumidores"…"

Domínguez Ortiz (*op. cit.*), actuando más equilibradamente en la atribución de presuntas responsabilidades sociales y políticas, postula que

"A falta de una burguesía potente, y puesto que el malestar popular sólo se manifestaba en pasquines y algaradas sin consecuencias, únicamente quedaba la nobleza como fuerza digna de tenerse en cuenta. Su masa, los millares de simples hidalgos, poderosos en el ámbito local, no podían nada en el plano nacional. Distinto era el caso de la nobleza media, los caballeros, los secundones de grandes Casas que estudiaban en los colegios mayores de Salamanca, en el de Santa Cruz de Valladolid, en el de San Ildefonso de Alcalá. En virtud de un proceso muy antiguo que llegó a su culminación en el XVII, la mayoría de los consejos, y en mayor medida el de Castilla, se llenaron de antiguos colegiales que favorecían a sus colegas; en ellos se proveían la mayoría de los altos puestos de justicia y las mejores prebendas eclesiásticas"

Ambos enfoques nos permiten presentar las líneas generales del problema que agitó a la España del siglo XVII y cuyas profundas deformaciones estructurales y morales debieron –o al menos se intentó– ser restañadas. Esta es la gran crisis nacional que se conoce bajo la exagerada calificación de la decadencia española[4]. Se ha especulado mucho con éste término y originó las conocidas polémicas surgidas ya en el siglo XIX acerca de la Leyenda Negra[5], de la que la decadencia durante los últimos Austria es sólo una más de sus facetas.

Actualmente la mencionada leyenda ha caído en general desuso, pero todavía hay autores no hispanos que abusan del calificativo. No es ésta la palestra para plantear el problema. Es complejo y sus

4 Al respecto de este tema, al que en forma preliminar enunciamos en la Introducción de esta obra, existe una profusa bibliografía, muy diversa en sus concepciones (aún antagónica en algunos casos), que parte de de los mismos ilustrados (Sempere y Guarinos, 1826), se extiende en el siglo XIX (Picatoste, 1887; Menéndez Pelayo), y se expande densamente en el XX (Cánovas del Castillo, 1910; Deleyto y Piñuela, 1947; Palacio Atard, 1948; Hamilton, 1948; Olagüe, 1950; Sáiz Rodríguez, 1962; Trevor Davies, 1969; Domínguez Ortiz, 1969; Lynch, 1973; Elliot, 1973; Kamen, 1981; Ladero Quesada, 1996; Lépori de Pithod, 1998; Gonzalo Anes, 2000, Jaime Contreras, 2003)

5 Sobre esta tan manida cuestión en los siglos XIX y XX, aunque generada en el siglo XVI y hoy casi acallada, puede consultarse la obra clásica de Julián Juderías [1877-1918] (publicada en 1914 y de la que hemos consultado la reedición de 1974); además de las obras de Rómulo D. Carbia (1934, 1943) y las de Antonello Gerbi (1960, 1978), que servirán de punta de hilo para ir desentrañando un tema que necesariamente conduce a las obras de Georges Louis Leclerc conocido como el conde de Buffon [1708-1788], del abate Guillaume Thomas Raynal [1713-1796] y del historiador inglés William Robertson [1721-1793]. Recordemos que Félix de Azara hizo con su obra escrita sobre América Austral un interesante aporte para resolver el problema, aunque nunca llegó a presentarlo en su dimensión polémica, puesto que, tal vez le pasó por alto. Para Julián Marías (1985): "***La Leyenda Negra** consiste en que, partiendo de un punto concreto, que podemos suponer cierto, se extiende la condenación y descalificación **de todo el país a lo largo de toda su historia, incluida la futura**. En eso consiste la peculiaridad original de la Leyenda Negra. En el caso de España, se inicia a comienzos del siglo XVI, se hace más densa en el siglo XVII, rebrota con nuevo ímpetu en el XVIII –será menester preguntarse por qué– y reverdece con cualquier pretexto, sin prescribir jamás".* A su vez Carmen Iglesias quien, con un enfoque más subjetivo, ha dicho al respecto:" *La «**leyenda negra**» es por así decir, la imagen exterior de España tal como España la percibe [...] La leyenda negra consiste, por tanto, en los rasgos negativos —que son objetivamente los más repetidos— que la conciencia española descubre en la imagen de ella misma".*

condiciones son más sistémicas que meramente adjetivas. Las exponemos tan sólo para resaltar las dos vías de acción surgidas en el siglo XVIII pero con raíces en el XVII tardío, que trataron y, en cierta medida lo lograron, de revertir un proceso que no podía seguir subsistiendo en forma compatible con la integridad del Imperio y con su paz social.

Por un lado la habilidad y el nuevo espíritu con que los borbones, a partir de 1714 abordaron la problemática general hispana. El ordenamiento del reino, la búsqueda de un orden más racional de la vida social organizada y la reestructuración del equilibrio estamentario dieron pasos positivos, entre otros por los efectos de la Nueva Planta, la revaloración del trabajo, la apertura crítica del problema de los mayorazgos y de las Manos Muertas y, en síntesis la creación de la España de las Luces, fueron obra de la nueva dinastía, culminada con el reinado de Carlos III, tal vez el monarca más progresista y dedicado con intensidad a los negocios públicos de la historia del reino.

Lo que precede, también intenta brindar un panorama del que fuera el telón de fondo mayor de la que denominamos **época azariana,** que se centra en el protagonismo de las tres generaciones que agrupamos en el capítulo IX, bajo el rótulo de Generación Central de las Luces. Es el mismo trasfondo en el que surgieron, actuaron y en gran medida renovaron mental y materialmente la vida pública española, instituciones como las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País.

Aquellos graves sucesos que tratamos al comenzar este capítulo, conmovieron intensamente a todos los estamentos sociales y, con fuerza particular, a los ilustrados, quienes no sólo vieron el peligro que entrañaba de por sí la consumación de hechos violentos, sino que se preocuparon por indagar las causas profundas de los mismos. Sin embargo –y al contrario de lo que sucedió en Francia a partir de 1789– no se radicalizaron y asumieron actitudes políticas revolucionarias. Por el contrario, se dedicaron a tratar de paliar los factores de la crisis, y para ello se concentraron en la indagación de sus causas y en la capacitación, la enseñanza, la mejora de la infraestructura productiva, agraria, manufacturera y artesanal. También al esclarecimiento de los defectos mayores del Antiguo Régimen y a la búsqueda de soluciones, es decir a detectar y analizar racionalmente las que Jaime Contreras (2003: 71) denomina *"miserias estructurales de la economía española"*, instauradas en el tiempo de los últimos Austria[6]. Las Reales Sociedades Económicas de Amigos de Amigos del País encabezaron los esfuerzos asociados del sector ilustrado y de los gobernantes para tratar de lograr ese ideario.

El propio nombre de **Económicas** con el que se designó a las nuevas sociedades, revela hasta qué punto se consideró a la economía como factor de peso en destino social. Como dice Antonio Peiró Arroyo (2001: 1047) *"La nueva situación económica exigió una reflexión sobre la misma que diese respuestas a las causas de la gran conmoción que entre los sectores privilegiados supusieron los motines de 1766. Las principales características de las obras económicas de la Ilustración en Aragón fueron la consideración de la economía como una ciencia global, el amplio marco de los conocimientos de los ilustrados y su amplia aportación documental. La creación más importante de la Ilustración en este sentido fue la cátedra de Economía Civil y Comercio, abierta en 1784* [en el seno de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País].

La ciencia económica, sentida y respetada como tal, no es sino moderna por más que el manejo económico-político de la sociedad organizada ha sido uno de los campos más imprescindibles del arte del gobierno desde la antigüedad más remota. Bien se ha dicho que durante siglos la gestión hábil de la economía era la forma de mitigar los desastrosos resultados de la marcha económica de las sociedades afectadas por los desacertados manejos de los bienes públicos por parte de los que mandaban y dejaban que –dentro de un amplio concepto del gasto, la inversión y el ahorro– el proceso marchara más liberado a sí mismo e impulsado por circunstancias fortuitas, que por la aplicación de principios preestablecidos y racionales.

En un sentido estricto, la ciencia económica, de la que ya existieron antecedentes hasta en las propuestas de la **República** de Platón, y en las obras de varios pensadores de la Grecia clásica, tuvo escaso desarrollo en el Medievo. Las visiones económicas antiguas se centraban en aspectos parciales, tales como pobreza, caridad, usura, impuestos, precios y ganancias, concebidos en términos fuertemente teo-

6 Dice Jaime Contreras (2003: 171) dice que una de las mayores y más perversas de esas "**miserias estructurales**" de la economía española, fue la *"…muy importante inflación de precios, no por las oscilaciones del mercado, sino por el envilecimiento de la moneda…",* dado que el ***real de vellón***, la moneda de más común uso y circulación, que era acuñada sobre una aleación de cobre y plata determinada, se caracterizaba cuantitativamente por su **ley** o **título** es decir, por la proporción de metal noble –en este caso plata– pero por las fluctuaciones negativas de la incierta economía, perdía constantemente su tenor de plata Eso sucedía *"en forma escandalosa"* puesto que las devaluaciones de la pieza monetaria eran continuas y desorbitadas por su magnitud, perdiéndose bajo el reinado de Carlos II en pocas décadas valores cercanos al 300% del tenor de plata por lo cual el real de vellón perdía su capacidad adquisitiva, provocando un caos en el sistema monetario y dando lugar a una acelerada inflación.

lógicos. No se estaba aún en condiciones de asumir la existencia de un sistema o subsistema económico interrelacionado estrechamente con el sistema social global. Pero, incluso contemporáneamente y entre los árabes se trató de profundizar en la cuestión y hubo un economista histórico como Ibn Jaldún [1332-1406], que fue quien introdujo los conceptos de trabajo y de valor a la consideración económica.

Las doctrinas económicas del mercantilismo y la fisiocracia, la primera de origen renacentista y la segunda un emergente del siglo XVIII, a las que ya hemos definido en sus rasgos generales, estaban en boga en el tiempo que nos ocupa. Desde el siglo XVII se percibió un interés creciente por organizar adecuadamente el saber económico colocándolo en parangón con las disciplinas básicas para la ciencia del gobierno. William Petty [1623-1687], médico inglés y su colega François Quesney [1694-1774], francés, comenzaron a dar los primeros grandes pasos en ese sentido. Es notable que la economía del siglo XVIII recibiera el aporte previo y colateral de la axiología. Adam Smith [1723-1790], autor del **Ensayo sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones** (1776), fue quien formuló también teorías morales del comportamiento económico.

En rigor no se puede hablar de una teoría económica discernible y clara detrás del amplio y heterogéneo movimiento de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País. Por lo común no hubo en ellas adhesiones colectivas a teorías particulares del pensamiento económico, sino influencias personales. Menos aún se puede suponer un sistema de ideas que pudiera ser atribuido en forma unificada al conjunto de las Sociedades. Se ha insistido mucho acerca de la influencia fisiocrática y en la sugestión de las ideas de Adam Smith. Sin embargo, como lo aclara Bernardo Hernández (2002: 283):

"Aunque en el último cuarto del siglo XVIII los temas de reflexión se identificaron con las inquietudes de los economistas clásicos europeos –se estableció el Estado España como unidad territorial de análisis teórico y se insinuó en unas reformas políticas y sociales ineludiblemente ligadas a las económicas–, la influencia de la fisiocracia y de Adam Smith fue marginal. En el caso de este último autor, divulgado en España pese a las censuras inquisitoriales, Jovellanos conoció sus doctrinas, pero consideró que el atraso español impedía su aplicación efectiva".

Además, en España se sumaron a las demás corrientes europeas, pero contaron también con particular incidencia, las traducciones de los economistas franceses e italianos, en especial del economista italiano y que fuera profesor de la universidad de Nápoles, Antonio Genovesi [1713-1769] y a partir de la etapa de mayor activación de la Sociedad Aragonesa, que se iniciara alrededor de 1782, ha sido notable el esfuerzo realizado por publicar estudios económicos ilustrados, que fueron las contribuciones de sus miembros y allegados[7] las que destacan el enorme servicio al desarrollo moderno de España realizado por esa elite esclarecida de Aragón, que se mantuvo a la altura o superó a las más prestigiosas Reales Sociedades Económicas del resto de España.

Si, como creemos, la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, no pudo dar muchos elementos formativos en forma directa a Félix de Azara en el decisivo período de su vida que va de 1775 hasta 1781, pues no sólo fueron los años de iniciación y casi de tanteo para la obra densa de la Sociedad, activamente llevada a cabo recién en la década siguiente, en particular a partir de la ya establecida fecha de 1882, sino también debido a la distancia, ya que Félix nunca pudo ser un asiduo participante de reuniones, cursos, etc., puesto que desde la presentación de su solicitud de membrecía, elevada por escrito, conjuntamente con su hermano Eustaquio, mantuvo su permanente tarea como ingeniero militar en Cataluña primero y mucho más tarde en Guipúzcoa.

Sin embargo, podemos de alguna forma asumir que recibió una gran influencia indirecta de las actividades que se desplegaban y de las ideas que se difundían. Su informe acerca de la situación rural del Río de la Plata (Azara, 1943), no cita sus referencias básicas, pero se percibe en él que, ya fuera por remisión postal de copias de obras publicadas por la Sociedad, o por la lectura de alguna de ellas en el lapso que media entre su regreso y el ordenamiento de sus apuntes y la redacción de la obra, ha conocido algo de lo que manejara la prestigiosa y activa corporación ilustrada de Zaragoza.

El conde Pedro Rodríguez de Campomanes publicó, seguramente por un acuerdo con el poder real –y varios años después de creada la precursora Real Sociedad Económica Bascongada de Amigos del País– una obra intitulada **Discurso sobre el fomento de la Industria Popular,** editada en Madrid por la Imprenta de Sancha, en 8º, en 1774, y por disposición del poderoso Consejo de Castilla. Más tarde se agregó, del mismo autor, su **Discurso sobre la educación popular de los Artesanos**. De esas publicaciones surgió un impulso intenso de incentivación de la actividad de las Reales Socie-

7 Ha sido de particular importancia la intensa y continuada dedicación de un grupo de esclarecidos historiadores, nucleados en torno de la Institución "Fernando el Católico" de Zaragoza, al editar desde el año 2008 la serie de obras intitulada Biblioteca Ernest Lluch de Economistas Aragoneses, que ha reeditado obras publicadas en el siglo XVIII por la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, todas ellas precedidas por magníficos estudios preliminares, que contribuyen al efectivo rescate del pensamiento de la época de nuestro interés.

dades, empeñadas en cubrir una serie de aspectos de la realidad social que presentaba España, y fue así que prontamente se multiplicaron esas Reales Sociedades, máxime al saberse auspiciadas por la corona, no sólo en el suelo peninsular, sino también en diversas ciudades de la España de ultramar, en Chile, Nueva Granada, Guatemala, Cuba, Puerto Rico, Ecuador, México, Perú, Panamá y Venezuela, las que agregaban a sus finalidades generales de impulsar la industria, la economía y el comercio, también la de incentivar el intercambio, mediante el uso de los puertos americanos mediante un sistema de acuerdos con los metropolitanos, respondiendo al deseo de España de imponer sus mercaderías y productos como prioritarios ante la invasión de competidores europeos mediante el contrabando.

La implantación de Sociedades del mismo tipo en América fue una iniciativa en alguna medida extemporánea, pues no existía allí un sistema económico básico comparable al español, de igual modo, excepto en los casos de Lima y de México y algunas excepciones particulares en el resto del continente, se carecía de una elite cultivada y que fuera poseedora de nociones claras acerca de la geopolítica general del territorio español de ultramar, y menos aún entendían su relación con las potencias europeas y con la metrópoli del Imperio.

Además, el arribo de las obras publicadas –y por ende– de las ideas en ellas esgrimidas, se producía con sensible retraso y con restricciones de variada efectividad según las regiones, que mantenían una amplia brecha en la dinámica de las mentalidades y en la aproximación al modelo ilustrado. Por eso, las Sociedades constituyeron una especie de moda social novedosa para los jóvenes con alguna cultura o profesión que tuviera proyección en la política colonial y también para algunos aristócratas y nobles locales, ansiosos de sentirse útiles y de relacionarse. Naturalmente eso dio lugar a un mayor ingreso de obras de importación prohibida, y en medio de ellas se deslizaban colecciones o ejemplares aislados de la **Encyclopèdie**… y de otras obras de lectura restringida, dando además ocasión oficializada para el debate de la problemática económica y social propia, y para la difusión de los principios de la teoría fisiocrática de la economía. Estas acciones han sido tratadas por muchos historiadores como un antecedente más para la incubación y la difusión de las ideas liberales e independentistas, que eclosionarían continentalmente al finalizar la primera década del siglo XIX.

Carmen Mora (1972: 40), expresa: *"En España se observa un movimiento singular: el establecimiento de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País... (...)...En 1748 fue fundada la primera en Azcoitia (Guipúzcoa), donde se reunían hidalgos y curas en tertulias nocturnas. Se dieron un reglamento sobre los temas a tratar en las reuniones. En 1765 autoriza la monarquía su fundación por el Conde de Peñaflorida, hombre que había viajado por Europa y estaba en contacto con los principales sabios transpirenaicos. Observada la labor desarrollada por la sociedad vasca, nueve años después de la fundación en 1774, Campomanes, por entonces fiscal del Consejo de Castilla, ordenó la fundación en toda España de sociedades locales de la misma índole. Quizá Campomanes tenía presente el programa formulado por Bernardo Ward. Irlandés al servicio de España, en su* **Proyecto Económico** *(1762). Ward señaló como remedio ejemplar a nuestros males la imitación de la Sociedad de Dublin. Igualmente el fiscal del Consejo de Castilla estaba bien informado del asunto, y es clarísima la definición de los objetivos de las sociedades que formula en el capítulo X en su* **Discurso sobre la Industria Popular** *(1774). Bajo sus auspicios se formaron unas sesenta Sociedades de ámbitos provinciales y locales. En 1804 había en España setenta y tres Sociedades de Amigos del País".*

Además del antecedente de Dublin, Irlanda, arriba señalado, ya habían surgido sociedades similares en Suiza[8]. En España, la primera en constituirse fue, en 1765, la Sociedad Bascongada de Amigos del País, creada por iniciativa del conde de Peñaflorida. Debieron pasar diez años para que, en 1765, se creara en la capital del reino la Real Sociedad Económica de Madrid o matritense. Después proliferaron, en especial después de 1780 por muchas ciudades del interior español, como las de Aragón que mencionamos, y la de La Rioja, en 1783 (Borrell Merlín, 2004)

La Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País se fundó en 1776, con un acto preparatorio realizado en Zaragoza el 3 de marzo de ese año, en los salones del Ayuntamiento local, respondiendo así las instituciones oficiales aragonesas a la misiva tendiente al desarrollo de la Sociedad en diciembre de 1775 cursada por parte del poderoso Consejo de Castilla, de Madrid, en la corte, bajo la inspiración de Campomanes y con el amplio beneplácito de Carlos III.

Como la mayoría de la Reales Sociedades Económicas, la Aragonesa se constituyó sobre la base social y humana de núcleos previos ya activados en un sentido ilustrado, los que propendían mediante reuniones, tertulias y difusión pública a contribuir reuniendo a aquellos sectores interesados en el progreso social general. En Zaragoza se había formado la denominada Academia del Buen Gusto de Zara-

8 Al respecto, conviene recordar que, como lo recalca Borrell Merlín (2004: 204) *"Las políticas ilustradas, basadas fundamentalmente en la instrucción y en la aplicación de reformas, a pesar de los muchos rasgos comunes, no experimentaron idénticas prácticas en los distintos países europeos"*, y esto es muy notable en lo que se refiere a este tipo de sociedades.

goza, implantada en esa ciudad en 1757 por iniciativa de Fernández de Heredia, el conde de Fuentes, la que a pesar de su mayor énfasis en cuanto a cuestiones de arte y letras, fue una impulsora del conocimiento del Derecho natural[9], es decir, actuó abriendo

"...una nueva vía de penetración al ***iusnaturalismo racionalista****. Efectivamente, sus puertas permiten el paso a los postulados de los modernos enciclopedistas, promoviendo charlas y disertaciones sobre temas relacionados con la hermenéutica jurídica o con la filosofía moral, debiendo muy probablemente su efímera trayectoria a su excesiva amplitud de miras"* (Vicente y Guerrero, 2007: 241)[10].

La antigua Academia constituyó el núcleo aglutinador de la nueva Institución. Es evidente que aún sabemos menos de lo necesario acerca de la historia de las mentalidades en Aragón en general, y en Zaragoza en particular, en los años que precedieron a las primeras agrupaciones institucionales colectivas como lo fueron la Academia del Buen Gusto y las Real Sociedad Económica. Pese a lo cual podemos suponer que no se trató de una conversión brusca, sino de la más o menos lenta activación del sustrato previo al logro de una densidad numérica umbral de los que compartían una serie mínima de nuevas vigencias. En la misma debieron existir "catalizadores" o facilitadores compartidos, los que posiblemente emanaban de dos fuentes, una humana y directa por llegada a la ciudad, mediante trato directo o por correspondencia por quienes ya habían consumado previamente esa conversión, como podría darse con el vínculo de movilidad y relacionamiento que era propio del ambiente universitario valenciano con el zaragozano, con el nexo estrecho que existía con Barcelona.

La otra fuente actuó por medio de lecturas individuales o compartidas, difundidas legal o ilegalmente en el medio selectivamente más ávido de novedad y apertura. En ese sentido debemos pensar en el influjo de los célebres **Dictionaires** de Louis Moréri y Pierre Bayle, a los que ya mencionamos antes, en la obra y acción colectiva de los "preilustrados" valencianos, los Novatores; en las Academias de Medicina como la de Sevilla. También en el renacimiento del "periodismo" en un sentido relativamente moderno[11], que aunque por dimensión y frecuencia era aún incipiente y en la llegada de publicaciones locales e internacionales como Le ***Journal des Savants***[12] y las ***Memoires de Trevaux***[13] o del ***Journal de Trevaux***, editados en Francia y –con menor probabilidad– de las ***Philosophical Transactions of the Royal Society***[14] de Londres, iniciadas en 1664. En el mismo

---

9 Se trata de un antecedente temprano en España de la preocupación por la que fuera años más tarde una vigencia básica del liberalismo. Como dice Guillermo Vicente y Guerrero (2007: 235), la utilización de ese enfoque del derecho por la Revolución Liberal del Siglo XIX *"…como uno de los basamentos, ciertamente esenciales, del nuevo orden jurídico, político y social que se pretende levantar sobre las ruinas del cada vez más exhausto Antiguo Régimen. Ya desde 1770, tras la instauración de las primeras cátedras de Derecho natural en España, esta novedosa disciplina servirá como instrumento difusor de las nuevas ideas sobre el origen de la sociedad, los límites de la soberanía real y otras materias centradas con el tradicionalmente llamado Derecho político."*

10 A esta consideración final, deberíamos agregar que también se debió su casi extinción a la exigüidad del grupo iniciador, que recién se abría paso para una aventura ilustrada, todavía promovida por iniciativa particular, no sólo sin apoyo oficial, sino –muy posiblemente– ante la sospecha o el recelo de los instrumentos del poder regalista y de la Inquisición. Aunque el antídoto para esos factores negativos era la presencia en las reuniones y Juntas de la alta nobleza, el poder de convocatoria de la Academia se reducía a un mínimo. Este antecedente es uno de los tantos argumentos de refuerzo para nuestra suposición de que en Aragón, y al menos, en Zaragoza, ya en los años en que Félix de Azara se moviera en el ambiente oscense, se estaba instalando –al menos en Zaragoza y casi con seguridad también en la cercana y universitaria Huesca– una corriente de pensamiento preilustrada que, aunque tardaría años en manifestarse en pleno, ya se "contagiaba" sutilmente a través de conversaciones, reuniones, encuentros sociales y académicos.

11 Entre ellos la renombrada ***Gazeta***, creada como ***Relación o Gazeta de algunos casos…, Gazeta Nueva,*** a iniciativa de Juan José de Austria, que obtuvo para ello licencia de su padre, el rey Felipe IV en 1661, y fue inicialmente redactada por Fabro Bremundan, en Madrid. También el ***Diario Noticioso Curioso y Erudito***, que el aragonés Francisco Mariano Nipho [1719-1803] publicara desde febrero de 1758, y que perduró hasta 1918 con el nombre de ***Diario de Madrid.***

12 ***Journal des Savants: Traducido del francés: Periódico de los Sabios***. Se trata del nombre traducido del primer periódico científico europeo, publicado en París desde el 5 de enero de 1665, denominado originalmente ***Journal des Sçavans***. Téngase en cuenta que para el sentido de la época de las calificación de **Sçavans** (hoy convertido en un término arcaico, reemplazado por **Savants**, que es más específicamente referido a científicos) se refería a "eruditos".

13 ***Memoires o Journal de Trevaux***: Rosa Cal Martínez (2005: 174) dice al respecto que era "*…un diccionario enciclopédico editado* [en fascículos] *entre 1704 y 1771. Había surgido para reseñar y criticar los nuevos libros publicados, pero con el tiempo incluyó artículos varios. En él se elogió la* ***Poética*** *de Luzán, y de su primera tapa se achacó a Feijóo el haber tomado parte de sus materiales y argumentos pues el monje benedictino conocía las primeras ediciones, que son una refundición del* ***Dictionaire Universel*** *de N. Basnage de Bauval y M. Huet, editado en el exilio de La Haya en 1701."*

14 ***Philosophical Transactions of the Royal So-***

sentido podemos citar a los ***Discursos Mercuriales***[15] de Juan Enrique de Graef, publicados en España los años 1755 y 1756. Además, hacia 1725 comenzaron a circular profusamente las obras del padre Feijóo y aportes como el del gallego padre Sarmiento y el del humanista valenciano Andrés.

Ninguna de esas publicaciones era particularmente de orientación ilustrada, pero tendían a mantener la unidad cultural europea en un nivel de difusión amplia y al alcance de los grupos más esclarecidos, que podemos considerar ha sido esencial para la apertura hacia las nuevas ideas y para el imprescindible flujo transfronterizo de la naciente ciencia occidental, denominado constitución de la esfera pública, por Jan-Henrik Witthaus (2006), una necesidad básica para el crecimiento cognitivo en la modernidad, proceso del que también fue –en su tiempo– protagonista el movimiento ilustrado.

La Gran Enciclopedia Aragonesa (2000, actualizada en Internet al 11-01.2010) dice al respecto de la constitución original y de los primeros pasos de la Sociedad:

"Las personas encargadas de promover la fundación de la Sociedad mediante visitas a los ciudadanos prominentes fueron el corregidor Diego Navarro y Gómez, los condes de Sástago, Sobradiel, Argillo, y Torresecas[16]*, el marqués de Ayerbe, el deán de la ciudad Silvestre Lario, los canónigos Ramón de Pignatelli*[17]*, Carlos González y Juan Antonio Hernández y Pérez de Larrea, y por último el regidor decano del ayuntamiento Miguel Franco de Villalba. En otras palabras, la corporación municipal con los principales nobles afincados en la ciudad como miembros destacados de la misma, y altas personalidades del Cabildo Metropolitano dieron los primeros pasos. Al constituirse la Junta preparatoria, se observan ya cambios interesantes en esta composición. El conde de Sástago ocupa la plaza de director, Ramón de Pignatelli la de censor, Carlos González la de secretario, Ramón Amat la de contador, Juan Martín de Goicoechea la de tesorero, el marqués de Ayerbe la de vicedirector, Manuel Turmo la de vicecensor, Tomás Fermín de Lezaún la de vicesecretario y Antonio Florencia la de vicecontador. En primer lugar, el Ayuntamiento es orillado, tanto el corregidor como regidor decano, desaparecen de la escena. La nobleza como grupo social dominante se reserva los cargos de dirección y la censura principal. El clero alto se queda con la secretaría, los comerciantes adinerados aparecen ocupando las contadurías y la tesorería única, en tanto que las clases medias ocupan la vicecensura, ya que M. Turmo era catedrático de la Universidad Literaria, además de sacerdote, y la vicesecretaría pues T. F. de Lezaún era funcionario estatal. La figura más destacada dentro de este grupo era realmente Ramón de Pignatelli, dada su experiencia en temas económicos, pues entonces se ocupaba del complicado asunto del Canal Imperial*[18]*.*

---

ciety: Es una publicación iniciada en 1664 por la **Royal Society,** de Londres, la más antigua sociedad científica británica y una de las primeras en su género de Europa, oficializada en 1660, pero que informalmente surgió cerca de 1645 con la llamada **New Philosophy or Experimental Philosophy**, nucleada en el "**invisible college**" e integrada en su mayoría por los llamados **philosophes** de Oxford. En un principio estuvo destinada a publicar la correspondencia entre estudiosos y eruditos ingleses y también europeos y después comenzó a editar artículos específicos de tema científico y filosófico.

15 ***Discursos Mercuriales***, de Juan Enrique Graef. Se publicaban en Madrid, en tomos separados bimesuales y su título completo era: ***Discursos Mercuriales: Memorias sobre la Agricultura, Marina, Comercio, y Artes liberales y Mecánica.*** Aparecieron 20 tomos en 1755 y 1756.

16 Se refiere a José Villalpando y Rozas, conde de Torresecas, que ingresó como socio fundador el 3 de febrero de 1776 *"haciendo constar que residía en Zaragoza y en Huesca"* (Forniés Casals, 2009: 244), fue electo miembro de la Sociedad, y permaneció en ese cargo hasta su fallecimiento en 1799. Fue uno de los protagonistas de la crisis de la Sociedad entre 1783 y 1784. Estaba fuertemente vinculado con el marqués de Ayerbe, es decir con Pedro Jordán Vicente de Urriés y Pignatelli y respondía al poderoso influjo del conde de Aranda.

17 **Ramón de Pignatelli:** Ya hemos hecho referencia previa a este poderoso y –en gran medida– extraño hombre de la Ilustración, pero queremos volcar aquí las interesantes consideraciones con respecto a él de Fernández Clemente (2004: 17), que muestran la multiplicidad de acciones encaradas por muchos ilustrados: *"Un caso singular es el de Ramón Pignatelli, que reúne en su persona el emblema de los tres grandes estamentos: noble por su familia, eclesiástico, y en cierto modo un gran burgués –hombre de mundo y culto erudito–. Sería gran impulsor de la obra del Gran Canal Imperial, su obra predilecta e importantísima. Rector varias veces de la Universidad; Regidor del Hospicio para cuyo sostenimiento construye una plaza de toros, y en el que introduce diversas tareas artesanales. Fue Pignatelli promotor de la Sociedad Económica Aragonesa de la que sería Censor perpetuo, y redactor de su Memoria fundacional, Blasón y Estatutos; desde allí promovería la Agricultura (vivero de empeltres [una variedad de olivo de injerto, muy pequeño, muy fructífero, de aceituna negra] en el Jalón), el hilado a torno, una nueva romana y un método de blanquear lienzos.la orfebrería y una Escuela de Matemáticas. Pero luego, como otros casos de la primera hora, se alejó y dedicó a otras tareas."*

18 **El Canal Imperial de Aragón**: Se trata de una obra hidráulica diseñada básicamente por la Ilustración del siglo XVIII dentro de un ambicioso proyecto de crear una vía de agua artificial entre Navarra y Zaragoza tendiente a superar la estrechez de la anterior Acequia Imperial de Aragón, conduciendo un mayor caudal de agua del Ebro desde su origen en Navarra hasta la capital aragonesa. El Proyecto inicial se remonta a 1446, cuando surgió la idea precursora de dicha acequia del Ebro. Su construcción demoró siglos hasta verse concretada, arrancando del Privilegio General, un permiso otorgado a las Cortes

De hecho fue el autor del discurso pronunciado ante sus consocios el día 22 de marzo de 1776, que puede considerarse el programa sobre el que girarán las primeras actividades de la Sociedad"

Se ha mencionado reiteradamente que la alta nobleza aragonesa es la que –al menos inicialmente– ha ocupado la mayor parte de los cargos, e incluso de las membrecías en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, sin embargo Peiró Arroyo (2008: 13), no sólo da cuenta, basado en Forniés Casals (1978) de que: *"…los grupos con mayor índice de participación lo constituyen los burgueses ascendentes: comerciantes, profesionales de la enseñanza, miembros de la administración civil del Estado y de las profesiones liberales además del clero secular y los militares…".*

Para evaluar el grado de tarea y compromiso que implicaba la membrecía en la Sociedad, el mismo autor en un trabajo posterior (Forniés Casals, 2009) trata acerca del papel cumplido por la "nobleza titulada" de Aragón en su relación con la sociedad. Si bien el núcleo nobiliario de mayor cuantía representativa acudió e incluso uno de ellos, José Villalpando y Rozas, conde de Torresecas, fue socio fundador y se mantuvo en la sociedad hasta 1776, año de su muerte, este tipo de figuras de la alta nobleza no fue abundante, por el contrario forman el elenco minoritario entre sus miembros. Algunos de ellos actuaron como protectores económicos al pagar cuotas más elevadas que el común de los socios o financiaron proyectos particulares en los que estaban interesados. Así, los miembros, considerando *"…cómo había sido la aceptación y el comportamiento de cada socio dentro de la misma* [RSEAAP]*, y que eran por orden de importancia, el disfrutar de una* ***autoridad reconocida****, el* ***trabajo personal*** *desempeñado, el ser* ***contribuyentes extraordinarios****, el ser únicamente contribuyentes ordinarios y por último el no ser morosos, o lo que es lo mismo que no cumplieron con el compromiso anual de pagar sus cuotas reglamentarias, mermando posibilidades de actuación a la Sociedad, siempre deseosa de contar con más fondos para desarrollar o ampliar sus proyectos. Igualmente permanece invariado el concepto de ilustrado arquetipo establecido, que se basa en una serie de características que debían cumplir quienes entrasen en tal categoría, y que era la de ser personas instruidas, con rentas suficientes, amantes de los postulados de las Luces, con tiempo libre, dispuestos a trabajar, y con deseos de agradar en la Corte siguiendo las tendencias puestas de manifiesto por las autoridades, incluidos los monarcas…"* (Forniés Casals, 2009: 243)

Además, el mismo autor (Forniés Casals, 2009: 246) da razón de las tendencias surgidas internamente que más tarde contribuyeron a desorganizar y, en cierta forma, a menguar temporariamente la acción de la Sociedad. Esto es importante porque demuestra la magnitud de los problemas que enfrentaban los miembros, algunos de la cuantía del relacionado con los gremios establecidos, sobre los cuales el poder político había tendido a desplazar el control que antes ejercían los ayuntamientos, con cooperación de los propios agremiados, hacia el control de los mismos por la Sociedad. Esto era crucial en cuanto a politizar duramente a esta última y a tomar partido por un claro intervencionismo que menguaría la condición de organismo independiente, situado por encima de las divergencias que pudieran dividir a la sociedad aragonesa. Justamente, esta causa apartó de la misma a uno de sus miembros más activos y de mayor significación, no sólo en el orden regional aragonés, sino en la corte y en la política general de España, como lo era el conde de Aranda, quien comunicó que *"…no firmaría lo que no le acomodase o fuese contra su modo de pensar…".* Como estaba decididamente en contra del plan de control gremial, no firmó y a partir de junio del año 1784, dejó de concurrir a las reuniones habituales sobre la obra y no volvió a acercarse a las mismas. El estímulo de la ciencia en España no podía faltar entre las tareas e ideales propuestos por las Reales Sociedades. Fernández Clemente (2004: 15) dice al respecto: *"Desde el punto de vista científico, que regirá toda acción, las Sociedades tuvieron que ver con el notable impulso dado en España a las Ciencias en el último tercio del dieciocho. Así lo señala López Piñero recordando que el Seminario Patriótico, que regirá toda*

aragonesas, concedido por el Fernando católico en 1510, pudiendo recién completarse con la Presa de Pignatelli en 1789. Se inicia en un bocal (=presa o azud) cercano a la ciudad navarra de Tudela. En 1757 el Conde de Aranda, desde la Secretaría de Estado, reconoció en nombre del gobierno el antiguo cauce de la acequia o canal imperial y ordenó sacar planos e iniciar estudios para continuar las obras, que habían sido paralizadas en tiempos del emperador Carlos V. En 1768, se constituyó la **Compañía del Canal de Aragón.** En mayo de 1772 fue nombrado por el conde de Floridablanca como protector del Canal el prestigioso noble aragonés Ramón Pignatelli y Moncayo. El Proyecto general de Pignatelli era construir un canal de comunicación entre el mar Cantábrico y el Mediterráneo, con un caudal que habilitara no sólo el riego, sino también la navegación. En la realidad práctica eso fue inviable y sólo se realizó en el tramo hasta Zaragoza. Después de arduas tareas tendiendo tramos rectilíneos con contenciones laterales de piedra y consolidadas con mampostería, a lo largo de 110 kilómetros, entre bocales, puentes, almenaras y esclusas, en octubre de 1784 llegaron las aguas del antiguo y meandroso Ebro a la ciudad de Zaragoza, hasta la **Fuente de los Incrédulos,** y en 1790 se cerró la construcción con la **Presa Nueva del Bocal.** No sabemos nada acerca de alguna eventual relación del ingeniero Félix de Azara con el Canal Imperial, pero seguramente siguió desde sus emplazamientos alejados y con gran interés todo lo relativo a las obras, que culminaron cuando él ya hacía años que estaba en el Paraguay.

acción de la Sociedad Vascongada "durante algunos años fue una de las más brillantes instituciones científicas españolas; también las de Zaragoza, Valencia, Mallorca, Gerona, Murcia y Lima funcionaron como activos núcleos de enseñanza y trabajo científicos, sobre todo en relación con las llamadas "artes útiles".

Como símbolos representativos, la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, adoptó un emblema y un lema, ambos propuestos por Ramón de Pignatelli, el Censor perpetuo de la misma (Fernández Clemente, 2004: 17)[19]. El emblema estaba representado por una alegoría, la misma presentaba un óvalo circundado por una guarda festoneada, rematado hacia arriba por una corona, símbolo de la monarquía, y ornado lateralmente por hojas de laurel y de roble. Estaba envuelto por el manto real rojo de los Borbones. En conjunto descansaba sobre una base ornamental a cuyos pies se tendía una variada muestra de elementos representativos del arte y del trabajo. El interior del óvalo tenía como fondo un campo oscuro, cubriendo aproximadamente el quinto inferior de su superficie, era el domo de un cerro pedregoso sobre el que –en su parte media– asentaba una carrasca, que en su centro y sobre su dosel se elevaba una cruz de madera, de gran tamaño, sobresaliendo en medio de la copa ramosa, seguramente aludiendo al Sobrarbe, el símbolo de la resistencia aragonesa ante la intrusión morisca, tal como lo cuenta la tradición en la zona de Ainsa, en la base del Pirineo, en el Altoaragón. El tronco añoso de la carrasca tiene apoyado en su base y por delante del mismo un fardo liado con cuerda, símbolo seguramente del comercio, y sobre el que está apoyado un instrumento rústico de labranza. Una larga cinta se despliega a ambos lados del árbol, y debajo de su copa en la que figura el lema elegido como divisa por la Sociedad: "**Florece fomentando**". Esto expresaba la vocación de la misma, que reconocía que su perduración y su fama derivarían del fomento, del trabajo, de la producción, del ingenio y en general, de las luces de la Ilustración volcadas sobre el nombre mismo de la Sociedad: la economía, expresada en el más amplio sentido de ordenamiento ilustrado, moral y económico de la misma. Ese fue su empeño durante la primera etapa, desde la fundación en 1776 hasta el trágico año de 1808 cuando la crisis prácticamente arrasó todas las instituciones de España.

La Sociedad puso especial énfasis en lo que hoy denominaríamos extensión cultural y en la práctica e instrumentación de medidas económicas –o en la propuesta de las mismas a las autoridades– destinadas todas ellas a apoyar el cambio económico y social que se propugnaba. Fue notable el hecho de que se establecieran verdaderas cátedras –se llamaron así– de asistencia libre y sin graduación definida, desde las cuales se impartían las disciplinas centrales del interés de los directivos: entre ellas la economía, fundamento por entonces de la que sería la Economía Política. Tuvo primacía muy especial en el ámbito de la Sociedad, en los años que siguieron a 1782 y se dedicaron a ella las mejores figuras capacitadas de la misma (Eloy Fernández Clemente, 2004), como veremos más adelante, ya que el desarrollo de este complejo temario del conocimiento, la extensión pública y la docencia, significó la introducción pública, en la sociedad estamental preilustrada, de los principios básicos del liberalismo económico, pues centralmente, atinente a tal disciplina, era el objetivo general y el ideario de ese tipo de instituciones (Sarraílh, 1981).

En Aragón toda esa actividad se centró en Zaragoza, pero irradió en forma sistemática hacia Jaca (C. E. Corona, 1977; P. Demerson y J. Demerson, 1978) y con una modalidad implícita y más laxa hacia las demás comarcas de Aragón, especialmente Huesca por su universidad, y Teruel por su importancia regional, pero en esta última llegó tardíamente, ya en un período en el que las diversas Reales Sociedades Económicas estaban experimentando decadencia y frustraciones ante la incierta situación política de España, que menguó el interés de la corona por su funcionamiento. Los acontecimientos de Francia a partir de 1789, sumados a la inepcia del reinado de Carlos IV, en el que el manejo del relacionamiento con las sociedades dependió fuertemente del ministro y valido Manuel Godoy, un hombre desinteresado en general, de los proyectos que no fueran de valor inmediato para la política contingente del reino.

Además, debemos tener en cuenta, la opinión de Antonio Elorza (1969: 91, *passim*) cuando estudia la gradual penetración del liberalismo económico y la influencia de pensadores foráneos que fue progresiva y se tornó en cierta forma antagónica de los mayores vicios de la sociedad estamentaria. En ese sentido provocó alarma, y también reacciones escritas o de palabra de los oponentes, alguno de ellos ultramontano, disminuyendo en consecuencia la acción pública de la Sociedad y retrayéndose la participación de los más temerosos.

19 Sin embargo, Viamonte Lucientes (2001: 53) dice que la elección de la "**empresa**" (en el sentido de la segunda acepción del término en el Diccionario de la Lengua Española que coincide con el de alegoría y lema) de la Sociedad fue concursada y que, en la Junta del 30 de agosto de 1776, se adoptó la llamada *"de la encina…, con la corrección o variación que consideró necesaria la Junta Particular que es la que la que la colocó en primer lugar. La presentación oficial de la empresa se realiza en la Junta siguiente, la del 6 de septiembre, por el señor Director, y es ahora cuando se nos comunica que su autor es don Tomás Fermín de Lezaún"*, un ilustrado aragonés de personalidad brillante, nacido en Zaragoza en 1747 y fallecido en plena juventud, en noviembre de 1778, quien fuera Secretario de la comisión que dirigía a la Sociedad.

De tal modo, como bajo la influencia de la de Zaragoza, se crearon en Aragón, primero en Jaca, la Real Sociedad Económica de Jaca y sus Montañas, en 1782, con cinco miembros iniciales, que aumentaron hasta cuarenta muy pronto (A, Peiró Arroyo, 1991); y hacia fin de siglo eran cercanas al centenar (**Elergonomista.com**, 2005). En 1803, se abrió públicamente la Sociedad Económica Turolense de Amigos del País[20]. Así se reiteró en toda España el singular movimiento ilustrado. Hubo sociedades del mismo tipo –además de las obvias precursoras de Madrid y la "Bascongada"– en Murcia (1777-1786), ésta con la novedad de crear Juntas Agregadas en el ámbito rural, por medio de las cuales la Real Sociedad Económica de Amigos del país de Murcia trataba de efectuar una penetración ilustrada en aquel ambiente (Velázquez Martínez, 1987). También las hubo en Valladolid (1784-1808); en Valencia; en Sevilla; en Asturias (Bejarano Rubio, 1989); en Jerez de la Frontera; en Soria; en Granada; en León; en Jaen, entre otras, pero llama la atención que no la hubiera en Barcelona, al punto que Ernest Lluch escribió al respecto un sugestivo artículo titulado **El caso de la no fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País de Barcelona** (1970).

Una importante consecuencia en la vida económica popular de las acciones divulgativas de Sociedades Económicas, fue la difusión en España de la llamada papa o patata, un alimento de origen americano al que se encargó exitosamente de difundir el conjunto de las Sociedades instaladas en España. A esta tarea contribuyó poderosamente el clero rural (Piqueras Haba, 1992).

En estas tareas esclarecedoras, que en principio estuvieron acompañadas por un gran entusiasmo de sus protagonistas, que vivieron el momento como si se tratara de una renovación universal de las formas de vida de su patria, como lo expresara con candidez altruista y patriótica, el poeta Juan Meléndez Valdés, que entre 1789 y 1791 residiera en Zaragoza y fuera un activo y entusiasta miembro de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Philip Deacon (1995: 22) publicó un fragmento de su discurso de despedida, al alejarse de Zaragoza, en el que dice, loando a la noble institución: *"La moral y la filosofía, las Luces económicas, las ciencias del hombre público hallan protección en el trono, y empiezan a contar con ilustres aficionados en la toga, hirviendo todos en el noble deseo de instruirse, y adelantar en ellas dignamente hasta igualar a las naciones que nos compadecían"*

Ya hemos mencionado que la acción desplegada por la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País, en ciertos momentos decayó debido a algunas divergencias internas, posiblemente debida a problemas controvertidos que sobrepasaban el consenso interno de sus miembros, como lo fue la cuestión de los gremios, debido al proyecto de otorgar a la sociedad un privilegio del ayuntamiento con respecto a ellos, (Forniés Casals, 2009: 246), y además se suscitaron polémicas teológicas o políticas, agravadas por la existencia de un duro antagonista residente en Huesca que salió al paso de actuaciones realizadas e inició duros ataques, como el del ultramontano fray Diego de Cádiz, en respuesta a las actividades y opiniones de Lorenzo Normante y Carcavilla[21] [1759-1813], en un caso con amplia repercusión pública y que bien pudo haber culminado con un proceso inquisitorial. También se dio el caso de ese otro enardecido rival de la Sociedad, que fuera fray Ramón de Huesca, con similar posición que la de fray Diego, quien extremara sus críticas

20 Adicionalmente, en Aragón se crearon otras posteriores, algunas de mucho menor cuantía, entre ellas alguna con un solo miembro. Varias de ellas abrieron escuelas y establecimientos de caridad realizando una tarea que tuvo amplia aceptación pública. Es notable el hecho de que en estos establecimientos se contara muy generalizadamente con el apoyo de los párrocos locales. Diferían fundamentalmente de la de Zaragoza por el predominio de los eclesiásticos y por contar con una membrecía mucho menos relevante, pues estamentariamente sólo había representantes de la pequeña nobleza (Peiró Arroyo, 2006).

21 Lorenzo Normante y Carcavilla [1759-1813]: Bachiller en Leyes de la Universidad de Zaragoza, nacido en Berdún, Aragón, que completó su graduación en jurisprudencia canónica en la Universidad de Huesca en 1779. En 1781 retornó a Zaragoza doctorándose con una tesis que revela su condición plena de ilustrado: **Sistema para erigir hospitales, sosteniendo afectar necesariamente las rentas eclesiásticas, con otras cuestiones económicas…** Desde entonces la economía fue una de las preocupaciones centrales de su vida. Tras recibirse ingresó en la Real Sociedad Económica Aragonesa y fue propuesto en 1784 para hacerse cargo de la cátedra de Economía Civil y Comercio establecida en esa Sociedad. Tuvo actuación destacada en el problema con los gremios. Publicó por cuenta de la sociedad varias monografías económicas, en especial sobre el comercio. Sus ideas no son originales pero están muy bien aplicadas y reiteran las posiciones mercantilistas que tenían vigencia desde hace varias décadas. Propuso normas reguladoras del monacato, que le procuraron problemas por lo radical de sus opiniones y tuvo una reacción popular adversa con manifestaciones y pasquines, a los que se sumó el ataque del beato Diego José de Cádiz [1743-1801] fue quien lo denunció a la Inquisición. Se sumaron otros clérigos a los ataques y finalmente se desencadenó un conflicto ideológico "*…en el que frente al progreso de las Luces representado por Normante, se alzaba el bloque de la reacción encabezado por el capuchino* [fray Diego de Cádiz]…" (García Pérez, 1974: 402). A partir de estos incidentes casi no hay noticias acerca de Normante (Peiró Arroyo, 2008: 29), sólo sabemos que entre 1794 y 1801 ejerció su profesión en Zaragoza y que después de esa fecha viajó a Madrid para ocupar un cargo burocrático en la Secretaría de Estado.

y ataques personalizados sobre Vicente Requejo y Vives y sobre otros ilustrados que frecuentaban o servían a la Real Sociedad. Otro factor concurrente fue debido al cansancio o descuido por parte de algunos de los fundadores (como el propio Ramón de Pignatelli, que se retiró cuando lo creyó prudente, después de haber realizado una ingente contribución a la marcha de la Sociedad), pero no persistieron en la tarea con el entusiasmo del comienzo.

Se suele mencionar la crisis de 1782, prolongada hasta 1784, la que, aunque tuvo lugar en uno de los períodos más pródigos en actividad de la Real Sociedad Aragonesa de Amigos del País afectó a la institución. En ese año de produjo la ruptura inicial de quien fuera uno de sus socios más destacados, Antonio Arteta y Monteseguro[22], de quien prácticamente se pierden sus huellas a partir de su alejamiento de la Sociedad.

La Sociedad realizó concursos dotados de premios para ideas, proyectos e iniciativas destinados a lograr adelantos científicos y técnicos que permitieran mejorar la industria o instalarla en comunidades hasta entonces plenamente agrarias o artesanales. Esta Sociedad también favoreció con especial énfasis, la difusión de la enseñanza práctica del comercio y su administración y manejo (Bejarano Rubio, 1989). Resulta particularmente interesante la lectura de algunos de los proyectos que revelan no sólo el enorme empeño de sus autores, sino también el ingenuo idealismo y entusiasmo que reinaba ante la apertura de horizontes nuevos que se brindaban con el florecer de la Ilustración. María José Fuster en ***El diario de Aragón*** de Zaragoza (el 17 de agosto de 2008), publica uno de esos proyectos elevado por un joven zaragozano, "mancebo mediero de seda", como se autocalificaba el presentante de un proyecto que la autora mencionada comenta:

"...del razonamiento del experto se deduce que en aquel tiempo se empezaba hablando de ciencia y se acababa filosofando o tratando de temas de teología. En cuanto al "inventor" parece ser que había presentado unas máquinas ingeniosas pero que ya se estaban utilizando en otros lugares. Había llegado tarde…Y es que, quizás, antes de ponerse a inventar hubiera tenido que informarse de cuáles habían sido los últimos avances tecnológicos en ese campo"

Diversos autores (entre ellos, Herr, 1964: 132-136, passim; Forniés Casals, 1972, 1978, 1979, 2009; Sarrailh, 1981: 263-269; J. P. de Quinto y de los Ríos, 1983, 1992; A. Elorza, 1969; Infante, 1984; Carlos. E. Corona Baratech, 1977; Álvarez Junco, 1986; A. Bejarano Rubio, 1989; Viamonte Lucientes, 2001; J. M. Ayala, 2001; **Gran Enciclopedia Aragonesa,** *on line*, 2010) se han ocupado con bas-

---

22 Antonio Arteta de Monteseguro [1745-1813] Se trata de un ilustrado aragonés, miembro de la misma generación de Félix de Azara, nacido en Loporzano, una localidad del Somontano altoaragonés. Cursó sus estudios inicialmente en el Seminario de la Santa Cruz de Huesca, un colegio mayor de su universidad. Hizo su carrera completa en ella egresando en 1765 con el grado de bachiller en Teología y en 1772 se doctoró en la misma disciplina. En ese año pasó a ser miembro del Cabildo Metropolitano en Zaragoza. Pérez Sarrión (2008: 15) cree que los años subsiguientes pasados en Zaragoza fueron "bastante seguro" los de **su segunda formación intelectual.** Por inferencias indirectas creemos que, al menos su apertura para esa "formación" se produjo en la propia Huesca, como suponemos que posiblemente ocurriera con sus casi coetáneos Félix de Azara y Victorián de Villaba. Ambos partieron de la universidad de Huesca sin nexos manifiestos con otros medios culturales o intelectuales que pudieran brindarle la base ilustrada que indudablemente llevaron consigo y desarrollaron en su vida interior. Sin que sepamos si Antonio Arteta de Monteseguro fue o no uno de los diez integrantes del grupo iniciador de la Real Sociedad Aragonesa, sabemos por el mismo autor citado precedentemente (pág. 16) que en el mes inicial aparece ya como secretario de la clase de Artes, un cargo que desempeñaría hasta 1781, desplegando una intensa actividad, en parte asociado a Juan Antonio Hernández y Pérez de la Rea, el espinoso problema de la relación de la Sociedad con el ya aludido Plan Gremial. En 1780 escribió su **Discurso Instructivo sobre las ventajas que puede conseguir la industria de Aragón con la nueva ampliación de puertos concedida por S. M. para el comercio de América**, publicado en 1783, del que hay una reedición reciente (2008). Tuvo una fuerte diferencia con el clérigo Ramón Pérez Ubico, el célebre "fray Ramón de Huesca", que motivó su enfriamiento y su abandono paulatino de la sociedad en 1786. El problema surgió a raíz de un sermón de Ramón de Huesca que provocó el enojo de Arteta, pues fue publicado por la Sociedad. Según Pérez Sarrión (2008: 21) este hecho muestra que la concepción ilustrada de los socios de la Real Sociedad "*…de forma palpable [demostraban] cuán vago y confuso era el concepto que los socios, considerados globalmente, tenían de la Ilustración –en 1782; los hechos de los años siguientes habían de perfilar esta consciencia aún poco precisa– y lo fácil que era que una asamblea así confundiera las apariencias a la realidad… (…)…Éste también es el argumento para explicar el enfado de Arteta", puesto que él "…había aprendido la forma de hacer análisis económico y político –es decir, a explicar la realidad desde ella misma– después de leer a los autores ilustrados y tras un proceso de reflexión"*. Nos extendemos en éste análisis porque tiene gran valor aclaratorio acerca del mecanismo de "reclutamiento" de la Ilustración: acudían a los nucleamientos ya iniciados, legos que poseían rudimentos del ideario compartido y que iban perfeccionándolo en la medida en que dialogaban y leían. Por cierto que no existió centro alguno de docencia o extensión ilustrada, por eso debemos esclarecer al máximo el difícil tema del las razones causales del surgimiento en un conjunto heterogéneo y de variado origen, para provocar el descubrimiento y adopción de un perfil ilustrado que, en un comienzo fue generalizado y estuvo impregnado, especialmente en los seguidores secundarios, de remanencias del anterior paradigma preilustrado.

tante detenimiento de las actividades principales de la Sociedad en Aragón, algunos por interés en esta institucionalización, semioficial, semivocacional de los principios de la Ilustración. Otros (Álvarez López, 1935: 16[23]; Julio César González, 1943: xvi; Pérez Sarrión, 1999: 425; Contreras Roqué, 2006b: 171, *passim*) para tratar de vincular la actividad y la orientación naturalista de Félix de Azara, que podría ser en alguna medida inducida de su conocimiento de las actividades cumplidas por los ilustrados en Zaragoza, aún dado el caso de que fuera real la no comprobada y aparentemente no existente, participación directa en las actividades de la Sociedad.

Por eso, es necesario que aclaremos algunos aspectos de la evolución del grupo activo de Zaragoza entre los años 1776 (fundacional), y 1781 (alejamiento de Félix de Azara de España rumbo al Río de La Plata). Lo más resaltante es el hecho de que en el seno de la Sociedad recién se consolidó, enriqueció y puso de relieve a sus mejores figuras creadoras, en la década de 1780 a 1790, es decir, durante la ausencia de nuestro protagonista, que ya en 1780 estaba acuartelado en la fortaleza del promontorio de Ubul en la costa del mar Cantábrico, frente a la entonces casi aldeana San Sebastián, distante ya de proyectos locales, puesto que había calladamente, solicitado su transferencia del ejército a la Armada (Martínez Martín, 1988).

Por lo tanto, si algo recibió de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País –ya estaban también actuando con gran trascendencia la Bascongada y la Madrileña– fueron las ideas generales que movilizaban a las mismas y que quedaron convalidadas con la repercusión pública que obtuvieron, particularmente en un medio receptivo como sería el de los ingenieros militares. Entre ellos el conocimiento de las acciones mayores, de las notas en el incipiente periodismo de la época, y de las publicaciones efectuadas, que si bien fueron escasas hasta 1780, debieron de haber llamado la atención de muchos de sus colegas.

Seguramente, en el caso de Félix de Azara, contó también con el acicate de la correspondencia –sólo supuesta, pues está perdida, o fue destruida– intercambiada con su hermano José Nicolás, que residía como diplomático en Italia y del que sabemos que sostuvo un activo intercambio epistolar con miembros de la Sociedad[24], algunos de ellos eran antiguos jesuitas expulsos, con los que fue corresponsal, y más de una vez medió a su favor ante el ministro Campomanes[25], protegiendo a otros con su mecenazgo cuando su obra artística o intelectual era valiosa. Esa acción suya posibilitó la cooperación de varios ex-jesuitas con la Sociedad y la venida de alguno de ellos, que recién pudo incorporarse activamente al grupo de Zaragoza durante el corto paréntesis de 1798 a 1801, en el que se levantaron las interdicciones para el retorno a España de los miembros de la extinta Compañía de Jesús. Es razonable suponer que ambos hermanos intercambiaran comentarios acerca de estos casos, especialmente cuando la índole de dedicación de los exiliados pudiera resultar de interés para la obra de Félix.

A través de las menciones personales y del estudio de la documentación de la Real Sociedad Económica Aragonesa, al menos hasta cerca de 1783, se ve que es muy abundante y se percibe que la misma fue un campo de acción especialmente atendido por el conde de Aranda y sus allegados del Partido Aragonés, al que Pérez Sarrión (1999: 422) llama la "**Cábala aragonesa**", y que tenía un fuerte apoyo en la alta nobleza local, especialmente en los Pignatelli. Más adelante dice el mismo autor (1999: 423):

*"**La cábala aragonesa**, que a través de Pignatelli y por unos años también de la Sociedad Económica recabó la interpretación y liderazgo exclusivo de lo que debía ser la política y la cultura ilustrada en la región, colaboró con los sectores burgueses de Zaragoza, formados en los jesuitas, los escolapios y las Universidades de Zaragoza y Huesca, que tenían ambiciones culturales más locales y en principio menos conexiones directas con la Ilustración europea. Estos sectores, con un importante componente funcionarial (por ejemplo, algunos funcionarios de la Audiencia) y del clero secular (Arteta, Hernández Pérez de Larrea, Latassa) recibieron a la ilustración europea, principalmente la europea y la británica, de forma mucho más inmediata y también, por qué no decirlo, a través de imágenes e ideas mucho más confusas e incluso contradictorias. Ambos grupos, liderados por el de Aranda, convergieron por un tiempo en*

23 Este autor repite casi textualmente la información que al respecto brinda Basilio Sebastián Castellanos de Losada (1847a).

24 Pérez Sarrión (1999: 425), además de afirmar que Félix de Azara *"también fue miembro de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País", nunca –ni siquiera durante su estadía americana, dejó "…de estar conectado a su tierra a través de la relación con el clan Aranda",* en este caso, lo habría sido epistolarmente. No quedan los textos de la correspondencia, pero algunas cartas sobrevivientes (Contreras Roqué, M. S. 1) deslizan algunos comentarios acerca de la correspondencia recibida por Félix, que era muy abundante, y muestran que estaba bastante bien informado de la suerte y variaciones de su tarea en Roma.

25 Esta relación de José Nicolás de Azara con el conde de Campomanes resulta de interés, pues ambos compartieron una actitud de protección y hasta de mecenazgo con respecto a algunos de los más valiosos jesuitas expulsos, mitigando sus penurias del exilio o dándoles oportunidad de proseguir sus actividades (Astorgano Abajo, 2003).

la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País desde 1776 hasta la ruptura interna de 1782-1786 a consecuencia del Plan Gremial, la crisis de abastos de 1784, los repartos de tierras de riego del Canal Imperial y la oposición del clero regular (predicaciones de fray Ramón de Huesca y fray Diego de Cádiz)…"

Como se puede ver, en la citas precedentes no se nombra en ninguna ocasión a Félix de Azara, ni cumpliendo un papel de organizador ni como invitado relevante o corresponsal dilecto. Llegamos entonces a un punto del relato en el que por un lado la documentación brinda un panorama de la realidad histórica, y por el otro, existe una leyenda que se retroalimenta de una serie primaria de citas, que confluyen como fuente original casi todas en las afirmaciones de Castellanos de Losada. Son estas reiteraciones a-críticas, las que llamamos circularidades, las que suelen insertarse en forma insistente en las biografías, añadiéndoles elementos inventados los que luego perduran con una fuerza inusitada, sin que haya hasta el presente cesado su repetición por nuevos autores (por ejemplo, la reciente tesis doctoral de María Celeste Mazzola (2008: 8) se refiere a la obra de Enrique Álvarez López (1935: 16) como fuente del dato según el cual la "Sociedad Económica Aragonesa" es una

"…corporación que lo nombra [a Félix de Azara] *como uno de sus miembros, probando así "que su reputación en este orden de estudios era ya entonces considerable".*

Aunque no haya quedado enteramente claro cuál era el orden de estudios aludido, queda sobrentendido por el contexto precedente que se trataba de su actividad como Ingeniero Militar. Esta es una idea que consideramos equívoca, pues hasta la malhadada expedición a Argel, Félix de Azara fue, a pesar de la brillantez de su carrera, un ingeniero militar de baja graduación, quien había realizado algunas tareas prácticas propias de su profesión pero aplicadas a obras civiles de segunda importancia. Incluso cuando, desde comienzos de 1776, estuvo prestando servicio en el área del río Oña y sus vías de agua confluentes que causaban riadas en la ciudad de Gerona, en Cataluña, lo hizo en reemplazo de otro ingeniero miliar, Narciso Codina, que se hallaba enfermo. Si hubiera sido nominado honoríficamente como miembro de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, lo que pudo haber sido muy probable, pues su hermano José Nicolás –que ya gozaba de gran prestigio en el ámbito diplomático, intelectual y literario– actuó pero desde lejos, morando en Roma como corresponsal y gestor de tramitaciones lejanas, pero sólo como "amigo"[26], sin apersonarse nunca en Aragón desde su partida hacia Madrid, al completar su curso en la Universidad de Huesca y, poco después de su fracaso en unas oposiciones en 1749 para acceder a un puesto de catedrático en la Universidad local, en ese mismo año. Partió hacia la capital en febrero de 1750.

Hizo su viaje desde Huesca y después, estuvo siempre ausente de su tierra natal. Por un raro azar, en 1766 se hallaron al mismo tiempo en Barcelona y por circunstancias fortuitas ambos hermanos –José Nicolás y Félix– y allí se encontraron por primera vez, siendo ambos ya adultos (Sánchez Espinoza, 1999; Joaquín Fernández Pérez, 2006: 208; Gimeno Puyol, 2009: xiv) –ya que antes no habían llegado a conocerse conscientemente– y recién volverían a reunirse en los últimos meses de 1801. Félix de Azara destaca en una sentida dedicatoria a su hermano, en el encabezamiento de su obra **Apuntamientos para la Historia Natural de los Quadrupedos del Paraguay y Río de la Plata** (Azara, 1802, I: vii) el recuerdo de ese encuentro:

"Querido Nicolás: apenas nacimos nos apartaron nuestros padres sin que en el curso de nuestras vidas nos hayamos visto ni tratado, sino en Barcelona el corto espacio de dos días por casualidad".

El motivo de la participación de ambos hermanos –o, al menos la de José Nicolás– en la vida societaria en Zaragoza, se centraba en las relaciones de particular amistad que los ligaban familiarmente, y en el caso de Félix con menor intensidad, con varios de los iniciadores de la Real Sociedad. La relación familiar con el Conde de Fuentes, hermano de Ramón de Pignatelli, era de vieja data y fue un factor facilitador para el ingreso al Regimiento Galicia de Félix el 1° de septiembre de 1764. Esa cercanía de José Nicolás con los Pignatelli, particularmente con Ramón, asumiría poco más tarde (Astorgano Abajo,

26 Realmente José Nicolás de Azara y Perera no intervino sino ocasionalmente, cuando pudo presentar a algún colaborador, como en el caso de Vicente Requejo y Vives [1743-1811]. Su actitud con respecto a la Real Sociedad Económica Aragonesa, no fue sino la continuación del fuerte relacionamiento recíproco que guardaban los miembros del partido aragonés, y con esa motivación, sus miembros intensificaron el contacto entre sí y con las corrientes de la Ilustración europea. Entre sus componentes:

"Aranda, como noble y militar había sido para entonces ya embajador en Polonia, y luego lo fue en París y otro miembro importante del grupo, Bernardo de Iriarte, fue secretario de la embajada española en Londres por un tiempo. Eran los dos centros culturales más importantes de Europa. Ignacio de Asso fue cónsul en Amsterdam, y Manuel de Roda y José Nicolás de Azara fueron sucesivamente agentes de preces y embajadores en Roma. Todos ellos eran muy buenos amigos y estaban en contacto permanente entre sí y con los miembros del grupo. En España, principalmente en Madrid, y en Zaragoza con Ramón Pignatelli. Por tanto, sabían idiomas, viajaban mucho, en varios casos habían estudiado afuera, y es lógico que fueran un grupo abierto a las influencias culturales europeas" (Pérez Sarrión, 1999: 423)

1999a, 2006) un signo particular de tono muy comprometido en la intensa lucha interna desatada en el seno de la Iglesia y los acercaría peligrosamente a partir de la defección de Manuel Godoy, de un propósito compartido con muchos ilustrados: el de ganar la hegemonía de la corona en la relación con la Iglesia romana en España, creando una situación semejante a la llamada en Francia y en el siglo XVII, **iglesia galicanista, o galicana,** un movimiento que abarcó a muchas personalidades conocidas del reino y a altas esferas del poder (Tomsich, 1972), como se verá al tratar, en el capítulo XII, acerca del denominado parajansenismo o jansenismo español.

La Real Sociedad Económica Aragonesa Amigos País aún subsiste, modificada su denominación pues actualmente es designación actual es la Real y Excelentísima Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y conservando el Archivo (Albiac Blanco, 2006), el Museo (Quinto y de los Ríos, 1992) y la Biblioteca de la institución, además de otros bienes culturales e históricos conservados desde sus inicios, pero con algunas pérdidas y deterioros, como dice la **Gran Enciclopedia Aragonesa** (versión actualizada 2010, Internet)

"El patrimonio acumulado durante los dos siglos de vida de la entidad estriba en los locales que ocupa, en la calle D. Jaime I, n.° 18, de Zaragoza, en su colección de objetos artísticos, en su biblioteca y en su archivo. En todos estos se han apreciado pérdidas, siendo de destacar la correspondiente al archivo, muy diezmado por la extracción de documentos, que no han vuelto al mismo. En la biblioteca, monetario, ficheros, etc., ha ocurrido otro tanto, si bien es cierto que estas pérdidas ya se iniciaron con motivo de los dos Sitios sufridos por la ciudad en 1808 y 1809"

Prosiguiendo con la cuestión de la relación entre Félix de Azara y la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, Torner y de la Fuente (1892: 33), dice:

"Antes de esta última fecha [1780]*, el mismo año en que ascendió a Ingeniero ordinario, en 1776, el Ayuntamiento de Zaragoza dirigió una representación a S. M. el Rey don Carlos III, acompañando otra firmada por el conde de Santiago, el de Sobradiel, el marqués de Ayerbe, D. Ramón Pignatelli, y otros ilustres aragoneses*[27]*, exponiendo el deseo de establecer una Sociedad Económica de Amigos del País, parecida a la de Madrid, fundada con anterioridad. El Rey aprobó los estatutos, y la Sociedad quedó establecida,* ***siendo uno de sus primeros individuos Félix de Azara, que, de haber permanecido en Zaragoza, hubiera contribuido con sus luces a los patrióticos fines con que se instituyeron, cosa que no pudo verificarse*[28]*,*** *puesto que se hallaba en San Sebastián prestando servicio de su clase desde que su herida le permitió desempeñarlo."*

Por supuesto, que en este texto hay datos equívocos e información incompleta, y, además llama la atención el uso del potencial especulando –en el párrafo destacado con negrita– acerca de lo que hubiera hecho de permanecer en Zaragoza y eso se trataría, como en otros casos ya enunciados, de historia contrafactual, un pecado historiográfico no permisible. Como ya hemos visto previamente, Félix de Azara estuvo desde 1775 hasta 1779, no en San Sebastián sino en Cataluña, con residencia posiblemente discontinua en Barcelona, pues realizaba tareas de campaña como ingeniero militar.

Carmen Mora (1972: 40) enumera, siguiendo a José Sinués y Urbiola (1949: 21), entre las personalidades fundadoras a "…los amigos de don Ignacio [Jordán de Asso y Del Río]", al Marqués de Ayerbe y don Juan Antonio Hernández de Larrea, quienes

"... habían observado las ventajas de la Económica matritense y se fundó la de Zaragoza".

Por su lado, María-Dolores Albiac Blanco (2000: 24) agrega entre los integrantes e iniciadores, al obispo Palomeque y Lezo, al duque de Hijar, al duque de Villahermosa, el marqués de Lazán, a Ramón de Pignatelli y a su hermano el conde de Fuentes, además del conde de Aranda (quien lo habría hecho a través de un representante pues estaba ausente[29]), el conde de Fuenclara, el conde

27 Carmen Mora (1972: 40) enumera, siguiendo a José Sinués y Urbiola (1949: 21), entre las personalidades fundadoras a "*…los amigos de don Ignacio* [de Asso y Del Río]", al Marqués de Ayerbe y don Juan Antonio Hernández de Larrea, quienes "*... habían observado las ventajas de la Económica matritense y se fundó la de Zaragoza".* Por su lado, María-Dolores Albiac Blanco (2000: 24) agrega entre los integrantes e iniciadores al obispo Palomeque y Lezo, al duque de Hijar, al duque de Villahermosa, el marqués de Lazán, Ramón de Pignatelli y su hermano el conde de Fuentes, el conde de Aranda (quien lo hace a través de un representante pues está ausente), el conde de Fuenclara, el conde de Ricla, también incluye *"al propio Félix de Azara"* y a *"algunos burgueses como Martín de Garay, miembros del clero secular y representantes del Ayuntamiento* [de Zaragoza]" . La misma autora (M. S., en prensa), dice: "En 1776 "…lo invitan [a Félix de Azara] *a fundar la Real Sociedad Económica Aragonesa de los Amigos del País con la que siempre colaboró para difundir las ideas ilustradas, promover los estudios, la lectura, los adelantos y la mejora de su región."*

28 El resaltado es nuestro. Téngase en cuenta cómo Torner y de la Fuente (1892), seguidor en gran medida acrítico de lo aportado años antes por Basilio Sebastián Castellanos de Losada, advierte en modo potencial acerca de lo que hubiera podido hacer Félix de Azara de no haber estado lejos –es decir una situación historiográficamente contrafactual y por entero imaginaria– pero, prudentemente destaca el hecho de que nada pudo verificarse al respecto.

29 La presencia del conde de Aranda en la Real

de Ricla, también incluye *"...al propio Félix de Azara"* y a *"...algunos burgueses como Martín de Garay, miembros del clero secular y representantes del Ayuntamiento* [de Zaragoza]*"* . La misma autora (M. S., en prensa), dice: *"En 1776. (...)...lo invitan* [a Félix de Azara] *a fundar la Real Sociedad Económica Aragonesa de los Amigos del País con la que siempre colaboró para difundir las ideas ilustradas, promover los estudios, la lectura, los adelantos y la mejora de su región".*

Horacio Capel Sánz (2006: 95) reconoce a Félix de Azara como uno de los cofundadores de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, pero al hacerlo, simplemente reitera referencias bibliográficas que atribuyen certeza a ese hecho.

La mayoría de los historiadores y biógrafos lo entendieron, así e inspirados por las falsedades del cancerbero mercenario y póstumo que fuera Basilio Sebastián Castellanos de Losada. Contando con ellas y con el invento facilitador y casi lógico para el lector desprevenido y que él proveyera acerca de la supuesta actuación de Félix de Azara en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, atribuyeron a una etapa densa cumplida dentro de la misma, el papel de un supuesto espacio temporal en el cual, el todavía ingeniero, se hubiera entrenado y accediera al mayor caudal de elementos propios de la Ilustración y, gracias a ello, se habría transformado en un propagador activo de la misma y un ejecutor ilustrado de hazañas exploratorias, cognitivas y bibliográficas como las que desarrolló –ya en carácter de marino y demarcador fronterizo–, en sus dos décadas americanas. Sin embargo, este enfoque es irreal y no da respuesta alguna a los interrogantes que aún subsisten entre los biógrafos e historiadores acerca del génesis de su pensamiento y de su obra en esos años americanos, que fueron aquéllos en los que se asentó la prestigiosa figura que hoy recordamos.

Hemos visto cómo muchos autores asignan a Félix de Azara un papel fundacional, otros de asiduo asistente, de corresponsal, de activo ejecutor de proyectos propios o conjuntos con miembros de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, o por encargo de la misma. Así tenemos –entre muchos otros– a Carlos Forcadell Álvarez (1985), Antonio Elorza (1965), Jean Sarrailh (1981), Andrés Galera Gómez (2006: 282), Horacio Capel (2006: 89)[30]. Incluso personalmente (Contreras Roqué, 2006: 171) hemos reiterado esa interpretación errónea, a la que estamos revisando en este momento, y habiendo ahondado con mayor hondura en la historia de la institución, nos hallamos solamente en condiciones de decir que la misma pudo haber sido conocida y respetada por Félix de Azara, lo mismo por parte de sus hermanos Eustaquio y José Nicolás (con respecto a este último hay correspondencia que implica relacionamiento personal con la misma), pero desde la publicación de José Francisco Forniés Casals (1979) de los índices de las Actas de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, quien después de revisar detenidamente los treinta y cuatro libros con más de diez mil páginas manuscritas de las mismas, e indexar todas las intervenciones propuestas y temas tratados en las juntas generales de la Sociedad, entre 1776 y 1808, no ha encontrado mención alguna de ninguno de los Azara.

Si las hubiera, las mismas o –al menos las referidas a Félix– deberían contarse en los 273 folios del libro manuscrito que va desde 1776, el año de la fundación de la Real Sociedad, hasta 1781, cuando Azara se alejó hacia el Río de La Plata, y no existiría en él la menor mención, como se deduce del índice onomástico de la contribución citada de Forniés Casals (1979). Hemos visto que la mayor actividad de la Sociedad recién se desplegó en la década de 1780 a

---

Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País fue un hecho de particular importancia para la misma, tanto por su fuerte y prestigioso arraigo regional como por su fuerza política como jefe implícito del Partido Aragonés. En los años iniciales de la Sociedad en Zaragoza, que actuaba desde 1776, la presencia del conde de Aranda estuvo muy afectada por la intensidad de sus actividades y por su papel de representante diplomático de España ante la corte francesa. Forniés Casals (2009) trata acerca del papel de la "otra nobleza titulada" en el seno de la Sociedad, y en un artículo ulterior (Ferrer Benimelli, 2009) hace la historia del relacionamiento permanente del conde de Aranda con Aragón, constatándose el hecho de que fue fundador tanto de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País como de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, pero en ambos casos lo fue "a distancia", por la ya indicada condición de embajador. Participó por un mensaje enviado de la sesión inaugural y contribuyó con un alto subsidio anual para las finanzas de la Sociedad. Luego escribió cartas sobre temas específicos recomendando acciones para la institución, por ejemplo sobre la canalización del río Ebro. A partir de los años 1776-1780 entró en un relativo silencio aunque sin menguar su apoyo. En 1787 acudió por primera vez a Aragón, después de muchos años, se reunió con sus consocios y visitó el canal imperial. Siguió colaborando prácticamente hasta su muerte, siempre con estímulo e iniciativas hasta su muerte en 1798.

30 Este autor se cuenta entre aquéllos que asignan a Azara arbitrariamente el papel de **socio fundador** de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, información que es absolutamente descartable ante la documentación de la propia Sociedad (Forniés Casals, 1979). Sabemos que los socios fundadores de la Real Sociedad **fueron diez**, entre ellos el conde de Torresecas (José de Villalpando y Rozas), también lo fue el Canónigo del Salvador y Pilar, Juan Antonio Hernández (Viamonte Lucientes, 2001: 59). Este último autor (Ibid.,: 51) dice que *"…en las dos primeras Juntas* [Tomás Fermín de] *Lezaún no aparece como miembro. Esto no empece para que lo podamos considerar como socio fundador…".*

1790, y también continuó con intensidad hasta 1803, año en el que la crisis política y social en la que cayó España incidió negativamente sobre ella, de modo que esas actividades se cumplieron enteramente en ausencia de Félix de Azara, fuera o no miembro social de la misma.

Arribar a esta conclusión fue en cierta medida lastimoso para nosotros: era simpática y coherente la visión de Félix de Azara y sus hermanos mayores Eustaquio y José Nicolás, conviviendo y cooperando con el grupo más avanzado y entusiasta del pensamiento y la praxis ilustrada de Aragón en esos años centrales de la activación reformista del siglo XVIII. Sin embargo no fue así y, en consecuencia, resulta necesario buscar en fuentes paralelas pero diversas la verdadera procedencia de la inspiración y el entrenamiento en las actividades ilustradas del futuro naturalista en el último quinquenio de su residencia en la metrópolis antes de sus largos años americanos.

Sin embargo, el destino nos reservaba una sorpresa antes de que estas páginas entraran en prensa: una búsqueda detenida en la documentación preservada en la Real y Excelentísima Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, prolongación actual de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del país en Zaragoza, permitió descubrir un acta correspondiente al 17 de mayo de 1776, en la que consta la aceptación de Félix y Eustaquio de Azara y Perera como socios de la institución[31]. El haber arribado documentalmente a esta conclusión no mengua en nada el comentario crítico anterior. Si bien apareció un comprobante de la membrecía de dos de los hermanos Azara en la Sociedad, no hay todavía –y posiblemente lo la haya– constancia ni sobre la participación activa, ni sobre la continuidad de la relación de ambos con la institución, al menos hasta 1808, el primer período de funcionamiento y el más clásico denso y el único realmente ilustrado de la misma. En el caso de Félix, ya hemos reiterado su relativamente pronta desaparición del horizonte español y su distancia de los acontecimientos peninsulares acaecida en 1781, alejándose antes del período especialmente activo de la Sociedad, que justamente se inicia en 1782. En cuanto a Eustaquio, falta por completo documentación inherente a su relación con la misma entre la fecha de su alta, en 1776, tres meses después la iniciación de las actividades societarias, hasta producirse su fallecimiento en 1798. Conviene agregar que si se hubiera tratado la presentación de ambos hermanos Azara y Perera, de una respuesta formulada ante una invitación honorífica de la propia Sociedad, o si fueran ambos considerados socios fundadores, el acta no diría meramente *"admitidos por socios"*.

Con ese hallazgo sólo se puede hasta el presente probar que ambos hermanos simpatizaron con la Real Sociedad y que se asociaron a la misma. Nada sabemos aún de la calidad de socios que ostentaron y si en algún momento se les dio de baja, en especial a Félix que en febrero de 1782 se embarcó hacia América. También queda abierto el interrogante acerca de si alguno de ellos, o ambos sostuvieron relaciones epistolares con la sociedad. De poderse hallar pruebas de esta relación y acerca de sus razones se arrojaría más luz sobre un período del que tan poca información conocemos sobre ambos hermanos.

Por último, corresponde después de analizar la actuación de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, el entrar a terciar en el debate acerca de su real papel, influencia y trascendencia en la historia de la Ilustración del siglo XVIII español. El tema es complejo. En primer lugar, 1808, que sería el año final del siglo que tratamos según la extensión temporal que hacen, con mucho fundamento diversos autores, muestra que esa fecha marca la culminación de la primera etapa de las Sociedades, que ya no fueron las mismas –aunque muchas subsistieran largamente– incluso alguna hasta la actualidad. Metodológicamente nuestro concepto abarca sólo a las Reales Sociedades Económicas de la Ilustración española.

Como lo señala Gonzalo Anes (1969), su espíritu inicial se traspasa en parte al período posterior a la Guerra de la Independencia (1808-1814), pero teñido ya de un matiz liberal que, si bien podría arraigar en el iluminismo previo, tiene elementos diferenciadores como suficientes para merecer un trato independiente. Muy bien postula Eloy Fernández

31 El texto de la misma (correspondiente a la Junta del 17 de mayo de.1776, págs. 19b y 20) es el siguiente: *"Finalmente… (...)...fueron admitidos por socios con propuesta del Sr. Contador D. Ramiro Arnau (cuesta entenderlo), los S.res D.n Eustaquio Azara Monje Benito* [sic = Benedictino], *Abad de Amer, en el Principado de Cataluña, D.n Félix Azara Capitán de Ingenieros y D.n Andrés Aznar Ten.te Coronel de artillería... (…)…Todo lo cual sucedió ássi certifico. Zarag.a 17 De Mayo de 1776."* Este documento fue redactado en mayo de 1776, es decir, sólo tres meses después de la apertura de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. En el acta inicial que se suministra en este mismo capítulo, figura como contador Ramón de Amat. ¿Podría tratarse de algún error o haberse dado el cambio tan pronto en el seno de la comisión de la Sociedad? Ramiro Arnau podría ser simplemente un contador, miembro de la Sociedad que avalara las presentaciones de los hermanos Azara, sin ser el Contador de la Sociedad. Revisando la lista onomástica que brinda José Francisco Forniés Casáls (1979: 315-319) de personas que aparecen en las actas de la Real Sociedad entre 1776 y 1808, figura Ramón Amat y Mauleón de Osorio, reiteradamente como contador de la Sociedad. No así Ramiro Arnau, quien no es nombrado y, por si se tratase de un error de transcripción paleográfica, en los nombres iniciados con la letra A, no figura tampoco ningún Ramiro.

Clemente (2004: 24), que en los "tiempos dorados" de las sociedades, hubo una intensa acción idealista que se desplegó tanto cuanto pudo, pero que de ella quedan elementos para una loable imagen de haber actuado y sobrevivido en un estrecho margen entre el idealismo y el temor de las mayorías estamentarias y de las instituciones regalistas, que limitó en gran medida los alcances y las metas propuestas.

Ramón Carande (1969: 133, *passim*) elogia el equilibrio y moderación que lograron los reformadores ilustrados en *"un país extremoso"* como España, más aún cuando el resultado de sus acciones dependía en última instancia de factores extraños al ámbito de las propias Sociedades.

Otros historiadores centran el balance en los aspectos positivos, educativos y de generalización del espíritu de progreso, al menos en un sector relativamente significativo de la sociedad española. Esto sucede con Roberto Fernández Díaz (1993), quien no deja de considerar, de algún modo, peyorativamente a los principales actores humanos, como si hubieran sido elementos elitistas y minoritarios, pero que lograron el propósito mínimo de establecer un diálogo abierto, aunque limitado con los sectores de mayor peso en el manejo final de la política hispana. La valoración educativa de la labor de las Sociedades estaría en el segundo lugar del enfoque reformista y ha contado con notables figuras empeñosamente dedicadas a esa finalidad. En el plano general se destaca la permanente preocupación de Gaspar Melchor de Jovellanos, y en cuanto a la adecuación de la tarea universitaria la intensa acción desplegada al respecto por Pablo de Olavide y Jáuregui en Sevilla.

Un factor que ha reducido la trascendencia historiográfica y en la memoria colectiva de todo lo referente a las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, ha sido la inercia de la percepción colectiva –en su momento histórico– de los cambios introducidos en la sociedad española en general. Recordemos que tanto los términos cambio como progreso encierran conceptos semánticamente novedosos y en buena medida iniciaron su vigencia con el apogeo de las Luces, y para su minoría de propulsores. No fue así todavía para los receptores y beneficiarios directos de ambos procesos. Como dice Gonzalo Anes (2002: 143):

"La historia humana es continuidad y es cambio. No podemos dar testimonios fidedignos de cómo las gentes de tiempos remotos vieron las continuidades y cambios. Sí sabemos que hubo épocas en las que no se tenía conciencia de que las cosas cambiasen en forma radical, sino, más bien, de que todo permanecía más o menos estable".

Podría hacerse muy larga la lista de aportes críticos sobre el vasto tema de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, pero, como síntesis valorativa final, podemos hacer nuestras las palabras de Eloy Fernández Clemente (2004: 25), cuando dice

"Concluimos, sin embargo con las palabras más entusiastas de Luis Miguel Enciso Recio (1990): si "hoy se ve la obra de las sociedades como un proyecto inacabado, utópico, en ocasiones y, a veces excesivamente condicionado por las acciones de gobierno, pero prometedor y de progreso", su aportación a la cultura y a la educación y "las experiencias que acometieron para mejorar la agricultura, el comercio, la industria o las comunicaciones, sus tímidos pero no desdeñables esfuerzos en el campo de la asistencia social, su apoyo a nuevas experiencias urbanísticas o a la reforma administrativa, hicieron de las sociedades una seria palanca de renovación y progreso". Por eso, a la hora de volver la vista hacia los grandes momentos de avance en el pasado, siempre nos quedará la Ilustración, y su brazo más eficaz, el económico: las Reales Sociedades de Amigos del País".

Capítulo XI

Actividades de Félix de Azara entre 1775-1780

"...sé que el mejor lugar para vivir y aprender no es un aula, [sino] *un ateneo* [1]*..."*
[Robert B. Laughlin, **Un Universo Diferente**, 2007, p. 248]

El período que vamos a tratar es uno de los más intensamente nodales de la vida de Félix de Azara, lo es porque en él, muy posiblemente, se produjeron los movimientos y remociones interiores que condicionaron la orientación futura de su vida mental, de sus actividades prácticas y de su posición ante la vida y ante su tiempo. No en vano el período se inicia para Félix de Azara, cuando en el mes de julio de 1775 quedó tendido en la playa arenosa de Argel, con una herida en su pecho, que bien pudo haber sido mortal si no hubiera tenido una casi providencial asistencia, debido a la cual, resultó salvado por una serie de circunstancias que difícilmente concurren sobre un herido grave, más aún en una playa enemiga y en medio de una acción bélica fracasada. El hecho mismo de su supervivencia es de por sí una circunstancia vital y espiritual excepcional y capaz de influir fuertemente en el destino del que la protagonizara.

Cuando tuvo lugar el suceso, Félix contaba con treinta y tres años de edad, y los había cumplido apenas dos meses atrás. Transitaba su vida uno de los momentos decisivos, tal vez el más fuerte de la secuencia de sacudidas psicológicas que se suceden casi sin excepciones en una vida normal, y que se dan con más intensidad aún en una que presentaba, como era el caso de Félix, ciertos rasgos de excepcionalidad, no tanto porque diera hasta el momento asentadas muestras de valía personal, de lucidez o de capacidad productiva en un arte o ciencia particular, sino por la serie de circunstancias externas que había vivido y superado.

Las suyas hasta los sucesos de Argel fueron, más que trascendencias externas, una sucesión de marcas y huellas internas, de las que no tenemos prácticamente testimonio, pero que resultan evidentes y de consideración imprescindible en la interpretación de quien pasara por las vicisitudes por las que él atravesó.

Como quiera que fuese, esa realidad interior suya, hay algo que se nos hace cada vez más sensible en la medida en que analizamos en detalle la vida de Félix de Azara, y es una creciente noción de cierto retraso temporal en el arribo a cada etapa importante de su vida. Seguramente, se trató de la combinación de rasgos idiosincráticos personales, con otros propios de su condición de infanzón rural, procedente de una parcela quieta y sosegada del Altoaragón, donde todo llegaba asordinado y con una cuota de rezago con respecto a lo que sucedía en las vidas gaditanas, madrileñas, valencianas, sevillanas o salmantinas de otros de los copartícipes de su generación, quienes ya estaban iniciándose en el pleno y activo acogimiento del pensamiento europeo ilustrado y comprometiendo sus vidas con esa renovada visión del mundo en tiempos en los que él todavía aparece como ajeno, al menos en cuanto a exteriorizaciones conocidas, a esas actitudes y adhesiones.

Como en muchos otros casos de carencia de información directa sobre nuestro protagonista, debemos volver a recurrir a las biografías mejor conocidas de personalidades de su tiempo, en edades equivalentes, y en circunstancias de algún modo compartidas, para extraer en la medida de lo posible eso que, en mayor o menor grado, tienen de común los coetáneos configurando así, como ya hemos visto detalladamente a las generaciones particulares.

También nos hemos aproximado a José María Blanco White, y lo hicimos con referencia a su infancia, en la que experimentó tribulaciones que bien pudieron ser similares a las de Félix de Azara. Ahora nos toca encarar, otra vez comparativamente, su mocedad, la que transcurrió en la populosa Sevilla. Un fragmento de la magnífica obra biográfica de Fernando Durán López (2005: 48, *passim*), nos cuenta que *"...los adolescentes de su generación tenían que optar entre dos vías: conformarse con las cosas como se las enseñaban –esto es, rutinarias, adocenadas, sin vitalidad–, o bien procurarse una instrucción moderna y por cauces alternativos. Por decirlo con sus palabras en las* ***Letters from Spain****, "en todas las universidades españolas* [...] *he observado la misma lucha entre el genio*

emprendedor y la ignorancia establecida".

"Esa temprana bifurcación de caminos caracteriza la mocedad de los hombres de la Ilustración española: había que desengañarse del estado de las cosas –salir, pues de un engaño colectivo– y eso requería un movimiento interior, moral no menos que intelectual, que liberase una reacción. Ese desengaño primero solía venir de la mano de los libros, de los maestros, o de las ambas cosas a la vez. En el caso de José María Blanco, el conformismo era lo que su familia reaccionaria y su entorno clerical le empujaban a seguir; la otra vía, sin embargo, es la que él decidió tomar, encontrando o escogiendo otros mentores y otras lecturas que regaron el terreno labrado ya por Feijóo."

"Eso que él dijo ser a la altura de 1790, es lo que llamamos ilustración, noción que, como es lógico, arropa infinidad de opciones personales y de caminos intelectuales dispares, pero con la que queremos abrazar toda una época. Racionalidad y sensibilidad, pensamiento crítico, individualismo, secularización, reforma del Estado y de la sociedad, fe en el progreso… Kant lo dijo mejor que nadie en 1784[1] : Ilustración es cuando el hombre abandona su autoculpable minoría de edad, cuando deja de ser incapaz de conducir su entendimiento sin la guía de otro. "Para esta Ilustración", escribe el sabio de Königsberg, "únicamente se requiere libertad, y por cierto, la menos perjudicial entre todas las que llevan ese nombre a saber, la libertad de hacer siempre y en todo lugar ***uso público*** *de la propia razón". Una vez que cada cual toma las riendas de su entendimiento, nadie sabe hasta dónde se atreverá a llegar. Cuando en Sevilla ese adolescente sensible, atemorizado por las devociones religiosas en que había vivido, optó por pensar por su cuenta, no tenía ni idea de la energía interior que liberaba, y nadie a su alrededor lo podía adivinar. Esa rebeldía secreta es la semilla de la que germinará Blanco White, pero ahora toca explorar los primeros pasos del joven sevillano en un mundo que siempre será para él agresivo y doloroso".*

En comparación con la temprana edad y la intensidad de la crisis de Blanco White, percibimos qué tardío fue para Félix de Azara su alejamiento primero de Barbuñales hacia Huesca y, tardío también fue su paso hacia la vida militar. El silencio del cuartel o de las aulas académicas llenó años suyos que en otros de sus coetáneos despertaron más bullicio exterior en lo creativo. En tanto, y en su interior, en el bullir de los sentimientos y de las pasiones. En esos medios resultaba muy difícil, por imperiosas que fueran las circunstancias internas, dar rienda suelta a crisis como la que vivió Blanco y que, en algún momento, debió de sobrepasar en forma parecida Félix de Azara.

En la particular posición en la que las circunstancias de su vida lo incluyeron, caracterizada por la fuerte dependencia externa, siempre cargada de novedades, de imperativos y de restricciones, necesariamente debieron de postergar para tiempos más sosegados las tribulaciones internas, las que recién encontrarían una vía de escape después de la experiencia traumática de Argel, durante su convalecencia. Las generaciones humanas están siempre plenas de espacios de destiempo, un factor más de su diversidad de orientación, pero también de la complementariedad que finalmente emana del conjunto humano implicado, y que se hace sensible cuando se realiza el estudio historiográfico del fenómeno generacional.

Ya desde su vida universitaria, que lo obligó a alejarse de Barbuñales, tuvo Félix de Azara reclamos externos suficientemente imperiosos como para vivir ajeno a las que eran experiencias corrientes en los años mozos de otros contemporáneos. Como en el bello poema **Salamanca** de Miguel de Unamuno (1977: 20), es posible que la pacata y recatada Huesca dieciochesca, más aún viviendo en ella casi enteramente sumido en el mundo catedralicio en sus horas libres, que transcurrieron solitarias, posiblemente en el estudio teológico, rodeado de texto sacros y bajo la tutela estricta de su tío, el Maestrescuela catedralicio don Mamés, no le dejara siquiera saber de

"Amores que nacieron como nace
en los trigales la amapola ardiente
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño

"El dejo amargo del Digesto hastioso
junto a las rejas se enjugaron muchos,
volviendo luego, corazón alegre,
a nuevo estudio

"De doctos labios recibieron ciencia
mas de otros labios palpitantes, frescos,
bebieron del Amor, fuente sin fondo,
sabiduría.

"Luego en las tristes aulas del Estudio,
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos encendidos
en sed de vida."

De los cursos de filosofía y de teología y cánones –los fatigosos digestos– salió por una puerta lateral en una búsqueda que era, a su modo, la de su realización vital y, otra circunstancia sobre la que tal vez, nuevamente con Unamuno (*ibid.;* 71), pudiera poner en su boca esta estrofa:

"Cerré el libro que hablaba

1 Immanuel Kant [1724-1804]. Filósofo alemán nacido en Königsberg, la capital del ducado de Prusia. Es autor de un vasto sistema filosófico cuya vigencia se mantiene como signo de una etapa esencial de la historia del pensamiento humano, a pesar de los dos siglos que nos separan de su vida. En 1784 –un año prolífico de su producción– publicó **Idea de una historia universal con intención cosmopolita y Respuesta a la pregunta ¿qué es la Ilustración?**

de esencias, de
existencias, de sustancias,
de accidentes y modos,
de causas y efectos,
de materia y de forma,
de conceptos e ideas
de números, fenómenos,
cosas en sí y en otras, opiniones,
hipótesis, teorías…
Cerré el libro y abrióse
a mis ojos el mundo."

La maduración de este sentimiento pudo haber quedado para los más de dos años trascurridos nuevamente en Barbuñales. Félix de Azara, constitucionalmente no era hombre de pensamiento especulativo, de perderse en los laberintos de la retórica, de lecturas abstrusas y –ni siquiera– de discusiones abstractas. Generacionalmente, aunque en relativo aislamiento, era partícipe de la promoción humana que más plenamente había absorbido la obra del padre Feijóo. No tenemos la menor certeza de que lo haya leído, pero conocido sí: sería casi una rareza que pudiera ignorarlo en esos años. La juventud, los profesores más avispados y abiertos a los tiempos que corrían, emanaban, lo quisieran o no, su dejo feijóoniano. Necesariamente, en esos tiempos de la España dieciochesca, al vasto teatro del mundo sólo se podía acceder con pensamiento crítico y lejos de la superstición.

El benedictino pensador asturiano por adopción ya que era nativo de una aldea cerca a Orense, Galicia, con todos los defectos de época que se le quieran atribuir, fue el gran asimilador de Moréri[2] y de Bayle[3], de las inquietudes de los alumbrados y del fruto intelectual madurado en las tertulias y asociaciones que nacieron con el gran cambio generacional de 1680 (Maravall, 1991; Ayala Martínez, 2000[4]). Entre 1726 y 1739, sus obras corrían, se leían y debatían por los salones, por las universidades, los Colegios, los cuarteles y hasta por los conventos. Ni siquiera la corte se sustraía, menos aún la de la Nueva Planta, de su lectura orientadora. Las polémicas –y las hubo densas y enconadas–fueron protagonizadas todas por escolásticos rutinarios y mediocres, por detractores que iban al detalle y no al fondo de lo que objetaban, casi todos ellos eran pobres sombras del Antiguo Régimen, endurecidos por la escolástica, a las que la ilustración naciente iba aventando hacia afuera de la historia ante todo, a los livianos, y dejando en soledad a los más duros. Contribuyeron así esos debates enconados centrados en las ideas y expresiones de Feijóo, a difundirlo y consolidarlo aún más en el ambiente intelectual español.

La obra ejemplar de Fernando Durán López (2005) dice muy bien:

"¡Gloria al benedictino!...(…)…No sé si sé ha valorado en plenitud los profundos surcos de vida racional que labró Feijóo en las almas de varias generaciones de españoles, labor primeriza que es indispensable para la siembra. Cuando se diga que su pensamiento no es original, que sus ideas son tímidas, que es un ensayista diletante y mero divulgador, en vez de filósofo riguroso, pasa por alto que su grandeza radica en eso justamente, en haber dispersado con estilo fácil y cautivador, una semilla crítica que estuvo germinando durante décadas"

Si como algunos autores lo insinúan, pero sin contar con corroboración documental, hubo correspondencia desde temprano entre José Nicolás y Félix

2 Luis Moréri [1643-1680]. Fue un sacerdote francés, que antes de ordenarse estudió retórica y humanidades. Más tarde teología en Lyon. Afectado por tuberculosis, falleció joven aún. Su mayor dedicación y el mérito por el cual perdura en la historia es por su obra precursora del enciclopedismo moderno: **Le grand Dictionaire historique, ou le melange curieux de l'histoire sacré et profane**. Fue ésta una obra de enorme incidencia en su tiempo, publicada en 10 tomos en Lyon, en 1674, que en menos de un siglo tuvo veinte reediciones. Trató en su obra de salvar errores o ideas equívocas que venían de la antigüedad, guardando bastante libertad de expresión, lo que lo hizo precursor de la obra de Pierre Bayle, su mucho más audaz **Dictionnaire historique et critique** publicado en Francia, en 1695, con el que prosigue el camino que culminará con la **Encyclopédie**, ya en la segunda mitad del siglo XVIII.

3 **Pierre Bayle** [1647-1706], aventurero, erudito y escritor francés nacido en Carla-le-Comte (actualmente Carla-Bayle), fue criado en un ambiente de calvinismo, pero abjuró de ese credo en 1669 y entró al colegio de la Compañía de Jesús en Toulouse. Muchas dudas se han expresado acerca de la sinceridad o el oportunismo de esa conversión, pero el hecho concreto es que en el término de un año Bayle retornó al protestantismo, tornándose relapso para los católicos y sospechoso para los calvinistas (Niderst, 1984: 189), y ésta fue una de las causas de su vida errante, siempre en busca de seguridad y de paz para escribir. Suele vinculársele con Bernard le Bouvier de Fontelle [1657-1757], por más que su vidas e ideas fueron muy distintas. Bayle es considerado uno de los grandes precursores de la ilustración. Su obra máxima fue su citado **Dictionaire historique et critique** publicado en Francia, en 1695, reiteradamente reeditado y que le trajo serios conflictos con la censura de la Sorbona y de la Inquisición, que es claro antecedente tanto de la obra del padre Feijóo como de la **Encyclopèdie**

4 Dice de estas promociones precursoras humanas (Ayala Martínez, 200: 362): *"El año 1680 es la fecha escogida por los historiadores para señalar el despegue de la mentalidad típicamente barroca a otra de mayor preocupación por la ciencia moderna. Es verdad que fueron pocos los hombres de ciencia que había en España a finales del siglo XVIII, pero representan el inicio de un movimiento socio-cultural (los Novatores) del que saldrá la Ilustración Española".*

de Azara, bien pudo ser ésa la vía de llegada de las ideas de Feijóo al menor de los hermanos: en el inventario parcial de la Biblioteca de José Nicolás, efectuada después de su muerte, en 1804 (Sánchez Espinosa, 1997), no sólo figura una edición del **Teatro Crítico Universal** en 4 volúmenes, de Madrid, 1730, sino también una profusa enumeración bibliográfica que muestra que al par que la biblioteca del

"... funcionario reformista al servicio de la política regalista de su gobierno, se sitúa la del ilustrado. El elenco de nombres y ediciones presente en el ***Catálogo*** *de venta no deja lugar a duda en cuanto* [a] *la inclinación de Azara hacia el movimiento de las Luces. Hallamos en el* ***Catálogo*** *de venta obras de d'Alembert, Beccaria, Bielfeld, Buffon, Condillac, Denina, Diderot, Duclos, Franklin, d'Holbach, Galiani, Giannone, Gibbon, Grotius, Helvetius, Hume, Locke, Malby, Muratori, Pope, Raynal, Robertson, Rousseau y Voltaire. Están las obras de los mauristas. Posee completa la* ***Encyclopèdie*** *de Diderot y d'Alembert, a la que estuvo suscrito probablemente desde su llegada a Roma* [en 1768]*, sin faltarle siquiera sus suplementos, volúmenes de estampas e índices, en total, treinta y cinco volúmenes..."*

En la vida del regimiento lo sorprendió, y quizá lo suspendió, el alboroto, la ruidosa convivencia juvenil, la fatiga de la ruda vida de entrenamiento y –¿por qué no más de una vez?– la ira aragonesa, adusta y cerril ante el mando abusivo y arbitrario de los instructores y, quizá, de algunos oficiales, que ultrajaban su personalísimo celo de individualista a ultranza. Fueron años pasados raudos y casi sin huella, pues pronto salió de Galicia hacia Barcelona, del cuartel a la academia, hasta su egreso en ese año.

En julio de 1775, en la desdichada ocasión del desembarco en Argel y de su peligrosa herida, se sumaron así, dos de los más agudos procesos interiores que suelen tener lugar en un hombre de su edad, especialmente si su mente es sensible y abierta, y si el poderoso incentivo que significan el dolor moral y los contrastes de un difícil desempeño en la infancia y la adolescencia, que perduran soterrados o manifiestos, tienen que haber agudizando lo que suponemos debió afectarle.

La primera de las situaciones interiores ha sido poco tratada, aunque infinidad de personajes vivientes y de protagonistas ficticios de novelas y relatos, la vivieron con intensidad. A pesar de que hay antecedentes que soslayan la cuestión, ésta se vio particularmente puesta de manifiesto por una publicación póstuma de Carl Gustav Jung, recién descubierta y publicada hace muy poco. El autor prácticamente cofundador con Sigmund Freud del campo de la psicología analítica y como dice Sara Corbet (2009: 10) *"fue responsable de popularizar la idea de que la vida interior de una persona merecía no sólo atención sino una esmerada exploración"* pues, Jung llegó a considerar la psiquis como un lugar intrínsecamente espiritual, dotado de fluidez y de enorme extensión, al modo de un océano, en cuya extensión flotaban las fuentes espirituales y anímicas esenciales de la persona.

La obra total de Jung es muy extensa, pero –fuera de ella– permaneció inédita una serie de cuadernos, preservados por él como papeles íntimos y celosamente guardados por sus albaceas, que constituyen lo que se llama ahora el **"Libro Rojo",** recién editado en 2009. La tesis central de esos escritos se desprende del hecho de que, cubriendo como lo hacen la vida psíquica de un hombre entre los treinta y los cuarenta años, la misma encierra una crisis considerada casi universal –arquetípica en el sentido que le dio Jung a ese concepto–, común a todos los seres humanos, pero que resulta particularmente experimentada en los más sensibles o en aquéllos que llegan a esa edad con mayor huella de una vida espiritual intensa y profunda.

También cuando el conjunto de vivencias anteriores es sentido como doloroso o perturbador por el sujeto. En esa edad surgen con intermitencias, tal vez concentrados en algún momento especial o como respuesta a una causa externa conmocionante, torrentes de impresiones, vivencias que llegan como una especie de *"río incesante"*, incluyendo hasta *"imaginaciones activas"* que actúan primero subterráneamente y que, al fin, se desatan dando lugar a un período en el que los más sensibles se ponen "cara a cara" con su subconsciente en un estado de desasosiego que deja honda y perdurable huella en la persona, y al que Jung describe como una suerte de sacudida interna, merced a la cual el hombre o la mujer protagonista, casi *"se pierde a sí mismo"*. La solución más feliz de la crisis es poder acceder, tras la misma, a un reencuentro consigo mismo. Entonces la vida se reorienta, adquiere un sentido más profundo y aspira a valores y conocimientos con los que, tal vez, nunca soñó.

Como lo hace notar Pedro Laín Entralgo (1969: 67),

"...Scheler y Ortega, han subrayado con acierto y energía la total incomunicabilidad de los sentimientos vitales relativos a nuestro cuerpo...". Entre estos sentimientos vitales se cuenta tanto el peligro, anatomofisiológicamente considerado y objetivable, como la sucesión de acontecimientos internos que se generan en el sujeto de tales afecciones, que cobran *"vigencia propia de la situación peligrosa"* (*ibid.*: 66) en la historia espiritual del mismo, y pudiendo llegar a obligarlo a cambiar de vida o, como dice el mismo Laín, a morir biográficamente, al menos en el sentido direccionado (o vectorial como dijera Julián Marías, 1970) del desarrollo vital. Pocos sucesos pueden llegar a ser tan graves como la sensación de muerte inminente, unida al dolor, al estupor ante lo que, pre-

sentido como posible, ya está casi materializado en el hecho biográfico novedoso de la injuria física por una bala alojada en el tórax y con la posible percepción del entorno, donde yacían infinidad yacente y ensangrentada de compañeros de la acción bélica, algunos siendo pasados a degüello por los moros.

Indudablemente la vida de Félix de Azara tiene que haber experimentado de allí en adelante una conmoción tan intensa que no debió quedar ámbito de su espíritu y de su voluntad que no se viera afectado. La convalecencia asume una duplicación anímica, por un lado la necesaria reconstrucción de la esperanza y por el otro, el emposamiento espiritual definitivo de la idea concreta de mortalidad, que como dijera Antonio Machado, para el hombre occidental responde en mucho a la imagen homérica: *"tal como la generación de las hojas es la generación de los hombres"*. Esto retrata el concepto de alteridad inabarcable de la muerte para el occidental: al comparar las muertes individuales con las hojas que se marchitan y caen de un árbol, resalta la exterioridad con respecto al sujeto que cumple el acto de morir. Cómo y de qué magnitud se instaló la secuela de su seria herida en Félix de Azara es algo solamente imaginable, tal vez él mismo no lo percibiera por más que lo vivió activamente el resto de sus días.

Un ser rutinario, una mente pasiva, un ánimo sosegado con un ritmo de vida acentuadamente instaurado, apenas si puede experimentar una crisis como la que describimos, pues carece de estructuración interna como para darle cabida. Imaginemos a Félix de Azara, en el límite ya de su juventud, como muy relativizada se la concebía por entonces y, tal vez insatisfecho por una carrera que le deparara desde su egreso de la Academia de Matemáticas de Barcelona, una rutina cargada de obligaciones, de incomodidades y de grandes responsabilidades, porque se trataba de asumir la dirección de obras correctivas o preventivas de riesgos naturales, que implicaban vidas y haciendas y, a veces, la suerte de poblaciones, que no siempre eran pequeñas aldeas. Tal era su tarea primeriza como ingeniero militar de baja graduación, en un siglo como el XVIII, que, según dijera Joseph Wood Krutch (1947: 155) al referirse a la vida del erudito inglés Samuel Johnson, *"...una de las glorias del siglo XVIII es sin duda la de que sus guerras fueron relativamente incruentas y que sus grandes hombres, aunque estuvieron aherrojados por la dureza de un determinado sistema económico y social, mostraron muy rara vez la ferocidad característica de otras edades, incluso de las más inclinadas a proclamar su alta civilización...",* puesto que el reino lo dedicaba a la realización de obras civiles en parajes aislados pero sujetos a riesgo, en el interior de España y siempre estaba latente la posibilidad de tener que continuar su tarea en tierras de ultramar.

No poseemos cartas, testimonios ni documentos que nos digan qué pasó por la mente y el ánimo del joven oficial entre sus veintiocho y treinta y tres años, qué intereses, esperanzas, insatisfacciones y desconciertos habría vivido con respecto a sí mismo y a los demás, y también cavilando acerca de qué hacer con su vida y cómo orientarla satisfactoriamente.

Toda esa rutina incierta y apenas suficiente para terminar cada día en una ignorancia total de qué cauce vital lo arrastraba, hacia dónde iba y cuál era su futuro, terminó poco después del inicio de 1775 cuando –como hemos visto– España comenzó a preparar el ataque a Argel, y justamente fueron los ingenieros militares los que se vieron más comprometidos con las futuras acciones, dado que a ellos les correspondía primero, participar en la avanzada del asalto y ocupar las posiciones ganadas junto con la infantería y luego, en cada una de éstas, consolidarlas en una serie de bastiones que constituirían la cabecera de playa del desembarco y el afianzamiento exitoso de la invasión.

Los preámbulos de la acción bélica se dividieron en dos etapas: una de fuerte entrenamiento, y otra de ansiosa espera, pues debido a la inoperancia de los mandos y al clima se produjo el retardo de la partida hacia el teatro de las operaciones. Tras ese escenario interior, seguramente bullía la excitación, el temor y una especie de expectativa incitadora y cruel, como sucede en las vísperas de toda tragedia, y en especial en aquella que lo es en grado supremo como la guerra. Una incertidumbre sólo paliada por el entusiasmo por la novedad y por esa tan estrecha camaradería que suele suscitarse entre los jóvenes en esos días y horas predecesores de los acontecimientos bélicos que debían cerrar toda la serie de preparativos y aprensiones previos y en los que pondrían en juego sus vidas.

El hecho es que, iniciado el desembarco, saltó a tierra en la primera oleada y muy pronto cayó herido, estando todavía en la primera carrera bajo las balas, en la siniestra playa argelina, no lisa y abierta sino plena de parches verde-grisáceos de matorrales y sembrada de sombríos y atemorizadores berruecos, tras los cuales había tiradores otomanos emboscados y prestos para la defensa. Fue dado por muerto y pasaron a su lado las legiones españolas hasta quebrarse finalmente la ofensiva sin lograr su objetivo prefijado: se había subestimado la capacidad morisca para responder y no se había hecho trabajo previo de inteligencia: un error trágico y con alto costo en vidas humanas. El caso fue que la fidelidad de un marinero, que lo reconoció, comprobó que estaba aún vivo y le extrajo con su cuchillo la bala del flanco izquierdo de

su tórax [5], y la amistad con el conde de Fuentes, viejo conocido de su familia y su jefe directo en el regimiento Galicia, quien lo hizo conducir a su nave y le dispensó todos los cuidados posibles, hicieron que salvara la mayor crisis y entrara en un proceso de recuperación, que seguramente y por las características de la herida, a la que ya hemos descripto, debió ser prolongada y dolorosa, tal vez duró semanas o aún meses, aunque en noviembre –el acontecimiento de Argel fue en julio– parecía estar suficientemente recuperado, reintegrándose en plena convalecencia a su destino militar.

Todo lo que podemos hacer ante el silencio total que rodea a Félix durante el período de recuperación de su herida, es suponer lo que pudo pasar por su cerebro, como trabajó su imaginación y cómo pudieron plantearse y resolverse –si es que fue posible en todos los casos– las incógnitas, los interrogantes, las dudas y los temores que suscitó la situación de muerte inminente, que –como lo reconocen los especialistas– es uno de los incidentes más traumáticos que pueden darse en un hombre, particularmente si es joven y está en la plenitud de sus fuerzas. Se trata justamente del fenómeno de extravío de sí mismo, de desencuentro con su yo profundo del que habla Jung, y que es motivador de consecuencias que van desde opacamientos lamentables de la vitalidad espiritual o búsqueda de refugio en lo religioso o en lo supersticioso, hasta la sublimación anímica que acontece en los predispuestos a una vida mental y espiritual superior.

Aunque todo esto es subjetivo, creemos que ésta última, fue la alternativa preferencial de Félix de Azara: cobró conciencia del sentido de su vida, repasó en su interior sus frustraciones y angustias del pasado, de su niñez solitaria, e hizo su composición de lugar ante la finitud de la vida y el sentido de la misma. Éste fue un proceso entrañable en el que seguramente yace la raíz de muchos de sus rasgos personales posteriores, desde su particular religiosidad hasta el talante, entendido éste en la acepción que lo da como su forma personalizada del relacionamiento espiritual con los demás. ¿Cuánto del que sería su futuro tiene su clave y, tal vez su comienzo en estas meditaciones que se alternarían al principio con episodios febriles, o con intensos dolores a los que, de acuerdo con su temperamento estoico, habría logrado superar con fortaleza y decisión?

Desde el inicio de su curación, cuando ya fue capaz de valerse por sí mismo, en noviembre de 1775 y hasta que lo sorprendiera el aviso de que debía marchar a América, recibido en septiembre de 1780, transcurrieron sus años que, independientemente de sus tareas profesionales y prácticas, fueron para él los más intensamente formativos. Desde el punto de vista generacional, y si podemos cabalmente incluirlo en la Generación Central de las Luces, como preferentemente se sitúan los nacidos entre aproximadamente 1740 y 1755, estaba llegando a la edad en que su generación encaraba la vigencia colectiva mayor para el desarrollo de sus facultades creadoras, insertadas en el reinado pleno de Carlos III, e inspiradas por la renovada visión del mundo que traía consigo esa promoción humana tan significativa en la historia de España.

Reviendo el comportamiento generacional de sus coetáneos nos encontramos con que la mayoría ya iban ocupando decididamente su rol histórico y vital, ya sea en las letras, las artes, la política, el pensamiento y la acción. Félix de Azara tuvo algo o mucho de solitario y escapó en cierta medida al común colectivo de su generación. Dado que de esos años queda abundante documentación que muestra sus actividades como lo vimos en el capítulo VIII, ahora sí con categoría de oficial de mayor jerarquía, y con un alto compromiso con su responsabilidad personal. Podríamos suponerle que ése fue su ingreso al vivir activo generacional: las fortificaciones cuya dirección asumiera en la isla de Mallorca y en Figueres, los arduos trabajos de corrección de los cursos de los ríos Oñar, Ter y Gerona, en Cataluña, como obras mayores en las que volcó capacidad, experiencia y espíritu de estudio, significaron un entrenamiento práctico y profesional, útil para su tarea en América, pero difícilmente hubieran dejado huella histórica, si el destino le hubiera deparado una muerte temprana, antes de 1780. Por eso creemos que una de las mayores incógnitas en la vida de nuestro protagonista es lo que haya sucedido en esos cortos años, pero no en lo exterior, sino en su conducta y en su mente.

Ya estamos en condiciones de valorar en alguna medida la actitud mental de Félix de Azara y su apertura ante el conocimiento. Como veremos más ampliamente al tratar acerca de sus ideas filosóficas y religiosas, podemos adelantar que su actitud era más pasiva que activa ante las mismas. Era un espíritu práctico –tal vez algo escéptico–, capaz de adoptar iniciativas, pero había algo en él, quizá como remanencia de su hábito militar o como resultado de la rigidez de su medio familiar, que lo hacía preferencialmente sujeto pasivo del conocimiento y muy prudente en la elección de alternativas. Era vivazmente curioso e inquieto por hallar explicación para todo, especialmente para los sucesos naturales e históricos, pero su actitud en alguna medida

5 Esta acción que para Azara fue salvadora tuvo lugar entre el momento de su herida y el reflujo de las tropas españolas que rechazadas, retrocedían apresuradamente, mientras los argelinos decapitaban a todos los heridos o muertos que tenían a su alcance.

nos recuerda la interpretación de Samuel Johnson con respecto a su contemporáneo, el poeta Alexander Pope [1688-1744], en cuanto a su actitud con respecto a las ocasiones de acrecentar su saber o para acceder a nuevos campos de ideas: *"De llover conocimiento, sacaría mi mano para recogerlo, pero no me tomaría la molestia de ir en su busca"*.

Tal sentencia podrá parecer un poco cruel o una interpretación peyorativa, pero si se analiza con detenimiento su obra americana o la posterior a su regreso a España en 1801, no deja de desprenderse de la actitud de Félix de Azara, una especie de distancia fría de los hechos, por más que se evidenciaban en él asiduidad y esfuerzos bien desplegados, pero nunca con precipitación ansiosa. No era François Champollion, ni Charles Darwin, tampoco el barón Guillermo von Humboldt en su periplo equinoccial con Aimé Bonpland (1779-1805) o su hermano el erudito germano Guillermo von Humboldt en sus viajes por España (1799-1801). Eso en nada mengua la validez y profundidad de su esfuerzo, pero en alguna forma, trasparece una actitud interior contemplativa que podría surgir, tal vez, de una idiosincrasia receptiva, preponderantemente serena y reflexiva, quizá fruto de una convergencia de la misma con un mundo religioso interno acendradamente deísta y convencido, a un mismo tiempo tanto de la racionalidad de la obra de Dios, como de la acción continua de la Providencia, a la que menciona más de una vez en su epistolario. Pero, tal como lo presentamos en la introducción, tendría como causa mayor, una de las variables generacionales: ni el asombro expresivo o exaltado, ni la intensificación de sentimientos, ni la descripción pintoresca eran aún, antes del **Zeitgeist** de la generación romántica, elementos de la tarea descriptiva y de la reacción ante el paisaje para Azara y sus contemporáneos.

Ante el testimonio de sus escritos, además de la impresión de una mirada certera y abarcadora, de un ánimo racionalista e interpretativo, que requería todos los porqué necesarios de lo que se presentara de interés, se destaca cierta falta de asombro ante las situaciones particulares, incluso ante algunas que han dado lugar a que se piense que fue indiferente, como el caso de la creciente fluvial que lo sorprende en su larga jornada desde Buenos Aires hasta Asunción a caballo en 1784 (Azara, 1870, 1907), cuando el agua arrastra a un soldado y a un esclavo: escribe escuetamente al tratar acerca de lo sucedido en la noche: *"perdimos un soldado y un negro"* y éste es todo su obituario y responso para los dos pobres y anónimos servidores, pero éste también era un rasgo generacional, reiterado en otros de sus contemporáneos como sus compañeros de demarcación sudamericana..

Al descartar, como ya lo hiciéramos, la influencia directa de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, en cuanto a su papel como ambiente formativo y consolidador del ideario ilustrado de Félix de Azara, necesitamos suplirlo con alguna otra fuente de igual o superior importancia operativa sobre su intelecto. Las hipótesis podrían ser múltiples, y van, desde la participación en ambientes académicos, lecturas masivas, viajes al modo de Pablo de Olavide en sus recorridos por Francia y sus visitas a los mayores de los *philosophes*, incluyendo a Voltaire en su aislamiento de Ferney; también al cultivo de amistades tan intensas y asiduas como para trasmitirle un gran caudal de nuevas ideas y postulaciones. Lo mismo podríamos suponer una activa vida social, con asistencia al teatro, a tertulias y a reuniones de tipo especializado, que seguramente podrían darse en la tan heterogénea y multitudinaria Barcelona.

De todas estas posibilidades, casi ninguna es válida en nuestro caso: Félix de Azara, en los años decisivos sobre los que tratamos, no frecuentó medios académicos mas allá de la Real y Militar Academia de Matemáticas de Barcelona; menos aún realizó viajes con suficiente tiempo, dinero y ocio como para emular las acciones del peruano ilustrado que fuera Olavide. Al respecto de sus amistades, poco o nada sabemos, pero –dado sus hábitos personales– suponemos que fueron escasas, restringidas a los cortos períodos de descanso en las obras que realizaba en el campo, y sin continuidad ni densidad como para ser decisivas en el aspecto que analizamos.

Sin embargo, existen inferencias indirectas que nos permiten aventurar alguna hipótesis. Con respecto a la opción posible entre las enunciadas de que fuera un gran lector, tenemos la casi certeza de que nuestro protagonista no era lector demasiado asiduo ni amplio en su temática. Además, lograr una autoformación intelectual, impregnada a fondo por un acervo tan extenso como el ilustrado, hubiera requerido de él, no una vida activa sino una de reposo o dedicada a la actividad sedentaria y con necesidad de lecturas esenciales, como lo fueran comparativamente las de Antonio Mayans y Síscar, de José de Cadalso y de Pablo Forner, tan distintos temperamental, caracterológica y espiritualmente, del ingeniero militar aragonés.

En cuanto al trato social asiduo, la asistencia al teatro, a reuniones sociales y saraos, no tenemos ningún dato que lo avale y, su actitud tan retraída en los años americanos y, más tarde en Aragón, al regresar a España y ya en el siglo XIX, después de su cometido en la demarcación fronteriza sudamericana, nos dice que esto es muy raro o, en su caso, casi imposible como una alternativa válida. La participación en tertulias puede ser diferente y muy pronto veremos cuál pudo ser la modalidad de las mismas para poder convocar a Félix

de Azara. Por lo pronto, quedan lejos de él las de carácter frívolo, meramente social, de cotilleo, galanteos, vida ociosa y mente aún más disipada.

Si se nos pide una rápida y sintética opinión acerca de cuál fue la influencia decisiva, que actuó sobre Félix de Azara, creemos como más posible suponer que la misma fuera el producto complejo de múltiples factores, todos ellos con dispar incidencia sobre su vida y pensamiento. En primer lugar el llamado signo de los tiempos: la Ilustración y la **Encyclopèdie**, que era su producto material más palpable y sintético, prácticamente ambas "flotaban" en los ambientes de élite de las grandes ciudades, no en forma pública, menos aún masivamente, pero sí en grupos o grupúsculos, incluso minoritarios, pero los mismos eran extremadamente conscientes de su papel ante los nuevos tiempos que ellos percibían, al que podemos calificar como un paradigma renovado que imponía su vigencia en uno de los estratos menos densos y más capacitados para ello, en el seno de la sociedad estamentaria y puesta en pleno, como objetivo central en temas de mera supervivencia, cotidianeidad, o complicada en el ocio o divertimentos que iban desde los espectáculos de toros, o de los autos de fe que cada tanto proporcionaba la Inquisición para el paladar macabro y en gran medida sádico de los concurrentes, hasta los juegos de salón.

La vida era dura, predominaba el analfabetismo, la mujer tenía un papel casero y socialmente secundario, la mortandad era alta, los castigos judiciales crueles y los alimentos escaseaban y crecían en costo durante largos períodos en los que las aperturas de alguna bonanza eran transitorias. Toda otra interpretación acerca de la vida cotidiana en la era de la Ilustración es en general unilateral y carece de objetividad para la sociedad generalizada. Predominaba masivamente la gente sin historia y con la vigencia de colectivos fuertemente asentados durante siglos en los que el poder, ciertas formas de violencia y la religión en su fase más ritualizada y hasta supersticiosa, campeaban por el dominio de las masas, especialmente por parte del tan poblado estamento clerical.

La situación de la iglesia era particularísima y obedecía a una estratificación interna casi tan dispar y estamentaria como el de la sociedad en general. Tenían un enorme predominio algunas órdenes monacales, en ellas ingresaban elementos nobiliarios altos o simplemente hidalgos e infanzones con capacidad emulativa suficiente para escalar los rangos internos de cada parcialidad. De este estamento surgían los obispos, los inquisidores y, sobre todo, los confesores reales y también muchos de los altos cargos cortesanos. Fue proverbial la influencia y el poder aparejado a la misma de los sacerdotes Rávago y Eleta, confesores ambos de Carlos III. La expulsión en 1767 y la posterior disolución a nivel pontificio de la Compañía de Jesús, modificó mucho la situación interna eclesial y aumentó la influencia de las órdenes menores: benedictinos, dominicos, del oratorio, agustinos, etc. Como trasfondo activo de la iglesia cotidiana, estaba el grueso numérico del clero secular, en significativa proporción inculto, ávido de placeres mundanos y poco o nada afecto a las profundidades de la reflexión teológica o las especulaciones espirituales. Constituían una máquina de contención social, ejercida fuertemente sobre la mujer, como madre, esposa, ocasionalmente jefa de familia y, con ellas expandían al ámbito familiar una verdadera red de control y supervisión de la vida diaria, de las aspiraciones y de los actos solemnes: sacramentos, procesiones, rogativas, duelos, enseñanza de las primeras letras, matrimonios, litigios, posesión de tierras o de bienes del tipo de los censos de los que ya tratamos oportunamente. Aparte, abundaban los conventos de monjas, algunas de clausura perpetua y también había hermanos legos, en su mayoría tanto o más ignorantes que el bajo clero. Estos sectores bajos de la estructura eclesiástica eran el más duro e inamovible reservorio de los prejuicios, supersticiones y verdaderas formas de idolatría que suplían a la religiosidad profunda en los sectores culturalmente más marginales.

El estrato eclesiástico alto tenía una formación y una concepción de la vida absolutamente distinta, una mayor sobriedad y pureza de vida, también participaba de concepciones teológicas más esclarecidas. Tenían enorme influencia política y desde el inicio del siglo XVIII, cuando la Guerra de Sucesión removió profundamente casi todas las estructuras tradicionales del reino, la Iglesia no estuvo al margen, pero fue un conflicto que se resolvió en las alturas, lejos de la participación del clero secular y del público, que ni siquiera supo más que vagamente y casi sin implicaciones, acerca de los acontecimientos fundamentales de esos cambios.

Muchos autores han señalado que en España la Ilustración tuvo características particulares las que resultan inseparables de la historia de las mentalidades del siglo; la evolución de los conceptos y doctrinas religiosas del catolicismo (en su doble aspecto institucional-político y teológico), nunca se separó del desarrollo de las ideas filosóficas, económicas y de reforma ilustrada, siempre bajo el supuesto de la no innovación en lo fundamental del pensamiento religioso, al menos en sus fundamentos deístas y en la creencia en la providencia, en la gracia y en la salvación final.

La Guerra de Sucesión trasladó a España un problema que había sido serio y muy significativo un siglo antes: el desarrollo regalista de la realeza como forma de gobierno, que en los países europeos pasó desde el feudalismo medieval, a través de la monar-

quía de supuesto origen divino, hacia un concepto más pragmático de la vigencia de dinastías en alguna forma predestinadas, pero no por voluntad divina sino por necesidad del orden divino de las cosas terrenales: esta posición, que forma parte del llamado regalismo, surgió con fuerza inusitada y derivó en la monarquía absolutista, o en el absolutismo como forma de gobierno. Los reyes borbones protagonizaron en Francia y en el siglo XVII ese paso, que en España les estuvo reservado, un siglo después, cuando desplazaron a la casa de los Habsburgos como dinastía dominante, imponiendo a Felipe V como rey ibérico.

La jerarquía eclesiástica acompañó al cambio dinástico pero pronto se resintió por las prácticas absolutistas que implicaban también la pretensión de quitar buena parte del poder papal al manejo de la Iglesia nacional. Las tempranas propuestas del ministro Melchor de Macanaz[6] , que destruyeron su vida, sumiéndolo en años de prisión y en un castigo de ostracismo social hasta su muerte, pudieron haber solucionado "a lo francés" el problema, pero su fracaso retrasó hasta la segunda mitad del siglo su aparición, ahora sí necesitada de rápida resolución. Los primeros en pagar el costo de la cuestión fueron los jesuitas en 1767 (dos años antes en Portugal), y casi explosivamente se introdujo en la jerarquía eclesiástica –especialmente entre los obispos– un ambiente deliberativo por el cual aceptaban e incluso pedían más drasticidad a las medidas del déspota ilustrado Carlos III, desligando la Iglesia española del dominio pontifical romano en campos fundamentales pero todos de orden temporal. Así sucedía con los nombramientos de los obispos, las decisiones temporales de política eclesiástica en el territorio hispano, la censura previa y la inclusión en el **Index** de obras editadas con contenidos heterodoxos y la regulación de la actividad inquisitorial que eran al promediar el reinado de Carlos III de atinencia propia del Estado.

A esas postulaciones que en última instancia llevaban a la creación de una Iglesia nacional española o españolista (veremos más adelante cómo prosperaron estas ideas hasta dar lugar a la conspiración personal de Mariano Luis de Urquijo[7] , quien a fin de siglo (1799) casi impuso su ideario a la estructura monárquica, pero falló debido a la deserción del valido Manuel Godoy, que tuvo temor de la consecuencias de esos actos y traicionó a sus aliados). La Iglesia españolista equivalía a la que se llamó galicana en Francia en el siglo XVII, es decir, pretendía una gran autonomía en lo temporal con respecto al Papa romano. Pero, lo más interesante ha sido cómo se entrecruzaron estas ideas de renovación política eclesiástica, con la hartura creciente por los excesos en la conducta de gran parte del clero, por el reemplazo en la religiosidad pública de las creencias de fondo por formas casi idolátricas fincadas en imágenes, reliquias y ritos, con los cuales y según ellos, la Iglesia se desespiritualizaba y perdía su esencia. Las dos posiciones convergieron en lo que se llamó, más por homología externa que por un parentesco ideológico real, el **jansenismo español**. Para los ilustrados españoles *"luchar contra la superstición era oponerse a un rasgo extrínseco a la fe, no a un elemento esencial a la misma"* (Andrea J. Smidt, 2002: 92)[8] .

La larga digresión precedente viene al caso porque creemos, con el apoyo de una base documental mínima e indirecta, pero convincente en muy alto grado, que el problema **jansenista** fue uno de los determinantes mayores de la formación ilustrada y de la vida posterior de Félix de Azara, de quien suponemos, participó decididamente de la posición teológica de esa doctrina, que en realidad se trataba de un **pseudojansenismo**, y es muy posible que haya sido casi prescindente en cuanto a las implicaciones políticas y de organización eclesiástica derivadas –éstas sí– del jansenismo francés del siglo XVII, cuando éste trascendió los límites primarios de la abadía de Port Royal (su sede de origen, en aquella abadía cercana a la ciudad de París) y se vinculó a la política de Estado de Luis XIII.

---

6 **Melchor de Macanaz** [1670-1760]: Pérez Sarrión (1999: 419) dice de él: *"El pensamiento y la actuación de Macanaz, defensor de un regalismo radical que le llevó incluso a defender posiciones amortizadoras en 1707 –como juez de confiscaciones en Valencia–, es inscribible plenamente en la larga tradición de arbitristas del siglo XVII, en buena parte jurisconsultos, y efecto de la conjunción de esta misma tradición y la victoria militar dinástica de los Borbones franceses, que lograron implantar un absolutismo centralista y obsesionado en rescatar regalías del rey de manos de la Iglesia".*

7 **Mariano Luis de Urquijo y Muga** [1768-1818]. Fue un abogado y político español, nacido en Bilbao y fallecido en París. Se inició con Floridablanca como diplomático y después entró en la corte bajo la protección del conde de Aranda. José Nicolás de Azara (Sánchez Espinosa 1999) lo consideró un "sujeto surgido de la nada", pero aclarando que no era una **nada clasista** a la que aludía, sino a la **nada intelectual y de talento**. Se acercó a los jansenistas y en 1799, siendo Ministro Secretario de Estado de España estuvo a punto de provocar el llamado **Cisma de Urquijo**, afianzando la Iglesia españolista con reducción de las atribuciones temporales papales sobre la misma. Esta pretensión, al quedar sin apoyo oficial motivó su caída, pero José I (Bonaparte) lo designó para el mismo cargo entre 1808 y 1813. Al retirase los franceses en 1814 se exilió en Francia, donde falleció cuatro años más tarde.

8 Para esta autora, Andrea J. Smidt (2002: 92): *"En la España del siglo XVIII, el jansenismo se puede casi fundir a la causa de la Luces, puesto que los principios preconizados por los ilustrados españoles, promovidos sobre todo por el Estado coinciden con muchos de los objetivos jansenistas."*

Ya existen documentos disponibles, aunque todavía hay un enorme caudal de material sin revisar, que prueban la participación jansenista de su hermano mayor Eustaquio de Azara y Perera, así como de un círculo cercano que se reunía en tertulias muy especiales y de carácter más teológico que social en Barcelona, en los años de permanencia de Félix en la ciudad condal, del que formaban parte los condes de Montijo (en especial la condesa), la familia Palafox, los obispos de Barcelona (Josep Climent i Avinet), el de Valencia, el gran censor de la Inquisición y, posiblemente también en alguna ocasión, el futuro obispo de Barbastro Manuel Abad y Lasierra y un anónimo grupo de nobles, dignatarios eclesiásticos y no sabemos si también hubo militares implicados en esa actividad.

Una variable poco manejada y acerca de la que no hay información fácilmente disponible es cómo fue en cuanto a actitud social, religiosa y política, el comportamiento individual en las jerarquías del ejército. Este es un factor que también formaría parte de las circunstancias concurrentes para la formación del pensamiento y la visión del mundo de Félix de Azara. Al respecto recordemos que el ejército en la época de Carlos III, un reinado relativamente pacífico, era exiguo en cuanto al número de oficiales calificados, con escasa tropa, acrecentada en los momentos de emergencia o tensión mediante el recurso de las levas, los tan aborrecidos reclutamientos forzosos, inmediatos y escogidos al azar, que llegaban incluso a sustraer individuos útiles a sus familias o a sus actividades.

Los oficiales correspondían mayoritariamente al estrato nobiliario e incluían entre ellos a los nobles menores o hidalgos pobres que optaban por la milicia. Es posible que las altas jerarquías tuvieran una independencia de pensamiento individual relativamente alta, pero como conjunto y por la naturaleza jerárquica de la institución operaban como una especie de contrapeso conservador y, aunque regalistas siempre, los militares optaban por la obediencia callada, como se mostró en los motines de 1766, época en la que Félix era aún estudiante. También es lícito suponer –dado que como ya hemos visto para el caso de la de Zaragoza, hubo militares que actuaron en las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, que habría entre ellos cierta cuota de pensamiento ilustrado cuya máxima representación, no sabemos cuán fidedigna resultaría esta acción individual– es José de Cadalso, que siendo militar publicó con bastante libertad textos irritantes como sus **Cartas Marruecas**[9] (1793, edición póstuma) o transgresoras en otro orden de lo que se consideraba posible exponer en su tiempo, como lo son sus **Noches lúgubres**[10] (1771). Otro militar y literato fue Enrique Ramos [1738-1801], nacido en Alicante y casi coetáneo de Félix de Azara, quien publicó una obra sobre economía, intitulada **Discurso sobre Economía Política**[11] , que merece la alta calificación que le asigna Vicent Llombart (2006: 102), cuando dice acerca de la misma:

"Bajo la influencia de Montesquieu consideraba que eran los gobiernos monárquicos moderados los que podían conducir las pasiones y los intereses particulares hacia el interés general y estudiaba con especial profundidad los problemas de la circulación monetaria y de los impuestos. El **Discurso** *constituye una de las obras económicas más sistemáticas y completas del siglo,* ***argumenta aspectos esenciales del programa de reforma económica de los ilustrados*** *y refleja el avance que se está produciendo en la calidad del análisis".*

Igualmente podemos citar, ahora en el campo de la Armada, a otra figura de fuste intelectual de la Ilustración: el teniente de artillería murciano Vicente Alcalá Galiano [1757-1810], quien era profesor de matemáticas y actuaba en la Real Sociedad Económica Segoviana de Amigos del País, de la que fue secretario. Llegó a ocupar un importante cargo en la Secretaría del Despacho de Hacienda de Madrid y escribió una **Memoria sobre la Necesidad y Justicia de los Tributos, Fondos de los que deben sacarse y Medios de recaudarlos** (1788), además de otras obras menos extensas acerca de meteorología, agronomía, estado rural y plagas de los cultivos. Actuó participando plena-

9 **Cartas Marruecas**: Dice Joaquín Marco al respecto que *"José Cadalso nunca llegó a ver publicadas sus* ***Cartas Marruecas.*** *Las escribió posiblemente entre mayo de 1773 y agosto de 1774. En octubre de este año fueron presentadas al Consejo de Castilla, requisito indispensable para su publicación. En junio de 1778 le fueron devueltas sin ser autorizadas. En 1788 se publicaron dos fragmentos de las mismas en el* ***Correo de Madrid*** *y en febrero del año siguiente se inició su publicación regular hasta el mes de julio, salvo las cartas LV y LXXXIII, que no llegaron a ver la luz. En 1793 el editor madrileño Sancha imprimió las* ***Cartas*** *corrigiendo las aparecidas en el* ***Correo****…"*

10 Las Noches Lúgubres constituye una de las obras más aproximadas al romanticismo del siglo XIX. Fue iniciada por su autor en 1771, es decir, dos años antes que Goethe escribiera su **Werther**, por tanto la suposición de que se inspirara en la obra del autor alemán no tiene validez, y también son anteriores a la **Atala** de René François de Chateaubriand, escrita en 1802. La obra de Cadalso fue prohibida absolutamente a partir de 1819 (Sebold, 1974).

11 Publicado en 1769, pero no bajo su propio nombre sino encubierto por el seudónimo de Antonio Muñoz, una posible medida de prudencia que revelaría cierta inseguridad al publicar ideas personales acerca de cuestiones tan delicadas.

mente en el ideario ilustrado e inspirado –en lo económico– en las ideas de Adam Smith [1723-1790].

Había militares que participaban de las tertulias de Madrid y de Sevilla. En Aragón no tenemos conocimiento de muchos militares en actividad que participaran de reuniones ilustradas, pero sí hubo personalidades altamente vinculadas al ejército como el conde de Aranda, cuya influencia sobre la política local y sobre el manejo de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País ya hemos destacado. También entre quienes seguían a Pablo de Olavide hubo militares, y algunos de ellos fueron amigos cercanos de Gaspar Melchor de Jovellanos, uno de los principales ilustrados españoles.

Una extraña modalidad de reclutamiento de los militares, que ya mencionamos en el capítulo VI hizo extremadamente dispar el sistema cultural y la conducta particular de relacionamiento mutuo de los oficiales y su participación posible en el movimiento ilustrado: en el siglo XVIII el sistema de formación de los cuerpos armados se hizo muy heterogéneo debido a la actitud oficial de la corona de privatizar parcialmente la proveniencia de los oficiales y soldados de numerosos contingentes y regimientos (Andújar Castillo, 2003). Se denominó sistema de asientos a la recluta privada, estableciendo aranceles para la venta de quienes se presentaban como “asentistas” para su entrada en las fuerzas armadas. En principio el contrato se hacía con un postulante reconocido, el que reunía el cuerpo militar que estaría a su cargo (hay ejemplos de doscientos cincuenta hombres, de trescientos, de ciento cincuenta), que debían estar “vestidos y armados”. El reclutador era un verdadero capitalista del proceso, pues él invertía en la compra de esos suministros y atendía los gastos del naciente cuerpo de tropa. Por esos servicios recibía un grado, generalmente el de coronel, con sueldo y seis patentes en blanco para cubrir las plazas de capitanes y tenientes. Con la venta de esas patentes se resarcían los gastos de la recluta.

Esto no tenía vigencia global y todavía se conservaba el sistema oficial de voluntariado, leva forzada y contratación. Además, algunos regimientos tradicionales tenían sus propias escuelas a las que concurrían los jóvenes postulantes, que luego ganaban sus grados por orden de mérito o de recomendación de terceros poderosos. También había cuerpos formados por extranjeros como el del tristemente afamado Thuriegel, vinculado a los asentamientos rurales de la Sierra Morena, emprendidos por Pablo de Olavide (Defourneaux, 1990).

Después de lo anterior, es lícito pensar que la contrata privada, la venta de cargos o la venida de extranjeros, en última instancia mercenarios, hacía del cuerpo total de oficiales españoles algo tan heterogéneo que sería difícil caracterizar en él un tipo medio de oficial. Posiblemente, entre los que habían ingresado como asentistas o habían comprado sus grados, reinaría un espíritu muy distinto de aquél que caracterizaba a los cuerpos de voluntarios o a los oficiales de escuela. Félix de Azara se contaba entre los que provenían de las dos últimas categorías mencionadas. Debe destacarse que el sistema estamentario que vivía la sociedad, tenía fuerte vigencia en las tropas. En general, los grados más altos eran propiedad de nobles de alta categoría, los siguientes iban para la nobleza menor y raramente el valor y los méritos de servicio, proveían de oficiales de alta jerarquía a los cuerpos militares.

Existía otra actividad posible para los militares, ésta casi incontrolable por el poder y cuyos rastros son tan borrosos, que sólo se puede enunciar como una inferencia, cuya realidad es inasible para el historiador. Se trata de las conversaciones entre oficiales, en pausas de sus tareas o en su convivencia en los cuarteles o vivaques. Seguramente, los partícipes responderían formando núcleos estratificados según sus jerarquías y, por supuesto, los jefes en general estarían aparte. Es posible que entre camaradas se dieran casos de una franca y participativa posibilidad de diálogo, que muchas veces sería frívolo como suele darse en el ambiente cuartelero, pero en otras circunstancias o ante la presión de algunos hechos concretos en el acontecer de España, se plantearan problemas o cuestiones relacionadas con la visión general del mundo y del país, que sostuvieran todos, o algunos de ellos. No podemos suponer a un Félix de Azara terminando cada jornada de Gerona o del Ter, ajeno a las preocupaciones colaterales o de orden superior que lo inquietaban. Estas situaciones se complementaban cuando alguno o algunos de los oficiales participaban o estaban familiarmente cerca de Sociedades, tertulias, ambientes artísticos y literarios entre los que, el teatro renovado en los tiempos de Carlos III, ofrecía todo un espectro de sugerencias nuevas, de ideas foráneas y de temáticas ilustradas.

Por último la cuestión religiosa, a la que muy bien califica Julián Marías (1988) como trasfondo casi obligado de la ilustración española, saliera también al paso de los partícipes de reuniones, tertulias y mesas en las que, al par que se comía relajadamente, se platicaba o se disputaba. Lo más posible es que las ideas del siglo XVIII, las más importantes circulantes en la Europa después de iniciada la que Paul Hazard (1952) llamara la gran crisis de la conciencia europea, diera lugar a *“...un fabuloso incremento del poder social de las ideas”* (Julián Marías, 2005: 293). La influencia de las Reales Sociedades Económicas, contribuyó en gran medida a dilatar socialmente la componente ilustrada que, aunque minoritaria, ganó preeminencia en los tiempos centrales de las

Luces, bajo Carlos III. Era algo que flotaba en el ambiente más allá de la adaptación o la participación consciente de funcionarios, eclesiásticos, militares, burgueses emprendedores y, en especial, de partícipes de la vida cortesana. Ciertos temas se habían transformado en vigencias activas que modificaban la circunstancia vital de la Generación Central de las Luces y de las inmediatas precedentes o sucesoras. Muy bien se ha señalado que entre la España de 1750 y la de 1780, medió un cambio enorme en la cosmovisión generalizada, que abarcaba o influía sobre todos los estamentos sociales. Basta seguir hilos particulares, como la historia de la Medicina, la penetración de la Física newtoniana, de las teorías económicas europeas y de las ideas difundidas más de cuarto de siglo antes por el padre Feijóo, en su combate doble contra la superstición y por la europeización de España, para comprobar cómo cada vertiente particular de la estructura del imaginario colectivo se iba conformando en nuevas dimensiones para responder al desafío generalizado de las ideas que permearon las fronteras, antes tan cerradas, de la España austriacista del siglo XVII y de los tiempos borbónicos primerizos del siglo XVIII.

Por minoritario que fuera el estrato rector y pensante de la ilustración española, ésta logró difundirse y penetrar en un contexto humano mucho más extenso. A pesar de que las masas más ignorantes y socialmente más sumidas, persistían en sus hábitos y costumbres –también en sus carencias– como pudo verse explosivamente desbordar en las actitudes asumidas por ellas a partir del ocho de mayo de 1808. En las décadas anteriores ese sector social seguía en forma relativamente pacífica la conducción reformista del despotismo ilustrado. Sólo las malas prácticas, la perversión moral o la corrupción que sucedieron al modelo austero de monarca absoluto, que brindó Carlos III, pudieron socavar el espíritu público aquietado, al menos desde 1766, año del motín de Esquilache, de los desbordes sociales causados por la hambruna, la carestía y el desabastecimiento, por más que la chispa determinante fue casi siempre burda en sus motivaciones inmediatas.

Félix de Azara, debido a su estado de convaleciente y después en el cumplimiento de tareas de campaña, ordenadas por los mandos, pudo sustraerse a los disturbios y amotinamientos que protagonizaron las tropas que habían participado de la campaña de Argel y que estaban en gran medida estacionadas en Barcelona y en Cádiz. El azar de las circunstancias lo privó de ese tipo de vivencias en las que el caos prevalecía por instantes y se sacudía el orden supuestamente inmutable de la lógica social dominante. En el tiempo azariano de formación y consolidación personal, corrido principalmente entre 1775 y 1780, no hemos logrado ubicar con su correspondiente aval documental, una expresión mayor de potencialidades que influyeran sobre él en forma decisiva. Estamos, más bien, ante una suma de circunstancias históricas configurantes de ese tiempo humano y eso nos permite suponer, aprovechando el pequeño resquicio por el cual la información disponible da lugar a atisbar sobre su sustrato personal, íntimo y privado. Como esta visión es limitadísima, sólo podemos especular creando una imagen del personaje que en alguna medida pudiera ajustarse tanto al tiempo vivido como al peso de sus propias circunstancias interiores.

No sabemos cuánto de su tiempo en esos años, debería asignarse a su permanencia en cuarteles y campamentos. Ignoramos si regresaba periódicamente a Barcelona y con qué frecuencia. También si, cuando lo hacía, moraba en los cuarteles o en alguna casa particular. Desconocemos otro factor que seguramente pesaría mucho sobre él: su relación fraternal con los hermanos mayores, con Eustaquio, junto al cual pasara dos períodos de recrudecimiento de sus heridas mal curadas y con quien, al menos, desde 1776 tuvo cerca, en la propia capital catalana; también su contacto con José Nicolás, que estaba en Roma. Por más que no quede testimonio conocido acerca de este relacionamiento, podemos suponerlo, al menos real. Recordemos, como muy bien lo destaca Sánchez Espinoza (2000) que José Nicolás escribía en un estilo directo, lleno de cruda franqueza, que se expresaba con libertad aún en las cuestiones más difíciles o riesgosas, a las que nunca eludía. También sabemos que, por medio de ambos hermanos, pudo relacionarse con los medios "jansenistas" tan activos en Barcelona y en la cercana Valencia (Astorgano Abajo, 1996, 1999, 2006; Andrea J. Smidt, 2002).

Un factor que no podemos soslayar en el trasfondo de la historia de las mentalidades en el curso del siglo XVIII español, y particularmente en el período correspondiente a la formación y vigencia de la Generación Central de las Luces, que fuera la de Félix de Azara y que comprende cronológicamente, aunque con límites laxos y admitiendo figuras menos coetáneas pero operativamente ensambladas con la generación de la que tratamos, a los nacidos entre 1740 y 1755. Como lo señalabamos en la Introducción fue justamente a partir de estos años que la sociedad estamentaria, fundamento y razón del estado absolutista, comenzaba a experimentar las consecuencias del acceso de un sector humano que primariamente surgió en forma central del "tercer estado" o estamento inferior.

Desde el orden tardío-medieval, en el que mediante la convergencia del proceso de urbanización demográfica y el crecimiento del estándar de vida de los estratos superiores, en particular la demanda de elementos de consumo, de lujo y uso cultural o recreati-

vo, ejerció un fuerte influjo para desarrollar dentro de la casi homogeneidad del pueblo bajo, típicamente medieval, en el que sólo llegaban a destacarse algunos artesanos, arqueros, juglares o servidores de las casas reales o nobiliarias, comenzaron a incrementar en número y poder económico artesanos especializados, comerciantes, manufactureros, transportadores de productos y mercancías. Los que se asentaron en las ciudades y aldeas –escenario de estas verdaderas mutaciones de roles milenarios– adquirieron un estatus más libre y holgado y comenzaron a disponer de reservas monetarias, es decir, de capitales. Así nació la **burguesía**, un estamento intermedio y expansivo sin raíces históricas reales ni pretendidas, una clase hija de su propio esfuerzo y ansiosa de crecer, de consolidar su margen de libertad y de preservar sus bienes económicos.

La burguesía tuvo un largo desarrollo, casi silencioso, durante el cual incrementó su presencia activa y nominal cuando, merced a sus condiciones económicas prósperas financió empresas nobiliarias, militares, navales, e inició su entroncamiento con la pequeña nobleza (hidalgos, infanzones, nobles venidos a menos) mediante matrimonios que contaron con la anuencia, paulatinamente ampliada, tanto de la opinión de los estratos superiores como del sector eclesiástico.

Hacia mediados del siglo XVIII la burguesía constituía una presencia activa y con alta significación en la dinámica social. Sus personeros alcanzaron en una lenta pero efectiva progresión, lugares de destaque o influencia en la Nueva Planta borbónica y en la milicia. Juan Manuel Herrero (1952: 323), destaca cómo estaba sensibilizada la burguesía en sus relaciones con la nobleza llegando a darse un estado de cosas en el que *"el espíritu burgués es enemigo de la nobleza"*. Eso tenía lugar todavía en espíritu, es decir en el plano de los comportamientos válidos socialmente. Sin embargo, la nueva visión social y humana de esta clase surgente percibiría pronto lo que el autor citado señala:

> *"El burgués encuentra obstaculizada su subida a los cargos de relieve por el gracioso disfrute de que, injustamente en ocasiones, goza el noble. Además las ideas del Antiguo Régimen, que éste representa, están en oposición declarada con las nuevas* [ideas]*, que encarna el burgués. Por ello* [ambos estamentos] *no pueden verse con buenos ojos."*

Así sintetiza ese autor algo que en el ordenamiento social y en el imaginario colectivo del habitante medio de las urbes, iba surgiendo, primero larvadamente y más tarde manifiesto, especialmente después de los acontecimientos de Francia en 1789, que representaba una de las fases más conflictivas que estaban cerrando el ciclo de la sociedad estamentaria pura, es decir, sometida al despotismo ilustrado y no a una monarquía regulada parlamentariamente como la inglesa, o a un ordenamiento menos estable como era el de los Estados Generales de Francia. El tercer estado durante el período vital de Félix de Azara que analizamos, todavía preparaba su eclosión y las violentas manifestaciones de 1766 fueron un preámbulo de ello, aunque todavía debían pasar muchos años hasta que el liberalismo, fruto esencialmente surgido de la burguesía, abriera el camino hacia un nuevo ordenamiento de la sociedad.

Pero, lo que nos interesa es el paso hacia nuevas formas de entendimiento del poder organizado y el cambio en las mentalidades que, desde prácticamente el inicio de siglo, seguía un curso paralelo al de los acontecimientos sociales que iban instalándose en ellas. En España como lo caracterizaran muchos de los analistas que se ocuparon del tema, éste tuvo una expresión particular, menos radicalizada en lo político, porque la Ilustración no entró en conflicto con la religión dominante hasta las dos últimas décadas del siglo XVIII. Por ende, la Generación Central de las Luces ya había consolidado su configuración mental y había fundado en ella una vigencia que no se modificó salvo en casos extremos y con personajes relativamente atípicos. Siguiendo la trayectoria de las dos generaciones posteriores a la de las Luces, se puede percibir cómo aparece y se incrementa el conflicto social y la posición en cierta forma conservadora del creyente que, a lo sumo arriba al jansenismo como signo optimista de cambio, vemos como transitan los recién arribados, el camino hacia lo que se manifestaría a partir de 1808 y, en especial en las Cortes de Cádiz y con la Constitución Liberal de 1812.

Como evidencias internas del cambio que se producía los coetáneos de Félix de Azara, y él mismo, experimentaron una significativa apertura hacia el nuevo signo social: valorizaban el trabajo, la producción y el comercio, y junto a ello, la libertad de ejercerlos. Mantenían el orden sucesional estamentario en lo externo y formal, pero incrementaron su tolerancia, dejaron de lado muchos de sus hábitos y formas de talante aristocrático para actuar con mayor llaneza.

Tenían ya un sentido interno de la igualdad en términos que podríamos llamar antropológicos aunque todavía estaban en condiciones de sostener uno de los lemas iniciales de la Ilustración en cuanto a lo político: *"todo por el pueblo, pero sin el pueblo"*, un concepto paternalista de un estamento que se autoasumía como la elite destinada a la reforma de la vida española. Al hacerlo sostenían inquebrantables sus principios regalistas y el ordenamiento preexistente al que no querían derribar sino cambiar por reforma. Así, fueron Gaspar Melchor de Jovellanos, Pablo de Olavide, Félix de Azara, –y en menor grado– los integrantes del Partido Aragonés del conde

de Aranda, quien generacionalmente, al igual que Campomanes, eran miembros de una promoción precedente y, tal vez, menos capaces de asumir una plasticidad ideológica para la que no eran aptos.

Lo que venimos tratando es lograr la reconstrucción de los factores extrínsecos operantes sobre el pensamiento y las actitudes de un hombre que, prácticamente no ha dejado expuesta la intimidad de sus creencias y sentimientos. Sin embargo al caracterizar el ambiente social, mental e histórico de su tiempo, encontramos en él la figura relativamente plena de tal hombre, ajustado a su realidad entornante y solamente conflictuado por motivaciones, ahora sí eminentemente subjetivas como lo fueron las de su conformación religiosa, su relacionamiento familiar y su disposición para el trato humano en general, es decir para establecer su nexo con el tú y el nosotros, desde un yo que aún no era siquiera el de la gran apertura científica, expresiva y conductal del romanticismo. Para su configuración particular, el grado de expresión interna del paisaje humano o natural carecía de las tonalidades que asumiera con aquel movimiento renovador del cual es precursor un coetáneo azariano como José de Cadalso.

De la cosmovisión de los hombres de la Generación Central de las Luces a la de los románticos y liberales que surgieron cuando aquéllos habían arribado a su madurez hay una profunda brecha separadora que torna casi inconmensurables a ambos universos mentales humanos. Tal vez esa causa, con la tremenda incentivación de la pausa americana, fue la que separó a Félix de Azara de la mayoría de sus coetáneos ilustrados, especialmente de los aragoneses que desempeñaron el papel que Jorge M. Ayala Martínez (2001: 368), destaca como parte de un protagonismo que

"Desde la época de Fernando el Católico no había tenido Aragón tanto peso en la vida española como tuvo durante el siglo XVIII. En todos los ámbitos de la vida nacional dejaron su impronta los ilustrados aragoneses..."

Uno de los rasgos de esos ilustrados, particularmente de los aragoneses, fue el haber formado una verdadera trama humana de amistades, de participación, de intercambio, de apoyo mutuo, seguramente fundado todo en un sustrato de afecto y respeto que los congregó dando una tonalidad especial al conjunto multidisciplinario que representan entre otros, el conde Aranda, Manuel de Roda y Arrieta, José Nicolás de Azara, Andrés Piquer, Ignacio Jordán de Asso y del Río, Francisco de Goya y Lucientes, Josefa Amar y Borbón, Francisco Mariano Nipho, Ramón Pignatelli, el conde de Fuentes, Lorenzo Normante y Carcavilla, Félix Latassa, los Abbad y Lasierra y tantos otros, ya que sólo ese tiempo histórico tuvo determinantes suficientes como para congregarlos en una aventura mental, pacífica y profundamente enraizada en la tradición autonómica, trascendida por ellos a ser plenamente españolista.

Quedan los testimonios de todo eso en la correspondencia, en el embrionario periodismo, en el papelerío de las covachuelas oficiales, de las notarías, en las obras publicadas, en las actas de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, de la predecesora Sociedad del Buen Gusto de Zaragoza, en la publicación de los sermones eclesiásticos y también en los relatos de la vida mundana y social con su cotidianeidad tan difícil de reconstruir, en una distancia más que bisecular que nos separa de ellos.

Después de haber transitado la ruta vital y mental de Félix de Azara en busca de sus huellas más notorias, que son tan escasas o imperceptibles, a más de devoradas por el tiempo, nos asombra la escasa participación de su persona en todo el caudal testimonial que mencionamos; por eso debemos plantearnos un interrogante cuyas alternativas son: la primera, que haya sido castigado nuestro protagonista de tal modo por la erosión del tiempo y de la memoria, que sus rastros resultan imposibles de rescatar; y la segunda es que su paso fue intencional o forzadamente silencioso ya sea por circunstancias internas que no pudo dominar, o porque se propuso intencionalmente mantenerse al margen de lo más ruidoso y expuesto de su tiempo.

A esta altura del seguimiento creemos estar en condiciones de reconstruir un personaje silencioso, tal vez con una complejidad psicológica particular, inhibido y reacio a las expresiones y las efusiones del trato interpersonal. Para cada uno de los nombrados en el período precedente, podemos ubicar un conjunto de amigos que fueron sus contertulios, sus corresponsales, hasta sus albaceas, pero para Félix de Azara no es ése el caso, y aunque sea adelantar sucesos que llegarán con el curso de muchos años por delante, podemos destacar que no mantuvo relacionamiento posterior a su regreso a España en 1801, ni siquiera con sus camaradas militares –el mal conocido relacionamiento con Félix Colón de Larréategui– aparenta ser una excepción aunque la lectura del testamento de Félix de Azara revela que poco sabía de él en 1821, y a quien no veía desde 1805 o 1806. Tampoco tuvo relacionamiento del que quede constancia con los naturalistas, geógrafos y economistas preocupados como él lo estuvo en América, por la cuestión rural, tal como sucediera con los casos de Antillón, Asso y de numerosos sobrevivientes de la primera etapa de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.

Ese silencio documental puede ser –como preferentemente suponemos– fruto de cierto aislamiento personal. Sin embargo la naturaleza de su obra destaca su evidente permeabilidad a las corrientes de ideas y creencias de su tiempo: tuvo una buena definición

generacional y participó adecuadamente del concierto de mentalidades más esclarecidas de su tiempo, tal vez una profunda complejidad de su contextura espiritual y afectiva lo bloqueó en esos planos, pero su racionalidad y sentido de la vida se abrieron ampliamente ante lo que fue el signo de su tiempo.

No hemos considerado aún las temáticas particulares de las que participara centralmente Félix de Azara y queda para el capítulo XII el analizar su visión filosófica y teológica de la realidad, pero para ello es necesario traer al debate su período formativo, el arduo camino hacia el reencuentro con su yo profundo, según la postulación de Jung que analizáramos antes. La experiencia de haber estado prácticamente muerto y sin embargo haber "regresado a la vida", ha sido un tema sugerente para los estudiosos de la mente y la psicología humana. En general, se considera que es una de las experiencias internas más profundas y perturbadoras. Existen fantasías e interpretaciones caprichosas de la "casi muerte", como una apertura de puertas espirituales desconocidas y determinantes para siempre de una huella que, en alguna medida, condiciona el vivir ulterior.

Por eso, en la multiplicidad de factores que constituyeron al Félix de Azara que quedó en la historia, hemos destacado los elementos externos más significativos de su tiempo que, seguramente presionaron sobre él y contribuyeron a conformar su estructura racional, perceptiva y creadora. El trauma de su herida pudiera ser –asociado a múltiples componentes de sus vivencias infantiles y juveniles– el determinante paralelo de su idiosincrasia personal, espiritual y afectiva.

Concurrentemente con estos factores, hay otros que son simplemente determinantes circunstanciales y forman parte por un lado, de lo que le llegaba del cuerpo normativo de los medios formales en los que actuó (el militar está más que nadie sujeto a esta experiencia). Por otro lado, está la asimilación de un caudal de tradiciones, usos y costumbres que cada rol social recibe como herencia tácita del mundo cultural e histórico en el que desenvuelve su vida. En este caso se trata de saber hasta qué punto recogió de su ámbito particular de actuación esas tradiciones que, como veremos, se centran en una especie de fervor voluntarista desatado en las figuras más notables de su tiempo por el contacto y reconocimiento de la naturaleza viviente, geográfica y antropológica, todo ello teñido como lo pone de relieve Fernández Clemente (2004), de una fuerte tonalidad patriótica que caracterizó a las generaciones ilustradas.

Se considera que Azara fue naturalista, por lo tanto se ha discutido cuáles eran sus herramientas cognitivas y lógicas, al asumir el estudio del medio natural americano. Al respecto surgieron posiciones extremas: una que lo daba como improvisado, genialmente improvisado, pero improvisado al fin (Glick y Quinlan, 1975) o, preparado en un grado suficiente como para realizar la tarea de base que conformara su obra (Barbara Beddall, 1975, 1979, 1983; Capel Sáez, 1987, 1995a, 1995b; Capel Sáez y Casals Costa, 2002; Capel Sáez *et al.*, 1983, 1989).

El anterior es un debate en muchos sentidos estéril. Félix de Azara, el ser humano que representara, participó en sus actividades con una capacidad medianamente aceptable de conocimientos previos y colaterales, y los mismos formaron parte, al menos de sus tareas como ingeniero militar en los años que analizamos (1775-1780). Capel Sáez (1987), Lafuente (1988), Lafuente y Ortega (1991), Lafuente y Mazuecos (1987), Lafuente y Sellés (1985), Stifoni (1988), Peset y Lafuente(1996), tratan extensamente sobre los elementos formativos de los que disponía un ingeniero militar y brindan antecedentes de actividades similares cumplidas en el medio ilustrado por otros destacados representantes, como es el caso del sacerdote botánico valenciano Antonio de Cavanilles, o de personajes aragoneses muy cercanos y afines con José Nicolás de Azara, como Ignacio Jordán de Asso y del Río o Isidoro de Antillón.

A todos ellos podemos agregar al jesuita expulso Miguel Dámaso Generés [1733-1801] que escribió una obra de cierto corte ilustrado, impresa en Madrid en 1793 *"bajo el filosófico título setecentista"* (Luch y Sánchez Hormigo, 2008: 20), se trata de Reflexiones políticas y económicas sobre la población, agricultura, artes, fábricas y comercio del Reyno de Aragón. **Precédeles una breve descripción geographica natural del mismo Reyno.**

Incluso el propio José Nicolás de Azara y Perera incursionó marginalmente en descripciones del medio natural cuando prologara, además de ser él responsable de la edición de la obra de William Bowles, quien era un naturalista y geógrafo irlandés, al comenzar la segunda mitad de la centuria recorrió la península ibérica detenidamente y escribió hacia 1775 una descripción física y natural de España, su **Introducción a la historia natural y a la geografía física de España**, publicada en español bajo este título en la edición de 1782, traducida del italiano donde había aparecido en 1775, con prólogo y revisión por José Nicolás de Azara. Este trabajo fue una prueba más del gran interés oficial hispano por el conocimiento natural y físico de España, propósito que como ya hemos visto se extendía a las colonias de ultramar desde hacía dos siglos y se intensificó notablemente con el advenimiento de los borbones. José Nicolás era un humanista, Ignacio Jordán de Asso y del Río era un jurista. Ambos fueron diplomáticos y dejaron, mucho más el segundo que el primero, obras de naturalistas, especialmente Asso con sus descripciones de Aragón, sus trabajos

botánicos y con su original **Introducctio in Oryctographiam, et Zoologiam Aragoniae. Accedit Enumeratio stirpium in eadem Regione noviter detectarum** (1784). Hemos descripto con cierto detenimiento (Contreras Roqué, 2006: 171-172), los variados proyectos botánicos y naturalistas que se plantearon como realizables –algunos se ejecutaron– en el seno de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País y, aunque fueron posteriores a 1780, estando Félix de Azara ya en América, es posible que haya tenido noticias de los mismos mediante correspondencia con su hermano.

Como vemos, ciertas formas de conocimiento de la realidad en especial de la geográfica, biológica, antropológica, económica y productiva de los países estaban transformándose en temas corrientes del sector más esclarecido de la Ilustración española y de ellos irradiaban hacia el público más receptivo, que era cuantitativamente pequeño pero tenía entidad suficiente como para transmitir su estado de espíritu a una parte menor de la sociedad entornante.

Particularmente en el campo botánico, la actividad era intensa y contaba con antecedentes previos a la mitad del siglo: no podía escapar a la cultura general que poseía Azara, algo acerca de la historia de Pehr Olof Löffling, menos aún desconocería las noticias que brindaban los trabajos americanos de Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Tampoco faltaría memoria en él o en sus allegados acerca de la participación española en la medición sofisticada de un arco de meridiano en latitud ecuatorial para determinar la realidad de la idea del achatamiento polar del planeta, realizada en territorio actualmente ecuatoriano por la misión de Charles Marie La Condamine (1735-1744) con participación conjunta de Francia y España. Adicionalmente estaría totalmente impregnado Félix de Azara de la problemática relacionada con la determinación de las longitudes geográficas. En la Escuela de Ingenieros debió de conocer desde la naturaleza del problema, incluyendo las gestiones realizadas para resolverlo cuando el gobierno inglés, mediante la Royal Society entre 1714 y 1828 (Dava Sobel, 1997) ofreció y entregó en la medida en que aparecían respuestas válidas, considerables sumas de dinero como recompensa a quienes pudieran resolver el problema en forma aplicable a la navegación. Esto se relacionó también con los viajes del almirante James Cook por el Pacífico, el primero en 1768-1771, el segundo entre 1772 y1775 y el tercero en curso en el período que analizamos, pues se inició en 1776 y duró hasta 1779. Más allá de la cartografía, las coordenadas, las geografías físicas y esféricas, estaba el problema del hallazgo de nuevos recursos.

También debemos recordar que, a partir de las primeras instrucciones de Felipe II, en el siglo XVI a los naturalistas y viajeros con respecto a la necesidad por parte del reino de conocer las características naturales, humanas, las riquezas y los productos comerciables, de modo que los funcionarios debían rendir cuidadosos informes, se reiteró por parte de la corona muchas veces más este requerimiento e incluso se lo detalló claramente en su confección y presentación hasta en el propio siglo XVIII. Dado que los ingenieros debían evaluar el territorio en el que operaban, seguramente en la Academia de Barcelona, recibió no sólo instrucciones sino adiestramiento al respecto.

Andrés Galera Gómez y Marcelo Frías (1996): dicen

"Estudiar la naturaleza americana fue un reto aceptado por los naturalistas españoles durante la segunda mitad del siglo XVIII, hallando en las expediciones científicas un vehículo adecuado a sus intereses…".

Por eso, de este análisis deberían surgir orientaciones sobre lo trascendente que pudo esconderse o despertarse debajo de la rutina y las acciones prácticas, para hacer de él quien fuera a partir de su ingreso en los territorios de ultramar, la viva expresión de un ilustrado propio de la generación central de las Luces. Sin embargo, el examen final de lo logrado es insatisfactorio y desplaza ya sea a otro período temporal o a algún género de actividad más o menos encubierta, desplazada hacia un entrenamiento intelectual y moral condicente con la pertenencia a aquella generación. La hipótesis de la influencia directa de Eustaquio con no comprobada concurrencia epistolar de José Nicolás, parece ser la única plausible entre el vacío de otras inferencias para interpretar la cuestión, tema sobre el que volveremos más extensamente en el capítulo XII de esta obra.

Como resultado adicional de la investigación documental, si bien no alcanzamos a resolver ninguna de las cuestiones más profundas planteadas, al menos surge una imagen de la personalidad externa y profesional de Félix de Azara, en la que distinguimos características que preanuncian su obra ulterior en América.

Capítulo XII.

Origen y encuadre de su talante personal, sus ideas filosóficas, científicas y religiosas

TALANTE PERSONAL Y ACTITUDES CIENTÍFICAS

"La unidad estructural alma-cuerpo impide considerar el ***talante*** *–ni, en realidad, ningún fenómeno antropológico, según Zubiri– ni como puramente biológico ni como puramente anímico. Lo que biológicamente aparece como tono vital o, si se quiere, temperamento es, en cuanto anímicamente vívido,* ***talante.*** *Si como ha hecho ver Pedro Laín, hay una "biología de la esperanza", puesto que el temple esperanzado o desesperanzado depende del "tono vital" y, como decía él gráficamente, el cuerpo nos "pide" unas veces y nos "im-pide" otras esperar, ¿cómo no va a haber también, mirando las cosas por el otro lado, una psicología del temperamento?"*
[José Luis Aranguren, **El Protestantismo y la moral**, 1965, p. 283]

Hemos insistido, a través de lo ya recorrido de esta obra y, a veces con reiteración, acerca de las dificultades intrínsecas que presenta el caso de Félix de Azara para interpretar todos aquellos aspectos de carácter particular, íntimo o profundo de su persona y, que es, tal vez, una de las más enigmáticas de su generación –la Central de la Luces– en cuanto a esas disposiciones de su personalidad. Entre ellas, se cuentan esencialmente su talante, sus convicciones, las creencias o descreencias que pudiera haber albergado y la cosmovisión a la que arribara, puesto que no fue escritor, filósofo ni ensayista comprometido o cercano a este tipo de temática.

Además, nadie que se ocupara de él relató nada al respecto que no fuera imaginativo o, simplemente supuesto, suerte a la que aparentemente no podremos tampoco sustraernos, aunque tratando antes de ahondar en lo que su tiempo pudo brindarle, en cuanto a configuración y profundidad interior, para poder responder de algún modo, a ese tipo de representación lineal y casi inerte que nos ofrece hasta ahora la literatura acerca de él.

Sucede con la representación histórica que su figura se empequeñece en extremo, suponiéndolo tan sólo un hombre relativamente común, aunque inteligente y virtuoso, que llega casi plácida y silenciosamente a ocupar un puesto preestablecido, como si la historia lo esperara. Al presentarlo así, actuaríamos en forma determinista, casi fatalista, suponiéndolo un brillante predestinado para sus acciones americanas, pues fueron aquéllas las que le dieron prestigio y realce biográfico y, por ende, perduración en la historia de la ciencia, de la cultura aragonesa y entre los narradores viajeros del siglo XVIII.

Con este tipo tan corriente de interpretación biográfica, se reconstruye una despersonalizada entidad humana, que no trae consigo una historia personal particular, como si no hubiera sido un espíritu trabajado por fuerzas inusitadamente singulares, las que al concurrir con sus raíces –también de una esencia poco común– y conjuntamente con una historia individual que no tiene símiles cercanos. Esa fue la cara interior con la que arribara Félix de Azara al escenario americano, un marco casi inconmensurable para un aragonés de su tiempo y dotado de esas cualidades.

Esta certeza que se hace casi una realidad palpable para quien viene siguiendo su vida desde los primeros pasos, no consta en documentos históricos directos, menos aún fue corroborada por el mismo protagonista con palabras pronunciadas o escritas sobre sí mismo. Debe ser colegida a través de la coherencia de su desempeño vital, de la reconstrucción de la que pudo ser la imagen general de su mente, y de una sumatoria de inferencias completamente segmentarias, acumuladas en el decurso accidentado de su larga vida en sus planos cognitivo, imaginativo y moral.

Naturalmente, quien hizo ese uso de su particular oportunidad vital no era simple como persona,

casi impredecible como ser humano e imposible de definir con loas y panegíricos, que resultan, en su mayor parte, encubridores de una especial complejidad configurativa, que lo llevó a ser el que fue. Y es con ese Félix de Azara con el que procuramos encontrarnos desde el inicio de estas páginas, que se escriben un cuarto de milenio después de acontecidos los sucesos de su larga y compleja vida.

Antonio Rodríguez Huéscar (1986: xi) tratando de reconstruir la *"trayectoria vital íntegra"* de José Ortega y Gasset, condición esencial para él en la tarea previa necesaria para conocer "*el indisoluble entretejimiento de esa trayectoria vital"*, con el objeto de lograr la mejor comprensión posible de una obra como la suya, tan llena de "*secretos, de alusiones y de elisiones*" y, por consiguiente, tan necesitada de esa *"faena interpretativa".*

Y, prosiguiendo con Rodríguez Huéscar, para él, el quid de la cuestión reside en la *"…complicación metafísica primaria entre pensamiento y vida –o entre vida y razón– cuya conciencia plena y expresa acaece por vez primera en él, construyéndolo parte integrante de su intuición metafísica matriz y proyectándose metafísicamente en el contenido –y aún en los caracteres formales– que diseñan la trama categorial y rigen el interno dinamismo lógico de su doctrina y de su método o "modo de pensar", y dotándolos de esas peculiares virtualidades innovadoras…".*

Todo eso es muy claro y –diríase también muy pertinente– pues si bien en Ortega predominó la racionalización, la expresión doctrinaria y el pensamiento, no hay género mayor de acción humana y, por tanto más excepcional, que no parta de un similar escenario de implicaciones –**coimplicaciones,** como dice Rodríguez Huéscar– con las mismas virtualidades en su trayectoria vital y espiritual.

Mientras escribimos estas líneas, contemplamos los anaqueles de una de las bibliotecas de nuestro gabinete de trabajo. En uno de ellos en particular y perteneciente a la que está frente a nuestra mesa, vemos una secuencia reunida de libros, compuesta por no más de una docena de volúmenes, que resaltan ocupando casi el centro geométrico de la misma. Están allí rodeados, y atestando en su conjunto todo el espacio del mueble, de cartapacios y archivadores que, henchidos de apartados –copias y originales– de la bibliografía azariana, tratan de explicar, de entender o de justificar al autor de los privilegiados tomos centrales, que no son sino las ediciones de las obras conocidas de Félix de Azara.

Lateralmente y en otras estanterías, centenares de volúmenes adicionales, con lomos multicolores y contexturas dispares, despliegan en miles de páginas, buena parte del conocimiento multifocal del siglo XVII. Lo hacen dentro del marco de la historia europea y de la de España, de la de sus pensadores y de sus hombres de letras y de los de acción, de sus místicos y científicos, sus navegantes y soldados.

Detenemos por un momento nuestra tarea y reflexionamos acerca del camino ya recorrido, otra vez contemplando los anaqueles. Los artículos y los libros conservados en ellos están organizados por "fondos" (conjuntos temáticos), y muy cerca de los de Azara están los correspondientes a Jovellanos, Cadalso, Goya, Aranda, Mayans, Meléndez Valdés y Blanco White. No muy lejos de éstos, los de Campomanes, Cabarrús, los Fernández de Moratín, Forner, Olavide, Feijóo, Iriarte y José Nicolás de Azara y Perera. Además, gran parte de lo que se ha escrito acerca de ellos y de su época. Frente a los mismos, en la pared opuesta están también presentes Voltaire, Diderot, Rousseau, Kant, Franklin, el doctor Johnson, fray Servando y Miranda…

Verlos reunidos, después de arduas y cavilosas jornadas de "diálogo" con ellos, nos han permitido apreciar en su diversidad una época histórica bien determinada y de conocimiento imprescindible acerca de historia de la humanidad y con respecto a sus mejores representantes. También con ellos pudimos fundar con razones inteligibles nuestras ideas acerca de la esencia y la realidad de su aporte para la configuración de un pensamiento y de una cosmovisión epocales, de los que participó nuestro protagonista, dejando así una contribución original y esclarecedora para la historia intelectual iberoamericana.

Todos esos autores dejaron la realidad de sus aportes, ya fueran memorias, nutridos epistolarios o diarios íntimos, que son densas huellas en la rememoración futura por parte de terceros que se propusieron reencontrarlos. Por todo eso existe tanta información con respecto a algunas vidas en particular, que cuesta aunque más no fuera, tratar de organizarla. Se acerca –por ejemplo– la de Jovellanos por su magnitud, al océano bibliográfico y referencial con el que se cuenta sobre Charles Darwin (de quien tan sólo su correspondencia es casi inabarcable de acuerdo con Bowler, 1995).

Ya lo destacamos alguna vez (Contreras Roqué, 2006b: 161) –y ahora, apenas unos pocos años después, cuando han ingresado cientos de nuevas referencias– podemos aseverar que no existe más cabal definición de la situación reinante acerca de la vida y obra del esclarecido asturiano, que el título que pusiera a un denso y valioso libro acerca de él Manuel Álvarez-Valdés y Valdés (2002): **Jovellanos: enigmas y certezas**, postulando que hay que tratar de resolver los primeros y ordenar las segundas, como única alternativa para, de ese modo desbrozar el camino del trabajo biográfico, que bien pudiera llevar como divisa las palabras

que pone Cervantes, en su **Quijote**, en boca del bachiller Sansón Carrasco:

"El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna" (Álvarez-Valdés y Valdés, 2002: 9).

Releyendo algunas de las páginas de Álvarez Valdés y Valdés, nos embarga un gran desasosiego. Tornamos la mirada hacia las obras de Félix de Azara y repasamos mentalmente el parco acopio de referencias, orientadas hacia ellas y hacia su autor. La conclusión mayor es que estamos, por un lado, ante la prueba del espíritu y de la mente, así como de la realidad temporal de la que fuera dueño el excepcional aragonés: la constituyen sus obras publicadas, y verificamos que de allí en adelante, en el panorama azariano sólo hay cortas y espaciadas referencias que representen certezas, algunas documentadas, otras afirmadas casi en el vacío, pero verosímiles por su coherencia, y las más, sólo encerrando nuevos enigmas e incertidumbres.

En síntesis: por un lado la obra de un hombre real, y por otro el vacío de rastros de su paso por la tierra que vayan más allá de esos escritos impersonales y de algunas piezas de su epistolario, así como variadas certificaciones circunstanciales. Son fríos documentos oficiales u oficiosos, notariales y parroquiales. También copias y transcripciones de algunas cartas subsistentes entre los millares que debió de haber recibido o escrito. Además existe una representación pictórica realizada por su coterráneo Goya, unos pocos retratos y algún somerísimo recuerdo marginal de alguien que lo conociera y lo mencionara de paso.

Así, contemplada la cuestión se torna casi fantasmal: tenemos su obra a la vista y no podemos llegar a saber quién fue, en un sentido orteguiano, el que ostentó además de su existir biológico su razón vital y supo hacerlo, de modo tal que la misma quedara expresada en valiosos volúmenes, pero que a pesar de ello no queda de él huella explícita, rastreable –y por ende– que lo torne reconstruible en alguna medida, acorde con lo que postulara el bachiller cervantino.

Con el correr de más de dos siglos, la situación se enturbió aún más, pues una densa e impenetrable bruma de mitos, referencias dudosas y atribuciones inciertas, rodea su recuerdo y el de las que fueran sus circunstancias cercanas, impidiendo divisarlo, más que como una silueta muda y negra, como las que gustaban a manera de retrato en su siglo, desplazándose en la historia con amplios saltos temporales, llevados a cabo en un aparente vacío historiográfico.

Como en el viejo romance tradicional que publicara Ramón Menéndez Pidal (1978: 86):

"Con la grande polvareda
Perdieron a don Beltrán"

Así se pierde nuestro protagonista tras cada ocasión manifiesta de rastrear algo más de su figura real, y acontece que por largos períodos: desaparece nuestro Félix de Azara, entre la figurada polvareda levantada y aventada en los intentos fallidos por dar con él.

Hace casi una década, un muy querido amigo historiador, lamentablemente perdido por obra de un cruel destino, y con quien albergábamos la esperanza de trabajar juntos en el tema, comentaba con ironía, ante nuestras dudas e incertidumbres sobre Félix de Azara:

"Es que él se las arregló para pasar desapercibido: ésa fue su mayor hazaña, pues no pudo haber nada más difícil de lograr para un hombre que ha vivido en una sociedad y en un siglo en el que, hasta los verdugos y los bandidos dejaron rastros o alguna memoria en los demás acerca de su existencia…".

¿Y cómo calificaríamos a esa "hazaña"? Existen muy pocas fuentes a las que acudir en busca de inferencias, y por lo tanto sólo surge un par de conclusiones posibles al respecto: la primera sería que fue el propio protagonista quien escabulló voluntariamente su persona y sus rastros para toda detección futura: resultaría esto fruto de su singular carácter, de su filosofía de la vida o de su particular concepción religiosa de la misma y, como quiera que fuere, el hecho cierto es que no quiso manifestarse sino en lo esencial e imprescindible. La otra alternativa es que una especialísima mala suerte consumara, a modo de obra de duende o de trasgo maléfico, la desaparición documental y fáctica de un porcentaje más largo de su propia vida acerca del cual poseemos alguna información.

De ser posible esta segunda hipótesis, esa particular mala suerte tendría –al menos en parte– nombre y apellido, también el concurso de un amanuense dócil y cómplice pago del hecho. Los autores serían su sobrino José Agustín de Azara y Perera Mata y Rivas, y el escriba mercenario Basilio Sebastián Castellanos de Losada[1]. Al tratar la etapa final de la

1 Nuestro tratamiento para con el poco afortunado personaje que fuera Basilio Sebastián Castellanos de Losada [1808-1891] es el resultado de un doble convencimiento: por una parte sabemos que es el reconocido creador de circularidades mentirosas que han contribuido a distorsionar la biografía corriente de Félix de Azara; y por otra –y mucho más significativamente– porque obedeció a su mandante por un convenio crematístico y destruyó documentación biográfica e histórica de Félix de Azara, y eso es muy grave en un anticuario y bibliotecario real, como lo fuera el audaz y políglota madrileño, quien por

vida de Félix de Azara entre 1801 y 1821, este último el año de su muerte, volveremos sobre el tema, suministrando fragmentos de la casi increíble correspondencia habida entre ambos personajes mencionados, con respecto a la alteración, destrucción y eventual incineración de cartas y documentos familiares. Ha sucedido, como lo enuncia un aforismo de Georg Christoph Lichtenberg [1741-1799] (2002: 241), cuando dijera:

"Es cierto que ya no quemamos brujas, pero sí, en cambio, toda carta que contenga una verdad cruda"

Aunque presumamos en base a evidencias directas como la mencionada arriba, que hubo algo de conspirativo en la pérdida de mucha documentación personal sobre Félix de Azara, no podemos dejar de pensar que, entre ambos destructores, apenas si lograron sumar un poco más de bruma y silencio, sobre una vida de por sí silenciosa, y en casi permanente huída de toda forma de exposición que fuera más allá de lo necesario. Incluso el célebre cuadro pintado por Goya, sería una imposición oficial del Real Consejo de Defensa, del que Félix de Azara formara parte en el tiempo en que fue retratado, y que lo exigía a sus miembros. El retrato ya fue criticado como uno de los menos afortunados de los realizados por Goya en 1805 en cuanto a la transparencia espiritual del retratado sobre la tela.

En el retrato de Goya, su expresión es cuidadosa, pulcra y contenida, al contrario de lo que expresa el retrato de Jovellanos por el mismo autor. Se nota en el suyo, mucho menos nítida su apariencia, más carente de sinceridad expresiva e intimista. Algunos le atribuyen cierta altanería que podría no ser tal sino reflejo de un talante poco dado a abrir su intimidad más allá de lo necesario: la supuesta altanería podría no ser sino un escudo ante toda posible filtración de su yo real ante terceros.

Los demás retratos conocidos fueron ocasionales, fruto de compromisos o de oportunidades circunstanciales y en ellos la representación efectiva del trasfondo íntimo del protagonista es menor en ellos. Si algo puede decirse con bastante justeza es que esos retratos en general muestran en él, una expresión relativamente distante y predominantemente fría, como si su ser íntimo flotara mucho más allá de la captación del artista, al que el retratado mira en forma vivaz pero encubierta.

Acerca del carácter personal de Félix de Azara, su temperamento y sus actitudes y disposiciones generales hacia terceros (su **talante**, en el sentido en que lo usa José Luis Aranguren, como disposición personal e íntima hacia la alteridad), es muy poco lo que se conoce y, descartando su calificación como extremadamente social, alegre y dicharachero que le atribuye al parecer sin fundamento, el mencionado Castellanos de Losada, quien no lo conoció en persona. Es indudable que hubo en él una predominante parquedad expresiva. No podemos descartar que fuera habitual en su actitud el guardar cierta distancia irónica o de aparente suficiencia, como la que surgiría de sus retratos, tal como la captaran varios autores.

Conviene recordar su sentido estamentario, que no era sino una faceta más del relacionamiento humano en la actitud de su generación. Esto pudo ser muy particular en Aragón, como se puede comprobar cercanamente en el trato de su hermano José Nicolás con el conde de Aranda: a pesar del gran afecto y confianza en el largo tiempo de trato mutuo, nunca se apeó el hidalgo de sus señales de reconocimiento hacia el conde, pues eso era algo implícito entre ellos y significaba fidelidad a una concepción íntima de cada uno con la que estaban por completo compenetrados[2]. Albiac Blanco (2004: 1783), dice al respecto:

"El conde se dirige con absoluto desenfado y cierta familiaridad al hijo de la familia noble de Barbuñales y embajador en Roma, pero en ningún momento se relaja la guardia y permanecen muy bien delimitados los niveles que cada uno ocupa dentro del mismo estamento, y los signos que marcan esas diferencias están patentes tanto en el tono y estilo general de las cartas particulares de ambos como en los tratamientos."

Con respecto a su coetáneo y también aragonés Goya, y en el plano de lo personal, careció de la desmesura efusiva de aquél –tal vez también de su genialidad rutilante y de la sensualidad devoradora del pintor de Fuendetodos– y hasta de sus no infrecuentes deslices en la ordinariez y aún en lo soez, como lo muestra por ejemplo, la lectura de su correspondencia amistosa con Zapater. Con respecto a ambos y también en comparación con su hermano José Nicolás, Félix es mucho menos pródigo en escritura, más aún si la misma es epistolar. En su trato escrito conocido, nunca dejó de ser

vocación y méritos personales llegó a ocupar altos cargos en archivos y bibliotecas oficiales. Es interesante saber que desde 1999 circula en la Comunidad Autónoma de Madrid, un proyecto de Investigación (CAM 06/0108/99) para estudiar su vida y obra, del que ignoramos sus resultados.

2 Cualquier lector de más de cincuenta años de edad no tiene más que rememorar –si quiere hallar un símil para esa otra actitud histórica interpersonal– las relaciones modales intrafamiliares de sus tiempos juveniles, en especial las que se daban entre padres e hijos o con los abuelos. Cualquier referencia peyorativa al respecto caería en lo que Carmen Iglesias llama muy bien "actualismo" y que se trata siempre de una visión distorsionada de la realidad histórica. Esa **era la realidad** mental moral de un tiempo dado y así, la sentían los protagonistas.

correcto,mesurado y sobrio: siguiendo un tipo de "**retórica de la concisión**", como denomina María Dolores Albiac Blanco (2004: 1777), al tono epistolar del conde de Aranda. Léxica y sintácticamente, se expresó siempre con un estilo castellano depurado de vulgarismos, regionalismos y sólo raramente muestra algún tipo de énfasis particular o extremoso.

En lo personal, era curioso de lo humano, y posiblemente fuera de la disciplina militar, de la que debió haber sido seguidor riguroso en cuanto no sobrepasara su concepto del deber específico, es decir, sin proyecciones de casta militar en su conducta social. Gustaba de asomarse al mundo que lo rodeaba, sorprendiéndose y hasta gozando de la interlocución con terceros sencillos y, sobre todo pintorescos, lo cual constituye un rasgo muy aragonés, alejado de la sequedad castellana. Con ello no se rompía su salvaguarda individualista y aprovechaba para incursionar en lo humano afectivo y contingente, que siempre despertó su curiosidad activa. Un ejemplo es el placer con que describe a ese anciano casi nonagenario que cazaba incesantemente moscas desde el asiento en que estaba inmovilizado, con una tirilla de cuero y prorrumpía con expansivos festejos cada vez que lograba un acierto. Azara lo encontró cerca de la ciudad de Corrientes en 1784 (Azara, 1871, 1907).
Este último era un don propio de su íntima y reconcentrada sencillez personal: a un mismo tiempo simpatizaba con esos humildes personajes, pero se mantenía dueño de sí mismo, no como en el caso de Goya que gustaba entremezclarse con truhanes, majos, manolos, chisperos y otros ejemplares parecidos de la fauna humana madrileña y también de la zaragozana, tal vez para llevar al extremo su experiencia de artista. Lo hacía al punto en que, de joven, Goya compartió con esos elementos hasta el uso activo de la navaja, y en consecuencia, debió huir a Italia después de dejar un malherido. Es posible que Félix de Azara nunca se haya alejado de una forma de vida secamente circunspecta, celoso de su distancia estamentaria a la que nunca exhibía vanamente pero cuyas virtudes cultivaba en los aspectos más individualistas y éticos.

Aparentemente, hubo muy poco en él de soñador de acuerdo con la valoración corriente de este término. Por lo que se puede rastrear en sus escritos –y eso coincide con el perfil que lentamente venimos reconstruyendo– y nos lo hace ver como un ensimismado, posiblemente caviloso y silente. No quiere decir que en su intimidad no soñara, pero desconfiaba como hombre realista de sus ensoñaciones. Como acertadamente lo señala Laín Entralgo (1967: 176):

"Nunca es perfecta la figura del ensueño, por hábil que sea el soñador: contra la sentencia de Hegel, nunca lo real será íntegramente racional. Y, por otro lado, siempre el ensueño ha de ser, por exigencia de su naturaleza misma, inconsistente y fugaz:

"El hombre que vive, sueña
Lo que es, hasta despertar.

Así dijo el dramaturgo del ensueño; y es verdad que a todo ensueño de esta vida nuestra corresponde, por necesidad esencial, un despertar a la realidad consistente e insatisfactorio:

Tras el vivir y el soñar
Está lo que más importa:
Despertar,

[Así] *reza un proverbio de Antonio Machado…"*

En cuanto a la índole y calidad de su cultura general hay muy pocos testimonios. El mayor de ellos es el de la expresión escrita en sus obras e informes. Nunca alardeaba de erudición, pero tampoco se retraía de citar fuentes de sus escritos –en especial de los históricos– y someterlas a una crítica, a veces muy dura e incluso injusta. Esto le ha traído las reacciones de sus colegas póstumos y en especial de los historiadores, quienes le han reprochado falta de profundidad en esas críticas, atribuyéndolas a escasez de lecturas históricas y prejuicios que hacen al disenso que expresa con sus fuentes, y que eran motivo para ataques y desmentidos drásticos.

Con respecto a las reacciones contra su metodología, ya hemos aclarado que también son exageradas y que casualmente, provienen en su mayor parte de escritores cerradamente católicos tradicionalistas y projesuíticos[3], que parten de sus propios prejuicios para endurecer sus posiciones. Analizándolas fríamente, las opiniones de Azara cuando son de tipo crítico-histórico o de discusión de fuentes, pecan más de simplistas que de malintencionadas. Abundan más en sus primeros escritos, como si de a poco hubiera ido madurando en su ánimo una visión más ecuánime.

Estas opiniones no descartan que, en más de una ocasión, citara equivocada o parcialmente a algún autor, o como en el caso de su reacción ante Buffon, se mostrara casi obsesivo aún pudiendo estar equivocado; más aún cuando el naturalista francés se refiere principalmente a faunas ecuatoriales y de las Guayanas a las que Azara no conocía y, por esa causa muchos de los errores que atribuye al sabio francés, no son sino confusiones taxonómicas, pues ambos hablaban de distintas especies o razas, cuando Azara creía que lo hacían sobre las mismas.

Otra acusación frecuente que se le formula, es haber callado muchas veces sus fuentes, como si sintiera cierto desdén por dar a conocer el origen de

3 Por ejemplo Pablo Hernández (1913: 375-409), somete las obras históricas del naturalista aragonés a una dura crítica, acusándolo no sólo de tener fuertes prevenciones sobre los jesuitas, sino también de mentir deliberadamente, en lo que informa acerca de estos últimos.

sus citas. En este sentido, pareciera insinuarse en el comportamiento de Félix de Azara cierta propensión, como lo hiciera Aimé Bonpland años después, para ignorar a sus colegas y competidores (Contreras Roqué y Boccia Romañach, 2006). Por ejemplo, el relacionamiento que sostuvo con Antonio Pineda[4], a quien confió su manuscrito ornitológico en 1791 y para el cual, lamentablemente, no pudo obtener el juicio esperado, puesto que el naturalista español que acompañaba a la expedición de Alejandro Malaspina, falleció en la misma, menos de un año después. Esto se conoce sólo por cartas y Azara no se refiere personalmente en forma completa al caso en sus escritos. Dentro del mismo marco de aparente desconocimiento nunca menciona a los naturalistas portugueses que trabajaban sobre la historia natural del alto curso del río Paraguay, contemporáneamente con su actividad en el Paraguay, y de los que casi forzosamente debió tener noticias.

Tampoco hizo esfuerzo alguno por conectarse con sus cercanos coterráneos trasterrados en el Nuevo Mundo, como el jurista Victorián de Villaba [1747-1802][5], que estaba desde 1781 trabajando en la Audiencia de Charcas, y había sido estudiante primero y rector después en la Universidad de Huesca; y con el médico y cosmógrafo Cosme Bueno [1711-1798], residente en Lima, que no sólo era aragonés como él, sino que publicara una **Descripción Natural del Paraguay y del Chaco**, en 1767, pocos años antes de la propia estadía rioplatense de Félix de Azara, a la que nunca se refiriera[6].

Entre los naturalistas y exploradores portugueses que ya referimos para el caso del río Paraguay superior, resulta muy improbable que no haya conocido, al menos por referencias a Alexandre Rodrigues de Ferreira[7] [1756-1815] quien coincidió casi estrictamente con él en los años en que trabajó sobre la naturaleza de una misma vía de agua: el río Paraguay (Nomura, 1998: 297), pues el portugués realizó sus tareas entre 1783 y 1792[8].

Otro cargo que se hace con frecuencia a la obra de Azara es no haber citado aquellas fuentes manuscritas que tuvo (casi con seguridad) en sus manos, durante los años de residencia en América y, en particular en el Paraguay, donde parece que pudo disponer de una de las muchas copias de la obra histórica de Rui Díaz de Guzmán (Quevedo, 1980), además, de textos manuscritos de la obra

4 Antonio Pineda [1753-1792]. Fue naturalista como vocación anexa a su carrera naval, pues era oficial de la Armada. Había nacido en Guatemala y se formó en España, especializándose en botánica. Acompañó como naturalista oficial del viaje a la expedición de Alessandro Malaspina, llevada a cabo entre 1788 y 1794. Pineda trató con Azara en Buenos Aires, llevando un manuscrito suyo para someterlo a análisis crítico por solicitud del propio Azara, pero el propósito se frustró al fallecer prematuramente Pineda en Filipinas.

5 Hasta el presente se ha ignorado la fecha exacta de nacimiento de Victorián de Villaba (muchos autores que lo citan o tratan sobre él, escriben Villava, pero la Partida de Bautismo, de la que poseemos copia gracias a la gentileza de don Alfonso Sánchez Hormigo, dice claramente Villaba), ahora podemos citar documentadamente la de 1747, y sabemos que vino al mundo en Zaragoza, *"a los 13 días del mes de enero"* de ese año, como reza la mencionada Partida.

6 Ignoramos completamente si conoció una publicación como el ***Mercurio peruano de Historia, Literatura y Noticias Públicas***, que aparecía en Lima y tenía vinculaciones con la Sociedad Peruana de Amantes del País (Dager Alva, 2001), en la que se publicaron muchas contribuciones de neto interés para Paraguay y para la obra de Félix de Azara. Tampoco sabemos si tuvo conocimiento o si llegó a sus manos la colección o algún ejemplar de ***El Conocimiento de los Tiempos, Ephemeride,*** publicación anual aparecida también en Lima desde 1753, y que fue dirigida a partir de 1757 por el médico y Cosmógrafo Mayor del virreinato del Perú, Cosme Bueno [1711-1798] (Serrera Contreras y Hernández Díaz, 1996) durante más de cuatro décadas, quien le dio amplitud temática y modernidad con datos astronómicos, meteorológicos y geográficos, publicando incluso por etapas anuales la descripción de los obispados virreinales, entre ellos el del Paraguay en 1767, obra que está en vías de reedición comentada (Contreras Roqué *et al.*, M. S. 2).

7 Alexandre Rodrigues de Ferreira [1756-1815]. Era nativo del Brasil, pero se había formado en Europa y fue un notable naturalista, tanto explorador como científico de gabinete. Hizo grandes colecciones de vertebrados del área que estudiara y escribió sobre esas faunas obras a las que:

"…la doble circunstancia del secreto de estado que rodeó a todo conocimiento interno geográfico o de los recursos naturales en el área colonial lusitana, sumado a la rigurosa prohibición de la posesión particular de imprentas, mantuvo en silencio los resultados de una actividad que hubiera podido ganar precedencia en la nomenclatura de la biota local, puesto que ya exploradores…" como Rodrigues de Ferreira:

"…utilizaban el sistema de nomenclatura binomial linneano. Pero el gobierno [portugués]*, no hizo lugar a la publicación de los resultados. Rodrigues de Ferreira había descripto aves, mamíferos, peces y quelonios"* (Contreras Roqué, 2006a: 25).

8 En este caso el retraimiento de Azara podría haber obedecido al temor por el ambiente de sospecha y desconfianza entre españoles y portugueses, que hacía peligrosa toda relación de un lado a otro de la discutida frontera, y ya Félix de Azara habría sido víctima de una artera trampa para complicarlo en una supuesta conspiración de espionaje y colaboración con los portugueses, como se tratará extensamente en el siguiente tomo de esta obra.

herbolaria del P. Segismundo Asperger [1687-1772]; tal vez también de las obras del P. Pedro Lozano [1697-1752] y del trabajo herbolario del hermano Pedro Montenegro [1663-1728]. La razón de esta circunstancia, que resulta bastante evidente en algunas partes de su obra, puede ser el resultado de la falta de entrenamiento previo de Félix de Azara en las técnicas de consulta y cita erudita, las que –por otra parte– recién comenzaban a hacerse estrictas entre escritores e investigadores europeos.

A pesar de que este capítulo está destinado al análisis del talante, del pensamiento filosófico y la religiosidad de nuestro protagonista, consideramos que eran necesarias estas referencias previas, tanto a su carácter y formas de relacionamiento en la vida cotidiana, así como a las objeciones y críticas que se han suscitado a consecuencia de sus escritos, puesto que la expresión de un hombre, responde en gran medida a su idiosincrasia, a sus modalidades psicológicas y a su concepción del mundo, tanto como a su erudición, dominio temático y concepción filosófica para su forma final de expresión. Con el estudio pormenorizado de sus obras publicadas al regreso de América a partir de 1802, retornaremos mucho más detalladamente al tema.

En un capítulo anterior nos hemos referido a las probables fuentes mayores de la orientación práctica e intelectual de la condición tópica de **ilustrado**, por parte de Félix de Azara. Pudimos así, ver que el tema es más conjetural que concreto: atribuimos arbitrariamente sin más guía que la racionalidad y la pertinencia de inferencias indirectas[9], valor a ciertos elementos de su vida creativa, pero su mente es, tal vez, una de las menos conocidas de los miembros destacados de su generación. Lo más difícil es saber cómo y cuánto influyó cada situación vivida o cada uno de los contactos humanos que tuvo y los elementos formativos disponibles a su alcance pero, en ambos casos, todo es aún presuntivo e incierto.

Ignoramos la profundidad de su compenetración con las matemáticas, para las que sentía Félix de Azara especial vocación y facilidad. ¿Habrá sido la suya una aproximación meramente tangencial y, sólo como instrumento operativo se habrá involucrado en un campo de una conceptualidad novedosa, y capaz de apoyar una cosmovisión más rica que la corriente? Queremos creer que después de dos años intensivos de matemáticas básicas y aplicadas, a veces a problemas tan rigurosos como la balística, la cosmografía y la representación escalar del paisaje geográfico en mapas adecuados, o en el cálculo de la resistencia del maderamen de un puente o de los estacones para el calzado de una contención para la furia de aguas desbordadas, como las de los ríos catalanes Oña, Ter, Gerona y Galligans, habría adelantado notablemente en el campo de las matemáticas aplicadas. No poseemos siquiera algunos de sus cuadernos o libretas de anotaciones de campaña para poder ver en ellas su posicionamiento ante un problema matemático y sus vías optativas de solución, pero sabemos que con ese entrenamiento ya no era el "hombre anumérico" del que habla John Allen Paulus (2000). Tal vez sin llegar al caso del discípulo del matemático G. H. Hardy, quien fue a visitar a un hospital a su discípulo hindú Ramanujan. Llegado junto a su lecho le dijo tan "sólo por darle conversación" que el número del taxi que lo había traído hasta allí, era el 1729, a su ver "bastante soso", a lo que el discípulo replicó de inmediato: *"No, Hardy, no. Se trata de un número muy interesante. Es el menor que se puede expresar como suma de dos cubos de dos maneras distintas"* (Paulus, 2000: 15), es muy posible que en sus ocios cuarteleros y en los vivaques de campaña, en alguna tienda con una mesilla y banquetas, se entretuviera –tal vez con la compañía de otro ingeniero, tal vez solitario, en resolver problemas matemáticos y cartográficos o jugar al ajedrez, el "juego ciencia"–, a cuyos trebejos ansiaba llevar consigo su hermano José Nicolás, para completar la dicha de su reposo, cuando en 1799 llegara a Barbuñales por una temporada.

En la polémica reiterada, entre quienes sostienen que su obra naturalista fue un súbito impulso por hacer algo alternativo, ante el abandono por parte de los demarcadores portugueses, de su obligación de concurrir para delinear colaborativamente la nueva traza de fronteras, y aseveran que lo hizo sin más bagaje interior que leves conocimientos básicos de geografía e historia natural, sin instrumental ni bibliografía, y aquéllos que sostienen que no hizo sino desarrollar una continuidad lógica y congruente con lo que ya venía cultivando en España. Es plenamente sostenible –y esto sí que surge del estudio documental– que ésta última sea la hipótesis cierta. No fue un improvisado por más que prolongó sus investigaciones y digresiones por campos más extensos que los rutinarios para los especialistas de entonces.

Antes de entrar de lleno en el problema de su pensamiento, es necesario que nos ocupemos de un elemento de apoyo que debió ser esencial para el desarrollo de sus concepciones teóricas y sus métodos de estudio: ¿Cuál fue su biblioteca personal y hasta qué punto la aprovechó? Como ya tratamos este tema en forma bastante detallada en una publicación anterior (Contreras Roqué, 2006b:

9 Lo que queremos significar no es sino relativo, pues sabemos que fue esencialmente un ilustrado, pero que todo acercamiento a esa condición es indirecto pues trasluce de sus textos, acciones, a veces de la correspondencia y de todas sus formas de expresión de las que queda memoria. Aunque nunca se proclamó un ilustrado –cosa que muy pocos hicieron– no puede ser calificado de otro modo: la configuración total de su vida y obra es típica de un miembro de la ilustración.

166, *passim*). Transcribimos a continuación el texto referido:

"Es evidente que la familia Azara tenía una tradición culta dentro de los parámetros de la época y del estamento social al que pertenecían. No hay datos acerca de la existencia de una biblioteca familiar en las biografías de ninguno de los hermanos Azara. Sin embargo, llama la atención el hecho de que dos de ellos hayan sido bibliófilos: Eustaquio y José Nicolás, y este último en forma muy especial, pues llegó a tener una de las bibliotecas más ricas de su tiempo, (Sánchez Espinosa, 1997). Esto no implica forzosamente que don Félix se haya formado en un medio literariamente rico e informado. Recordemos que pasó muy poco tiempo en su casa natal, puesto que en el umbral de la adolescencia, debió trasladarse a Huesca, donde estuvo bajo la dirección de su tío, un eclesiástico, don Mamés, sobre cuyas ideas e inclinaciones culturales poco sabemos, y menos aún acerca de su posible biblioteca."

"Es indudable que Azara tuvo –por reducida que la misma pudiera haber sido– su biblioteca personal. Con frecuencia los militares solían cargar alguna o un par de maletas de libros cuando estaban en campaña, más aún cuando eran comisiones como las de Azara que, excepto en lo referente al desembarco de Argel, implicaba una larga residencia en zonas de trabajo en su función de ingeniero militar. No faltarían en su librería de campaña los manuales de matemáticas, de geodesia y acerca de fortificaciones. Además, a partir de su herida, en 1775, don Félix comenzó a residir con frecuencia en Zaragoza y en Huesca, e incluso en la casa solariega de Barbuñales. Al viajar a América (Azara, 1809, I: 2) dejó la mayor parte, si no todos sus libros en San Sebastián, antes de trasladarse a Lisboa donde recibiría las órdenes reales definitivas para su misión."

"Coincidimos con Mones y Klappenbach (1997: 9) en que "...presumimos que esos libros serían fundamentalmente obras relacionadas con su actividad profesional del momento. No tenemos conocimiento de si ésta "primera biblioteca" le fue enviada con posterioridad o quedó en España durante su estadía americana".

Un gran mérito de Mones y Klappenbach (1997: 9, *passim*), ha sido tratar de reconstruir el espectro más plausible de lecturas azarianas. Es decir, de brindar un catálogo presuntivo de la que pudo ser una "***Biblioteca de Félix de Azara***". *Lo hicieron dejando bien aclarado que muchas pueden ser referencias mediadas por otros autores y no fruto de la consulta directa de las fuentes originales. Brindan así, una lista de noventa obras probables pero debe aclararse que entre estos títulos, cinco son ediciones de las propias obras de Azara. Además aparecen incluidas en la lista de esos autores muchas obras que por sus fechas de edición recién pudo tener en sus manos después de su regreso a España, cuando estaba empeñado en el proceso de edición de sus propios manuscritos y que, seguramente, fueron poco significativas en la concepción y redacción final de los mismos."*

"Entre los títulos citados sólo aparecen dos clásicos: Homero y Virgilio, sin saberse a qué obras alude, además de ser posibles reminiscencias de su vida estudiantil."

"Aparte de esos autores no figura nada más de tipo literario o filosófico. Predomina la temática histórica, los libros de viajes y, por supuesto, las obras de Buffon[10]*, aunque ignoramos si llegó a tenerlas de su propiedad personal o si sólo las consultó de manos de terceros."*

"Es evidente que don Félix fue –en lo que aficiones literarias y a bibliofilia se refiere– esencialmente distinto de su hermano José Nicolás, cuya biblioteca llegó a ser una de las más renombradas de la Europa de la Ilustración. Como en el caso de su hermano menor, se ignora casi todo acerca de los primeros años de José Nicolás. Pero, si algo fue decisivo en la vida de éste fue el libro. Así lo establece Sánchez Espinosa (1997: 13), cuando se refiere al retrato que el pintor Ráphael Mengs le hiciera en 1777, cuando "En la mano Azara sostiene entreabierto, conservando el dedo índice en la página de su lectura, un libro en octavo, libro de bolsillo o de faldriquera, encuadernado en pasta al gusto de la segunda mitad del siglo XVIII. Como en tantos otros retratos de la época el libro ha dejado de ser un atributo de la condición o función, para devenir compañero de soledad. Indudablemente, José Nicolás de Azara, seleccionó, de entre otras posibles, esta imagen de sí mismo como hombre del libro, como literato, para transmitir a sus contemporáneos y para dejar a la posteridad".

"Ya señalamos que no sabemos si la familia Azara pudo haber tenido biblioteca familiar en su casa de Barbuñales o en la de Huesca. Es posible que la misma se redujera a lo habitual en las rancias familias nobiliarias de provincia: algunas obras teológicas, libros de culto y muy pocos más entre los que se solían contar tratados médicos y herbolarios. Al sostener esta opinión debemos insistir en que estamos refiriéndonos a la primera mitad del siglo XVIII, cuando la provisión de libros era escasísima en España. Localmente no se producían en abundancia, y desde afuera apenas si llegaban. Analizando el ambiente intelectual de la primera mitad del siglo, Domínguez Ortiz (1981: 105) y, en especial en cuanto a la producción de libros, resalta su "...impresión general acerca de la miseria intelectual en que se debatía España".

"Lo sucedido al fallecer en París José Nicolás de Azara, el 26 de enero de 1804, es revelador. En esa ocasión sus familiares –hermanos y, tal vez algún

10 Esta referencia transcripta en el párrafo citado encara una cuestión que aparecerá reiteradamente en esta obra, pues la relación de Félix de Azara con Buffon resulta un tema casi obsesivo en sus obras de tipo biológico, y retornaremos densamente al mismo asunto cuando examinemos sus escritos americanos, en los tomos siguientes. Conviene aclarar ahora que ésta es una adquisición posterior a su regreso a España.

sobrino– no lograron entenderse en cuanto el destino a dar a esos bienes, y vendieron primero separadamente y, más tarde pusieron en subasta una parte considerable de su biblioteca (el grueso de la misma se vendió por catálogo en 1806, de acuerdo con Sánchez Espinosa, 1997). Más allá de la tentación económica por el enorme valor de sus colecciones y libros raros, casi todos en ediciones lujosamente encuadernadas, hubo indiferencia: nadie entre sus herederos –que se sepa– guardó para sí algunas obras por afición a las mismas. Don Félix no era precisamente un humanista pero ni siquiera retuvo o trató de comprar las obras referidas a viajes americanos y naturalistas de las que abundaban en los anaqueles de su hermano."

De este inventario somero y seguramente incompleto se puede deducir que Félix de Azara tenía algunas condiciones de lector, pero muy limitadas frente a los intereses de la mayoría de los miembros destacados de su generación. Faltan en la enumeración de Mones y Klappenbach (1997) –que se refiere fundamentalmente a las materias centrales de su carrera de ingeniero militar y al uso profesional de obras de consulta técnica–, las complementarias obras humanísticas, de carácter filosófico, poético o ensayístico (una de las formas en las que más se expresaba el pensamiento ilustrado europeo). Parecería que su mente fue más la de un hombre de acción que la de un intelectual y menos aún, la de un humanista. Era hombre que restringía sus lecturas a lo necesario y posiblemente no superó nunca esa condición.

No se puede extraer una conclusión fácil de la imagen aparente que brindamos arriba: el hecho de sustraerse a la cultura humanística y filosófica en sentido estricto (en su siglo se denominaba como **filósofos** a los que cultivaban formas generalistas del saber, una derivación de la definición de ***philosophes*** corriente en Francia, pues se consideraban como tales a Voltaire, Diderot, d'Alembert, Helvétius, Rousseau, etc.). Podría haberse dado en él un tipo de pensamiento más próximo a la flosofía natural[11] que al racionalismo mecanicista radicalizado del tipo del preconizado por el barón de Holbach[12],Helvétius[13] o por Julien Offray de La Mettrie[14], aunque en su expresión escrita es ex-

11 **La filosofía natural:** Es una designación particular más que para una rama menor de la filosofía, para una concepción distinta de la filosofía clásica y particularmente, de la teología o de cualquier filosofía de las religiones formales. La filosofía natural tiene una larga historia, pero recién comienza a tomar su perfil moderno tras el Renacimiento, cuando a la noción de un orden natural divino, creado y sostenido por la permanente acción del Creador, se opone la re-creación mediante una operación mental y racional con los datos sensoriales de lo que se reconoce como realidad. De acuerdo con un criterio fisiológico esta última sería toda aquélla que deriva de la información perceptiva y sensorial. De este modo la filosofía se libera de la acción divina permanente, aunque puede dejarla en pie como causa primaria de la naturaleza, que con sus propias leyes –leyes naturales– sigue su decurso basada en ellas. De este modo, la comprensión de la misma resulta fruto del manejo de los datos naturales por la razón, que ordena la información sensorialmente obtenida y a través de ella obtiene una imagen del mundo. Nicolás de Cusa [1401-1464], fue uno de los precursores del naturalismo filosófico, pero todavía con la persistencia de elementos neoplatónicos y aristotélicos en su pensamiento. También intentó explicar la presencia divina en el mundo material, como centro absoluto y único de la misma. El surgimiento de la ciencia, en especial de la experimental, con Galileo Galilei [1564-1642], Francis Bacon [1561-1626], Gerolamo Cardano [1501-1576], Pierre Gassendi [1592-1655] y otros filósofos de cierto renombre, condujo a la concepción naturalista que dominó en el siglo XVIII, ya fuera con bases en el pensamiento de René Descartes [1596-1650], con sus postulados dualistas acerca de la realidad, ya dentro de un unicismo natural. Pedro Gassendi fue quien formuló el concepto de **atomismo** (atomística) que intenta caracterizar la estructura de la materia rechazando tanto los conceptos de **materia llena** de la escolástica, como la de los **espacios vacíos** de René Descartes [15696-1650]. En síntesis, la filosofía natural del siglo XVIII se caracteriza por: 1) tiene un concepto naturalista de la realidad; no rechaza la metafísica pero la deja a un lado, priorizando la tarea de los sentidos de percibir y de la mente para describir el universo real; 2) ubica a Dios en el inicio de los mundos como causa inicial y eventualmente creadora de las leyes naturales, por lo tanto es **deísta**; 3) rechaza la magia, la alquimia y la superstición como elementos formativos del concepto de la realidad; 4) acepta la ciencia, particularmente a la matemática, a la física, a la cosmografía, a la astronomía y a la historia natural como básicas en la construcción racional de una imagen del universo.

12 Paul Henry Thiry d'Holbach [1723-1789], de origen alemán (en el Palatinado) pero radicado en Francia. Fue materialista y se opuso a todo tipo de especulaciones sobrenaturales, afirmando que sólo la materia es real y eterna, y calificó a la religión como una forma de ignorancia. Fue una figura central de la Ilustración francesa, amigo de sus máximos representantes. Escribió **El sistema de la naturaleza** (1770), **El cristianismo desenmascarado** (1767) **y La moral universal** (1776).

13 Claude Adrien Helvétius [1715-1771]. Fue un filósofo materialista partícipe de la Ilustración francesa. Se contó entre los protectores económicos de la **Encyclopèdie.** Era descendiente de una familia del Palatinado. En 1757 escribió **De l'Ésprit**, obra escrita entre 1740 y 1750, que fue condenada y quemada públicamente, pero ya en forma póstuma, en 1772 se publicó bajo el título de **De l'homme**, que era una edición ampliada de la anterior, a la que se le agregó un poema, **Le Bonheur.** Su concepción ética fue sensualista-utilitarista, para la cual la base de toda acción humana es el egoísmo, pero su finalidad doctrinaria está orientada hacia el bien público.

14 Julien Offray de La Mettrie [1709-1751]. Fue un médico y filósofo francés, conocido por el radicalismo materialista de sus propuestas filosóficas, tal vez las más materialistas de la Ilustración francesa. Inicialmente fue

tremadamente racional y realista, hasta llegar casi a ser una suerte de positivista antes de tiempo.

Pero, eso sí, suponemos que vivió intensamente un mundo mental configurado alrededor de una idea teológica. Efectivamente, teológica pero ajena a las intrincadas y abstrusas especulaciones de los que cultivaban el saber filosófico-religioso en su tiempo. Lo suyo era un don extremoso de observación que no se restringía a la captación unitaria de percepciones, sino a la búsqueda de una ilación entre lo particular y su sentido trascendente, al incorporarlo a un intento de visión general del universo hasta donde lo extendía el paradigma de su tiempo, y de la existencia, más en el plano individual que en el global.

Pero esta interpretación todavía carecía de la exigente cientificidad de la de un Alejandro von Humboldt[15], pero sí podía darse en un nivel como aquél con el que cultivaría el mismo campo de exigencias cognitivas su coetáneo, Gaspar Melchor de Jovellanos, o el ilustrado Pablo de Olavide. Incluso su hermano José Nicolás, tras su vertiente estética centrada en las artes plásticas, la arqueología y la poética, se reservaba un ámbito interno para la interpretación de la vida, la providencia, el destino y la eventual presencia de la obra de Dios en la estructura y funcionamiento del todo, puesto que era así como se ofrecía a las mentes amplias y esclarecidas de la Ilustración, la suma de las realidades internas y externas que acumulaba en ellas el proceso vital tratando de interpretarlo como resultado de una necesidad interna e imperiosa, pero obviamente proporcionada a la cosmovisión imperante en su época.

En el plano de las humanidades, de la literatura y de la estética sus ideas fueron simples y nunca avanzó más allá del sentido de la belleza natural, ante la que experimentó un asombro raramente expresado en forma directa, sólo lo hizo velado por su sentido realista y casi ascético. Su estilo literario, volcado esencialmente al modelo ensayístico (Peiró Barco, 2006: 290) se inició de algún modo como prolongación de los informes oficiales, pero evolucionó hasta llegar a merecer un sitial en la literatura de su tiempo, aunque nunca hizo despliegues estilísticos de envergadura. El autor citado arriba (2006: 292) dice que llegó a expresar en sus escritos los requisitos del ensayo literario, género por excelencia de la Ilustración, que son la subjetividad (plasmada en sentimientos y valoraciones) y cierto tono autobiográfico (o intimista). Pero es posible que, esa modalidad fluyera naturalmente de su ser personal y que nunca hubiera sido objeto de reflexión estética de su parte. Este aspecto de su obra, será analizado más extensamente al dar cuenta de lo que corresponde a su escritura, pues, en este capítulo, sólo nos interesa saber cuán arraigada estaba en su mente una regulación teórica o filosófica de su expresión.

Sí como suponemos, en el período que consideramos tan decisivo de sus 33 a 39 años, hubiera participado Félix de Azara en Barcelona, en las tertulias relacionadas con las de los condes de Montijo, de la familia Palafox y de sus allegados jansenistas en Valencia (Astorgano Abajo, 1997), que serían en su mayoría eclesiásticos de relieve[16] y entre ellos, muy posiblemente su hermano Eustaquio[17], de las

---

jansenista y siguió la carrea de medicina. Fue apartado de su tarea como médico militar por sus ideas, que provocaron una respuesta negativa aún en el ambiente ilustrado menos radicalizado. Se refugió junto a Federico II, que lo acogió y lo protegió. Publicó varias obras, entre las cuales la más difundida es **El Hombre Máquina** (1748). Sus obras completas **(Oeuvres philosophiques)** se editaron en tres volúmenes y en forma póstuma en 1774.

15 Alejandro von Humboldt, dotado de una sólida cultura técnica y también humanística, estaba separado de Félix de Azara por un salto cuántico entre los límites que ponía al alcance de sus aprehensiones cognitivas y al horizonte en el que morían esas aspiraciones. Para Humboldt el referente último se proyectaba a su idea del Cosmos. En Félix de Azara, el enfoque era de menor amplitud, aún ante los grandes problemas como los de la explicación de la diversidad de la vida terrestre, permanece curioso pero alrededor del detalle, del segmento de realidad que le toca examinar, en una actitud reduccionista. Ni siquiera intenta ir más allá de los límites perceptivos de un fenómeno o de un acontecimiento particular.

16 Gonzalo Anes (1981: 31-332) dice que en las jerarquías eclesiásticas de arzobispos y obispos había cundido la heterodoxia en las décadas finales del siglo XVIII, al punto que el obispo de Oviedo, Fernández Toro era simpatizante **molinosista**, *"…por lo que fue trasladado a Roma y encarcelado y depuesto"*, pero esto aconteció en 1721. En el período que citamos las disidencias se habían trasladado al jansenismo y en el mismo estaban embarcados los obispos de Tarazona, Albarracín y Origüela, de Barbastro, de Cuenca y de Salamanca. También los arzobispos de Burgos y de Zaragoza.

17 Eustaquio de Azara y Perera que había sido Prior en la Abadía de Amer y Rosas, en Cataluña, en junio de 1788 fue consagrado como Obispo de Ibiza por el carmelita obispo de Barcelona, Gabino de Valladares Mejía [1725-1794], quien sostenía una estrecha relación con el inquisidor jansenista Nicolás Rodríguez Laso, y que es mencionado reiteradamente en documentos y en la correspondencia de su hermano José Nicolás como amigo cercano del mismo. Eustaquio debió de iniciarse en el trato con los jansenistas cerca de 1774. Recordemos que Félix de Azara experimentó en 1779 un episodio de enfermedad sobre el cual no hay más que referencias breves –ninguna aclaratoria acerca de la naturaleza del mal, posiblemente alguna secuela de su herida de Argel–, un período en el que permaneció enfermo desde junio hasta noviembre de ese año, sobrellevando su enferme-

conversaciones y lecturas compartidas en esas jornadas, le quedaría un sustrato que motivaría largos y silenciosos soliloquios, de los que el producto final llegaría a ser –de acuerdo con nuestra suposición– un acendrado deísmo, como el que parece haber condicionado fuertemente su conducta vital, su ética y hasta sus acciones prácticas en la vida cotidiana.

Si consideramos la ubicación del pensamiento filosófico –aunque no manifiesto, como ya lo hemos analizado, sino en su fuero interno– desde el punto de vista de lo que Michel Foucault (2008: 32 *passim*) considera la hermenéutica del sujeto, arribando a lo que llama el “momento cartesiano”, que contempla la esencia de la actitud filosófica del sujeto para consigo mismo, podemos decir que Félix de Azara, más que responder en su actitud interna al socrático **gnothi seauton,** es decir, el conocerse a sí mismo, practicó el aristotélico **epimeleia heautou,** pero mediado por filósofos desde Descartes hasta Husserl y finalmente Foucault (Pau Arnau, 1999)[18] que sería el “cuida de ti mismo” o “inquietud de sí”, “cuidado de sí”. De esta forma incrementa la práctica de la espiritualidad, aunque el autor citado supone que a partir de la modernidad en general, se había impuesto en Occidente la primera fórmula. Creemos que dentro de las actitudes deístas generalizadamente definidas como jansenismo, al contactar con el individualismo tan marcado de los ilustrados españoles del siglo XVIII, los indujo conscientes o no, a orientarse hacia la segunda fórmula, en la que se da, nuevamente siguiendo a Foucault, una especie de contragolpe de la verdad sobre el sujeto, que así se espiritualiza y llega a lograr cierta forma de bienaventuranza, pues “la verdad” es lo que da tranquilidad al alma. Este proceso no tiene por qué ser manifiesto, ni siquiera al sujeto que lo experimenta, puesto que es la consecuencia de la filosofía cotidiana derivada de la coexistencia consigo mismo.

En sus escritos, Félix Azara raramente reflexiona sobre sí mismo, por el contrario se adentra en sí mediante su comportamiento y sus actitudes vitales. Hasta qué punto lo logró y se hizo consciente en él, queda entre los tantos ignorabimus que nunca se resolverán, pues todo eso se fue con él.

En cuanto a su relación con sus antecesores en el campo naturalista: dado el desarrollo de la ciencia natural en España y en el siglo XVIII, puede establecerse que fuera de la ciencia médica, sólo la botánica había logrado un desarrollo adecuado y que tanto la calidad como la densidad de quienes la cultivaron a partir de la mitad del siglo, la pusieron en cierta paridad con el desarrollo contemporáneo de esa disciplina, que tenía sus centros impulsores en Suecia –como la escuela de Linnaeus– al igual que en Francia, la de Tournefort[19] y también de la dinastía de los botánicos Jussieu[20], entre otros.

dad en la Abadía de Amer y Rosas, de la que era prior su hermano Eustaquio. Podemos suponer que durante el período hubo prolongados diálogos entre ambos hermanos. Véase la carta de Simón Rodríguez Laso a José Nicolás de Azara que aparece en el anexo documental de este capítulo, transcripta de Astorgano Abajo (2006). Con estas informaciones recién comienza a consolidarse un acervo documental capaz de motivar una investigación sólida acerca de la personalidad y las ideas de Eustaquio de Azara y Perera, quien hasta ahora resulta una figura incógnita para la historiografía.

18 Este mismo autor destaca la coincidencia del pensamiento foucaultiano con lo que Anthony Ashley Cooper, conde de Shaftesbury [1671-1713] expresara en escritos que permanecieron prácticamente desconocidos hasta su reciente recuperación, de la que tratan varios autores modernos. Gonzalo Anes (1981) califica al conde inglés de jansenista, y sería quien habría convertido a esa doctrina a Benjamín Franklin.

19 Joseph Pitton de Tournefort [1656-1708]. Fue uno de los más destacados botánicos franceses, y el primero en adelantar el valor clasificatorio de los órganos reproductivos de las plantas. Ejerció enorme influencia sobre la botánica del siglo XVIII y, en gran medida, el desarrollo de esta ciencia fue heredero de sus contribuciones, que la modernizaron y la sistematizaron. Estudió medicina en Montpellier y fue, al igual que sus sucesores, los Jussieu, uno de los botánicos del Jardín des Plantes al que ingresó en 1683. Viajó extensamente colectando entre Portugal e Inglaterra, hasta el Asia Menor en Irán y Turquía. Formó numerosos discípulos y su obra mayor, con el nombre latino de **I<nstitutiones rei herbariae**, fue publicada en 1699. En su homenaje, Linneaus le dedicó un nuevo género vegetal: **Tournefortia**. Su clasificación botánica, mejorada por los Jussieu, tuvo vigencia hasta que se impuso el sistema binomial de Linnaeus (1757).

20 Los hermanos Antoine [1686-1758] y Bernard [1699-1777] formaron parte de una tradicional familia de botánicos franceses, a la que se suele recordar en la historia de esa disciplina, como a “los Jussieu”. Ambos hermanos, nativos de Lyon, estudiaron medicina en la prestigiosa universidad de Montpellier, pero al recibirse se volcaron plenamente a su vocación de naturalistas, especializándose en botánica, pero abarcando también otras disciplinas, incluso la prehistoria, la mineralogía y aún más, pues uno de ellos, Antoine, estudió material arqueológico americano. Los dos hermanos realizaron excursiones de colecta y observación botánica en el este de Europa, incluyendo a España. Antoine fue designado como sucesor del cargo del renombrado botánico Joseph Pittón de Tournefort [1656-1708], en el Jardín des Plantes de París. Su hermano, varios años más tarde, en 1722 ingresó también a la institución. El mayor publicó varios trabajos que le dieron prestigio internacional, uno de ellos sobre el café en 1713. Pero su obra de más envergadura fue la reedición ampliada y anotada de la obra de Tournefort **Institutiones rei herbariae**, en 1719 editada en tres volúmenes. Previamente, había editado y compuesto los textos perdidos de un tratado botánico de autoría de Jacques Barelier, fallecido que apareció impreso en 1714. Utilizaron los Jussieu un sistema clasificatorio particular

Una fuente referencial previa que Félix de Azara conoció y ha citado en más de una ocasión, ha sido la del grupo más sobresaliente de los llamados "naturalistas de Indias", en especial José de Acosta, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, Francisco López de Gomara, Pedro Mártir de Anglería, Francisco Hernández y Antonio de Herrera y Tordesillas[21]. Los dos últimos fueron citados en forma crítica por Azara. En general, todos ellos cultivaron una ciencia natural todavía rudimentaria, cargada de referencias clásicas que iban desde el **Dioscórides**[22] para los botánicos, hasta Aristóteles, Plinio el Viejo, von Gesner[23] y los bestiarios[24] medievales para los que trataron acerca de la fauna. Además, pocos de ellos trabajaron directamente en el área de procedencia de sus datos, a los que recibían de colaboradores e informantes, ya que desde el tiempo de los primeros descubrimientos, quienes viajaban al nuevo continente tenían la recomendación real de observar, registrar e incluso recoger muestras que eran llevadas a España, para conocer los recursos con posible utilización práctica de las Indias Occidentales. Algunos viajeros y cronistas llevaron consigo el cometido de ver personalmente la historia natural de las Indias, pero muchos otros trabajaron con los materiales aportados por los funcionarios, marinos o viajeros, sin desplazarse de España, como han sido los casos en botánica de Antonio José de Cavanilles o de Casimiro Gómez Ortega.

Con respecto a la literatura histórica, naturalista, etnográfica y lingüística de origen jesuita, Félix de Azara, a pesar de abrigar cierto prejuicio antijesuítico[25], sobre el cual en cierta medida se ha

---

que ya anticipaba la consideración de las características de los órganos reproductivos de las plantas, utilizados como criterio de ordenamiento, pero fueron superados por la clasificación de Linneaus, **trinomial** y más clara conceptualmente. Bernard publicó también sobre zoología y fue llamado por el monarca, para atender el Jardín Real.

21 Al respecto de Herrera y Tordesillas, Mones y Klappenbach (1997: 28) revisan la relación de Azara con Herrera, puesto que en (Azara, 1847a, 1: 6) aclara que *"yo no he leído a Herrera", sin embargo "no duda en citarlo a través de una nota de González Barcia, en el capítulo 39 de Schmidel, donde hay una cita a Herrera (***Dec.** *7, lib. 2, cap. 11 y 12)".* Adicionalmente, señalan esos mismos autores que hay otra serie de citas de Herrera en la obra de Azara (1802b: 19; 1809, 1: 18, 19; 1847a, 2: 42, 159-160; 1837a: 38, 46). En la última mención transcribe *"un párrafo de Herrera sin indicar su fuente".*

22 Dioscórides [ca. 40-ca. 90]. Su nombre completo es Pedanio Dioscórides Anazarbeo. Fue médico y trabajó en la preparación de medicamentos, un rubro que hasta hace dos siglos se conoció como materia médica (predecesora de la farmacología actual). Se especializó en herbolaria y publicó un manual de fármacos y de productos principalmente vegetales, con descripción de las plantas de las que procedían, intitulado **De Materia Médica**, más conocido posteriormente como "**El Dioscórides**". Tuvo reediciones durante más de 1.500 años, muchas de ellas corregidas y ampliadas por médicos famosos de la antigüedad. Abarcaba cinco volúmenes. Todavía en el siglo XVIII conservaba alguna vigencia, particularmente en sus descripciones de varias especies vegetales y en su sinopsis acerca de la acción farmacológica de sus extractos.

23 **Conrad von Gesner** [1516-1565]. Fue un naturalista, con especialización botánica, pero que también trabajó acerca del reino animal, inmediatamente pos renacentista. A él se debe el inicio de la historia natural moderna. Era suizo y pertenecía a la burguesía artesanal de Zurich. Estudió después de pasar gran pobreza por la muerte de su padre, en la universidad de Strasbourg, y más tarde pasó a completar su formación a Basilea. En un inicio estudió ciencias naturales, pero después de su paso por Basilea estuvo en la universidad francesa de Montpellier, donde se graduó de médico en 1541. Fue docente y alternó esta actividad con recorridos por Europa para herborizar y estudiar los animales. Su obra más renombrada es la **Historia Animalium,** en tres tomos publicada entre 1555 y 1558. Prolongó su vigencia al menos dos siglos, hasta que los movimientos científicos del siglo XVIII superaron sus interpretaciones y doctrinas, y comenzaron a desarrollarse los campos modernos de la zoología y botánica, ciencia esta última a la que contribuyó Gesner con sus numerosas observaciones que se publicaron póstumamente.

24 **Los bestiarios medievales:** Un bestiario es una obra sintética y comprehensiva acerca de lo que se llamaba bestias, es decir los animales, aunque en sentido amplio se ha abarcado en algunos bestiarios, vegetales y hasta rocas, es decir, se transformaron en compendios de historia natural. Tuvieron gran trascendencia porque en el contexto de la protociencia de esos tiempos, se vincularon con la astrología y la magia, asignando simbolismos particulares a los entes que se incluían en los compendios. De su análisis, surge un inventario de las ideas corrientes sobre biología –antes de que este vocablo creado por Treviranus en 1802, se enunciara–. Incluye también a los seres fantásticos, por ejemplo los unicornios, los cíclopes, etc. El más antiguo bestiario es el **Physiologus**, que tuvo auge medieval y se inspiraba en obras clásicas como la **Historia de los Animales** de Aristóteles. Todavía en tiempos en que ya surgía la Ilustración, eran elementos de uso en las bibliotecas universitarias. Adicionalmente, se confeccionaron algunos bestiarios dedicados a los seres imaginarios.

25 Es muy posible que el supuesto prejuicio antijesuítico de Félix de Azara no fuera tal, sino una actitud pragmática que formaba parte de un antagonismo político-religioso vigente en su tiempo. En una reunión efectuada en febrero de 1789, en Roma entre Nicolás Rodríguez Laso y José Nicolás de Azara, dice Astorgano Abajo (1977) que también participó el cardenal de Lorenzana y agrega *"...Lorenzana y Azara coincidían en su aversión por las doctrinas teológico-morales de los jesuitas pero brindaban protección individual a los exjesuitas destacados por su inteligencia."*. Posiblemente la disposición

exagerado[26], cita a diversos autores de esa procedencia como fuentes de consulta: incluyendo reiteradamente a Pedro Lozano y, por ejemplo, también a Dobrizhoffer, a Guevara, a Gumilla[27], y otros.

En el caso de José de Acosta [1540-1600], consideraba a Azara al respecto, que si bien el cronista trabajaba con datos de segunda mano, aportados por sus informantes
"... lo compensa con un espíritu crítico que le lleva a menudo a conclusiones audaces y acertadas, en algunas de las cuales supera al mismo Azara" (Martínez Rica, 2008).

Un aspecto que apenas si hemos tratado está muy cerca del talante en el sentido en que venimos usándolo, y se trata de las virtudes del acercamiento al prójimo, a la capacidad de conmiseración ante el dolor humano, ante el sufrimiento de terceros, y aún ante el hecho de su mortalidad. Domínguez Ortiz [1909-2003], el gran historiador sevillano del siglo XVIII, al Igual que María del Carmen Iglesias, la madrileña historiadora de las ideas, entre muchos otros, han advertido racionalmente acerca de las concepciones historiográficas que entrañan tanto actualismo y anacronismo y el ideologismo, que fuera de una concepción epistemológica racional y seria en sus enfoques acerca de personas y episodios del pasado, los tratan con la carga de un sustrato mental que puede llegar a pervertir la visión de sus sujetos de estudio. En lo mismo insiste Roberto Fernández Díaz (2001) quien expresa hasta qué punto han incidido esas visiones distorsionadas de la realidad histórica en la apreciación de la figura de Carlos III, de la que ya nos hemos ocupado en la Introducción como uno de los sujetos esenciales en el marco temporal de la vida de Félix de Azara.

Regresando al problema de la sensibilidad hacia el prójimo, individual o socialmente manifestada en el siglo XVIII, María Dolores Albiac Blanco ofrece unas consideración de sumo interés y un ejemplo ilustrativo de lo que juzgado con criterios que no son historiográficos sino emocionales o ideológicos, suele herir la sensibilidad del historiador, una actitud no válida ante la precedencia de la valoración temporal y relativista de un proceso que el discontinuo, evolutivo y emergentista en su orden valorativo. La referencia de la mencionada historiadora atañe al conde de Aranda:

"A este respecto es cierto que Aranda muestra una vena harto menos sensible que la de sus contemporáneos magistrados, pero tampoco cabe olvidar que ha sido un político en ejercicio y señor de vasallos, que ha desempeñado la Presidencia del Consejo de Castilla de Resultas de unos motines, y que se las ha tenido que ver con asesinos y traidores, con alborotadores, y ha dispuesto de vidas y haciendas, y ordenado el extrañamiento de particulares y hasta de una orden religiosa muy poderosa, como fue el caso en 1767 de la Compañía de Jesús. Lo mismo podemos observar ante los conflictos internacionales en los que el Conde, una vez probada la vía diplomática, no rechazaba que las armas dirimiesen las diferencias... mientras los manteístas, mucho más proclives a conversaciones y acuerdos, solían mostrar mayor prudencia. Esa vena gobernadora del Conde, siempre temeroso del desorden, le impulsa a defender castigos drásticos y ejemplares para quienes trasgreden lo que él considera la paz pública y cometen delitos políticos.
En una de sus cartas a José Nicolás de Azara, leída con sensibilidad actual, roza la brutalidad por la convicción con que relata el cumplimiento de la sentencia impuesta a La Motte por el asunto del collar de María Antonieta: "La Dama la Motte llevó ayer por la mañana su penitencia de cuerda al cuello, azotada, marcada, transfiriéndola inmediatamente a la Galera. Se resistió hasta con bocados a cinco o seis verdugos que la manipulaban, por lo cual

---

poco amable de Félix de Azara, respondiera a una forma similar de reacción ante determinados jesuitas y sus acciones: Esta actitud fue compartida por otros ilustrados españoles.

26 A pesar de que hay casos flagrantes e injustos de prejuicio y conviene transcribir un comentario al respecto de casos concretos, tomado de Mones y Klappenbach (1997: 11):
"En más de una ocasión Azara no duda en descalificar, sin fundamento, a los autores que cita por el mero hecho de que dicen algo que no le conviene o no se conforma a sus observaciones. Como ejemplos, tenemos los casos de Dobrizhoffer, de quien dice que "…a redigé avec beaucoup de prolixité tout ce qu'il avat entendu dire à Buenos-Ayres ou à Assomption; mais ***il n'a pas penétré dans l'interieur et n'a pas observé par lui-même"*** *(Azara, fide Walckeaner (1809, 1: 27), el resaltado es nuestro; ver también Furlong, 1967: 63-64) , o de Gumilla, cuando se refiere a "…sa description de l'Orénoque,* ***pays où je crois qu'il n'a jamais été*** *(Azara, 1809, 1: 238). Incluso puede llegar a comentarios maliciosos, como cuando se refiere al Padre Guevara: "aussi petit d'esprit que de corps, à ce que m'ont assuré des personnes qui l'ont connu et fréquenté" (Azara, 1809, 1: 25).* Nuestro comentario acerca de que, en cierta medida, se ha exagerado el ataque a Azara se refiere a muchos autores ideológicamente posicionados, quienes rechazan con la misma irracionalidad y fervor con que él lo hacía hacia los autores jesuitas, aquellas de sus opiniones generales o interpretaciones histórico-sociológicas que no comulgan con los prejuicios que esos historiadores y críticos portaban.

27 Joseph Gumilla [1686-1750]. Sacerdote jesuita misionero y explorador, natural de Nueva Granada, que participó de las expediciones que reconocieron la cuenca del Orinoco, realizando una tarea que se volcó en la obra **El Orinoco Ilustrado y Defendido. Historia Natural, Civil y Geográfica de este Gran Río y de sus caudalosas vertientes**, escrito en 1731 y con ediciones ulteriores en 1745, 1791 y 1882.

la ceremonia se hizo echada y tenida fuertemente para ello". Y apostadilla "En fin, ese monstruo ya está rapada y con el saco de uniforme de su cuerpo" Es patente que la existencia social precede a la conciencia: en este caso es la conciencia de un soberbio noble de la alta nobleza y de un político que ha vivido con graves responsabilidades por mantener un orden público y que, como Goethe, prefiere (en todo caso) la injusticia al desorden.

No hace falta decir que en estas líneas trasparece una clara y rubricada satisfacción por la culminación de una justicia que hoy repugna a nuestra inhumanidad. No hay, empero, que ver en ellas la marca de una inhumanidad general del Conde, porque las personas viven con contradicciones, y normalmente con contradicciones de bulto. Es cierto que en ese mismo tiempo había almas que creían en la superioridad de otras medidas, más acordes con las propuestas de iusnaturalistas europeos (también ellos minoritarios en sus países…), pero eran la excepción, pues la inmensa mayoría de la gente no veía con malos ojos ni la tortura, ni la Inquisición… ¡a condición de que no les tocara a ellos! La opinión pública, por fastidioso que sea comprobarlo, creía en la bondad de tales procedimientos para castigo de los malos y protección de inocentes… Decir lo contrario es engrosar las filas de los nefelibatas creyentes en el mito del pueblo liberador. De haber sido así. Es obvio que tan desdichadas instituciones, y en nuestro país, la Inquisición, no hubieran durado tanto."

IDEAS FILOSÓFICAS

"Creo que todo hombre desarrolla ciertas actitudes frente a la vida y frente a la muerte. Y estas ciertamente son actitudes filosóficas, aunque habitualmente sean acríticas; filosofías buenas o menos buenas. También las esperanzas, lo que se debe pedir a la vida, lo que se puede alcanzar en la vida, son, en lo esencial, actitudes filosóficas frente a ésta. En este sentido creo que todos los hombres son filósofos"

[Karl R. Popper, **Sociedad abierta, pensamiento abierto**, 2008, p. 11]

"Nunca intentaba llegar a la verdad absoluta, algo que sabía únicamente en manos de Dios y fuera del alcance de los hombres, pero sí aspiraba a acercarse todo lo posible a una verdad que fuera satisfactoria para todos"

[Juan Carlos Arbex, **El dibujante de peces**, 2007, p. 260]

Tal como lo reconocen los propios filósofos profesionales, todo hombre con mente mínimamente abierta y capaz de desviarse de la absoluta cotidianeidad del vivir es, a su modo, un filósofo. Lo es porque sus acciones surgen de una mente organizada, que exige respuestas a interrogantes básicos que no pueden eludirse sin excluir de la razón misma del existir, a quien así actúa. El filósofo habitual o corriente, es decir, el ajeno al cuerpo entero de la filosofía formal y a la historia de esa disciplina, en algún momento y en alguna medida se formula interiormente las preguntas básicas que los formados en la disciplina consideran el punto de partida del filosofar.

Al menos deben surgir en una vida no vulgar, las preguntas ¿Qué soy? ¿Quiénes somos los humanos? ¿Por qué pienso? ¿Qué tiene que ver mi yo pensante y sintiente con mi cuerpo material, y perecedero? ¿Qué es la muerte? ¿Qué es lo básico que vive en mí? ¿Existe Dios y cuál es la relación que tiene conmigo y con los demás seres? ¿Existen el infinito y la eternidad? ¿Es real el universo, el espíritu, el soplo vital que anima a los seres vivos y el alma que alienta en el interior de la persona humana? ¿Qué es la esperanza, qué encierra y cómo vivir sin ella?

El anterior resulta en última instancia una especie de test práctico para comprobar hasta qué punto se expresa lo humano en un ser. Lo humano pertenece a un planteamiento preliminar, incluso a la filosofía o, mejor a un capítulo de la misma, la antropología filosófica y yendo aún más lejos a la que Julián Marías trata como **Antropología Metafísica** (1979). Es cierto que millones de terráqueos transcurren sus vidas sin inquietarse por estas cuestiones, y también es una realidad social que, si los interrogantes que expresamos se restringen simplemente a una inquietud leve y pasajera, existe toda una serie ya preparada de estereotipos fáciles de asir, conque el sujeto iniciante en las cavilaciones prefilosóficas, puede detener toda inquietud anímica o vital, adoptando esos esquemas sencillos que incluso suelen ofrecerse acompañados con premios prolongados hasta el más allá de la vida, con residencia perpetua en los vulgarmente llamados, "otros mundos".

Se genera así toda una escala de respuestas antropológico-filosóficas que van desde las creencias burdas hasta las aperturas espirituales más vivas y elevadas. El siglo XVIII presentó estos interrogantes con más fuerza que la que actualmente se les asignan. El hombre que se sentía persona, con el individualismo exaltado de la época, comprendía casi universalmente que, si carecía de respuestas perdía su alma en laberintos insondables que quitaban toda paz y deterioraban la esperanza que es una de las más significativas constancias en la esencia de lo humano.

Superado el plano de las respuestas simples, apenas distantes de las elusivas, el espíritu humano requiere sistemas formales explicativos que resuelvan todos o, por lo menos la mayoría, cuanto menos, a los más angustiosos de entre aquellos interrogantes.

Como lo indica Lucién Febvre (1959), en el siglo XVI se inició un proceso de descreimiento en las respuestas estereotipadas, y como ellas conducían, en general, a un Dios personalizado, surgieron formas novedosas de interpretación de la vida y de la humanidad: por primera vez hubo escépticos (no aceptaban ninguna creencia formal), agnósticos (no creían que las respuestas fueran alcanzables mediante el conocimiento), deístas (simplemente aceptaban a Dios como un todo imperante sobre el universo, del cual era Dios la realidad trascendente y profunda). El catolicismo había sufrido el desgarramiento de la reforma luterana y quedó reducido a la mitad de Europa. Los enfrentamientos del poder político y estatal hicieron que quien estuviera adherido a algunas de las partes contrastadas, entrara en conflicto con sus antagonistas, y estas actitudes dieron particular violencia a los planteamientos espirituales y los llevaron al plano de lo secular, expresado tanto por las llamadas guerras de religión como por asesinatos despiadados como lo sucedido en la Noche de San Bartolomé.

La iglesia católica se vio plagada de alternativas heterodoxas más o menos extendidas. Desde algunas de orden meramente espiritual como lo fueron: el pietismo, el quietismo, el molinosismo, las formas de misticismo heterodoxo, además de dudas o directamente conflictos en el plano de las relaciones con los poderes temporales y, muy en particular, con el regalismo monárquico, con la imposición del **Index** de obras prohibidas o de lectura restringida en la jurisdicción territorial española, con la actuación de la Inquisición, con el envío de sumas de gran monto a Roma que habían sido recaudadas en España, y hasta con el ordenamiento episcopal en las diócesis eclesiásticas nacionales.

Al tratar acerca de la ilustración, resaltamos un par de sus rasgos de especial significación ante el panorama que acabamos de brindar: la exaltación de la crítica y la búsqueda de la racionalidad, esta última como herramienta mental para hallar a Dios y para reconocer su obra, pues la razón humana tan sólo era el fruto de la razón divina, aplicada al universo. Han sido justamente estos dos niveles de interpretación de lo trascendente los que definieron y orientaron a cada movimiento ilustrado nacional en particular. En ese sentido, sostenemos que las Luces en España nunca se apartaron de un variado y multiforme deísmo en lo metafísico y del cristianismo en el plano de la ética. Eso definió la calidad y modalidad con la que, los cerebros más esclarecidos –recordemos que la Ilustración fue un proceso fuertemente minoritario– se mantuvieran en un estado operativo esencialmente diferente del que originaron y practicaron en Francia, Holanda, Alemania o Inglaterra.

El sector ilustrado español tuvo a lo largo del siglo XVIII una base filosófica-religiosa que, lo sostuvo y de la que rara vez se apartó. El ateísmo, el mecanicismo y el materialismo burdo, y aún la elevación de la Razón como una diosa particular al estilo de los jacobinos franceses, fueron en España excepciones absolutamente minoritarias y que casi no dejaron rastros.

Esto nos permite una primera aproximación hacia lo que pudo haber sido la conformación filosófica de Félix de Azara. Como mínimo, retuvo del canon clásico de la religiosidad española, al deísmo y también al cristianismo como fuente mayor en el plano moral. La lucha por la racionalidad –encarada centralmente contra la superstición y en pro de la razón, considerada ésta como la más valiosa herramienta para acceder a la realidad del mundo– no llegó a originar posiciones extremas que siquiera marcaran heterodoxias intolerables en el seno del catolicismo, así lo podremos ver al tratar acerca de la evolución paralela de la ciencia ilustrada en España.

La medicina, la botánica, la historia natural, la cosmografía, la química y las matemáticas, se mantuvieron en un plano de aceptación de las novedades fácticas que llegaron de fuera del país, pero no especularon al estilo de los *philosophes* para crear engendros como el **hombre máquina** de La Mettrie o el materialismo absoluto y radical preconizado en Francia por Holbach y Helvétius.

De este modo continúa nuestra tarea de delimitar en función de factores externos los contornos de la que pudo ser la mentalidad de Félix de Azara. No fue un heterodoxo, se movió dentro de los límites discretos de las Luces Centrales, es decir de aquellas ideas y proyectos que lograron mayor vigencia en los años del reinado de Carlos III.

Pero, para interpretar un hombre en su dimensión de filósofo, incipiente o profundo, hay variables reconocibles en la estructura individual. Ellas residen en las mentes. Hay mentes inquietas que exigen verdaderos sistemas de ideas, comprendiendo respuestas para todas las preguntas y que configuran individuos estructurados por entero en un campo cosmovisional. Otros son más simples: centran en la ética (¿qué hacer?) y en la esperanza personal (¿qué sucederá conmigo?) sus mayores interrogantes. De allí en adelante quien adoptó este camino espiritual practicará más el aristotélico cuidado de sí mismo (cuidado del alma, de la gracia y la esperanza que residen en ella), que el socrático conócete a ti mismo que conduce a la inquietud cognitiva insaciable y, más de una vez altamente reduccionista. Son dos formas arquetípicas, convivientes, tolerantes y que apenas si necesitan proclamarse, máxime cuando el protagonista fuese

un ser humano con restringida avidez metafísica como lo suponemos a Félix de Azara.

Desde el punto de vista estrictamente filosófico, Félix de Azara nunca denotó adherir a un sistema particular de ideas. Su mente, como ya lo hemos expresado, a pesar de su lucidez, no era de tipo especulativo profundo, con inquietudes e incitaciones metafísicas ni preguntas de esa índole, expresadas en términos derivados de un conocimiento más o menos ajustado de la filosofía clásica. Lo interpretamos como un intuitivo que llevaba su racionalismo, pero –al mismo tiempo– su sobriedad expresiva, a su pensamiento, buscando planteamientos concretos y respuestas de la misma naturaleza, a pesar de lo simplificadas que resultaban extraídas mediante ese procedimiento. El plano metafísico suscitó escasa atención suya, distraído por el primer plano al que se volcó: que era el de la realidad fáctica con la que se encontrara casi rudamente en sus años de Ingeniero Militar en España y después ante la naturaleza americana.

En este orden filosófico que tratamos puede ser definido como un ilustrado español que era un realista-naturalista en lo cognitivo e interpretativo, aunque seguramente mantenía firme en su dimensión interior la vigencia del deísmo, es decir, adhería a una interpretación dual de la naturaleza y del mundo objetivo. Ésta fue, por otra parte, la actitud más corriente de los ilustrados españoles, que en este plano nunca alcanzaron la radicalizada actitud de muchos de los philosophes franceses, entre los cuales hubo quienes llegaron al ateísmo o arribaron a una forma extrema de materialismo, a la que se suele denominar mecanicismo, una posición de la que Félix de Azara estuvo siempre distante.

En cuanto a su participación de una teoría del conocimiento, nunca debatió el problema en forma explícita: aplicó consuetudinariamente la regla de la racionalidad, del realismo naturalista y del principio clásico de la no contradicción, como base para sus convicciones y sus interpretaciones. Suponemos que las mismas nunca ahondarían más allá de las interrelaciones prácticas de los objetos de conocimiento, al menos, en sus obras escritas. Para él la naturaleza, la sociedad y la historia se referían a elementos naturales, discernibles a través de la percepción correcta y la racionalidad de su interpretación. Si algo exteriorizado da cuenta (en forma plenamente visible) de influencia ilustrada, es en su confianza en la realidad de la información sensorial y perceptiva. Adicionalmente, también trasparece la misma actitud ilustrada en su posición al servicio de la utilidad pública y del bien y el progreso del reino, del que siempre fue, como lo denomináramos en un artículo anterior (Contreras Roqué, 2006b) Don Félix de Azara, un "**ilustrado español y guardián platónico de Indias**"

En lo referido a la ética, su noción aparenta ser clara: era poseedor de una escala de valores jerarquizados a los que creía absolutos e imperativos para regular su conducta y su relacionamiento humano y con el mundo. Se trataba de una moral cristiana posiblemente exaltada[28] en sus valores esenciales, particularmente en cuanto al cumplimiento del deber, a la sobriedad, al sacrificio cuando era necesario, y también en lo que se refería a la consideración de Dios y de la Providencia como principios rectores de la vida moral y espiritual de un ser humano. Excepto haber sido sorprendido por los historiadores en la casi inocente mentira de su edad, atribuyéndose cuatro años menos de los que tenía, pocas veces se lo ha descubierto en falta.

Algunas atribuciones malintencionadas, arrojan dudas sobre su comportamiento en los años de su regreso a España (1801-1821). Entre los cargos se cuentan su supuesto afrancesamiento, acerca del que oportunamente trataremos, además de ciertas insinuaciones de haber practicado la usura, acciones que presuntamente serían más atribuibles a sus familiares oscenses que a él mismo. También en su correspondencia subsistente, se percibe algún grado de exageración en cuanto a su pobreza y su falta de salario oficial por incumplimiento de la corona, un hecho que –como veremos– no existió. No hay otro cargo que pueda ser hecho a una vida que bien se puede considerar intachable. Nunca debatió acerca de la moral y de la ética que profesaba, simplemente respetó hasta el estoicismo sus mandatos. Fue un hombre probo.

IDEAS RELIGIOSAS

"En la historiografía española, ha sido Jaime Contreras el que más y mejor ha utilizado el concepto de confesionalización. Para este historiador la confesionalización implica el "incremento de la capacidad de influencia de la Iglesia-Estado en la formación y estructura de los comportamientos. Se trataba de elaborar un discurso acabado que pretendiese construir una genealogía de conductas, ritos y símbolos adaptados y en complementación con el ordenamiento jurídico, social y político en que los individuos se encuadraba". Uniformización de las conductas a través de un complejo tejido de rituales y símbolos comúnmente aceptados, uso compartido por la Iglesia y el Estado de la autoridad,

28 Justamente, la llamada crisis jansenista del catolicismo español de la generación ilustrada, que en el fondo y para los mejores no ha sido sino una **exaltación** de todos los valores primordiales de la pureza patrística del cristianismo primigenio, lejos de todos los oropeles, sin manifestaciones externas confundibles con la veneración de imágenes del paganismo o cargados de superstición, y sin el adormecimiento espiritual del rito reiterativo y monótono que amortigua la profundidad de la comunión con el Ser Supremo.

la violencia legítima y los procesos de disciplinamiento, transposición de la ciudad terrena en la ciudad espiritual, según el modelo agustiniano, estrategia corporativa –no individual– destinada a dominar los espacios sociales en los que los hombres se insertaban, control de la violencia social, asumiendo la fuerza de los poderes locales, estrategias diversas para asegurar la adhesión colectiva al principio e salvación (la construcción de una memoria cristianizada, la comunión interior, la negación del otro, conformación de voluntades en un marco colectivo de obediencia…) son algunas de las variables que según Contreras caracterizan el proceso de confiesionalización en nuestro país."

[Ricardo García Cárcel y Doris Moreno Martínez, **Inquisición. Historia Crítica,** 2000, pp.: 58-59]

"Pero el aprendizaje de ideas disidentes que impugnan el Antiguo Régimen, y la Iglesia tal como estaban organizados, es más escurridizo a nuestra mirada, precisamente porque en una sociedad que no es libre, los versos pastoriles se pueden publicar, pero los pensamientos prohibidos no"

[Fernando Durán López, **José María Blanco White o la conciencia errante**, 2005: p. 60]

Ya hemos aludido a este tema en forma preliminar, pues era insoslayable hacerlo dada la inmensa implicación que tienen las ideas religiosas en la expresión en una vida –más aún, que tuvieron en el siglo XVIII– las creencias personales religiosas o metafísicas[29], pero recién ahora arribamos a su tratamiento orgánico, determinados por la necesidad de perfilar con la mayor adecuación la figura espiritual del biografiado y, para esa finalidad resulta imperativo realizar el intento de ubicar su cosmovisión personal en el contexto de su vida y de su época, por más que la escasa disponibilidad de información fidedigna hará que la presente interpretación sea sólo provisional y que el campo quede abierto para los aportes documentales que pudieran surgir en el futuro.

El mayor obstáculo para el tratamiento del tema es la antes mencionada "desaparición" de las huellas de Félix de Azara, en especial las más personales e íntimas de nuestro protagonista, hecho que sumado a su tendencia a brindar la menor exposición posible de sí mismo, de la que hiciera gala durante toda su vida, sólo podría haber sido esclarecido o –al menos– entrevisto si subsistiera la correspondencia, a la que creemos abundante y que ha sido como lo suponemos, intencionadamente destruida.

Por esas razones, toda referencia al pensamiento religioso de Félix de Azara, es un tema controvertido y difícil aún de postular en su total dimensión, debido a que prácticamente no existen referencias directas de parte de él, tanto en su obra como en lo que sobrevive de su correspondencia personal. Justamente este tema se transformó, en poco tiempo –y antes de transcurrir dos décadas después de su muerte–, en uno de los más álgidos en la España posterior al fallecimiento de Fernando VII en 1833, cuando se suscitara el problema sucesorio de la corona, una de cuyas consecuencias dio origen al movimiento carlista, al que ya hemos presentado muy someramente en el capítulo III, despertando en ambos bandos –también en el de los sostenedores de la reina– energías latentes en la vieja y enconada cuestión que entrevió Mariano José de Larra en su célebre epitafio, figurado para media España, al que citáramos previamente.

Terminadas con la vida del despótico y arbitrario monarca que fuera mal llamado "El Deseado", las rígidas imposiciones de políticas oficiales en cuanto al orden religioso, que retrotraían a España a lo más intolerante del Antiguo Régimen, tuvo lugar un intervalo, relativamente breve de apertura liberal, excesiva también en sus medidas opuestas a la primacía eclesiástica que había sostenido el extinto monarca. La reacción liberal, fue protagonizada por el ministro Álvarez de Mendizábal, quien puso en ejecución medidas conocidas en la historia como **"las desamortizaciones de Mendizábal"** (1833), que cortaron casi definitivamente las prerrogativas de la Iglesia Católica, en cuanto a la posesión de una enorme extensión territorial.

La aplicación de las medidas de Mendizábal no fue gradual ni mesurada y despertó reacciones en el sector afectado y también, en cierto ámbito de la alta nobleza que tuvo algunas repercusiones por su parte dispositiva al respecto de los grandes latifundios improductivos y paralizados por el decadente problema del mayorazgo, un problema que ya había tenido intentos anteriores de solución parcial, durante el reinado de Carlos IV, pero que habían dejado lo más pesado del sistema todavía en pie.

---

29 Dice Andrés Ortiz Osés en **Sabiduría de la Vida** (2007: 82): *"Señor, líbrame de los problemas físicos, que de los metafísicos me ocuparé yo"*, que muy bien pudo ser la divisa implícita en la actitud vital de los ilustrados del siglo XVIII. Un fuerte desarrollo de la persona como entidad central de decisión sobre sí mismo, la sensación de soledad y la desconfianza crítica en las postulaciones preestablecidas, estimularon este cultivamiento particular en un estado generalizado de individualismo y soledad como fue el sentido metafísico de la minoría ilustrada, en el marco de una disciplina que, como dice Ortega y Gasset (1986: 124), se trata de *"una ciencia* [que] *no es tal ciencia sino para quien la busca afanosamente, que la Metafísica no es Metafísica sino para quien la necesita",* y prosigue poco más adelante: "…[para ello] *no es necesario tener eso que se llama talento ni poseer grandes sabidurías previas; lo que, en cambio, hace falta es una condición elemental, pero fundamental: lo que hace falta es* ***necesitarla***". Los hombres de la Ilustración hispana sintieron esa necesidad.

La cuestión de las tierras, como dijimos arriba, revistió prontamente un aspecto ideológico con el surgimiento del denominado carlismo, del que ya hemos hecho una presentación previa, y que era un movimiento de tipo legitimista en cuanto asociaba a su posición antiliberal y sobreprotectora del poderío eclesiástico, una postura tomada en cuanto a la sucesión monárquica. La misma era contraria a la **Pragmática Sanción** promulgada mucho antes, en 1789, por Carlos IV, pero nunca refrendada oficialmente, de modo que dejaba en vigencia a la **Ley Sálica** introducida con los primeros Borbones del siglo XVIII.

La Ley Sálica proscribía toda posibilidad de sucesión al trono por línea femenina, de modo que en el caso de Fernando VII, que dejó al morir sólo una heredera, doña Isabel, recurrió a revalidar la Pragmática de su padre, ahora sí refrendándola –hubo ciertos vaivenes en su conducta al respecto– con lo cual derogaba la primitiva Ley Sálica, y fue así que se entronizó en 1833 a la princesa Isabel, como Isabel II de España. Fracasadas las tratativas políticas y las intrigas cortesanas, se llegó a las armas. Como el pretendiente alternativo que proponían los partidarios de la sucesión por vía masculina era el príncipe Carlos, hermano menor de Fernando VII, sus partidarios se denominaron **carlistas**. La definición de este calificativo se ha anticipado en un capítulo previo, pero podemos agregar que se trataba de un sector de armas tomar compuesto por idealistas sinceros pero fanáticos religiosos, antiliberales y con intenciones restauradoras de todas las prerrogativas del absolutismo del siglo XVIII.

Los carlistas tuvieron mucha adhesión –además de la eclesiástica– por parte de un sector relativamente numeroso de la nobleza, especialmente de las de Navarra, Cataluña, Aragón, Valencia y sólo de parte de la de Castilla. Reunieron armas, ganaron el apoyo de jefes militares, algunos de ellos de notable capacidad, y se levantaron en armas, generando el primero de los tres episodios bélicos conocidos como I, II y III Guerras Carlistas. La primera, que tuvo lugar desde 1833 y que se extendiera hasta 1840, en la que sobrellevaron la derrota los miembros del bando Carlista. El conflicto se desató con especial saña y en medio de odios terribles. La cruenta Guerra Civil dejó una gran destrucción y los caídos superaron las 200.000 bajas, tan solo contando los muertos. Las pasiones políticas encontradas dividieron a España y se desataron las rebeliones nuevamente, entre 1846 y 1849, al tener lugar la II Guerra Carlista, esta vez con el escenario bélico particularmente concentrado en Aragón.

El tomar en consideración todos estos antecedentes resulta necesario para poder explicar de alguna manera el por qué de los estragos sufridos por toda la documentación referida a los hermanos José Nicolás y Félix de Azara y Perera, y en especial a éste último, puesto que la posición de la familia Azara en los años cruciales de la I y la II Guerras Carlistas, estuvo cercana a la ideología de los rebeldes. Éstos resultaron derrotados en ambos conflictos –a los que seguiría todavía un tercero, años más tarde–. Por esa razón, la política de estado de Isabel II, si bien no desató una represión sangrienta sobre quienes no tomaron directamente las armas, afectó profundamente desde el punto de vista patrimonial, en especial a los latifundios, también a los partidarios tanto en aquéllos que detentaban posiciones extremistas en su militancia en el carlismo, como sobre aquéllos de ideología liberal. Si bien, Agustín de Azara Perera y Mata estuvo entre quienes recibieron a Isabel II entre los dos episodios bélicos carlistas, su posición personal fue ambigua y esencialmente antiliberal, cualquiera fuera el bando al que apoyara.

La única forma para los adherentes, simpatizantes menores o encubiertos del carlismo, para poder asegurar una posición aparentemente neutral, era eliminar todo vestigio de disidencia, tanto católica moderada como liberal. Además, durante el curso de las guerras civiles el riesgo de represalias carlistas era manifiesto para aquéllos que tuvieran antecedentes de heterodoxia religiosa, aunque fuera en una generación anterior: ésa sería la única posible explicación a nuestro ver o, al menos la única perceptible con alguna validez para justificar la empecinada destrucción de un gran caudal de documentación familiar, para poder así borrar las huellas de heterodoxias de la generación anterior. Hallar otra razón para esa actitud de Agustín se aleja necesariamente de toda racionalidad y tiene que derivar hacia el campo de las patografías, lo que creemos no es el caso, aunque la racionalidad no ha sido el fuerte del sobrino de Félix de Azara, quien en 1832 fue denunciado en Huesca por sus propios vecinos, por descuidos edilicios en los que difícilmente debería incurrir estando en sus cabales un personaje de su posición. (Brioso y Mayral, 1992).

Esta impresión de desequilibrio en Agustín de Azara crece más a medida que se recorren las páginas de la larga y cuidadosa introducción de Sánchez Espinosa (2000) a las **Memorias del Ilustrado aragonés José Nicolás de Azara,** quien halló su símil y complemento en el que ese autor llama *"... el estrafalario historiador de alquiler Castellanos de Losada"*.

Otra dificultad metodológica para poder tratar con amplitud este tema reside en el hecho de que excepto las demonizaciones poco precisas de Marcelino Menéndez Pelayo (1951), referidas a José Nicolás de Azara por su posición personal en lo que respecta al catolicismo en España y

ocasionalmente a Félix de Azara de resultas de su condición de familiar de José Nicolás, pues nada en las alusiones al hermano menor es directo, excepto alguna referencia respecto a su escasa simpatía por los jesuitas en América y por participar de creencias deístas en forma general. Incluso, ante el mote de "jansenista" que se aplicara por los ultramontanos *"al venerable Sr. Dn. Juan de Palafox"*, en cuyo proceso de beatificación le tocara actuar a José Nicolás en su condición de Agente de Preces, en la aún temprana fecha de 1777, reacciona en un opúsculo citado por Sánchez Espinosa (2000: 17) y por Domínguez Ortiz (1976: 327) con estas expresiones:

"¡Palafox Jansenista! Yo quisiera saber qué es lo que entienden por jansenismo los que profieren tal palabra y que me lo explicasen, porque –confieso mi ignorancia– no sé lo que es y hasta ahora no sé más, sino que ninguno puede ser jansenista mientras no negare algunas de las proposiciones condenadas de Jansenio, y que he visto que se da este nombre a los que no son amigos de los jesuitas y no sé más"

Justamente, el espíritu racional y equilibrado de José Nicolás está señalando algo que no es la negación ni la descalificación de lo que entendemos modernamente por "jansensita español", sino que está puntualizando que la corriente religiosa para la que después se impuso ese nombre, no tenía teológicamente conexión con lo que era el fundamento de las convicciones de los heterodoxos congregados alrededor de la abadía de Port Royal. Esta carta suele ser mencionada como señal del distanciamiento entre José Nicolás con el llamado jansenismo español, pero es correlativa con la presencia en la biblioteca de José Nicolás de las obras teológicas básicas del movimiento y con una actitud de lo que se puede denominar un casi feroz distanciamiento con el papado romano al que debía tratar continuamente como parte de sus funciones diplomáticas. Tal vez el hallazgo –muy posible– de su correspondencia con su hermano Eustaquio, con el que necesariamente mostraría un menor énfasis que en su correspondencia con Manuel de Roda, demuestre algo más certero acerca de su posición frente a esta cuestión.

Nuestra presunción es que José Nicolás era demasiado culto y libre como para caer en estrecheces de secta o en agrupaciones menores en cuanto a su alcance y trascendencia. Con Roda –viejo amigo y corresponsal, daba rienda suelta a toda su vehemencia–, lo que no podía reflejarse en su oficio diplomático y –en más de un caso– podría tratarse de efusivos desahogos de quien formalmente debía aparecer como equidistante. Cuando escribió esas líneas debía mostrarse prudente y lo fue, gracias a ello pudo desempeñarse casi tres décadas más como diplomático de alto nivel. Su ideal humanista y su clasicismo estético, así como su fineza de espíritu, no podían tolerar sin ironía la corrupción, la simonía, el boato y el descreimiento de la clase más alta de la Iglesia. Sánchez Espinosa (2000: 94) dice que José Nicolás de Azara unía en una "*...simbiosis de agresividad y sensibilidad"* un carácter satírico que expresaba en sus escritos, al parecer íntimos pero que escondían parte de su función como representante del regalismo español:

"Los apuntes satíricos de Azara acerca de jesuitas, curiales, cardenales o papas no pretenden de ninguna manera corregir un comportamiento juzgado como poco cristiano, en paralelo a la intención didáctica y educadora de la mayor parte de la sátira reformista (vid. Heinz-Peter Behr, ***Die spanische Satire im 18 Jahrhundert,*** *Frankfurt, Lang, 1986, págs. 152-153), sino que se apoyan en su negatividad a la espera de decidir y corroborar con sus argumentos e imágenes infamatorios la toma de decisión del gobierno reformista en Madrid en sus enfrentamientos con la corte de Roma".*

¡Ni más ni menos, que la praxis del nivel político-eclesiástico del jansenismo español!

En ese sentido su último recurso literario es la animalización del elenco de personajes situados en un ámbito "de lo sagrado". Como nos advierte Sánchez Espinosa (2000: 98) ese tratamiento de Azara

"...se refiere a personas concretas, a diferencia de los casos de Quevedo y de Torres Villarroel, en que [tal tratamiento] *se suele aplicar a tipos y personajes de ficción. Azara rompe un doble tabú al personalizar y aplicar la animalización a personas y grupos considerados todavía en su tiempo como intocables. La animalización metafórica contribuye a la expresión de una visión grotesca de la realidad. En este sentido, la Compañía de Jesús aparece como "mandra*[30] *de búhos" o como la "carcoma que nos roía" las entrañas; de frailes y clérigos afirma que esta "casta de insectos son los mismos en cualquiera parte del mundo, y su picadura es igualmente venenosa"; al comentar la promulgación de la obligación de residencia de sus beneficios para los prelados napolitanos escribe: "Solos cinco animales de estos comen cien mil pesos del reino"; a los cardenales –por su púrpura– les convierte en "papagayos"; jesuitas y cardenales son, respectivamente, "las gentes vestidas de cuervo y de papagayo"; en fin, "No habrá anguila, que se le iguale entonces a Fray Lorenzo* [el papa Clemente XIV]*."*

Nos hemos detenido en esta curiosa al par que poco grata rememoración de estos aspectos de la personalidad de José Nicolás de Azara porque es, en general, muy poco conocido, por más que las recientes ediciones de Sánchez Espinosa (1999, 2000) y de Dolores Gimeno Puyol (2009),

30 **Mandra:** Manada.

en poco tiempo más atraerán la atención no sólo de los eruditos e historiadores sino del lector culto y, estos aportes contribuirán a esclarecer uno más de los aspectos del siglo XVIII que hasta ahora permaneciera menos conocido: la vida y la personalidad de José Nicolás de Azara y Perera.

Esta secuencia repetitiva de soluciones de continuidad en el conocimiento de las mentalidades y las ideas del siglo de las Luces, estriba fundamentalmente en el hecho de que, además del faltante contexto general de retraso del estudio histórico y de sus protagonistas españoles del siglo XVIII, haya un capítulo que ha sido particularmente tardío en su consideración, como lo es el del jansenismo en España, que recién fue encarado con alguna profundidad por los trabajos de Richard Herr (1963), Fréderic Tavenaux (1965), Joël Saugnieux (1968, 1970), María Giovana Tomsich (1972) y Jean Sarrailh (1981) y –más recientemente– en las interesantes contribuciones de historiadores como Antonio Astorgano Abajo (1997, 1999a,b, 2006), y que cuenta con precedentes parciales pero valiosos en numerosas obras o artículos que se produjeron durante el inicio de la segunda parte del siglo XX, como las obras de Isidoro de Villapadierna (1954); Émile Appolis (1960, 1966), y aún con los ya lejanos antecedentes en el siglo XIX de Marcelino Menéndez Pelayo[1856-1912] y del padre Miguel Fraile Miguélez [1864-1915].

A pesar de esa literatura explícita sobre el jansenismo, quedó el tema relativamente ocluido como vigencia social e historiográfica ante otras cuestiones tan apremiantes que surgían de la gran apertura histórica del siglo XVIII, como lo fueron las reformas ilustradas, el poblamiento de la Sierra Morena, las consecuencias de las guerras europeas y de la independencia norteamericana, la repercusión de la revolución francesa y la relación con la Francia napoleónica, y –en consecuencia– se lo mencionó muy poco en la historiografía, tanto que ni siquiera el intento del ministro Mariano de Urquijo en 1798-1800, de imponer una iglesia de tipo “galicano” en España, fallido por la defección del valido Manuel Godoy, se ha considerado dentro del marco general de las acciones jansenistas españolas, también denominadas por algunos historiadores “jansenistas pistoianos” o “parajansenistas”, como prefiere designarlas Rafael Olaechea (1965).

Recién en los años finales del siglo XX y en lo transcurrido del XXI cobró fuerza historiográfica el tema del jansenismo español[31], y un gran número de aportes se sumaron para suministrar un nuevo panorama acerca de la significación y la magnitud de esta heterodoxia, que en el concepto menéndez-pelayiano no tenían sino dimensión marginal. Así las biografías o tratados acerca de Gaspar Melchor de Jovellanos, José María Blanco White, Mariano Luis de Urquijo, Gregorio Mayans y Síscar[32], Francisco Pérez Bayer[33], Simón Rodríguez Laso, Francisco Saavedra de Sangronis[34], y de numerosos protagonistas más de las generaciones ilustradas, incluso algunos actuando en el seno de la jerarquía de la propia Iglesia, como

31 El problema es relativamente complejo, la ausencia historiográfica del jansenismo español no sólo se debe a problemas meramente operativos de los historiadores, sino también –y primordialmente– a que se trataba de un problema “delicado”, especialmente para los tiempos políticos que corrían en España. Tal es así que muchos textos previos a 1976 a penas si tocan marginalmente o ignoran un problema cuya magnitud se ha destacado tanto en tiempos modernos que como dice Giovana Tomsich (1972), si se expusiera a fondo podría llegar a abarcar en el plano espiritual a una multiplicidad de figuras de la ilustración española, y en el plano político, puesto que en ambos niveles es necesario tratar el problema, estarían implicados ministros como Floridablanca, Jovellanos e incluso Carlos III, con su empeño en lograr –y de hecho lo hizo– contar con una iglesia “hispanista”, en alguna forma equivalente a la “galicanista” de Francia.

32 **Gregorio Mayans y Síscar** [1699-1781]. Dice de él Julián Recuenco Pérez (2005), que fue amigo del obispo jansenista de Cuenca (1800-1802) Antonio de Palafox y Croy, quien

*“…durante su estancia en Valencia coincidió con la **corriente jansenista ilustrada** que se había empezado a desarrollar ya por entonces en la capital levantina, y en la cual destacó la figura de Gregorio Mayans…”*

33 **Francisco Pérez Bayer** [1711-1794]: Natural de Valencia, fue un erudito filólogo, numismático y jurista. Actuó en la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia. Escribió numerosas obras y fue uno de los más influyentes y destacados partícipes de la Ilustración Española. De acuerdo con Astorgano Abajo (2006), era amigo muy cercano de Nicolás Rodríguez Laso, y de los hermanos José Nicolás y Eustaquio de Azara. Varios escritos lo vinculan con afinidades jansenistas.

34 **Francisco Saavedra de Sangronis** [1746-1819], militar y político español ilustrado, nacido y fallecido en Sevilla. Fue casi coetáneo de Félix de Azara e incluso participó en 1775 de la expedición a Argel. En 1783 fue destinado a prestar servicio en Caracas, pero antes de llegar a destino lo apresaron los ingleses, quienes meses después lo devolvieron a España. Retornó a Nueva Granada. Ya retirado se convirtió en un político que llegó a altos niveles en el reino. Fue Ministro de Hacienda en 1797, enfrentando con éxito una dura crisis económica y política. Más adelante fue Secretario de Estado, sustituyendo a Manuel Godoy en 1798, pero por su mala salud debió dejar el cargo a Mariano Luis de Urquijo. En 1808 formó parte de la Junta Central, y en 1810 de la primera Regencia. **Fue un decidido reformista, cercano por sus ideas al llamado jansenismo español** (Roberto Fernández, 1993: 679).

Antonio de Palafox y Croy[35] hasta de la Inquisición, como en el caso de Nicolás Rodríguez Laso[36] [1747-1820] (Astorgano Abajo, 1999a y b, 2006), debieron incluir las relaciones de sus protagonistas con la conflictiva situación que se creara en la Iglesia española al promediar el siglo XVIII. Debido a esa unilateralidad historiográfica estamos en condiciones de poder afirmar como Astorgano Abajo (1999: 166) ante un caso parecido: *"Desgraciadamente no hay datos para poder demostrar lo evidente..."*

Justamente en las últimas referencias relacionadas con el caso Rodríguez Laso, que fue inquisidor principal de Valencia y que estaba vinculado con los obispos de esa ciudad y la de Barcelona, posiblemente también con los de Barbastro, de Ibiza y de Cuenca, y además con el círculo social que rodeaba a los condes de Montijo, asociados con la familia Palafox, quienes realizaban activas tertulias tanto en Valencia como en Barcelona. Aparentemente en la sucesión de obispos locales en Barcelona entre 1783 y 1798 –año en el que falleció Eustaquio de Azara y Perera, mientras ocupaba ese cargo–, fueron todos con diversas intensidades de militancia, jansenistas activos, no quedando ya dudas de que el hermano mayor de los Azara y Perera tuviera una inclinación o, al menos, una gran tolerancia participativa hacia la doctrina sustentada por los eclesiásticos disidentes reunidos en el sínodo de Pistoia o Pistoya, Italia, en 1786. Lo mismo sucedió con el obispo de Barbastro, Manuel Abad y Lasierra [1729-1806], quien estaba relacionado amistosamente y, tal vez por parentesco, con la familia Azara, dado que su madre era nativa de Barbuñales (Nieto Callén y Sánchez Molledo, 2004).

Para conocer con amplitud todas las relaciones de esta cuestión de la difusión del jansenismo en la España ilustrada es necesario realizar un recorrido previo por los orígenes históricos de lo que se ha llamado el "parajansenismo español". El mismo surgió en relativo paralelismo y no como continuación directa del jansenismo original, de los seguidores de Cornelius Jansen o Jansenio [1585-1638], quien en su obra **Augustinus** (1640), formuló la gran síntesis de sus ideas, que fueron las inspiradoras de una activación teológico-mística de numerosos monjes y monjas que principalmente desde la abadía de Port Royal, cerca de París, se hicieron seguidores de sus enseñanzas, secundados por el prestigioso filósofo francés Blaise Pascal [1623-1662], quien fuera el autor de las **Cartas Provinciales** (1657). Inicialmente carecía el jansenismo francés de orientación política y abarcaba centralmente lo religioso.

El problema del casi cismático caso de heterodoxia teológica que significó el primer jansenismo de Port-Royal, está vinculado con el más amplio panorama de la inquietud doctrinaria en que quedó sumida la Iglesia Católica Apostólica Romana tras la gran ruptura de la Reforma luterana y a consecuencia del despliegue de una serie de múltiples aperturas protestantes tras la presentación crítica y disidente de Martín Lutero en 1517.

Entonces, España se transformó en el principal brazo armado y protector de la iglesia oficial, en su lucha contra esos movimientos a los que se calificó de grandes herejías. Lo hizo particularmente bajo Carlos V y su hijo Felipe II, sosteniendo largas y cruentas guerras de religión, que se concentraron en los Países Bajos y que consumieron buena parte de las riquezas americanas (Perry Anderson, 1983: 69).

Debido al alejamiento geográfico del epicentro luterano y a la política interna de los soberanos españoles con su fuerte respaldo inquisitorial[37], y

35 **Antonio de Palafox y Croy** [1740-1802]: Sacerdote español nacido en Madrid y que residió hasta su muerte en la ciudad de Cuenca. Fue egresado de los cursos de filosofía de la universidad de Valencia. Una vez que profesó como sacerdote, viajó a Roma donde adquirió el dominio de muchos idiomas para los que tenía gran facilidad y trabó relaciones que lo vincularon con muchos ambientes intelectuales europeos. Carlos III supo de él, y valorando como era su costumbre a los elementos humanos capaces de elevarse sobre lo común, lo designó como arcediano de la catedral de Cuenca en 1762, como canónigo catedralicio hasta 1763 y estuvo al frente de la diócesis conquense a partir de 1800. Como ilustrado propició el desarrollo de la industria textil, promovió la educación y trató de mejorar los hospitales, hospicios y de paliar la desocupación reinante en su diócesis. Se lo vincula a las ideas parajansenistas españolas.

36 Nicolás Rodríguez Laso fue quien tradujo al español las Actas del Sínodo de Pistoia, en 1787 (constancia documental en el AHN, Inquisición, legajo 504, caja 2, libro nº 3, "**Libro de las Cartas para el Consejo de la Santa General Inquisición del Excelentísimo señor Inquisidor General, que empieza en el año MDCCLXXX,** folios 232v-233r", según Astorgano Abajo, 1997).

37 Dice Perry Anderson (1983: 62), que ante la heterogeneidad administrativa, legal e institucional en la España surgida de la Unión de los reinos de Castilla y de Aragón en el siglo XV: "*La Inquisición –creación única en la Europa de aquel tiempo– debe estudiarse en este contexto: fue la única institución "española" unitaria en la península, y sirvió como tremendo aparato ideológico para compensar la división y dispersión administrativa reales del estado".* Sin embargo, el mismo autor reconoce que en Aragón la terrible institución tuvo prerrogativas distintivas, especialmente severas, y en eso coincide con William Monter (1992), quien lo postula también, tratando el tema específico de la Inquisición Aragonesa bajo la denominación de **"La otra Inquisición"**. Lo anterior corresponde

con la expulsión de judíos y árabes como medidas político-religiosas. España surgió así al bicentenario de la reforma, unificada en su aspecto religioso. Sin embargo, no fue ajena a las tribulaciones espirituales y a los movimientos internos eclesiásticos que les dejó la herida de la Reforma.

Esto fue muy sensible en Aragón, una tierra particularmente golpeada por heterodoxias previas como la de los cátaros o albigenses en los siglos XI y XII, cruelmente extirpadas[38]. No hay relación directa entre esos sucesos y posteriores heterodoxias, excepto en aquello referido al espíritu a veces místico, a veces exaltado que revelaron varios aragoneses como el oscense Miguel Servet [1511-1553], el turolense Miguel de Molinos [1628-1696], y otros transgresores menores del campo de la heterodoxia que tuvieron conflictos con la Inquisición, aunque llegaron a superarlos felizmente.

El rasgo común entre todos ellos es la búsqueda de un retorno a las fuentes primigenias de la doctrina cristiana y, por extensión, la recuperación de una forma de vida cuya moral fuera más límpida en su accionar y se basara en principios de humildad, simpleza y en la relación directa de la persona creyente con Dios en el interior de su conciencia. Recordemos que la lectura de los libros religiosos básicos: la Biblia, y en particular el Nuevo Testamento, estaba prohibida excepto para los autorizados y que fue recién, muy tardíamente, traducida a las lenguas nacionales europeas, un hecho en el que los luteranos ganaron la iniciativa. El conflicto que puso en manos de la Inquisición a Fray Luis de León [1527-1591], y que casi llegó al mismo extremo en relación con Santa Teresa de Jesús [1515-1582], se debió a la misma causa enunciada, que veía en la búsqueda de **Los Nombres de Cristo** del primero, y en los éxtasis en que se fusionaba con la divinidad, de la segunda, que fueron considerados transgresiones dogmáticas y en algunos casos determinaron cambios fundamentales en las actitudes de los sospechados.

Hay también otros nexos que conforman el sustrato espiritual subyacente sobre el que prendió la adhesión de ilustrados españoles –laicos y clérigos– al jansenismo hispano. En este caso se trataría de un antecedente moderno relacionado con el racionalismo del siglo XVIII, por eso Jacques Barzun (2002: 450), dice:

"El lazo de unión entre el pensamiento jansenista y el de los ilustrados del siglo XVIII es el Culto a la Razón. Los jansenistas la consideraban de origen divino y superior a la oración. Entendían además que la prueba del valor de las cosas era su utilidad, y creían que ***las ciencias naturales conducían a verdades importantes,*** *puesto que las leyes de la naturaleza son expresiones de la voluntad de Dios".*

Esta apreciación está en coincidencia con el auge de las ciencias naturales en el siglo ilustrado. Ya los Novatores valencianos, todavía en el siglo XVII, y la Academia de los médicos en Sevillla, marcaron precursoramente una activación de los saberes médicos –ciencias naturales aplicadas–, que se hace notable en fray Benito Jerónimo Feijóo (Marañón, 1954), y cobra una densidad inusitada a partir de la relación de los botánicos españoles con Linnaeus, y la venida de Pehr Olof Löfling, su discípulo dilecto, en 1751 (Pelayo y Puig Samper,1992), para participar en el estudio botánico de la península y para tomar parte de la expedición a Venezuela, en la que dejó su vida, en 1756, como tributo a las dificultades y peligros de la selva tropical. Un esfuerzo continuador del iniciado por el malogrado discípulo de Linneaus, fue el de Gumilla en el Orinoco (1741), y proseguido años más tarde por Antonio Caulín[39], en 1779, formando ya parte del denso período de investigaciones naturalistas y especialmente botánicas que Daniel Steele (1982) describe detenidamente.

Pero, si retornamos al jansenismo español y con-

---

a una acotación particular referida a España, de ninguna forma responde a la llamada **Leyenda Negra** que hace de la Inquisición una institución hispana por antonomasia. La Inquisición se generó en Roma para combatir las herejías, en particular la albigense que referimos arriba y eso aconteció en Francia. La hubo en toda Europa, generalmente con el mismo trasfondo e intenciones. Ponemos énfasis en la hispana porque es la pertinente para nuestra obra.

38 Incluso un rey aragonés, Pedro II de Aragón, cayó en suelo francés apoyando militarmente a los defensores de los cátaros cuando se montó contra ellos la cruzada del papa Inocencio I, en estrecha relación con Luis I de Francia, hoy conocido como San Luis.

39 Fray Antonio Caulín Martínez [1719-1802]. Fue un sacerdote franciscano nativo de Bujalance, en el antiguo reino de Córdoba, España, actualmente Granada, que pasó parte de su vida de 1741 a 1757 en Nueva Andalucía, la actual Venezuela. Ingresó a la orden de San Francisco en 1734, residiendo en Cádiz hasta 1741. En América se dedicó a la docencia y al estudio y exploración. Es autor de una célebre **Historia Corográfica Natural y Evangélica de Nueva Andalucía, Provincias de Cumaná, Nueva Barcelona, Guayana y Vertientes del Orinoco**, publicada en Madrid (1779), que era una ágil y densa descripción del territorio, de su geografía, etnografía, política, arte, demografía, la obra de los misioneros y expedicionarios, los orígenes de la literatura y la economía. Había recibido previamente gran influencia del padre Feijóo, lo que se aprecia vivamente en su obra. La misma está dividida en cuatro libros, el último de ellos dedicado a la evangelización, la "muerte en santidad" y la "plena salvación". La misma significó un notable precedente para las ciencias de la naturaleza y la geografía humana de Venezuela. Es autor además de **El Perfecto Cristiano**. Una vez regresado a España permaneció allí hasta su muerte.

tinuamos desarrollando la premisa de que existen dos planos fundamentales para la consideración de esa heterodoxia, toda comparación entre el jansenismo de Port-Royal del siglo XVII y en Francia, con el ulterior parajansenismo español del siglo XVIII, debe atender a esas dos categorías epistemológicas, y en el plano de cada una buscar –si las hay– coincidencias o similitudes. Por lo pronto en el plano espiritual puro de la religiosidad coinciden, no con las proposiciones originales y ya no vigentes de Jansenio, con las que, por otra parte, ya superó Pascal un siglo atrás, haciendo multiforme la doctrina heterodoxa, sino con el espíritu heredero, en la propia España, del pensamiento de las figuras místicas de los dos siglos anteriores, y con el signo epocal de la búsqueda de una religiosidad más entrañable y pura y, en mayor acuerdo, con los Padres de la Iglesia.

Este tema puede llevar mucho más lejos: basta para ello seguir, al menos en cierta medida, la metodología encarada por Américo Castro (1970: 14) cuando para tratar el erasmismo y la vida espiritual española en el siglo XVI, utiliza el texto de Marcel Bataillón (1966) y llega a la conclusión que la trascendencia de las ideas de Erasmo en España

"fue más un fenómeno de voluntad que una ideología; pero a la vez fue más una posición crítica frente al cristianismo tradicional que una creencia religiosa con límites y fines precisos. De ahí la dificultad con que se choca al pretender incluir ese gran fenómeno de la historia española en un marco de conceptos rigurosos".

El propio Castro (*op. cit.*) prosigue con una caracterización del erasmismo del siglo XVI que bien cabe aplicar al ulterior jansenismo español del siglo XVIII cuando dice del mismo:

"Por lo demás, fue el erasmismo una actitud espiritualmente lujosa, adoptada por quienes sentían su vida bien sostenida por la cultura o por la posición social, y sin pensar abiertamente en atraerse numerosos partidarios".

Justamente el erasmismo no es una novedad en sí en el medio espiritual español, es una búsqueda de antigua data, medieval en sus inicios, que siempre tuvo el carácter de una aventura grupal o de solitarios apenas conectados, todos parte de una elite de almas inquietas que ansiaban un cristianismo como forma de ascesis y superación de las almas, alejadas del rito, de las imágenes, de los intermediarios. En diálogo los creyentes con su Dios y resolviendo cada uno dentro de una mística compartida el problema de la vida y de su esperanza. De ninguna forma quisieron ser herejes y, menos aún destruir la religiosidad popular o la institución de la Iglesia.

Las referencias culturales que ligaron los principios de Port-Royal con los sentimientos profundos de los continuadores hispanos existieron, pero fueron de un orden general e íntimo, sobre el cual primó el escándalo perceptivo de la irregular y descreída vida secular y cotidiana de gran parte de los eclesiásticos, de los intentos políticos del pontificado romano, de decidir en asuntos internos de España que no eran específicamente doctrinarios sino seculares, y de la invasión por formas de superstición e idolatría que impregnaban al culto regular y a sus colateralidades, tales como procesiones, festejos patronales, afirmación de milagros y hasta cultos profanos derivados de los mismos.

Los seguidores de Jansenio reprochaban la inconducta y la ignorancia de una buena porción del clero seglar, que era motivo de escándalo y estaba lejos de la pureza del cristianismo primitivo. La Gracia era un motivo particular de las objeciones jansenistas: pues según ellos, existía una predestinación –en este tema hubo variaciones a través del tiempo, que descartaron que Dios condenara de antemano a los que no dispensaba su Gracia– y afirmaban que el cristiano era libre para acceder con su conducta recta y pura a dicha condición pero, que este estado espiritual se debía afirmar durante el tiempo de vida de la persona, en pensamiento y actos, y no cifrar en un arrepentimiento final avalado por el mero perdón de un confesor.

Así, la Gracia era una conquista del cristiano que daba testimonio de ella con su vida, sobrellevada con pureza y rectitud y, además, con el cumplimiento de los preceptos básicos de la Iglesia. Esta posición chocó fuertemente con la de los jesuitas, que manejaban el concepto de la **casuística**[40] y del **probabilismo**[41] para resolver en general todas

40 **Casuística**: Se denominó de este modo a la proposición con que actuaban los miembros de la orden de Jesús en los siglos XVII y XVIII con respecto al juicio ético sobre temas relacionados con la conducta y la fe que debían guardar los católicos. Se basaba en los antecedentes de casos similares producidos anteriormente. Se trata de una forma de disenso crítico con la razón, al basarse no en reglas lógicas sino en un principio al que se transforma en regla de acción por mera reiteración del mismo a través de la sucesión de casos similares o equivalentes. Los jansenistas plantearon su disenso con respecto a este principio.

41 **Probabilismo**: Se trata de una doctrina teológica relacionada con la filosofía moral católica. En síntesis preconiza que se justifica la realización de aquellas acciones que aunque se opongan al criterio dominante social o de la opinión pública, tienen entre sus posibles resultados algún aspecto provechoso. Fue elaborado en el siglo XVI por la llamada Escuela de Salamanca y los Jesuitas adoptaron esta doctrina, que suscitó una reacción negativa en los jansenistas, en muchos grupos protestantes, y en escritos de Blaise Pascal. En el siglo XVIII con el advenimiento de la ilustración y la expulsión y abolición de la orden jesuítica (restablecida en el siglo XIX), el probabilismo perdió vigencia. Se planteó como argumento para discutir la radicalidad del probabilismo, la irracionalidad y la licitud

las cuestiones de conciencia relacionadas con el pecado, la gracia y el perdón y, por ende, con la salvación.

El pontífice romano condenó, en siglo XVII, cinco de las proposiciones básicas de Jansenio y se obligó a los seguidores del mismo a abjurar de aquéllas. Posiblemente los tiempos que se vivían de guerras religiosas y de lucha contra la reforma protestante, evitaron la excomunión total y la condena activa de los jansenistas, pero la Iglesia intentó aislarlos. El poder real representado por Luis XIII se alarmó ante el movimiento jansenista pero adoptó como positivas para el estado francés y para el regalismo de su corona la proposición de que el Papa sólo era infalible en cuestiones de doctrina y de fe y que los problemas temporales atinentes a Francia y en territorio francés, sólo podían ser resueltos por los obispos reunidos en sínodo, haciéndolo según las condiciones locales de cada país o región.

Esto convenía al regalismo pues libraba al monarca de acatar los nombramientos de obispos por parte de Roma, que era una cuestión política enojosa por sus implicaciones en la vida secular, que el estado absoluto no aceptaba como limitante de sus atribuciones. Luis XIII aprovechó para asumir mayor libertad en cuanto a esta última cuestión, creándose así y de hecho, la llamada iglesia Galicanista (de Galo: francés), es decir con una mucho menor dependencia con respecto al pontífice romano. Sin embargo la monarquía francesa puso cada vez más restricciones a los portroyalistas, que con el avance del siglo mermaron cada vez más y perdieron toda capacidad catequizante en los años finales del mismo, fueron, atenuando sus discrepancias con la ortodoxia para evitar choques con el poder real y el romano. Ternemos aquí la presencia de Pascasio Quesnel [1634-1719] que reformuló los reclamos jansenistas y recibió como respuesta la condenación de diez de sus proposiciones en 1713, mediante la bula **Unigenitus.**

Posiblemente fue entonces cuando comenzó a extenderse más allá de las fronteras francesas, una particular forma de jansenismo en la modalidad más popular de un exaltado ascetismo penitencial, y bien diferenciado del nobiliario y aristocrático, que si bien recurrió también a la pureza de las costumbres, fincó en el episcopalismo regalista una posición política que culminara en el Sínodo de Pistoya (1786), que aunque fue condenado con sensible retraso en la Bula **Auctorem fidei** de 1794, ya había cundido plenamente en Italia y en España

La cuña ideológica que el jansenismo introdujo en el catolicismo en una centuria que ya comenzaba a someter a crítica los puntos considerados indiscutibles de la fe, propios de la historia religiosa hasta el siglo XV[42], en un proceso que fue creciendo en intensidad en el mundo católico europeo –pero no en el español– durante el siglo XVI (Lucien Febvre, 1959). Había comenzando en ese siglo a desarrollarse una incredulidad que primero afectó a los aspectos del culto religioso ordinario, los que para la percepción de muchos pensadores, encerraba matices idolátricos y supersticiosos. Sin embargo, al menos para la mayoría el sentimiento de la divinidad no se deterioró, con lo cual comenzó a difundirse un tipo de religión devenido en deísmo, es decir, la creencia en un Dios impersonal hacedor y regidor del universo, pero desvinculado de lo mundano y secular. Para el deísta cada alma sostenía un diálogo espiritual individualizado con Dios a través de la vida y, de esa forma, consumaba su salvación final.

José María Blanco White, en una obra temprana, escrita en 1801, intitulada **Reflexiones sobre la belleza universal,** que resume los ideales sensualistas (*sensu* Condillac[43]), el intelectualismo racionalista de las Luces y, según Durán López (2005: 77), también el

de seguir con la conducta moral o práctica, el criterio de la libertad de opción, es decir si las probabilidades son mucho más fuertes en un sentido, no sería lícito adoptar aquella alternativa que fuera la menos probable. El principio de Santo Tomás que dice: ***"lex dubia non obligat"*** se aplica para desconocer el **probabilismo**. El filósofo jesuita español, Francisco Suárez [1548-1617], fue uno de los sostenedores del probabilismo, y esta doctrina es una de las bases de la casuística moral, aunque existe divergencia entre distintos teólogos acerca de las modalidades de la vigencia del probabilismo.

42 Recuérdese que **Giordano Bruno** [1548- 1600], el autor de **Sobre el infinito universo y los mundos** (1584) fue quemado vivo por hereje en el año 1600.

43 **Étienne Bonnot de Condillac [1715-1780]:** Filósofo francés nacido en Grenoble. Inicialmente fue sacerdote, después abandonó los hábitos. Fue preceptor del hijo del duque de Parma durante un período de diez años. Escribió un **Ensayo sobre el origen del conocimiento humano** (1746), además de **Investigaciones sobre el origen de las ideas** (1749) y el **Tratado de las sensaciones,** su obra de mayor trascendencia. Sus postulaciones doctrinarias se asocian a la línea emprendida John Locke [1632-1704] y David Hume [1711-1776], que se había ido tornando cada vez más subjetivista e idealista. Como respuesta crítica a esa tendencia, Condillac creó el **sensualismo**, ya que de ambas fuentes del conocimiento según Locke, Condillac retuvo sólo la **sensación**, es decir, la experiencia externa o de relacionamiento, que por dos vertientes sería la responsable de la visión final del mundo real. Una de ellas es la vía **representativa**, responsable de la formación de la memoria, de las ideas y de la reflexión. La otra es la **afectiva**, de la que emanan afectos y voliciones. En resumen, la mente no sería para Condillac sino "**una sensación transformada**", y la conciencia estaría dada por "**la sensación que anuncia al alma su presencia**". Era ésta una teoría acorde con los avances de la anatomía y de la fisiología del sistema nervioso en su tiempo. La posición de Condillac suele denominársela **sensualismo radical**.

deísmo, y amplía este último concepto con una sinopsis de la obra de Blanco que merece ser traída a consideración para comprender mejor la posición deísta:

"La fe no le falta, aunque ya no sea la que predica Roma sino la creencia en una divinidad impersonal y universal, creadora del mundo y definida esencialmente por su racionalidad, su orden, su simplicidad. En su letra no hay nada que contradiga una visión cristiana, aunque cualquiera puede deducir que es un cristianismo tan quintaesenciado, tan abstracto que le faltan todos sus rasgos distintivos. Exaltado producto de un ensueño racionalista, postula un universo ordenado y dirigido por reglas inmutables y perfectas; hay que ser muy irracional, muy estúpido –esto es, ensombrecer esa porción de racionalidad universal de la que participa cada ser humano– para negar "estar en un Universo dotado de cierta perfección encantadora con la que no sólo nos admira sino que también nos arrebata y mueve dulcemente". Este poema es un afanoso deseo de que el mundo sea bello y perfecto, como un raciocinio sin tacha, queriendo no ver el caos y el ruido. Frente a las sombras y oscuridades que van nublándolo todo a su alrededor, este arrebato optimista postula la existencia de un orden ideal, puro… divino". Una síntesis muy clara del concepto de deísmo es aportada por Bernal (1993: 408): "[Los] *deístas* [fueron] *un grupo de pensadores de los siglos XVII y XVIII que rechazaron la religión formal, pero afirmaban la posibilidad de demostrar la existencia de Dios a partir de los datos proporcionados por la naturaleza. Sus dudas acerca de la naturaleza divina de Jesucristo los condujeron al arrianismo[44] o al unitarismo[45]."*

Retornando al tema español, existen evidencias que desde los tiempos del padre Feijóo, al menos, ya comenzaron a expresarse en círculos privados y muy cerrados de la nobleza y del alto clero ideas de tipo deísta, particularmente difundidas por los llamados philosophes franceses, y que esto se amplió significativamente con la aparición de la **Encyclopédie**…[46], aunque antes hubo precedentes en la difusión efectiva pero restringida de los diccionarios críticos de Louis Moréri[47] y el ulterior, publica-

---

44 **Arrianismo**: se trata de una de las primeras divergencias del tronco doctrinario inicial de la Iglesia cristiana, basado en las ideas de Arrio (un cirenaico o alejandrino, posiblemente de familia aristocrática, que en el año 318 era párroco en Alejandría. Estimulado por sus seguidores generalizó su doctrina que tuvo amplia difusión). Arrio fue uno de los pensadores originales, y el padre de la llamada **herejía arriana**, pues sus concepciones se consideraron heterodoxas con respecto al criterio eclesiástico. Los arrianos atacan la concepción vigente que se basa en la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, dando una alternativa no cristológica al catolicismo. Arrio coincide con quienes suponían que Jesús no era el esperado mesías de los judíos, niega que sea Dios, más aún que fuera eterno. El ataque fundamental de los arrianos propuso un cambio que habría dado una fisonomía enteramente distinta al catolicismo que según teólogos hubiera provocado su derrumbe. Tuvo gran vigencia en el siglo IV y mayor aún en el V. El concepto de un Dios unitario afectaba a la idea de la Trinidad. Tanto el patriarca Alejandro que lo apoyó, como Arrio, fueron excomulgados pero sus doctrinas fueron aceptadas por algunos obispos, hasta que en el año 325 el Concilio de Nicea condenó la doctrina arriana y creó el concepto de iglesia Nicena con un símbolo esencial: Jesucristo, hijo de Dios, unigénito, portador de la sustancia del Padre y verdadero Dios.

45 **Unitarismo**: Se trata de una heterodoxia propia del siglo XVIII y XIX surgida en la doctrina católica. Fue declarada herejía. Dice al respecto José María Blanco White: *"Estoy convencido a plena satisfacción, no sólo de que la* **Doctrina de La Trinidad** *no está en las escrituras, sino también que la totalidad de la teología* **Patrística,** *que ensambla la mayor parte de los Treinta y Nueve Artículos, consiste en especulaciones infundadas que no podían haber obtenido crédito entre los cristianos sin la ayuda de una falsa filosofía. Yo profeso el Cristianismo como un Unitario, reconociendo* **un Solo Dios en una Sola Persona***, y a Jesús de Nazaret como mi guía hacia* **Su Padre y mi Padre, Su Dios y mi Dios**." Así definía uno de sus adeptos el unitarismo, sintetizándolo en la idea de unicidad contrapuesta a la concepción trinitaria que es canónica en el catolicismo (Durán López, 2005: 502).

46 **Encyclopèdie**: Se trata de la **Encyclopèdie ou Dictionnaire raisoné des arts et des métiers**, una obra decisiva en el desarrollo y difusión de las ideas de la Ilustración en el siglo XVIII. Fue editada en París, con 17 tomos de texto y 11 volúmenes adicionales de láminas, publicados en dos series, la primera con los tomos I al VII, aparecidos entre 1751 y 1757, la segunda con los tomos VIII a XVII, a los que se agregó un Suplemento, con cuatro tomos de texto, 12 de láminas y dos de índices, salidos de prensas entre 1776 y 1780. Aunque se trató de una obra colectiva en base a trabajos temáticos preparados especialmente por cerca de 160 colaboradores y redactores a los que se denominó enciclopedistas, sus directores, orientadores y selectores de los artículos a publicar, fueron Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert. Representó un enorme esfuerzo editorial e intelectual y su trascendencia fue enorme. En España tuvo una acogida singular, a pesar de las interdicciones que pesaron sobre ella, y fue particularmente útil a las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, ilustrando y orientando los esfuerzos por la mejora industrial, económica y tecnológica del país. Por ejemplo, la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, de Zaragoza, tuvo entre sus socios quienes, como el economista Foronda tenían en su biblioteca personal –y con autorización especial– todos los volúmenes de **Encyclopèdie** (Fernández Clemente, 2004: 14). La orientación laica y librepensadora infundida a la obra por sus directores fueron causa de su rechazo por la Iglesia y por los ultramontanos.

47 **Louis Moréri** [1643-1680]. Fue un erudito historiador y enciclopedista francés que cobró gran prestigio por ser el autor de la mayor enciclopedia del siglo XVII **Le grand Dictionaire historique, ou le mélange curieux de l'histoire sacrée et profane** (1674), la que es precursora de la siguiente obra de ese carácter elaborada por Pierre Bayle. Esta enciclopedia se publicó en diez tomos. Le dio carácter crítico, es decir, hizo uso de cierta libertad de interpretación, pero muy moderadamente

do en 1695 y ya de otro carácter de Pierre Bayle[48]

debido al temor ante la reacción inquisitorial. Tuvo enorme difusión con más de veinte ediciones durante el primer siglo de su publicación.

48 **Pierre Bayle** [1647-1706]. Fue un aventurero, erudito y escritor francés nacido en Carla-le-Comte (actualmente Carla-Bayle), fue criado en un ambiente de calvinismo, pero abjuró de ese credo en 1669 y entró al colegio de la Compañía de Jesús en Toulouse. Muchas dudas se han expresado acerca de la sinceridad o el oportunismo de esa conversión, pero el hecho concreto es que en el término de un año Bayle retornó al protestantismo, tornándose relapso para los católicos y sospechoso para los calvinistas (Niderst, 1984: 189), y esta fue una de las causas de su vida errante, siempre en busca de seguridad y de paz para escribir. Suele vinculársele con **Bernard le Bovier de Fontenelle** [1657-1757], por más que sus vidas e ideas fueron muy distintas. Es considerado uno de los grandes precursores de la ilustración. Su obra máxima fue su **Dictionnaire Historique et critique** (1695-1696), en dos volúmenes, obra que superó largamente el diccionario previo de Louis Moreri. Fue el creador del rigor científico en los estudios de historia. Tuvo enorme influencia sobre la difusión previa de las ideas que luego harían suyas y desarrollarían los ilustrados. Fue consultado reiteradamente por el padre Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro para su **Theatro crítico universal**. Es interesante seguir las peripecias de Pierre Bayle para eludir la censura al abordar temas "peligrosos" en su **Enciclopedia**: por ejemplo, inventando las nótulas (notas al pie de las notas de pie de página, con letra menudísima) como lo describe Grafton (1998).

No existen elementos documentales que convaliden un juicio definitivo acerca de esta cuestión con respecto a Féliz de Azara, y por más que el tratar de interpretarlo haya sido el atractivo que nos trajo hasta aquí en esta recorrida por la mayor heterodoxia católica de los tiempos modernos tras el cisma del protestantismo que provocó la partición del cristianismo occidental en las variantes que hoy se diferencian en Europa y en América.

Apéndice documental

Carta del Rector Simón Rodríguez Laso[49] a José Nicolás de Azara al día siguiente de tomar posesión de su rectorado [en el Colegio de Bolonia] presentándole a su hermano Nicolás [Rodríguez Laso][50].

"Muy Señor mío y de mi mayor veneración: Ya escribí a Vuestra Merced desde Madrid que Su Majestad se había dignado nombrarme rector de este Real Colegio. Ayer tomé posesión de mi empleo. Lo participo a Vuestra Señoría para que me mande siempre en este destino. Yo espero que, con las sabias instrucciones de Vuestra Señoría y su favor en cuanto pueda ocurrir, lograré desempeñar dignamente mi encargo. Supongo recibiría vuestra señoría los libros que le remití desde Barcelona, por medio del padre Otranto, Religioso Mínimo y me entregó el señor [Francisco Pérez] *Bayer, en Madrid.*
Monseñor Dugnani, anuncio en París, manifestó la particular estimación que profesa Vuestra Señoría y mi hermano inquisidor que ha venido conmigo, especialísimo amigo del Ilustrísimo Señor Obispo de Ibiza [Eustaquio de Azara]*, dirá a Vuestra Señoría, cuándo tenga el honor de verle en esa Corte, lo que a sí dicho monseñor como el Conde de Fernán Núñez, encargaron para Vuestra Señoría y pido a Nuestro Señor guarde su vida muchos años.*
Bolonia, 16 de agosto de 1788.
B. L. M. de V. S. su más obsequioso y respetuoso servidor
Simón Rodríguez Laso
Señor don Joseph Nicolás de Azara."[51]

---

49 Simón Rodríguez Laso [1751-1821]: Era hermano del reconocido ilustrado que fuera Nicolás Rodríguez Laso, en el que se reunieron los sorprendentes atributos de ser a la vez inquisidor de Barcelona y de Valencia y haber profesado creencias manifiestamente jansenistas, a las que parece haber compartido con su hermano, también eclesiástico con el que viajaron juntos y se mantuvieron siempre en estrecha relación, por más que a partir de 1778, Simón fue designado rector de Colegio de San Clemente de Bolonia, en el que duraría hasta 1821. La circunstancia de estar fuera de España durante los trágicos años de la ocupación francesa, lo salvó de los riesgos que la misma implicara. Con motivo de la iniciación de sus tareas en Bolonia viajó con su hermano Nicolás haciendo un extenso recorrido antes de llegar a su destino. Estando en Roma se reunieron prontamente con José Nicolás de Azara. Visitaron otros personajes vinculados a la ilustración como una sobrina de Voltaire, al diplomático Bernardo de Iriarte, además de escultores, pintores, y escritores que le fueron presentados por José Nicolás, ambos hermanos eran típicos ilustrados y se ocuparon entre otros temas, del reformismo económico que se podría introducir en España. En París recorrieron industrias, bibliotecas, mercados, hospitales y el gabinete de historia natural. La información principal sobre Simón Rodríguez Laso puede recabarse en Astorgano Abajo (2006).

50 AGMAAFEM, Santa Sede, Legajo 606, folio 106.

51 Se ha respetado en esta transcripción la ortografía de época, tal como lo hace en la copia original Antonio Astorgano Abajo, de quien hemos tomado este texto.

Capítulo XIII.

Hacia su destino en las Indias

SAN SEBASTIÁN. TRANSFERENCIA A LA ARMADA. EN LISBOA: LA PARTIDA Y EL VIAJE

“Pero mi grito desesperado en el desierto, sincero y genuino, no pasó inadvertido a las potencias invisibles que gobiernan nuestro destino. A veces, un momento de angustia puede elevarse con gran fuerza hasta el reino de los dioses, que interrumpen sus portentosas deliberaciones para volverse hacia la causa de la perturbación… (…)… “Esta no es una protesta vulgar. ¿No es feliz con el destino que le ha sido asignado?... Despleguemos ante sus ojos otro posible futuro, para que pueda elegir si así lo desea” De este modo, sin que nadie lo sepa, la rueda del destino invierte su giro y empieza a rechinar por otro sendero. Y sólo cuando los años quedan atrás caemos en la cuenta de que hemos elegido dejarnos llevar por un rumbo distinto”

[Pauline Gedge, **La casa de los Sueños**, 1996: 34]

SAN SEBASTIÁN

Cuando llegó Félix a su nuevo destino, sentó plaza en el cuartel desde el cual se supervisaba la construcción y la consolidación de las fortificaciones de defensa de la estratégica plaza fuerte que se levantaban al pie del faldeo del promontorio de Urgull,una especie de morro adelantado en las aguas del Cantábrico, que cerraba por el noreste el acceso a la modesta bahía de San Sebastián, llamada popularmente “ría”, en cuyas costas orientales, al pie mismo de cerro, se extendía laxamente y poco densa la pequeña localidad guipuzcoana.

A pesar de esa aparente lejanía independiente y distante de todo lo que parecía vivirse en San Sebastián con respecto al resto de España, estaban allí más vivos que nunca, al menos dos grandes problemas del reino. El primero estaba generalizado en toda la costa norte, desde Galicia hasta el límite con Francia y era la crisis de la pesca del bacalao, a la que la Corona había prácticamente abandonado como problema de estado desde hacía medio siglo. Huérfana la actividad pesquera de los necesarios recaudos oficiales de fomento y control y, por lo tanto, de la necesaria modernización de la explotación y de una prudente protección para no agotar el recurso, había decaído enormemente como práctica local predominante. La causa de este abandono era múltiple: por un lado en los siglos XVII y XVIII, las constantes levas o reclutamientos forzados para la armada, habían privado de la mejor mano de obra especializada para la pesca local.
Por otra parte las hambrunas –las mayores en la distante Galicia, donde había, por obra de la desidia oficial y la falta de recursos de los pescadores, menos diversidad de opciones en el mar[1] – que desalentaban a la población costera. Además, a medida que menguaba la capacidad para la pesca en alta mar, había crecido la costera y se habían ideado artes de pesca altamente destructivas, como lo eran el uso de la **jábega**[2] y del **bou**[3], los

1 Todo eso a pesar de que el esclarecido dominico gallego, el padre Martín Sarmiento [1695-1772] , que había realizado investigaciones de historia natural y de geografía que quedaron inéditas hasta su muerte, había insistido reiteradamente acerca de la inmensa riqueza que encerraban para Galicia los dones del mar si se sabían aprovechar y explotar razonablemente.

2 **Jábega**: Es un arte de pesca de red llamada “de cerco y tiro”, a la que se arroja desde una canoa o chalana y se recupera mediante sogas de gran longitud (de cerca de 100 brazas; una braza = 1,67 metros, es decir dos varas) desde la playa. Al contrario del bou que es autóctono del Cantábrico, la jábega viene de Oriente. Incluso deriva su nombre del vocablo árabe **sabaka**, es decir **red**. Se usa en el Mediterráneo y en el Atlántico así como en el mar Rojo. La calidad depredadora de este arte de pesca depende de la densidad de jábegas que se use en un sitio dado y de la frecuencia de su aplicación. Sus cercos metálicos y dotados de contrapesos llegaban a tener entre siete y catorce metros de diámetro y ejercían un verdadero barrido de las aguas someras. Actualmente se denomina rapeta a esta arte de pesca, y esta legalmente prohibido su uso.

3 **Bou**: Se denomina así a un arte de pesca común

que agotaban activamente el caudal de producción del mar.

Esa decadencia de la pesca daba lugar a la salida de España de ingentes sumas, a veces superiores a los tres millones de pesos fuertes[4] anuales, que representaba un enorme monto hacia esos años cercanos a 1780, caudales que iban a beneficiar a las potencias rivales del norte europeo, en las que se debían adquirir los productos del mar que antaño se hallaban localmente con tanta abundancia en la propia costa española.

A pesar del carácter esencial del bacalao en el consumo alimentario español –era uno de los peces más aptos en aquellos años para ser preparados mediante el secado y la salazón. Una vez procesados los bacalaos, se los transportaba en cajones y barricas a todo el interior– donde se consumían ávidamente. Para aliviar la situación hasta se llegó a proponer la prohibición de la venta y consumo del bacalao en España, un propósito que no llegó a concretarse y que despertó en la corte el interés del Rey en persona por el tema, quien, fiel a su tendencia a la racionalidad como base de sus iniciativas políticas, dispuso que se realizaran estudios acerca del problema y ordenó activar en forma racional la pesca. Estaban en juego nada menos que los recursos alimenticios de más de un millón y medio de personas.

El otro problema que por momentos acudía a su mente, afectaba a los intereses internacionales y defensivos españoles en una medida que sólo los estrategas y los promotores de la política exterior española en sus más altos niveles podían percibir. Se trataba, nada menos, que de la vieja cuestión bélica, presente o latente desde hacía siglos con Inglaterra. Juan Carlos Arbex (2007: 466), pone en boca de uno de los personajes un resumen muy claro de la cuestión acerca de las relaciones con Inglaterra, cuando dice:

"– Estamos frente a ellos igual que está Francia con la diferencia de que los británicos tienen buena memoria y no olvidan que España fue una amenaza para sus libertades religiosas y ahora es un obstáculo para sus intereses económicos. ¿Sabes quiénes eran los Stuart? Pues era una familia escocesa de sangre real y ferviente catolicismo que trató de prohibir las demás religiones cristianas en Inglaterra. España apoyó e intrigó a favor de los católicos ingleses desde el mismo trono británico, en su empeño por terminar con la herejía de los anglicanos y de los puritanos. Todo eso fue hace mucho tiempo, hace siglos, pero ellos no lo olvidarán jamás. Por eso sus parlamentarios nos detestan y nos temen. Ahora recelan del poder económico que las riquezas de Indias y el comercio colonial otorgan a España. Ellos necesitan la riqueza que da el comercio porque su isla es húmeda y pobre en alimentos. Pero, sobre todo, el Parlamento inglés odia a nuestro rey don Carlos [III] *porque es un buen rey."*

A Félix de Azara, como oficial de mediana a alta graduación, Ingeniero Extraordinario con mención heroica de herido en campaña y, que contaba con un ascenso consecutivo a esa actuación y, otro muy reciente a Teniente Coronel, le asignaron un cuarto en la propia área de la comandancia de la guarnición. Desde el mismo se contemplaba, hacia el noroeste y el sudeste de la suave curva de la bahía, verdeante de bosques al pie de las estribaciones montañosas que cerraban el horizonte hacia el continente, mostrando de tanto en tanto, en la ciudad vieja –justo al pie del peñón en el que se erguía el fuerte– algunas torres de los remates de edificios nobiliarios, de fortalezas en ruinas y de conventos cuyos campanarios hacían llegar a veces, su música cantarina que se deslizaba sobre las aguas procelosas, pero sólo era nítida y continua en los momentos de mar sosegada, raros en ese mes de cierre del corto estío septentrional.

De lo contrario, el mar se hacía presente con mil voces a las que sólo los viejos marineros y pescadores entendían: rugía con el boreas, elevaba un rumor denso y ominoso entremezclado con estallidos en las noches tormentosas, que resonaban como latigazos en la península y el peñón, también en la isla vecina y en las lejanas playas del sur… Durante días enteros llovía, a veces con suave gotear, casi como el orvallo de tierra adentro, otras eran ríos de agua que se despeñaban del cielo oscuro.

Los que cubrían las guardias y los servidores de las piezas de artillería, en sus rondas, tiritaban empapados y retornaban a secarse y reparar sus cuerpos ateridos en una amplia y rudamente pétrea, olorosa a humo y casi hostil estancia, en la que nadie pararía tranquilo si no fuera por dos enormes hogares en los que ardían troncos enteros y cerca de los mismos

---

en las aguas del mar Cantábrico. Consiste en un sistema activo de pesca puesto que el artefacto –en este caso una red de arrastre de grandes dimensiones– es arrastrado por el fondo en el que asienta gracias a contrapesos metálicos y así es movilizada por un barco, que en el siglo que nos ocupa se movía a vela, duplicando la inversión de esfuerzo y pericia que se requería para maniobrar el bou. Recibe también el nombre de **baka**, que en éuskera es bákar (=solitario). Cuando el bou es tirado a la vez por dos embarcaciones se llama arte de pareja. El tamaño de malla de la red, que tiene forma de embudo abierto hacia adelante, regula las variedades y edades de los peces que colecta. Practicado masivamente en una ría o en algún sector costero atenta contra la continuidad del recurso íctico, puesto que cuando se usa en pareja puede llegar a barrer un espacio de 40 metros de ancho.

4 **Pesos fuertes:** El peso fuerte era una de las tantas unidades monetarias en uso y una de las más empleadas en el comercio externo. Cada peso fuerte era una moneda de plata que pesaba una onza (28,7558 gramos). El valor del peso fuerte se subdividía en ocho reales fuertes, o veinte reales de vellón, esta última, una equivalencia de uso público corriente en el interior del reino.

había rústicas y alargadas banquetas de tablón, dispuestas sobre troncos labrados a hachuela y asentados con improvisadas patas de madera, en los que se apiñaban los que anhelaban recibir algo de calor. Contemplando el paisaje no dejaba Félix de Azara de rememorar con creciente añoranza que hacia el sur, a no más de trescientas leguas detrás de esos cerros que ocluían el horizonte, estaban sus referencias vivas del Somontano: las de Barbuñales, Barbastro y Huesca. Un poco menos alejada, pero hacia el mismo cuadrante se levantaba la vibrante Zaragoza, la de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Muy probablemente y poco antes de su partida para acudir desde el Levante mediterráneo hasta este destino, había cruzado por sus calles y parado allí una noche, tal vez conversando largamente con algunos de sus pocos y más confiables parientes, amigos o simples conocidos.

Lamentaba vivamente que Eustaquio, su hermano mayor no estuviera cerca, pero ambos se habían visto un año atrás en Barcelona, antes de culminar sus tareas en Gerona, proseguidas después en Barcelona y en Lérida, esta última más cerca ya de Aragón, pues está prácticamente en el límite entre ambas regiones aragonesa y catalana.

Su carácter fuerte, templado en los últimos años por la soledad, la contracción al trabajo y por la tensa inquietud despertada por las lecturas y las conversaciones de los últimos meses del último invierno, sostenidas en las sobremesas de los cuarteles, en las pocas tertulias a las que concurría. También contribuirían a su estado de ánimo las noticias de su hermano José Nicolás, quien era tan asiduo corresponsal con sus allegados, pero parco con respecto a su hermano menor, al que apenas conocía de una única vez que se encontraron hacía pocos años.

Esos recuerdos lo mantenían sumido en un estado de rara noción de irrealidad, de no saber bien dónde se hallaba…. Asomaban a su mente sensaciones complejas, inexplicables en circunstancias normales, que en general motivaban en él una sucesión de estados que ya conocía: inicialmente se desataban ante un estímulo creado por terceros o simplemente elaborado súbitamente por su agitada conciencia, los que solían ser acompañados con tensión e inquietud, con insinuación de premoniciones, atisbos de futuro incierto o terrible, creados por su propia inquietud. Entonces su ánimo se desbarrancaba y se llenaba con la presencia de fantasmas, de sombras indefinidas.

Se sentía transitando por corredores fríos y aunque le eran desconocidos, presentía en el fondo de los mismos la presencia de estrados de piedra oscura. Sobre ellos acechaban, sedentes juntas de seres semidesvaídos en una bruma discontinua, conformada por jirones sombríos que exponían de tanto en tanto a los personajes, que estaban tocados de hábito oscuro. Los desgarrones en la niebla, por momentos dejaban ver sus caras adustas, atemorizantes, como esperando de él la respuesta a un interrogante que no lograba alcanzar con claridad en su mente, pero al que sabía lo qué debía responder pero comprendía que eso era desmesurado, inabarcable, tremendo....

Entonces percibía que ya no podía más y con un esfuerzo doloroso ponía en tensión toda su voluntad y limpiaba su cerebro de sombras, algo que había aprendido a manejar desde hacía años, especialmente desde la velada del desembarco en Argel. Pero por más que se empeñara, le quedaba por un largo rato un resquemor amargo, vagamente doloroso que secaba su boca y, a veces, lo empapaba de un sudor frío.

Sabía que tenía una solución a mano: abría su morral de ingeniero militar y extraía unos pliegos y un pequeño opúsculo encuadernado en gastado cordobán: era un manual de ejercitación de artillería. Lo abría al azar y se abocaba al primer problema planteado: sacaba un lápiz y sobre el pliego doblado comenzaba a trazar prolijamente las condiciones de la experiencia que se le proponía en el texto. Cerraba la mente a todo lo externo y se enfrascaba, a veces por largos períodos hasta dar con una solución adecuada y exacta. Era entonces cuando se apercibía de su cuerpo entumecido, o de que se estaba congelando por el aire de la pequeña ventana externa. Se ponía de pie, estiraba sus miembros y echaba a andar.

Le gustaba entonces, si no llovía fuerte, recorrer las fortificaciones, los largos planos amurallados con su geométrico recorte de parapetos, en el que alternaban las casernas con las piezas de artillería, todas cubiertas con lonas enceradas, a veces con un servidor artillero o un par de ellos, embozados en grandes capotes de lana, que lo saludaban sorprendida y respetuosamente. Después lo seguían con la mirada, con cierto asombro, tanto por la fría palidez de su rostro y la mirada ensimismada, como por lo inusual de la visita, pues, salvo cuando tenían lugar las rondas de reglamento o los recorridos de alerta, en momentos de alarma generalizada por el avistamiento de navíos desconocidos, era raro ver oficiales recorriendo las prolongadas líneas de defensa, menos aún solitariamente como lo hacía él.

Solía con frecuencia arrimarse a alguna ventana, en particular a la del cuarto de oficiales del sector al que estaba asignado y contemplar el exterior. A pesar de que había llegado en primavera, eran frecuentes las lloviznas glaciales, el soplo de un cierzo húmedo y frío, penetrante, que le recordaba los tan frecuentes en la lejana Barbuñales. Pero aquéllos vientos somontanos eran de una sequedad helada y familiar, hasta acariciante en el recuerdo nostalgioso. Los soplos de allá surgían del llano, de los carrascales

y de las plantaciones, atravesaban los olivares y las viñas, estremecían a los almendros, hasta que finalmente se arremolinaban cerca del río. Todos los inviernos castigaban las paredes de la casona secular y silbaban como defraudados cuando los niños se refugiaban tras las fuertes paredes protectoras.

Aquí los vientos fríos y agitados surgían del mar gris, del horizonte turbio con el sol haciendo su periplo bajo y lejano. Eran salobres e hirientes sobre la piel desnuda, sobre ella y sobre las vestimentas depositaba insistentemente ínfimas gotitas que al cabo de un rato no dejaban nada seco. Cuando reflexionaba no podía eludir las consejas de marineros, navegantes, pescadores y también de los viejos veteranos escuchadas en los puertos de Galicia, de Asturias, y de la no lejana Santander.

Eran los temblorosos y a menudo susurrados relatos de los marineros avezados, de los pescadores de altura, de los marinos de la armada: todos ellos eran acordes en cuanto a que algo maligno, algo terrible reinaba en el norte, más allá de las islas británicas, tan aborrecidas y casi familiares para un oficial, después de haber sido tan mencionadas en los manuales, las academias y en las reuniones de mandos. Inglaterra estaba situada hacia el noreste y ni siquiera aparecía en lontananza, pero todos la presentían desde el borde mismo de la boca negreante, del misterioso norte. Los más instruidos acerca del mar, los que pronto serían sus nuevos camaradas de la Armada, le hablaban de las Feroe entre Escocia e Islandia, de las islas despobladas y solitarias donde moraban las alcas, pajarracos encaramados en las rocas, que se fingían rientes con su aspecto monacal y sus caras multicolores, sus panzas blancas y libreas negras, también las gaviotas pardas y los enormes petreles...

Otros hablaban de la enigmática última Thule y aún más allá: de la remota y legendaria Islandia, la de los hielos flotantes que formaban montañas sumergidas terribles, que solían acabar con sus feroces dentelladas, hasta con las grandes fragatas, orgullo de la marina. Y casi siempre, obsesiva e interminablemente, hablaban de naufragios, de naufragios y de naufragios y terminaban santiguándose y bebiendo el último trago de alcohol, mientras que flotaba sobre ellos un fatalismo que sólo había contemplado en San Sebastián y en Santander. En Galicia el terror era más familiar, más gregario y –si cabe– más social. En la costa vizcaína en general era cosa de hombres solos, de sobrevivientes, de forzados o trasterrados. También de muchos nativos que eran como una parte de la costa, engarzados en ella como signo del destino, de la providencia que guiaba sus vidas, tal como otros lo estaban presos de la gleba en la tierra firme, en los campos y heredades del Somontano, en los valles del Pirineo, en las peligrosas márgenes del Ter y el Oñar, en la recordada Gerona...

Algunas raras veces el clima, momentáneamente suavizado, aquietaba las aguas bravas y permitía que alguna chalana se deslizase morosamente por la bahía dejando una bien dibujada estela en las aguas que entonces presentaban una tonalidad azul grisácea... Eran los días primaverales y de comienzos de estío, inesperados y todavía casi desconocidos para él en esa región.

Era a partir de entonces, cuando los pescadores se atrevían a lanzarse más lejos y si su instinto largamente ejercitado los animaba a ello, regresaban lo más tardíamente posible, recién cuando completaban sus valiosas cargas, aunque cada salida era para sus protagonistas y para quienes les esperaban en tierra una constante espera de que el horizonte no dejara entrever el menor asomo de la salvaje furia del Septentrión, siempre latente, siempre presto para arribar con su soplo infernal.

Pero, todos sabían que en realidad no había precaución que valiera, que el juego prolongado con las furias tarde o temprano desembocaba en tragedia. Pero, ¿cuál era la diferencia entre la tragedia súbita y definitiva y la que lenta y calladamente azotaba a los que vivían en las costas y buscaban su sustento en las aguas tenebrosas? Los caseríos miserables, sucios, malolientes, cargados de los temidos miasmas[5], sede de las hambrunas y de las pestes, donde caer en cama solía ser la antesala de la muerte, donde la alimentación era salteada, donde los hijos se iban, uno de cada dos, al poco de nacer, a veces –y con frecuencia– llevándose también a las madres. Donde las viudas sin recursos experimentaban su calvario entre rebozos negros, duelos incesantes, abandono de Dios y de los humanos, condenadas en ocasiones a una muerte por inanición, a causa del frío, del miedo y de la angustia...

No dejaba Félix de pensar en un paso secreto que había decidido dar. Por más que se había cultivado a sí mismo desde los días lejanos de Barbuñales como realizador terco y empecinado de todo lo que se le presentara como parte de su destino normal

5 **Miasmas**: se trata de un concepto de la antigua medicina, la de antes de la microbiología, cuando el contagio de las enfermedades era uno de los mayores desconocimientos en la génesis de las patologías. Por un lado, alentaron las teorías de castigo al pecado o de daño anímico efectuado por terceros (brujos, etc.); por otro, se atribuyó a un ente irreal, el miasma, casi siempre utilizado en plural, pues era un compuesto de vapores, humedad, elementos imaginarios que flotaban como niebla o humo en lugares especiales, donde pululaban la fermentación y la descomposición, como en los pantanos, marismas, etc. La teoría de los miasmas tuvo vigencia hasta el siglo XVIII y penetró en el XIX, disipándose cuando se descubrieron los agentes microbiológicos de las enfermedades. Los sitios que abundaban en miasmas eran particularmente infectantes y temidos.

en la ruta de la vida, sin protestas ni dilaciones, llegó para él un momento de duda. Primero lo sintió como un vago desasosiego, mientras convalecía, en 1775 de la grave herida sufrida en la playa de Argel. Eso se acentuó cuando supo de la insubordinación de sus camaradas en Barcelona ante las expresiones del general O'Reilly acerca de la cobardía de las tropas en Argel. Se examinaba a sí mismo corriendo con el tropel de las fuerzas de desembarco por la arena pedregosa de la playa argelina, bajo los rayos oblicuos del sol, que calentaban desagradablemente sus espaldas sudorosas y alargaban las sombras de los soldados, corriendo también delante de ellos y que caían solidariamente junto a ellos, al desplomarse sus sueños, cuando eran abatidos por las balas, que llegaban de todas partes.

¿Sintió miedo entonces, acaso fue cobarde? Estaba seguro de que no. Lo que sintió allá, en aquella tarde de julio de 1775, no lo podía haber sentido el general O'Reilly ni sus edecanes, ni tampoco quien no hubiera sido parte de ese torrente de vidas jóvenes fluyendo de las naves a la carrera hacia el desastre, hacia una nada desorganizada y sangrienta, que crecía en la medida en que la artillería de apoyo casi no disparaba, en medio de la cual tropezaba con cuerpos horadados, desgarrados y mutilados, sangrando a borbotones, en un infierno en el que los propios soldados españoles se fusilaban entre sí… ¿Gritaban todos o reinaba un silencio atroz? No podía recordarlo... Toda la evocación se disolvía finalmente en una sensación de nausea y vacío como la que le sobrevino cuando una bala se estrelló contra su pecho, casi justamente sobre su corazón.

Recordaba que antes de perder la claridad de conciencia no sintió dolor ni temor, sólo asombro, un asombro como el que le retornaba con esos recuerdos, años más tarde en los pantanos de Gerona y del Ter, en las márgenes del Oñar y en las playas de Mallorca, al igual que sucedía también ahora en la costa vizcaína.

Después era la nada, la negrura, el sentir que un torbellino inmenso lo arrastraba y desaparecía su conciencia. ¿Fueron segundos o minutos? Podían haber sido días o semanas, no lo sabía... Cuando se recobraba y seguía su marcha por los pétreos pasadizos del fuerte, notaba, a veces, que alguno de los soldados lo miraba con cierta extrañeza. Se rehacía y tornaba a la áspera rutina de las fortificaciones, de las excavaciones, del trabajo físico, reparador de todos los males del alma.

En 1779-80 la situación general de España era de incertidumbre: ya la guerra con Inglaterra volvía a ser un hecho y duraría hasta 1783 y se endurecía la situación de Gibraltar al romper en 1780 los ingleses el sitio al Peñón establecido por España desde el año anterior. Por fortuna un tratado de paz firmado este último año con Marruecos daría sosiego a la cuestión africana, evitando la peligrosa apertura de un frente volcado hacia un doble enemigo. El afamado jefe militar Bernardo de Gálvez y Madrid[6] se hallaba en plena campaña en América del Norte y en 1781, después de heroicas hazañas en los enfrentamientos con indígenas, lograría reconquistar la Florida de las manos de los ingleses.

TRANSFERENCIA A LA ARMADA

"Ojalá, pensó, me devuelvan al mar, ojalá encuentre pronto un buen barco"

[Arturo Pérez Reverte: **La carta esférica,** 2000: 646]

Félix de Azara era un hombre de tierra firme, de tierra elevada como el Somontano. Su primer contacto con el mar se produjo cuando ya había atravesado la etapa del Regimiento de Infantería Galicia. Posiblemente, fue por mar que llegó de allí a Barcelona, cuando pasó a revistar en la Real y Militar Academia de Matemáticas. Su nuevo contacto con el mar, tuvo lugar cuando partió de Cartagena con las tropas que iban a participar de la expedición a Argel, en 1775. Seguramente, como oficial del ejército, tuvo la posibilidad de conocer la sala de comando de la nave en la que viajaba. Debió impresionarle el orden que reinaba en la mesa del capitán, cubierta de mapas, con reglas, lápices y compases de punta seca. Vio cómo se trazaban los rumbos, reglamentando las maniobras mediante el uso de cronómetros, de instrumental preciso. Su mente lógica y ordenada, quedó fuertemente impresionada por la profesión de sus camaradas marinos.

6 Bernardo Gálvez y Madrid [1746-1786]. Nacido en Málaga. Militar español, funcionario y héroe de guerra, formaba parte de una vieja familia de militares de tradición. Fue miembro de la generación de Félix de Azara y uno de los que se incorporaron a la defensa activa de España como parte de su contribución a la estabilidad de la reforma borbónica. Estudió como cadete en la academia de Ávila y a los 16 años inició su vida de combate siendo pronto nombrado subteniente por su valor en la guerra contra Portugal. En 1762 fue enviado a Nueva España para combatir alzamientos indígenas. Allí recibió multitud de heridas y ascendió hasta el grado de comandante de armas. Era sobrino del ministro secretario de estado José de Gálvez. En 1772 retornó a España y fue destinado a la desastrosa operación de Argel, en la que fue gravemente herido. Fue ascendido por méritos a Teniente coronel. Más tarde actuó como profesor en la academia militar de Ávila, pero pronto retornó a América como gobernador de la Luisiana. Al producirse la independencia de Estados Unidos apoyó decididamente a los rebeldes. Finalmente fue virrey de Nueva España desde 1785 hasta su muerte al año siguiente.

Comparadas sus vidas con las de un oficial de tropa, las de los marinos eran más nítidas, más prolijamente científicas y rigurosas. Ni siquiera los bien planificados trabajos de ingeniería militar en campaña, podían compararse con el orden y la previsibilidad de los manejos navales. Esa fue la primera señal para su mente. Las demás vendrían con el fallido desembarco, con la omnipotencia torpe de jefes como O'Reilly y con las perspectivas crecientes de que la guerra con Inglaterra ya iniciada en 1779, se complicara a tal punto que tuviera que volver a actuar bajo su mando. Eso motivó que en su interior madurara una idea lentamente gestada pero que se hizo irreprimible, tanto más cuando sus circunstancias externas apenas si variaban de una rutina que ya casi no satisfacía sus aspiraciones mayores. Es decir, si sobrevivía a los episodios de guerra que se aproximaban, iba a tener que sobrellevar esa vida andariega e inestable, sin saber hoy lo que sucedería en los próximos días hasta jubilarse prácticamente, fuera del ciclo de su generación, en la que los hombres de su edad, ya estaban dando lo máximo de sí mismos.

Por eso se decidió. Antes de hacerlo, posiblemente consultó secretamente con algún amigo o con alguna relación de confianza que pudo aconsejarle. Sabiendo que no corría riesgo al saltar la cadena de mandos, pues tenía respaldo en algún estamento superior, envió a la Secretaría de Estado el pedido formal de su traspaso a la Armada. Pasaron meses y nada supo de lo suyo, puesto que recién en enero de 1782 tendría una respuesta concreta ya en plena travesía.

En una nota sin fecha, pero seguramente del año 1780, que consta en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (CSIC) dice, dando cuenta el texto principal del rechazo que provoca en un experto, un candidato previo –ingeniero militar también, para formar parte de la Comisión Demarcadora sudamericana, a la cual sería asignado Félix de Azara, en caso de tener aceptación positiva su solicitud de traspaso a la Armada:

"Ext.mo

"Señor

"Paso a manos de V. E. como me lo ha mandado, el papel del E.º Castejón relativo a los Astrónomos, y al mismo tiempo hago saber a V. E. como abiendo hablado del referido Ministro en quanto al ingeniero que me propuso Cavello, me dijo que era un ignorante y que no podíamos sacar ningún partido de él."

Al margen de lo anterior, aparece anotado, con distinta letra, seguramente de puño y letra de un escribente o amanuense por mandato de su superior, que bien podía tener el rango de Secretario de Estado:

"Que està bien, y q.e en lugar de uno de los Capitanes de Fragata q. aora están en la Arm.da pud.ra ir el Ten.te coron.l D.n Felix de Azara, q.e pret.de pasar a la Marina. Es del cuerpo de Ingen.ros y q.e con su habilid.d puede ser útil a la divis.on y p.ra lev.tar los planos, etc."

Esta escueta y casi indiferente disposición de un funcionario, puso en marcha el destino de un hombre, hacia lo inimaginado y distante. Cuatro líneas que significarían veinte años de su vida, en ellos se consumaría la pérdida de casi todos sus seres amados, cambiaría el mundo, como lo harían tremendamente Europa y España, dejaría lo que faltaba de su juventud y retornaría solitario y aislado.

Aunque él ni siquiera lo podría imaginar, su panorama futuro no era tan sombrío: También sería a través de esas líneas que pasaría "a tener biografía" entre la legión inmensa de seres transitorios, los "hombres sin historia" que ya hemos mencionado. Ese destino haría que perdurara su memoria al punto que más de dos siglos, después todavía hay quienes trataran de seguir su rastro, de encontrar su verdadera vida a través de los vestigios grandes y pequeños que dejó su paso por la tierra.

Existe una posible explicación acerca de los motivos que forzaran la decisión de Félix de Azara: en situación de hostilidades declaradas con Inglaterra, es posible –como supusimos– que pudiera querer eludir el tener que luchar bajo el mando de O'Reilly o que, sabedor del protagonismo que tendría la lucha naval, se viera atraído por participar en ella. Leemos en Carl Grimberg (1968: 189), a propósito de la llamada "segunda guerra[7]" contra Inglaterra:

"En aquel mismo año de 1778, Francia reconoció a los rebeldes norteamericanos[8], oficialmente declarados independientes, contra Inglaterra por lo que estalló la guerra entre ambas potencias [Francia e Inglaterra]. *Aunque para ello no se había contado para nada con España, el gobierno español se ofreció como mediador en el conflicto, pero en junio de 1779 se vio obligada a retirar su embajador en Londres y entrar también en la guerra contra la Gran Bretaña en virtud de sus compromisos – el "pacto de familia" borbónico– con la corte francesa. A las pocas semanas se iniciaban las operaciones militares, navales especialmente..."*

Así fue que se concentraron en Cádiz los grades

7 Esta numeración se refiere a las guerras habidas con Inglaterra a partir del final del reinado de Felipe V, de su sucesor Fernando VI, más tarde por Carlos III y continuadas durante el mandato de Carlos IV. La "primera" bajo estos reyes y la "quinta" entre esas naciones en el siglo XVIII, había tenido lugar de 1739 a 1748, y fue la llamada "Guerra de la Oreja de Jenkins" o del "·Asiento", cuyas hostilidades se centraron en el mar Caribe, Georgia y Florida, en América del Norte, terminando con el triunfo español. En la época de este conflicto bélico, se produjo el nacimiento de Félix de Azara. Las anteriores, correspondieron todas al reinado de Felipe V y la de 1739, sólo se inició bajo el mismo, y prosiguió durante el reinado de Carlos III.

8 El movimiento que llevó la independencia a las colonias inglesas de América del Norte comenzó en 1777.

preparativos para la guerra en el mar, especialmente en la primavera y el verano de 1781, y para lo que se aproximaba, se contaba con jefes navales competentes y capaces de preparar, con el sigilo correspondiente, un amago sobre Gibraltar, que luego cayó de sorpresa en las Baleares, logrando recuperar a Menorca en 1782, que estaba en manos inglesas y que por la Paz de Versalles y su correspondiente Tratado (1783), España retenía Mallorca, Florida y Luisiana.

Para un militar capacitado, debió de ser un atractivo la participación en estas operaciones, que reivindicarían la mancha de Argel de un lustro antes, y en la que los ingenieros, tuvieron una destacadísima actuación en la preparación de un gigantesco espaldón en la costa de Menorca, de tres metros de alto e igual espesor, hecho en cinco horas por diez mil hombres, que acumularon en la obra un millón seiscientos mil sacos terreros. Todo eso coincidiendo con el período histórico en el que España alcanzara su máxima extensión territorial (metropolitana, europea y de ultramar) desde 1783 hasta 1800.

Además, la Armada no sólo no estaba desprestigiada ante los ojos de la población como lo estaba el ejército, sino que había crecido en poderío, organización y modernidad, por eso dicen Lafuente y Peset (1982: 195) que

"Nuestras relaciones con Inglaterra, siempre tensas, nuestra pérdida de protagonismo en el concierto europeo después de los tratados de Utrecht y Aquisgrán y la continua introducción de mercadería inglesa en nuestras costas americanas, motivan que muy pronto la marina acceda a ese reformismo que tan claramente va a caracterizar la nueva dinastía. Así en la marina serán reformados y reorganizados los distintos cuerpos, paralelamente al proceso de racionalización y mejor distribución de fondos económicos. Las Ordenanzas de Arsenales (1738), las de formación de la Matrícula de Mar (1737), las Ordenanzas de la Armada (1748), la política de fomento de construcción de buques y activación de los arsenales americanos, la fundación de la Academia de Guardiamarinas (1717), el Colegio de Cirugía de Cádiz (1748), el observatorio astronómico (1753), etc., muestran cómo a mediados del siglo la marina ya ha adquirido una estructura bien diferente a la que poseía en el siglo XVII".

EN LISBOA.
SU PARTIDA Y EL VIAJE

"La guerra impedía su transporte por otra vía que la de Lisboa, y pasó a aquella Corte con expresa licencia y de allí al Río Janeiro…"

[Ricardo Donoso: **Un letrado del siglo XVIII, el Doctor José Perfecto de Salas**, I, 1963: 47]

"Fue la suya una vida dura, aceptada sin vacilaciones. El funcionario del Estado, militar o civil, sabía que podía ser enviado a cualquier lugar por orden superior. Las normas eran muy estrictas y el gobierno tenía una máxima que el ministro Floridablanca expresó así: "…si en España hubiere dado algún sujeto pruebas de aquellas cualidades en capitanías generales de provincias o gobiernos, se le transferirá, aunque lo rehúse, a los virreinatos y gobiernos de Indias."

[Horacio Capel Sánz: **El ingeniero militar Félix de Azara**, 2006: 82]

El propio Félix de Azara (1969: 43), explica:

"Encontrándome en 1781 en San Sebastián, ciudad de Guipúzcoa, en calidad de teniente coronel de Ingenieros, recibí por la noche una orden del general para marchar directamente a Lisboa y para presentarme a nuestro embajador. Dejé en la primera ciudad citada mis libros y mi equipaje y partí por la mañana siguiente al romper el día habiendo tenido la suerte de llegar pronto y por tierra mi destino. El embajador me dijo únicamente que iba a partir con el Capitán de navío D. José Varela y Ulloa y otros dos oficiales de marina[9], que estábamos todos encargados de una misma comisión que el virrey de Buenos Aires nos comunicaría en detalle, y que debíamos marchar inmediatamente a esta ciudad de América meridional en un buque portugués porque estábamos en guerra con Inglaterra. Nos embarcamos todos en seguida y llegamos felizmente a Río de Janeiro, que es el puerto principal de los portugueses en el Brasil. Por un despacho que se abrió al pasar la Línea, ***supe que el rey me había nombrado capitán de fragata porque había juzgado conveniente que fuéramos todos oficiales de Marina[10]****"* .

Hemos resaltado con letra negrita la parte del texto en la que Félix de Azara intenta desconocer por completo que él había tramitado ese traspaso que, como vemos, había sido exitoso. Ignoramos las razones de este ocultamiento, aunque podemos conjeturar acerca de ellas ¿por qué solicitó su pase a la Armada? Todo esto tiene un factor causal que pudiera ser bastante obvio: inesperadas

---

9 Los otros dos oficiales de marina fueron Juan Francisco de Aguirre y Diego de Alvear y Ponce de León.

10 Al respecto de esta confirmación de su grado en la armada existe contradicción pues tanto Torner y de la Fuente (*op. cit.:* 38, 75) como Mones y Klappenbach (*op. cit.:* 195) el día seis de diciembre se lo designó con el grado naval que menciona. Seguramente, la fecha dada corresponde a la liberación del despacho que sancionaba su nombramiento, pues el propio Félix de Azara dice que recién se enteró del mismo cuando se abrieron los sobres lacrados, que contenían las instrucciones reales al trasponer la "Línea" (cruzar el Ecuador). Mones y Klappenbach (1997) no opinan al respecto.

circunstancias llevaron hacia 1779 a Félix de Azara a depender otra vez directamente del mando de O'Reilly. Él era el hombre responsable del desastre que Félix pagó con su herida, y que trajo la muerte a tantos compañeros y camaradas del ejército que, además, quedó deshonrado y desprestigiado.

Esto podría contribuir a explicar porqué solicitó Félix de Azara pasar a la Armada, como lo establece un documento hallado en el Archivo Histórico Nacional por Carmen Martínez Martín y anunciado por Capel Sánz (2006: 86), en el cual se demuestra que Félix de Azara, meses antes, había solicitado su traslado voluntariamente, por lo tanto no podía experimentar una genuina sorpresa como la que expresara (¿y por qué causa lo hizo?). Él no da la menor señal al respecto, sólo finge un estado de sorpresa y de disimulo ante el hecho de haber sido convocado para una misión importante en la Armada, misión cuyos detalles ignorará hasta estar embarcado hacia su nuevo destino, en el cruce de la línea ecuatorial.

Esta serie de acontecimientos que variarán fundamentalmente su vida, se acumula en los años 1781-1782. Como en la mayoría de los episodios nodales en la existencia de Félix de Azara, existe al respecto un vacío de información desconcertante y con muy escasas fuentes a las que recurrir y que, a lo sumo, brindan detalles oficiales de gestiones o comunicaciones sin que correlativamente tengamos nada que nos haga saber acerca de los sentimientos, expresiones y el contexto vital del protagonista. Incluso en los datos que debieran ser más precisos, suele haber contradicciones en las escasas fuentes.

Partiremos para el análisis de los hechos establecidos en la cronología que resumen Mones y Klappenbach (1997: 195) Sobre este esquema, trataremos de insertar unos pocos hechos conocidos y, en la sucesión de acontecimientos que culminará con la llegada de Félix de Azara a Río de Janeiro, para ponerse a disposición virreinal e iniciar su cometido sudamericano, apelaremos a testimonios relacionados, vividos por otros protagonistas de experiencias parecidas para que, de este modo, el lector asuma una imagen más o menos cierta y lo más realista posible, acerca de lo que pudo acontecer en esos agitados, preparativos para el traspaso a Indias de un militar español.

En primer lugar ignoramos la fecha exacta de su instalación en San Sebastián, que se produjo en algún momento entre septiembre de 1780 y noviembre de 1781, pues el 28 de septiembre del primer año mencionado sabemos que aún estaba en Lérida o Lleida. El primer dato cierto desde San Sebastián, corresponde al 6 de noviembre del año siguiente cuando sale de este enclave en la costa guipuzcoana hacia Lisboa, haciéndolo con gran premura y motivado por el tono de urgencia de una orden recibida en la fecha a la que alude Azara en el texto transcripto de arriba, la que le ordenaba acudir de inmediato a la capital portuguesa. Todas estas informaciones provienen de Torner y de la Fuente (1892: 37).

El desplazamiento desde San Sebastián a Lisboa significaba en el contexto de la época un largo viaje, que tuvo que ser cubierto necesariamente por tierra, porque así se le ordenaba, dado que el mar tenía el peligro de las naves inglesas en tren de guerra. Suponemos que lo hizo a caballo siguiendo alguna de las pocas alternativas que brindaban los caminos de entonces. La vía más directa no pasaba por Madrid (donde nunca estuvo don Félix en su viaje hacia Lisboa, antes de salir hacia América, en la fabulada visita a la corte) a pesar de la versión en ese sentido de Castellanos de Losada (1848).

Contemplando el mapa de las carreras de posta de España, dedicado a Carlos III en 1760, que adorna la obra de Campomanes (1761, con reedición facsímil de 2002), la distancia a recorrer es cercana a las 130 leguas. Como nuestro viajero partió con las primeras luces del día 6 y llegó el 29 del mismo mes de noviembre a Lisboa[11], invirtió 23 días en el camino, es decir que marchó en término medio cinco leguas por día, seguramente cabalgando y haciendo rodeos en zonas serranas, buscando puentes para cruzar los ríos y seguramente, tomando algún tiempo de reposo en las desdichadas posadas y mesones del camino. Ignoramos si viajó solo, pero dada su jerarquía militar de teniente coronel, lo más posible es que fuera con algún oficial de menor graduación y con más de un soldado como compañía y guardia.

Dura faena era por entonces la de viajar por los caminos interiores de España. Veamos uno de los tantos caso que abundan en relatos y memorias: un viajero italiano, el sacerdote Norberto Caino (García Mercadal, 1972: 279) hizo, en 1755, un recorrido que partía de Zaragoza e iba hacia Madrid, pero desviando el camino más recto para pasar previamente por Sigüenza, cerca de Guadalajara. El mismo hizo lo que cualquier viajero de cierto pasar económico o profesional, haría en aquel tiempo para desplazarse:

"...mi equipaje, tanto para mí como para mi criado y su bagaje, consistía en dos mulas, cada una con su muletero, y un bidet[12] con su palafrenero; dos criados a pie, a la ligera, a cuerpo, marchaban delante con alpar-

11 Esta fecha es la que brinda Juan Francisco de Aguirre (1906: 15) pues según Torner y de la Fuente (1892: 37) habría llegado el dos de diciembre. Preferimos la fecha de Aguirre ya que, como lo señalan Mones y Klappenbach (1997: 195), este último fue testigo presencial. Similares divergencias se darán, con respecto a la fecha de embarque hacia América.

12 **Bidet**: en francés caballito.

gatas y palos en sus manos. Por la suciedad, el desorden de sus ropas, todas andrajosas, y la negrura de su rostro y su aire audaz, huraño, se les hubiera tomado por dos de los verdugos que crucificaron a Nuestro Señor. Fue preciso, a pesar mío, que yo pagase tanto por los animales como por los hombres, según la costumbre de España…"
Poco más adelante, el mismo viajero (*op.cit.:* 280-281) describe la belleza y esplendor natural del paisaje que recorrieron, seguramente en primavera (Félix de Azara lo hizo en el comienzo del invierno), y se ocupa además de las posadas, algo que parecía estar generalizado en la época, salvo en caminos muy principales.

Esas condiciones de caminos, posadas, comidas y demás elementos que pueden hacer el viaje amable o desastroso, pervivieron en España durante todo el siglo XVIII, y Karl Wilhelm von Humboldt, hermano de Alexander, el autor del **Cosmos** y viajero y explorador americano, en la introducción al **Diario de Viaje**, nos advierte Miguel Ángel Vega (1888: 31) que

"…es indiscutible que la imagen que ha sacado de España es, al menos en el aspecto civilizatorio, muy negativa."

Por ejemplo, andando por Andalucía, dice el propio Humboldt (1998:174), que llegado a Utrera

"…nos alojamos en la Fonda del Sol, muy sucia, malas tanto la comida como la conservación y enormemente cara: 30 reales por persona que no come en la mesa de huéspedes. Aunque es la mayor, sin embargo había goteras incluso en las mejores habitaciones de la casa…"

Poco habrá diferido de lo relatado en cuanto a sus condiciones de dureza y riesgo, el viaje de Félix de Azara hacia la capital portuguesa, a la que arribara después de su largo e incómodo viaje, aprontándose enseguida para el cometido al que se lo llamara. Tal vez alojándose en alguna posada o en un cuartel, debido a su condición militar y a la conformidad oficial con respecto a su presencia local.

Se encontró con que en Lisboa, que por entonces era una pequeña ciudad[13], puesto que todavía el 1807 apenas si tenía poco más de doscientos mil habitantes (Wilcken, 2005: 45) permanecería casi un mes y medio, pues la partida con destino a Rio de Janeiro se efectuó en la fragata[14] mercante **Santísimo Sacramento**, con respecto a cuya partida, Maeder (2003: 12) dice que Juan Francisco Aguirre junto con Félix de Azara se embarcaron en Lisboa el 23 de enero de 1782, Aguirre (1906: 15, 20) y Paul Groussac (1900: 210) aceptan esa fecha al igual que Mones y Klappenbach (1997), pese a que Baulny (1968: 225) dice que fue el 19 de enero.

Dice Aguirre (1949: 47)

"Aunque esperábamos que la salida fuese breve, por aquellos accidentes que se sabe son tan frecuentes y las tardan no se verificó la nuestra hasta el 23 de enero del nuevo año de 1782. Por la misma razón que tuvimos nosotros de aprovechar la neutralidad de la nación Lusitana se encaminaron también, y para el mismo destino el oidor que va a Chile D. Luis de Urriola y el canónigo del Paraguay D. Gabino de Echeverría, quienes trataron su pasaje con el mismo [capitán] *Torcuato* [de Silva] *y fueron compañeros de nuestro viaje con algunos otros pasajeros portugueses…".*

La zarpada de la nave fue relatada así (*op. cit.:* 52).

"Luego que estuvo la fragata en disposición de dar la vela nos embarcamos, y hallándose el tiempo hermoso dimos aquélla a las nueve de la mañana del 23 de Enero, con el viento bona[n]*cible por el E. proseguimos de esta manera caminando poco, por ir calmado el viento y tardamos hasta el medio día, para ponernos en la barra o boca del puerto. A la una nos entró la virazón flojita, y tomando la* [a]*mura de babor, salimos con la marca que nos era favorable: después cambiamos de mura, y siguiendo bonancible el viento marcamos al ponerse el sol el cabo Espichel al SSE…"*

---

13 En cuanto a Lisboa, dice Aguirre (1949: 47), acerca de ella:

"La situación de Lisboa es sobre el margen septentrional del río Tajo, tendida en él su mayor extensión, a la falda de una hoja de Serranía, o lomada alta; y por esto cuando se viene de Aldea Gallega, o desde el río, se ve en anfiteatro en unas colinas agradables que se contempla una población grandiosa en unas colinas agradables y bañadas de un río y puerto tan hermoso. La ribera de la ciudad es bellísima y es la obra que enteramente se edificó después de la ruina que padeció el año de 1755; las casas de igual altura y de igual número de ventanas y puertas y las calles de una misma anchura y muy proporcionada. La plaza de la Alfandiga, donde [se ve] *la estatua ecuestre de José II es muy hermosa; y en fin esta parte de la ciudad aunque pequeña corresponde a la buena opinión que se debe formar de una capital de monarca europeo"*

14 **Fragata**: Dice el **Diccionario Marítimo Español** (1831): *"Buque de cruz y de tres palos, menor que el navío, del cual se diferencia en ésto y en que sólo tiene un puente o batería corrida, que es la del* ***conbés*** [superestructura que se halla el centro del barco, puede ser en el espacio de cubierta]. *Las hay de guerra y mercantes y en lo antiguo sólo se construían hasta de doscientas toneladas…".* Algunas de ellas tenían de 22 hasta 40 cañones. Su forma hidrodinámica fingía la de un pez, lo que la hacía muy marinera. Estaba revestida de planchas de madera. Algunas tenían cierta mínima comodidad, al menos para los oficiales. Tanto podían alojarse en el castillo de proa, aunque allí posiblemente estuviera alojada la propia oficialidad del barco, como en el "espejo de popa" donde había espacio para estar e incluso algunos camarotes tabicados con madera.

Hemos transcripto estos fragmentos del **Diario** de Aguirre, para denotar dos cuestiones principales: la primera es que el marino navarro no menciona a sus colegas, pero sí lo hace con los viajeros que se agregaron. El otro aspecto que resalta, es la pobreza del lenguaje con que relata, con reiteraciones, giros poco literarios, omitiendo detalles necesarios, que resalta ante el estilo poco cultivado pero mucho más claro y propio de hombre letrado que despliega en sus primeros relatos conocidos del viaje, Félix de Azara (1870-1907), por más que historiadores modernos como Ernesto J. A. Maeder (2003: 30) al compararlos descalifica a Azara ante Aguirre aunque esto lo hace en carácter de sus competencias como historiadores, ya que ambos escribieron relatos históricos. En una obra posterior, el **Discurso Histórico sobre el Paraguay** (Aguirre, 2002) se nota que la práctica mejoró mucho su estilo primario.

El **Diario** sigue día a día el viaje denotando bonanza en las condiciones del mar hasta sobrepasar las islas Canarias el 1º de febrero, en que comenzaron las lluvias y el viento reinante dio al clima "mal cariz". Siguieron en esas condiciones por una semana hasta encontrar nuevamente algunos asomos de mal tiempo. El día 18 alcanzaron la llamada línea equinoccial, o sea el Ecuador terrestre, ocasión en la que (*op. cit.:* 59)

"Acabada la observación[15] que nos aseguró haber cortado la Línea equinoccial, nos llamó a todos el comandante e hizo manifiestas las patentes de ascenso a Capitán de Fragata al Teniente Coronel graduado D. Félix de Azara, a Teniente de Navío al de Fragata Dn. Rosendo Rico y a Alférez de Fragata a sus dos hijos D. José y D. Joaquín, debiéndose contar la fecha de esta gracia, la de hoy para lo que en blanco y reservadas las traía el comandante". Esta es la primera vez que Aguirre se refiere a Félix de Azara y además nombra otros pasajeros de los que no teníamos constancia.

Así prosigue el relato registrando en general buen tiempo, el cruce con algún navío y el haber llegado hasta la latitud de 10º sur sin incidentes. Siguieron chubascos y vientos frescos. Aguirre deja constancia que, en alguna ocasión, se cantaba la salve en cubierta. El 7 de marzo avistaron tierra, alegres de no haber encontrado alguna zona de calma total del viento y de las aguas, donde se hubieran visto detenidos, tal vez largamente. Seguramente se despertó una gran ansiedad en todos ellos, pues ninguno había cruzado antes el Atlántico. Desde la primera mención de la cercanía de la costa, debieron atisbar ansiosos el horizonte, en el cual

"Cada islote que anuncia por la noche el vigía
es como un Eldorado que promete el Destino;
y la imaginación, que planeaba su orgía,
sólo ve un arrecife en la mañana clara[16]"

Recién el día 10, se acercaron a Río de Janeiro, habiendo avistado el Pan de Azúcar desde larga distancia, contemplando la primera visión nítida del continente americano, que –aunque ninguno de ellos la describe– debió ser tan magnífica como la caracterizara en su diario de viaje Scarlett (1957: 28):

"...pasamos junto a varias islitas verdes, afuera de la bahía; entonces, cuando el sol brilla la hermosura milagrosa de este lugar frustra su descripción. Es completamente imposible imaginar tal combinación de lo sublime y de lo hermoso. El verdor no está en retazos, sino esparcido por toda la escena; los bosques tropicales; la grandiosidad de la espaciosa bahía; la variedad de formas en el anfiteatro de montañas y ensenadas serpenteantes, luego la ciudad blanca de Río misma, las villas y villorrios: todo esto junto presenta un cuadro que sobrepasa el poder de concepción de la imaginación más poética. He visto Constantinopla, Nápoles, Esmirna y muchos otros lugares que producen una impresión indeleble por su belleza, sobre la mente de todos los admiradores de lo pintoresco, pero ninguno, ni todos éstos juntos, pueden sostener una comparación, por un solo instante, con los encantos de la bahía de Río de Janeiro."

El recibimiento de las autoridades coloniales portuguesas fue cordial pero siempre receloso. Aguirre (*op. cit.:* 66) describe el encuentro inicial con las mismas:

"Por otra parte el Capitán Torcuato, se enviaron anticipadamente pliegos a S.E. a cuyo señor nos recomendaba la piedad soberana portuguesa. Tuvimos al momento un ayudante de S.E. con su propio Escaler o falúa, que nos cumplimentó en la mayor atención, y nos convidaba a pasar a su presencia; pero le suplicamos nos dispensase esta obligación hasta mañana por ser ya tarde".

Habiendo llegado el día 10 a aguas cercanas a Río de Janeiro, recién el once de marzo de 1782, desembarcaron, habiendo viajando durante 39 días, un tiempo relativamente rápido y apacible. No tenemos forma de saber qué hicieron en ese ínterin los viajeros, ni para enterarnos cómo convivieron con la tripulación y con los demás pasajeros, cuán cómodos viajaron y qué tipo de relación hubo entre ellos. No olvidemos que los barcos todavía encerraban peligros ciertos en las largas travesías: recién hacía muy poco tiempo y, especialmente, gracias a las

15 Es constante la percepción a través del **Diario** que los demarcadores ejercitaban su capacidad náutica realizando el posicionamiento instrumental del navío. A esta "observación" se refiere Aguirre.

16 Se trata de una estrofa del poema **Le Voyage**, de Charles Baudelaire, tomado de Jorge Monteleone: **Relato de Viaje. De Sarmiento a Umberto Eco**. El Ateneo, Buenos Aires, 1999: 14).

observaciones del almirante James Cook[17] habían comenzado a comprenderse las razones causales del escorbuto y, por lo tanto las bases de su prevención y tratamiento. Se trataba de una enfermedad que podía ser mortal y que era provocada por la carencia de vitamina C en la alimentación de a bordo.

En los viajes se consumían en especial productos salados, pescado hervido o guisado y legumbres secas. Las frutas y verduras eran rarísimas a bordo y recién se generalizó el llevar cargamentos de limones una vez que los viajes del capitán James Cook pusieron a prueba que se podía eludir el flagelo, aunque sólo en forma empírica, sin fundarlo sobre experiencias controladas. El año del cruce de los marinos españoles se producía justamente en el intervalo más dramático de los intentos de extirpación del escorbuto, pues Cook había sido muerto por indígenas en Hawaii en 1779 y en 1780 el médico inglés James Lind [1716-1794] estudió diversas medidas curativas y, sobre esa base, el caballero de la misma nacionalidad, Gilbert Blane [1749-1834], quien más adelante también sería médico, escribió su **Breve Ilustración de los medios efectivos para conservar la salud de los marineros** (1780).

Todavía, la Armada española no había formulado una política precisa, pero ya los capitanes introducían gradualmente los nuevos métodos para salvar a las tripulaciones. El mundo naval del siglo XVIII con la densidad de navegación fuertemente incrementada se había transformado hasta esos años en "La Era del Escorbuto" (Stephen R. Bown, 2005).

Falta por completo información acerca de qué sucedió a través de la larga navegación con los pasajeros. Una presunción que ya formulamos es que no hubo una relación muy íntima entre los tres demarcadores españoles. Posiblemente, todos ellos guardaron circunspección, en parte por una actitud profesional y adicionalmente, pudo existir cierto recelo mutuo, en especial hacia Félix de Azara que era ajeno por formación y por foja de servicio a la Armada. Tal vez la piedra de toque que los concitaba positivamente era el estudio y la práctica con el instrumental que llevaban consigo, el más moderno del que España pudo disponer[18] y, que fue bastante abundante y variado como para satisfacer los requerimientos demarcatorios y el reconocimiento geográfico y cartográfico de las tierras a recorrer.

En la renovación modernizadora de la Armada de la que ya nos ocupamos previamente, hicimos hincapié en el hecho de que se había "europeizado" la formación de los navegantes y marinos en general. Prácticamente, disponían de la mayor parte del instrumental moderno, usual en las armadas de las grandes potencias. La formación en las escuelas de náutica de España y Portugal, y en la célebre Real y Militar Academia de Matemáticas de Barcelona, para el caso de un ingeniero militar del arma de infantería como lo era Félix de Azara, había puesto en manos de los cursantes la bibliografía más moderna de Europa al respecto (Beddall 1979; Sellés, 1994; Gallánd-Seguela, 2004). Y, por lo común, todos los oficiales egresados habían practicado con una variada gama de instrumentos, destinados a la astronomía, la meteorología, la cartografía y el relevamiento geográfico e hidrográfico con el apoyo de procedimientos topográficos. La complejidad del instrumental había incrementado significativamente, en cuanto a la belleza y perfección de los aparatos que aprendían a manejar los futuros oficiales tanto en el ejército como en la armada, aunque esta última fue privilegiada, llegando incluso a impartir nociones básicas de mineralogía, que llevaron a descubrimientos como el de la presencia de platino en el Virreinato de Nueva Granada, hecho cumplido por Antonio de Ulloa.

Ya estaba instalado en el cuerpo profesional el vasto intento de modernización que significo la generalización de la lectura y uso de la obra de Francisco Jacquier [1711-1788], que concentraba en sus contenidos la Matemática, la Física y la Lógica, además de incluir –al uso del siglo– con-

17 James Cook [1728-1779]. Célebre navegante, formado como autodidacta. Llegó a ser uno de los más decididos y eficientes exploradores de la Marina Inglesa, a pesar de haberse incorporado a ella como simple marinero. Sus mayores hazañas fueron tres notables viajes conocidos como "Los viajes del Capitán Cook alrededor del mundo", iniciados en 1768 con el descubrimiento del continente australiano y su incorporación al Imperio británico. Duró hasta 1771. El siguiente se inició en 1772 y se extendió hasta 1775. Fue de circunnavegación. El último se llevó a cabo entre 1776 y 1780 pero no pudo retornar al mando de su expedición pues fue muerto en un combate con indígenas en Hawaii en 1779. Su barco el **Endeavour**, se hizo famoso por su capacidad marinera y su resistencia a todo tipo de inconvenientes, en especial en el océano Pacífico. Científicamente se relaciona a Cook con el hallazgo de una solución para el problema del escorbuto y por su relación con el llamado "punto fijo", es decir, un método para determinar la longitud terrestre, resuelto previamente a sus navegaciones pero que él perfeccionó.

18 Veremos en el siguiente tomo de esta obra el minucioso y delicado tratamiento que efectuaba Félix de Azara con respecto al instrumental. Esto fue particularmente notable en sus desplazamientos por el Paraguay y en el norte de la Mesopotamia argentina. La pérdida o rotura de aparatos de precisión hubiera sido catastrófica pues no había en América quien los reparara y, menos aún posibilidad de recibir repuestos o reemplazos en términos menores de un año o más. A tal punto era sensible el problema que resultaba más grave perder un instrumento que perder un hombre participante de las tareas.

juntamente con esta última disciplina las de Ética y Metafísica. Con esta apertura se introdujo el necesario conocimiento del cálculo diferencial e integral y de la geometría analítica, materias antes de 1740 apenas soslayadas en España. La iniciativa, surgida en la Real Academia de San Carlos (1768) y es muy interesante la rápida propagación de las nuevas formas de conocimiento en América hispana, por ejemplo en el Real Seminario de Minas de Nueva España (1792) (López García, 1999: 34), y también prontamente en Nueva Granada, con la activa participación de los hermanos Delhuyar, uno de ellos criollo de Bogotá, Juan José [1754-1796] y el otro, Fausto Fermín [1755-1833], madrileño[19]. Ambos fueron los descubridores del tungsteno.

Este proceso de activación debió haber sido vivido intensamente por los tres demarcadores que viajaban en la **Santísimo Sacramento**. En los casos de Azara y Aguirre es patente, en el de Alvear, es más probable que haya seguido a sus compañeros más por necesidad de momento que por vocación, ya que en el desarrollo de su vida se percibe más al militar de carrera que al estudioso serio. También resalta esa sensación en su obra escrita. Era un proceso generalizado en España, dependió de muchos factores: inicialmente del impulso de Carlos III, que en el sentido de la modernización era enérgicamente directo, pero también al surgimiento de una serie de figuras ilustradas, capaces de instalar un ambiente humano particular y esclarecido como los ya mencionados a los que podemos agregar al eminente químico y naturalista Andrés Manuel del Río [1764-1849], descubridor de un nuevo elemento químico, al que denominó **eritronio** y que actualmente se llama **vanadio**.

Recuérdese también el importante papel desempeñado por Jorge Juan junto a Antonio de Ulloa con respecto al platino, pues fue él quien actuó como uno de los introductores del valioso metal en Europa, aunque por entonces se lo creía un compuesto y recién fue descubierto como un elemento natural por el propio Ulloa en 1748, en Nueva Granada. Estas cuestiones contribuyeron no sólo por sus consecuencias materiales y científicas al prestigio de España y a la autoafirmación de sus pocos pero esclarecidos científicos, sino que realzaron la figura del reino deteriorada por las tan criticadas opiniones de Masson de Morvilliers [1740-1789] en su artículo acerca de España aparecido en la **Encyclopèdie**, dando lugar a fuertes reacciones pues llegó hasta hacerse la tan provocativa pregunta ¿qué se debe a España?

Esto es parte de los antecedentes de lo que constituye la famosa polémica de la ciencia española, etapa en la que intervinieron del lado español el botánico Antonio de Cavanilles y el humanista Juan Pablo Forner (François Lopes, 1999, numerosas referencias). Los ecos de la misma perduraron durante el siglo XIX, reabriéndose en 1876, cuando se contó con un activo campeón en la defensa de la España el siglo XVIII en su comparación con otras naciones europeas, que fue don Marcelino Menéndez Pelayo. El asunto no es vanal, pues una nación integra un conjunto sistémico de alteridades similares –las otras naciones– y, o lo hace integrada coparticipando activamente o se mantiene en el atraso y en la inercia, autojustificándose con la coartada de su reconocido retraso o subdesarrollo.

Un gran inspirador de este activo renacimiento científico, cognitivo y de renovación de las mentalidades fue el ministro José de Gálvez y Gallardo [1720-1787] y tío del notable estratega militar, Bernardo Gálvez y Madrid, con gran experiencia bélica en América del norte. El ministro fue partidario acérrimo de la conservación y resguardo de los límites septentrionales del virreinato de Nueva España con las colonias inglesas del norte. La idea de Gálvez era bastante similar a la de su casi coetáneo el conde de Aranda. Eran ambos regalistas decididos y reformistas con un gran sentido de la necesidad de incorporar España a lo más moderno de Europa.

El imperio estaba amenazado no sólo por los lusitanos, sino también por los ingleses con sus colonias, por los holandeses, en especial en las Antillas y hasta por los rusos en las llamadas tierras del fin del mundo (Actual zona oeste de Canadá y costa americana del estrecho de Behring). Una misma filosofía de la corte española, en la que era secretario de estado con función en la administración colonial y marítima, José de Gálvez valoró por igual la necesidad de salvaguardar los límites hispano-lusitanos en el Paraguay y las Misiones sudamericanas; en el sur de Nueva Granada y en la capitanía general de Venezuela que incluía la cuenca del Orinoco y las Guayanas donde intervenían los ingleses, holandeses y franceses; como el detener el avance ruso en las tierras del fin del mundo. Por esa razón marchaban hacia América los demarcadores del Río de la Plata y el Paraguay, y al mismo tiempo el marino indiano Juan Francisco de la Bodega y Quadra (Bernabeu Albert, 1990) emprendía sus varias expediciones a las gélidas aguas del Pacífico norte para contener la ocupación rusa del área entre

19 Estas consideraciones con respecto a la adopción en España de formas avanzadas del conocimientos en los campos de la física y las matemáticas, especialmente las aplicadas, tiene relación con la sucesión generacional en España y en Hispanoamérica con cierto rezago. Teniendo en cuenta las edades de los protagonistas podemos, casi discriminar en ilustrados típicos y postilustrados. Estos últimos corresponderían en general a los nacidos después de 1754. Ya empiezan a aparecer en esta promoción humana diferencias cualitativas notables: en los campos señalados, en la historia natural, en su preanuncio del romanticismo y en la adhesión en algún momento de su vida pero, ya llegado el siglo XIX a las ideas liberales.

1765 y 1792, es decir contemporáneamente a las actividades a las que se incorporaban los demarcadores viajeros[20]. Todos estaban involucrados en el último gran esfuerzo defensivo e integrador de España que tuvo su cénit bajo el reinado de Carlos III.

¿Hasta qué punto eran sabedores y conscientes los oficiales que viajaban hacia Buenos Aires del rol que jugaban en ese vasto escenario geopolítico? Es posible que tuvieran una buena noción de la situación general y del papel que les incumbía. Es llamativo el silencio que casi todos ellos han guardado sobre este tema. Es casi una constante que un explorador no nombra a otro sino en caso de extrema necesidad. Actúan como si fueran caballeros solitarios, cada uno con sus armas y su misión como en los tiempos del Amadís de Gaula pero, esto puede ser consecuencia del famoso secreto de estado, que si bien en España tuvo alguna flexibilidad, en Brasil fue terriblemente restrictivo (Nomura, 1998), llegando a opacar su imagen científica como sucediera con la dinámica activación de los estudios naturalistas realizados en la segunda mitad del siglo XVIII, cuyos resultados quedaron activados o fueron robados por terceros (caso Saint-Hilaire) como sucediera con la notable obra de Rodrigues Ferreira, que de no haber sufrido ese tipo de presiones hubiera tenido primacía en la diagnosis de numerosos mamíferos pues, al contrario de Félix de Azara con quien casi superpuso el lusitano su área de trabajo realizada en los mismos años en la cuenca del Alto Paraguay, el naturalista portugués utilizó la nomenclatura binomial linneana para bautizar sus nuevas especies. Sin embargo, todo quedó en papeles de archivo cuando no fue hurtado por el mencionado zoólogo francés que nomenció esas especies a su arbitrio.

Otra alternativa que forma parte de la "Leyenda Negra" de España es el hecho que actualmente casi nadie sostiene de una supuesta tradicional envidia española, que impediría que unos colegas citaran a otros cuando es pertinente. Es posible que también integrara algún grado de estas actitudes el fenómeno total del silenciamiento mutuo. No olvidemos la famosa guerra de los botánicos (Steele, 1982).

Retornando a nuestros viajeros, podemos aseverar que, como sucediera con el de Juan Francisco de Aguirre, casi todos los relatos disponibles de cruces transatlánticos para la época son fragmentarios en extremo, recurrimos a un posible símil en el viaje de regreso de España a Chile del mencionado doctor José Perfecto de Salas (Ricardo Donoso, 1963: 48), aunque efectuado casi cuatro décadas antes, quien debió también viajar mediante el artilugio de embarcarse en Lisboa para desorientar a los ingleses con los que había una situación bélica similar. A pesar de que de Salas tardó 57 días en hacer el mismo recorrido, posiblemente por las dificultades marinas –las temidas calmas ecuatoriales o en la zona de los sargazos en el fin de verano, conviene copiar el breve diario de viaje puesto que el ilustrado chileno realizó observaciones que dan cuenta de la azarosa travesía[21].

El diario de Aguirre dice lo siguiente:

"Viaje de regreso. 1746. Me embarqué en hiate llamado **San Joseph** *que va de aviso al Rio Janeiro, con el R. P. Fr. Antonio Riberos, don Gregorio tapia y cuatro criados.*

29 de agosto: Nos hicimos a la vela a las doce del día. Desde este día sopló viento norte moderado con el que navegamos hasta el 14 de septiembre, sin otra particularidad que haber avistado dos naos de las cuales una se dijo que nos siguió, pero en mi juicio no lo soñó

14 de septiembre: Llegamos a la altura de 15 grados y medio donde están algunas de las islas del Cabo Verde. Entró la calma y a la media noche sopló un viento fortísimo acompañado de truenos, relámpagos y agua que duró dos horas.

15 de septiembre: Calma hasta el domingo 18.

Lunes 19: A las 8 ó 9 empezó una gran tormenta de viento, agua y truenos; corrimos trinquete y se vio [el fuego de] *San Telmo[22] que los portugueses llaman Cor-*

20 Esta referencia es muy parcial al centrarse en sólo dos de las múltiples expediciones y viajes inspirados por la misma política, que se acumularon notablemente en los últimos años del reinado de Carlos III y prosiguieron bajo el de Carlos IV hasta el final del siglo en el que el enturbiamiento de la situación política europea y la crisis de la monarquía en España se aunaron para paralizar esas valiosas iniciativas.

21 Posiblemente la mayor tardanza se deba también a que de Salas viajó en lo que él llama un "hiate" es decir, una embarcación velera menor que la fragata de los marinos españoles.

22 Al respecto y en un cruce muy anterior del Atlántico durante el viaje de Magallanes Elcano, el cronista Antonio Pigafetta [ca. 1491-ca.1531] describió este curioso fenómeno, acontecido aproximadamente en la misma posición geográfica en que lo contemplaron los demarcadores en su nave. El fenómeno suele darse en noches de fuerte carga eléctrica atmosférica precursora de borrascas o tormentas, Pigafetta (1998: 40): *"En estas borrascas muchas veces apareció el Cuerpo Santo, es decir San Telmo. Entre estas luces, una noche oscurísima hubo una de tal esplendor, como una antorcha ardiente encima de la cofa del palo mayor y estuvo más de dos horas con nosotros, consolando a los que llorábamos. Cuando esta luz bendita quiso partir de nosotros lanzó un tal esplendor a nuestros ojos que durante más de medio cuarto de hora quedamos todos ciegos implorando misericordia, creyendo ya en verdad estar muertos. El mar enseguida se tranquilizó."* Por su parte Diego Bigongiari (1998: 40), el editor de la obra de Pigafetta, publicada originalmente en 1550, añade una explicación científica: *"Los fuegos de*

po Santo. Conjuró se y ofreció limosna, así aminoró y el viento duró hasta el amanecer que calmó en un todo.
Martes 20: Desde mediodía fue todo agua y viento, el que con la noche se aumentó en gran manera y duró todo el día siguiente 21, que fue muy molesto y contrario, de suerte que el día 22 amaneció con calma.

Día 23: Comenzó con calma y enseguida todo ha sido tormenta, lluvias, truenos, agua, etc.

Viernes 7 de octubre: pasó la línea.

Miércoles 12: pasó el Cabo San Agustín.

Sábado 22: Se vio la flota.

Domingo 23: Se vio tierra.

Lunes 24: El barco entró y fondeó en el puerto a las once de la noche, poco más delante del fuerte de Santa Catarina y Pan de Azúcar.

Martes 25: Desembarqué a las 3 del día en el Janeyro donde estuve"

Ni siquiera Charles Darwin, que atravesó el Atlántico medio siglo después, ha sido muy explícito en el relato de su viaje acerca de la convivencia cotidiana y las condiciones de la vida en su barco, el **Beagle**, aunque dejó notas y correspondencia acerca del mismo, material en el que basa Alan Moorehead (1971) sus consideraciones sobre el cruce del océano.

En su obra (Moorehead, 1971: 39) presenta un corte longitudinal de la nave, mostrando cuáles eran las comodidades disponibles para los viajeros y el eventual hacinamiento en su interior: la misma se reproduce en una figura del pliego de láminas de este tomo, pues se considera que refleja bastante cabalmente el interior de la fragata en la que viajaron Azara y su compañeros. Darwin se refiera al problema del espacio, diciendo *"The absolute want of room is an evil that nothing can surmont"*. Por su parte Scarlett (1957: 19) llama "prisión de madera" al barco, y agrega:

"¿No hay pocas molestias en el mar, apretujados en un espacio tan estrecho –cabeceando, meciéndose, crujiendo y dando bandazos– sin agregar a lista el mareo?"

En una carta de Darwin a su familia describe parcialmente, aunque atenuando el tono para no alarmarlos algunos aspectos de la vida a bordo y confiesa haberse llegado a enfermar por las condiciones de vida: tuvo erupciones cutáneas y penosas palpitaciones que le hicieron temer por el estado de su corazón, debiendo permanecer en un tan estrecho camarote, que debió retirar un cajón con elementos del capitán para poder posar sus pies en el piso al levantarse. Tal era la penuria por el espacio que se utilizaban hasta las reducidas cámaras para acopiar elementos (Moorehead, 1971:41). También se quejaba del ocio forzado y permanente que reinaba a bordo.

Veremos a continuación el relato del propio viaje de la fragata **Santísimo Sacramento**, relatada por uno de los tres oficiales de marina que partían conjuntamente hacia Rio de Janeiro para cumplir su parte en lo dispuesto por la Real Instrucción del 6.VI.1778, por la cual Carlos III, dictaba, con la aprobación de las Cortes de Madrid y de Lisboa, llevar a cabo las tareas dispuestas en el tratado de San Ildefonso, 1777, según la propuesta del Gobernador de Buenos Aires Pedro de Cevallos, que recién se concretó en enero de 1782 cuando partieron hacia Rio de Janeiro los oficiales de marina Juan Francisco Aguirre, Diego de Alvear, y el recientemente transferido a la Armada, el Teniente Coronel de Infantería, Félix de Azara.

En apariencia, el único que llevó un diario conocido del viaje marítimo hacia América fue Aguirre, pero el mismo tiene muy poco carácter personalizado y narra escuetamente los hechos salientes de la navegación, apenas un poco más extensamente que José Perfecto de Salas. Resulta curioso que Aguirre en ningún momento se refiera a sus compañeros de viaje, como si los separara cierta falta de confianza mutua o alguna idea de las jerarquías que se impuso a la cordialidad amistosa, que realmente nunca llegó a haber entre los tres durante sus años americanos.

La obra mencionada de Wilcken (2005) referida al traspaso de la corte portuguesa en el año 1807 desde Lisboa a Rio de Janeiro, huyendo de las tropas inglesas y de su antagonistas, el ejército napoleónico, es una valiosa fuente de información sobre la realidad terrible que significaban los viajes transatlánticos en la época de navegación a vela. La nave del rey tardó 55 días en realizar el recorrido. Tras dejar el puerto de Lisboa, establecido en la boca del río Tajo, el primer alivio para los navegantes era sobrepasar la barra[23] del río y salir a mar abierto donde estaba el mayor riesgo de encontrar naves enemigas. A esto debieron experimentarlo igual-

---

San Telmo serán recurrentes en la circunnavegación [de Fernando de Magallanes]. *Se trata de descargas luminiscentes en lo alto de las arboladuras náuticas –que eran de madera, pero tenían piezas de metal– provocadas por atmósferas muy cargadas de electricidad, como es normal en las tormentas ecuatoriales. El fenómeno es más raro en las latitudes medias y altas ya que la electricidad atmosférica es menor. Para los marinos de la época (salvo los ingleses), eran fenómenos sobrenaturales y divinos"*

23 **Barra**: Formación geográfica producida por acúmulo de arena y sedimentos que es altamente influida por la oposición y choque de ambas corrientes, la fluvial por un lado y por otro las propias del área de desembocadura. Por lo tanto las dimensiones ancho, profundidad y orientación de la barra es la resultante de las fuerzas contrapuestas. Al dejar un puerto situado en un estuario fluvial, las aguas son calmas y corren favorablemente para la nave hasta dejar la barra, tras lo cual sale a aguas libres. En los tiempos de navegación a vela corría por cuenta de la habilidad de los prácticos y timoneles el salir sin incidentes, en especial el tan peligroso de encallar en bajos fondos.

mente de Salas y Félix de Azara y sus compañeros.

La variabilidad de los tiempos de viaje era amplia, pues en el caso de los hermanos Heuland (Arias Divito, 1978: 19), zarpando de La Coruña el 13 de noviembre de 1794, arribaron a Montevideo el 17 de enero de 1795. Campbell Scarlett, un viajero inglés que cruzó el Atlántico navegando también a vela, habla de los riesgos de topar en el mar abierto con zonas de total calma y cuenta acerca de

"...un barco francés [que] *quedó en calma sobre la línea* [ecuatorial] *en el 13º de longitud Este, durante cinco semanas..."* (Scarlett, 1957: 28).

Wilcken (2005: 43) describe la zarpada, 29 de noviembre siguiendo a un marino de la época, José Trazimundo, quien dice:

"El viento soplaba fuertísimo desde la barra y por eso cuando estábamos reuniéndonos junto a ella oímos unas salva lejana. Era la escuadra inglesa del almirante Sidney Smith, que saludaba al pabellón real de la nave que conducía al Príncipe Regente. En aquel momento serían las 3 de la tarde y sobrepasamos la barra. Recuerdo de esas circunstancias cuánto me impresionaba la fisonomía de los parientes y de las personas que nos rodeaban..."

Sigue Wilcken describiendo las penosísimas condiciones del viaje, pues dice que los registros históricos rara vez dan idea de las experiencias y pensamientos de los antiguos viajeros durante las largas semanas en cuyo curso avanzaban lentamente a través del atlántico:

"...nos queda por imaginar los olores que surgían del fondo de las embarcaciones –las columnas de aire fétido que se elevaban por las escotillas de los navíos que, en muchos casos habían pasado años sin ser limpiados; también las largas filas que se formaban para usar las "cloacas"– que eran plataformas adosadas a la proa suspendidas sobre la estructura de los navíos que servían de toillete al aire libre; se unía a eso el aburrimiento, la vergüenza y la angustia de los que habían abandonado a sus amigos en la hora de la despedida. Los alojamientos eran primitivos, la privacidad inexistente, y suena difícil sino imposible saber que algunos viajaban en espacios descubiertos del navío con salpicaduras sistemáticas de espuma y agua que se volcaba sobre quienes formaban hileras humanas acostados sobre banquetas de tabla. Durante el día era el balanceo constante de las embarcaciones que sometía a los aristócratas y respetados viajeros a la indignidad de episodios públicos de vómito."

Más de una vez los pasajeros resbalaban en cubierta, empapada de agua salada quebrándose algún hueso. Así se acumulaban los padecimientos hasta llegar a la zona de las calmas ecuatoriales, donde los barcos pasaban días y semanas inmovilizados en medio del calor y la humedad, si tenían la mala suerte de dar con áreas marinas sumidas en la ya mencionada "calma chicha". Posiblemente los tres demarcadores viajeros del **Santísimo Sacramento** tenían experiencia marinera previa, pues todos ellos fueron antiguos partícipes de la campaña de Argel. Esa experiencia nada garantizaba con respecto al mareo, una sensación y estado fisiológico angustioso que solía abarcar más de la mitad de quienes viajaban en esos barcos que eran, en gran medida, juguete de la aguas. Acerca de esta experiencia cuenta Campbell (1957: 19), que estando embarcado en ese *"desierto inconmensurable de agua",*

"...sin embargo, ahora me estoy recobrando un poco de las primeras agonías de este mal atroz; pero en el barco hay muchas personas que todavía están en el máximo de este sufrimiento. Un pinche de cocina, especialmente, está tan mal y exhausto que los cirujanos creen que su vida está en peligro; y un cachorro terranova está "tan mareado como un perro".

Y agrega:

"Una palabra más sobre el mareo. La mitad de los pasajeros que no está mareada trata de persuadir a la otra que el comer es lo mejor para curarse. Esto es una falsedad absurda: el mareo produce un estado más débil aún del estómago aún que lo que lo causa; pues los estómagos fuertes nunca están muy mareados; y darle trabajo doble a los órganos digestivos cuando no están aptos para funcionar en absoluto, es sólo empeorar las cosas. Confío en que días de dieta a té y tostadas allanan el camino hacia la convalecencia. Se puede permitir una mayor indulgencia cuando el apetito está completamente restablecido, pero no antes."

Un atractivo espectáculo que habrían podido contemplar en los interminables días de viaje puede haber sido:

"Los peces voladores han empezado a aparecer. Se deslizan por encima de la cresta de las olas, para eludir el barco y a los peces grandes que los persiguen. Estos últimos saltan frecuentemente fuera del agua, tratando de caer sobre la presa voladora. Al principio tomé a estos peces por golondrinas, ya que sus movimientos deslizantes y largas aletas los asemejan a ese pájaro en vuelo. A menudo están medio minuto suspendidos sobre el mar" (Scarlett, 1957: 25).

Retornamos una vez más a este interesante testigo de 1834 para imaginar una de las jornadas de nuestros pasajeros de la **Santísimo Sacramento**:

"Viernes 21 [de agosto]. *Latitud 13º 45', longitud 26º 11'. El mismo viento, aliso N.E. Muy poca marcha. Gran monotonía y falta de animación. Whist* [juego de cartas] *todas la noches en la cabina. Lecturas, paseo y comidas ocupan el día. A veces camino parte de la guardia intermedia con el oficial de servicio. Entonces es de admirar la luz de la luna tremolando en las olas, las cuales, al quebrarse en sus crestas, parecen todas matizadas de lentejuelas con iluminación líquida; o si una nube os-*

curece la luna, ¡cuán hermoso es el efecto del agua fosforescente, a través de la cual surca el barco su "asaetada" marcha! (Scarlett, 1957: 24).

Adicionalmente debería saberse si, además de la órdenes específicas al respecto de las tareas a cumplir, que simplemente se remitían a lo que el virrey dispusiera, los expedicionarios recibieron Instrucciones como las que en 1794 recibieran los hermanos Heuland al iniciar un viaje de estudio y colecta de material museológico y científico en América del Sur. En ese caso recibieron una copia cada expedicionario de jerarquía y se remitieron copias a virreyes y gobernadores, para que controlaran su cumplimiento (Arias Divito, 1978: 13). Las mismas regulaban, recomendaban y disponían tareas que debían ser de rutina para los viajeros, y que por su índole fueron cumplidas también por los tres demarcadores que viajaron en 1782 y llaman la atención por su racionalidad y minucia en el detalle. Las que tenemos a mano están firmadas por el duque de Alcudia, y fechadas en San Ildefonso antes de la partida de los hermanos Cristiano y Conrado Heuland, en misión científica hacia Chile y el Perú, y contemplan desde el reconocimiento del

"terreno en que se hallara y trabajaría la Geografía Física de él, la descripción de su situación, de la naturaleza de su terreno, de su orden, disposición y clima; de sus minas de toda especie y del método con que se beneficiará cada género de metal, según sus diversas especies…",

Así, comprendía hasta la realización y el registro de observaciones tan múltiples que raramente podían ser cumplidas en su totalidad. Fue Félix de Azara quien mejor cumplió entre sus colegas y copartícipes de la demarcación fronteriza con las pautas que demandaba el reino a sus servidores y funcionarios, civiles o militares.

Después de la larga transcripción de su articulado (Arias Divito,1978: 15) sabemos que prescribe que el viajero

"debía formar un diario histórico del viaje[24] *y un catálogo general de todas las producciones que cogiera, con la descripción exacta de cada pieza* [obtenida]*…", siendo notable una cláusula que disponía para cada viajero que "Debería tener muy presente que el Rey no quería se hiciera la más leve extorsión a ninguno de sus vasallos. Bajo ningún pretexto debía tomársele cosa alguna contra su voluntad. Trataría con los dueños de las minas del importe de las piezas, pagándolas a precios equitativos y si alguno quisiera regalarlas anotaría el nombre del donante, para que constara a Su Majestad y se especificara en el Catálogo del Museo."*

Como sucedió con otros capítulos de esta obra, tras la huella de Félix de Azara y desde cuando apenas si atisbamos algo de él en San Sebastián, nos hemos extendido casi exclusivamente acerca de aspectos contextuales de su traslado terrestre a Lisboa y sobre la travesía atlántica de nuestros viajeros. Intentamos así dar a los lectores una idea general de lo que pudo ser la misma. Puesto que estamos en total orfandad de elementos documentales tanto acerca de los acontecimientos personalizados de los tres demarcadores, como en lo referente a sus condiciones de vida material. Más aún sobre sus relaciones interpersonales en el curso de la travesía.

Como conclusión de este capítulo, ya tenemos a Félix de Azara ingresado al que será el escenario de los veinte años ulteriores de su vida y que definirá su papel histórico. Hemos enfatizado acerca de las penurias cotidianas, pero las mismas no deben considerarse con una óptica de nuestros días. Simplemente, merecen relatarse para comprender en nuestra cotidianeidad actual, el casi titánico esfuerzo que demandaban, en ese tiempo, las que actualmente constituyen, mayoritariamente, sencillas rutinas. Era la suya una época de mortalidad mucho más elevada. La expectabilidad de vida era relativamente baja, pero quienes construyeron el mundo moderno debieron pasar por duras pruebas para persistir en sus empeños. Imaginemos tan sólo la obligación para un contemporáneo de cubrir a lomo de caballo y presurosamente, la distancia entre San Sebastián y Lisboa, sin casi oportunidad de buen descanso, en posadas y mesones llenos de suciedad y de parásitos, sujeto a un régimen alimenticio salteado y generalmente poco sano. Y todo eso, cualquiera fuera el clima reinante…

Todo ha cambiado, las expectativas son otras y los protagonistas ya ni siquiera conocen el vivir diario de sus antecesores. Esa perspectiva histórica resalta la ejemplaridad de ciertas vidas –tanto de aquéllas con historia, como las que fueron devoradas por el olvido– avalan la necesidad de la memoria cultural, que tanto en el Paraguay como en Aragón tienen una función congregadora, esperanzadora e incitadora al esfuerzo, y demandan en el presente, continuar el camino del empeño humano y humanitario de hombres como Félix de Azara para sostener, vertebrada y **futuriza** –como pedía Julián Marías– (en el sentido de proyectada hacia un futuro auténticamente real) nuestras sociedades, en las que las presiones de la crisis mundial son casi tan fuertes y potencialmente destructivas, como las fuerzas naturales en el siglo XVIII.

24 Los tres de la **Santísimo Sacramento** escribieron su **Diario histórico** y también lo hicieron, entre otros de los adscriptos a la demarcación, Julio de César [¿...?] y Gonzalo de Doblas [1744-1809], además de informes menores o pequeños diarios que escribieron diversos oficiales o auxiliares profesionales como los que publica Pedro de Angelis en su tomos eruditos (1970-1972). En el caso del ingeniero demarcador Julio Ramón de Cesar, él mismo se encarga de destacar quejosamente la imposición de esas obligaciones (De César, 2002).

Capítulo XIV.

Conclusiones

"Hay que respetar la modestia y el orgullo; el orgullo de la modestia y la modestia del orgullo. No sabemos bien lo que hay en el fondo de todo eso. Sabemos, sin embargo, que hay caracteres diferentes, que son estilos vitales muy distintos. Y es esto, sobre todo, lo que yo quisiera que aprendieseis a respetar"
[Antonio Machado: **Juan de Mairena, Obras Completas,** 1973: 1125]

Este capítulo que realmente no es tal, pues escapa a la modalidad semi ensayística que ha distinguido a los precedentes, deriva de la casi obligatoria necesidad de lograr un encuentro final con el lector y así, después de un largo paseo que emprendimos asociadamente, presentarle un adecuado cierre del texto de este primer tomo de una biografía que apenas si asoma a ese concepto. Podría también ser un epílogo, pero no se trata de un final total, pues la que se abre es sólo una pausa, antes de retomar a Félix de Azara trasponiendo un umbral tras el cual, el gozne fundamental de su vida permitirá un casi abrupto giro, haciendo al personaje adquirir **biografía**, en el sentido que Laín Entralgo da a la misma, a la que se incorporará por la puerta amplia de una inmensa y precursora tarea.

Una biografía que "apenas si asoma a ese concepto": tal es el sentimiento que nos embarga, pues si bien hemos hecho un largo viaje a través del tiempo histórico y mental de Félix de Azara, no lo hicimos con él como hubiéramos podido hacerlo con su compañero de generación, Gaspar Melchor de Jovellanos o, menos aún, con el aragonés Francisco José de Goya y Lucientes o con el indiano Pablo de Olavide, pues en todos estos casos el problema mayor que se nos hubiera presentado, se relacionaría con el filtrado y revisión crítica de la densa masa de bibliografía y del acervo documental que los entorna y que, hasta puede llegar a ser en alguna manera abrumadora. Además, los tres mencionados dejaron una obra escrita, cuya lectura y metalectura puede contribuir aun más, puesto que ya lo ha hecho con creces, a la exégesis personal, a la que somete la biografía a sus objetos de indagación histórica. Es así que debimos realmente iluminar todos los recovecos e intersticios en los que pudo haberse perdido su figura carnal tratando de encontrarlo o al menos, de percibir una silueta plausiblemente suya, en medio de sombras evanescentes difíciles de esclarecer.

Esta situación, que ya hemos tratado muchas veces en forma directa o indirecta, la reiteramos ahora, cuando casi ha llegado el momento de cerrar el primer tomo en que la metodología adoptada, nos impuso dividir así: una para cada una de las "tres vidas" que cualitativa y sucesivamente desarrolló Félix de Azara: la formativa, hasta 1781. La americana hasta 1801 y la altoaragonesa en su vejez, hasta su fallecimiento en 1821.

En efecto, esa necesidad ha sido real y casi perentoria, pues en el caso de Félix de Azara su larga vida se divide en tres etapas enteramente asimétricas unas de las otras. Esto es algo que podría conducirnos a considerar realmente que se trata de fragmentos de tres vidas diversas e independientes, a las que un destino travieso llevó a acumular temporalmente en una misma trayectoria individual y multiforme, cuyos segmentos hilvanados por un nexo sutil, que es el que hemos tratado permanentemente de descubrir a través de la obra, se presentan como la ecuación vital de un personaje casi inasible en la mayoría de las situaciones y espacios temporales, en los que tenemos la certeza de que allí se ocultan las claves mayores de quien fuera realmente Félix de Azara, a través de su extensa presencia terrenal.

Es inútil indagar en todo lo que se ha escrito y pensado sobre el hombre, ese ser variado, mutable, social e individual a un mismo tiempo, arrastrado por pulsiones tan diversas en sentido, esencia y razón, como la misma diversidad de tipos psicológicos, vitales, espirituales y volitivos conocidos, que hacen de cada uno de ellos una entidad irreemplazable y única y una alteridad permanentemente inasible para el sujeto interesado en saber quién ha sido una persona dada. Ya desde el devenir heraclitiano hasta el "ser en reposo" de Parménides, el hombre aparece facultado para penetrar en lo que es filosóficamente la mera apariencia del mundo que, para cada vida representa un todo posible, aunque más no fuera aparecer en última instancia como sujeto relativo. Pero, para él fue real su mundo y ha sido tras esa realidad que nos hemos movido, haciéndola nuestra.

Muy bien dice Mario Bunge (2003), que toda emergencia del complejo sistema que representa lo humano es ontológicamente real. Lo es absolutamente dentro del relativismo de una vida y de un paradigma. En las coordenadas y el espacio físico, cognitivo y espiritual de su tiempo, Félix de Azara fue tan real como hoy nos sentimos ante nosotros mismos.

Erich Fromm (2009: 84) añade que *"los hebreos y los griegos enseñaron que el empeño del hombre y la historia humana comenzaron con un acto de desobediencia"*.

Con otros términos expresa lo mismo Pedro Laín Entralgo (1978: 108), señalando que la **originalidad** del propósito que guía esa "desobediencia", que en realidad no es tal ni tiene el sentido de desorden y quiebre que asume ese término en el habla corriente, sino un enriquecimiento, una novedad adicional cualitativa y cuantitativamente, para incorporarse al canon de nuestra cultura. Distingue el autor mencionado el apartamiento estéril de la regla por enervamiento contingente, propio de la imperfección del protagonista, de lo que acontece con quienes realmente han dejado una contribución trascendente para su tiempo, para el futuro y para el fenómeno humano en general. Por eso:

> *"Bien distinto es el caso cuando existe un propósito de* ***originalidad****. Mediante un acto de creación, genial en el egregio, humilde en el gregario, el hombre aspira entonces al logro de metas que nadie se propuso y al trazado de caminos que hasta entonces no existían. Este fue el estado anímico de Velázquez, un segundo después de pronunciar su conocida frase de reto* ***–Non mi piace niente–*** *ante la pintura de Rafael; y el de Kant cuando sintió que su mente despertaba de un "sueño dogmático"; y, ya a ras de tierra el de quien repite socarronamente para su personal, intransferible coleto, esta honda frase de nuestro pueblo: "Cada uno es cada uno." En su vida, el ente humano "tiene que ser" original; en todos estos casos, por añadidura, "quiere" serlo, y no otra es "ser cada uno".*

Tal podemos interpretar para Félix de Azara, quien siguió una vida lineal con los altibajos, protestas y alguna rebeldía no mayúscula como las corrientes en cualquier vida juvenil. Fue atesorando experiencia de todo calibre y calidad, incluyendo la ruptura familiar, la soledad, la herida de Argel, la ausencia de su pueblo natal y la pesada rutina de las guarniciones, cumplimentando la dura tarea de un ingeniero militar de esos tiempos. Acompañó todo su acontecer con silencio y discreción, tuvo una vida prebiográfica sobre la que ya resaltamos que si hubiera perecido en Argel, poco más sabríamos de él de lo que conocemos sobre las vidas y personas de las miles de víctimas del mismo episodio.

El quinquenio siguiente a la expedición a Argel en la vida de Félix, es uno de los más misteriosos de la misma. Y lo es por el silencio rutinario que guarda, absorbido en su tarea, distante de toda relación humana, afectiva o intelectual que podamos reconstruir. Sin embargo, la contracara de esa forma de vida, ha sido el desarrollo interior de un elemento central que corresponde a uno de los que llamamos puntos nodales de su biografía, que son esas intersecciones entre la vida personalizada y el mundo que la rodea, pero que no son contingentes y efímeras, como sucede en la mayoría de los casos y para la mayor parte de los seres humanos.

Son momentos de crecimiento cualitativo de la persona, de incremento hacia niveles superiores en la relatividad del ascenso de lo humano que hay en el primate básico, y que apunta en una dirección que, al contrario de arbitraria, está direccionada por el crecimiento selectivo del todo personal y social. Son los momentos centrales en los que el ser humano unitario, limitado y a veces, incapaz de comprender, asciende en trascendencia y arrastra consigo al frente central de avance del **todo**, cuyo sentido en última instancia se nos escapa.

Félix de Azara consumó ese giro esencial de su vida en América. El que hasta ahora conocimos dentro de enormes limitaciones documentales, no fue sino el protagonista de una etapa preparatoria. **La forja de un ilustrado**, como la denominamos. Llegó a serlo en el más pleno sentido de partícipe de la mentalidad ascendente del siglo XVIII. Hemos visto cuán difícil es determinar cómo, mediante qué influencias, qué vivencias decisivas, qué mutaciones interiores fueron necesarias para ello. Faltos de otros elementos, se desprende de nuestra crónica que el factor crucial ha sido el que llamamos **Zeitgeist**, el signo de los tiempos. Pero, algo así en una biografía que quiere y debe ser concreta y objetiva, no va mucho más allá de representar una coartada que reemplaza hechos concretos ignorados e indescifrables, intercambiándolos por una suerte de entelequia que se puede interpretar de variado y diverso modo.

Félix de Azara actuó así. De pronto, ya en el Paraguay o en camino hacia él, comenzó a transformarse. De esa forma la historia individual recapitula la colectiva. No se trata, ya lo señalamos, de la desobediencia caótica y autodestructiva del enervado estéril, o de la momentánea y perecedera agitación de simples reacomodamientos vitales, sino de una respuesta emergentista ¡otra vez la teoría sistémica! resultante de los movimientos internos mentales y espirituales, expresados por la marcha del "vector" interior del que habló Julián Marías en su **Antropología metafísica** (1970) el que en un momento del desarrollo vital requiere una salida que siempre resulta desconcertante para los testigos y transformadora para quien la experimenta.

Por eso, debemos prepararnos para dejar, a partir del levado de anclas en la boca del Tajo de la

fragata **Santísimo Sacramento**, al Félix de Azara de la vida de guarnición, de los trabajos rutinarios y propios del mantenimiento ordenado de una nación, tarea que le tocaba centralmente a los ingenieros militares. Al Félix de Azara de los ríos Jarama, Henares, Oñar, Ter, Gerona, de las fortalezas y murallas, de los muros defensivos y enclaves fortificados tan valiosos en Mallorca y en el castillo fortificado de Barcelona, por ejemplo, embebido en los paisajes variadamente abigarrados y capaces de conmover su sensibilidad esa España silvestre y rústica. Esa faz sensible que, estamos seguros debió de ser de una intensidad excepcional bajo su talante aparentemente seco, frío y reglamentarista.

¿Quién podría reconocerlo en el jinete apenas ataviado con una chaqueta militar sobre el hábito paisano, cabalgando enjaezado a la rústica, al frente de su partida de colaboradores, en las selvas tropicales de las Cordilleras paraguayas, tomando los datos topográficos y demarcatorios de los cerros de Yaguarón o de Paraguarí, determinando el poblamiento, sus recursos, escrutando su historia y especulando acerca de las posibilidades futuras. También y fundamentalmente, tratando con seres de una alteridad extraña, que hablaban un lenguaje que él ya estaba aprendiendo, lleno de vocales inusitadas y de resonancias desconocidas?

La "vida" de Félix de Azara, a la que en las largas páginas precedentes hemos apenas captado como una sombra que se corporiza cada tanto y en esas ocasiones hace acto de presencia entre vacíos cuyos contornos llegamos a entrever y que nos esforzamos por iluminar con plenitud, para que quienes sean capaces de rastrearlo mejor, o si llegaran a ser dueños de la información fáctica, de la que por ahora, y tal vez para siempre carecemos, puedan lograrlo. Ésa es la prueba viviente de una desobediencia como aquélla de la que hablara Fromm. No fue la que ejerció una desobediencia tan simple y tan corriente como fugaz, de las que se dan en cualquier vida. En él fue la consecuencia casi natural de un desarrollo propio, íntimo, al que suponemos de gran profundidad espiritual, aunque con cierta levedad intelectual, pues no era una mente filosófica la suya.

Lo llevaron casi naturalmente por ese camino sus infortunios juveniles, el fracaso en la Universidad de Huesca, su inclinación final ya tardía (tal vez forzada por las circunstancias) hacia la vida militar, cierta "insularidad" personal que lo aislaba y preservaba o escarnecía su vida interior. También, el particular talante y el peso de la ancestral condición estamentaria de su crianza y herencia familiar, la que por más que en lo práctico pareciera superada, seguía vigente en la base de su cosmovisión, al igual que sucediera en la de Jovellanos y aun en la del rebelde Cadalso; o densa y con la naturalidad de las realidades psíquicas de un paradigma estructural fuerte y conciso en su hermano José Nicolás, y también en la mayoría de los ilustrados de la generación central de las Luces a la que Félix perteneciera. También su herida y su soledad personal, adusta firmemente ejercida y consolidada en los primeros cuarenta años de su cotidiano vivir, hasta ése 23 de enero, en el que partiera de Lisboa. Todo eso debía estallar en una angustia intolerable, en una neurosis como suele diagnosticarse actualmente. O en una "crisis de transformación", como la que experimentó en América o mucho más precisamente, en sus años paraguayos.

Erich Fromm (1967: 164) dice que

"...la mayor parte de la gente fracasa en el arte de vivir no porque sea intrínsecamente mala o tan carente de voluntad que no pueda vivir una vida mejor; fracasa porque no despierta ni ve cuándo está en una bifurcación del camino y tiene que decidir. No se da cuenta de cuándo la vida le plantea una cuestión y cuándo tiene aún diferentes soluciones...".

Con este concepto estamos cerca del sentido de lo que suele llamarse iluminación o transformación trascendente. Sabemos que en la vida de Félix de Azara hubo un punto temporal de inflexión en el que intuyó esa bifurcación de caminos y supo elegir. En este acto tan simple, al par que tan profundo y decisivo, reside la clave de la proyección ulterior de su vida, de su persistencia póstuma y de la necesidad experimentada tanto, en su tierra natal como en la patria adoptiva, como supiera distinguir al Paraguay por conocerlo y reivindicar al máximo su figura y personalidad.

Nuevamente Laín Entralgo (1978: 183) nos da una clave posible del giro personal de nuestro protagonista al asumir la segunda etapa de su vida:

"Nuestro tiempo –tiempo de tribulación y de crisis– proscribe el optimismo y da ocasión a la desesperanza sincera y a la esperanza genuina. Nace aquélla cuando el alma se deja llevar por la circunstancia histórica. Hácese esperanza la espera cuando, por contraste, el alma sabe llegar al fondo de sí misma a través de todo lo que el cuerpo y el mundo han puesto en ella, y en el seno de la desolación histórica, de la enfermedad o de la angustia descubre que la realidad, más allá del tiempo y de la muerte, mana de un fondo creador, gratuito y obsecuente: léanse las páginas de ***Etre et Avoir****, de G. Marcel, y el capítulo* ***"De l'espérance"****, del libro* ***Le buisson ardent****, de K. Stern. Una esperanza que puede ser "pesimismo histórico", pero que no deja de ser "optimismo trascendente", ha ocupado ahora el lugar de la desesperanza y la angustia. "Somos esperanza ante la posibilidad de convertirnos en desesperación", escribe Landsberg; "La esperanza es el acto por obra del cual es vencida activamente la desesperación", dice G. Marcel. En estas dos frases, ¿no se ve latir una esperanza auténtica bajo el ethos desesperanzado y angustioso de nuestro tiempo?".*

Todo esto demuestra que la biografía es un arte difícil y profundo, que está muy lejos del tono ditirámbico de la apologética y también del ideológico del externalismo radical. Hemos procurado conciliar el sentido profundo de la significación de la persona en confluencia, confrontación, armonía o actitud agónica con su tiempo y con sus pares. Sólo se puede acceder a algo tan completo y casi inexpresable como es la vida de un ser humano concreto en una época real, absorbidos todos, persona y época, por el tiempo devorador. Se podría achacar cierto teoricismo en la interpretación de acontecimientos y actitudes del fuero íntimo de un ser humano. Sin embargo, el requisito hermenéutico esencial es la profundidad del análisis. Aunque asumamos la cuestión como "caja negra", en una actitud meramente conductista, igualmente sentiríamos asombro y desconcierto ante los detalles que vamos hilvanando de la vida de Félix de Azara. Como establecía López Piñero (1996), el historiador de la ciencia vuelca su mentalidad en la expresión de sus resultados y, en ese sentido, quisiéramos insistir con una interpretación de lo biográfico del destacado humanista español:

*"Siempre he luchado contra la contraposición entre las historias externa e interna de la ciencia, en busca de una zona de confluencia, lo que se solía llamar historia "**total**", en la medida de lo posible…"*

Nuestra insistencia en Azara y su tiempo, en paridad de enfoques y con imposibilidad de separación unilateral del uno con el otro, está en la base de nuestra interpretación, en la que no debe ni puede reducirse la historia de la ciencia a la de las grandes figuras. Sin embargo, sí reconocemos que las mismas existen y que la biografía se transforma en labor de exégesis, rastreando para cada protagonista analizado una concurrencia de persona y tiempo, de creación y medio circundante, de individuo y sociedad; lo único que puede resultar es una interpretación coherente y válida para uno de los propósitos fundamentales de la biografía: trascender el orden cognitivo para entrar en el ejemplarizador y pedagógico.

Sin análisis epistemológico no se puede arribar al hecho innegable de la realidad de cada persona en su tiempo. Ya repetimos con Bunge la idea de la realidad ontológica de las emergencias del pensamiento y del orden vital-mental sistémico. Félix de Azara resulta paradigmático en ese sentido. Sólo en base a consideraciones primarias como las que traemos a cuento en nuestra tarea biográfica, se puede comprender la realidad ontológica del aporte tan discutido, exagerado o embanderado, de lo que pudiera haber contribuido Azara a la génesis de las ideas de Darwin. Si bien éste será un tema fundamental en los sucesivos tomos de este estudio, los mismos son ciertos en cuanto a que toda enunciación resultante de un proceso mental original, cualquiera sea la finalidad y el contexto en que se pronuncie, constituye un emergente real, que cumple un papel necesario, en el caso de la historia de la ciencia, en la sucesión de estados mentales, necesaria para la secuencia encadenada de paradigmas, inconmensurables unos con otros, pero ininteligibles fuera de esta interpretación secuencial.

Los aportes originales en la ciencia, particularmente en la biológica, han sido valiosos cualquiera fuera su enunciado, considerados en cuanto a un criterio de verdad relativa. Todos ponen su contribución para lograr una **formalización** del pensamiento en el frente de avance del conocimiento. El discípulo de José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, ha definido a la formalización, como la capacidad de incluir en conjuntos figurales diversos, cada uno de los elementos que compone el campo perceptivo (véase Laín Entralgo, 1978: 63). Ésta es la base del encadenamiento de las ideas y mentalidades grupales o tan sólo coparticipadas, como lo fue en sus inicios, la historia natural en la primera mitad del siglo XIX y, constituye también, el mayor argumento acerca de la imprescindibilidad de la obra azariana.

Como la exposición y valoración de esa obra azariana es el objetivo mayor de esta biografía, pues además persigue el ya enunciado objetivo ejemplarizador, podemos concluir que la misma es valiosa y necesaria por dos razones fundamentales: por una enteramente de orden teórico y cognitivo, que corresponde a la historia general de la ciencia. Por otro, porque en lo práctico y objetivo, que es lo que trata la historia puramente como tal, significó el inicio de la ciencia natural en tres países de América del Sur: el Paraguay, la Argentina y Uruguay. Además, en España y, a pesar de la caótica situación en la que dio a luz sus escritos americanos Félix de Azara, fue su contribución un hito tan valioso como el que representaran a su vez y en su tiempo, tan diversos aragoneses ilustres, como Baltasar Gracián, Ignacio de Asso y del Río, Isidoro Antillón, Lucas Mallada y Pueyo[1] y toda una promoción sucesiva de figuras significativas, surgidas y creadas en el azaroso devenir histórico español, pero culminadas con la última figura solitaria, Odón de Buen[2], casi

1 Lucas Mallada y Pueyo [1841-1921]. Fue una destacada figura de la ciencia natural española, aragonés, nacido en Huesca. Ingeniero de minas, paleontólogo y además pensador y escritor con trascendencia nacional pues formó parte del llamado Regeneracionismo español, un movimiento intelectual surgido en el siglo XVIII que abordó la meditación seria y sistemática acerca de la decadencia y el atraso de España, a la que sentían desligada de Europa y retrasada en ciencias y en el pensamiento superior. Tuvo cierto influjo del krausismo y se complementó a partir del trágico 1898 con la llamada "generación del 98" que acometió con igual pasión y profundidad el análisis de la situación de España, pero desde el punto de vista estético, literario y filosófico.

2 Odón de Buen y del Cos [1863-1945]. Na-

ya en nuestro ayer cercano, configurando la condición vertebrada que exigía Ortega a una cultura sólida y que es la que hoy ostenta la aragonesa.

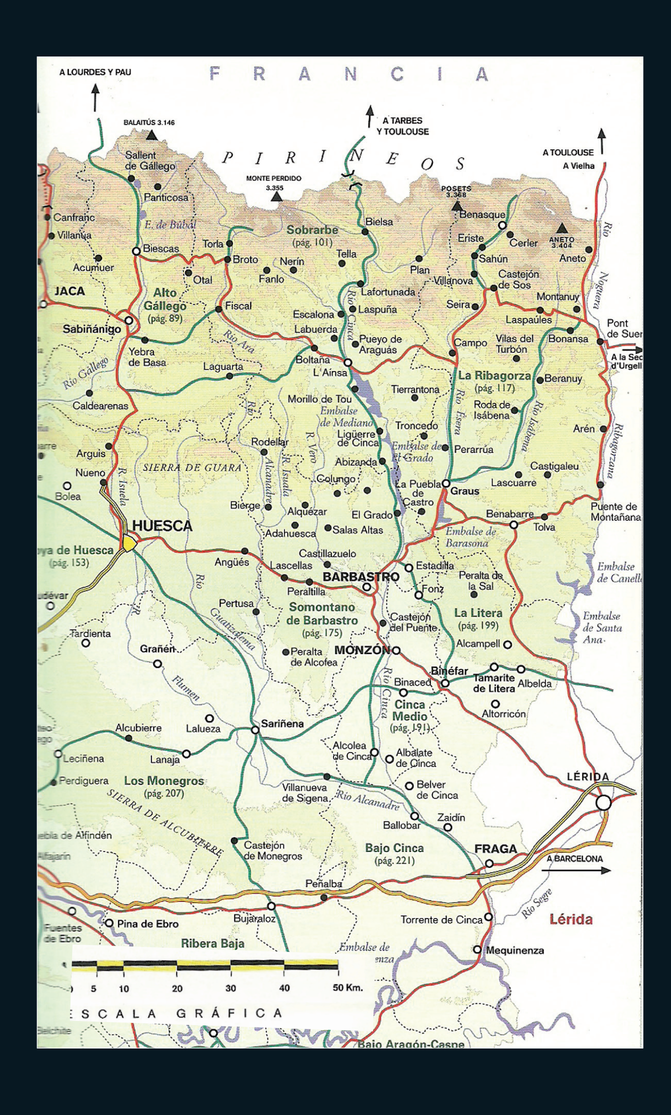
---

turalista aragonés especializado en zoología marina, nacido en Zuera, (Zaragoza) y fallecido en México, en el destierro, en 1945. En muchos sentidos se puede considerar que fue uno de los fundadores mayores de la Oceanografía Biológica Española.

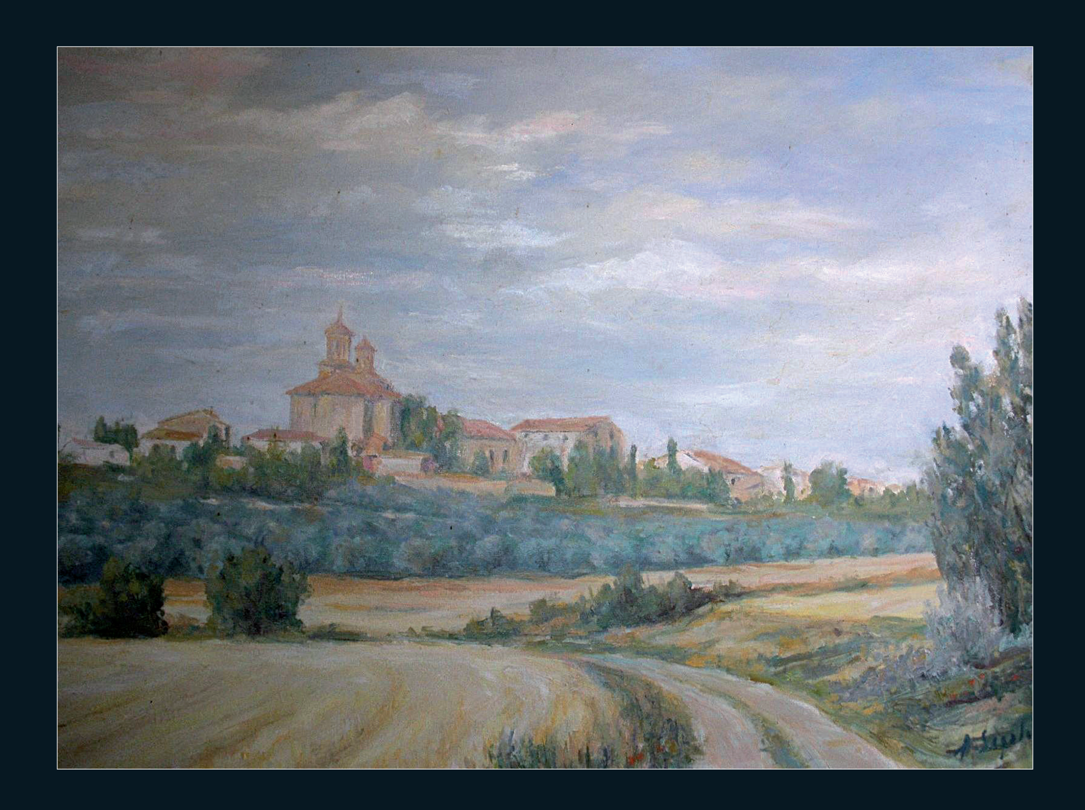
Ilustraciones Azarianas



La idea del posicionamiento geográfico en el siglo XVIII, recién completaba el ciclo iniciado en el XVI con el auge de la cartografía. Este **portulano o portuario** del siglo XV revela la evolución de lo que hemos llamado la razón cartográfica, es decir, la noción mental colectiva del posicionamiento terrestre. Aún persistía una representación en el imaginario colectivo no ilustrado, más coincidente con este portulano que con la cartografía que desarrollarían los demarcadores hispanos en América. Nótese la representación de los reinos aún persistentes de Aragón y Valencia, comprendiendo a Cataluña. Original en Madrid, en el Museo Naval.



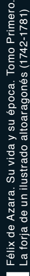
La comarca azariana, denominación usual para el Somontano de Huesca-Barbastro-Barbuñales, forma parte de la provincia aragonesa de Huesca. Comprende casi la totalidad del Alto Aragón, excepto la porción más oriental que pertenece a la provincia de Zaragoza. Está a los 41° 15’ de latitud septentrional, corresponde a una meseta pre-pirenáica que localmente oscila entre los 700 y los 800 metros s.n.m. La provincia comprende 15.615 km2 abarcando la tierra alta y la llana. De la primera bajan los ríos cortando el territorio hacia el sur. La mayoría han sido represados. El Vero y el Alcanadre son los que estuvieron más cercanos durante la infancia de Félix de Azara.



La belleza adusta y serena del Somontano se interrumpe en un paraje preciso del camino, entre Pertusa y Peraltilla, donde la vista sorprendida y halagada registra la discontinuidad del paisaje semiárido de lomas y collados dispersos en campos yermos, ofreciéndosele en una elevación cercana, tras una barrera de olivares el pequeño pueblo de Barbuñales, sede de la casa solariega familiar desde el siglo XV y cuna de los de Azara-Perera. La mole de la Basílica se destaca en el centro de la ilustración, con el caserón de los Azara entre el caserío de techado bajo. Se notan agrupaciones de chopos, cultivos en barbecho y manchones de árboles frutales. El cielo, con nubarrones altos es propio del Somontano de Barbastro en la estación estival avanzada y en el otoño. Se trata de un óleo pintado por el gran conocedor del Somontano y estudioso azariano, don Antonio Segalés Alegre, en el año 2007, intitulado Olivar y casa solariega de los de Azara, Barbuñales, Huesca. Es el punto nuclear de la comarca azariana del Somontano de Barbastro.



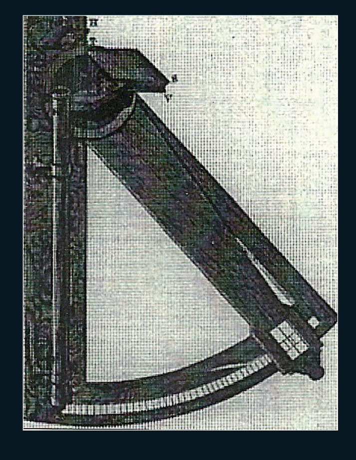
El futuro Carlos III, niño aún, es entusiasta de la botánica, al uso de la ápoca. Trata de identificar una flor mediante un manual, en esta bella obra del pintor Jean Ranc, 1724. Conservó toda su vida su afición y respeto por las ciencias de la naturaleza.

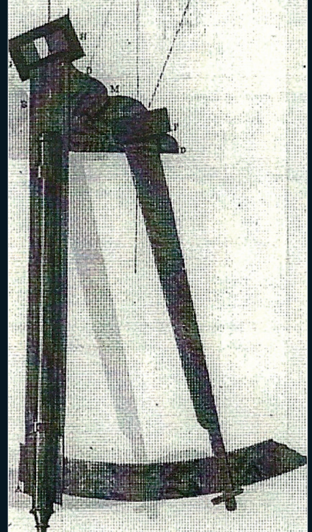


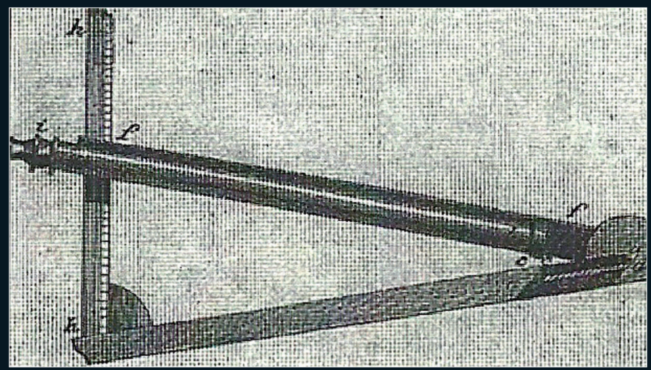
La figura simbólica de los ingenieros militares españoles es la que se representa a la derecha. Centrada sobre ella la corona le confiere carácter de Real Corporación. La torre de tres plantas y de doble almenado construida con piedra y argamasa, la puerta de madera espesa y soportada por un arco de piedra, simboliza las construcciones militares y las fortificaciones como tarea central de este cuerpo militar. Dos ramas, la izquierda de roble y la derecha de laurel simbolizan la resistencia y el tesón, por un lado, y por otro la gloria recogida en sus acciones militares. La cinta roja, color imperial, liga a ambas ramas y como colgante ostenta una medalla de honor en homenaje al cuerpo de ingenieros. Fue adoptada cuando en el siglo XVIII se normalizó y reglamentó la profesión y desde entonces es símbolo de la misma. Posiblemente el uniforme de Félix de Azara, al menos el de gala, ostentaría este distintivo.



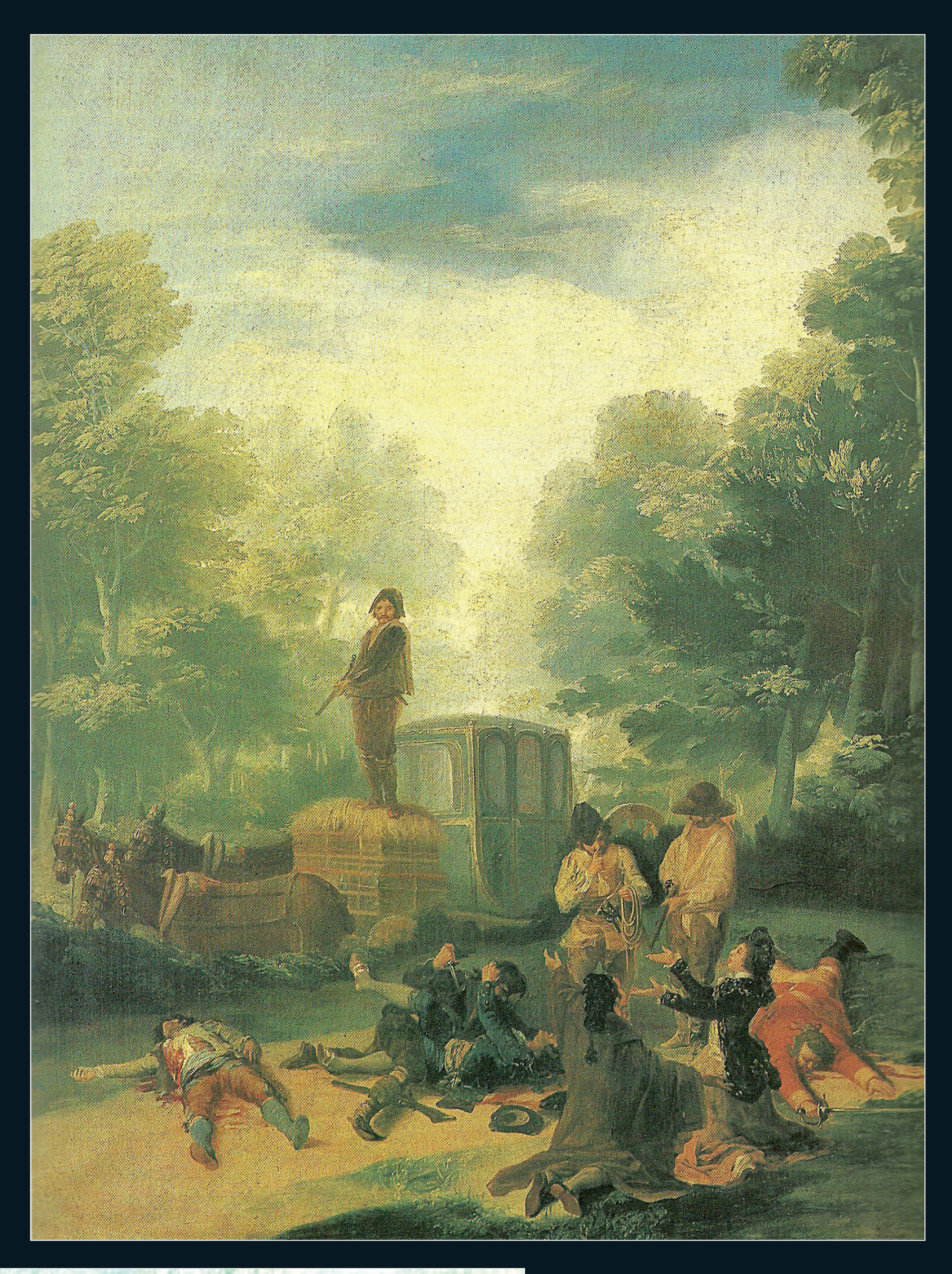
Uno de los grandes problemas de la navegación hasta bien entrado el siglo XVIII fue el de la determinación de la longitud geográfica. Hasta entonces se podían establecer con cierta precisión la profundidad (mediante sondas), la velocidad (con corredera y ampolleta), la dirección (mediante brújula) y medir la altura de un astro sobre el horizonte (con ballestilla, cuadrante y astrolabio) en un punto dado. Este último instrumento era de origen griego en la antigüedad, pero su uso cayó en el olvido y recién en el siglo XI los árabes lo reintrodujeron en España. Era muy rudimentario y debía ser perfeccionado. Robert Hooke [1635-1703] le introdujo la reflexión, mediante espejos, pero muy toscamente, y no resultó satisfactorio (Figura 1). En 1731 el astrónomo Edmond Halley [1656-1742]] lamentó en una sesión de la Royal Society de Londres la falta de un instrumento adecuado, y al oír su llamado su amigo John Hadley [1682-1744], con experiencia en óptica, ideó en 1732, un instrumento, el octante llamado de Hadley en 1732 (Figura 2). Coincidentemente y pocos meses después, Thomas Godfrey construyó un aparato casi similar en América del Norte. Ambos aparatos se usaron en la marina inglesa y francesa. Se basaban en estudios y cálculos previos de Isaac Newton realizados 30 años antes. Con el añadido de un vernier, se alcanzaba a los segundos en la lectura (el sextante de Godfrey, en la Figura 3). El complemento fue la creación de un reloj capaz de conservar la precisión en las embarcaciones en movimiento, lo que sobrevino en esos mismos años. Seguramente, a bordo de la **Santísimo Sacramento**, Félix de Azara y sus compañeros habrán experimentado con el novedoso instrumental, para mejorar la precisión de sus observaciones cartográficas y geodésicas en América del Sur [lustraciones de Raffaele Gargiulo: **La Navigaziones Astronomica**, 2001: 52-53]





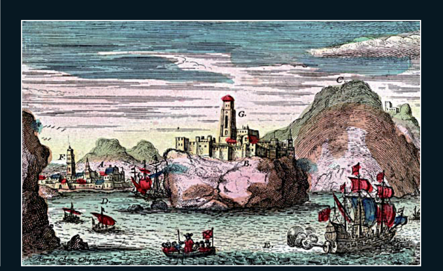


Un inconveniente más de los viajes por los caminos de España estaba dado por los tan comunes asaltos por parte de bandoleros. Como lo muestra esta obra pictórica de Goya llamada **Parada de la diligencia o asalto al coche** (1786-1787), conservada en la colección Varez Fisa, Madrid.

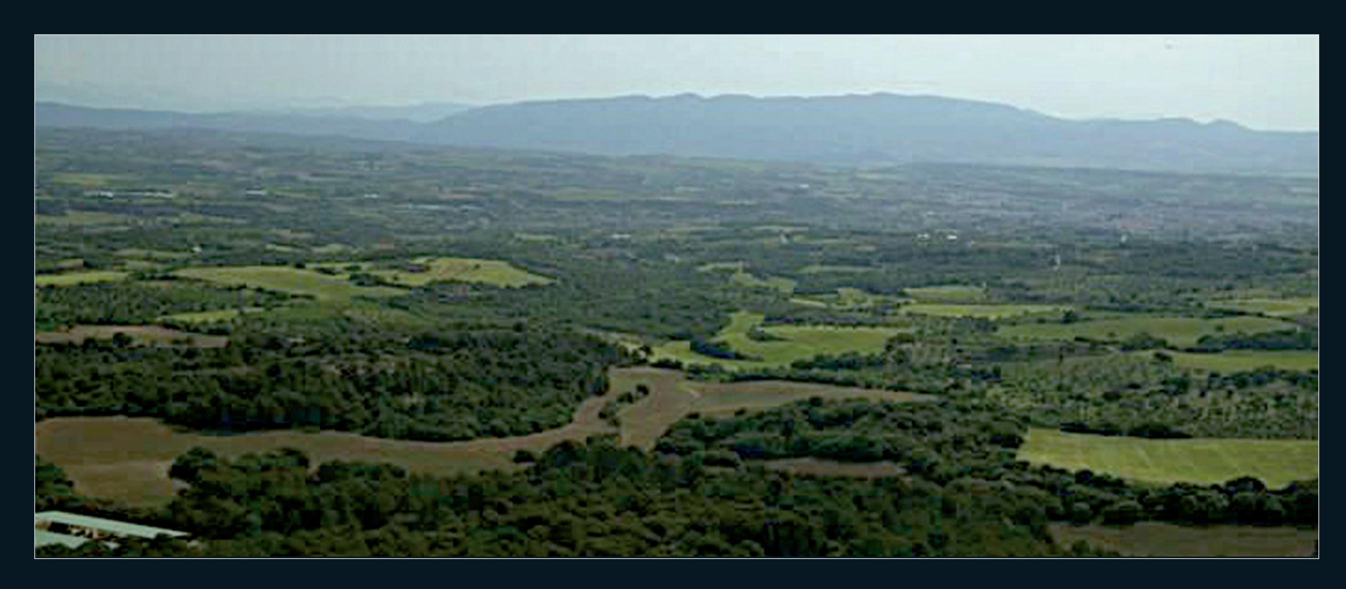




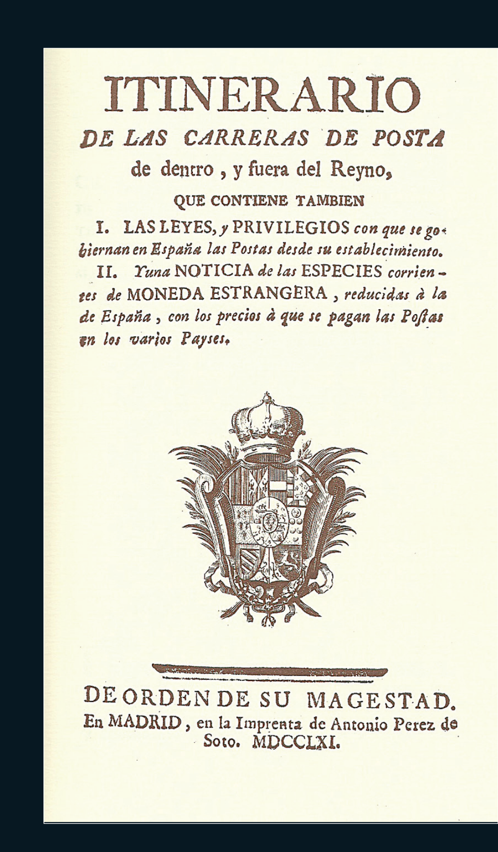
(Tomado del blog **La Taberna del Puerto**, LOS GRANDES MARINOS DEL SIGLO XVIII, Asociacón de Navegantes de Recreo, ANAVRE)



Bahía de Argel, según dos antiguos grabados.



El Somontano altoaragonés de Barbastro. Un paraje geográfico con íntimas relaciones azarianas, habitado familiarmente desde la llegada de los ancestros, los infanzones que lucharon en la Reconquista, en los inicios del reino de Aragón, casi un milenio atrás. El paisaje verdeante de arboledas, con olivos, almendros, almeces, carrascales naturales, campos labrantíos y algunas dehesas en espacios artificialmente abiertos. Todo ello sobre el suave relieve de lomadas y valles, algunos estrechos y que cuando llegan las lluvias sirven de escurridero para las aguas que llevan a los cercanos ríos Vero y el Alcanadre. Son ríos que llegan encañonados y torrenciales de las regiones altas donde están sus fuentes y descargarán sus aguas más al sur en el cercano Cinca. Al fondo se ven serranías bajas aún, propias del pre-Pirineo, hacia las que el paisaje asciende con moderado escalonamiento de mesetas casi imperceptibles en la vista desde un sitio silvestre, pero perceptibles en sendas, barrancos y quebradas. “Aquí nació la Corona de Aragón” en el año 1037, con la unión de Aragón y Cataluña bajo Ramiro II, como lo señala Severino Pallaruelo (2006). Los Azara estaban emparentados con muchas familias de Barbastro y de otros poblados menores de su jurisdicción. Félix de Azara y Perera vivió allí, casi un par de años durante la ocupación francesa, después de dejar Barbuñales y antes de asentarse en Huesca definitivamente. Fotografia de Santiago Cabello, Archivo del periódico **Aragón**, Prensa Diaria Aragonesa S.A.



ITINERARIO
DE LAS CARRERAS DE POSTA
de dentro, y fuera del Reyno,
QUE CONTIENE TAMBIEN
I. LAS LEYES, y PRIVILEGIOS con que se gobiernan en España las Postas desde su establecimiento.
II. Yuna NOTICIA de las ESPECIES corrientes de MONEDA ESTRANGERA, reducidas à la de España, con los precios à que se pagan las Postas en los varios Payses.

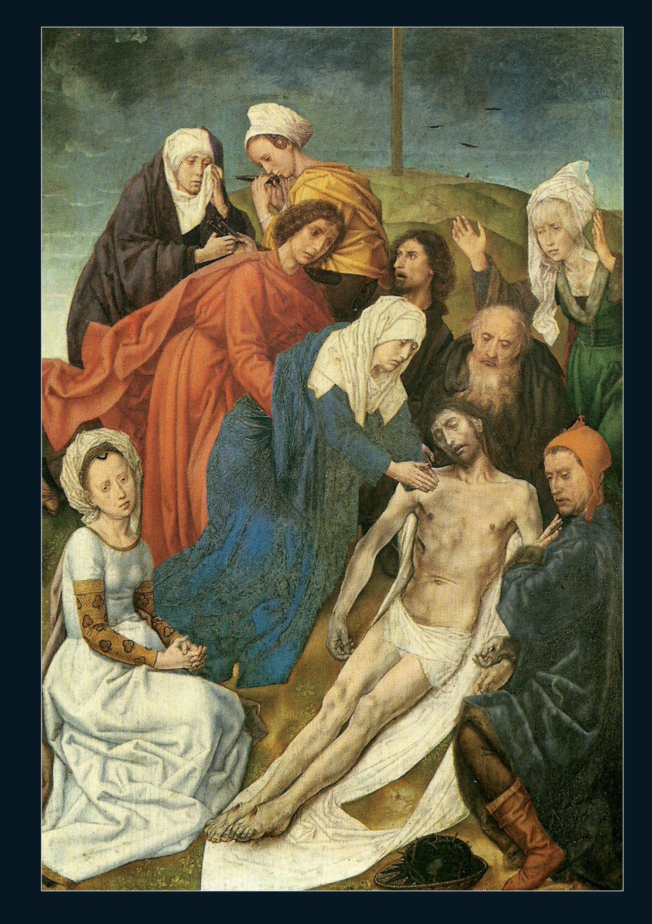
DE ORDEN DE SU MAGESTAD.
En MADRID, en la Imprenta de Antonio Perez de Soto. MDCCLXI.

En el siglo XVIII y para los desplazamientos civiles y militares a lo largo de España y también con proyección hacia Portugal, apareció una obra valiosa que tuvo amplia difusión y, seguramente estuvo al alcance de Félix de Azara en la Academia de Barcelona o en las guarniciones del interior. Fue la **Guía o Itinerario…** compuesto por Pedro Rodríguez de Campomanes, por orden real que contiene todo tipo de instrucciones con respecto a distancias, caminos, postas, moneda usual y demás detalles prácticos de las **“carreras de posta”** o sea de las antiguas y precarias carreteras de la península Ibérica. Se muestra la portada de la obra según una reedición facsimilar realizada por el Ministerio de Fomento en el 2002. Contiene un utilísimo y detallado mapa desplegable. Mediante su consulta suponemos los itinerarios posibles en los desplazamientos realizados por Félix de Azara.

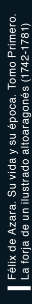




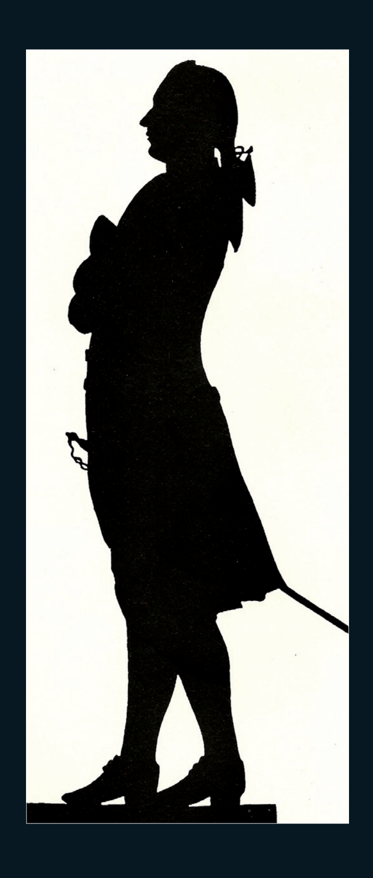
Un pintor desconocido portugués dejó en el siglo XVI esta obra hoy depositada en el Museu Nacional de Arte Antiga de Lisboa. Su título **O Inferno** sintetiza su contenido expresivo. En la historia de las mentalidades y del pensamiento se incluye también el contexto teológico del imaginario colectivo. Éstas eran las imágenes vigentes en el mismo acerca del destino de los pecadores y violadores de las normas eclesiásticas de honestidad y recato. El siglo XVII fue el de la gran transición hacia la racionalidad. En las mentes más esclarecidas desapareció esta interpretación llena de espanto y superstición, reemplazándose por un deísmo más espiritualizado y con un sentido más profundo de las prédicas metafóricas tanto de la Iglesia Católica como de la Reformada. La generación central de las Luces a la que perteneció Félix de Azara ya no interpretaba de este modo el castigo divino y el más allá.



En el arte de la biografía una de las mayores fallas metodológicas es la proyección de circunstancias actuales a personas y acciones del pasado. Esto, llamado **presentismo o actualismo**, olvida que el ser humano es él y su circunstancia (Ortega y Gasset). La **circunstancia** es el signo histórico de la época. El mejor ejemplo lo tenemos en los pintores que representan escenas de la pasión de Cristo con personajes vestidos al modo de la época del autor, como en este caso lo hace Hugo van der Goes (siglo XV) en su obra **Il Compianto di Cristo**. La sensación puede parecer real pero, en el fondo, es falsa.



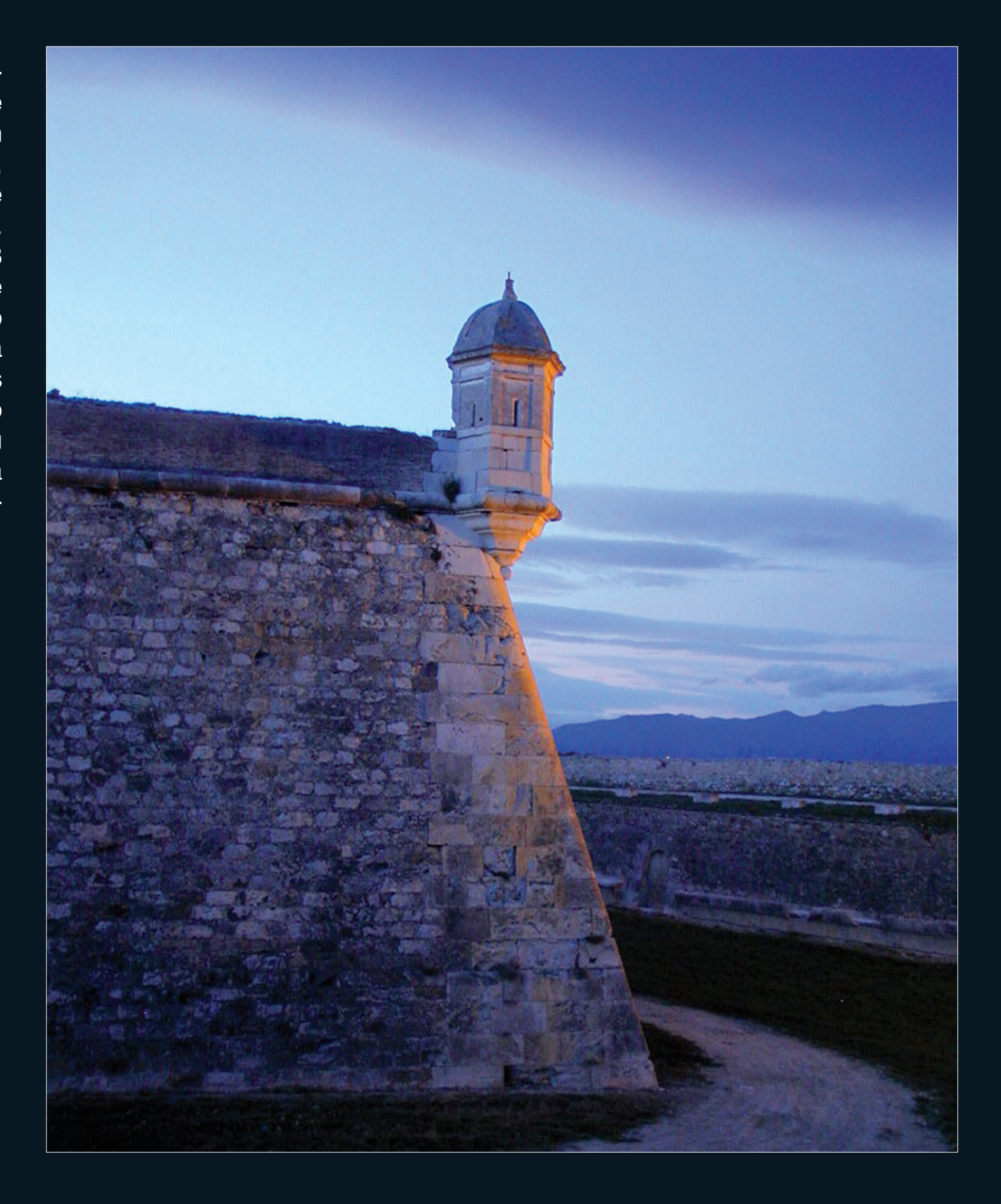
En el texto hemos hecho referencia a las **siluetas** como un elemento corriente de representación de una figura humana. La misma es una forma metafórica de referir a la biografía: falta de elementos suficientes para la reconstrucción textual del personaje, por eso trata, al menos, de perfilar una silueta del mismo en la que el oscuro interior conserva muchas veces vigencia dado que hay una parte imposible de recuperar, absorbida por el tiempo. En este caso estamos ante la silueta de Johann Wolfgang Goethe, uno de los más distiguidos ilustrados del área germana. El arte de las siluetas había sido creado por Johann Lavater, el creador de estas representaciones, quién tenía la idea de que toda representación externa de un ser humano contenía elementos indisimulables de su carácter. Además de las siluetas creó la Fisonomística asimilando figuras animales a representaciones humanas.





En el siglo XVIII, a pesar del adelanto de la medicina española, surgida activamente con los **Novatores de Valencia** como precursores del XVII, y el desarrollo de las escuelas y academias en Sevilla, Valencia y Zaragoza, subsistían como en la mayor parte de las ramas del conocimiento vestigios de antiguos caminos del saber, previos a la razón y al conocimiento experimental. **La alquimia**, en la que la obra de Johannes Stradanus representó en 1570 el laboratorio de elaboración de fármacos. A pesar de los avances perduraba el desconocimiento íntimo de la fisiología y eso daba lugar a estas remanencias.

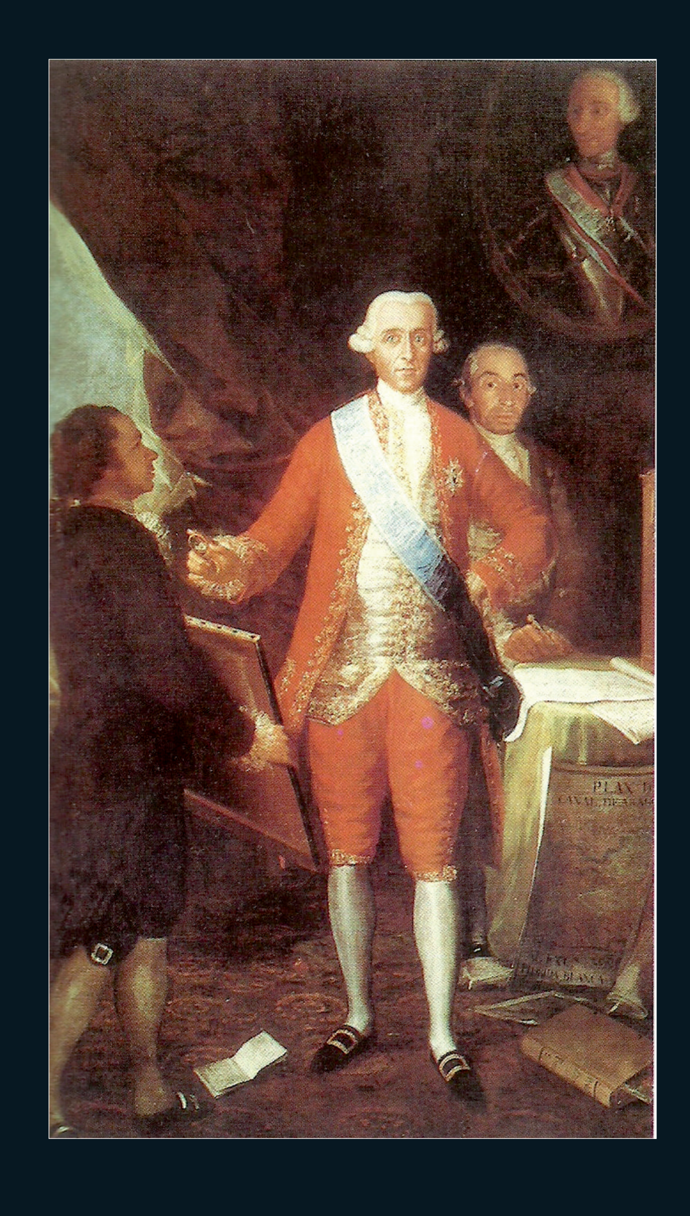
Castillo de San Fernando. Una imponente fortaleza española en el Ampurdán Catalán, cerca de Figueras y de la frontera francesa. Fue erigido entre 1753 y 1766. Tras egresar de su carrera de ingeniero militar Félix de Azara participó de las tareas de perfeccionamiento de esta obra que en su tiempo tuvo importancia estratégica por las guerras con Francia.

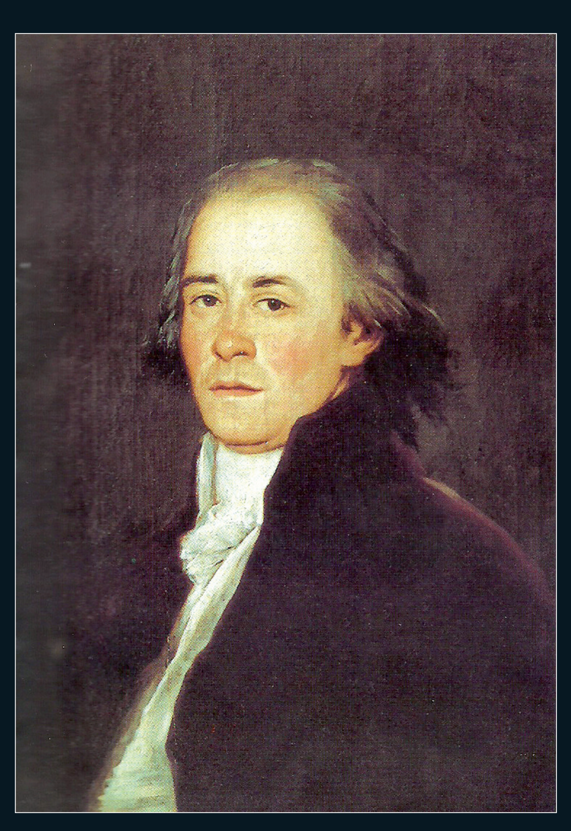




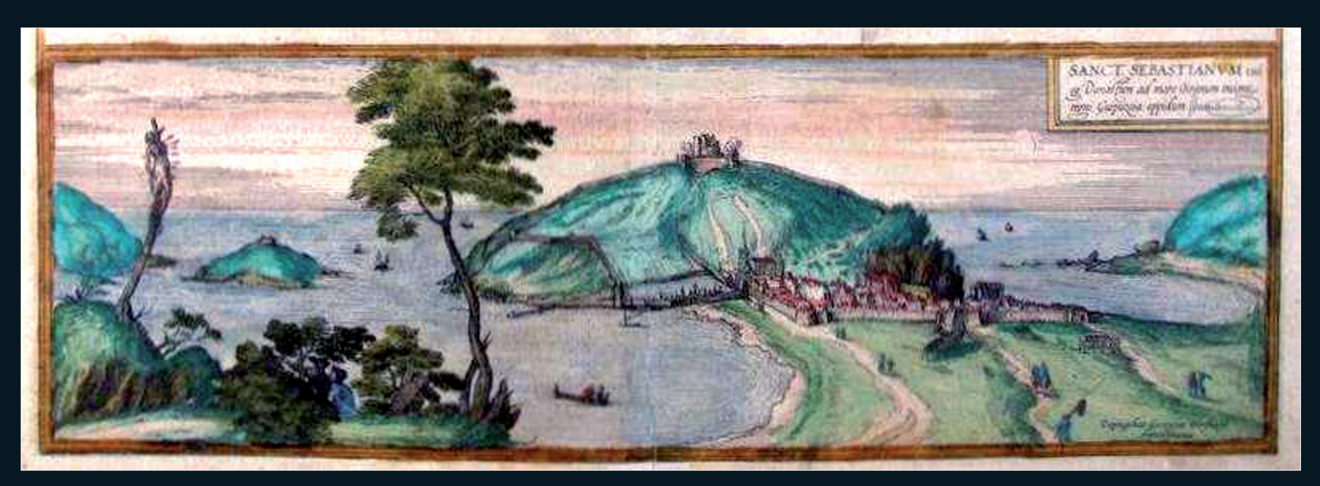
Francisco Lalanne, conde de Cabarrús [1752-1810]. Está representado por esta pintura depositada en el Banco de España en Madrid y ejecutada por Francisco de Goya en 1788. El de Cabarrús es un caso típico de la burguesía en ascenso hibridada con la nobleza y ascendiendo a altos cargos en la corte. Había nacido en Bayona, Francia y era miembro de una familia de comerciantes. Su saber económico y su habilidad mercantil le dieron prestigio y Floridablanca lo convirtió en consejero económico de Carlos III. Integró la Real Sociedad Matritense de Amigos del País, en nombre de la cual pronunció una apología obituaria ante la muerte de Carlos III en 1888. Fue amigo de Jovellanos y protegido por el Príncipe de la Paz Manuel Godoy. Al producirse la invasión francesa colaboró con José I, del que fue ministro de hacienda. Por esta razón debió desterrarse a Francia en 1814. Su hija fue la célebre Madame Tallien. Escribió diversas memorias y tratados sobre economía. Ordenó las finanzas, el régimen bancario y los impuestos.

José Moñino y Redondo, conde de Floridablanca [1728-1808]. Fue uno de los personajes notables del siglo XVIII español. Había estudiado leyes e ingresó en la función pública dentro del programa de la llamada **Nueva Planta** borbónica. Aunque ennoblecido por Carlos III, no pertenecía a los llamados Grandes de España. Con motivo del Motín de Esquilache en 1766 fue primer ministro reemplazando al nombrado. Era un típico representante de los **golillas**, es decir, burócratas de carrera y de gabinete. Hizo un gobierno equilibrado buscando la paz con Portugal. Fomentó las obras públicas y la economía con ideas mercantilistas modernas. Fue antagonista del **Partido Aragonés** del conde de Aranda. Francisco de Goya pintó este lienzo en 1783 y está en poder del Banco de España.

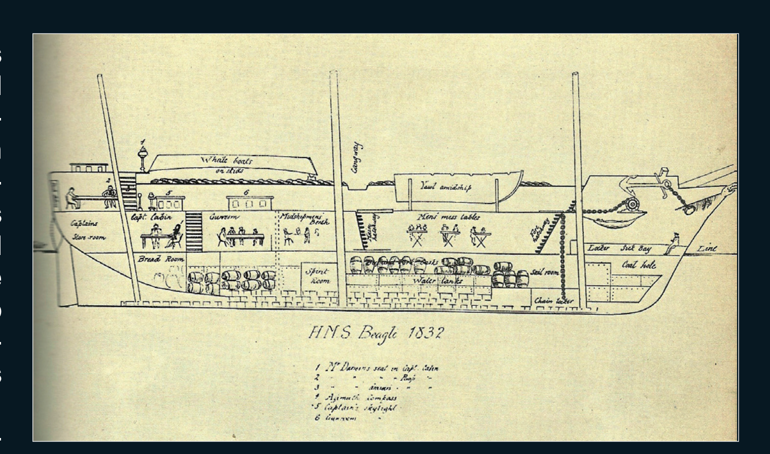




Este óleo pintado por Francisco de Goya en 1797 representa las nobles facciones del poeta, jurista, hombre de estado y precursor del pensamiento liberal que fuera **Juan Meléndez Valdés**, extremeño, 1754-1817. Actuó durante varios años en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. Su condición de erudito y estudioso de suaves modales e interés por la educación popular llega incluso a reflejarse en sus poesías. Fue amigo de Cadalso y de Jovellanos, y como ellos racionalista y deísta. Opuesto a la tiranía instaurada por Fernando VII, y temeroso de represalias por haber colaborado con los franceses hasta 1814, debió desterrarse a Montpellier, Francia, donde falleció en 1817. La obra está en el Barnald Castle Bowes Museum, en Inglaterra.



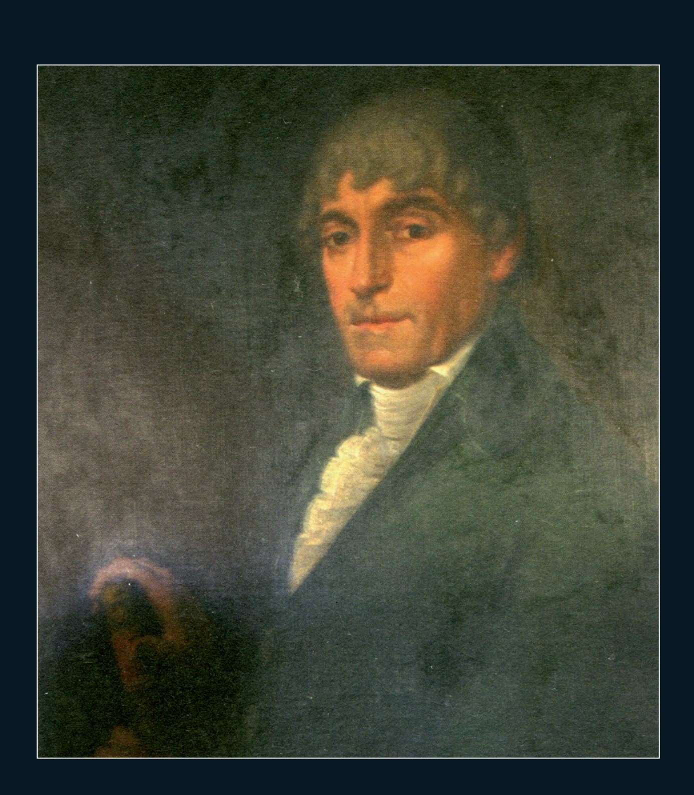
El peñón de Urgull corona una especie de digitación rocosa o morro que se adentra en el Mar Cantábrico por el noreste, cerrando por ese flanco la ría en la que se tiende San Sebastián. En su cima un fuerte de origen medieval protege con sus defensas el acceso de embarcaciones extrañas, dado que por aquí se realizaba un gran monto del comercio externo de Navarra y de Aragón, en especial de las lanas. En lo alto del morro se destaca un fuerte de antiguo origen, pero renovado y hecho casi inexpugnable desde el siglo XV, con un largo historial bélico en los siglos ulteriores. Al pie de la fortaleza se desarrolló, lentamente primero, y después con ímpetu la ciudad de San Sebastián. Después de recibir el ascenso a Teniente Coronel estando aún en Lérida, Félix de Azara pasó a revistar en la dotación del fuerte, cumpliendo tareas con el refuerzo y reparación del mismo. Allí recibió en 1781 la orden oficial de marchar a Lisboa para partir en una comisión real en ultramar. En la lámina aparece un antiguo grabado representando el morro de Urgull, que muestra en su coronación el fuerte hispano para la defensa de la bahía o ría de San Sebastián. Posiblemente fue pintada en los primeros tiempos de la instalación de la ciudad, la que se restringe a la base del peñón y al puerto protegido que ofrece en una concavidad hacia la tierra. La ciudad es aún incipiente y está rodeada por murallas que poco después fueron superadas por el desarrollo urbano y en su mayor parte demolidas. En la coronación de un cerrito en lo profundo de la ría aparece la imagen de San Sebastián, donada por los reyes de Navarra al convento de Leyre. (www.diariovasco.com)



Uno de los mayores inconvenientes para los viajeros en las largas travesías cruzando el Atlántico era la incomodidad y los padecimientos de todo tipo que se experimentaban a lo largo de plazos poco definidos de tiempo puesto que la tardanza variaba según las condiciones meteorológicas halladas en el camino. Todos los testimonios escritos que nos han llegado son parcos en detalles pero expresan el malestar general de quienes debían viajar hacinados, incómodos, afectados por el calor, la escasa ventilación, los mareos, y la alimentación con productos predominantemente salados o guardados en vinagre. El pan no era fresco, a veces se agusanaba pues no se podía panificar a bordo. Cuando había tormenta o borrasca no se podían encender los fogones y debía recurrirse solamente a salazones en condiciones de pobreza del agua potable. En este caso, la lámina tomada de Alan Moorehead (1969: 39) muestra un corte longitudinal por la línea media, del célebre Beagle, en el que hizo Darwin su viaje de tres años. Se trataba de un bergantín de tamaño relativamente pequeño pero deja una idea acerca de lo que fue la navegación a vela en embarcaciones de madera. En la popa asentaban el camarote del capitán, su despacho y un depósito para sus pertenencias. A veces se compartían con los oficiales que dormían en espacios comunes, bajo cubierta, con claraboyas y ventilación por encima. El hacinamiento de productos tanto para consumir en el viaje como para llevar al destino y, además los equipajes de los viajeros ocupaban la mayor parte del espacio. El mar picado o violento impedía realizar paseos por cubierta y obligaba a cerrar las escotillas de ventilación tornando casi insoportable el aire en el interior. No muy distinto debió ser el interior de la fragata mercante en que viajaron Félix de Azara y sus acompañantes.



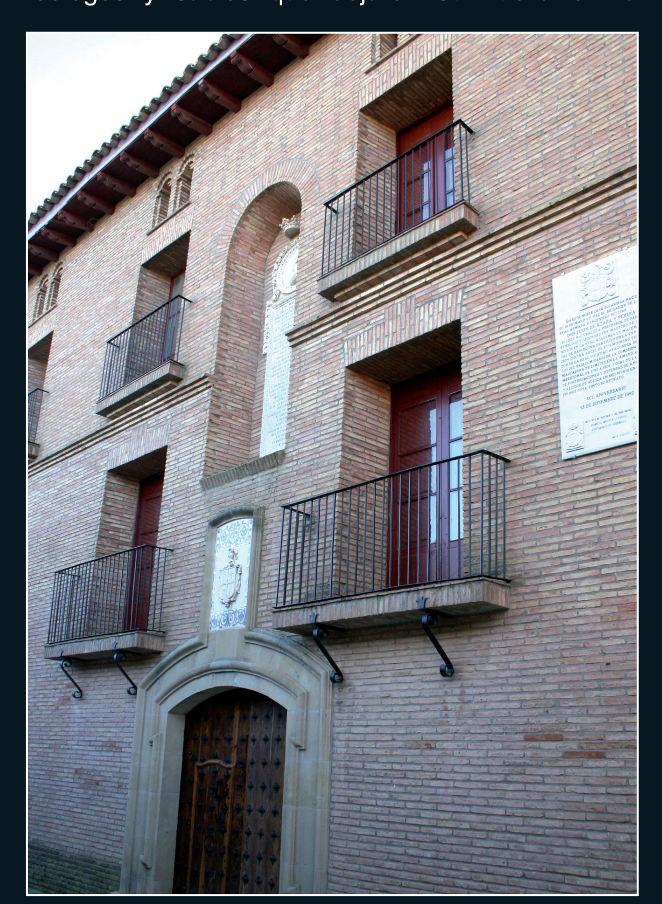
Cierra este primer tomo de la vida de Félix de Azara y su Tiempo, la llegada de los demarcadores Azara, Aguirre y Alvear por primera vez a América. Tocaron tierra en el puerto de Rio de Janeiro. El clima tórrido, la humedad permanente y la vegetación exuberante que lo domina todo, además de una población abigarrada y diversa, tuvo que haber sorprendido y asombrado a los viajeros, quienes aún carecían de las connotaciones expresivas que provocaba la belleza. Además, la comparación con el clima de España y de África –los tres eran veteranos de la campaña de Argel– debió haberles mostrado la realidad exótica en la que de allí en adelante vivirían largos periodos, como el de Félix de Azara que fue de veinte años. [de Garden Scene on the Braganza Shore-Harbour of Rio de Janeiro, de William Havell, pintado en 1827. Victoria & Albert Museum, Londres, Inglaterra]



Como parte de la leve huella de su realidad vital e histórica, nos queda una muy escasa iconografía de Félix de Azara. Este retrato que orna una de las paredes de su casona solariega de Barbuñales, lo presenta cercano a los cuarenta años de edad. Es un rostro típicamente aragonés, cuyos delicados rasgos expresan a la vez una voluntad decidida y una reserva interior que va aunada a cierta cordial disposición. Tal es el perfil exterior del hombre que muy pronto iniciaría sus dos décadas americanas y, que de resulta de las mismas, se transformaría en una figura relevante de las ciencias naturales y del hombre para gloria y prestigio de su patria y de su región.



Vista frontal de la antigua Universidad Sertoriana de Huesca, sede histórica de un foco de saber y tradición culta que distinguió a la ciudad desde la antigüedad, con largos periodos de silencio subsistió hasta el siglo XIX, hoy transformada en Museo Provincial de Huesca. Por sus recintos añosos pasaron promociones de estudiantes, de humanistas, teólogos y sabios que dejaron su huella en la cultura distintiva de la comarca, la que se proyectó Aragón como un foco de saber y de distinción. Por sus aulas pasaron cinco de los hermanos Azara y Perera en el siglo XVIII. Mucho de lo recibido en este recinto de cultura superior orientó sus vidas y ellos lo devolvieron a la sociedad ennoblecido por su voluntad de saber, de practicar honor y virtudes y por la tonalidad general de su acción.



Fachada de la casona solariega en la que moraron los Azara, al menos, desde el siglo XV. Muestra sólo parcialmente su antiguo aspecto, pues sufrió dos restauraciones, en el siglo XIX y a mediados del XX. Era la cabecera de una posesión rural de varios cientos de hectáreas, un mayorazgo de infanzones rurales típico del Somontano altoaragonés.

Bibliografía

ABBAGNANO, Nicola. 1996. **Diccionario de Filosofía.** Fondo de Cultura Económica, México, pp. i-xv + 1-1206.

AGUILAR PIÑAL, Francisco. 2005. **La España del absolutismo Ilustrado.** Colección Austral, Ciencias/Humanidades, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-354.

AGUIRRE, Juan Francisco de. 1905-1911. Diario del Capitán de Fragata Don Juan Francisco de Aguirre. ***Anales de la Biblioteca***, Buenos Aires, Tomo IV, pp. 1-271; Tomo VII, pp. i-viii + 1-490 + [2].

AGUIRRE, Juan Francisco. 1949. Diario del Capitán de Fragata de la Real Armada Don Juan Francisco Aguirre en la demarcación de Límites de España y Portugal en la América Meridional. Tomo I. ***Revista de la Biblioteca Nacional***, Tomo XVII, Buenos Aires, pp. 31-501.

AGUIRRE, Juan Francisco. 2003. **Discurso histórico sobre el Paraguay. Estudio preliminar y restitución del texto por Ernesto J. A. Maeder.** Unión Académique Internationale, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, pp. 1-404.

ALBERT, Bernabeu. 1990. **Introducción.** Pp. 9-54, en: Juan Francisco de la BODEGA Y QUADRA: **El descubrimiento del fin del mundo** 1775-1792. El libro de Bolsillo, Nº 1489, Alianza Editorial, Madrid.

ALBIAC BLANCO, María Dolores. 1988. **Félix de Azara, inventor del Río de la Plata.** Pp. 277-289, en Aragón en el Mundo. Caja de Ahorros la Inmaculada de Aragón, Zaragoza.

ALBIAC BLANCO, María Dolores. 2000. **Félix de Azara.** Caja de Ahorros la Inmaculada de Aragón, Zaragoza, pp. 1-94.

ALBIAC BLANCO, María Dolores. 2006. Recado de escribir. La correspondencia del conde de Aranda. ***Archivos de Filología Aragonesa***, Vol. 59-60, Nº 2, pp. 1773-1801.

ALBIAC BLANCO, María Dolores. 2010. **La última vuelta del camino: Félix y José Nicolás de Azara en unas cartas.** M.S., en prensa.

ALFAGEME ORTIZ, Concha; M. ALMAZÁN SÁEZ; V. ARENAZA HERNÁNDEZ; M. BENÍTEZ SIDÓN; C. CALVO PÉREZ; A. CANTÍN LUNA; M. DIEZ BARRABÉS y J. SEBASTIÁN GERMAN. 1987. **Félix de Azara Ingeniero y Naturalista del siglo XVIII**. Prólogo de Leandro Siqueiros. Colección de Estudios Altoaragoneses, Excma. Diputación Provincial de Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, IEA, Huesca, pp. 1-131, láminas 1-12.

ALMUDÉVAR ZAMORA, Ignacio. 2005. **Retablo del Alto Aragón** en el último tercio del siglo XX. Edición a cargo de Francho Nagore Laín. Colección Cosas Nuestras, 29, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Diputación de Huesca, Huesca, pp. 1-452.

ALONSO DEL REAL, Carlos. 1971. **Superstición y supersticiones.** Colección Austral, Nº 1487, Espasa Calpe. Madrid, pp. 1-230.

ALONSO-FERNÁNDEZ, Francisco. 1999. **El enigma Goya. La personalidad de Goya y su pintura tenebrosa.** Colección Breviarios, Nº 533, Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, pp. 1-287.

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. 1996. **La profesión de escritor ante el reformismo borbónico.** Pp. 227-246, en: Agustín GUIMERÁ (Editor): **El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar.** CSIC-Fundación MAPFRE Americana-Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-295.

ÁLVAREZ JUNCO, José. 1968. La Sociedad Aragonesa de Amigos del País en el siglo XVIII. **Revista de Occidente,** Madrid, año VI, Segunda época, Nº 69, pp. 301-319.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1933. Ensayo de las ideas biológicas de Azara. **Revista Científica de la Sociedad Española de Historia Natural,** Madrid, Nº 8, pp. 19-41.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1934. Félix de Azara, precursor de Darwin. **Revista de Occidente,** Madrid, vol. 43, Nº 128, pp. 149-166.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1935. **Félix de Azara. Siglo XVIII.** Biblioteca de Cultura Española, XI, M. Aguilar, Madrid, pp. 1-262 + retrato.

ÁLVAREZ LÓPEZ, Enrique. 1936. **Félix de Azara.** Biblioteca de Cultura Española, M. Aguilar, Madrid, pp. 1-261.

ÁLVAREZ TERÁN, María Concepción. 1980. **Archivo General de Simancas. Catálogo XXIX. Mapas y Dibujos (Años 1503-1805). Volumen I.** Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes. Archivos. Madrid.

ÁLVAREZ-VALDÉS y VALDÉS, Manuel. 2002. **Jovellanos: Enigmas y Certezas.** Prólogo de Gonza-

lo Anes, Fundación Alvargonzález, Gijón, pp. i-vii + 1-585.

ANAYA REVUELTA, Inmaculada. 1998. La Ictionimia en la obra de Ignacio de Asso. ***Archivo de Filología Aragonesa*,** Zaragoza, Tomo LIV-LV, pp. 141-178.

ANDERSON, Perry. 1983. **El Estado Absolutista.** Colección Historia, Siglo XXI Editores, Madrid, pp. 1-592.

ANDÚJAR CASTILLO, Francisco. 2003. La privatización del reclutamiento en el Siglo XVIII: el Sistema de Asientos. ***Studia Historica, Historia Moderna*,** Universidad de Salamanca, Salamanca, vol. 25, pp. 123-147.

ANÉS [Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN], Gonzalo. 2000. Regalismo y Manos Muertas en la España de las Luces. ***Cuadernos Dieciochistas*,** Salamanca, Volumen 1, pp. 209-222.

ANÉS [Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN], Gonzalo. 2002. La continuidad. ***Cuenta y Razón*,** Madrid, Nº 126, pp. 143-150.

ANÉS Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo (Coordinador). 2003. **Campomanes en su segundo centenario**. Real Academia de la Historia**,** Madrid, pp. 1-377.

ANÉS Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo. 1969. **Coyuntura económica e Ilustración: Las Sociedades de Amigos del País.** Pp. 11-41, en: **Economía e Ilustración en la España del Siglo XVIII**. Ediciones Ariel, Barcelona.

ANÉS Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN, Gonzalo. 1981. **Historia de España Alfaguara IV. El Antiguo Régimen: Los Borbones.** Alianza Universidad, AU 44, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-516.

ANGELIS, Pedro de. 1835-1839. **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata,** ilustrados con notas y disertaciones por..., Volúmenes 1-6. Imprenta del Estado, Buenos Aires.

ANGELIS, Pedro de. 1970-1972. **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata,** Ilustrados con notas y disertaciones por... Volúmenes I-VIII, Ediciones Plus Ultra, Buenos Aires.

ANÓNIMO. 2010. Origen, Vida y obra de los Ingenie ros Militares Españoles. Prólogo. El cuerpo de ingenieros militares españoles. Oficiales del real cuerpo de ingenieros. Las condiciones materiales de la vida privada de los ingenieros militares en España en el siglo XVIII. Lista de los 21 ingenieros militares con actuación en la banda oriental (Siglos XVIII y XIX). ***Museo del Arma de Ingenieros: Acción Cívica, Revista Mensual***, Montevideo. En: www.ingenierosmilitares.org.uy/ingmilespanoles.html (pp. 1-35 en copia),

ANTONIO, Nicolás. 1672. **Bibliotheca hyspana vetus, con los autores desde la época del emperador Augusto hasta el año 1500**.

ARANGUREN, José Luis. 1965. **El protestantismo y la moral.** Pp. 231-383, en: José Luis ARANGUREN: **Obras.** Editorial Plenitud, Madrid.

ARBEX, Juan Carlos. 2007. **El dibujante de peces.** Narrativa 15, Editorial Noray, Barcelona, pp. 1-513.

ARCARAZO GARCÍA, Luis Alfonso y María Pilar LOREN TABARES. 2006. **Personajes para la Historia del Somontano.** Pp. 227-238, en: María Nieves JUSTE ARRUGA (Coordinadora): **Comarca de Somontano de Barbastro**. Diputación General de Aragón, Departamento de Presidencia y Relaciones Institucionales, Colección Territorio; 21, Zaragoza.

ARENAZA HERNÁNDEZ, Víctor y María Luisa RODRÍGUEZ. 1982. Supresión de la Universidad de Huesca. Pp. 119-117, en: ***Actas de la IV Jornadas sobre el Estado Actual de los Estudios sobre Aragón***. Huesca.

ARENDT, Hannah. 1992. **Hombres en tiempos de oscuridad.** Gedisa Editorial, Barcelona, pp. 1-236.

ARENDT, Hannah. 1993. **La condición humana.** Introducción de Manuel Cruz. Colección Paidós Estado y Sociedad, Ediciones Paidós, Barcelona, pp. 1-366.

ARAGUÁS PUEYO, Sandra; Nereida MUÑOZ TORRIJOS y Estela PUEYO ORTIZ. 2006. **La Sombra del Olvido. II. Tradición Oral en el Somontano Occidental de Barbastro.** Instituto de Estudios Altoaragoneses, Diputación de Huesca, Huesca, pp. 1-540 + [5].

ARIAS DIVITO, Juan Carlos. 1978. **Expedición científica de los hermanos Heuland, 1795-1800.** Ediciones Cultura Hispánica, del Centro Iberoamericano de Cooperación, Madrid, pp. 1-150 + [3]

ARNAL CAVERO, Pedro. 1940. Costumbres y tradiciones en los pueblos del Somontano: Los Niños. ***Zaragoza*,** Zaragoza, Tomo VII, pp. 81-91.

ARNAL CAVERO, Pedro. 2008. Vocabulario del alto-aragonés (de Alquézar y pueblos próximos). ***Archivos de Filología Aragonesa (AFA)*,** Zaragoza, Tomo LXIII-LXIV, 2007-2008, pp. 259-295.

ARNAU, Pau. 1999. Ciencias humanas y cuidado de sí: el conde de Shaftesbury. Una aproximación foucaultiana. ***Concepciones y Narrativas de To. Thémata,*** Nº 22, pp. 9-15.
ARSENAL, León e Hipólito SÁNCHEZ ÁLVAREZ DE TOLEDO. 2006. **Una historia de las Sociedades Secretas Españolas.** Zenith/Editorial Planeta, Barcelona, pp. 1-413.

ASTORGANO ABAJO, Antonio. 1997. **Encuentro del padre Arévalo con el Inquisidor jansenista Nicolás Rodríguez Laso, en la Italia de 1788.** Pp. 381-401, en: **El Humanismo Extremeño. Estudios Presentados a las Segundas Jornadas Organizadas por la Real Academia de Extremadura, en Fregenal de la Sierra en 1997.** Real Academia de Extremadura de las Letras y de las Artes, Trujillo.

ASTORGANO ABAJO, Antonio. 1999a. El fiscal inquisidor D. Nicolás Rodríguez Laso en Barcelona (1783-1794). ***Boletín de la Real Academia de Letras de Barcelona*****,** Barcelona, 47, pp. 197-275.

ASTORGANO ABAJO, Antonio. 1999b. La personalidad del ilustrado don Nicolás Rodríguez Laso [1747-1820], Inquisidor de Barcelona y Valencia. ***Revista de la Inquisición,*** Vol. 8, pp. 121-187.

ASTORGANO ABAJO, Antonio. 2003. **El mecenazgo literario de Campomanes y los jesuitas expulsos.** Pp. 269-311, en: D. MATEOS (Editor): **Campomanes doscientos años después. Congreso Internacional Campomanes (1723-1802)**. Instituto Feijóo de Estudios del Siglo XVIII, Oviedo.

ASTORGANO ABAJO, Antonio. 2006. **El Inquisidor Nicolás Rodríguez Laso (1747-1820), viajero por la Europa prerrevolucionaria (1788-1789).** Biblioteca Virtual Universal. www.biblioteca.org.ar

AURELL, Jaume. 2000. **Historiografía y nacionalismo en la Cataluña Contemporánea, 1830-1960.** Pp. 1-10, en: Vº Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea: **El Siglo XX. Balance y Perspectiva.** Valencia.

AYALA MARTÍNEZ, Jorge M. 2001. **Pensadores Aragoneses. Historia de las ideas filosóficas en Aragón.** Institución Fernando el Católico-Instituto de Estudios Altoaragoneses-IEA-Instituto de Estudios Turoleses, Zaragoza, Huesca y Teruel, Zaragoza, pp. 1-752.

AZARA, Félix de. 1871-1873. **Viajes inéditos de D. Félix de Azara desde Santa Fe a la Asunción, al interior del Paraguay y a los pueblos de Misiones.** Con noticia preliminar de Bartolomé Mitre y notas de Juan María Gutiérrez. Imprenta y Librería de Mayo, Buenos Aires, pp. [1]-250.

AZARA, Félix de. 1907. Viajes inéditos de Azara (Manuscrito de la Colección de Documentos del doctor Estanislao S. Zeballos, precedido por una introducción escrita por éste y anotada por Luis M. Torres. ***Revista de Derecho, Historia y Letras*****,** Buenos Aires, Tomo X, Nº 28, pp. 192-212; 363-385; 509-531.

AZARA, Félix de.1943. **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes.** Precedido por **Apuntes bio-bibliográficos de don Félix de Azara,** por Julio César González Biblioteca Histórica Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires, pp. 1–cxiv + 1-310.

AZARA, José Nicolás. 2009. **Epistolario (1784-1804).** Estudio, edición y notas de María Dolores Gimeno Puyol. Colección Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, Editorial Castalia, Madrid, pp. I - CCXXII + 1-1441.

BALDÓ LACOMBA, Marc. 2000. **Regeneracionismo en la Universidad y creación de la Sección de Historia.** Pp. 11-21, en: Vº Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea: **El Siglo XX. Balance y Perspectiva.** Valencia.

BAQUERO GOYANES, Mariano. 1981. **Introducción.** Pp. VII-LXI, en José CADALSO: **Cartas Marruecas.** Edición de Mariano Baquero Goyanes, Libro Clásico, 1508-13, Ediciones Bruguera, Barcelona.

BARÁS ESCOLÁ, Fernando. 1993. Ramón Pignatelli (1734-1793). Notas para un recuerdo histórico. ***Turia, Revista Cultural*****,** Teruel, Febrero de 1993, pp. 225-243.

BARBER, Elinor G. 1955. **La burguesía en la Francia del siglo XVIII.** Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, pp. 1-160.

BARNADÁS, Antonio. 2009. La Pequeña Edad del Hielo en Europa. **Historia, National Geographic,** Nº 64, pp. 20-23).

BARRIENTOS, Mariano y Carmen LLASAT. 2009. **El caso de la anomalía "Malda" en la cuenca Mediterránea occidental (1760-1800).** Un ejemplo de fuerte variabilidad climática. Pp. 253-286, en: Armando ALBEROLA y Jorge OLCINA (Editores): **Desastre natural y religiosidad popular en la España moderna y contemporánea.** Universidad de Alicante, Alicante.

BARZUM, Jacques. 2002. **Del amanecer a la decadencia. 500 años de vida cultural en Occidente (de 1500 a nuestros días).** Colección Taurus, Historia, Grupo Santillana de Ediciones, Madrid, pp. 1-1303.

BATICLE, Jeannine. 2004. **Francisco de Goya.** Prólogo de Delfín Rodríguez. Editores Folio, Barcelona, pp. 1-432.
BAULNY, Olivier. 1969. Félix de Azara. Una vida ejemplar. ***Revista Zaragoza,*** Zaragoza, vol. XXVII, pp. 221-245.

BAULNY, Olivier. 1971. Félix de Azara, un naturaliste Aragonais. **Centenaire de la Societé des Sciences, Lettres et Arts de Pau (1871-1971).** Imprimiérie Comerciale des Pyrénées, Pau, 4e. série, Tome VI, pp. 173-195 + lámina.

BAUMAN, Zygmunt. 2007a. **Tempos líquidos.** Zahar, Jorge Zahar Editor, Rio de Janeiro, pp. 1-119.

BAUMAN, Zygmunt. 2007b. **Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores.** Paidós: Estado y Sociedad, 146, Editorial Paidós, Barcelona, pp. 1-231.

BAUMAN, Zygmunt. 2008a. **Modernidad líquida.** Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A., Buenos Aires, pp. 1-232.

BAUMAN, Zygmunt. 2008b. **Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos.** Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A., Buenos Aires, pp. 1-201 + [2].

BAUZÁ, Francisco. 1895. **Historia de la dominación española en el Uruguay.** A. Barreiro y Ramos, Montevideo, Tomo I, pp.i-lviii + 1-560.

BAYLE, Pierre. 2010. **Diccionario histórico y crítico.** El Cuenco de Plata. Ediciones, Buenos Aires, pp. 1-507.

BEDDALL, Bárbara G. 1975. “Un naturalista original”: Don Félix de Azara, 1746-1821. ***Journal of the Society of History of the Biology***, Dordrecht, Holanda, vol. 8, Nº 1, pp. 15-66.

BEDDALL, Barbara G. 1979. Scientif books and instruments for an eighteenth-century voyage around the world. Antonio Pineda and the Malaspina Expedition. ***Journal of the Society of History of the Biology,*** Dordrecht, Holanda, vol. 9, Nº 2, pp. 95-107.

BEDDALL, Barbara G. 1983. The isolated Spanish genius. Myth or reality? Félix de Azara and the Birds of Paraguay. ***Journal of the Society of History of the Biology,*** Dordrecht, Holanda, vol. 16, Nº 2, pp. 225-258.

BEJARANO RUBIO, Amparo. 1989. **Ilustración y enseñanza práctica del comercio**. Historia de la Educación, Edición de la Universidad de Salamanca, Salamanca, Vol.8, pp. 221-234.

BELAVAL, Yvon (Director). 1977. **Historia de la Filosofía. Siglo Veintiuno. Volumen 6. Racionalismo, Empirismo, Ilustración.** Siglo XXI Editores, México, pp. i.vii +1-387.

BELLO, Eduardo. 1997. **La aventura de la razón: el pensamiento ilustrado.** Akal Ediciones, Madrid, pp. 1-141.

BELTRÁN, Antonio. 1990. **Costumbres aragonesas.** Editorial Everest, León, pp. 1-258 + [3].

BENDA, Julien. 1928. **Mon premier testament.** Librairie Gallimard, París, pp. 1-142.

BENITO MOLINER, Manuel. (1958-2010). **Adahuesca y su despoblado de Sevil.** Ediciones Electrónicas del Servicio de Patrimonio Etnológico, Lingüístico y Musical, Diputación General de Aragón, Zaragoza.

BENITO MOLINER, Manuel. 2001. **Pueblos del Alto Aragón. El origen de sus nombres.** Ediciones Electrónicas del Servicio de Patrimonio Etnológico, Lingüístico y Musical, Diputación General de Aragón, Zaragoza.

BENITO MOLINER, Manuel y Francisco DOMPER GIL. 1988. **Azara.** Instituto de Estudios Altoaragoneses, pp. 1-156.

BENNASSAR, Bartolomé. 1984. **Inquisición española: poder político y control social.** Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, pp. 1-347.

BERGER, Louis. 2003. **Freud. El genio y sus sombras.** Javier Vergara Editor, Barcelona, pp. 1-607.

BERNAL, Martin. 1993. **Atenea negra. Las raíces afroasiáticas de la civilización clásica. Volumen 1. La invención de la antigua Grecia, 1785-1985.** Crítica, Grupo Grijalbo– Mondadori, Barcelona, pp. 1-508.

BLOOM, Harold. 1996. **El canon occidental. La escuela y los libros de todas las épocas.** Ediciones Anagrama, Barcelona, pp. 1-585 + [3].

BORRELL MERLÍN, María Dolores. 2004. Ilustración y reformas políticas. La Real Sociedad Económica de Amigos del París de La Rioja (1783-1808). Berceo, ***Revista Riojana de Ciencias Sociales y Humanidades,*** Logroño, Nº 146, pp. 203-220.

BOWLER, P. J. 1995. **Charles Darwin. El hombre y su influencia.** Alianza Universidad, AU 832, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-271.

BOWLES, William. 1775. **Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España.** Imprenta de Francisco Manuel de Mena, pp. 1-599.

BOWLES, William. 1782. **Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España.** Prólogo y revisión de José Nicolás de Azara, Segunda edición, Madrid.

BOWLES, William. 1783. **Introduzione alla Storia Naturale e alla Geografia Fisica di Spagna, di…** Publicata e comentata dal Cavaliere D. Giuseppe Nicola d'Azara e dopo la Seconda Edizione Spagnuola piu arrichita di Note. Tradotta da Francesco Milicia, dalla Stamperia Reale, Parma, 2 volúmenes.

BOWN, Stephen R. 2005. **Escorbuto. Cómo un médico, un navegante y un caballero resolvieron el misterio de la peste en las naos.** Editorial Juventud, Barcelona, pp. 1-276.

BREGER, Louis. 2003. **Freud. El genio y sus sombras.** Javier Vergara Editor. Barcelona, pp. 1-607.

BRINKBÄUMER, Claus y Clemens HÖGES.2006. **El último viaje de Cristóbal Colón.** Prólogo de Consuelo Varela. Colección Imago Mundi, Vol. 91, Ediciones Destino, Barcelona, pp. 1-479.

BRIOSO Y MAYRAL, Julio V. 1987. Los Azara o el prestigio internacional de un linaje altoaragonés. ***Cuadernos Altoaragoneses VIII, Diario del Altoaragón,*** Huesca, 22 de marzo de 1987, p. 1.

BRIOSO Y MAYRAL, Julio V. 1992. El III Marqués de Nibbiano y la higiene pública en la Huesca de 1832. ***Argensola*****,** Huesca, Nº 106, pp. 119-134.

BUESA CONDE, Domingo J. 1996. Félix de Azara el gran aragonés. ***Diario del Alto Aragón*****,** Huesca, viernes 26 de abril de 1996, p. 1, con retrato.

BUESA OLIVER, Tomás. 1979. **Ventura de unos aragoneses del siglo XVIII en las Indias.** Institución "Fernando el Católico", Diputación Provincial, Zaragoza, Publicación Nº 688, pp. 1-20.

BUNGE, Mario. 1999. **Las ciencias sociales en discusión. Una perspectiva filosófica.** Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-573.

BUNGE, Mario. 2003. **Emergencia y convergencia. Novedad cualitativa y unidad de comunicación.** Editorial Gedisa, Buenos Aires, pp. 1-398.

BURY, Johan. 1971. **La idea del progreso.** Colección Libros de Bolsillo, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-327.

CABARRÚS, Conde de. 1973. **Cartas. Carta al Excelentísimo señor Príncipe de la Paz (Diciembre de 1795).** Estudio preliminar de José Antonio Maravall. Castellote Editor, Colección Básica, 15. Sección Política, pp. 1-251.

CADALSO, José. 1979. **Cartas Marruecas.** Edición, prólogo y notas de Juan Tamayo y Rubio, Espasa Calpe S. A., Madrid, pp. i-xlvi + 1-232.

CADALSO, José de. 1992. **Cartas Marruecas. Noches lúgubres.** Edición, introducción y notas de Joaquín Marcó. Editorial Planeta, Barcelona, pp. I-XLIII + 1-220.

CAL MARTÍNEZ, Rosa. 2005. La información en Madrid del terremoto de Lisboa de 1755. ***Cuadernos Dieciochistas*****,** Universidad de Salamanca, Salamanca, Volumen 6, pp. 173-186.

CALVO POYATO, José. 2002. En el reinado de Carlos II, la España de la Superstición. ***La Aventura de la Historia*****,** Madrid, Año IV, Nº 47, pp. 32-35. Septiembre de 2002, ilustrado.

CAMBOURS OCAMPO, Arturo. 1963. **El problema de las Generaciones literarias. (Esquema de las últimas promociones argentinas).** Colección Ensayos Literarios, A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, pp. 1-332.

CAMPAGNE, Fabián Alejandro. 2002. **Homo Catholicus. Homo Superstitiosus. El discurso antisupersticioso en la España de los siglos XV a XVIII.** Colección Ideas en Debate, Serie Moderna, Miño y Dávila-Universidad de Buenos Aires, Madrid, pp. 1-686.

CAMPAL, Esteban. 1969. **Azara y su legado al Uruguay.** Colección de Bolsillo Nº 24, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, pp. 1-197 + [2].

CANO, José Luis. 2006. **Apuntamientos sobre Félix de Azara.** Colección Xordiqueta, Xordica Editorial, Zaragoza, pp. 1-48.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, A. 1910. **Historia de la decadencia de España desde Felipe III a Carlos II.** Segunda Edición. J. Ruíz, Madrid, pp. 1-¿????

CAPEL [SÁEZ], Horacio. 1982. **Geografía y Matemáticas en la España del siglo XVIII.** Oikos-Tau, S. A. Ediciones, Barcelona, pp. 1-389.

CAPEL [SÁEZ], Horacio. 1987. Cursos manuscritos y textos impresos en la enseñanza científica de los ingenieros militares. **Asclepio, Revista de Historia de la medicina y de la Ciencia**, SCIC, Madrid, vol. XXXIX, Nº 2, pp. 161-169

CAPEL [SÁEZ], Horacio. 2003. **Construcción del**

Estado y creación de cuerpos profesionales científico- técnicos de la Monarquía Española en el siglo XVIII. Pp. 1-27, en: A. CÁMARA MUÑOZ y F. COBOS GUERRA (Editores): Fortificación y frontera marítima. **Actas del Seminario Internacional celebrado en Ibiza durante los días 24 a 26 de octubre de 2003.** Adjuntament d'Eivissa, Eivissa.

CAPEL [SÁEZ], Horacio. 2006. **El ingeniero militar Félix de Azara y la frontera americana como reto para la ciencia española.** Pp. 83-132, en: Ignacio BALLARÍN IRIBARREN; Julio Rafael CONTRERAS ROQUÉ y Manuel ESPAÑOL GONZÁLEZ (Coordinadores): **Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821). Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana**. Primeras Jornadas Azarianas, Madrid-Huesca, 2005. Fundación Biodiversidad-Diputación de Huesca, Huesca.

CAPEL [SÁEZ], Horacio. y Vicente CASAL COSTA. 2002. **Los ingenieros o el matrimonio de la ciencia las artes útiles.** Pp. 567-602, en José Luis PESET REIG (Director): **Historia de la Ciencia y de la Técnica en la Corona de Castilla, siglo XVIII. Volumen IV.** Junta de Castilla y León, Salamanca.

CAPEL [SÁEZ], Horacio; Lourdes García; José Omar MONCADA, Francesc OLIVE, Santiago QUESADA, Antonio RODRÍGUEZ, Juan Eugeni SÁNCHEZ y Rosa Tello. 1983. **Los Ingenieros Militares en España Sigo XVIII. Repertorio bibliográfico e inventario de su labor científica y espacial.** EU, Publications i Edicions de la Universitat de Barcelona, Cátedra de Geografía Humana, Universidad de Barcelona, Geo-Crítica, Textos de Apoyo Nº 3, Barcelona, pp. 1-495.

CARANDE, Ramón. 1969. **El despotismo ilustrado de los Amigos del País. Pp. 143-181, en: Siete estudios de Historia de España.** Ediciones Ariel, Barcelona.

CARBIA, Rómulo D. 1934. **La crónica oficial de las Indias Occidentales. Ensayo histórico y crítico acerca de la Historiografía Mayor Hispano-Americana en los siglos XVI a XVIII. Introducción sobre la Crónica Oficial en Castilla.** Universidad de Buenos Aires, Centro de Estudios de Historia de América, Buenos Aires, pp. 1-303.

CARBIA, Rómulo D. 1939. **Historia crítica de la historiografía argentina (Desde sus orígenes en el siglo XVI).** Biblioteca de Humanidades, 22, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, pp. 1-483 + [11] + [1].

CARBIA, Rómulo D. 1943. **Historia de la Leyenda Negra Hispano Americana.** Ediciones Orientación Española, Buenos Aires, pp. 1-240, láminas i-xxv.

CARDO, Carles. 1945. **Histoire espirituelle des Espagnes. Étude historique-psychologique du peuples espagnol.** Éditions des Portes de France, París, pp. 1-349.

CARO BAROJA, Julio. 1985. **La hora de Navarra del siglo XVIII (personas, familias, negocios e ideas).** 2ª edición. Comunidad Foral de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Pamplona, pp. 1-493.

CARO BAROJA, Julio, 1986. **Los judíos en la España moderna y contemporánea.** Ediciones Istmo, Madrid, 3 volúmenes.

CARR, Raymond. 2001. **Historia de España.** Colección Atalaya, Ediciones Península, Barcelona, pp. 1-329.

CARRERA PUJAL. 1943-1947. **Historia de la Economía Española, Tomo III** (fide HERR, 1964: 102, 410).

CARRETERO, A. 1970. **Importancia de las obras de don Félix de Azara.** Pp. 173-182, en Pedro de ANGELIS: ***Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de la Plata. Tomo VI***. Con prólogo y notas Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.

CARRILLO DE ALBORNOZ Y GALBEÑO, Juan. 2010. **Los Ingenieros Militares en el Siglo XVIII, su legado.** M. S., en prensa.

CARTER, George S. 1959. **Cien años de evolución.** Colección Ser y Tiempo, Ediciones Taurus, Madrid, pp. 1-223.

CASEY, James.1982. La familia en Andalucía del Antiguo Régimen. ***Historia 16,*** Vol. VI, Nº 57, pp. 67-73.

CASO GONZÁLEZ, José Miguel. 1983. **Ilustración y Neoclasicismo. Tomo IV,** en: Francisco RICO (Director): **Historia Crítica de la Literatura Española.** Editorial Crítica, Barcelona, pp. I-XVIII + 1-664.

CASSIRER, Ernst. 1997. **Filosofía de la Ilustración.** Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-405.

CASTÁN PALOMAR, Fernando.1944. **Vida de don Francisco Goya y Lucientes.** Editorial Juventud, Barcelona, pp. 1-224.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1847a. **Biografía del señor Don Félix de AZARA.** En Félix de AZARA: **Descripción e historia....** Imprenta de Sanchiz, Madrid. 2, pp. 167-229.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1847b. **Notas a las memorias póstumas sobre el Paraguay y Río de la Plata, de don Félix de AZARA, precedidas de ciertas observaciones hechas a la vista d de las expresadas memorias.** En: Félix de AZARA: **Memorias**.....pp. 167-229. Imprenta Sanchiz, Madrid.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1848. **Panteón biográfico moderno de los ilustres Azaras de Barbuñales en el Antiguo Reino de Aragón hasta el actual Marqués de Nibbiano, el señor don Agustín de Azara y Peréra. Precedido de una corta noticia histórica sobre el origen, antigüedad, prosperidad y grandeza de esta novilísima** [*sic*] **familia.** Imprenta de la viuda de Sánchiz e hijos, Madrid, pp. [2] + I-LXVIII + [2] + 1-306 + [1], con láminas.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián. 1856. **Album de Azara. Corona científica, literaria, artística y política que las universidades, academias, maestranzas, cuerpos científicos y patrióticos, el cuerpo diplomático, y hombres políticos nacionales y algunos extranjeros consagran a la buena memoria del insigne caballero aragonés, el célebre diplomático y distinguido literato español, Exmo. Señor D. José Nicolás de Azara, Primer Marqués de Nibbiano.** Obra escrita en parte y dirigida en lo demás, por la.Imprenta de Don Alejandro Fuentenebro, Madrid, pp. I-XVI + 1-770 + [1]. Con numerosas ilustraciones y láminas fuera de texto.

CASTRO, Américo. 1970. **Aspectos del vivir hispánico.** El Libro de Bolsillo, Nº 252, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-169.

CASTRO, Américo. 1990. **Teresa la Santa y otros ensayos.** El Libro de Bolsillo, Nº 2698, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-164.

CATALÁN, Diego. 1982. **Ensayo introductorio. España en su historiografía de objeto a sujeto en la historia.** Pp.9-67, en Ramón MENÉNDEZ PIDAL: **Los Españoles en la historia.** Selecciones Austral, 101, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-241.

CATALÁN, María Soledad. 2006. **Los Hermanos Argensola. Grandes Biografías,** 2, Una Luna Ediciones, Barbastro, pp. 1-248 + 45 láminas fuera de texto.

CAVANILLES, Antonio José de. 1991. **Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia** (1795). Edición facsímil, Caja de Ahorro y Monte de Piedad de Castellón, Valencia.

CERVERA FERRI, Pablo. 2008. **Estudio Introductorio. Lecciones y lectura de Bernardo Danvila.** Pp. 9-76, en: Bernardo DANVILA y VILLARRASA: **Lecciones de Economía Civil, o del Comercio, MDCCLXXIX.** Estudio introductorio y edición anotada de… Biblioteca Ernest Lluch de Economistas Aragoneses, 10, Instituto “Fernando el Católico”, Exma. Diputación de Zaragoza, Zaragoza.

CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco.1987. **La Familia en España: una historia por hacer.** Pp. 13-35. En: Pierre VILAR (Presentador): **La Familia en la España Mediterránea (Siglos XV-XIX).** Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona.

CHÂTELET, François (Director). 1982. **Historia de la Filosofía. Tomo II. Ideas, Doctrinas. La filosofía del mundo moderno (Siglos XVI y XVII). Los Ilustrados (El siglo XVIII).** Espasa Calpe S. A., Madrid, pp. 1-438.

CHECA BELTRÁN, José. 1996. **La reforma literaria.** Pp. 203-226, en: Agustín GUIMERÁ (Ed.): **El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar.** CSIC-Fundación MAPFRE Americana-Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-295.

CONCOLORCORVO. 1942. **El Lazarillo de ciegos caminantes. Desde Buenos Aires hasta Lima, 1773.** Ediciones Argentinas Solar, Buenos Aires, pp. i-xix + 1-430.

CONTE OLIVEROS, Jesús. 1980. **Vitales, Pedro (ca.1540-1574).Viaje por pueblos oscenses: S.XVI.** Colección Aragón 44, 45, Libreria General, Zaragoza, vol. 2.

CONTRERAS, Jaime. 2003. **Carlos II. Poder y melancolía en la corte del último Austria.** Ediciones Temas de Hoy, Madrid, pp. 1-357.

CONTRERAS ROQUÉ, Julio Rafael. 2006a. **Introducción.** Pp. 15-30, en: Ignacio BALLARÍN IRIBARREN; Julio Rafael CONTRERAS ROQUÉ y Manuel ESPAÑOL GONZÁLEZ (Coordinadores): **Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821). Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana.** Primeras Jornadas Azarianas, Madrid-Huesca, 2005. Fundación Biodiversidad-Diputación de Huesca, Huesca.

CONTRERAS ROQUÉ, Julio Rafael. 2006b. **Don Félix de Azara, ilustrado español y “guardián platónico” de Indias. Una incursión por su biografía, su epistolario y sus actos de servicio.** Pp. 159-182, en: Ignacio BALLARÍN IRIBARREN; Julio Rafael (Coordinadores): **Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821). Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana.** Primeras Jornadas Azarianas, Madrid-Huesca, 2005. Fundación Biodiversidad-Diputación de Huesca, Huesca.

CONTRERAS Roqué, Julio Rafael y Alfredo BOCCIA ROMAÑACH. 2006. **Paraguay en 1857. Un viaje inédito de Aimé Bonpland.** Prólogo de Julio César Frutos. Temas Universitarios 1, Universidad Nacional de Pilar-Editora Servilibro, Asunción, pp. 1-221.

CORBETT, Sara. 2009. Edición del Libro Rojo de Jung. La crónica de un viaje psicodélico. ***Ñ, Revista de Cultura, Clarín***, Buenos Aires, Nº 318, pp. 10-12.

CORDÓN [BONET], Faustino. 1966. **La evolución conjunta de los organismos con su medio.** Ediciones Península, Madrid, pp. 1-211 + [4].

COROMINAS, Joan. 1983. **Breve diccionario etimológico de la lengua Castellana.** Tercera edición muy revisada y mejorada. Biblioteca Románica Hispánica, V. Diccionarios, 2, Editorial Gredos, Madrid, pp. 1-627.

CORONA, C. E. 1977. La Sociedad Económica de Amigos del País de la Ciudad de Jaca y sus Montañas. ***Boletín de F.I. E. S.***, Vol. 9, Nº 1, pp. 35-46.

CORONA BARATECH, Carlos. 1961. **El motín de Zaragoza del 6 de abril de 1766. Pp. 259-277, en: Suma de Estudios en Homenaje al Ilmo. Doctor Ángel Canellas López,** Facultad de Letras, Zaragoza.

CORONA BARATECH, Carlos. 1969. El poder real y los motines de 1766. ***Zaragoza***, Zaragoza, Volumen XIV, pp. 198-228.

COURTHÈS, Éric. 2010a. **Le voyage sans retour d'Aimé Bonpland, explorateur rochelais.** Roman. L' Harmattan, París, pp. 1-186.

COURTHÈS, Éric. 2010b. **Memorias de un muerto: el viaje sin retorno de Amado Bonpland. Novela.** Ediciones Servilibro, Asunción, pp. 1-271.

D'ORS, Eugenio. 1980. **El vivir de Goya.** Editorial Planeta, Barcelona, pp. 1-224.

DALRYMPLE, Whiteford. 1777. **Travels through Spain and Portugal, in 1774, with a short account of the Spanish expedition against Algiers in 1775.** J. Almon, London.

DE CÉSAR, Julio Ramón. 2002. **Noticias del Paraguay. Fuentes narrativas para la historia del Río de la Plata y Paraguay.** Estudio preliminar de Beatriz Rodríguez Alcalá de González Oddone. Union Académique Internationale-Academia Paraguaya de la Historia, Asunción, pp.1-377.

DE QUINTO Y DE LOS RÍOS, José Pascual. 1983. **Catálogo de las Publicaciones e Impresiones de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (1776-1982).** Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, Aragón y Rioja, Zaragoza, pp. I-XVIII + 1-166.

DE QUINTO Y DE LOS RÍOS, José Pascual. 1992. Museo de la Real y Excma. Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País. ***Artigrama***, Nº 8-9, 1991-1992: 105-117.

DE VRIES, Jan. 1979. **La economía de Europa en un periodo de crisis 1600-1750.** Ediciones Cátedra, S. A., Madrid, pp. 1-253.

DEACON, Philip. 1995. Juan Meléndez Valdés en la Real Sociedad Económica Aragonesa (Con unos datos sobre Goya), 1789-1791. ***Revista de Estudios Extremeños***, Nº 51/, pp. 7-26.

DEFOURNEAUX, Marcelin. 1990. **Pablo de Olavide, el afrancesado.** Padilla Libros, Sevilla, pp. 1-550 + [3].

DEL ARCO, Ricardo.1953. Un Gran literato aragonés, Braulio Foz. ***Archivo de Filología Aragonesa***, Institución "Fernando el Católico", Zaragoza, Tomo V, pp. 7-103.

DELEITO Y PIÑUELA. 1947. **El declinar de la Monarquía española.** Segunda Edición. Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1- 251 + lám. 1-10.

DELUMEAU, Jean. 1989. **El miedo en occidente. (Siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada.** Ediciones Taurus, Madrid, pp. 1-655.

DEMERSON, R. de y J. DEMERSON. 1978. La Real Sociedad Económica de Jaca y sus Montañas (Datos para su Historia). ***Argensola***, Huesca, Nº 86, pp. 359-390.

DÍAZ PLAJA, Guillermo. 1928. **Epistolario de Goya (1828-1928).** Paréntesis de Guillermo Díaz Plaja. Editorial mentor, Barcelona, pp. 1-124.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio. 1969. **Crisis y decadencia de la España de los Austrias.** Historia de España Alfaguara, Ediciones Ariel, Barcelona.

DONOSO, Ricardo. 1963. U**n letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas. Tomo I.** Advertencia de Ricardo R. Caillet-Bois, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, pp. 1-542.

DURÁN GUIDOL, Antonio. 1944. **Historia de la Catedral de Huesca.** Colección Monumenta, 1, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Diputación de Huesca, pp. 1-248. Ilustrado.

DURÁN LÓPEZ, Fernando. 2005. **José María Blanco White o la conciencia errante.** Biografías, Fundación José Manuel Larra, Sevilla, pp. 1-646. Ilustrado.

DURANT, Will y Ariel DURANT. 1964. **La Edad de la Razón. Historia de la civilización europea en el período de Shakespeare, Bacon, Montaigne, Rembrandt y Descartes (1558-1648). Sus comienzos. Tomo II.** Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-522.

DURANT, Will y Ariel DURANT. 1973. **La Edad de Voltaire. Historia de la civilización en Europa Occidental de 1715 a 1736, con una atención especial al conflicto entre la religión y la filosofía.** Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-449.

EGIDO, Teófanes (Introducción y Selección). 1973. **Sátiras Políticas de la España Moderna.** Libros de Bolsillo Nº 473, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-359.

EGUÍA RUIZ, Constancio. 1947. **Los Jesuitas y el Motín de Esquilache.** Instituto Jerónimo Zurita, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, pp. 1-429 + [2].

ELORZA, Antonio. 1969. Liberalismo económico y sociedad estamental a fines del siglo XVIII. ***Moneda y Crédito,*** Nº 110, pp. 91-111.

ELORZA, Antonio. 1970. **La ideología liberal en la Ilustración española.** Editorial Tecnos, Madrid, pp. 1-309.

ENCISO RECIO, Luis Miguel. 1990. **Las Sociedades Económicas y el reformismo borbónico en el siglo XVIII.** Pp. 185-230, en: **Carlos III y la Ilustración. Tomo II.** Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, Madrid.

ESPAÑOL GONZÁLEZ, Manuel. 2006. **Félix de Azara, el naturalista y los inicios del estudio de la biodiversidad en el sector subecuatorial de América del Sur.** Pp. 183-197, en: Ignacio BALLARÍN IRIBARREN; Julio Rafael CONTRERAS ROQUÉ y Manuel ESPAÑOL GONZÁLEZ (Coordinadores): **Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821). Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana.** Primeras Jornadas Azarianas, Madrid-Huesca, 2005. Fundación Biodiversidad-Diputación de Huesca, Huesca.

FAJARDO, José Manuel. 2002. **La epopeya de los locos. Españoles en la Revolución Francesa.** Vergara, Grupo Z, Buenos Aires, pp. 1-307.

FANJUL, Serafín. 2005a. **Los Azara.** En Internet: Libertad Digital, enero de 2005, 2 pp. de texto.

FANJUL, Serafín. 2005b. Los Azara. En: ***Diario ABC,*** Sevilla, octubre de 2005, 1 pág.

FATÁS, Guillermo. 1979. Los pueblos antiguos del Pirineo Aragonés., Ayuntamiento de Zaragoza, Comisión de Cultura, ***Cuadernos de Zaragoza,*** Zaragoza, Nº 34, pp. 1- 43.

FEBVRE, Lucien. 1959. **El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religion de Rabelais.** La Evolución de la Humanidad, Síntesis Colectiva. Sección Tercera.El Mundo Moderno. Tomo LXXXIV, Ediciones Uthea, México, pp. i-xxiii + 1-448.

FERÉ CASTÁN (2000).

FERNÁNDEZ, Pedro Jesús. 1996. **Quién es quién en la pintura de Goya.** Edición Conmemorativa del 250 Aniversario del Nacimiento de Goya, Celeste Ediciones, Madrid, pp. 1-167. Ilustrado.

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel. 2005. **Cervantes visto por un historiador.** Colección Espasa Forum, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-569.

FERNÁNDEZ CLEMENTE, Eloy. 2004. **Estudios sobre la Ilustración Aragonesa.** Institución “Fernando El Católico” (C.S.I.C.), Excelentísima Diputación de Zaragoza, Zaragoza, pp. 1-368.

FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Leandro. 1963. **Epistolario.** Edición, Introducción y Notas de René Andioc. Editorial Castalia, Madrid, pp. 1-763.

FERNÁNDEZ DE PINEDO, Emiliano; Alberto, GIL NOVALES y Albert DEROZIER. 1980. **Centralismo, Ilustración y Agonía del Antiguo Régimen (1715-1833).** Vol. VII, La Historia de España, Labor, España. Pp. 1-488.

FERNÁNDEZ DÍAZ, Roberto. 1993. **La España moderna. Siglo XVIII.** Introducción por Ricardo García Cárcel. En Roberto FERNÁNDEZ DÍAZ: **Manual de Historia de España. 4. Siglo XVIII.** Historia 16, Madrid, pp. 1-1145.

FERNÁNDEZ DÍAZ, Roberto. 2002. **Carlos III.** Colección Los Borbones, Arlanza Ediciones, Madrid, pp. 1-285.

FERNÁNDEZ PÉREZ, Joaquín. 1992. **Estudio preliminar.** Pp. 11-70, en: **Félix de Azara: Apuntamientos para la Historia Natural de los Páxajos del Paraguay y el Río de la Plata.** Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología, Plan Nacional de I+D, Madrid.

FERNÁNDEZ PÉREZ, Joaquín. 2006. **Pájaros y cuadrúpedos del Río de la Plata. Los estudios zoológicos de Félix de Azara.** Pp. 207-225, en:

Ignacio BALLARÍN IRIBARREN; Julio Rafael CONTRERAS ROQUÉ y Manuel ESPAÑOL GONZÁLEZ (Coordinadores): **Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821). Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana.** Primeras Jornadas Azarianas, Madrid-Huesca, 2005. Fundación Biodiversidad-Diputación de Huesca, Huesca.

FERNÁNDEZ RAÑADA, Antonio. 2002. La ciencia en la cultura. ***Revista de Occidente*****,** Madrid, Nº 248, pp. 5-28.

FERNÁNDEZ SÁEZ, Amable. 1993. La Ilustración Española. Entre el Reformismo y la utopía. ***Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*****,** Editorial Complutense, Madrid, Vol. 10, pp. 57-71.

FERRATER MORA, José. 1970. **Diccionario de Filosofía Abreviado.** Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-478.

FERRATER MORA, José. 1974. **Cambio de marcha en filosofía.** Libro de Bolsillo Nº 497, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-220.

FERRATER MORA, José. 1983. **Las crisis humanas.** Libro de Bolsillo Nº 972, Alianza Editorial, Madrid, pp.1-209.

FERRÉ CASTÁN, Juan Carlos. 2000. **El Sitio de Barbastro. Pp. IX-X, en Catalina RATFISCH SIFFERMAN: El Sitio de Barbastro. Cantar de Gesta del Siglo XIII**. Según texto editado por J.L. Perrier, París, 1926. Patronato del Centro de la UNED de Barbastro, Zaragoza.

FERRER BENIMELLI, José A. 1976. **Los Archivos secretos Vaticanos y la Masonería.** Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas, pp. 1-670 + [8].

FERRER BENIMELLI, José A. 2001. **La masonería.** Colección Historia y Geografía, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-253.

FERRER BENIMELLI, José Antonio. 1996a. **La Masonería Española.** Colección La Historia en sus Textos, Ediciones Istmo S. A., Madrid, pp. 1-230.

FERRER BENIMELLI, José Antonio. 1996b. **Los jesuitas españoles y el siglo XCVIII. Revisión bibliográfica (1989-1994).** Pp. 165-174. En: Agustín FORNIERS y José Francisco ÁLVAREZ: **Fuentes para el estudio de la sociedad y la economía aragonesas entre 1776 y 1808: Los documentos citados en la Actas de Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.** En: **Cuadernos de Historia Jerónima Zurita,** Vol. 36-37, pp. 173-319.

FERRER BENIMELLI, José Antonio. 2009. **El X conde de Aranda y Aragón.** Pp. 309-330, en: **El conde de Aranda y la nobleza española en el Antiguo Régimen.** Institución “Fernando el Católico”, Zaragoza.

FEUCHTWANGER, Lion. 2002. **Goya.** Colección Narrativa Bolsillo, 12. EDAF, Madrid, pp. 1-866.

FEVBRE, Lucien. 1959. **El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religion de Rabelais.** La Evolución de la Humanidad, Síntesis Colectiva. Sección Tercera.El Mundo Moderno. Tomo LXXXIV, Uthea, México, pp. i-xxiii + 1-448.

FIGUEIREDO, Fidelino de. 1947. **La lucha por la expresión. Prolegómenos para una filosofía de la literatura.** Colección Austral, Nº 692, Espasa Calpe Argentina S. A., Buenos Aires, pp. 1-152.

FORNIÉS CASALS, José Francisco. 1997. **La política social y la Ilustración Aragonesa (1773-18129. La acción social de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País.** Edita la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, Zaragoza, pp. 1-357.

FORNIÉS CASALS, José Francisco. 2009. La **otra nobleza titulada en la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País en tiempos del Conde de Aranda (1776-1798).** Pp. 243-274, en José Francisco FORNIÉS CASALS (editor): **Segundas Jornadas: El Condado de Aranda y la Nobleza Española en el Antiguo Régimen.** Monografía Nº 18, Épila, Zaragoza.

FOUCAULT, Michel. 2003. **Glosario Epistemológico.** Edición de Sergio Albano. Editorial Quadrata, Buenos Aires, pp. 1-125.

FOUCAULT, Michel. 2008. **La hermenéutica del sujeto. Curso en el Collège de France (1981-1982).** Edición establecida por Frédéric Gross, bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana. Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A., Buenos Aires, pp. 1-539.

FOZ, Braulio. 1980. **Vida de Pedro Saputo.** Edición, Introducción y notas de Francisco Ynduráin; estudio final de Rafael Gastón Burillo. Nueva Biblioteca de autores aragoneses, Guara Editorial Zaragoza, pp. 1-403.

FROMM, Erich. 1967. **El corazón del Hombre. Su potencia para el bien y para el mal.** Colección Popular, Nº 76, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-181.

FROMM, Erich. 2009. **La condición humana actual. Y otros temas de la vida contemporánea.**

Biblioteca Erich Fromm, Nº 7, Ediciones Paidós, Madrid, pp. 1-142.

FUNES, Gregorio. 1910. **Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán. Tercera Edición Ilustrada. Precedida de la biografía y retrato del autor y con notas de José Arturo Scotto. Tomo I.** Talleres Gráficos de L. J. Rosso & Cía., Buenos Aires, pp. 1-309 + I- VI.

FUNES, Gregorio. 1816. **Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucumán. Tomo I.** Imprenta de M. J. Gandarillas y Socios, Buenos Ayres, pp. i-xi + 1-368 + [12].

FUNES, Gregorio. 1817. **Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Ayres y Tucumán. Tomo III.** Imprenta de Benavente y Compañía, Buenos Ayres, pp. 1-532 + [10].

FURBANK, P. N. 1994. **Diderot. Biografía crítica.** Prólogo de Umberto Eco. Emecé Editores, Barcelona, pp. 1-522.

GACTO, Enrique. 1987. **El grupo familiar de la Edad Moderna en los territorios del Mediterráneo Hispánico: una visión jurídica.** Pp. 36-64, en: Pierre VILAR (Presentador): **El grupo familiar en la España Mediterránea (siglos XV-XIX).** Colección Moderna, Centre d'Etudis d'Història Moderna "Pierre Vilar"-Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona.

GALERA GÓMEZ, Andrés. 1990. **Introducción y notas.** Pp. 7-38, en: Félix de Azara: **Descripción General del Paraguay.** Introducción y notas de Andrés Galera Gómez. El Libro de Bolsillo Nº 1499, Alianza Editorial, Madrid.

GALERA GÓMEZ, Andrés. 1995. **El Ideario Biológico de Félix de Azara: Referentes de la ciencia europea.** Pp. 47-56, en Elvira ARQUIOLA y José MARTÍNEZ PÉREZ (Coord.): **Ciencia en Expansión. Estudio sobre la difusión de las ideas científicas y médicas en España (Siglos XVIII-XX).** Cuadernos Complutenses de Historia de la Medicina y de la Ciencia, Editorial Complutense, Madrid.

GALLAND-SEGUELA, M. 2004. Las condiciones materiales de la vida privada de los ingenieros mili tares en España durante el siglo XVIII. ***Geo-Crítica/ Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*****.** Universidad de Barcelona, Barcelona, Vol. VIII, Nº 179, pp. 1-35.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo. (Coordinador) 2002. **Historia de España de los Borbones.** Colección Historia, Serie Mayor, Ediciones Cátedra, Madrid, pp. 1-411.

GARCÍA CÁRCEL, Ricardo y Doris MORENO MARTÍNEZ. 2000. Inquisición. **Historia Crítica.** Colección Temas de Hoy, Ediciones Temas de Hoy, S.A., Madrid, pp. 1-405.

GARCÍA CIPRÉS, Gregorio. 1911. **Infanzones de Aragón: los Azara de Barbuñales.** Pp. 4-11 y 30-32, en: **Linajes de Aragón,** Nº 2/1 y 2/2 (conclusión).

GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando. 2006. **Atlas de Historia de España. Edad Moderna.** Coleccionables, S. A., Editorial Planeta, Barcelona, pp. 1-142.

GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando. 2006. **Los perdedores de la historia de España.** Planeta Historia y Sociedad, Editorial Planeta, Barcelona, pp. 1-618.Ilustrado.

GARCÍA MERCADAL, José (Selector). 1972. **Viajes por España.** El Libro de Bolsillo, Nº 408, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-462.

GARCÍA PÉREZ, Guillermo. 1974. **La economía y los reaccionarios al surgir la España contemporánea. Denuncia a la Inquisición de la primera cátedra española de Economía.** Edicusa, Madrid, pp. 1-410.

GARCÍA VENTURINI, Jorge L. 1972. **Filosofía de la Historia. Enjuiciamiento y nuevas claves.** Biblioteca Hispánica de Filosofía, 73, Editorial Gredos, Madrid, pp. 1-268.

GARI LACRUZ, Ángel. 1979. **Brujería en Aragón.** Pp. 27-44, en: ***I Congreso de Aragón de Etnología y Antropología,*** Tarazona, 1979, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

GASCÓN PÉREZ, Jesús. 1990. 1591-1991: Cuatro siglos de historiografía sobre Las "Alteraciones" de Aragón. ***Studia Historica, Historia Moderna*****.** Vol. 20, Salamanca, pp. 241-268.

GENERÉS, Miguel Dámaso. 2008. **Reflexiones políticas y económicas sobre la población, agricultura, artes, fábricas y comercio del Reyno de Aragón. MDCCXCIII. Estudio Introductorio de Ernest Lluch y Alonso Sánchez Hormigo.** Institución Fernando el Católico (CSIC)-Exma. Diputación de Zaragoza, Biblioteca Ernest Lluch de Economistas Aragoneses, 3, Zaragoza, pp. 1-287.

GIMENO PUYOL, María Dolores. 2009. **Estudio preliminar.** Pp. xiii-xvii, en José Nicolás de AZARA: **Epistolario (1784-1804).** Nueva Biblioteca de Erudición y Crítica, Editorial Castalia, Madrid.

GLENDINNING, Nigel. 1973. **Historia de la literatura española.** El siglo XVIII. Editorial Ariel, Barce-

lona, pp. 1-235.

GÓMEZ DE LA SERNA, Gaspar. 1974. **Los viajeros de la Ilustración.** Libro de Bolsillo, Nº 489, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-183.

GÓMEZ DE VALENZUELA, Manuel. 2001. **Desafillamientos. Valle de Tena (Aragón). 1436-1540.** RDCA-2001/2002-VII-VIII, pp. 11-251, en: http://www.unizar.es/derecho/standum_est_chartae/weblog/rdca/rdcaviiviii/d01.pdf

GÓMEZ ZORRAQUINO, José Ignacio. 1997. El fracaso de las compañías y fábricas privilegiadas en Aragón. ***Studia Historica, Historia Moderna,*** Salamanca, Tomo 17, pp. 213-123.

GÓNGORA Y ARGOTE, Luis de. 1944. **Soledades,** Editorial Estrada, Buenos Aires, pp. 1-181.

GONZÁLEZ BUENO, Antonio. 2000. Museos, Jardines y Gabinetes. Momentos y lugares de la Ciencia española, siglos XVI-XX. ***Historia 16,*** Madrid, Año XXIV, Nº 289.

GONZÁLEZ DEMURO, Wilson. 2003. De historiografías y militancias. Izquierda, artiguismo y cuestión agraria en el Uruguay (1590-1973). ***Anuario de Estudios Americanos,*** Sevilla, Tomo 52, Nº 2, pp. 635-689.

GONZÁLEZ SÁNZ, Carlos. 1998. Temas de Antropología Aragonesa. ***Revista del Catálogo de Cuentos Folklóricos Aragoneses: Correcciones y Ampliación,*** Zaragoza, Nº 8, pp. 7-60.

GONZÁLEZ SÁNZ, Carlos; José Ángel GRACIA PARDO y Antonio Javier LACASTA MAZA. 1998. **La Sombra del Olvido. [I]. Tradición Oral en el Pie de la Sierra Meridional de Guara.** Instituto de Estudios Altoaragoneses, Diputación de Huesca, Huesca, pp. 1-515.

GONZÁLEZ, José Fernando. 2003. **Crónica de la Provincia de Zaragoza.** Editorial Maxtor, Zaragoza, pp. 1-158, ilustrado.

GONZÁLEZ, Julio César. 1943. **Apuntes bio-bibliográficos de don Félix de Azara.** Pp. vii-cxiv, en Félix de AZARA: **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes.** Biblioteca de Historia Colonial, Editorial Bajel, Buenos Aires.

GOULD, Stephen Jay. 2004. **La estructura de la Teoría de la Evolución. El gran debate de las ciencias de la vida. La obra definitiva de un pensador crucial.** Colección Metatemas, 82, Tusquets Editores, Barcelona, pp. 1-1426.

GRAFTON, Anthony. 1998. **Los orígenes trágicos de la erudición. Breve tratado sobre la nota al pie de página.** Selección de Obras de Historia, Fondo de Cultura Económica de Argentina, Buenos Aires, pp. 1-178 + [1].

GRINBERG, Carl. 1968. **Historia Universal Daimon. 9. El siglo de la Ilustración. El despotismo ilustrado y los enciclopedistas.** Editorial Daimon, Manuel Tamayo, Zaragoza, pp. 1-448.

GROUSSAC, Paul. 1900. Noticia biográfica de don Diego de Alvear y examen crítico de su diario. ***Anales de la Biblioteca Nacional,*** Buenos Aires, Tomo I, pp. 195-384.

GROUSSAC, Paul. 1906. Noticia biográfica de don Juan Francisco Aguirre y examen crítico de su diario. ***Anales de la Biblioteca Nacional,*** Buenos Aires, Tomo IV, pp. ix-xl.

GROUSSAC, Paul. 1916. **Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires, 1536-1580.** Jesús Menéndez Librero-Editor, Buenos Aires, pp. i-xxxi + 1-546. Segunda Edición.

GROUSSAC, Paul. 1949. **Mendoza y Garay. Tomo I. Don Pedro de Mendoza.** Prólogo de Carlos Ibarguren. Academia Argentina de Letras, Serie de Clásicos Argentinos, IX. Casa Editora Coni, Buenos Aires, pp. i-xli + 1-237.

GROUSSAC, Paul. 1950. **Mendoza y Garay. Tomo II. Juan de Garay.** Academia Argentina de Letras, Serie de Clásicos Argentinos, X. Casa Editora Coni, Buenos Aires, pp. 1-349.

GUIMERÁ, Agustín. 1996. **Introducción.** Pp. 9-33, en: Agustín GUIMERÁ (Ed.): **El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar.** CSIC-Fundación MAPFRE Americana-Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-295.

GUIRAO LARRAÑAGA, Ramón 2000. **Guerrilleros y patriotas en el Alto Aragón: (1808-1814).** Editorial Pirineo, Huesca, pp. 1-174.

GUZMÁN, Flora. 1981. **La España de Goya.** La Historia Informal de España. Altalena Editores S. A., Madrid, pp.1-202.

HAZARD, Paul. 1952. **La crisis de la conciencia europea (1680-1715).** Segunda edición. Traducción de Julián Marías. Ediciones Pegaso, Madrid, pp. i-xv + 1-420.

HELMAN, Edith F. 1963. **Trasmundo de Goya.** Ediciones Revista de Occidente, Madrid, pp. 1-261, ilustrado.

HERNÁNDEZ, Bernardo. 2002. **La economía del**

siglo XVIII. Pp. 283-317, en: Ricardo GARCÍA CÁRCEL (Coordinador): **Historia de España. Siglo XVIII. La España de los Borbones.** Colección Historia, Serie Mayor, Ediciones Cátedra, Madrid.

HERNÁNDEZ, Pablo. 1912. **Misiones del Paraguay. Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús. Tomo I.** Gustavo Gili Editor, Barcelona, pp. 1-516.

HERNÁNDEZ, Pablo. 1913. **Misiones del Paraguay. Organización social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús. Tomo II.** Gustavo Gili Editor, Barcelona, pp. 1-738.

HERR, Richard. 1964. **España y la revolución del siglo XVIII.** Colección Cultura e Historia, Editorial Aguilar, Madrid, pp. i-vi + 1-417.

HERRERO, Juan Manuel. 1952. Notas sobre la ideología del burgués español del siglo XVIII. ***Anuario de Estudios Americanos*****,** Sevilla, Tomo IX, pp. 297-326.

HERSHKOVITZ, Philip. 1987. A history of the recent mammalogy of the neotropical región from 1492 to 1850. ***Fieldiana Zoology*****,** (New Series), Chicago, Nº 39: 11-98, figs. 1-25.

HUMBOLDT, Karl Wilhelm von. 1998. **Diario de viaje a España,** 1799.1800. Colección Cómo nos Vieron, Madrid, pp. 1-267.

IGLESIAS, Carmen. 1999. **Razón y sentimiento en el siglo XVIII.** Clave Historial, Serie editorial, Real Academia de la Historia, Madrid, pp. 1-454 + [3].

IGLESIAS, Carmen. 2009. **No siempre lo peor es cierto. Mitos y tópicos en la historia de España.** En Internet: <servicios.elcorreo.com/…/carmen-iglesias-1.htm>

IMBER, Colin. 2002. **El Imperio Otomano, 1300-1650.** Grupo Z, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, pp. 1-412.

INFANTE Javier. 1984: **La Cátedra de Economía Civil y Comercio de Zaragoza fundada y sostenida por la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País (1784-1846).** Editorial lit. Zaragoza.

IZQUIERDO HERNÁNDEZ, Manuel. 1963. **Antecedentes y comienzos del reinado de Fernando VII.** Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, pp. 1-793 + [8]

JAMBRINA, Alberto. 2001. **La Tradición: un caudal que fluye como fuente experiencial de la vida.** Pp. 121-123, en Ángel CARRIL y Ángel B. ESPINA BARRIO (Editores): **Tradición; cien respuestas a una pregunta.** Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca. Salamanca

JIMÉNEZ, Rafael Gonzalo. 2008. **Historia del pensamiento español. Capítulo 47. La Escolástica Española.** Pp. 1-30, versión digital, Internet.

JOHNSON, Paul. 1991. **Los Intelectuales.** Javier Vergara Editor, Buenos Aires, pp. 1-381.

JOSEP ESCARTÍ, Vicent. 2009. **La imagen perdida de la nobleza según Rafael Martí de Viciana (s. XVI): del pasado medieval al proyecto imperial.** Pp. 266-291, en: [bajado de internet]

JOUARY, Jean Paul. 1992. **Introducción.** Pp. vii-xlviii, en Denis DIDEROT: **El sueño de d'Alembert y suplemento al viaje de Bougainville.** Colección Clásico del Pensamiento. Edición bilingüe. CSIC y Editorial Debate S. A., Madrid.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de. 1992. **Diario.** Edición, Introducción y notas de José Miguel Caso González. Editorial Planeta. Barcelona, pp. i-xxx + 1-486.

JUDERÍAS, Julián. 1974. **La Leyenda Negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero.** Editora Nacional, Madrid, pp. 1-427.

JÜNGER, Ernst. 2006. **Pasados los setenta. Diarios (1965-1970). La memoria de un Siglo**. Colección Tiempo de Memoria, 45/4. Tusquets Editores, Barcelona, pp. 1-591.

KAMEN, Henry. 1972. **La Inquisición española.** Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, pp. 1-325.

KAMEN, Henry. 1978. The decline of Spain: a Historical Myth? ***Past and Present*****,** 1978, Nº 81, pp. 24-50.

KAMEN, Henry. 1983. **Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714.** El Libro de Bolsillo, Nº 1064, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-462.

KAMEN, Henry. 1999. **La Inquisición española. Una revisión histórica.** Libros de Historia, Crítica, Barcelona, pp. 359 + [1].

KANT, Inmanuel. 1992. **Opúsculos de Filosofía Natural.** Introducción, traducción y notas de Atilano Domínguez. El Libro de Bolsillo, 1584, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-202.

KANT, Inmanuel. 2005. **Filosofía de la Historia. Qué es la ilustración.** Colección Caronte, Filosofía. Terramar Ediciones, La Plata, pp. 1-168.

KEHLMANN, Daniel. 2007. **La medición del mundo.** Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-221.

KOCIANCICH, Vlady. 2010. Sobre la mitología de la infancia. Juan Tomás descubre el Universo. Reseña por Daniel Roldán. ***Ñ, Revista de Cultura, Clarín***, Buenos Aires, sábado 19 de junio de 2010, Buenos Aires, Nº 351, p. 17.

KRUTCH, Joseph Wood. 1947. **Samuel Johnson.** Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-701 + [1].

LABAÑA, Juan Bautista. 2006. **Itinerario del Reino de Aragón. Por donde anduvo los últimos meses del año 1610 y los primeros del siguiente 1611.** Prames, Zaragoza, pp. 1-386.

LACARRA, José María. 1972. **Aragón en el pasado.** Colección Austral Nº 1435, Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-227.

LACOUTURE, Jean. 1989. **Champollion, une vie de lumières.** Éditions Bernard Grasset, París, pp. 1-539 + [2].

LADERO-QUESADA, M. A. 1996. La “decadencia” española como argumento historiográfico. ***Hispania Sacra***, .Volumen XLVIII, Nº 93, pp. 11-50.

LAFOZ RABAZA, Herminio. 1981. **El libro de San Cipriano. Brujería en la Provincia de Huesca.** Pp.67-74, en: ***I Congreso de Aragón de Etnología y Antropología***, Tarazona, 1979. Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

LAFUENTE, Antonio. 1988. Ciencia y política en el reinado de Carlos III. **Mundo Científico,** Barcelona, vol. 8, Nº 81, pp. 642-649.

LAFUENTE, Antonio; José Luis DE LA SOTA y Jaime VILCHIS. 1996. **Dinámica imperial de la ciencia: los contextos metropolitano y colonial en la cultura española del siglo XVIII.** Pp. 175-202, en: Agustín GUIMERÁ (Editor): El reformismo borbónico. **Una visión interdisciplinar.** CSIC-Fundación MAPFRE Americana-Alianza Editorial, Madrid.

LAFUENTE, Antonio y José Luis PESET. 1982. Las Academias Militares y la Inversión en ciencia en la España ilustrada (1750-1760). ***Dynamis, Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam***, Vol. 2, pp. 193-209

LAHOZ FINESTRES, José María. 1996. Historia de la Universidad de Huesca (1354-1845). Comunicación presentada en: **Convegno Internazionale: Le Universitá Minori in Europa (Secoli XV-XIX)**. Algheso, Italia, 1996.

LAÍN ENTRALGO, Pedro. 1967. **La generación del noventa y ocho.** Sexta Edición. Colección Austral, Nº 784, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-259.

LAÍN ENTRALGO, Pedro. 1969. **La enfermedad como experiencia.** Pp. 51-107, en: AZORÍN, LAÍN, MARÍAS, ARANGUREN, MENÉDEZ PIDAL: **Experiencia de la vida.** Colección el Libro de Bolsillo, Nº 14, Alianza Editorial, Madrid.

LAÍN ENTRALGO, Pedro. 1978. **Antropología de la esperanza.** Colección Universitaria de Bolsillo, Colección Punto Omega, Nº 250, Ediciones Guadarrama, Madrid, pp. 1-203.

LAÍN ENTRALGO, Pedro. 1986. **Teatro del mundo.** Colección Austral Nº1672, Espasa-Calpe S. A., Madrid, pp. 1-347.

LÉPORI DE PITHAUD, María Estela. 1998. **La Imagen de España en el siglo XVII. Percepción y decadencia.** Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, pp. 1-231.

LEROY LADURIE, Emmanuel. 1991. **Historia del clima desde el año mil.** Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-522. Láminas I-XXXI.

LEVENE, Ricardo. 1973. **Las Indias no eran colonias.** Tercera edición. Colección Austral, Nº 1060, Espasa-Calpe S. A., Madrid, pp. 1-156.

LICHTENBERG, Georg Christoph. 2002. **Aforismos.** Edición de Juan del Solar. Edhasa, Barcelona, pp. 1-446.

LIDA, Raimundo. 1981a. **Períodos y Generaciones en la historia literaria.** Pp. 25-44, en Raimundo LIDA: **Letras hispánicas. Estudios. Esquemas.** Fondo de Cultura Económica, México

LIDA, Raimundo. 1981b. **Prosas de Quevedo.** Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, Barcelona, pp. 1-321 + [1].

LLOMBAT, Vicent. 2006. **Economía política y reforma en la Europa Mediterránea del siglo XVIII: una perspectiva española.** Pp. 85-112, en Pedro SCHWARTZ GIRÓN (Coordinador.): **Variaciones sobre la historia del Pensamiento Económico Mediterráneo.** Edita Caja Rural Intermediterránea, Cajamar, Instituto de Estudios Económicos de Cajamar.

LLUCH, Ernest. 1970. El caso de la no fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País de Barcelona. ***Revista de Occidente***, Madrid, Nº 115, pp. 51-70.

LLUCH, Ernest. 1999. **Las Españas vencidas en el**

siglo XVIII. Libros de historia, Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori, Barcelona, pp. 1-252.

LOPES, François. 1999. **Juan Pablo Fornner y la crisis de la conciencia española.** Estudios de Historia, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, Salamanca, pp. 1-712.

LÓPEZ GARCÍA, Victoria América. 1998. Historia de los inicios de la enseñanza del cálculo infinitesimal en México: 1785-1867. ***Relime,*** vol. 1, Nº 2, pp. 29-50.

LÓPEZ GONZÁLEZ, Beatriz. 1995. **El Madrid de la Ilustración.** Historia del Mundo para Jóvenes, Monografías, Akal Ediciones, Madrid, pp. 1-48.

LÓPEZ MARTÍN, Fernando *et al*. (Coordinadores:) 2007. **Atlas Climático de Aragón**. Dirección General del Cambio Ambiental y Climático, Zaragoza, pp. 1-122.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 1966. La introducción de la ciencia moderna en España. ***Revista de Occidente,*** Madrid, Año IV, 2ª época, nº 35, pp. 133-156.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 1969. **La introducción de la ciencia moderna en España.** Ariel Quincenal, Ediciones Ariel, Barcelona, pp. 1-172. Madrid, Año IV, 2ª época, nº 35, pp. 133-156.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 1992a. **La Ciencia en la España del siglo XVIII**. Ayer 7, Asociación de Historia Contemporánea, Madrid, pp. 1-240.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 1992b. **Introducción.** Pp. 11-18, en José María LÓPEZ PIÑERO. **La Ciencia en la España del siglo XVIII.** Colección Ayer 7, Asociación de Historia Contemporánea, Madrid.

LÓPEZ PIÑERO, José María.1996. Entrevista con José María López Piñero. ***Salud Mental y Cultura***, Madrid, 1996, pp. 687-704.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 2000. **Cajal.** Colección Pensamiento, Editorial Debate, Madrid, pp. 1-287.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 2002. **La medicina en la historia.** La Esfera de los Libros, Madrid, pp. 1-717.

LÓPEZ PIÑERO, José María. 2004. **La obra botánica de Cavanilles. Antonio José Cavanilles (1745-1805). Segundo Centenario de la muerte de un gran botánico. Cavanilles en Luces y Sombras**. En: http://www.uv.es/anales/0304/apresentacionlibro_cavanilles.pdf

LÓPEZ-OCÓN CABRERA, Leoncio. 2003. **Breve historia de la ciencia española.** Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-479.

LUCENA GIRALDO, Manuel. 2004. **Premoniciones de la Independencia de Iberoamerica.** Premonições da Independencia da Iberoamerica. Edición Bilingüe, Doce Calles, Aranjuez, pp. 1-89.

LUCENA GIRALDO, Manuel y Alberto BARRUECO RODRÍGUEZ. 1995. **Introducción**. Pp. 11-35, en: Félix de AZARA: **Escritos Fronterizos.** Colección Clásicos, CSIC-ICONA, Madrid.

LYNCH, John. 1973. **España bajo los Austrias.** Ediciones Península, Barcelona, 2 volúmenes.

LYNCH, John. 1999. **La España del siglo XVIII.** Libros de Historia, Crítica, Ediciones Grijalbo, Barcelona, pp. 1-408.

MADARIAGA, Salvador de. 1955. **España. Ensayo de historia contemporánea.** Editorial Sudamericana, Buenos Aires, pp. 1-847.

MAEDER, Ernesto J. A. 2003. **Estudio preliminar y restitución del texto.** Pp. 1-34, en: Juan Francisco AGUIRRE: **Discurso histórico sobre el Paraguay.** Con estudio preliminar y restitución del texto por Ernesto J. A. Maeder. Unión Académique Internationale-Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires.

MAESTRE, Agapito. 2007. **Estudio preliminar. Notas para una nueva lectura de la Ilustración.** Pp. XI-L, en: ERHARD, J. B.; J. G. HERDER; I. KANT; G. E. LESSING; M. MENDELSSOHN y F. SCHILLER. **¿Qué es Ilustración?** Estudio Preliminar de Agapito Maestre. Clásicos del pensamiento, Editorial Tecnos, Madrid.

MANCINI, Guido.1970. **Perfil de Leandro Fernández de Moratín.** Pp. 203-340, en: **Dos estudios de la Literatura Española**. Editorial Planeta, Barcelona, pp. 1-340.

MAÑÉ GARZÓN, Fernando. 1996. **Historia de la ciencia en el Uruguay Tomo II. De las Misiones Jesuíticas al fin del siglo XVIII.** Colección del Rectorado, volumen III, Universidad de la República, Montevideo, pp. 1-245. Ilustrado.

MARAÑÓN, Gregorio. 1951. **Cajal. Su tiempo y el nuestro**. Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-164.

MARAÑÓN, Gregorio. 1954. **Las ideas biológicas del Padre Feijóo.** Tercera edición. Espasa-Calpe S. A., Madrid, pp. 1-323.

MARAÑÓN, Gregorio. 1968. **Vida e Historia.** Novena edición. Colección Austral Nº 185, Espasa Calpe S. A., Madrid, pp. 1-167.

MARAVALL, José Antonio. 1973. **Estudio preliminar.** Pp. 1-55, en: Conde de CABARRÚS: **Cartas. Carta al Excelentísimo señor Príncipe de la Paz (Diciembre de 1795).** Castellote Editor, Colección Básica, 15. Sección Política, pp. 1-251.

MARAVALL; José Antonio. 1991. **Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII).** Introducción y compilación de María Carmen Iglesias. Biblioteca Mondadori, Editorial Mondadori, Barcelona, pp. 1-588.

MARAVALL; José Antonio. 1998. **Antiguos y modernos. Visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento.** Colección Historia y Geografía: Ensayo, Nº EN055, Alianza Editorial, Madrid, pp. i-xvi + 1-628.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan. 2000. **Pablo de Olavide. El espacio de la Ilustración y la Reforma Universitaria. Vida y obra de un Ilustrado americano y español.** Junta de Andalucía y Universidad Pablo de Olavide, Sevilla, pp. 1-231.

MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan. 2001. **El tiempo ilustrado de Pablo de Olavide. Vida, obra y sueños de un americano en la España del Siglo XVIII**. Ediciones Alfar, Sevilla, pp. 1-227.

MARÍAS, Julián. 1949. **El método histórico de las generaciones.** Revista de Occidente, Madrid, pp. 1-192.

MARÍAS, Julián. 1970. **Antropología Metafísica. La estructura empírica de la vida humana.** Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, pp. 1-318.

MARÍAS, Julián. 1988. **La España posible en tiempos de Carlos III.** Colección Ensayo, 37, Editorial Planeta, Barcelona, pp. 1-199 + [1].

MARÍAS, Julián. 2005. España inteligible. **Razón histórica de las Españas.** Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-421.

MARICHAL, Juan. 1995. **El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política.** Colección Pensamiento, Santillana S.A. y Ediciones Taurus, Madrid, pp. 1-353. 4.

MARTÍ GELABERT, Francisco. 2004. **Carlos III y la política religiosa.** Ediciones RIALP, Madrid, pp. 1-195.

MARTÍN GAITE, Carmen. 1999. **El proceso de Macanaz. Historia de un empapelamiento.** Editorial Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-456.

MARTÍN RUBIO, S. 1984. **Los cuentos de brujas en el Somontano de Huesca.** Pp. 173-179, en: **V Jornadas sobre el Estado Actual de los Estudios sobre Aragón,** Zaragoza, 1982.

MARTÍNEZ MARÍN, Juan. 1988. **El léxico español de la ciencia y de la técnica en el reinado de Carlos III. Introducción a su estudio.** Pp. 27-41, en: IV **Encuentro de la Ilustración al Romaticismo. Carlos III. Dos Siglos después.** Tomo I. Servicio de Publicaciones, Universidad de Cádiz, Cádiz.

MARTÍNEZ RICA, Juan Pablo. 2008. **Las raíces de las ideas biológicas de Félix de Azara**. **Revista de la Real Academia de Ciencias,** Zaragoza, Tomo LXIII, pp. 101-164.

MARTÍNEZ TEJERO, Vicente. 2005. **Piedras, Fósiles, Plantas, Insectos, Peces. Naturalistas aragoneses.** Biblioteca Aragonesa de Cultura, 35, Zaragoza, pp. 1-206. Ilustrado.

MAZZOLA, María Celeste. 2008. Félix de Azara: Itinerario intelectual de un funcionario singular. ***Tinkuy, Boletín de Investigación y Debate*****,** Université de Montréal, Montreal, Nº 8, pp. 1-98.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1951. **Historia de los Heterodoxos españoles.** Espasa Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, Tomo III, pp. 1-378 + i-clxiv.

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino. 1951. **Historia de los Heterodoxos españoles.** Espasa Calpe Argentina, S. A., Buenos Aires, Tomo VI, pp. 1-444 + i-xii.

MENÉNDEZ PIDAL, Faustino. 2003. **Campomanes: Los orígenes de un linaje.** Pp. 11-33, en Gonzalo ANES Y ÁLVAREZ DE CASTRILLÓN (Coordinador): **Campomanes en su segundo centenario.** Colección Estudios, 7, Real Academia de la Historia, Madrid.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. 1978. **Flor nueva de romances viejos.** Segunda edición. Selecciones Austral, 10, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-262.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón. 1982. **Los Españoles en la historia.** Ensayo Introductorio de Diego Catalán. Selecciones Austral, 101, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-241.

MESTRE, Antonio. 1968. **Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento Político-Religioso de Don Gregorio Mayans y Síscar (1699-1781).** Ayuntamiento de Valencia-Ayuntamiento de Oliva, Valencia, vol. 5, pp. 1-509.

MESTRE, Antonio. 1984. **Inquisición y corrientes ilustradas.** Pp. 1247-1265, en: J. PÉREZ VILLAMAYOR y B. ESCANDELL (Editores): **Historia de la Inquisición en España y en América.** BAC-CEI. Madrid.

MESTRE, Antonio. 1990. **España de la Ilustración.** IDE, Instituto de España, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-198.

MESTRE, Antonio. 1996. **La actitud religiosa de los Católicos Ilustrados.** Pp. 147-163, en Agustín GUIMERÁ (Ed.): **El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar.** CSIC-Fundación MAPFRE Americana-Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-295.

MOLAS RIBALTA, Pere. 1996. **La estructura del estado y las elites de Poder.** Pp. 61-73, en Agustín GUIMERÁ (Ed.): **El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar.** CSIC-Fundación MAPFRE Americana-Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-295.

MOLINER PRADA, Antonio. 2006. Las Juntas como respuesta a la Invasión Francesa. ***Revista de Historia Militar*****,** Madrid, Nº Extra 1, pp. 37-70.

MONES, Álvaro y Miguel Ángel KLAPPENBACH. 1997. Un ilustrado aragonés en el Virreinato del Río de la Plata: Félix de Azara (1742-1821). Estudios sobre su vida, su obra y su pensamiento. Volumen de homenaje en los 175 años de su muerte (1821-1996). ***Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Montevideo*****,** segunda serie, vol. IX, pp. i-vi + 1-221. Ilustrado.

MONNER SÁNZ, José María. 1970. **El problema de las generaciones.** Grandes Ensayistas, Emecé Editores, Buenos Aires, pp. 1-273.

MONTER, William. 1992. **La otra Inquisición. La Inquisición española en la Corona de Aragón, Navarra, el País Vasco y Sicilia.** Colección Drakontos, Editorial Crítica, Barcelona, pp. 1-400.

MONTÓN BROTO, Félix J. (Director). 2000. **El sitio de Barbastro. Cantar de Gesta del siglo XIII.** Edición del Ayuntamiento de Barbastro, Barbastro, pp. I-XXVI + 1-175.

MOORE, Walter John. 1996. **Edwin Schrödinger. Una Vida.** Cambridge University Press, Cambridge, pp. I-ix + 1-444.

MOOREHEAD, Alan. 1971. **Darwin and the Beagle.** Literature Travel, Penguin Books, London, pp. 1-280. Ilustrado.

MORA, Carmen. 1972. **Vida y obra de Ignacio de Asso. Jusinternacionalismo, jurisprudencia y otras ideas**. Edición de la Autora, Zaragoza, pp. 1-424.

MORALES MOYA, A. 1988. La ideología de la Ilustración Española. ***Revista de Estudios Políticos*** (Nueva Época), Nº 59, Enero-Marzo de 1988, pp. 65-105.

MORALES VALLEJO, Javier. 2006. **Félix de Azara. Modernidad e Ilustración**. Pp. 281-287, en: Ignacio BALLARÍN IRIBARREN; Julio Rafael CONTRERAS ROQUÉ y Manuel ESPAÑOL GONZÁLEZ (Coordinadores): **Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821). Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana.** Primeras Jornadas Azarianas, Madrid-Huesca, 2005. Fundación Biodiversidad-Diputación de Huesca, Huesca.

MOREAU-SAINT-MÉRY, M. L. E. 1801.**[Discours préliminaire du traducteur],** pp. i-xxxvii, en: **Félix de AZARA: Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la Province du Paraguay. Écrits depuis 1783 jusqu'en 1796 (an 4 de la République Française). Tome I.** Pougens, París, pp. 1-lxiii + 1-366.

MORENO ALONSO, Manuel. 1989. **La generación española de 1808.** Alianza Universidad, AU595 Historia, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-288.

MORENO ALONSO, Manuel. 1998. **Blanco White. La obsesión de España.** Ediciones Alfar, Sevilla, pp. 1-674 + [4].

MORENO ECHEVARRÍA, José M. 1973. **Los Almogávares.** Círculo de Lectores, Barcelona, pp. 1-206.

NAVA RODRÍGUEZ, Teresa. 1996. Los poderes públicos y el cambio cultural. ¿Quién mueve la pluma de los ilustrados? **Historia 16,** Madrid, Año XXI, Nº 243, pp. 57-61.

NEGRÍN FAJARDO, Olegario. 1987. **Educación popular en la España de la segunda mitad del siglo XVIII: Las actividades educativas de la Sociedad Matritense de Amigos del País.** UNED, Madrid.

NIETO CALLÉN, Juan José. 2004. **Espacio y comercio en la ciudad de Barbastro (siglos IX-XIX).** Asociación de empresarios de Barbastro-Ayuntamiento de Barbastro, Barbastro, pp. 1-207.

NIETO CALLÉN, Juan José. 2006. **La comarca del somontano de Barbastro durante las edades moderna y contemporánea**. Pp. 111-122, en María Nieves JUSTE (Coordinadora): **Comarca del somontano de Barbastro.** Diputación General de Aragón, Zaragoza.

NIETO CALLÉN, Juan José y José María SÁNCHEZ MOLLEDO. 2004. Fray Manuel Abad y Lasierra, un aragonés de la Ilustración. ***Argensola***, Huesca, Nº 114, pp. 371-389.

NIETO CALLÉN, Juan José y Juan Ramón BOSCH FERRER. 1996. La epidemia de tercianas de 1783-1785 en Barbastro y en su corregimiento: Miseria,

mortandad y asistencia a fines del Antiguo Régimen. **Somontano,** Barbastro, Nº 2, pp. 63-83.

NOMURA, Hitoshi. 1998. Historia da Zoologia no Brasil: Seculo XVIII. Museu Bocage, Lisboa, ***Publicaçoẽs Avulsas,*** 2º serie, Nº 4, pp. 1-313.

NOVALES, Alberto. 2005. **Diccionario Biográfico aragonés, 1808-1833.** Colección de Estudios Altoaragoneses, 52, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, pp. 1-437.

OCAMPO, Emilio. 2006. Inglaterra, la masonería y la Independencia de América. ***Todo es Historia,*** Buenos Aires, Año XXXVIII, Nº 463, pp. 6-23.

OLAECHEA, Rafael. 1965. **Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del siglo XVIII.** La Agencia de Preces, Zaragoza, 2 vols.

OLAECHEA, Rafael. 1981. Perfil psicológico del escritor J. F. de Isla (1703- 1781). ***Boletín del Centro de Estudios del siglo XVIII,*** vol. 9, pp. 3-26.

OLAGÜE DE ROS, Guillermo & Mikel ASTRAIN GALLART. 2004. ¡Salvad los niños!: Los primeros pasos de la vacunación en España (1799-1805). ***Asclepio,*** vol. LVI, pp. 7-31.

OLIVERA VILLACAMPA, Macario. 2000. **La Universidad de Huesca. Entre la memoria y el futuro.** Edición del autor, Grafic R. M. Color, Huesca, pp. 1-221.

ORTEGA Y GASSET, José. 1963a. **El tema de nuestro tiempo.** Colección el Arquero, Ediciones Revista de Occidente, Madrid, pp. 1-188.

ORTEGA Y GASSET, José. 1963b. **Goya.** Colección Austral 1333, Espasa Calpe, S. A., Madrid, pp. 1-144.

ORTEGA Y GASSET, José. 1965. **En torno a Galileo. Esquema de las crisis.** Colección Austral, Nº 1365, Espasa-Calpe, Madrid, pp. 1-239.

ORTEGA y GASSET, José. 1983. **¿Qué es filosofía? Unas lecciones de metafísica.** Colección Sepan Cuantos…, Nº 499, Editorial Porrúa, México, pp. i-xxix + 1-209.

ORTIZ- OSÉS, Andrés. 1992a. **La Sabiduría de la Vida Una filosofía aforística a la sombra de Baltasar Gracián.** As Tres Serols, Prames S. A., Zaragoza, pp. 1-343.

ORTIZ-OSÉS, Andrés. 1992b. **La Identidad Cultural Aragonesa.** Centro de Estudios

PACHO, Julián. 2005. **Positivismo y darwinismo.** Colección Hipuku, 37, Akal Ediciones, Madrid, pp. 1-95.

PALACÍN ZUERAS, María Cruz. 1999. **Leyendas y relatos aragoneses.** (Sin mención de editorial), Huesca, pp. 1-737. Ilustrada.

PALACIO ATARD, Vicente. 1964. **Los españoles de la Ilustración.** Colección Guadarrama de Crítica y Ensayo, N° 44, Ediciones Guadarrama, Madrid, pp. 1-333.

PALACIO-ATARD, Vicente. 1966. **Derrota, agotamiento, decadencia, en la España del siglo XVIII.** Tercera edición. Ediciones Rialp, Madrid, pp. 1-227.

PALACIO ATARD, Vicente. 1989. **Las “nuevas poblaciones” andaluzas de Carlos III. Los españoles de la Ilustración.** Colección Mayor, Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, pp. 1-186.

PALACIOS FERNÁNDEZ, Emilio. 2002. **La mujer y las letras en la España del Siglo XVIII.** Arcadia de las Letras, Ediciones del Laberinto S. L., Madrid, pp. 1-318.

PALLARUELO CAMPO, Severino. 1984. **Viaje por los Pirineos Misteriosos de Aragón.** Edición del Autor, Zaragoza, pp. 1-155.

PALLARUELO CAMPO, Severino. 2002. **Bardaxí. Cinco siglos en la historia de una familia de la pequeña nobleza aragonesa.** Segunda edición. Editado por el autor, Zaragoza, pp. 1-315 + [3]. Ilustrada.

PALLARUELO CAMPO, Severino. 2006. **Guía Turística de Aragón.** Guías Turísticas Prames, Zaragoza, pp. 1-535. Ilustrada.

PAREDES, Rogelio C. 2004. **Pasaporte a la utopía. Literatura, individuo y modernidad en Europa (1680-1780).** Miño y Dávila-Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, pp. 1-184.

PAULOS, John Allen. 2000. **El hombre anumérico. El analfabetismo matemático y sus consecuencias.** Metatemas, 20, Tusquets Editores, Barcelona, pp. 1-208.

PAZ, Octavio. 1958. **La estación violenta.** Colección Letras Mexicanas, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-88.

PEIRÓ ARROYO, Antonio. 1988. Aragón en el siglo XVIII. Las Instituciones. Pp. 7-17, en: **Aragón y el Conde Aranda.** Diputación General de Aragón, (1986), Zaragoza.

PEIRÓ ARROYO, Antonio. 1991. **Atlas de Historia de Aragón.** Miguel Beltrán et al. (Dirección). Institución "Fernando el Católico", Zaragoza.

PEIRÓ ARROYO, Antonio. 2001. **La economía aragonesa en el período de crisis del Antiguo Régimen.** Pp. 1033-1052, en Agustín UBIETO (Editor): **IIIº Jornadas de Estudios sobre Aragón en el umbral del siglo XXI,** Caspe, 15-17 de diciembre de 2000. Instituto de Estudios de Ciencias de la Educación, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.

PEIRÓ ARROYO, Antonio. 2006. **Las Sociedades Económicas de Amigos del País: La Ilustración.** Artículo 83, Edad Moderna, en: **Atlas de Historia de Aragón** (digital). Institución Fernando El Católico, Zaragoza.

PEIRÓ ARROYO, Antonio. 2008. **Estudio introductorio. Burguesía, Ilustración y análisis económico: Lorenzo Normante y la cátedra de Economía civil y Comercio.** Pp. 9-33, en Lorenzo NORMANTE Y CARCAVILLA: **Proposiciones de Economía Civil y Comercio y otros escritos. MDCCLXXXIV-MDCCLXXXVI.** Biblioteca Ernest Lluch de Economistas Aragoneses, I, Instituto "Fernando el Católico", Zaragoza.

PEIRÓ BARCO, José Vicente. 2006. **Literatura y ciencia: el carácter ensayístico de la descripción general del Paraguay de Félix de Azara.** Pp. 289-296, en: Ignacio BALLARÍN IRIBARREN; Julio Rafael CONTRERAS ROQUÉ y Manuel ESPAÑOL GONZÁLEZ (Coordinadores): **Tras las huellas de Félix de Azara (1742-1821). Ilustrado altoaragonés en la última frontera sudamericana.** Primeras Jornadas Azarianas, Madrid-Huesca, 2005. Fundación Biodiversidad-Diputación de Huesca, Huesca.

PELAYO, Francisco y Miguel Ángel PUIG SAMPER MULERO. 1992. **La obra científica de Löfling en Venezuela.** Cuadernos Lagovén, Caracas, pp. 1-163. Ilustrado.

PENHOS, Marta. 2005. **Ver, conocer, dominar. Imágenes de Sudamérica a fines del Siglo XVIII.** Colección Arte y Pensamiento, Siglo XXI, Editores/ Argentina, Buenos Aires, pp. 1-382.

PÉREZ ESTÉVEZ, R. M. 2002. **La España de la Ilustración.** Cuadernos de Cultura y Civilización Hispánica. Actas Editorial, Madrid, pp. 1-126.

PÉREZ PICAZO, María Teresa. 1966. **La publicística española en la Guerra de Sucesión.** Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Historia Moderna, Tesis, Madrid.

PÉREZ SAMPER, María Ángeles. 1998. **La vida y la época de Carlos III.** Los Reyes de España, Editorial Planeta, pp. 1-303.

PÉREZ SAMPER, María Ángeles. 2000. **La España del siglo de las Luces.** Ariel Practicum, Editorial Ariel, Barcelona, pp. 1-252.

PÉREZ SARRIÓN, Guillermo. 1990. **Huesca en el período de expansión borbónico (1700-1708).** Pp. 142-271, en Carlos LALIENA CORBERA (Coordinador): **Huesca. Historia de una ciudad.** Ayuntamiento de Huesca, Zaragoza.

PÉREZ SARRIÓN, Guillermo. 1997. **Historia de Zaragoza. La integración de Zaragoza en la red urbana de la Ilustración (1700-1808).** Caja de Ahorros La Inmaculada y Servicio de Cultura, Ayuntamiento de Zaragoza, Zaragoza, pp. 1-96.

PÉREZ SARRIÓN, Guillermo. 2008. **Estudio introductorio. Reformismo e Ilustración.** Pp. 9-77, en: Antonio ARTETA y MONTESEGURO. **Discurso Instructivo sobre las ventajas que puede Conseguir la Industria de Aragón con la nueva ampliación de puertos concedida por S. M. para el comercio de América. MDCCLXXXIII**. Instituto Fernando el Católico, Biblioteca Ernest Lluch de Economistas Aragoneses, 2, Zaragoza.

PERRIAUX, Jaime. 1970. **Las generaciones argentinas.** Editorial Universitaria de Buenos Aires, Eudeba, Buenos Aires, pp. I-XI + 1-164.

PESET, José Luis. 2003. Academias y ciencias en la Europa. Península, ***Revista de Estudios Ibéricos*,** Nº 0, 391-400.

PESET, José Luis y Antonio LAFUENTE. 1981. Ciencia e historia de la ciencia en la España Ilustrada. ***Boletín de la Real Academia de la Historia*,** Madrid, Tomo 178, cuaderno 2, pp. 267-300.

PESET, José Luis y Antonio LAFUENTE. 1996. **El conocimiento y el dominio de la naturaleza: la ciencia y la técnica.** Capítulo II, pp. 347-394, en: Ramón MENÉNDEZ PIDAL (Director): **Historia de España. Tomo XXXI. La época de la Ilustración. El Estado y la cultura (1759-1808).** 4ª edición, Espasa Calpe, Madrid.

PIGAFETTA, Antonio. 1998. **La primera vuelta al mundo.** Edición, traducción, introducción y notas de Diego BIGONGIARI. Pp. 37-185, en: **Las mejores crónicas marinas I.** Editorial Ameghino, Buenos Aires.

PIÑERA RIVAS, Álvaro de la. 1992. **El Brigadier de la Real Armada e Ingeniero Militar Don Félix**

de Azara y Perera. Breve noticia histórica de su vida y obra. Asamblea Amistosa Literaria, Servicio de Publicaciones de la Armada, Madrid, pp. 1-29.

PIQUERAS HABA, Juan. 1992. La difusión de la patata en España (1750-1850): El Papel de las Sociedades Económicas y del Clero Rural. ***Revista Cuatrimestral de Geografía*****,** Universidad de Valencia, Valencia, Nº 27, pp. 80-89.

POLT, John H. R. 1979. **Poesía del Siglo XVIII.** Clásicos Castalia, Ediciones Castalia, Madrid, pp. 1-401 + 4 láminas.

POPPER, Karl R. 1992. **La miseria del historicismo.** Libros de Bolsillo, Nº 44, Taurus Ediciones-Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-181.

POPPER, Karl R. 2008. **Sociedad abierta, universo abierto. Conversación con Frank Kreuzer.** Quinta edición. Editorial Tecnos, Grupoa Anaya, Madrid, pp. 1-157.

PRADELLS NADAL, Jesús. 2000. Política, libros y polémicas culturales en la correspondencia extraoficial de Ignacio de Heredia con Manuel de Roda (1773-1781). ***Revista de Historia Moderna*****,** Madrid, Nº 18, pp. 125-122.

QUEVEDO, Roberto. 1980. **Estudio sobre la obra.** Pp. 7-18, en: Ruy DÍAZ DE GUZMÁN: **Anales del Descubrimiento, Población y conquista del Río de la Plata. Con tres estudios sobre Ruy Díaz De Guzmán y su obra por Roberto Quevedo**, Miguel A. Guérin y Germán de Granda. Ediciones Comuneros, Asunción.

RADL, Emanuel. 1988a. **Historia de las Teorías biológicas. 1. Hasta el siglo XIX.** Introducción de José María López Piñero. Alianza Universidad AU 553, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-334.

RADL, Emanuel. 1988b. **Historia de las Teorías biológicas. 2. Desde Lamarck y Cuvier.** Introducción de José María López Piñero. Alianza Universidad AU 554, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-425.

RAMÓN y CAJAL, Santiago. 1968. **Mi infancia y mi juventud.** Colección Austral, 90, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-266.

RANDALL, John. 1981 **La formación del pensamiento moderno. Historia intelectual de nuestra época.** Editorial Mariano Moreno, Buenos Aires, pp. 1-719.

RECUENCO PÉREZ, Julián. 2005. Ilustración y Liberalismo en la Diócesis de Cuenca (1750-1833). ***Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea*****,** Nº 5, pp. 1-21.

RENOUVIER, Claudio. 1945. **Ucronía. La Utopía en la Historia.** Biblioteca Filosófica, Editorial Losada, Buenos Aires, pp. 1-375 + [2].

RIFKIN, Jeremy. 2010. **La civilización empática. La carrera hacia una conciencia global en un mundo en crisis.** Paidós Estado y Sociedad, 175. Editorial Paidós, Buenos Aires, pp. 1-703.

RINGROSE, David R. 1985. **Madrid y la economía española,** 1560-1850. Alianza Universidad, AU 443, Madrid, pp. 1-445.

RÍOS NASARRE, Paz y VILADER TRICAS, Rafael. 1987. **Espresions, chiros y dicharachos de Salas Altas.** Jornadas sobre Cultura Popular Altoaragonesa, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, pp. 105-106.

RÍPODAS ARDANAZ, Daisy (Editora). 2002. **Viajeros al Río de la Plata 1701-1725.** Union Accadémique Internationale-Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, pp. 1-412.

RODRÍGUEZ HUÉSCAR, Antonio. 1986. **Prólogo.** Pp. ix-xxxiv, en: José ORTEGA Y GASSET: **¿Qué es filosofía? Unas lecciones de metafísica.** Colección Sepan Cuántos, Nº 499, Editorial Porrúa, México.

ROHLFS, Gerhard. 1985. **Diccionario dialectal del Pirineo aragonés.** Presentación por Tomás Buesa Oliver, Instituto Fernando El Católico, Zaragoza, Temas aragoneses, 57, pp. I-XXXV + 1-343 + 2 láminas. (1892-1986)

ROJAS, Carlos. 1966. **Diálogos para otra España.** Colección Hora de España. Ediciones Ariel, Barcelona, pp. 1-298.

ROJAS, Carlos. 2006. **Yo, Goya.** Editorial Planeta, Barcelona, pp. 1-260.

ROJAS PAZ, Pablo. 1951. **Echeverría, el pastor de soledades.** Editorial Losada, Buenos Aires, pp. 1-173.

ROMERALES, Enrique. 1997. **Del Empirismo soberano al parlamento de las ideas. El pensamiento británico hasta la Ilustración.** Colección Nipeku, 25, Akal Ediciones, Madrid, pp. 1-125.

ROMERO, José Luis. 1944. La biografía como tipo historiográfico. ***Humanidades***, La Plata, Vol. 29, pp. 117-133.

ROSALDO, Renato. 1989. **Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social.** Colección Los Noventa, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Editorial Grijalbo, México, pp. 1-229.

ROUDINESCO, Elisabeth. 2007. **Filósofos en la tormenta.** Fondo de Cultura Económica, México, pp. 224.

ROURA I AULINAS, Lluis. 2002. **Expectativas y frustración bajo el reformismo borbónico.** Pp. 167-221, en Ricardo GARCÍA CÁRCEL (Coordinador): **Historia de España. Siglo XVIII. La España de los Borbones.** Colección Historia, Serie Mayor, Cátedra, Madrid.

RÜHLE, Volker. 1997. **En los laberintos del auto conocimiento: el Sturm und Drang y la Ilustración alemana.** Colección Hipeku, 30, Akal Ediciones, Madrid, pp. 1-78.

SAAVEDRA, Pegerto y Hortensio SOBRADO. 2004. **Historia de España 3er Milenio. El Siglo de las Luces. Cultura y vida cotidiana.** Editorial Síntesis, Madrid, pp. 1-415.

SALCEDO RUIZ, Ángel. 1924. **La época de Goya. Historia de España e Hispanoamérica desde el advenimiento de Felipe V hasta la guerra de la Independencia.** Editorial Saturnino Calleja, Madrid, pp. 1-434, ilustrado.

SAMMARTÍ, José María; P. PANIAGUA y M. de RAMÓN. 2002. Periodismo y la plebeyización triunfante. **Los medios como indicadores de la historia.** Pp. 437-445, en: Carlos NAVAJAS ZUBELDÍA (Editor): ***Actas del III Simposio de Historia Actual.*** Logroño, 26-28 de octubre de 2000, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño.

SAN MARTINO DE DROMI, Laura. 1999. **Constitución Indiana de Carlos III. La Real Ordenanza de Intendentes de 1782.** Ciudad Argentina, Buenos Aires, pp. 1-412 + [2].

SÁNCHEZ ALBORNOZ, Claudio. 1979. **Confidencias.** Prólogo de Carlos Seco Serrano. Selecciones Austral, 63, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-251.

SÁNCHEZ BLANCO, Francisco. 1997. **La Ilustración en España.** Colección Hipeku, 29, Akal Ediciones, Madrid, pp. 1-62.

SÁNCHEZ BLANCO, Francisco. 2002. **El Absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III.** Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A., Madrid, pp. 1-454.

SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel. 1997. **La biblioteca de José Nicolás de Azara.** Calcografía Nacional, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, pp. 1-294.

SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel. 2000. **Memorias del Ilustrado aragonés José Nicolás de Azara.** Edición y estudio de Gabriel Sánchez Espinosa. Institución "Fernando el Católico" (CSIC)-Excma. Diputación de Zaragoza, Zaragoza, pp. 1-436.

SARRAILH, Jean. 1981. **La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII.** Fondo de Cultura Económica, México, pp. 1-784.

SAUGNIEUX, Joël. 1970. **Un prélat éclairé: Don Antonio Tavira y Almazán (1737-1807); contribution a l'étude du jansénisme espagnol.** France-Ibérie Recherche, Toulouse, pp. 1-207.

SCARLETT, P. Campbell. 1957. **Viajes por América a través de la Pampas y los Andes, desde Buenos Aires al Istmo de Panamá.** Colección de Viajes, Memorias y Aventuras. Volumen 4, Editorial Claridad, Buenos Aires, pp. 1-237. Con mapas plegados e ilustraciones fuera de texto.

SCHULLER, Rodolfo R. 1904. **Notas biográficas y bibliográficas. Prólogo.** Pp. vii-cxxxii, con 7 láminas, en: Félix de AZARA: **Geografía Física y esférica de las Provincias del Paraguay y Misiones Guaraníes.** Compuesta por don Félix de Azara, Capitán de Navío de la Real Armada en la Asunción de Paraguay. Año de MDCCXC (1790) (Manuscrito en la Biblioteca Nacional de Montevideo). Bibliografía, prólogo y anotaciones por Rodolfo R. Schuller. **Anales del Museo Nacional de Montevideo, Sección Histórico-Filosófica,** Montevideo, Tomo I, 1904.

SEBOLD, Russell P. 1974. **Cadalso: el Primer Romántico "Europeo" de España.** Biblioteca Románica Hispánica, Editorial Gredos, Madrid, pp. 1-294.

SECO SERRANO, 1983. Catalunya en la España moderna. ***Cuenta y Razón*,** Barcelona, Nº 13, pp. 95-100.

SECO SERRANO, Carlos. 1979. **Prólogo.** Pp. 9-26, en Claudio SÁNCHEZ ALBORNOZ: **Confidencias.** Selecciones Austral, 63, Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-251.

SELLÉS, Manuel. 1994. **Instrumentos de Navegación del Mediterráneo al Pacífico.** Lunwerg, Madrid, pp.

SELVA, José. 1963. **El arte en España durante los borbones.** Editorial Ramón Sopena S. A., Barcelona, pp. 1-240.

SEMPERE Y GUARINOS, Juan. 1990. **Historia de los vínculos y mayorazgos.** Edición de Juan Rico González. Instituto Gil-Albert, Alicante, Espejo de Clío, 2, pp. 1-230.

SERRANO MONTALVO, Antonio. 1997. **La pobla-**

ción de Aragón según el fogage de 1495. II. Sobrecullidas de la de Calatayud, Tarazona, Huesca, Jaca, Ainsa, Barbastro y Ribagorza. Instituto Fernando el Católico, Zaragoza, pp. i-lxv + 1-411.

SIERRA, Vicente de. 1944. **Los jesuitas germanos y la conquista espiritual de Hispanoamérica. Siglos XVI-XIX.** Prólogo de Ricardo W. Staudt, Buenos Aires, pp. 1-412 + bibliografía + índice. Con grabados, viñetas y planos.

SMIDT, Andrea J. 2002. Piedad e ilustración en relación armónica. Josep Climent y Avinet, obispo de Barcelona. ***Manuscrits*,** Barcelona, Vol. 20, pp. 91-109.

SOBEL, Dava. 1997. **Longitud.** Editorial Debate, Madrid, pp. 1-178.

SOLER PASCUAL, Emilio. 1993. **Viajes y acción política del Intendente Beramendi.** Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 2 Tomos.

SPINOZA, Baruch. 1986. **Tratado teológico-político.** El libro de Bolsillo, 1185, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-439.

STEELE, Arthur R. 1982. **Flores para el Rey. La expedición de Ruiz y Pavón y la Flora del Perú (1777-1788).** Ediciones del Serbal, Barcelona, pp. 1-347

STIFFONI, Giovanni. 1988. **Intelectuales, sociedad y estado.** Capítulo I, pp. 5-117, en: Ramón MENÉNDEZ PIDAL (Fundador), José María JOVER ZAMORA (Director): **Historia de España. Tomo XXIX, La época de los primeros Borbones. Volumen II. La Cultura española entre el barroco y la ilustración (circa 1680-1759).** Segunda edición. Espasa Calpe, Madrid.

SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis. 2005. **Nobleza y monarquía. Entendimiento y rivalidad.** El proceso de la construcción de la Corona Española. La Esfera de los Libros, Madrid, pp. 1-407.

TAMAYO Y RUBIO, Juan. 1979. **Prólogo.** Pp. i-xlvi, en: José de CADALSO: **Cartas Marruecas.** Edición, prólogo y notas de Juan Tamayo y Rubio, Espasa Calpe S. A., Madrid.

TAPIA OZCARIZ, Enrique de. 1962. **Carlos III y su época. Biografía del siglo XVIII.** Evocaciones y Memorias, Editorial Aguilar, Madrid, pp. 1-418, ilustrado.

TAVENAUX, René. 1965. Jansenisme et Politique. **Annales. Économies, Sociétés, Civilisations,** París, pp. 436-438

TEMPLADO, Joaquín. 1974. **Historia de las teorías evolucionistas.** Colección Exedra, Editorial Alhambra, Madrid, pp. i-xii + 1-170.

TERRÓN PONCE, José Luis. 1997. Ejércitos y política en la España de Carlos III. Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 1-344.

THUILLIER, Pierre. 1989. Isaac Newton: un alquimista distinto de los demás. ***Mundo Científico*,** Barcelona, Vol. 9, Nº 95, pp. 944-957.

TOMSICH, María Giovanna. 1972. **El Jansenismo** en **España. Estudio sobre ideas religiosas en la segunda mitad del siglo XVIII.** Prólogo de Carmen Martín Gaite. Siglo Veintiuno Editores, Madrid, pp. 1-207.

TORNER Y DE LA FUENTE, Eusebio. 1892. **El Brigadier de la Armada e Ingeniero Militar Don Félix de Azara y Perera.** Apuntes biográficos. Imprenta del Memorial de Ingenieros, Madrid, pp. 1-104.

TOYNBEE, Arnold J.1964. **Estudio de la Historia. Volumen XIII.** Emecé Editores S. A., Buenos Aires, pp. 1-305.

TRABULSE, Elías. 1974. **Ciencia y religión en el siglo XVIII.** El colegio de México, Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 18, México, pp. 1-286.

UNAMUNO, Miguel de. 1970. **El caballero de la Triste Figura.** Quinta edición. Colección Austral Nº 417, Espasa Calpe, S. A., Madrid, pp. 1-159.

UNAMUNO, Miguel de. 1977. **Antología poética.** Selección e introducción de José María Valverde. El Libro de Bolsillo, 641, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-110.

URBIETO ARTETA, Antonio. 1989. **Historia de Aragón. Orígenes de Aragón.** Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja, Zaragoza, pp. 1-456.

VACA DE OSMA, José Antonio. 2003. **Francisco de Goya. El arte, el amor y la locura.** Espasa Calpe, Madrid, pp. 1-397.

VACA DE OSMA, José Antonio. 2005. **Carlos III.** 2ª Edición, Ediciones RIALP, Madrid, pp. 1-389.

VALBUENA PRATT, Ángel. 1974. **Historia de la Literatura Española. Octava edición corregida y ampliada. Segunda Tirada. Tomo III.** Editorial Gustavo Gili S. A., Barcelona, pp. 1-638 + i-vi.

VALDERAS, José María. 1981. **Relecturas de las Disertaciones de Cavanilles. Collectanea Botanica.** Barcelona, tomo 20, pp. 183-238.

VALLEJO-NÁGERA, Juan Antonio. 1992. **Locos egregios.** Colección Memoria de la Historia, Personajes, Editorial Planeta Argentina, S. A., Buenos Aires, pp. 1-296.

VALLENTIN, Antonina. 1994. **Goya**. Traducción del francés de Miguel de Hernani. Losada-Anaya & Mario Muchnik, Madrid, pp. 1-287 + [32].

VARELA, Javier. 1988. **Jovellanos.** Alianza Universidad, AU 534, Alianza Editorial, Madrid, pp. 1-285.

VARELA, José Luis. 1967. **La palabra y la llama.** Vislumbres, Nº 7, Editorial "Prensa Española", Madrid, pp. 1-362.

VÁZQUEZ OBRADOR, Jesús. 1980. Notas sobre refranes, dichos y tradiciones de algunos pueblos de tierra de Biescas, Balle de Tena, Balle de Serrablo y Somontano. ***Argensola***, Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, Nº 89, pp.55-73.

VELÁZQUEZ MARTÍNEZ, Matías. 1987. Un intento de penetración ilustrada en el ámbito rural. Las Juntas Agregadas de la Sociedad Económica de Amigos del País de Murcia (1777-1786). **Anales de Historia Contemporánea,** Universidad de Murcia, Murcia, Vol. 6, pp. 25-38.

VIAMONTE LUCIENTES, Ernesto. 2001. Tomás Fermín de Lezaún en la Real Sociedad Económica de Amigos del País. ***Archivos de Filología Aragonesa*****,** Zaragoza, Volumen LVII-LVIII, pp. 49-70.

VICENTE Y GUERRERO, Guillermo. 2009. **Iniciales vías de penetración del Iusnaturalismo en Aragón.** Pp. 235-248, en: **Estudios sobre Aragón en el umbral del siglo XXI: VI Jornadas sobre Aragón en el Umbral del siglo XXI,** Ejea de los Caballeros, 2007, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.

VIDAL, Josep Juan y Enrique MARTÍNEZ RUÍZ. 2001. **Política exterior e interior de los Borbones.** En: Alfredo ALVAR EZQUERRA (Director): **Historia de España. Tomo XII, Edad Moderna,** Ediciones Istmo, Toledo, pp. 1-412.

VILLANUEVA y Bartolomé ESCANDELL BONET (directores): **Historia de la Inquisición en España y América.** Biblioteca de Autores Cristianos, Barcelona, pp. i-xxx + 1-1548.

WALCKENAER, C. A. 1809. **Notice sur la vie et les écrits de de Don Félix de Azara.** En pp. xiii-lx, de Félix de AZARA: **Voyage dans l'Amérique méridionale, depuis 1781 jusqu'en 1801; contenant la description géographique, politique et civile du Paraguay et de la rivière de La Plata; l'histoire de la découverte et de la conquête de ces contrées; des détails nombreux sur leur historie naturelle, el sur les peuples sauvages qui les habitent; le récit des moyens employés par les Jésuites pour assujétir et civiliser les indigènes, etc. Publiés d'après les manuscrits de l'auteur. Avec une notice de sa vie et ses écrits par C. A. WALCKENAER; enrichi des notes par G. CUVIER, suivis de l'histoire naturelle des Oisseaux du Paraguay et de La Plata, par le même auteur, traduite, d'après l'original espagnol, et augmentée d'un grand nombre de notes, par M. SONINI. Tome I.** Chez Dentu, París, pp. i-xl + 1-389.

WILCKEN, Patrick. 2005. **Império à deriva. A corte portuguesa no Rio de Janeiro, 1808-1821.** Editóra Objetiva Ltda. Rio de Janeiro, pp. 1-326.

WILLIAMS, Gwyn A. 1978. **Goya y la Revolución imposible.** Icaria Editorial, S. A., Barcelona, pp. 1-226.

WITTHAUS, Jan-Henrik. 2006. **Los "discursos Mercuriales" de Juan-Enrique Graef: acerca de la Constitución de la esfera política a mediados del siglo XVIII.** Pp. 51-66, en Marieta CAMPOS CASENAVE (Coordinadora): **Redes y espacios de opinión pública de la Ilustración al Romanticismo: Cádiz, América y Europa ante la modernidad: 1750-1850** Presentado en Encuentro de la Ilustración al Romanticismo, Cádiz.

WOLF, Eric R. 1982. **Europa y la gente sin historia.** Fondo de Cultura Económica de Argentina, S. A., Buenos Aires, pp. 1-599 + mapas.

YUN CASALILLA, Bartolomé. 1995. **La "crisis" de la aristocracia en España e Inglaterra. Una visión comparativa.** Pp. 77-99, en: Chris WICKHAM; Henry KAMEN; Helena HERNÁNDEZ SANDOCA y otros: **Las Crisis en la Historia.** Ediciones de la Universidad de Salamanca, Salamanca.

ZAPATER, Alfonso. 1986. **Aragón pueblo a pueblo. Barbuñales.** Ediciones Aguaviva, Zaragoza, Tomo I, Capítulo III, pp. 431-433.

ZAVALA, Iris M. 1978. **Clandestinidad y libertinaje erudito en los albores del siglo XVIII.** Colección Letras e Ideas, Major, 12, Ediciones Ariel, Barcelona, pp. 1-459.

ZUBIRI, F. y R. ZUBIRI. 1980. **Refranero Aragonés.** Colección Aragón Nº 43, Librería General, Zaragoza, pp. 1-175

ZULUETA PÉREZ, Patricia. 2007. La mirada a Europa de los científicos españoles de la Ilustración. En: **Los Ingenieros y las Máquinas: representación gráfica en el período ilustrado de España.** En Internet: www.Ingegraf.es/XVIII/PDF/Comunicación

1720.pdf

ZWANG, Gérard.1985. **La statue de Freud.** Éditions Robert Laffont, París, pp. 1-953.

Índice General

Índice onomástico

1 Escribió unas **Memorias Políticas y Económicas**… (desarrollada en 45 volúmenes entre 1787-1800)

2 Tomás Fermín de Lezaún [1747-1778]. Ilustrado aragonés, de gran cultura, fue unos de los más grandes animadores de la Real Sociedad Económica Aragonesa de amigos del País, de la que fue secretario hasta su muerte accidental, en un incendio, en plena juventud. Era oficial en la Contaduría Principal del Ejército y llegó a ser miembro de Real Academia de la Historia.





Este libro se terminó
de imprimir en diciembre de 2010,
en los talleres de Calidad Gráfica,
en Zaragoza.
229 años después de la fecha en
que Félix de Azara recibió las órdenes
reales para embarcarse a ultramar.
Dejando España y viajando
a las *Indias* donde realizaría
su obra magna.







El primer tomo de la vida de Félix de Azara es una importante recopilación documental de todo el periplo vital del ilustrado altoaragonés hasta su partida a *las Américas*. El resultado de años de investigación expuesto desde un punto de vista novedoso en una biografía azariana: la visión de un autor del Paraguay sobre el personaje de mayor repercusión histórica de su país. Una clara muestra de la iniciativa y el interés investigador que nos llega desde *las Américas* y de la estima en que allí se tiene a Félix de Azara.



